Ivanhoe

SIR WALTER SCOTT

Ivanhoe narra la enconada lucha de un hombre para restablecer su buen nombre y de paso el de la corona. La acción transcurre en una época convulsa, en tiempos de cruzadas, de encarnizadas luchas entre dos pueblos antaño hermanados, el sajón y el normando, y el príncipe Juan sin Tierra planea coronarse rey, aprovechando que Ricardo *Corazón de León* se halla luchando en las Cruzadas.

Ricardo necesitará la ayuda de un caballero valeroso y ducho en el campo de batalla, y ese será Wilfred de Ivanhoe.

Walter Scott

Ivanhoe

ePub r1.3
Titivillus 23.09.2018

Título original: *Ivanhoe*
Walter Scott, 1819
Traducción: Guillem d’Efak

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Juan Eslava Galán.

Walter Scott nació en Escocia, en una familia de clase media. Era guapo, corpulento y algo cojo de la pierna derecha. Hijo de abogado, trabajó en el bufete de su padre hasta que, a la muerte de éste, ahorcó la toga para dedicarse plenamente a la literatura. Escribió 31 novelas, casi todas de gran éxito, con cuyas ventas se enriqueció. Adquirió una mansión, que amuebló con lujo previctoriano, y recibió un título de Sir. Pero Scott era un romántico y su generosidad y su idealismo lo abocaron a la ruina. Asociado a una arriesgada empresa editorial que al final quebró, se vio obligado a escribir a destajo para pagar a los acreedores. El exceso de trabajo no sólo quebrantó su estilo, sino también su salud, porque le acortó la vida.

Ivanhoe es la novela más famosa de Walter Scott, la que fijó, desde su aparición, el canon del género. Sin ella no habrían existido probablemente *Los tres mosqueteros, Nuestra Señora de París* o *Los pilares de Tierra*. En *Ivanhoe* se contienen todas las virtudes y los defectos de la novela histórica e incluso del *best seller*. Por una parte el redescubrimiento de la Edad Media y de la pasión romántica, el heroísmo en estado puro, los conflictos y las sorpresas que mantienen el interés del lector de capítulo en capítulo. Por otra parte, la narración estructurada y metódica y la acertada caracterización de los personajes, una preocupación de los novelistas decimonónicos que no siempre han mantenido los escritores posteriores.

En *Ivanhoe*, sobre el fondo histórico de la enemistad entre las dos comunidades de la Inglaterra medieval, la de los sajones sometidos y la de los normandos conquistadores, que crea la tensión necesaria entre la moral individual y las fuerzas sociales, Scott nos cuenta las tribulaciones de dos enamorados, Ivanhoe y Lady Rowena, a los que razones de alta política pretenden separar, y otra media docena de tramas secundarias que abarcan todos los tópicos de la novela medieval (y luego del cine del género). La vertiginosa narración deja al lector sin aliento: el regreso de las Cruzadas; el famoso torneo de Ashby-de-la-Zouche, con el rey Ricardo *Corazón de León* de incógnito ayudando a nuestro protagonista a derrotar a una serie de campeones; la historia del judío Isaac de York y su bella hija Rebeca; la acusación de brujería; el juicio de Dios… La acción se apoya en una larga nómina de personajes secundarios casi cinematográficos, dibujados con el nervio que pone John Ford en los suyos. Pueden resultarnos algo maniqueos quizá y hasta podemos detectar el tufillo de su procedencia, del repertorio de los romances medievales ingleses que Walter Scott y los románticos adoraban (Locksley, por ejemplo, que es el legendario Robin Hood; o el jocundo fraile Tuck), pero no por ella resultan menos eficaces en el espléndido marco histórico que los contiene.

Walter Scott hizo su cesta con mimbres tomados del medievo inglés, pero no permitió que la fidelidad histórica le estropeara una buena novela. Es decir, se tomó todas las licencias necesarias sentando con ello la fórmula básica de la novela histórica: construir un cañamazo lo más amplio posible de hechos históricos para que la acción fluya sin obstáculos y para que los personajes se muevan libremente. No todos los novelistas lo consiguen.

La suerte crítica de Scott ha sido varia. Venerado por el público desde hace muchas generaciones, la crítica no lo ha tratado tan bien. Chesterton lo considera «autor descuidado y defectuoso»; otros lo han tildado de grandilocuente y previsible. Puede que tengan razón, pero hay que reconocer que domina admirablemente el arte de cautivarnos con sus diálogos vivaces y con sus vigorosas descripciones.

Scott murió glorioso y arruinado, respetado como una gran figura nacional e imitado por una larga escuela que todavía perdura. La suerte de *Ivanhoe* incluso superó la fama de su creador. Baste decir que se ha traducido a más de 40 idiomas y que ha inspirado cuatro óperas y varias películas. *Ivanhoe* apareció en 1819 y seis años más tarde se publicó su primera traducción española, en Londres. Al año siguiente se publicó otra en Perpiñán. En 1828 la censura impidió su publicación en Barcelona, pero en 1831 se editó en Madrid, en las prensas del librero Jordán. Su influencia en el nacimiento de la novela histórica española fue inmediata, en parte gracias a Ramón López Soler, el gran divulgador de Scott en España, cuya novela *Los bandos de Castilla*, impresa en Valencia en 1830, deriva claramente de *Ivanhoe*. Hace años, el novelista Simenon, ante el monumento a Walter Scott en Edimburgo, resumió en pocas palabras la importancia del novelista: «Scott nos inventó a todos».

Tomo I

I

Así hablaban, mientras al atardecer los bien criados cerdos regresaban a su hogar, con estrepitosos ruidos y más desagradables gruñidos.

ALEXANDER POPE (traducción de *La Odisea*).
HOMERO: *Odisea,* XIV.

En la bella comarca de la alegre Inglaterra regada por las aguas del río Don, había antiguamente un dilatado bosque que se extendía por la mayor parte de los hermosos valles y colinas que medían entre Sheffield y la placentera ciudad de Doncaster. Aún pueden verse los restos de lo que antaño fue un espeso bosque en los dominios de Wentwolth, en el parque de Wharncliffe y en los alrededores de Rotherham. En esa zona realizaba sus correrías, alimentándose de sangre, el dragón de Wantley; allí se libraron muchas de las desesperadas batallas en tiempos de la Guerra Civil de las Rosas; allí, en fin, se hicieron famosas por su intrepidez las cuadrillas de galantes bandoleros, cuyos hechos ha popularizado el cancionero inglés.

Partiendo de semejante escenario, la fecha de nuestro relato se remonta a los últimos años del reinado de Ricardo I, cuando sus afligidos vasallos tenían más deseos que esperanzas de su regreso a Inglaterra. Largo resultaba el cautiverio del rey, y sus fieles vasallos se veían sometidos a una férrea opresión. Los nobles, cuyo poder se había acrecentado de forma extraordinaria durante el reinado de Esteban, y a los cuales la prudencia de Enrique II había impuesto cierta sumisión, recobraron y aumentaron después su predominio; y no satisfechos con menospreciar la autoridad cada vez más debilitada del Consejo de Estado inglés, se preocupaban solamente de fortificar sus castillos y ensanchar sus dominios aumentando el número de sus súbditos. Sometían a vasallaje a sus vecinos y consolidaban su poder por cuantos medios estaban a su alcance, con el fin de hacerse lo suficiente fuertes para intervenir en los al parecer inminentes disturbios internos.

La situación de los miembros de la nobleza inferior, llamados *franklins* o hidalgos, los cuales en virtud de la letra y el espíritu de la Constitución inglesa vivían independientes de la tiranía feudal, se había hecho incierta y peligrosa en grado sumo. Si se ponían, como era lo más usual, bajo la protección de alguno de aquellos figurones vecinos suyos; si aceptaban alguna prebenda feudal y se ponían al servicio de los poderosos; si en virtud de algún tratado de alianza se comprometían a ayudarlos en sus empresas, entonces podían disfrutar de algunos intervalos de tranquilidad; pero dicha tranquilidad les obligaba a sacrificar su independencia, tan valiosa a los ojos de un auténtico inglés, exponiéndose al peligro de verse envueltos en la primera aventura temeraria que llevara a cabo el protector con el que hacían

causa común. Por otra parte, los grandes barones tenían gran cantidad de medios a su disposición para oprimir y vejar a sus subordinados; y cuando deseaban ponerlos en práctica, lo cual sucedía bastante a menudo, nunca les faltaban excusas para oprimir con encono a los hacendados y vecinos, que se veían en la disyuntiva de negarles obediencia o se buscaban diferente protector, en los tiempos adversos a las leyes que no siempre protegen a los hombres de conducta irreprochable.

La circunstancia que ayudó a aumentar la tiranía de la nobleza, y por lo tanto los sufrimientos de las clases inferiores, se derivaba de las consecuencias de la conquista de Inglaterra por el duque Guillermo de Normandía. Cuatro generaciones no habían sido suficientes para mezclar las sangres rituales de normandos y anglosajones, o para unir por un lenguaje común e intereses mutuos dos razas enemigas, una de las cuales todavía disfrutaba el placer del triunfo, mientras que la otra gemía bajo las consecuencias de la derrota. El poder lo ejercía la nobleza normanda tras el resultado de la batalla de Hastings, y había sido usado, según lo asegura la historia, con manos no precisamente moderadas. La raza de príncipes sajones, así como también la nobleza, había sido exterminada o desheredada, con pocas o ninguna excepción; tampoco era grande el número de los que poseían tierras en el país de sus padres, incluso como propietarios de la segunda o inferior clase. La política real había procurado por todos los medios debilitar la fuerza de una gran parte de la población, considerada justamente como portadora de una inveterada antipatía hacia sus vencedores. Todos los monarcas de raza normanda habían mostrado sólo predilección por los súbditos normandos; las leyes de caza y otras muchas, ignoradas por el más suave y más libre espíritu de la Constitución sajona, habían sido atornilladas a los cuellos de los subyugados habitantes para añadir peso, si ello fuera posible, a las cadenas feudales con las cuales ya iban cargados. En la corte, y en los castillos de la nobleza, donde la pompa no tenía parangón posible, el único lenguaje empleado era el franconormando; en las cortes de justicia los juicios se celebraban en la misma lengua. En una palabra, el francés era el lenguaje del honor, de la caballerosidad e incluso de la justicia. Por otra parte, el masculino y expresivo lenguaje anglosajón era relegado al uso de los ignorantes campesinos. De todas maneras, la necesaria convivencia entre los señores de la tierra y aquellos seres inferiores que la cultivaban, ocasionó la formación gradual de un dialecto que podríamos situar entre el francés y el anglosajón y mediante el cual podían hacerse entender las dos clases. De esta necesidad surgió paulatinamente la estructura de la lengua inglesa actual, mezcla del habla de vencedores y vencidos y que, desde entonces, ha sido enriquecida con importaciones de las lenguas clásicas y de las lenguas de la Europa meridional.

He creído necesario hacer un resumen de este estado de cosas para informar al lector normal sobre algunos aspectos que podía olvidar de la historia. Porque si bien ningún gran hecho histórico, tales como la guerra o la insurrección, marca la existencia de un pueblo, caso aparte es el anglosajón del reinado de Guillermo II, con todas las grandes diferencias nacionales entre conquistados y conquistadores. Por otra

parte, el recuerdo entre los sajones de su pasado poderío y la comparación entre lo que habían sido y lo que eran entonces, fue lo que mantuvo abiertas las heridas de la conquista. Esto era la profunda frontera que separó a los descendientes de los vencedores normandos y de los vencidos sajones hasta los tiempos de Eduardo II.

Se ponía el sol sobre uno de los hermosos espacios abiertos del bosque que hemos mencionado al principio del capítulo. Centenares de frondosas encinas, que habían sido testigos de la marcha de la soldadesca romana, extendían sus anchas ramas sobre una espesa alfombra de hierba de un color deliciosamente verde; en algunos lugares se confundían en un abrazo tan estrecho las hayas, los castaños y la maleza de diverso tipo, que llegaban a interceptar los horizontales rayos del sol poniente. A veces los árboles se separaban para formar intrincadas alamedas que eran una delicia para la vista, mientras que la imaginación las podía considerar como senderos que conducían a lugares todavía más silvestres de soledad boscana. Aquí y allí, los rayos del sol brillaban con una luz descolorida que hería parcialmente los musgosos troncos de los árboles y manchaba brillantemente el césped hacia el cual se había abierto camino. Un espacio abierto en el claro del bosque parecía haber sido dedicado antiguamente a los ritos de la superstición druida, porque en la cima de una colina, tan regular en su trazado que parecía artificial, todavía quedaba parte de un círculo de toscas piedras de grandes dimensiones. Siete se conservaban en pie, las restantes habían sido derrumbadas y apartadas de su sitio, probablemente como consecuencia del celo de algún convertido al cristianismo. Una de ellas había caído en la parte más baja y detenía el curso de un arroyuelo que corría suavemente al pie de la encina, produciendo un débil murmullo.

Completaban este paisaje dos figuras humanas que, con su vestido y apariencia, participaban del salvaje y rústico carácter que tenían los bosques de Yorkshire por aquella época. El mayor de estos hombres tenía un duro, violento y rústico aspecto. Su vestimenta era la más simple que imaginarse pueda; consistía en una ceñida blusa con mangas, hecha de piel curtida de animal, y sobre el pelo original aparecían tantas manchas espaciadas ocasionadas por el uso, que hubiera sido difícil reconocer la clase de animal a que había pertenecido la piel. Esta medieval vestimenta llegaba de la garganta a las rodillas y revestía por completo el cuerpo; tan sólo tenía un agujero lo suficientemente ancho para que pasara la cabeza, y esto nos hace pensar que aquella prenda debía ser enfundada por encima de ella y de los hombros como una blusa moderna. Las sandalias, atadas con cordones de piel de jabalí, protegían los pies, y un delgado cuero estaba enrollado alrededor de las piernas, con lo que dejaba desnudas las rodillas como las de un escocés de las tierras altas. Para ceñir aún más la blusa al cuerpo, había sido recogida por un ancho cinturón de cuero provisto de una hebilla de cobre, a un lado de la cual iba atada una especie de bolsa y al otro un cuerno de carnero con una embocadura para facilitar su uso. En el mismo cinturón quedaba sujeto un largo y ancho cuchillo puntiagudo de dos filos y mango de cuero. Estas armas eran fabricadas en aquellos contornos y se les había dado el nombre de

puñales de Sheffield. El hombre llevaba la cabeza descubierta, de abundante y espeso pelo trenzado y requemado por el sol, que había adquirido un color rojo oscuro y contrastaba con la larga barba de un color amarillo o de ámbar. Solamente queda por describir una prenda, que por su originalidad no puede pasar por alto; se trataba de un aro de cobre parecido a un collar de perro, pero sin abertura visible, soldado alrededor del cuello, no tan ceñido como para impedirle respirar, pero sí lo suficiente para que no pudiera ser quitado sin tener que hacer uso de una lima. En este original adorno había sido grabada en caracteres sajones una inscripción: «Gurth, hijo de Beowulph, es el siervo natural de Cedric de Rotherwood».

Junto al porquerizo, ya que tal era la profesión de Gurth, había un sujeto aparentemente diez años más joven y cuyo vestido, aunque parecido en forma al de su compañero, era de mejor calidad y más fantasioso. Su chaqueta estaba forrada de un paño carmesí sobre el cual había grotescos dibujos de diferentes colores. Con la chaqueta, completaba la indumentaria una corta capa que apenas llegaba a las caderas; era de paño sucio ribeteado de amarillo brillante, y, como la podía llevar sobre cualquiera de los dos hombros o enrollársela a placer alrededor del cuerpo, su anchura contrastaba con su escasa longitud. Constituía una prenda bastante estrafalaria. Llevaba delgados brazaletes de plata en sus brazos y en su cuello un collar de metal con la inscripción: «Wamba, hijo de Witless, un siervo de Cedric de Rotherwood».

Este personaje calzaba el mismo tipo de sandalias que su compañero, pero en vez de llevar las piernas enrolladas en cuero, llevaba una especie de botines, uno de los cuales era rojo y el otro amarillo. Se cubría también con un bonete provisto con algunas campanillas como las que llevan los halcones amaestrados; éstas sonaban al menor movimiento de su cabeza y como difícilmente se estaba quieto, los tintineos eran continuos. La parte superior del bonete estaba formada por una banda de cuero rígido y recortado en puntas, como si fuera una corona; de su interior sobresalía una especie de bolsa prolongada que caía sobre su hombro como un anticuado gorro de dormir. Allí habían sido cosidas las campanillas, lo cual, como también la forma de su tocado y la expresión entre necia y sarcástica de su rostro, era suficiente para catalogarlo como perteneciente a la casta de los bufones domésticos que mantenían los ricos para aliviar las largas horas de tedio en sus mansiones. Como su compañero, también llevaba una bolsa sujeta al cinturón; pero carecía de cuerno y de cuchillo, probablemente por considerársele perteneciente a una clase a la que no se pueden confiar herramientas afiladas. En su lugar, iba equipado con una especie de espadín de madera parecido al que emplea en escena Arlequín para cometer sus travesuras.

El comportamiento y la mirada de estos dos hombres se diferenciaba aún más que su aspecto externo. La expresión del porquerizo era triste y preocupada. Encorvado, con aire de derrota, se le podía juzgar como un ser apático si no fuera por la intensidad del fuego de sus ojos enrojecidos y que anunciaban, bajo la aparente capa de triste abandono, una conciencia despierta bajo la opresión a que estaba sometido y

una voluntad de resistencia. Por otra parte, la mirada de Wamba indicaba, como es normal en su casta, una especie de curiosidad caprichosa y una acuciante impaciencia. A todo esto se añadía una gran autosatisfacción con respecto a su posición en la vida y a su propio aspecto exterior. Mantenían un diálogo en anglosajón, el cual, como ya dejamos apuntado, era hablado por las clases inferiores, excepción hecha de los soldados normandos y de los servidores más allegados a los grandes nobles feudales.

Sólo inconvenientes reportaría al lector dar sus palabras en versión original, por lo que hemos hecho una traslación al idioma moderno:

—¡Caiga la maldición de san Withold sobre estos cerdos del infierno! —dijo el porquerizo después de hacer sonar el cuerno estruendosamente para reunir a la piara en desbandada.

Los cerdos contestaron a su llamada con notas igualmente melodiosas, pero no se dieron ninguna prisa en abandonar el lujurioso banquete de bellotas y castañas al que estaban entregados, ni tampoco en dejar las fangosas orillas del riachuelo, donde varios de ellos se revolcaban a gusto en el barro sin hacer el menor caso de los gritos de su guardián.

—¡La maldición de san Withold caiga sobre ellos y sobre mí! No soy hombre si el lobo no se lleva a algunos de ellos este atardecer. ¡*Fangs*, aquí! ¡*Fangs*! —chillaba a un astroso perro, una especie de mestizo de mastín y galgo.

El can corría como si quisiera secundar los propósitos de su amo, en un intento de reunir la manada indisciplinada de gruñidores puercos. En realidad, ya por no comprender las órdenes del porquerizo, ya por desconocimiento de sus obligaciones como perro o por manifiesta mala fe, solamente conseguía hacerlos correr de aquí para allá, aumentando así la confusión.

—El diablo le arranque los dientes —dijo Gurth—, y la madre de todos los infortunados confunda al guarda que lima las garras de nuestros perros dejándolos inútiles para el trabajo. Wamba, si eres hombre levántate y ayúdame; da la vuelta a la colina y gánales la mano, y así cuando llegues a la puerta del cercado los conducirás con tanta facilidad como si de corderos se tratara.

—En verdad —dijo Wamba, sin moverse siquiera—, he consultado mis piernas sobre este asunto y están completamente de acuerdo conmigo en que arrastrar por entre esta intrincada maleza mis vistosos vestidos constituiría una verdadera falta de respeto a mi soberana persona y real guardarropa; por lo tanto, Gurth, te aconsejo que llames a *Fangs* y que abandones el rebaño a su destino. Si los puercos topan con soldados en expedición, con bandidos o con peregrinos errantes, difícilmente podrás evitar que se vean convertidos en normandos antes del amanecer, para tu descanso.

—¡Los cerdos convertidos en normandos para mi descanso! —exclamó Gurth—. Explícamelo, Wamba; soy demasiado estúpido para los acertijos.

—Bueno, ¿cómo se llaman estas bestias gruñidoras cuando corren sobre sus cuatro patas? —preguntó Wamba.

—Cerdos, imbécil, cerdos —dijo el pastor—. Cualquier imbécil lo sabe.

—Y cerdo es palabra muy sajona —dijo el bufón—. Pero ¿cómo llamas al animal cuando está degollado, desangrado, descuartizado y colgado por los tobillos como un traidor?

—Me alegra que cualquier imbécil sepa esto —dijo Wamba—. «Tocino», en mi opinión, es una muy buena palabra franconormanda. Por lo tanto, cuando la bestia vive y está bajo los cuidados de un esclavo sajón, sajón es su nombre; pero se convierte en normando y es llamada tocino cuando se la lleva a los salones del castillo para delicia de la nobleza; ¿qué tal, eh, amigo Gurth?[1]

—Es una verdad como un templo, amigo Wamba, aunque incluso un necio como yo haya podido entenderla.

—Y aún es más —dijo Wamba en el mismo tono—. El buey es buey en sajón mientras recibe los cuidados de siervos como tú, pero se convierte en bistec cuando llega a las benditas mandíbulas que han de devorarlo. Siguiendo el mismo proceso, la becerra se convierte en ternera; son sajones cuando ocasionan trabajos y normandos cuando proporcionan placer.

—Por san Dunstan —contestó Gurth—, no has dicho sino la triste verdad; salvo el aire que respiramos poco nos resta y todavía parece ser que nos ha sido concedido después de muchas dudas y únicamente con el deliberado propósito de hacernos aptos para soportar las cargas que llevamos a la espalda. Lo mejor y más sustancioso está destinado a su despensa, y lo más agradable, a su cama; los mejores y más valientes sirven como soldados a los tiranos extranjeros y blanquean con sus huesos tierras lejanas, permaneciendo aquí muy pocos con el deseo o el poder de proteger a los infortunados sajones. Dios bendiga a Cedric, nuestro dueño, que se ha portado como un hombre aguantando el golpe; pero ya viene para acá Reginald Front-de-Boeuf en persona y todos hemos de ver cuánto le disgustará la postura adoptada por Cedric… ¡Aquí, aquí! —exclamó de nuevo elevando la voz—. ¡So, so! ¡Muy bien, *Fangs*! Ya los tienes reunidos ante ti. Sé valiente y tráelos, compañero.

—Gurth —dijo el bufón—, sé muy bien que me crees un imbécil. De lo contrario no serías tan loco como para colocar tu cabeza en mi boca. Una sola palabra ante Reginald Front-de-Boeuf o ante Philip de Malvoisin referente a lo que has hablado, lo que significa traición con los normandos, y eres porquerizo muerto… Colgarías de estos árboles para escarmiento de cuantos hablan mal de las autoridades.

—¡Perro! Tú no serías capaz de traicionarme después de haberme tirado de la lengua.

—¿Traicionarte? —contestó el bufón—. No, ésta sería una treta de hombre avisado y ningún loco sabe hacer carrera de ese modo…, pero, calla. ¿A quién tenemos aquí? —preguntó al tiempo que prestaba atención al galope de varios caballos.

—Poco importa quién sea —contestó Gurth, que había conseguido reunir ante sí la manada de cerdos con la ayuda de *Fangs*. La conducía a lo largo de un claro

bosque como los que antes nos ha deleitado describir.

—No, quiero ver a los caballeros —contestó Wamba—, quizá procedan del país de las hadas y sean portadores de un mensaje del rey Oberon.

—¡Malas fiebres te maten! —exclamó el porquerizo—. ¿Vas a ponerte a hablar de esto cuando una terrible tormenta de rayos y truenos ha estallado a unas pocas millas? ¡Oye cómo ruge el trueno! Para ser lluvia de verano, nunca contemplé tal cantidad de agua cayendo de las nubes; tampoco los robles se fían de la aparente calma y gimen mientras sus ramas crujen anunciando la tempestad. Sé sensato por una vez y créeme. Regresemos antes de que la tormenta comience. La noche se anuncia terrible.

Pareció que Wamba se daba perfecta cuenta de la razón de este discurso y que acompañaría a su compañero, el cual emprendió su camino después de recoger del suelo un largo garrote. Este segundo Eumeo avanzó deprisa a través del claro del bosque, conduciendo con la ayuda de *Fangs* la totalidad del inarmónico rebaño que estaba a su cargo.

II

Había un fraile, más bien un duende por su destreza;
un salteador amante de lo divino;
un hombre apto para ser abad, varonil,
que poseía magníficos caballos.
Cuando cabalgaba, sus bridas se oían
al silbido del ligero, claro viento,
y al igual que el toque quedo de la campana
de la ermita donde él era guardián.

GEOFFREY CHAUCER:
Los cuentos de Canterbury.

No dio importancia a la acuciante exhortación de su camarada, y como el ruido de caballos continuara acercándose, fue superior a las fuerzas de Wamba el no evitar entretenerse en su camino bajo cualquier pretexto. Ya recogía un manojo de avellanas no del todo maduras o bien requebraba a alguna joven campesina que cruzaba el sendero. De este modo, los caballeros les dieron alcance.

Eran diez hombres; los que cabalgaban al frente parecían personajes de considerable importancia, y los restantes sus servidores. No resultaba difícil hacerse cargo de la clase y condición de uno de ellos. Se trataba, sin duda, de un eclesiástico de alto rango; su vestido era el de un monje del Císter, pero hecho con materiales mucho mejores que los que dicha regla admite. El manto y el capuchón eran del mejor paño de Flandes y caían en anchos pliegues no exentos de gracia, envolviendo una hermosa persona algo corpulenta. Así como su hábito indicaba predilección por los esplendores mundanos, su porte se veía falto de signos de abnegación. Sus maneras pudieran haber sido clasificadas de correctas, salvo que en sus ojos había un característico brillo epicúreo que denunciaba a un cauto voluptuoso. En otro aspecto, su profesión y situación le habían enseñado a domeñar sus modales, que podía aparentar solemnes a voluntad, aunque su expresión natural era de una indulgencia social que se aproximaba al buen humor.

Desafiando las reglas monacales, los decretos de los Papas y los edictos de los Concilios, las mangas de este dignatario iban ribeteadas y mostraban un revés de ricas pieles, su manto se sujetaba a la garganta por medio de un broche de oro y el hábito se mostraba recargado y de un gran refinamiento, tal como el de una belleza cuáquera de hoy día, la cual, aunque conservando el hábito de su secta, escogiendo el material y utilizándolo con gracia, añade a su simplicidad un cierto aire de coquetería que tiene no poca relación con las vanidades del mundo.

El rico eclesiástico cabalgaba una mula cómoda y bien alimentada; llevaba arreos

muy adornados y la brida iba provista de campanillas de plata, siguiendo la costumbre de la época. En la silla no denotaba la falta de destreza habitual en los clérigos sino, por el contrario, la gracia natural de un jinete bien entrenado. A decir verdad, daba la impresión de que una cabalgadura tan humilde como una mula, por bien domada que estuviera y por cómodo y placentero que fuera su paso, era únicamente utilizada por el monje para largos viajes. Un hermano lego perteneciente al cortejo conducía, para ser utilizado en otras ocasiones, un hermosísimo caballo andaluz de los mejores que se crían en España. Estos caballos de magnífica estampa eran importados con fatigas y riesgo por los mercaderes en aquellos lejanos tiempos, destinándolos al uso de las más ricas y distinguidas personalidades. La silla y los arneses de tan soberbio palafrén iban engualdrapados con un paño que casi tocaba el suelo y sobre el cual aparecían bordadas mitras, cruces y otros emblemas eclesiásticos. Otro hermano lego conducía una mula agobiada de carga, probablemente por el equipaje de su superior, y dos monjes de la misma orden, pero de grado inferior, cabalgaban detrás, riendo y conversando entre ellos sin preocuparse de los demás miembros del cortejo.

El compañero del dignatario de la Iglesia era un hombre que había pasado la cuarentena, delgado, alto, fuerte y musculoso; una figura atlética a la que el constante ejercicio parecía no haber dejado ninguna de las partes suaves de la forma humana y a la que las fatigas prolongadas habían reducido a un conglomerado de cuero, huesos y fibras que habían sufrido mil trabajos y estaban dispuestas a soportar otros mil de buena gana. Se cubría con un gorro escarlata adornado de preciosas pieles, semejante en su forma a un mortero en posición inadvertida (de ahí su nombre francés de *mortier*). Su porte era de gran seguridad, y su expresión no estaba calculada para inspirar respeto, sino miedo, a cualquier extraño. Sus rasgos, fuertes por naturaleza y poderosamente expresivos, estaban curtidos, hasta alcanzar la tonalidad de un negro africano, debido a la constante exposición al sol. Parecía, en su estado normal, descansar de la tormenta de la pasión desvanecida; sin embargo, la protuberancia de las venas de la frente, la facilidad con que el labio superior y su espeso bigote temblaban a la menor emoción, predecían limpia y llanamente que la tormenta podía desencadenarse de nuevo con suma facilidad. Sus agudos y penetrantes ojos oscuros hacían patente en cada mirada una historia de dificultades vencidas y de peligros enfrentados. Parecía desafiar cualquier oposición a sus deseos, tan sólo por el placer de barrerla de su camino por medio de una inexorable demostración de voluntad y de valor. Una profunda cicatriz en una de las cejas aumentaba la rudeza de su rostro y añadía una expresión siniestra al otro ojo, que también había resultado dañado en la misma ocasión, y la visión del cual, aunque buena, había sido perjudicada en cierto grado.

La parte superior del vestido de este personaje se parecía en la forma al de su camarada. Llevaba también un manto monacal, pero el color escarlata demostraba que no pertenecía a ninguna de las cuatro órdenes regulares. Sobre el hombro

izquierdo del manto iba recortada en paño blanco una cruz de forma peculiar. Este ropaje externo disimulaba algo que a primera vista no parecía corresponder con su forma, o sea, una especie de camisa de cota de malla, con mangas y guantes, curiosamente entretejida y tan flexible y adaptable al cuerpo como las que se elaboran actualmente con materiales menos ingratos. Las caderas, que podían ser vistas a través de los pliegues del manto, iban también cubiertas de cota de malla; rodillas y pies aparecían defendidos por placas de acero montadas ingeniosamente y una malla, también metálica, cumplía la misión de proteger las piernas desde el tobillo a la rodilla, completando de aquel modo la armadura protectora del caballero. En el cinto llevaba una daga de doble filo, única arma ofensiva que portaba a la vista.

No cabalgaba en una mula como su compañero, sino en un fuerte caballo de viaje, con objeto de ahorrar esfuerzos a un gallardo caballo de batalla que un escudero conducía tras él. Este caballo estaba equipado para su menester, llevaba un plafón de metal en la frente y de él sobresalía una especie de pico afilado. De un lado de la silla de montar colgaba un hacha de combate, ricamente damasquinada y, en el otro, el empenachado casco y la capucha de malla, así como también la espada de doble empuñadura usada por los caballeros andantes en aquellos tiempos. Un segundo escudero portaba con gracia la lanza de su amo, en la punta de la cual flotaba una banderola o gallardete con una cruz, idéntica a la bordada sobre el manto. También llevaba el escudo, pequeño, pero lo suficientemente ancho en su parte superior para proteger el pecho, disminuyendo gradualmente de tamaño hasta llegar a formar un ángulo. Iba cubierto con un paño escarlata con objeto de ocultar la divisa.

Estos dos escuderos iban seguidos por dos sirvientes, cuyos rostros oscuros, blancos turbantes y el aspecto de sus vestiduras, demostraban que eran nativos de algún país de Oriente. El aspecto general de este guerrero y todo su cortejo era salvaje y exótico; el vestido de sus escuderos era barroco y sus servidores orientales llevaban collares de plata alrededor del cuello, y brazaletes del mismo metal en sus tostados brazos y piernas. La seda y los brocados realzaban sus vestiduras, dando así conocimiento de la riqueza y categoría de su amo, marcando al mismo tiempo un fuerte contraste con la simplicidad marcial de su propio atuendo. Iban armados con sables curvos, protegidos por vainas de guarnición engastadas en oro, siendo más costosos todavía los puñales turcos de que iban provistos. Cada uno de ellos era portador en su silla de un fardo de dardos de cuatro pies de largo, con puntas de acero afilado para cazar jabalíes. Esta arma era muy usada por los sarracenos, y de ella aún queda memoria en nuestros días en el ejercicio guerrero llamado «el Jarrid», practicado en los países orientales.

Las cabalgaduras de los sirvientes eran aparentemente tan forasteras como sus jinetes. Eran de origen sarraceno y por consiguiente de ascendencia árabe. Sus finos miembros, pequeños cascos, delicadas patas y facilidad de movimiento contrastaban con los voluminosos y pesados caballos criados en Flandes y en Normandía, útiles a los caballeros armados con armaduras y cota de malla de aquellos tiempos. Estos

pesados caballos, colocados al lado de los corredores orientales, eran la personificación del cuerpo y la sombra.

El singular aspecto de la comitiva no sólo atrajo la curiosidad de Wamba, sino que incluso excitó la de su menos frívolo camarada. Inmediatamente reconoció al monje como el prior de la abadía de Jorvaulx, bien conocido en muchas millas a la redonda como amante de la caza, de la buena mesa y, si las malas lenguas no se equivocaban, de otros placeres del mundo aún menos acordes con sus votos monásticos.

De todos modos, las ideas de la época con respecto a la conducta de la clerecía, secular o regular, eran de manga tan ancha que el prior Aymer era tenido en estima por la vencida de su abadía. Su abierto y jovial temperamento, así como su facilidad para dar la absolución a todos los pecadillos normales, le convirtieron en el favorito de los nobles. Cierto que con algunos tenía lazos de sangre, ya que pertenecía a una distinguida familia normanda. Las damas, en particular, hacían mucho caso de las normas morales de un hombre que era un declarado admirador del sexo y que, además, poseía muchos medios para combatir el aburrimiento que con tanta facilidad hacía acto de presencia en los salones de un castillo feudal. El prior practicaba los ejercicios al aire libre con tanta afición, quizá más de la necesaria, que había conseguido ser dueño de los halcones mejor entrenados y los más veloces galgos de los terrenos de caza del septentrión; todas estas circunstancias jugaban a su favor entre las clases elevadas. Con los viejos, tenía otros triunfos: al verse necesitados, les ayudaba a sostener su decoro. Su conocimiento de los libros, aunque superficial, era suficiente para impresionar la ignorancia de la gente con sus arrogantes conocimientos. La gravedad de su porte y de su lenguaje, unidos al tono empleado cuando se esforzaba en dejar bien sentada la autoridad de la Iglesia y del sacerdocio, no dejaban de causar una opinión favorable con respecto a su santidad. Incluso el pueblo bajo, el crítico más severo de la conducta de sus superiores, era tolerante con las pequeñas excentricidades del prior Aymer. Era generoso y ya es sabido que la caridad disimula gran parte de pecados, en sentido inverso a lo que expresan las Escrituras. La renta del monasterio, de la cual buena parte estaba a su disposición, le proporcionaba los medios para atender sus considerables gastos, y también le permitía repartir algún «favor» entre los campesinos y aliviar las desgracias de los oprimidos. Si el prior Aymer cazaba en exceso o permanecía demasiado tiempo sentado a la mesa del banquete…, si el prior Aymer era visto con el primer resplandor de la aurora entrar en la abadía por la puerta posterior de regreso de alguna cita que le había ocupado las horas de la noche, los hombres sólo se encogían de hombros y le aceptaban estas irregularidades pensando solamente que lo mismo hacían muchos otros que, en cambio, no poseían ninguna prerrogativa que en compensación pudiera redimirles. El prior Aymer, por lo tanto, era bien conocido de nuestros siervos sajones, quienes le rindieron pleitesía, recibiendo en pago un *benedicite mes filz*. Sin embargo, el singular aspecto de su acompañante y sus servidores, captaron tanto su

atención y excitaron de tal modo su capacidad de maravillarse, que muy poca atención prestaron a la pregunta del prior de Jorvaulx acerca de si sabían de algún hospedaje en los alrededores. ¡Tanto les impresionó el aspecto semimonástico y semimilitar del forastero y las insólitas vestiduras y armamento de sus criados orientales! También es muy probable que la lengua en que fue proferida la bendición y el tipo de información demandada no fueran del agrado de un campesino sajón.

—He preguntado, hijos míos —dijo el prior, elevando el tono de su voz y utilizando esta vez el dialecto mezcla de normando y de sajón con el cual ambas razas conseguían comunicarse—, si en las proximidades habita algún buen hombre, el cual, por el amor de Dios y devoción a la Santa Madre Iglesia, esté dispuesto a proporcionar albergue y descanso a dos de sus más humildes servidores y a su séquito.

Así habló, con un tono de voz que denotaba a las claras que era muy consciente de su propia importancia, lo cual formaba un rudo contraste con los vocablos que había juzgado conveniente emplear.

«¡Dos de los más humildes servidores de la Madre Iglesia! —repitió Wamba para sí… Sin embargo, aunque fuera un bufón, tomó la precaución de que su comentario no fuera audible—. ¡Me gustaría ver sus senescales, mayordomos y otros servidores importantes!».

Después de hacer esta reflexión sobre el discurso del prior, alzó la mirada y contestó a la pregunta que se le había hecho:

—Si los reverendos padres —dijo— son partidarios de un alojamiento agradable y cómodo, cabalgando unas pocas millas llegarán al priorato de Brinxworth, donde a la vista del rango de Sus Señorías, seguro han de conseguir la recepción más honorable. Pero, si en cambio, prefieren pasar una velada de penitencia, pueden bajar por este sendero que les conducirá a la ermita de Copmanhurst, donde un piadoso anacoreta compartirá su refugio y también les hará partícipes de los beneficios de sus plegarias.

El prior meneó la cabeza al oír ambas alternativas.

—Mi buen amigo —dijo—, si el sonido de tus campanillas no te hubiera trastornado el seso, sabrías que *clerieus clericum non decimat* no quiere decir que los clérigos debamos pedirnos hospitalidad los unos a los otros, sino más bien que deseamos requerir la de los laicos, dándoles así la ocasión de servir a Dios cuando rinden honores y alivian a sus servidores acreditados.

—Es cierto —replicó Wamba— que yo, siendo solamente un asno, estoy sin embargo muy honrado de llevar campanillas como la mula de su reverendísima. De todos modos, siempre había creído que la caridad de la Madre Iglesia, así como la de sus servidores, empezaba por uno mismo.

—Mal rayo caiga sobre tu insolencia —dijo el caballero armado con alta y chillona voz, picando espuelas—. Muéstranos, si puedes, el camino hacia…, ¿cómo se llama vuestro hidalgo, prior Aymer?

—Cedric —contestó el prior—, Cedric *el Sajón*. Dime, buen compañero, ¿estamos cerca de su casa y podrías enseñarnos el camino?

—Sería difícil encontrarlo —contestó Gurth, rompiendo el silencio por primera vez—. La familia de Cedric se retira pronto a descansar.

—No me digas —dijo el militar—. Les resultará fácil levantarse y atender las necesidades de viajeros de nuestra alcurnia, que no se rebajarán a mendigar la hospitalidad que tienen derecho a exigir.

—No sé —dijo Gurth hoscamente— si debo mostrar el camino de la mansión de mi amo a quienes exigen como un derecho lo que otros están muy honrados de pedir como un favor.

—¿Te atreves a discutir conmigo, esclavo? —dijo el soldado. Y picando espuelas hizo caracolear su caballo mientras levantaba el látigo que sostenía en la mano con objeto de castigar lo que él consideraba una insolencia del campesino.

Gurth le dirigió una mirada salvaje y vengativa mientras llevaba la mano a la empuñadura de su cuchillo con un movimiento instintivo, aunque algo dubitativo. Sólo la intervención del prior Aymer, que colocó su mula entre su compañero y el porquerizo, evitó un acto de violencia.

—¡No, por santa María, hermano Brian! No estáis en Palestina avasallando salvajes turcos e infieles sarracenos. Los isleños no somos amantes de bofetadas, excepción hecha de las que administra la sagrada Iglesia, la cual castiga a quienes ama… Dime, buen camarada —se dirigió a Wamba, reforzando su elocuencia con una pequeña moneda de plata—. ¿Cuál es el camino hacia la casa de Cedric *el Sajón*? Es imposible que no lo sepas. Precisamente tu deber es encaminar a los viajeros errantes, incluso si su oficio no es tan santo como el nuestro.

—En verdad, venerable padre —contestó el bufón—, que la mentalidad sarracena de vuestro acompañante me ha aterrorizado tanto que incluso me ha hecho olvidar el camino hacia mi propia casa…, no estoy muy seguro de conseguir llegar a ella esta noche.

—Bueno, bueno —dijo el abad—. Haz un pequeño esfuerzo. Este reverendo hermano ha luchado toda la vida con sarracenos con objeto de recobrar el Santo Sepulcro. Pertenece a la Orden de los Caballeros Templarios, de los cuales seguramente habrás oído hablar. Es mitad monje, mitad soldado.

—Si solamente es medio monje —contestó el bufón—, no debería ser tan desconsiderado con aquellos que encuentra en su camino. Ni aun en el caso de que no tengan ninguna prisa en contestar preguntas que de ningún modo les conciernen.

—Perdono tu ingenio —contestó el prior— con la condición de que me enseñes el camino hacia la mansión de Cedric.

—Bueno —contestó Wamba—, entonces sus reverencias deben continuar por este sendero hasta llegar a una cruz caída de la que escasamente puede verse una cara a ras de suelo. Tomen después el sendero de la izquierda, ya que son cuatro los que se cruzan en la cruz caída. De este modo, yo les aseguro a sus reverencias que

encontrarán albergue antes de que descargue la tormenta.

El prior le agradeció el informe y la comitiva, picando espuelas, cabalgó como gente que desea encontrar cobijo antes de que se desencadene una tormenta nocturna. Al desvanecerse en la distancia el ruido de los cascos, Gurth dijo a su compañero:

—Si los reverendos padres siguen tu sabio consejo, difícilmente llegarán a Rotherwood esta noche.

—Por supuesto —dijo el bufón haciendo una mueca—; pero si tienen suerte, pueden llegar a Sheffield y éste es el lugar que merecen. No soy tan mal guardabosque como para enseñarle al perro donde duerme el ciervo, puesto que no tengo ningún interés en que lo cace.

—Tienes razón —dijo Gurth—. No sería aconsejable que Aymer viera a lady Rowena. Y considero que es muy posible que fuera aún peor que Cedric se batiera con este monje militar. Bien, escuchemos y observemos sin abrir boca, como buenos servidores.

Volvamos a los jinetes; éstos muy pronto dejaron atrás a los dos siervos y mantenían la siguiente conversación en idioma franconormando, empleado usualmente por las clases superiores, excepción hecha de los pocos que todavía sentían el orgullo de su ascendencia sajona.

—¿Qué significa la caprichosa insolencia de estos tipejos? —preguntó el templario al cisterciense—. ¿Por qué me habéis impedido que le castigara como es debido?

—Debéis refrenaros, hermano Brian —replicó el prior—. En relación con uno de ellos, me sería difícil justificar a un loco que habla de acuerdo con su locura; y el otro individuo es un representante de esta salvaje, ruda e intratable raza, alguno de cuyos miembros, cómo muchas veces le he repetido, todavía puede encontrarse entre los descendientes de los vencidos sajones y cuyo supremo placer consiste en demostrar por todos los medios a su alcance la aversión que sienten hacia sus conquistadores.

—Muy pronto les inculcaría el sentido de la cortesía a fuerza de golpes —observó Brian—. Estoy acostumbrado a tratar con gente de esta clase: nuestros cautivos turcos eran tan rudos e intratables como el mismo Odín; pues bien, con dos meses de permanencia en mi casa bajo las órdenes de mi mayordomo de esclavos, se han tornado humildes, serviciales, sumisos y cumplidores de mis deseos. Y observad, señor, que siempre hay que estar prevenidos contra el veneno y la daga, ya que los usan a la menor oportunidad que se les dé.

—Sin embargo —contestó el prior Aymer— cada país tiene sus propios usos y costumbres, y además, darle una paliza a aquel bribón de nada nos hubiera servido. No nos hubiese informado respecto al camino de la mansión de Cedric. Y, por otra parte, de haber conseguido llegar, es más que probable que hubiera constituido motivo de querella contra vos. Este rico hidalgo, recordad que ya os lo había explicado, es orgulloso, rudo, e irritable; una pesadilla para la nobleza e incluso para sus vecinos Reginald Front-de-Boeuf y Philip Malvoisin, que precisamente no son

niños con los cuales se pueda jugar. Mantiene con tanta testarudez los privilegios de su raza y está tan orgulloso de su ininterrumpida descendencia de Hereward, renombrado campeón de la heptarquía, que es llamado por todos Cedric *el Sajón* y presume de pertenecer a un pueblo respecto al que otros muchos tratan de disimular su descendencia con objeto de evitar el *vae victis*, o sea, las vejaciones que se imponen a los vencidos.

—Prior Aymer —dijo el templario—. Vos sois hombre galante, muy entendido en el estudio de la belleza y también en todas las cuestiones amorosas, como buen trovador que también sois. Sin embargo, muy bella tendrá que ser la celebrada Rowena para equilibrar los sacrificios que habré de soportar si deseo obtener el favor de un individuo tan sedicioso como resulta ser su padre Cedric, según la descripción que de él me hacéis.

—Cedric no es su padre —replicó el prior—. Puedo aseguraros que tan sólo es su pariente lejano; desciende de mejor familia que él y sólo muy lejanamente están emparentados por nacimiento. Sea como sea, se ha constituido en su guardián y lo que custodia le es tan caro como si se tratara de su propia hija… Muy pronto podréis juzgar su belleza. Si la fuerza de su complexión y la mayestática aunque dulce y suave expresión de sus ojos azul celeste no borran de vuestra memoria las negras hijas de Palestina o las huríes del antiguo paraíso de Mahoma, yo me consideraré un infiel y un renegado hijo de la Iglesia.

—¿Recordará nuestra apuesta si la belleza que tanto alabáis resulta ganadora? —preguntó el templario.

—Mi collar de oro —dijo el prior— contra diez pellejos de vino de Quios…; y ya son tan míos como si estuvieran en las bodegas del convento, encerrados bajo llave por el viejo Dionisio, el bodeguero.

—Y sólo yo seré el juez —replicó el templario—. Sólo yo debo convencerme por mi propio juicio de que no he visto doncella más hermosa desde que Pentecostés cayó en el duodécimo mes del año. ¿No es así? Prior, vuestro collar está en peligro; he de llevarlo a la garganta en los torneos de Ashby-de-la-Zouche.

—Si lo ganáis honradamente —replicó el prior—, bien podéis llevarlo dónde y como os plazca. Tengo confianza en que daréis la verdadera respuesta por vuestra palabra de caballero y de religioso. A pesar de todo, hermano, seguid mi consejo y haced uso de la lengua con más cortesía que aquella a la que el trato con los infieles y siervos orientales os tiene acostumbrado. Cuando Cedric *el Sajón* se siente ofendido, y no es remiso en ofenderse, sin ningún respeto a vuestra hidalguía ni a mi alto empleo, como tampoco a la santidad de ambos, nos echaría de su casa y sería capaz de mandarnos a pernoctar al aire libre, en el bosque, aunque fuera medianoche. Y mucho cuidado en el modo con que miréis a Rowena. El más mínimo recelo a este respecto y estamos perdidos. Se dice que sacó de casa a su único hijo por haberse atrevido a levantar los ojos y dirigir la mirada con afección amorosa hacia esta belleza que, por lo que parece, puede ser adorada a distancia, pero a la que no está

permitido acercarse con otros pensamientos que no sean los que tenemos cuando nos aproximamos al pedestal de la Virgen bendita.

—Bien, ya es suficiente —contestó el templario—. Por una noche me doblegaré a la necesidad y me portaré tan blandamente como una doncella. Pero si intentara echarme de la casa, con mis escuderos y los esclavos Hamlet y Abdalla… esto ya sería otro cantar. Sabré libraros de este descrédito. No dudéis de que sabremos mantener nuestra posición.

—No debemos permitir que pueda llegar tan lejos —contestó el prior—. Pero he aquí la cruz caída de la que nos habló el bufón. Tan oscura está la noche que apenas podemos distinguir el camino que debemos seguir. Si mal no recuerdo, indicó que debíamos torcer a la izquierda.

—A la derecha, según creo recordar —dijo Brian.

—Seguro que es a la izquierda; recuerdo cómo señalaba con su espada de madera.

—Sí, pero la sostenía con la mano izquierda y señalaba a la parte contraria —dijo el templario.

Ambos mantenían su opinión con engreída tozudez, como suele suceder en estos casos; los criados fueron consultados, pero no habían estado suficientemente cerca para poder oír las instrucciones de Wamba. Poco después, Brian descubrió algo que había escapado a su atención en la semioscuridad.

—Hay alguien dormido o tal vez muerto al pie de esta cruz… Hugo, muévelo con la punta de la lanza.

No acababa de hacerlo cuando la figura se levantó, exclamando en buen francés:

—Quienquiera que seáis, es una descortesía por vuestra parte el distraerme de mis pensamientos.

—Unicamente deseábamos preguntarle —dijo el prior—, el camino hacia Rotherwood, domicilio de Cedric *el Sajón*.

—Yo también me dirijo allá —replicó el forastero—, y si dispusiera de un caballo os serviría de guía, porque, aunque conozco muy bien el camino, resulta un poco intrincado.

—Tendrás nuestra recompensa y agradecimiento, amigo mío —dijo el prior—, si nos llevas sanos y salvos a la mansión de Cedric.

Ordenó a un criado que montara el caballo que hasta ahora iba libre y le diera el suyo al forastero que les iba a servir de guía.

Su conductor escogió el camino opuesto al que Wamba les había indicado con objeto de extraviarles. La senda se adentraba en el bosque y tuvieron que sortear más de un barranco y cruzar algún torrente peligroso, que se deslizaba en terreno pantanoso; pero el forastero parecía conocer como por instinto la tierra más firme y los más seguros vados, y así, con conocimiento y precaución, logró conducir sin incidentes a toda la partida a una avenida de árboles más espaciada que las que hasta ahora habían visto. Señalando un bajo e irregular edificio que aparecía en el otro extremo, dijo al prior:

—He aquí Rotherwood, el refugio de Cedric *el Sajón*.

Dicha información fue causa de gozo para Aymer, cuyos nervios no eran de lo más templado, pues había sufrido enormemente al cruzar los terrenos fangosos. Tanto, que no había tenido ganas de encontrar ocasión para mostrarse curioso. Sintiéndose recuperado y cerca de un albergue, su curiosidad empezó a despertar, y le preguntó al guía quién era y qué era.

—Un peregrino acabado de llegar de Tierra Santa —fue la respuesta.

—Más conveniente hubiera sido que permanecierais allí para luchar por la reconquista del Santo Sepulcro —dijo el templario.

—Tenéis razón, reverendo caballero —contestó el peregrino, al que no parecía extrañar el aspecto del templario—. Si los ha habido que han prometido bajo juramento recobrar Tierra Santa viajando a tanta distancia de donde el deber los reclama, ¿resultará anormal que un pacífico campesino como yo renuncie a llevar a cabo la tarea que otros han abandonado?

La intención del templario fue la de contestar airadamente, pero le interrumpió el prior, que una vez más hizo patente su estupor por el hecho de que su guía, después de larga ausencia, conociera tan bien los escondidos senderos del bosque.

—Soy nativo de estos lugares —contestó el guía, y al pronunciar estas palabras ya se hallaba delante de la mansión de Cedric.

Era un edificio bajo y asimétrico, con varios cercados y patios interiores, que se extendían sobre una considerable extensión de terreno. El edificio, aunque hablaba a favor de la riqueza de su dueño, no guardaba ninguna semejanza con las residencias amuralladas y altivas como castillos en las cuales residía la nobleza normanda, y que habían llegado a ser el único modelo arquitectónico de Inglaterra.

De todas formas, Rotherwood no carecía de defensas; carecer de ellas era un lujo que ninguna casa importante podía permitirse en aquel período plagado de disturbios. Por otra parte, no podía correr el riesgo de encontrarse derruida e incendiada antes de que llegara la aurora. Un foso profundo, lleno de agua procedente de un arroyuelo cercano, circundaba toda la construcción. Una doble empalizada de afilados palos procedentes del bosque vecino, protegía ambas márgenes del foso. Una entrada en la parte occidental de la empalizada, abierta en su parte exterior, comunicábase con otra similar de la parte interior por medio de un puente levadizo. Se habían tomado las debidas precauciones para que dichas entradas estuvieran protegidas en sus ángulos por salientes, desde los cuales podían fácilmente defenderlas los ballesteros y honderos.

Antes de entrar, el templario hizo sonar su cuerno de caza con estruendo, ya que la lluvia, cuya amenaza se había anunciado largamente, había empezado ahora a caer con gran violencia.

III

Desde la costa que oye bramar el germánico
Océano, sanguinario y fuerte, vino el sajón de
azules ojos y amarillentos cabellos.

JAMES THOMPSON, *Libertad.*

En un salón de altura desproporcionada para su exagerada longitud y anchura, había una larga mesa de roble construida con troncos sin apenas pulimentar y que aparecían a la vista tal como cuando salieron del bosque. La mesa había sido preparada para la cena de Cedric *el Sajón*. El techo, formado por ramas y estacas, no disponía más que de una enramada para defender la pieza de la intemperie; en cada rincón del salón podía verse un gran fogón, pero como quiera que las chimeneas estaban muy mal construidas, se escapaba por lo menos tanto humo en el interior de la sala como el que debiera haber salido por la desembocadura del humero. Esta constante humareda había dejado como un barniz de pátina en los troncos que formaban el bajo techado, los cuales estaban tiznados de hollín. De las paredes del salón colgaban utensilios de caza y armas diversas; en los ángulos, se abrían puertas encortinadas que conducían a otras dependencias del extenso edificio.

Todos los detalles de la mansión poseían la rústica simplicidad del período sajón, la cual Cedric se había empeñado en mantener. El suelo estaba constituido por una mezcla de tierra y cal endurecida y apisonada, como la que puede verse en las modernas granjas actuales. Aproximadamente una cuarta parte del salón era más elevada que el resto, y un solo escalón daba acceso a ella; dicha parte, llamada dosel, estaba destinada únicamente a los miembros de la familia y a los invitados importantes. Para servir a este propósito, una mesa cubierta de un paño grana estaba colocada transversalmente sobre la plataforma, y desde su mitad partía otra más larga y baja hacia el fondo del salón, destinada a ser utilizada por los domésticos y personas de inferior clase social. El conjunto aparecía como en forma de «T», al igual que las antiguas mesas de comedor que obedecían a las mismas reglas de los viejos colegios de Oxford o Cambridge. Sillas macizas y asientos de madera de roble tallada estaban colocados sobre el dosel. Éstos, al igual que la parte más elevada de la mesa, estaban adornados con un baldaquino que contribuía, en cierto modo, a guarecer de las inclemencias del tiempo a los altos dignatarios a quienes iban destinados, especialmente a guardarles de la lluvia que conseguía filtrarse a través del mal ensamblado techo.

En toda la longitud del elevado dosel, las paredes habían sido cubiertas de damascos y cortinajes. En el suelo había una alfombra. También había algunos

adornos bordados y brocados de colores brillantes, tirando a chillones. Como ya hemos dicho, sobre la parte más baja de la mesa no había baldaquino y las rústicas paredes estucadas se mostraban desnudas y el piso de tierra sin alfombrar; no tenía mantel la mesa y unos bastos bancos reemplazaban a las sillas.

En el centro de la mesa elevada había dos sillas, todavía más altas que las restantes, para los señores de la casa que presidían este escenario de hospitalidad. De esta función derivaba su título honorífico, sajón, que significa «los repartidores de pan».

Cada una de estas sillas iba equipada con un escabel, curiosamente labrado y guarnecido de marfil con marcas peculiares de distinción. Uno de los asientos de honor estaba ocupado por Cedric *el Sajón*; éste, aunque pertenecía al pueblo víctima de discriminación, por ser un *franklin* o hidalgo, como les llamaban los normandos, daba muestras visibles de impaciente irritación ante la tardanza de su cena, tal como la pudiera hacer un *pater familias* de los tiempos idos o de los actuales.

De todas formas, aparentaba poseer un temperamento franco, aunque excitable y colérico. No sobrepasaba la estatura mediana, pero era de espaldas anchas, brazos largos y porte vigoroso, como corresponde a un hombre acostumbrado a sufrir los trabajos y fatigas de la guerra y de la caza. Era de cara ancha, grandes ojos azules, gestos abiertos y sinceros, hermosos dientes y una cabeza bien formada. Daba la impresión de buen humor que a menudo se conjuga con un temperamento fácilmente irritable. Brillaban el orgullo y el recelo en sus ojos, pues había gastado toda una vida en la defensa de unos derechos demasiado vulnerables. Su soberbia y sus expeditivas maneras habían permanecido siempre en estado de alerta debido a las circunstancias que condicionaban su situación. Su largo pelo rubio estaba dividido en dos partes iguales y peinado hasta alcanzar ambos hombros; a pesar de que Cedric rondaba la sesentena, pocas canas brillaban en su cabellera.

Sus vestiduras estaban compuestas por una túnica color verde vegetal guarnecida en puños y cuello con una piel llamada *miniver*; de inferior calidad que el armiño, y obtenida, según se cree, de las ardillas grises. Dicha túnica se abría sobre un ceñido vestido escarlata; llevaba calzones también de paño, que no llegaban más abajo de los muslos, dejando descubiertas las rodillas. Calzaba sandalias al modo de los campesinos, pero de mejor material y aseguradas por medio de broches de oro. Llevaba brazaletes y también un gran collar del mismo precioso metal. Se ajustaba el vientre con un cinturón ricamente guarnecido, del que prendía una espada corta de dos filos, de fina punta, dispuesta de modo que colgara perpendicularmente de su costado. En el respaldo de su asiento colgaba una capa ribeteada de pieles y también una gorra del mismo material, que completaba el atuendo del opulento propietario cuando se decidía a salir. Un bastón corto, provisto de un brillante rejón de acero, se hallaba reclinado contra la silla. Esta corta lanza podía servirle en sus paseos, tanto de cayado como de arma.

Varios domésticos, cuyos vestidos oscilaban entre la riqueza de los de su dueño y

la sencillez de los de Gurth, el porquerizo, vigilaban las miradas y esperaban las órdenes del noble sajón. Dos o tres sirvientes de más alto rango permanecían de pie sobre el dosel, detrás de su amo, y el resto en la parte más baja. También había otros sirvientes de diferente especie, a saber: tres o cuatro ágiles galgos empleados en la caza del ciervo y del lobo; otros tantos mastines de buena casta, huesudos, de cuello grueso, grandes cabezas y orejas largas; además de uno a dos perros de una raza pequeña, llamada *terrier*, que aguardaban con impaciencia la llegada de la cena, aunque la sagacidad peculiar de su especie en interpretar la expresión de los rostros humanos, les aconsejaba no alterar el silencio de su amo, temerosos, con seguridad, de un bastón blanco que tenía éste a su alcance con el visible propósito de utilizarlo para repeler los avances demasiado atrevidos de sus servidores de cuatro patas. Sólo un viejo perro lobo se había atrevido, con la confianza de un favorito mimado, a situarse cerca de la silla de honor y a aventurarse ocasionalmente a solicitar la atención de su amo colocándole su grandota cabeza sobre la rodilla o bien hociqueando su mano. A veces era repelido por una ruda orden: «¡Baja, *Balder*, baja! No estoy para juegos».

De hecho, el estado emocional de Cedric, como ya hemos observado, distaba mucho de ser plácido. Lady Rowena acababa de regresar de las vísperas celebradas en una lejana iglesia y se estaba cambiando las ropas mojadas por la tormenta. No había noticias de Gurth ni del rebaño a su cargo, que ya debía estar de regreso desde hacía largo, rato. Por otra parte, la inseguridad de los tiempos hacía más que probable que la tardanza pudiera ser atribuida a los bandidos de los que estaban infestados los bosques vecinos, o bien a un acto de fuerza de algún noble de los alrededores, el cual, consciente de su propia fuerza, hubiera olvidado las leyes de la propiedad. Ambas razones eran de peso, ya que la principal riqueza privada de los propietarios sajones consistía en numerosos rebaños de cerdos, especialmente en las regiones forestales, donde estos animales encontraban su alimento sin esfuerzo.

A dichos motivos de ansiedad se unían los deseos impacientes de que acudiera Wamba, su bufón favorito, cuyas bromas sazonaban en cierto modo su cena y los largos tragos de vino y cerveza con que acostumbraba a acompañarla. Añádase a todo lo dicho que Cedric no había comido desde el mediodía y que la hora habitual de la cena ya había pasado, causas éstas de irritación común a todos los hidalgos rurales, tanto del pasado como de los tiempos modernos. Cedric manifestaba su descontento mediante frases entrecortadas, parcialmente musitadas para sí mismo o dirigidas a los criados que le rodeaban, pero en particular al copero mayor, el cual le servía de tanto en tanto una copa de plata llena de vino, que era para él como un sedante…

—¿Por qué tarda tanto lady Rowena? Unicamente tiene que cambiarse la cofia —preguntó Cedric.

Le replicó una sirvienta con la seguridad con que lo hace una doncella de confianza:

—No querréis que se siente a la mesa con su mantón y la capucha. No olvidéis

que ninguna dama del condado gana en rapidez a mi señorita a la hora de cambiarse.

Este argumento irrebatible originó una especie de gruñido de conformidad por parte del sajón; después añadió:

—Vería con buenos ojos que su probada devoción le permitiera escoger mejor tiempo para su próxima visita a la iglesia de san Juan… ¡Pero por todos los diablos! —continuó, dirigiéndose al copero y elevando la voz como si estuviera dichoso por haber encontrado un motivo para desahogarse sin el deber de controlarse—. En el nombre de diez diablos, ¿qué podrá retener a Gurth tanto tiempo por estos campos? Mucho me temo que tendremos que lamentar algún percance con el rebaño; hasta ahora, Gurth se había mostrado esmerado y servicial y mi intención era la de darle mejor empleo. Quizá le hubiera convertido en uno de mis guardas[2].

Oswald, el copero, sugirió modestamente:

—Apenas ha transcurrido una hora desde el toque de queda —lo que constituía una mala defensa, ya que se basaba en un tópico desagradable para unos oídos sajones.

—¡El diablo se lleve la campana que da el toque de queda y al tiránico bastardo que la inventó, así como también al desalmado que osa pronunciar su nombre con una lengua sajona para un oído sajón! ¡El toque de queda! —bramó, después de tomar aliento—: ¡lo que nos faltaba, el toque de queda que obliga a los hombres honrados a apagar las luces para que los ladrones y bandoleros puedan cometer sus fechorías en la oscuridad! Sí, sí; el toque de queda. Reginald Front-de-Boeuf y Philip de Malvoisin saben tanto para qué sirve como Guillermo *el Bastardo* o cualquier aventurero normando que haya tomado parte en la batalla de Hastings[3]. Llegaré a oír, me temo, que mis propiedades han sido saqueadas con el único objeto de evitar que los bandidos, a los cuales no pueden mantener si no es mediante el robo y el hurto, mueran de inanición. Apostaría que mi fiel servidor ha sido asesinado y apresados mis bienes… Y Wamba…, ¿dónde se ha metido Wamba? ¿Me has dicho que había salido con Gurth? —Oswald contestó afirmativamente—. Bueno, ¡esto es aún mejor! También han raptado al payaso sajón para que sirva al señor normando. En realidad, los locos somos nosotros al quererles servir. Somos individuos más apropiados para provocar su risa y desprecio que los que han nacido solamente con la mitad de sus facultades mentales. Pero me vengaré —añadió, saltando con impaciencia de su silla ante el supuesto agravio y empuñando el rejón—. Me quejaré al Consejo, tengo amigos, tengo partidarios… Hombre por hombre desafiaré a los normandos que vengan con sus escudos y cotas de malla y todos los arreos que puedan dar una apariencia de gallardía a su cobardía. Con una jabalina como ésta he atravesado una armadura tres veces más resistente que cualquiera de las suyas. Me consideran un anciano, pero pronto se han de dar cuenta de que, aunque solo y desamparado, la sangre de Hereward corre por las venas de Cedric… ¡Wilfred, Wilfred! —exclamó, bajando la voz—. Ojalá hubieras podido dominar la irracional pasión que te poseía, así tu padre no estaría a su edad abandonado como el roble

solitario que agita sus ramas impotentes contra el furor desatado de la tormenta. —Esta reflexión pareció convertir en tristeza su irritación, pues volviendo a dejar la jabalina en su sitio, se sentó, dirigió la mirada al suelo y pareció quedar absorto en las más melancólicas reflexiones.

Súbitamente, Cedric fue apartado de su ensimismamiento por el sonido de un cuerno de caza, que recibía como respuesta los ladridos de todos los perros que se hallaban en el salón, unidos a los de los otros veinte o treinta que tenían cobijo en el resto del edificio.

Tuvo que entrar en acción el blanco garrote, bien secundado por las voces de los criados, para conseguir acallar el clamor canino.

—Todos a la puerta —dijo el sajón precipitadamente, una vez el tumulto se calmó lo suficiente para que sus órdenes pudieran ser oídas por los servidores—. Averiguad qué nuevas nos anuncia la trompa de caza… Lo más seguro es que se trate de algún robo de ganado o de algún atropello cometido en mis tierras.

Poco después, un guardián anunció:

—El prior Aymer de Jorvaulx y el buen caballero Brian Bois-Guilbert, comendador de la esforzada y venerable Orden de los Caballeros Templarios, con poco numerosa comitiva, piden hospitalidad y albergue por una sola noche, ya que se hallan en camino para un torneo que ha de tener lugar no lejos de Ashby-de-la-Zouche pasado mañana.

—¿Aymer, el prior Aymer? Brian de Bois-Guilbert… —murmuró Cedric—. Normandos los dos…, pero la hospitalidad de Rotherwood no debe pararse a considerar si son normandos o sajones quienes la piden. Sean bienvenidos desde el momento que han decidido detenerse aquí. Todavía lo hubieran sido más si hubiesen cabalgado un poco más allá en su camino, pero no vale la pena murmurar por una noche de hospedaje y una sola cena. En su condición de invitados incluso los normandos están obligados a reprimir su insolencia… Ve, Hundebert —añadió, dirigiéndose a una especie de mayordomo que estaba de pie con una vara blanca en la mano—, toma seis servidores y conduce a los forasteros a las dependencias de los huéspedes. Cuidad sus caballos y sus mulas y poned especial atención en que a sus servidores no les falte nada. Dadles una muda si la necesitan, encendedles un buen fuego, proporcionadles agua para lavarse y vino y cerveza para beber. Ordenad a los cocineros que añadan lo necesario a la cena, lo más rápidamente posible, y que todo esté en la mesa tan pronto como los forasteros estén listos para compartirlo. Diles, Hundebert, que muy gustoso Cedric en persona les daría la bienvenida si no se diera el caso de haber prometido bajo juramento no dar más de tres pasos fuera del dosel del salón para recibir a nadie que no llevara también en sus venas la noble sangre sajona. ¡Anda! Cuida de que estén atendidos en todo, para que no puedan decir, guiados por un desmedido orgullo, que el descastado sajón ha dado muestras de su pobreza y avaricia a la primera ocasión.

Salió el mayordomo con varios sirvientes para ejecutar las órdenes de su amo.

—¡El prior Aymer! —repetía Cedric, mirando a Oswald—. ¿Hermano, si no yerro, de Giles de Mauleverer, actual señor de Middleham?

Oswald hizo un gesto afirmativo, lleno de respeto.

—¡Su hermano ocupa el lugar y usurpa el patrimonio de una raza mejor, la familia de Ulfgar de Middleham! Pero ¿qué señor normando no hace lo mismo? Se comenta que el prior es alegre y jovial y que prefiere la copa de vino y el cuerno de caza a la campana y el libro. Bueno, que venga, será bienvenido. ¿Cómo dices que se llama el templario?

—Brian de Bois-Guilbert —le respondió.

—Bois-Guilbert —dijo Cedric, utilizando aún aquel tono polémico a media voz al que la costumbre de convivir con los criados le había acostumbrado a utilizar y que más se parecía al tono que emplea un hombre al hablar para sí que al que emplea para dirigirse a los que le rodean…—. ¿Bois-Guilbert? Para lo bueno y para lo malo, este nombre ha sonado mucho. Se cuenta que es tan valiente como el que más de la Orden, pero esta fama llega manchada con los habituales vicios del orgullo, la arrogancia, la crueldad y la voluptuosidad. Un corazón fuerte que no teme al mundo ni respeta al cielo. Así lo describen los pocos guerreros que han regresado de Palestina. Bien; sólo será una noche, sea también bienvenido… Oswald, abre el más viejo tonel de vino, tráete los mayores cuernos para beber, la cerveza más fuerte, vino endulzado con miel y moras y también otro sazonado con especias; dispón, además, sobre la mesa la más espumosa sidra…, porque los templarios y los abades son amantes de los buenos vinos y de los recipientes grandes… Elgitha, comunica a lady Rowena que no la esperamos esta noche a menos que sea su deseo especial compartir la mesa con nosotros.

—Y claro que será su especial deseo —contestó Elgitha prontamente—. Se desvive por conocer las últimas nuevas de Palestina.

Cedric lanzó una furiosa mirada a la atrevida doncella, pero se contuvo, porque todo lo que hacía referencia a Rowena gozaba del privilegio de estar a salvo de su ira. Solamente replicó:

—Silencio, muchacha; tu lengua traiciona tu discreción. Lleva mi recado a tu ama y deja que ella decida. Por lo menos, aquí todavía es una princesa la descendiente de Alfred.

Tras oír esto, Elgitha abandonó la sala.

—¡Palestina! —repetía el sajón—. ¡Palestina! ¡Cuántos hay que prestan oídos a los cuentos que traen de aquella tierra fatal los cruzados disolutos y los peregrinos hipócritas! Yo también podría preguntar…, también tengo motivos para inquirir…, también podría escuchar con el corazón latiendo desacompasadamente las fábulas que los vagabundos se inventan para forzar nuestra hospitalidad… Pero, no… El hijo desobediente ya no es mi hijo y no me he de preocupar más por su suerte que por la del más inútil de entre los millones que han bordado una cruz en su hombro, se han lanzado a los excesos y a las más culpables matanzas, llamando a todo ello el

cumplimiento de la voluntad de Dios.

Frunció el entrecejo y por un instante fijó la vista en el suelo. Cuando levantó los ojos, las puertas del fondo del salón se abrieron de par en par, y precedidos por el mayordomo portador de la vara blanca y de cuatro domésticos provistos de llameantes antorchas, los huéspedes hicieron su entrada en el aposento.

IV

Los porqueros reaparecían con sus ovejas y sus peludas cabras.
Mientras, sobre el mármol yacía el altivo ternero.
Distribuían los pedazos sobre el fuego.
Los cubiletes se llenaban, hasta el borde, de vino rojizo.

Aparte, el banquete era distribuido por Ulises.
En un sitio innoble y en una mesa de trébedes,
el Príncipe asignaba…

HOMERO: *Odisea,* XXI.

El prior Aymer aprovechó la ocasión que se le había brindado, para cambiar su ropa de viaje por otra confeccionada con material todavía más costoso, sobre la que había colocado una capa bordada con gran cuidado. Además de la sortija de oro macizo, signo de su dignidad sacerdotal, sus dedos estaban, aunque fuera contrario a los cánones, recargados de piedras preciosas. Sus sandalias eran del más fino cuero que España exporta. Su barba, cuidadosamente arreglada, había sido reducida a las mínimas dimensiones que permitían las reglas de la orden a que pertenecía, y su tonsura se disimulaba bajo el casquete escarlata ricamente bordado.

El aspecto del caballero templario también había cambiado y, aunque no tan recargado de adornos, su vestido era más costoso y el aspecto de su persona más imponente que el de su compañero. Había cambiado su cota de malla por una túnica de seda color púrpura oscuro, adornada con ricas pieles, sobre la cual flotaba en anchos pliegues el manto de la Orden, de inmaculada blancura. Sobre su hombro, recortada en terciopelo negro, resaltaba la cruz de ocho puntas. Iba descubierto y solamente daban sombra a sus ojos los rizos de sus cabellos, negros como el plumaje de un cuervo, en completo acuerdo con su tez más tostada de lo habitual. Nada ni nadie hubiera sido capaz de superar su gracia mayestática si no hubiera sido porque tenía un sello de altanería fácil de adquirir en los que están habituados a que nadie oponga resistencia a su autoridad.

Seguían a los dos dignatarios sus respectivos cortejos, que guardaban humildemente las distancias; detrás iba su guía, cuyo aspecto no tenía nada de especial a no ser el usual en todos los peregrinos. Un manto grande de sarga negra, parecido en su forma a una esclavina, envolvía su cuerpo. Completaban su vestimenta unas toscas sandalias atadas con tiras de cuero a sus pies; un sombrero de anchas alas, adornado con conchas y un largo cayado reforzado con hierro, a cuyo extremo superior iba amarrada una palma. Seguía modestamente al último criado del cortejo y al observar que la mesa inferior escasamente podía acoger a los criados de Cedric

junto con la comitiva, se dirigió a un banco algo apartado, próximo a una de las grandes chimeneas. Parecía entretenerse en secar sus vestiduras, hasta que alguno se retirara y le proporcionara sitio a la mesa o la hospitalidad del mayordomo le facilitara algún alimento en el apartado rincón que había escogido.

Cedric se levantó para recibir a sus huéspedes con un aire digno y hospitalario y, bajando del dosel o parte elevada de la sala, dio tres pasos hacia ellos y aguardó a que se le acercaran.

—Mucho me pesa —dijo—, reverendo prior, que mi voto me impida avanzar más sobre el suelo de mis antepasados, aunque fuera para dar la bienvenida a huéspedes tan principales como sois vos y este valiente caballero de la santa Orden de los Caballeros Templarios. Creo que mi mayordomo os habrá explicado los motivos de mi aparente descortesía. Os ruego también que sepáis excusarme si me expreso en mi lengua materna, como también os ruego que en ella os dirijáis a mí, si es que la sabéis hablar. Si se da el caso contrario, entiendo suficientemente el normando para comprender lo que digáis.

—Los votos —dijo el abad— deben ser firmes, caro hidalgo, o mejor diría caballero, por ser el de hidalgo un tratamiento moderno. Los votos son los nudos que nos atan al cielo…, son las cuerdas que sujetan la ofrenda del sacrificio a las columnas del altar… De ahí que no puedan ser pasados por alto, a no ser con el consentimiento de la Madre Iglesia… Con respecto al lenguaje, de buena gana haré uso del que empleaba mi respetada abuela, viuda de Middleham, muerta en olor de santidad y por eso mismo comparable a vuestra santa patrona, la bendita santa Gilda de Whitby, ¡sea por siempre alabada!

Cuando el prior acabó su discurso intencionadamente conciliador, su acompañante dijo secamente y con énfasis:

—Yo siempre hablo francés, la lengua del rey Ricardo y de sus nobles; pero sé suficiente sajón para comunicarme con los nativos de este país.

Cedric le lanzó una de aquella prontas e impacientes miradas que pocas veces dejaban de provocar las comparaciones entre los países rivales; sin embargo, reasumiendo los deberes de la hospitalidad, se contuvo para no llevar su resentimiento más allá. Hizo un gesto con la mano e indicó a sus huéspedes que podían ocupar dos asientos algo más bajos que el suyo, pero situados a su lado. Siguió la oportuna señal para que la cena fuera servida. Mientras los servidores se apresuraban a cumplir sus órdenes, su mirada tropezó con Gurth, el porquerizo, que acompañado por Wamba acababa de entrar.

—Haced que se acerquen estos dos bribones —dijo el sajón con impaciencia. Y cuando los dos llegaron ante el dosel continuó—: ¿Qué significa, villanos, que hayáis vagabundeado hasta tan tarde? ¿El señor Gurth ha traído el rebaño a casa o bien ha optado por dejarlo abandonado a los bandidos y merodeadores?

—El rebaño está a salvo, si no os sabe mal —dijo Gurth.

—Pues sí me sabe mal, bergante —dijo Cedric—, que me hayas obligado a

suponer lo contrario por espacio de dos horas y me hayas hecho maquinar venganzas contra mis vecinos por ofensas que no han cometido. Te lo advierto, los grilletes y una celda de la prisión te esperan la próxima vez que se te ocurra hacerme algo semejante.

Gurth, conocedor del temperamento irritable de su amo, no intentó disculparse; no así el bufón, que contaba con la tolerancia de Cedric debido a los privilegios de que goza un loco. Y contestó por los dos:

—En verdad, tío Cedric, no dais esta noche grandes muestras de seso.

—¿Cómo habéis dicho, señor mío? —preguntó su amo—. Mira que te mando a la garita del portero para que pruebes allí el sabor del látigo si te atreves a llevar tu insensatez hasta ese punto.

—Primero, sírvase su sabiduría aclararme —dijo Wamba— si es justo y razonable castigar a alguien por la falta cometida por otro.

—Claro que no, imbécil —contestó Cedric.

—Entonces, decidme. ¿Y quién se atrevió a dejar cojo a un animal que pertenecía a uno de mis siervos? —preguntó el sajón, temblando de ira.

—A fe mía que fue Hubert —dijo Wamba—, el guardabosque de Philip de Malvoisin. Dio con *Fangs* correteando por el bosque y le acusó de acosar ciervos en el coto privado del que es vigilante.

—¡El diablo se lleve a Malvoisin y a su guarda con él! Yo he de enseñarle que su coto no está incluido en la ley de caza —bramó colérico—. Pero ya es suficiente. Vete, bribón, a donde deberías estar… y tú, Gurth, hazte con otro perro y que se atreva el guarda a tocarlo y nunca más podrá manejar el arco; ¡todo el desprecio de un cobarde caiga sobre mi cabeza si no le amputo el pulgar de la mano derecha…! De este modo nunca más podrá tensarlo. Ruego el perdón de mis dignos huéspedes. Me he visto obligado a tener tratos con vecinos más intratables que los infieles de Tierra Santa, señor templario. Pero ya la cena está servida; comed y que mi bienvenida excuse su poca calidad.

Ya estaba servido el banquete y en verdad que no necesitaba excusas de ninguna clase. Carne de cerdo adobada en diferentes estilos así como volatinería, gamo, cabra, liebres, junto con varias clases de pescado, aparecían sobre la mesa inferior. A todo esto se añadían gruesas rebanadas de pan y pasteles de fruta y miel. Las piezas más pequeñas de aves salvajes, abundantes, no se servían en platos, sino que eran presentadas en tablas o bien ensartadas, para ser directamente ofrecidas por los pajes y criados que las transportaban a cada huésped sucesivamente, el cual se servía la ración que le venía en gana. Ante cada persona con suficiente categoría, se alineaba una copa de plata. La mesa inferior disponía de recipientes de cuero.

Cuando el festín estaba a punto de comenzar, el mayordomo levantó la vara súbitamente y dijo en voz alta:

—¡Atención! Lady Rowena.

Una puerta lateral, situada cerca de la presidencia del banquete, se abrió y

Rowena, seguida de cuatro camareras, hizo su entrada en el salón. Cedric, aunque sorprendido y es probable que no agradablemente, de que su pupila apareciera en público en tal ocasión, se apresuró a salir a su encuentro y la condujo ceremoniosamente hacia el elevado asiento que estaba a su derecha, que pertenecía por derecho a la señora de la casa. Todos se incorporaron para recibirla y la joven dama correspondió a la cortesía con un gesto de saludo. Después avanzó para ocupar su sitio en la mesa. Antes de que pudiera acabar de hacerlo, el templario musitó al oído del prior:

—No seré yo el que lleve vuestro collar de oro en el torneo, vuestro es el vino de Quíos.

—¿Acaso no os lo predije? —contestó el prior—. Pero conteneos, el hidalgo os está observando.

Haciendo caso omiso de esta advertencia y acostumbrado a actuar solamente bajo el primer impulso que sus deseos le dictaban, Brian de Bois-Guilbert mantuvo fijos los ojos en la belleza sajona que quizá excitaba aún más su indignación debido a la gran diferencia existente entre ella y las sultanas orientales. Disfrutando de las proporciones que poseen las mejores bellezas de su sexo, Rowena era alta pero no tanto como para llamar la atención.

Era de un color rubio refinado, pero el noble porte de su cabeza la salvaguardaba de la insensatez que a menudo acompaña a esta clase de belleza. Las pestañas de grácil dibujo, color castaño, hacían resaltar el azul celeste de sus ojos y se bastaban para acentuar la expresión de su frente y de sus miradas, capaces de subyugar y someterse, de mandar y de implorar. Si la ternura era la expresión natural de estas cualidades, resultaba obvio que en la presente ocasión, la costumbre de ser constantemente considerada como un ser superior y de ser la habitual destinataria de las atenciones de todos, le habían prestado cierto aire de superioridad que combinaba con el que había recibido de la naturaleza. Su poblada cabellera estaba dispuesta en graciosos rizos, a los que para su forma el arte había ayudado a la naturaleza. Los bucles iban entrelazados con piedras preciosas y sueltos, todo lo cual denotaba que era doncella noble de nacimiento. Una cadena de oro, con un relicario, colgaba de su cuello. En sus brazos desnudos brillaban brazaletes. Vestía una bata de seda color verde pálido, sobre la que flotaba una ancha túnica que llegaba al suelo. Las mangas eran muy anchas, pero de todos modos no sobrepasaban el codo. Dicha túnica era de estambre procedente de la más fina lana. Un velo de seda entretejida de oro iba unida a ella, y tanto podía taparle el rostro y el escote a la moda española, como servirle de manto.

Cuando Rowena se apercibió de que el caballero templario había fijado su mirada en ella con un ardor que resaltaba desde las oscuras cuencas de sus ojos, que daban la impresión de ser carbones encendidos, colocó el velo ante su cara como para demostrar que aquella mirada desvergonzada no era de su agrado. Cedric se dio cuenta de este movimiento y de lo que lo había motivado.

—Señor templario —dijo—, las mejillas de las doncellas sajonas han sufrido poco los rayos del sol como para poder soportar las miradas ardientes de un cruzado.

—Si he faltado —replicó sir Brian—, pido perdón… Es decir, imploro el perdón a lady Rowena…, mi humildad no da más de sí.

—Lady Rowena —dijo el prior— nos contagia a todos dando su merecido a la desenvoltura de mi amigo. Esperemos que no sea tan cruel para con los magníficos caballeros que han de acudir al torneo.

—No es seguro que nosotros acudamos —dijo Cedric—; no soy amante de estas vanidades que no se estilaban en tiempos de mis antepasados, cuando Inglaterra era un país libre.

—Esperemos de todos modos —replicó el prior— que el poder viajar en nuestra compañía os decida a ir; cuando los caminos son tan inseguros, la protección de Brian de Bois-Guilbert no es de despreciar.

—Señor prior —contestó el sajón—. En cualquier ocasión en que me he puesto en ruta no he tenido otra necesidad de ayuda que la que me han prestado mi espada y mis fieles servidores. Por lo tanto, si nos decidimos a asistir al torneo de Ashby-de-la-Zouche lo haremos en compañía de mi noble vecino y paisano Athelstane de Coningsburgh, y con tal acompañamiento podemos desafiar a cualquier bandido o enemigo feudal… A vuestra salud, prior, bebo esta copa de vino que espero sea de vuestro gusto. Os doy las gracias por vuestra deferencia. Y lamento que seáis tan fiel a las reglas monásticas y que ello os impida juzgar la superioridad de este caldo sobre la leche.

—De ningún modo —dijo el prior, riendo—. Solamente en el recinto de la abadía nos limitamos al consumo de la *lac dulce* o de la *lac acidum*. En nuestro trato con el mundo empleamos las maneras del mundo. Por lo tanto no tengo ningún inconveniente en corresponder a vuestro brindis bebiendo de este honesto vino, como tampoco lo tengo en dejar los zumos más débiles para el hermano lego.

—Y yo —dijo el templario llenando su copa— brindo por lady Rowena y me confieso su vasallo, porque desde que la santa de su nombre introdujo tal patronímico en Inglaterra, no ha existido nadie con la categoría suficiente para recibir tal tributo. A fe mía que si la causa de la ruina material y moral de Vortigern hubiera sido sólo la mitad de justificable que la que ahora nos es dado contemplar, de buena gana le perdonaría.

—Os dispenso de vuestro vasallaje, caballero —dijo lady Rowena con dignidad y sin descubrir su rostro—. O mejor, lo valoraré tanto como para pediros las últimas nuevas de Palestina, tema más agradable a los oídos ingleses que los cumplidos que la educación francesa os dicta.

—Tengo pocas nuevas importantes que comunicaros —indicó sir Brian de Bois-Guilbert—, excepto la confirmación de que se ha firmado una tregua con Saladino.

Fue interrumpido por Wamba, que había ocupado el sitio que le correspondía: una silla cuyo respaldo estaba decorado con dos orejas de burro. Ésta se encontraba a

unos cuantos pasos detrás de la de su amo, que de tarde en tarde le proporcionaba vituallas de su propio plato; de todos modos, había de compartir tal privilegio con los perros favoritos. Allí se estaba Wamba ante una mesita, con los tacones apoyados en la barra de la silla y la piernas encogidas, con las mejillas chupadas de modo que sus mandíbulas parecieran un cascanueces; mantenía los ojos semicerrados, pero él permanecía siempre alerta, dispuesto a cazar al vuelo cualquier oportunidad que se le presentara para sus permitidas chanzas.

—Estas treguas con los infieles —dijo de repente, haciendo caso omiso del templario al que cortaba el discurso— me están convirtiendo en un anciano.

—Continúa, granuja, ¿cómo es eso? —dijo Cedric, cuyos gestos ya anunciaban su predisposición a tomar la broma favorablemente.

—Porque —contestó Wamba— ya puedo recordar tres que han sido acordadas en mis días, y como quiera que cada una de ellas debía durar cincuenta años, según mis cuentas debo ya tener ciento cincuenta.

—Sin embargo, yo te predigo que no habrás de llegar a viejo —dijo el templario, reconociendo al que había visto en el bosque en aquel preciso instante—. No esperes ninguna clase de muerte si no es la violenta, y puedo asegurarte que ésta te llegará si continúas dando a los viajeros extraviados direcciones equivocadas como las que nos diste al prior y a mí esta noche.

—¿Cómo, señor? —dijo Cedric—. ¿Dar direcciones equivocadas a los viajeros? Serás azotado. Eres tan bellaco como loco, esto por lo menos.

—Te ruego, tío —contestó el bufón—, que mi idiotez proteja en esta ocasión a mi bellaquería. Lo único que hice fue confundir la mano derecha con la izquierda. Más perdón necesita él por haber tomado por consejero y guía a un loco.

En este punto la conversación fue interrumpida por uno de los pajes, que anunció que en la puerta se encontraba un forastero pidiendo hospitalidad y permiso para entrar.

—Que entre —dijo Cedric—, sea quien sea…, una noche como ésta obliga incluso a los animales salvajes a constituirse en manada y a buscar la protección del hombre, su enemigo mortal, antes de perecer bajo la fuerza de los elementos desencadenados. Que se le proporcione cuanto necesite y se le atienda en todo… Dispónlo así, Oswald.

Y el mayordomo abandonó la sala del banquete para hacer cumplir las órdenes de su amo.

V

¿Tiene ojos el judío? ¿Tiene manos, órganos, sentidos, afectos, pasiones, debilidades y ternuras? ¿Se alimenta con las mismas materias, lucha con las mismas armas, sufre enfermedades, cura de las enfermedades por los mismos sistemas, padece frío y calor durante los inviernos y los veranos, del mismo modo que un cristiano?

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia*.

Oswald, ya de vuelta, musitó al oído de su amo:

—Se trata de un judío que dice llamarse Isaac de York; ¿será correcto que le haga pasar?

—Que lo haga Gurth, Oswald —dijo Wamba con su habitual desfachatez—. El porquerizo cuidará cortésmente al judío.

—Santa María —dijo el abad santiguándose—. Un judío descreído en nuestra compañía.

—¿Un perro judío, acercándose a un defensor del Santo Sepulcro? —protestó el templario.

—A fe mía —replicó Wamba—, parece ser que los caballeros templarios son más amantes de la herencia de los judíos que de su compañía.

—Haya paz, mis caros huéspedes —dijo Cedric—. Mi hospitalidad no puede ser coartada por vuestros gustos. Si los celos han sufrido a toda la nación de engreídos no creyentes durante más años que los que puede contar un hombre honrado, bien podremos nosotros soportar la presencia de un solo judío por espacio de unas pocas horas. No he de obligar a nadie a comer ni a conversar con él…, póngale mesa y plato aparte. A no ser —añadió sonriente—, que los forasteros del turbante lo admitan a su lado.

—Señor hidalgo —contestó el templario—, mis esclavos sarracenos son verdaderos musulmanes y repugnan tanto como cualquier cristiano el tener tratos con un judío.

—Pues a fe mía —dijo Wamba— no se me alcanzan las razones por las cuales los adoradores de Mahoma y de Termagaunt se den de menos de tratar con el pueblo elegido por Dios.

—Puede sentarse a tu lado, Wamba —dijo Cedric—. Un loco y un bribón harán buena pareja.

—El loco —contestó Wamba mostrando las reliquias de un trozo de cerdo— se cuidará de levantar una barrera entre los dos.

—Silencio —dijo Cedric—, que aquí llega.

Un hombre viejo, alto y delgado, que de todos modos no daba la medida de su altura real debido al hábito de andar inclinado, fue introducido con pocas consideraciones. Avanzaba miedosa y dubitativamente, haciendo numerosas reverencias hacia el extremo inferior de la mesa.

De sus regulares facciones sobresalían una nariz aquilina y un par de ojos penetrantes. Su alta y despejada frente, así como sus cabellos largos y grises y su barba, le hubieran permitido ser considerado como hermoso de no constituir los atributos fisonómicos peculiares de una raza, la cual, en aquel oscuro período, era tan detestada por el creyente pueblo bajo como perseguida por la clase noble, ávida y rapaz. Quizá debido al odio y a las persecuciones, esta raza había adoptado un carácter nacional en el cual abundaban, y nos quedamos cortos, la astucia y la desconfianza.

El vestido del judío, aparentemente bastante maltratado por la tormenta, consistía en una sencilla capa que formaba muchos pliegues y cubría una túnica color púrpura oscuro. Calzaba grandes botas reforzadas con piel y llevaba un cinturón que sostenía un pequeño cuchillo, además de una bolsa con recado de escribir. No iba armado.

Era portador de un alto sombrero cuadrado de color amarillo; tenía una forma peculiar, destinada a distinguir a los de su raza de los cristianos. Sin embargo, se había descubierto con gran humildad en la misma puerta de la sala. La recepción que se le hizo a tal personaje en la sala de Cedric *el Sajón* fue tal como para dejar satisfecho plenamente al más declarado enemigo de las tribus de Israel. El mismo Cedric contestó con un simple movimiento de cabeza a los repetidos saludos del judío, indicándole un lugar en la parte baja de la mesa. De todos modos, nadie hizo el menor movimiento para hacerle sitio. Por el contrario, a medida que iba avanzando a lo largo de la hilera de comensales, mientras lanzaba miradas suplicantes a uno y otro lado, los criados sajones se envaraban y continuaban devorando la cena sin hacer el menor caso de las necesidades del nuevo invitado. Los servidores del abad incluso se santiguaron, lanzando miradas de piadosa repugnancia. Los sarracenos se retorcieron el bigote con indignación y llevaron las manos a la empuñadura de sus puñales, como si quisieran demostrar que estaban dispuestos a utilizar cualquier medio para librarse de la temida contaminación que presagiaba su proximidad.

Es probable que los mismos motivos que habían inducido a Cedric a abrir las puertas de su casa al hijo de un pueblo repudiado, le hubieran hecho ordenar a sus sirvientes que le recibieran con mayor cortesía; pero se había enzarzado en una discusión con el abad sobre la cría de perros de caza. Discusión que no hubiera interrumpido ni aun por causas más importantes que la de socorrer a un desvalido judío. Mientras tanto, Isaac continuó siendo un extraño entre extraños, del mismo modo que el pueblo al que pertenecía lo era entre los demás pueblos, buscando en vano el descanso. El peregrino, sentado junto a la chimenea, le tuvo compasión y le cedió el asiento mientras le decía secamente:

—Buen viejo, seca está mi ropa y mi hambre satisfecha, cuando tú estás mojado y hambriento.

Y dicho esto recogió las ramas esparcidas alrededor del hogar y las puso a arder; tomó también de la gran mesa un plato de potaje y una ración de cabrito asado, los colocó sobre la mesita que él había utilizado y, sin esperar el agradecimiento del judío, se trasladó al otro extremo de la sala…, y no podemos decir si lo hizo con objeto de no permanecer más tiempo cerca del individuo que había sido sujeto de su acto de benevolencia o si, por el contrario, su acto fue dictado por su deseo de acercarse a la presidencia de la mesa. De haber existido en aquella época pintores capaces de trasladar a la tela la escena, no hay duda de que la forma encogida del judío, con sus manos temblorosas de frío tendidas hacia el calor de la lumbre, le hubiera servido de modelo insuperable para personificar al crudo invierno. Una vez libre del frío, se lanzó sobre los humeantes alimentos colocados ante él con una avidez que hacía patente una larga abstinencia.

Mientras Cedric y el abad continuaban su larga conversación sobre temas de caza, lady Rowena parecía muy interesada en un diálogo con una de sus doncellas y el altivo templario, cuyas miradas iban del judío a la bella sajona, estaba aparentemente absorto y con el pensamiento ocupado por cuestiones de gran interés para él.

—Me maravilla, respetable Cedric —dijo el abad continuando su discurso—, que a pesar de la demostrada predilección por vuestra propia viril lengua, no cedáis plaza al idioma franconormando cuando se trata de discutir los misterios del bosque y de la caza. Es evidente que ninguna lengua puede superarla a la hora de expresar los diferentes y ricos matices que la descripción de los ejercicios cinegéticos requiere, ni tampoco que proporcione más recursos al cazador experimentado para relatar sus proezas.

—Mi buen padre Aymer —dijo el sajón—, sabed de una vez que me importan un comino estos refinamientos ultramarinos y que puedo pasarme muy bien sin ellos para divertirme cazando. Puedo hacer sonar mi cuerno de caza, aunque a su sonido no sea capaz de llamarlo *recheat* o bien *mort*. Soy capaz de azuzar a mis perros y puedo muy bien degollar y descuartizar la pieza cobrada sin recurrir a jergas de nuevo cuño, como *curée, arbor, nombles* y todo el bla-bla-bla utilizado por el fabuloso sir Tristán[4].

—El francés —dijo el templario levantando la voz, a la que imprimió el tono presuntuoso y autoritario propio en él siempre que la ocasión se le presentaba—, no es solamente el lenguaje natural de la caza, sino que también lo es del amor y de la guerra. Con él se conquista a las damas y se desafía a los enemigos.

—Aceptadme una copa de vino, caballero templario —dijo Cedric—, y que de nuevo llene la suya el abad, mientras hago retroceder mi memoria unos treinta años para contaros otra historia. Tal como era por entonces Cedric *el Sajón*, no tenía necesidad de adornar sus requiebros con frases prestadas a trovadores franceses para dirigirse a los oídos de una hermosa. Y las llanuras de Northallerton son testigos de

que tan alto se oía entre las filas de los soldados escoceses el grito de guerra sajón en la jornada del santo estandarte, como pueda oírse el *cri de guerre* del más esforzado de los varones normandos. ¡A la memoria de los que allí combatieron! Secundad mi brindis…

Bebió un largo trago y continuó con creciente fervor:

—Glorioso día aquel en que cien escudos protegían las cabezas de los valientes; la sangre corría formando ríos, y a pie firme se aguantaba la muerte mucho mejor que si de una bandera se tratase. Un bardó sajón calificó dicha batalla como una fiesta de espadas…, un festín de águilas abatiéndose sobre su presa…, y también dijo que el continuo martilleo sobre los yermos y el clamor de los gritos de combate resultaban más alegres que el griterío gozoso de un cortejo de boda. Pero ya desaparecieron nuestros bardos —añadió—, nuestras gestas se confunden con las de otra raza, nuestra lengua, nuestro mismo nombre incluso, camina hacia su extinción y nadie se duele de que esto suceda a no ser un pobre anciano. ¡Copero!, bellaco, llena los vasos a la salud del mejor en la pelea, sea cual sea su raza y su lenguaje, de los que en este momento se encuentran luchando en Palestina junto a los mejores cruzados.

—Por modestia no puedo corresponder a vuestro brindis —dijo sir Brian de Bois-Guilbert—. Porque, ¿quiénes si no los defensores del Santo Sepulcro podían merecer tal honor?

—A la salud de los caballeros hospitalarios —dijo el abad—; tengo un hermano en dicha Orden.

—No seré yo quien ponga en entredicho su renombre —dijo el templario—. Sin embargo…

—En mi opinión, amigo Cedric —dijo Wamba interrumpiendo—, si Ricardo *Corazón de León* hubiera sido lo suficientemente listo para pedir consejo a un loco, se hubiera quedado tranquilamente en casa con sus alegres tropas inglesas y hubiera dejado la reconquista de Jerusalén a cargo de los mismos caballeros que tanto han tenido que ver en su pérdida.

—Entonces, ¿no hay nadie en el ejército inglés que pueda compararse con los templarios ni hospitalarios? —dijo lady Rowena.

—Perdonadme, señora —replicó De Bois-Guilbert—, es cierto que el monarca inglés ha llevado a Palestina una hueste de valientes guerreros comparables en valentía tan sólo a aquellos cuyos pechos han sido una constante muralla para defender Tierra Santa.

—Comparables a nadie —dijo el peregrino, que estaba lo suficientemente cerca para oír la conversación con marcado nerviosismo. Todos se volvieron hacia el lugar de donde procedía la afirmación—. Digo —repitió el peregrino en alta y firme voz—, que los caballeros ingleses no admiten comparación con quien sea que haya desenvainado la espada para defender Tierra Santa. Y añado, pues lo he visto con mis propios ojos, que el rey Ricardo en persona, con cinco de sus caballeros, sostuvo un torneo después de la toma de San Juan de Acre. Aseguro que no hubo excepciones en

su desafío. En aquella ocasión cada caballero entró en liza tres veces, derribando a tres antagonistas. Siete de los vencidos eran caballeros templarios…, y sir Brian de Bois-Guilbert de sobras conoce la verdad de cuanto digo.

Es imposible describir con palabras la amarga llamarada de rabia que ensombreció el rostro del templario. A tal extremo llegaron su confusión y resentimiento, que sus temblorosos dedos se aferraron a la empuñadura de la espada. Sin duda, se abstuvo de desenvainar porque su conciencia le aconsejó que no debía cometer ningún acto de violencia en tal lugar sin exponerse demasiado. Cedric, cuyo temperamento era directo y llano y por tanto le resultaba difícil el prestar atención a dos cosas a la vez, no advirtió el airado gesto de su huésped, inmerso como estaba en la alegría que le había producido el relato de las proezas de sus compatriotas.

—De buena gana te daré este brazalete de oro si tú, peregrino —dijo—, me puedes nombrar a los caballeros que tan alto supieron mantener el nombre de Inglaterra.

—Lo haré con mucho gusto y sin recompensa —replicó el peregrino—. Mis votos actuales me prohíben estos lujos.

—Yo llevaré el brazalete por ti si lo deseas, amigo mío —dijo Wamba.

—El primero en honor y en las armas, en renombre y en dignidad, fue el intrépido Ricardo, rey de Inglaterra —dijo el peregrino.

—Le perdono —dijo Cedric—, le perdono que descienda del tiránico duque Guillermo.

—El conde de Leicester fue el segundo —prosiguió el peregrino—, y el tercero sir Thomas Multon de Gilsland.

—Por fin alguien con ascendencia sajona —vociferó Cedric.

—Sir Foulk Doilly el cuarto —añadió el peregrino.

—Sajón también, al menos por línea materna —continuó Cedric, que escuchaba con tan cálido interés que olvidó su odio contra los normandos, embebido en el triunfo de los isleños y del rey Ricardo—. ¿Quién fue el quinto? —preguntó.

—Sir Edwin Turneham.

—Un auténtico sajón, por el alma de Hengist —gritó Cedric—. Y el sexto —continuó acalorándose—, ¿cuál es el nombre del sexto?

—El sexto —dijo el peregrino después de concentrarse un momento— era un noble caballero de categoría inferior y menos renombre; sin duda fue admitido para que se completara el número…, no puedo acordarme de su nombre.

—Señor peregrino —dijo sir Brian de Bois-Guilbert con sorna—, este afectado olvido después de la brillante exhibición de memoria que nos habéis dado, llega un poco tarde para secundar vuestro propósito. Yo mismo os daré el nombre del caballero ante cuya lanza, y ayudado por la suerte y un tropiezo de mi caballo, caí derribado. Fue el caballero Ivanhoe y tampoco ninguno de los allí presentes había alcanzado tal nombradla en tan corta edad. A pesar de todo, pregono en alta voz que de encontrarse en Inglaterra y de atreverse a repetir en la próxima jornada de torneos

el desafío de San Juan de Acre, yo, montado y armado tal como lo estoy ahora, le concedería todas las ventajas…, y ya se vería el resultado.

—Vuestro desafío pronto tendría una respuesta —replicó el peregrino— si pudiera oíros vuestro antagonista. Tal como están las cosas, no turbemos la paz de esta morada con el resultado de una pelea que vos sabéis no puede celebrarse. Si alguna vez Ivanhoe regresa de Palestina os puedo garantizar que ya sabrá encontraros.

—Buena seguridad garantizáis —dijo el caballero templario—. Pero ¿qué fianza depositáis?

—Este relicario —dijo el peregrino extrayendo de su pecho una cajita de marfil, mientras se santiguaba—, que contiene una astilla de la Santa Cruz procedente del monasterio del Monte Carmelo.

El prior de Jorvaulx también se santiguó y rezó un padrenuestro, que devotamente acompañaron los presentes, excepción hecha del judío, los mahometanos y el templario; este último, sin descubrirse ni dar ninguna muestra de respeto y devoción ante la supuesta santidad de la reliquia, arrancó de su cuello una cadena de oro y la arrojó sobre la mesa, diciendo:

—Que el prior Aymer sea el guardián de mi apuesta y de la de este anónimo vagabundo en prenda de que cuando el caballero Ivanhoe llegue a Inglaterra, a través de cualquiera de sus cuatro mares, sostendrá el reto de Brian de Bois-Guilbert y, si no lo mantiene, yo proclamaré su cobardía dentro de los muros de todos los castillos templarios de Europa.

—No será preciso —dijo lady Rowena, rompiendo el silencio—. Si no se levanta ninguna voz para defender al ausente Ivanhoe, óigase la mía. Yo sostengo que acudirá de buena gana a cualquier honesto desafío. Si de algo sirve mi pobre voto personal para reforzar el inestimable valor de la prenda que da el sagrado peregrino, yo comprometo mi nombre y mi honra, asegurando que Ivanhoe irá al encuentro que tanto desea este orgulloso caballero.

Multitud de emociones en conflicto embargaban el ánimo de Cedric y le obligaban a guardar silencio durante la anterior discusión. Orgullo satisfecho, resentimiento, embarazo, se reflejaban sucesivamente en su ancha frente como la sombra cambiante de las nubes sobre la campiña, mientras sus servidores, aparentemente bajo un choque eléctrico que el nombre del sexto caballero les produjo, vigilaban con ansiedad las miradas de su amo. Pero cuando Rowena habló, el sonido de su voz pareció sacarle de su ensimismamiento silencioso.

—Señora, esto no procede —dijo Cedric—, si más garantía fuera necesaria, yo mismo, ofendido y además justamente ofendido, comprometería mi propio honor en defensa del de Ivanhoe. Pero creo que la legalidad del reto es absoluta, incluso pese a que quede acordado según las fantasiosas costumbres de los caballeros normandos. ¿No es así, padre Aymer?

—Así es —replicó el prior—, y mantendré a salvo la sagrada reliquia y la valiosa

cadena en la tesorería del convento hasta conocer el resultado de su desafío.

Habiendo así hablado, se santiguó una y otra vez y después de muchas genuflexiones y plegarias confió el relicario al hermano Ambrosio, su asistente, al mismo tiempo que con menos ceremonia pero quizá con más satisfacción interna, guardaba la cadena de oro en una bolsa de cuero perfumado que llevaba bajo el sobaco.

—Y ahora, sir Cedric —dijo—, mis oídos zumban como un enjambre de avispas debido a los efectos de vuestro fuerte vino…, brindemos de nuevo a la salud de lady Rowena y dadnos libertad para buscar nuestro reposo.

—Por todos los condes de Bromholme —dijo el sajón— que no sois merecedor de la fama que tenéis, señor prior. Se dice de vos que sois monje de buen temple y que suena la campana mañanera antes de que abandonéis vuestra copa. Yo, sintiéndome un anciano, de veras temía el encontraros. Pero, a fe mía, que en mis tiempos un muchacho sajón de doce años no hubiera abandonado el cubilete tan temprano.

Sea como sea, el prior debía tener sus buenas razones para perseverar en el camino de la abstinencia que había adoptado. No sólo como monje era mediador y hombre bueno en las discusiones, sino también porque se lo dictaba su temperamento, ya que odiaba las disputas y las bravatas de toda especie. Sin embargo, en esta ocasión no se trataba de aprecio por su vecino de mesa, ni de amor a sí mismo, sino de una aprensión instintiva contra el carácter del orgulloso sajón. También comprendió que el temperamento soberbio de que había dado muestras su compañero templario podría a la larga producir alguna explosión. Por lo tanto optó por insinuar cortésmente que ningún nativo de otro país podría nunca competir con un sajón fuerte y arrojado en los combates con las jarras de vino. Refiriéndose de pasada al carácter sagrado de su oficio, terminó insistiendo en su proposición de retirarse a descansar.

Como es debido, se sirvió la ronda de despedida y los huéspedes, después de rendir pleitesía al dueño de la casa y lady Rowena, se levantaron y bajaron a la sala, mientras los principales de la casa se retiraban a sus aposentos por puertas separadas, en compañía de sus sirvientes.

—Perro descreído —espetó el templario a Isaac el judío al llegar a su altura—, ¿te diriges también al torneo?

—Ésa es mi intención —replicó Isaac inclinándose humildemente—, si vuestra reverencia lo aprueba.

—Claro —dijo el caballero—, para devorar las entrañas de los nobles con tu usura y engañar a las mujeres y a los niños con fruslerías y juguetes… Estoy seguro que tu bolsa de judío está llena de joyas.

—Ni una joya, ni una moneda de plata, ni siquiera de cobre…, ¡en nombre del Dios de Abraham —dijo el judío, retorciéndose las manos—. Acudo con el único propósito de recabar la generosidad de mis hermanos de raza para que me ayuden a

pagar la multa que el recaudador de tributos especiales para los judíos me ha impuesto…! ¡El padre Jacob me ayude! Soy un pobre miserable. Incluso la capa que llevo puesta me la prestó Reuben de Tadcaster.

El templario sonrió amargamente mientras contestaba:

—¡Eres un mentiroso y embustero de corazón! —Y siguió su camino con muestras de desprecio, para después ordenar algo a sus criados musulmanes en una lengua desconocida por los reunidos. Tanta fue la impresión que causó al pobre israelita que un monje militar se dignara dirigirle la palabra, que no cambió su postura humilde hasta que el caballero ya había alcanzado el extremo del salón. Cuando miró a su alrededor, lo hizo con la espantada mirada de aquél a cuyos pies ha caído el rayo y todavía siente el estruendo del trueno resonando en sus oídos.

El templario y el prior fueron escoltados hasta sus aposentos por el mayordomo y el copero, asistidos por dos portadores de antorchas y por dos criados con refrescos, mientras servidores de inferior condición acomodaban al resto de la comitiva.

VI

Esta amistad yo la utilizo para comprar su favor:
la quiere, bien; si la rechaza, adiós.
Por Dios, le suplico que no me engañe.

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia*.

Mientras el peregrino, ayudado por la luz de una antorcha que sostenía un criado, se adentraba en la intrincada red de pasadizos que establecían comunicación entre las diferentes estancias de la irregular mansión, se le acercó el copero. Éste le insinuó al oído si no tendría inconveniente en aceptar una copa de buena cerveza en su propio aposento, ya que muchos de la servidumbre ardían en deseos de oír las nuevas de Tierra Santa, especialmente las concernientes al caballero Ivanhoe. De pronto apareció Wamba apoyando la proposición y haciendo notar que una copa después de medianoche valía por tres tomadas antes del toque de queda. Sin discutir una aseveración defendida por un entendido de tanta categoría, el peregrino declinó cortésmente la invitación añadiendo que sus votos le prohibían tratar en privado aquellas cuestiones que no se podían hablar en público.

—Estos votos —dijo Wamba al copero— les hacen una mala faena a los criados.

El copero se encogió de hombros con displicencia.

—Mi intención era la de alojarle en la planta noble —dijo—, pero visto que se muestra tan poco sociable con los cristianos, voy a aposentarle junto a Isaac el judío… Anwold —ordenó al portador de la antorcha—, conduce al peregrino a los apartamentos del sur… Os doy las gracias, señor peregrino —añadió—, aunque poco agradecimiento merece tan poca cortesía.

—Buenas noches y que la bendición de la Santa Virgen esté con vos —dijo el peregrino con buenos modales, mientras su guía se ponía en movimiento.

En una pequeña antecámara iluminada por una lámpara de hierro y a la cual daban diferentes puertas, tuvieron un segundo encuentro. Se trataba de una de las doncellas de lady Rowena. En tono autoritario explicó que su señora deseaba hablar con el peregrino, y mientras eso decía, tomó la antorcha de manos del criado indicándole que regresara. Después indicó al peregrino que la siguiese. Aparentemente, éste no juzgó oportuno desairar la invitación como lo había hecho con la anterior ya que, aunque sorprendido por el requerimiento, obedeció sin replicar ni dar muestras de desagrado.

Un corto pasadizo y una escalera de siete escalones, cada uno de los cuales era un tronco de roble, le condujeron a la estancia de lady Rowena. Las paredes habían sido recubiertas de colgaduras bordadas; sedas de diferentes colores, entretejidas con hilos

de oro y plata, habían sido dispuestas con toda la habilidad de los artistas de la época para representar hechos de caza y cetrería. La cama estaba cubierta con tapices igualmente ricos y rodeada de cortinajes teñidos de púrpura. También los sillones estaban forrados, y uno de ellos, más elevado que los restantes, tenía un escabel de marfil curiosamente labrado.

No menos de cuatro candelabros de plata, cada uno de ellos sosteniendo grandes hachas de cera, iluminaban la estancia. Pero la magnificencia en que vivía una princesa sajona no causa envidia a las hermosas de hoy en día. Las paredes de la habitación estaban tan mal acabadas y llenas de grietas que las ricas colgaduras eran agitadas por el viento nocturno y la llama de las bujías se contorsionaba en el aire como un pendón al viento, a pesar de estar protegidas por una pantalla. Y el lujo era notorio, mezclado con ciertos toques de buen gusto, pero era escasa la comodidad; sin embargo, por desconocida no era echada en falta.

Lady Rowena, con tres sirvientas a su espalda entretenidas en peinarla, mientras descansaba sentada en el sillón que antes hemos descrito, parecía nacida para recibir pleitesía de todo el mundo. El peregrino, que no quiso ser una excepción, le rindió homenaje mediante una profunda genuflexión.

—Álzate, peregrino —le dijo gentilmente—; el defensor de los ausentes se hace merecedor de un recibimiento especial que no dudarán en otorgarle todos los que estimen la verdad y el honor. —Y añadió, dirigiéndose a su cortejo—: Retiraos, excepción hecha de Elgitha. Deseo hablar con el santo peregrino.

Las doncellas, sin abandonar la estancia, se retiraron al extremo más alejado. Tomaron asiento en un pequeño banco apoyado contra el muro y allí permanecieron mudas como estatuas, a pesar de que, a tanta distancia, sus murmullos no hubieran turbado la conversación de su ama.

—Peregrino —dijo la señora, luego de una pequeña pausa durante la cual pareció dudar acerca del modo de dirigírsele—; esta noche habéis mencionado un nombre… Me refiero al de Ivanhoe. Le habéis nombrado precisamente entre unos muros donde el sonido de su nombre hubiera de haber tenido mejor aceptación, por naturaleza y parentesco. Pero tan crueles son los designios del destino, que de entre los muchos cuyos corazones han latido al escuchar su nombre, solamente yo me atrevo a preguntaros dónde y en qué condición se encuentra aquél a quien os referíais… Se dice que tras permanecer en Palestina por razones de salud después de la partida del ejército inglés, sufrió persecución por parte de la facción francesa de la cual los normandos son adictos.

—Conozco poco al caballero Ivanhoe —contestó el peregrino con la voz turbada —; mucho me complacería conocerle más a fondo, desde el momento, señora, que vos os interesáis por su destino. Creo que salió airoso de la persecución de que fue objeto en Palestina y que se halla en vísperas de regresar a Inglaterra donde, vos, señora, sabéis mejor que yo cuáles son sus probabilidades de encontrar la felicidad.

Lady Rowena suspiró profundamente y preguntó más particularmente para

cuándo se esperaba su llegada y si no se daría el caso de estar expuesto a peligros en su viaje. Con referencia al primer punto, el peregrino confesó su ignorancia, y respecto al segundo, aseguró que el viaje podía ser realizado con éxito desde Venecia a Génova para llegar a Inglaterra a través de Francia.

—Ivanhoe —añadió— dominaba la lengua francesa hasta el punto de estar a salvo de cualquier contratiempo durante esa última parte de su viaje.

—Quiera Dios —dijo lady Rowena—, que ya se encuentre a salvo entre nosotros y pueda ponerse la armadura en el próximo torneo, en el que la caballería de estas tierras ha de desplegar todo su valor y destreza. Si se da el caso de que Athelstane de Coningsburgh alcanza la victoria, malas nuevas esperan a Ivanhoe a su llegada a Inglaterra. ¿Cuál era su aspecto, forastero, cuando le viste por última vez? ¿La dura mano de la enfermedad había dejado huella sobre su fuerza y hermosura?

—Me pareció más moreno y más delgado que cuando llegó de Chipre, formando el cortejo del rey Ricardo. Su semblante denotaba preocupación; de todos modos, no pude verle de cerca, ya que no nos conocemos.

—Me temo que ha de encontrar en su patria pocos motivos para alejar de él las preocupaciones —dijo lady Rowena—. Gracias, peregrino, por tu información referente a mi compañero de infancia… Doncellas, acercaos. Ofreced el último vaso al santo varón a quien no quiero privar por más tiempo de reposo.

Una de las doncellas llegó con una copa de plata llena de vino especiado. Rowena lo llevó a sus labios y lo ofreció después al peregrino.

—Aceptad esta limosna, amigo —prosiguió la dama ofreciéndole una moneda de oro—, como reconocimiento a las penalidades que has soportado visitando los Santos Lugares.

El peregrino agradeció la dádiva con otra profunda reverencia y siguió a Elgitha fuera de la estancia.

En la antesala encontró a Anwold, el asistente; tomó la antorcha de manos de la doncella y le condujo con más prisa que cortesía a la parte innoble del edificio, situada en el exterior, donde cierto número de cuartuchos servían de cobijo a los criados inferiores y a los forasteros de poca categoría.

—¿Cuál es el cuarto del judío? —preguntó el peregrino.

—El perro descreído se cobija en la celda inmediata a vuestra santidad. ¡Por san Dunstan! ¡Cómo habremos de lavarla y limpiarla antes de que pueda servir para dar abrigo a un cristiano!

—¿Y dónde duerme Gurth, el porquerizo? —preguntó el forastero.

—Gurth ocupa la celda de la derecha, mientras que la del judío está a la izquierda. Vos separaréis al circuncidado del animal que su raza abomina. Mejor habitación hubierais gozado de haber aceptado la invitación de Oswald.

—Ya está bien así —dijo el peregrino—. Difícilmente la contaminación, aún procedente de un judío, puede atravesar una pared de roble.

Y entró en la celda que le estaba destinada; tomó la antorcha de manos del criado,

le dio las gracias y le deseó las buenas noches.

Después de cerrar la puerta de la celda, colocó la antorcha en un candelabro de madera e inspeccionó su dormitorio, cuyo mobiliario, sencillo en extremo, consistía en un rústico taburete de madera y una tabla aún más rústica, cubierta de paja limpia y provista de varias pieles de carnero a modo de mantas.

Después de apagar la luz, el peregrino se acostó sin despojarse de sus vestiduras y durmió, o por lo menos permaneció en esta misma postura, hasta que los primeros albores de la mañana penetraron a través del ventanuco que servía para dar ventilación y luz al incómodo habitáculo. Se levantó y, después de rezar sus plegarias y arreglarse la túnica, abandonó la celda. Penetró en la de Isaac, poniendo gran cuidado al levantar el pestillo.

Su ocupante estaba entregado a un sueño bastante agitado sobre un camastro similar al que el peregrino había utilizado para pasar la noche. Las piezas de su vestido, del que se había despojado antes de dormir, habían sido colocadas alrededor de su cuerpo como para ser protegidas de cualquier intento de robo durante las pesadillas de su sueño. La agitación de su rostro lindaba con la agonía. Sus manos se agitaban convulsivas como si lucharan con la pesadilla y, después de proferir algunas exclamaciones en hebreo, pudieron oírse las siguientes en el dialecto normando inglés:

—¡Por el Dios de Abraham, respetad la vida de un infeliz anciano! ¡Soy tan pobre que no tengo ni una miserable moneda…, aunque me descuartizarais, no podría daros nada!

El peregrino no esperó a que el judío llegara al final de su visión y le tocó con el cayado. Seguramente el contacto se asoció, como suele suceder, con sus temores experimentados en sueños, ya que el anciano se sobresaltó. Recogió parte de sus vestiduras con premura y, sujetándolas con la tenacidad con que el halcón clava sus garras en la presa, dirigió hacia el peregrino sus negros ojos penetrantes, que en aquellos instantes expresaban desmesurada sorpresa y un miedo cerval.

—No temas nada de mí, Isaac; considérame tu amigo —dijo el peregrino.

—El Dios de Israel te recompense —dijo el judío dando muestras de gran alivio —. Soñaba que… pero, alabado sea el padre Abraham, sólo se trataba de un sueño.

Y después, recuperándose, añadió con un tono normal de voz:

—¿Y qué causa desea tratar vuestra bondad con el pobre judío a hora tan temprana?

—Sólo quiero advertirte —dijo el peregrino— que de no abandonar esta mansión inmediatamente, tu viaje puede resultarte altamente perjudicial.

—¡Padre Santo! ¿Quién puede tener interés en perjudicar a un miserable como yo?

—Ya puedes figurártelo, pero quiero que sepas que mientras atravesaba la sala anoche, el templario iba hablando a sus esclavos musulmanes utilizando el lenguaje sarraceno, el cual conozco bien, y les encargaba que esta madrugada vigilaran tus

pasos y cayeran sobre ti cuando te hubieras alejado de la casa y te condujeran de inmediato al castillo de Philip de Malvoisin y, en su defecto, al de Reginald Front-de-Boeuf.

Es imposible describir a qué extremo llegó el terror del judío al oír esta información; parecía superior a lo que sus fuerzas podían soportar. Los brazos le colgaban a lo largo del cuerpo, la cabeza se le inclinó sobre el pecho, las rodillas cedieron y cada nervio y músculo pareció quedar enervado y perder toda su energía. Se derrumbó a los pies del peregrino, no al modo del que se inclina y arrodilla para implorar o producir compasión, sino como un hombre acosado por todas partes por una fuerza invisible que lo aplasta anulando su capacidad de resistencia.

—¡Santo Dios de Abraham! —fue su primera exclamación, mientras se retorcía las manos y las elevaba sin levantar su cabeza gris del pavimento—. ¡Oh, bendito Moisés! ¡Sagrado Aarón! ¡El sueño era una advertencia y la visión no vino en vano! ¡Ya puedo sentir los hierros desgarrándome las entrañas! ¡Tal como las flechas, sierras y hachas de hierro lo hicieron con los hombres de Rabbah y con las ciudades de los hijos de Ammón, ya siento mis huesos y mi carne desgarrados!

—Levántate, Isaac, y escúchame con atención —dijo el peregrino, que contemplaba al judío con una mezcla de compasión y disgusto—. Tienes razón en aterrorizarte considerando el modo en que tus hermanos han sido extorsionados por príncipes y nobles; pero levántate, repito, y te indicaré el modo de huir. Abandona esta mansión mientras los que la habitan todavía duermen profundamente, ayudados por la fiesta de ayer noche. Te guiaré a través del bosque por senderos conocidos y no he de abandonarte hasta dejarte a salvo bajo la protección de algún noble señor cuya buena voluntad podrás asegurarte con los medios que seguramente posees.

A medida que los oídos de Isaac iban escuchando las esperanzas de huida implicadas en el anterior disgusto, empezó a levantarse gradualmente, pulgada a pulgada, como quien dice, hasta quedar arrodillado. Tiró entonces para atrás su cabellera gris y fijó sus ojos negros y penetrantes en la cara del peregrino con una mirada que expresaba esperanza y temor, y en la cual no estaba ausente la sospecha. Pero cuando oyó la parte final del parlamento, el terror que había sentido pareció revivir con nueva y más potente fuerza. Escondiendo de nuevo el rostro, exclamó:

—¡Mira que decir que yo poseo medios para asegurarme la buena voluntad de quien sea! Un solo camino conduce a ganar el favor de un cristiano, ¿y cómo podrá hallar dicho camino un pobre judío al que las continuas extorsiones tienen reducido a la miseria de Lázaro? —Y de pronto, como si el recelo fuera más poderoso que cualquier otro sentimiento que en él habitara, exclamó—: Por el amor de Dios, joven, no me traiciones… Por el gran Padre que nos hizo a todos, judíos y gentiles, israelitas e ismaelitas…, no me seas traidor. No dispongo de medios ni siquiera para comprar la buena voluntad de un mendigo cristiano, aunque sólo la tasara en un simple maravedí. —Mientras iba hablando, se levantó y agarró el manto del peregrino, mirándole suplicante. Como si temiera contaminarse, el peregrino consiguió librarse

de su contacto.

—Aunque estuvieras cargado con todas las riquezas de tu tribu —le dijo—, ¿qué interés podría tener en perjudicarte? Estas vestiduras me obligan al voto de pobreza y no renunciaría a ellas por nada, excepción hecha de un caballo y de una cota de malla. Por lo tanto, no creas que tengo ningún interés en acompañarte ni que sea mi intento aprovecharme; quédate si es tu deseo… Cedric *el Sajón* te protegerá.

—Por desgracia —dijo el judío— no me permitirá unirme a su cortejo…, tanto sajones como normandos se avergüenzan del pobre israelita, y en cuanto a atravesar los dominios de Philip de Malvoisin y de Reginald Front-de-Boeuf… Buen mancebo, ¡iré contigo! Démonos prisa…, recojamos nuestras cosas volando. Aquí tienes tu bordón, pero ¿por qué te entretienes?

—No me entretengo —dijo el peregrino, calmando la impaciencia de su acompañante—, pero debo antes pensar el modo más seguro de abandonar este lugar. Sígueme.

Abrióse paso hacia la celda adjunta que, como el lector ya sabe, estaba ocupada por el porquerizo Gurth.

—Levántate, Gurth —dijo el peregrino—, y hazlo pronto. Abre la puerta trasera y déjanos salir al judío y a mí.

Gurth, cuyo oficio, tan poco considerado en nuestros días, le daba el rango de un Eumeo en la Inglaterra sajona, se ofendió por el tono familiar y autoritario empleado por el peregrino.

—El judío abandonando Rotherwood y viajando junto al peregrino —dijo apoyándose en el codo y mirando con suficiencia, sin abandonar el camastro.

—Ver salir al judío acompañado del peregrino me parece más irreal que huir con una pieza de tocino bajo el brazo —dijo Wamba, que acababa de entrar en el cuarto.

—De todos modos —dijo Gurth, reclinando de nuevo la cabeza sobre el tronco de madera que hacía las veces de almohada—, tanto el judío como el gentil tendrán la bondad de esperar a que se abra la puerta principal. No podemos consentir que tan honorables huéspedes nos abandonen a hora tan temprana.

—De todos modos —dijo el peregrino con tono autoritario—, creo que no habréis de negarme este favor.

Y así diciendo se acercó al lecho del reticente porquerizo y murmuró a su oído algo en sajón. Gurth se levantó de un brinco, como electrizado. El peregrino, levantando el índice como recomendando cautela, añadió:

—Cuidado, Gurth; cuidado con lo que haces. Siempre te he tenido por un hombre prudente. Repito, levanta el pestillo. No has de tardar en saber más.

Gurth le obedeció con celeridad, mientras Wamba y el judío le seguían, maravillados del súbito cambio en la actitud del porquerizo.

—¡Mi mula, mi mula! —dijo el judío tan pronto la poterna estuvo abierta.

—Dale su mula —dijo el peregrino—, y, óyeme…, proporcióname otra a mí y así podré acompañarle hasta que esté lejos de aquí…; la devolveré en buen estado a

alguno de los componentes del cortejo de Cedric, en Ashby. Y tú lo que has de hacer es… —y el resto lo dijo al oído de Gurth.

—De buena gana lo haré, de muy buena gana —dijo Gurth, partiendo al instante para cumplir el encargo.

—Me gustaría saber —dijo Wamba cuando su amigo volvió la espalda— qué cosas aprendéis los peregrinos en Tierra Santa.

—A rezar, loco —contestó el peregrino—, y también aprendemos a arrepentirnos de nuestros pecados y a mortificarnos con ayunos, vigilias y largas plegarias.

—Algo más poderoso que todo eso debéis aprender —contestó el bufón—, porque no puedo creer que el arrepentimiento y los rezos puedan hacer de Gurth un hombre educado, como tampoco creo que ni ayunos ni vigilias le convencieran para dejaros una mula… Tal como le conozco, más consideración hubierais encontrado en el verraco de la manada hablándole de vigilias y penitencias que no con Gurth. ¡Valiente tipejo está hecho!

—Vete al cuerno —dijo el peregrino—, no eres más que un loco sajón.

—Has hecho bien —dijo el bufón—, de haber nacido normando. De haberlo sido yo, la suerte me hubiera acompañado y casi hubiera podido alcanzar la sabiduría.

Precisamente entonces apareció Gurth en la parte opuesta del foso conduciendo las mulas por la brida. Los viajeros lo cruzaron utilizando un puente levadizo hecho con dos planchas de madera y no más ancho que la poterna. Daba a una pequeña abertura en la empalizada, que dejaba el paso libre hacia el bosque. Tan pronto alcanzaron las mulas, el judío acomodó con manos temblorosas en la parte posterior de la silla una bolsa de piel de ante que sacó de debajo de la capa y la cual sólo contenía, según aseguró en un murmullo:

—Una muda, tan sólo una muda limpia. —Y montando el animal con más presteza y agilidad de las que hacían presagiar sus muchos años, no perdió tiempo en esconder o en disimular bajo los pliegues de su túnica dicha bolsa, que quedó de este modo en bandolera de su cabalgadura.

Más tiempo se tomó el peregrino en montar, alargando su mano a Gurth, que la besó con veneración. El porquerizo siguió con la vista a los viajeros hasta que se perdieron en el sendero, adentrándose en el bosque. Entonces, Wamba le sacó de sus sueños.

—¿Sabes, amigo Gurth —dijo el bufón—, que te muestras más cortés y piadoso en esta mañana de verano que en otras ocasiones? En estos momentos quisiera ser un reverendo prior o un peregrino descalzo para participar también de tu celo y urbanidad… Por cierto, yo exigiría de ti algo más que un beso en la mano.

—Tu locura no llegaría a tanto, Wamba —contestó Gurth—. Comprendo que tú juzgas las cosas según las apariencias, al igual que lo hace el más sabio entre los nuestros… Bueno, ya es hora de que me cuide de mi rebaño —y diciendo esto se alejó de la casa en compañía del bufón.

Mientras tanto, los viajeros proseguían su camino con gran celeridad,

demostrativa de los temores del judío, ya que la prisa no es una característica propia de gentes de su edad. El peregrino, para el que ninguna senda ni atajo del bosque le eran extraños, escogía por sistema los más apartados y escondidos. Ante tal circunstancia, en más de una ocasión se reanimaron las sospechas del israelita; temía que le condujera a una emboscada.

Sus dudas eran explicables si tenemos en cuenta que, salvo la excepción de los peces voladores, no había en aquella época raza habitante de la tierra, el aire o las aguas que fuera objeto de tan obstinada, general e incansable persecución como la judía. Basándose en las más lógicas pretensiones o en las acusaciones más ligeras, absurdas y sin fundamento, sus personas y propiedades estaban expuestas a cualquier explosión de furia popular. Porque tanto los normandos como los sajones, daneses y británicos, aunque enemigos entre sí, competían para demostrar cuál de ellos detestaba más profundamente a la raza judía. Ésta, sin duda por su pundonor religioso, era acreedora del odio, el desprecio, el envilecimiento y tan sólo merecía la persecución y el ser despreciada. Los reyes de sangre normanda y los nobles independientes que les imitaban en los actos tiránicos, sostenían contra esta sufrida raza una sistemática, metódica e interesada persecución. Es bien conocida una anécdota referida al rey Juan. Se cuenta que una vez encerró a un rico judío en uno de sus castillos y que le hizo arrancar un diente cada día, hasta que el infeliz israelita, cuya mandíbula estaba ya medio desguarnecida, se avino a pagar una importante suma, único objetivo que perseguía el tirano. El poco dinero que corría por el país estaba en manos de este pueblo perseguido, y los nobles, tomando ejemplo de sus soberanos, no dudaban en utilizar cualquier medio para conseguirlo, llegando incluso a la tortura. A pesar de todo, el amor a la fácil ganancia inculcaba a los judíos un comportamiento pasivo que les inducía a soportar los males y persecuciones de que eran objeto; tan sólo tenían en cuenta el gran provecho que podían sacar de un país con tantas riquezas naturales como Inglaterra. A pesar de las continuas vejaciones, aumentadas por el decreto de impuestos especiales para los judíos, creado con el único y deliberado propósito de despojarles y exprimirles al máximo, éstos incrementaban, multiplicaban y acumulaban grandes sumas que pasaban de mano en mano por medio de letras de cambio…, invención por la que se dice que el comercio está en deuda con ellos, y que les permitía transmitir las riquezas de un país a otro cuando la persecución se acentuaba.

De este modo, la obstinación y avaricia de los judíos se enfrentaba con el fanatismo y tiranía de los gobernantes. Parecía incrementarse en proporción directa con el aumento de las vejaciones; pero las inmensas riquezas que el comercio les proporcionaba, aunque algunas veces corrieran serio peligro, en otras ocasiones les eran útiles para aumentar su influencia y asegurarles cierto grado de protección. En ese ambiente vivían y en él habían formado su carácter, siempre alerta, receloso y tímido, aunque también obstinado, tenaz y muy hábil en sortear los peligros a que estaban expuestos.

Cuando los viajeros habían avanzado un buen trecho siguiendo los intrincados senderos del bosque, el peregrino, al fin, rompió el silencio:

—Esta encina muerta marca el límite de los dominios de Front-de-Boeuf, y hace tiempo que dejamos atrás los de Malvoisin. Ya no hay ningún peligro de que nos persigan.

—Ojalá se les rompan las ruedas del carro —dijo el judío—, como se rompieron las de las huestes del faraón…, pero no me abandones, buen peregrino. Piensa solamente en aquel fiero y salvaje templario y en sus esclavos sarracenos. No tendrán en cuenta ni territorios, ni posesiones ni dominios.

—Nuestros caminos se separan aquí —dijo el peregrino—, porque no conviene a hombre de mi carácter y condición viajar contigo más de lo necesario. Además, ¿qué clase de socorro puedes esperar de mí, un pobre peregrino, contra dos individuos armados?

—Buen mancebo —contestó el judío—, tú puedes defenderme y yo sé que lo harías de buen grado. Pobre como soy, sabré recompensarte…, no con dinero, ya que dinero, ¡el padre Abraham me ayude!, no tengo. Pero…

—Ya te indiqué —dijo el peregrino interrumpiéndole—, que de ti no quiero dinero ni recompensa. Guiarte sí puedo e incluso defenderte en cierto modo, ya que proteger a un judío de un sarraceno difícilmente sería considerado un deshonor por un cristiano. Sea tomo sea, judío, procuraré ponerte a salvo y bajo protección. No queda lejos la ciudad de Sheffield donde fácilmente has de encontrar alguien de tu misma tribu que te brinde refugio.

—¡La bendición de Jacob descienda sobre ti, buen joven! En Sheffield puedo cobijarme en casa de mi pariente Zareth y allí podré encontrar medios para viajar seguro.

—Así sea —concluyó el peregrino—; en Sheffield nos separaremos y media hora de viaje nos pondrá a la vista de la ciudad.

La media hora transcurrió en el más absoluto silencio; quizá el peregrino desdeñaba dirigirse al judío salvo en los casos de extrema necesidad, y el judío, por otra parte, no se atrevía a forzar una conversación con alguien cuya visita al Santo Sepulcro le confería cierto grado de santidad. Se detuvieron en la parte más alta de una pradera ligeramente elevada. El peregrino, señalando hacia Sheffield, que se extendía a sus pies, repitió de nuevo:

—Aquí, pues, nos separamos.

—No antes de que hayáis recibido mi agradecimiento —dijo Isaac—, ya que no quiero pedirte que me acompañes a casa de mi pariente Zareth, el cual podría proporcionarme medios para retribuir tus buenos oficios.

—Ya te tengo dicho —contestó el peregrino—, que no deseo recompensa alguna. Si quieres escoger entre la larga lista de tus deudores a uno de ellos y perdonarle los plazos e intereses de tus préstamos, consideraré bien pagados los servicios que te he prestado, pues habrán servido para aliviar a un infeliz cristiano que puede hallarse en

situación comprometida.

—¡Espera, espera! —exclamó el judío, agarrándose a sus vestiduras—. Deseo hacer algo más, algo para tu provecho. Dios sabe cuán pobre es este judío…, sí, Isaac es el mendigo de su tribu. Pero perdona si adivino lo que más necesitas en este momento.

—Si tu adivinanza fuera acertada —contestó el peregrino—, sabrías que deseo algo que no está a tu alcance proporcionarme, aunque fueras tan rico como pobre pretendes ser.

—¿Cómo pretendo ser? —contestó el judío como si fuera el eco—. Créeme, no digo más que la verdad; soy un hombre arruinado, lleno de deudas, reducido a la miseria. Manos poderosas me han despojado de mis bienes, de mi dinero, de mis barcos y de todo lo que poseía… A pesar de estas contrariedades, puedo decirte lo que te hace falta y, quizá, incluso, proporcionártelo. En este instante tu verdadero deseo consiste en poseer un caballo y una armadura.

El peregrino se sobresaltó, volviéndose súbitamente hacia el judío, al que miró fijamente.

—¿Qué bribón te hizo esta confidencia? —preguntó.

—Poco importa —contestó el judío, sonriendo—, ya que estoy en lo cierto. Y del mismo modo que puedo adivinar tus necesidades, puedo satisfacerlas.

—Ten en cuenta que mi persona, mi vestido y mis votos…

—Conozco bien a los cristianos —replicó el judío interrumpiéndole—. Sé que incluso el más noble de vosotros es capaz de vestir un sayo y calzar sandalias para soportar una penitencia supersticiosa, peregrinando a pie a las tumbas de hombres muertos.

—No blasfemes, judío —dijo el peregrino con rudeza.

—Perdóname si he hablado con rudeza. Pero tanto anoche como esta mañana has pronunciado ciertas palabras que como las chispas del pedernal han delatado el metal con el que iban cargadas; además, debajo del sayo de peregrino se esconden una cadena de caballero y unas espuelas de oro. Las vi brillar esta mañana cuando te has acercado a mi lecho.

El peregrino no pudo evitar una sonrisa y dijo:

—Si registráramos tu atuendo con la misma curiosidad, ¿cuántos descubrimientos interesantes podríamos hacer, ¡eh!, Isaac?

—No mucho más de lo que ves —dijo el judío mudando de color mientras con prisa ponía a la vista papel y pluma. Y como si deseara cortar la conversación se puso a escribir sobre un papel que apoyó sobre la copa de su sombrero amarillo, sin desmontar siquiera de la mula. Cuando terminó, entregó al peregrino la nota escrita con caracteres hebreos, diciéndole:

—En la ciudad de Leicester todo el mundo conoce al adinerado judío Kirjath Jairam de Lombardía. Dale esta nota…, tiene en venta seis arneses de Milán, el peor de los cuales haría las delicias de una testa coronada… Y diez caballos…, también el

peor de ellos podría ser montado por un rey en trance de tener que defender su trono. Podrás escoger entre lo que más te plazca, junto con todo lo que necesitas para el torneo: cuando las justas hayan dado fin, lo devolverás todo en buen estado…, a no ser que prefieras pagarlo.

—Pero Isaac —dijo el peregrino sonriendo—, ¿no sabes que en estos ejercicios el caballo y las armas del caballero desmontado pasan a ser propiedad de su vencedor? Así pues, puedo tener mala suerte y perder lo que no puedo reemplazar ni pagar.

Esta posibilidad pareció sorprender al judío, que rehaciéndose contestó con presteza:

—No… no… no. Es imposible. No quiero creerlo. Cuentas con la bendición de nuestro Padre. Tu lanza será tan poderosa como la vara de Moisés.

Y diciendo esto, tiró de las riendas de su mula; el peregrino, a su vez, le atrapó por el gabán.

—Escucha, Isaac, tú no conoces todos los riesgos que hay en un torneo. El caballo puede resultar herido y la armadura perjudicada, porque no pienso reparar en caballo ni jinete. Además, los de tu raza nunca dan nada por nada; por lo tanto, algo habré de pagar por el servicio.

El judío se revolvió en la silla como hombre atacado por un cólico, pero sus sentimientos más elevados predominaron sobre los que en él eran más habituales.

—No me importa —dijo—; me da igual. Déjame ir. Si hay perjuicios no te costarán nada y, si se pierde dinero, Kirjath Jairam te lo perdonará en razón del parentesco con Isaac. ¡Cuídate! Adiós, buen mancebo —dijo, dando la vuelta. Después añadió—: No te entregues con demasiada pasión a este vano barullo…, y no me preocupo al hablar de este modo por el caballo ni por la armadura, sino por tu vida y por la integridad de tus miembros.

—Muchas gracias por tu consejo —contestó el peregrino, sonriendo de nuevo—. Haré uso de tu amabilidad con toda franqueza y, aunque me será difícil, pienso recompensarte por ella.

Se separaron y se dirigieron a Sheffield por diferentes caminos.

VII

Caballeros con séquito de escuderos,
con libreas llamativas y original atuendo,
mientras uno sostiene el casco, el segundo
lleva la lanza y un tercero la reluciente adarga.
Incansable el corcel hiere el suelo, resopla,
babea espuma y muerde el freno dorado.
Herreros, armeros y palafreneros cabalgan con limas
en las manos y al costado martillos,
clavos para las lanzas y para los escudos correas.
En las calles, formados estaban los guardias del rey,
mientras los payasos, con garrotes, acudían corriendo.

JOHN DRYDEN: *Palamón y Arcite*.

El estado de la nación inglesa en aquella época era muy cercano a la miseria. El rey Ricardo se hallaba preso en un país extranjero, bajo el poder del pérfido y cruel Duque de Austria. Incluso el lugar exacto de su cautiverio y el destino a que estaba sometido eran ignorados por sus súbditos, los cuales, al mismo tiempo, estaban sometidos a la más vil opresión.

El príncipe Juan, aliado con Felipe de Francia…, mortal enemigo de Corazón de León, empleaba toda clase de argucias con el duque de Austria para prolongar el exilio y la cautividad de su hermano Ricardo, al que tantos favores debía. Además, dirigía todos sus esfuerzos a reforzar la facción que le era favorable. De este modo intentaba aumentar sus recursos para desplazar en la sucesión del trono, dado el caso de que el rey muriera, a Arturo, duque de Britania, hijo de Geoffrey Plantagenet y legítimo heredero, al mismo tiempo que su hermano mayor. Y es bien sabido que tal usurpación llegó a buen término. Siendo de carácter débil, disperso y pérfido, no le fue difícil a Juan atraerse el favor no sólo de aquéllos que tenían sobrados motivos por sus actos criminales, y por lo tanto temían el regreso del rey, sino también de los numerosos fuera de la ley que se habían unido a los cruzados y ahora regresaban más pobres, más endurecidos de carácter, instruidos en los vicios orientales y con todas sus esperanzas de rápido enriquecimiento depositadas en la guerra civil.

A estas causas de empobrecimiento y pública aprehensión, se debe añadir la gran cantidad de forajidos que reunidos en numerosas cuadrillas, desesperados por la insoportable opresión feudal que aplicaba a rajatabla las órdenes de bosque y caza, se apoderaron de los extensos bosques y de los espacios abiertos dictando su propia ley y desafiando a la justicia y a sus magistrados. Los mismos nobles, fortificados en sus

castillos, osaban desafiar la autoridad del rey de paja en sus propios dominios y se constituían en jefes de bandas tan fuera de la ley como las de los bandoleros declarados. Con objeto de poder pagar a estas huestes y sostener los gastos a que su orgullo les obligaba por su desorbitado tren de vida, la nobleza pedía en préstamo a los judíos exageradas sumas de dinero a interés tan elevado que llevaba a consumir sus rentas como si de un cáncer se tratara. Después no podían amortizar los préstamos a no ser que las circunstancias les proporcionaran ocasión para liquidarlos por medio de algún acto de violencia ilegal contra sus propios acreedores.

El pueblo de Inglaterra, sometido a esta infeliz situación, sufría profundamente ante un presente tan poco esperanzador, pero aún tenía más motivos para preocuparse por el futuro. Una maligna epidemia se extendía a lo largo del país y sus estragos eran espectaculares debido a la falta de limpieza, alimentación insuficiente y sórdidos habitáculos de las clases humildes, hasta el punto que los vivos envidiaban a los muertos, juzgando a éstos ya liberados para siempre de los males de que el futuro había de ser portador.

A pesar de todo, y entre tantas miserias, tanto los pobres como los ricos, los plebeyos como los nobles, cuando llegaba la ocasión de celebrar un torneo, único gran espectáculo de la época, se entusiasmaban como el madrileño ansioso ante la oportunidad de una corrida de toros aunque no disponga de un real para alimentar a su familia. Ni las obligaciones ni la enfermedad dispensaban a jóvenes y ancianos a acudir a tales exhibiciones. Los hechos de armas, como eran llamados, que habían de tener lugar en Ashby, condado de Leicester, habían captado la atención general. Acudirían los más renombrados campeones y el mismo príncipe Juan había anunciado su asistencia; no es de extrañar, pues, que una gran multitud se apiñara en el lugar de la liza el día señalado. El escenario era romántico. Hacia el extremo del bosque, que se extendía alrededor de una milla más allá de Ashby, se abría un claro de fino césped protegido a un lado por la espesura y el otro moteado por varias encinas, de un tamaño más que regular. Como si se acomodara intencionadamente al propósito marcial al que estaba destinado, el suelo descendía suavemente hasta quedar nivelado: formaba un espacio de un cuarto de milla de largo por media de ancho, circundado por una empalizada.

El cercado tenía forma oblonga con objeto de facilitar la visibilidad de los espectadores de los ángulos. A norte y sur había dos entradas, provistas de gruesas puertas de madera suficientemente anchas para permitir la entrada de dos caballeros a la vez. Dos heraldos y seis trompeteros y tantos asistentes y gente de armas como fueran precisos para mantener el orden y certificar la categoría de los caballeros que habían de participar en la marcial contienda, se hallaban montando guardia en cada una de estas puertas.

En una plataforma inmediata a la entrada sur, formada por la elevación natural del terreno, se levantaban cinco magníficos pabellones adornados con pendones pardos y negros, colores distintivos escogidos por los cinco caballeros mantenedores de los

juegos. Del mismo color eran las cuerdas de las tiendas. Ante cada pabellón podía verse el escudo del caballero que lo ocupaba, y, junto a él, su escudero disfrazado de hombre de bosque, de fauno o de cualquier otra cosa que diera idea de las cualidades combativas que el caballero deseaba asumir. Esta especie de carnaval se supone que posteriormente influenció la ciencia heráldica. El pabellón central, que constituía el lugar de más honor, había sido asignado a Brian de Bois-Guilbert, cuyo renombre en toda clase de hechos de armas, añadido al prestigio de que gozaba entre los caballeros que en aquella ocasión actuaban de mantenedores del torneo, le había valido una calurosa bienvenida. Además, fue nombrado caudillo y capitán pese a su reciente llegada. A un lado de su tienda se levantaban las de Reginald Front-de-Boeuf y Philip de Malvoisin; al otro extremo se alzaba la de Hugh de Grantmesnil, un noble varón de la vecindad, uno de cuyos antepasados había ejercido de mayordomo mayor de Inglaterra en tiempos del Conquistador, y la de su hijo William Rufus. Ralph de Vipont, un caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, que había tenido posesiones en un lugar llamado Heather, cercano a Ashby-de-la-Zouche, ocupaba el quinto pabellón. Un pasadizo ancho de tres yardas unía en suave pendiente el lugar donde se levantaban las tiendas del terreno de la liza. Este pasadizo estaba fuertemente guarnecido de empalizadas, del mismo modo que la explanada que se abría ante las tiendas y, todo el conjunto, atentamente vigilado por centinelas.

El acceso situado en la parte norte del palenque daba a un pasadizo similar de unos treinta pies de ancho. En su parte posterior había un amplio espacio cerrado, destinado a cuantos caballeros quisieran desafiar a los mantenedores. Detrás del cercado se habían dispuesto tiendas con manjares y refrescos para su uso; también había maestros armeros y herreros junto con otros asistentes, cuyos servicios podían ser requeridos cuando los caballeros lo juzgaran preciso.

La parte exterior del palenque estaba formada por gradas desmontables provistas de tapices y alfombras, para mayor comodidad de los caballeros que debían ocuparlas y de las damas que se esperaba asistieran al torneo. Un angosto espacio entre el palenque y las gradas, comparable a la platea de un teatro, servía para acomodar a los espectadores de mejor condición social que la del pueblo llano. La multitud estaba situada en grandes bancos situados en lo alto gracias a la natural elevación del terreno, circunstancia que les permitía gozar de una buena vista del palenque por encima de las gradas.

A todos estos lugares ya descritos para la acomodación del público asistente, hay que añadir los numerosos árboles que circundaban el lugar de la liza. Muchos espectadores se encaramaban a las ramas…, incluso el campanario de una iglesia no lejana se veía colgado de gentes.

Por lo que hace referencia a la disposición de la liza, sólo nos queda por consignar que una grada de la parte oriental se veía más elevada que el resto y decorada con más lujo. Una especie de trono sobre un estrado, adornado con bordados representando las armas reales, ocupaba el lugar más privilegiado para

observar el choque directo de los contendientes. Escuderos, pajes y sirvientes vestidos con ricas libreas custodiaban a pie firme aquel lugar destinado al príncipe Juan y su cortejo. Justo enfrente de este palco se alzaba otro no menos alto en la parte occidental, adornado si no con tanta suntuosidad, sí más vistosamente que el destinado al mismo príncipe.

Un cortejo de pajes y de jóvenes doncellas seleccionadas entre las más hermosas, vestidas fantasiosamente con túnicas vistosas, verdes y rosas, rodeaban el trono decorado con los mismos colores. Un pendón, rodeado de gallardetes y banderolas con bordados representando corazones heridos, corazones en llamas, corazones sangrantes, arcos y flechas y todos los estereotipados emblemas que glosan el triunfo de Cupido, informaba a los espectadores que aquella plaza de honor estaba reservada a la reina de la belleza y del amor. Por el momento, nadie poseía el menor indicio que permitiera suponer el nombre de la hermosa dama que ocuparía el sitial en dicho día. Mientras tanto, los espectadores de toda condición se apresuraban a ocupar sus respectivos asientos, originándose más de una disputa para discernir cuál de ellos le correspondía. La mayoría eran acomodados por los centinelas con muy pocas contemplaciones, sirviendo los pomos de las espadas y los mangos de las hachas de combate como argumento para reducir a los más empecinados. Los espectadores de más rango eran obligados a guardar las buenas formas debido a los buenos oficios de William de Wyvil y Stephen de Martival, los cuales, armados de punta en blanco, ejercían las funciones de jueces de campo y recorrían sin cesar de arriba abajo la empalizada. Eran los encargados de guardar el orden.

Gradualmente, los asientos fueron ocupados por caballeros y nobles ataviados con sus mejores trajes de tiempo de paz; los largos mantos ricamente teñidos contrastaban con los más vistosos y espléndidos de las damas, que habían acudido en proporción aún mayor que los hombres para ser testigos de los ejercicios. Cierto que algunos opinaban que constituían un espectáculo demasiado sangriento y peligroso para proporcionar tan gran placer al sexo débil. El espacio interior más bajo pronto se llenó de burgueses y pecheros y también de miembros de la baja nobleza, que por modestia, pobreza o por sus títulos de procedencia poco clara, no se atrevían a ocupar un sitio más elevado. Naturalmente, entre ellos se hacían más frecuentes las disputas porque todos se creían los primeros.

—¡Perro de un descreído! —dijo un anciano cuyo deshilachado manto daba testimonio de su pobreza, mientras que su espada, daga y cadena de oro atestiguaban sus pretensiones de rango—. ¡Cachorro de loba! ¿Te atreverás a empujar a un cristiano que también es caballero normando de la sangre de Montdidier?

Esta ruda imprecación iba dirigida a nuestro viejo conocido Isaac, quien, vestido ricamente, incluso con magnificencia, llevaba un manto adornado con lazo y forrado de ricas pieles. Trataba por todos los medios de abrirse paso hacia la primera fila; iba acompañado de su hija, la hermosísima Rebeca, que se le había reunido en Ashby y que ahora le seguía cogida de su brazo. No daba muestras de ningún temor ante la ola

de general descontento que levantaba la pretensión de su padre. Bien sabía Isaac, aunque en otros momentos le hayamos visto dar muestras de timidez, que en aquella ocasión nada tenía que temer. No sería ante una congregación masiva de gente, entre la que abundaban muchos de su raza, donde algún noble avaricioso o malévolo se atreviera a atacarle. En tales ocasiones, los judíos se hallaban bajo la protección de la ley común y, aunque ésta era menguada protección, ocurría con frecuencia que entre los reunidos se encontrara algún noble varón que por motivos propios se erigiera en su protector. En la ocasión presente, Isaac tenía una gran confianza; sabía que el príncipe Juan estaba negociando un préstamo importante con los judíos de York, dando ciertas joyas y terrenos en garantía. La parte que Isaac tenía en el trato era importante. Por otra parte, conocía el ferviente deseo del príncipe de cerrarlo cuanto antes, y todo ello le aseguraba la protección en el dilema en que se encontraba.

Fortificado su ánimo por estas consideraciones, el judío avanzó hasta su objetivo, empujando al cristiano normando sin respeto para con su ascendencia, calidad o religión. Las quejas del anciano, de todos modos, excitaron la indignación de los más próximos. Uno de ellos, un fornido cazador, vestido de color verde hierba y portador de doce dardos en su cinturón cerrado por hebilla de plata y con un arco de seis pies en la mano, se volvió rápidamente y, mientras sus facciones color avellana se oscurecían más aún bajo el efecto de la cólera, aconsejó al judío que recordara que todas sus riquezas las había adquirido chupando la sangre de sus pobres víctimas. Y que, por lo tanto, lo más prudente era pasar inadvertido a menos que quisiera ser aplastado. Tal intimación hecha en inglés normando hizo detener al judío y probablemente le hubiera alejado de una vecindad tan peligrosa de no haber recabado la atención general en aquel preciso instante la súbita llegada del príncipe Juan, que entraba en aquel palenque acompañado de un vistoso cortejo de seglares y clérigos vistosamente vestidos. Entre los segundos figuraba el prior de Jorvaulx, vestido con el máximo esplendor que un dignatario de la Iglesia puede atreverse a exhibir. Ni las ricas pieles ni el oro habían sido ahorrados en la confección de sus vestiduras, y las puntas de sus botas habían sido adornadas con metales preciosos, exagerando la fantasiosa moda de la época. Iban tan vueltas para arriba como para ir atadas, no solamente a las rodillas, sino al mismísimo cinturón, hasta tal punto que le impedían colocar el pie en el estribo. De todas formas, aquello ocasionaba poca molestia al galante abad, ya que le daba ocasión de exhibir su pericia como jinete ante tan magna concurrencia, especialmente ante el bello sexo, dejando suponer que el uso de estribos era cosa de jinetes pusilánimes. El resto del cortejo del príncipe Juan estaba constituido por los capitanes favoritos de sus tropas mercenarias, algunos barones y arbitristas de la corte, junto con varios caballeros templarios y algunos más de la Orden de San Juan.

Será oportuno hacer notar que los caballeros de estas dos órdenes eran enemigos declarados del rey Ricardo, puesto que habían tomado partido a favor de Felipe de Francia durante la secuela de disputas que habían tenido lugar en Palestina entre este

monarca y Corazón de León, rey de Inglaterra. Las consecuencias más evidentes de estas continuas discordias consistieron en que las repetidas victorias de Ricardo fueron infructuosas, así como fallidos sus románticos intentos de sitiar Jerusalén. El provecho de la gloria adquirida se redujo a una vaga tregua con el sultán Saladino. Siguiendo la política de sus cofrades en Tierra Santa, los templarios y hospitalarios se unieron a la facción del príncipe Juan de Inglaterra y Normandía, por lo que no tenían ningún motivo para desear el regreso de Ricardo ni tampoco que le sucediera Arturo, su legítimo heredero. Por razones parecidas, el príncipe Juan odiaba a las pocas familias sajonas partidarias de Ricardo que aún quedaban en Inglaterra y no perdía oportunidad para mortificarlas y provocarlas. Tenía plena conciencia de que ni sus pretensiones ni su persona eran del agrado de los sajones, como tampoco lo eran del pueblo llano inglés, que temía ver modificados sus fueros, derechos y libertades debido al carácter licencioso y tiránico de Juan.

Asistido por tan galante compañía, montado en soberbia cabalgadura y vestido con esplendor de púrpura y oro, sosteniendo un halcón en el antebrazo y cubierta su cabeza por un rico bonete de costosas pieles circundado de preciosas gemas, el príncipe Juan, sobre un palafrén de hermosa estampa, caracoleaba a la cabeza de su jovial cortejo, que coreaba sus fuertes carcajadas con otras igualmente estruendosas. Al mismo tiempo, miraba con descaro digno de un crítico a las bellezas que adornaban las gradas.

Aunque no era nada difícil detectar en su fisonomía la audacia disoluta, mezclada con la altanería y el absoluto desprecio de los sentimientos ajenos, ni aun así podía negar su porte aquel atractivo que es privilegio de unas facciones abiertas, bien formadas por la naturaleza y ajustadas por arte propio a las reglas imperantes de la cortesía. Sin embargo, sus rasgos distaban de ser francos y honestos y parecían estar modelados con el único objeto de disimular las verdaderas pasiones de su alma. Tal expresión es muy a menudo tomada por varonil franqueza, cuando en verdad sólo procede de una incansable indiferencia originada por una naturaleza libertina y consciente de su superioridad por nacimiento, riquezas o alguna otra ventaja sin conexión con el mérito personal. Para los que no analizaban las cosas profundamente, el esplendor de *rheno* o gorro del príncipe Juan, la riqueza de su manto, sus botas de cuero repujado, y sus espuelas doradas, unido todo ello a la destreza con que montaba su palafrén, constituían méritos suficientes para merecer calurosos aplausos.

En su alegre caracolear por el palenque, la atención del príncipe fue atraída por la conmoción aún no extinguida que había provocado la ambiciosa pretensión de Isaac. El ojo avizor del príncipe Juan reconoció de inmediato al judío, pero fue más agradablemente atraído por la hermosa hija de Sión, que, aterrorizada por el tumulto, se agarraba estrechamente al brazo de su anciano padre.

La cara de Rebeca podía ciertamente resistir la comparación con la de las más orgullosas bellezas de Inglaterra, incluso si el juez era tan experto «conocedor» como el príncipe Juan. Su figura era exquisitamente simétrica y quedaba resaltada todavía

más al ir envuelta en una especie de túnica oriental, según la moda de las mujeres de su tierra. El turbante de seda amarilla conjugaba a la perfección con el color moreno de su cutis. La brillantez de sus ojos, el soberbio arco de sus cejas, su bien formada nariz aquilina, sus dientes blancos como perlas y la gran profusión de velos que caían sobre su cuello y seno formando numerosas espirales, tantas como para poder compararse a cualquier magnífico manto persa de suave seda, exhibiendo flores bordadas en relieve representadas en sus colores naturales sobre fondo púrpura, daban un singular atractivo a la muchacha. Por otra parte, su vestido permitía entrever el cuello y el nacimiento de sus senos. El conjunto formaba una combinación muy atractiva que no empañaban las hermosas doncellas que a su lado estaban. También es cierto que tres de los broches de oro y perlas que cerraban su vestido, desde la garganta hasta el pecho, estaban desabrochados debido al calor, circunstancia que en cierto modo constituía una ventaja en la comparación ya aludida. Un collar de diamantes con colgantes de inestimable valor era uno más de sus atractivos. Una pluma de avestruz sujeta al turbante con un broche de brillantes era otro distintivo de la bella judía, escarnecida y despreciada por las damas orgullosas sentadas a su lado, pero envidiada en secreto por las mismas que afectaban ignorarla.

—¡Por la calva de Abraham! —dijo el príncipe Juan—, esta judía debe ser la reproducción exacta de aquélla que volvió loco al más sabio de los reyes… ¿Y vos qué decís, prior Aymer? Por el templo de aquel sabio rey que nuestro aún más sabio hermano ha creído imposible reconquistar, que se trata de la auténtica amada de que hablan los *Cánticos*.

—La rosa de Sharon y el lirio de los valles —contestó el prior con un suspiro—; pero Vuestra Alteza debe recordar que aun así no deja de ser judía.

—¡Ah!, y también está ahí mi desleal Mammón —añadió el príncipe, sin hacerle el menor caso—. El marqués de los marcos, el barón de besantes[5], disputando una plaza a los perros sin un real cuyas deshilachadas capas no guardan ni una cruz para evitar que el diablo baile en ellas. ¡Por el cuerpo de san Marcos, que el príncipe de mis gastos particulares y su hermosa judía han de hallar acomodo en las gradas! —añadió—. ¿Quién es ella, Isaac? ¿Es tu esposa o tu hermana esta hurí oriental que sujetas contra ti como lo liarías con el cofre de tus tesoros?

—Mi hija Rebeca, si place a Vuestra Majestad —contestó Isaac calmosamente, nada intimidado por el saludo del príncipe. En él, la burla y la cortesía iban a partes iguales.

—Eres muy listo —indicó el príncipe con una risa aduladora, coreada por sus seguidores—. Pero, hija o esposa, será honrada según su belleza y sus méritos requieren. ¿Quién se sienta en este lugar? —Paseó la mirada por las gradas—. ¡Miserables sajones repantigados a placer! ¡Que se aparten! ¡Que se apretujen y abran paso a mi príncipe de los usureros y a su encantadora hija! Haré que los villanos comprendan que deben compartir la sinagoga con aquéllos a quienes verdaderamente pertenece.

Los que ocupaban las gradas hacia las que tan descortés e insultante discurso iba dirigido no eran otros que los miembros de la familia de Cedric *el Sajón* y de su pariente y aliado Athelstane de Coningsburgh, un personaje que por descender de los últimos monarcas de Inglaterra era tenido en la más alta estima por los ingleses del norte. Por desgracia, junto con la sangre, Athelstane había heredado muchas de las flaquezas de sus ascendientes. Era de aspecto agradable, fuerte y voluminoso; se hallaba en la flor de su edad… En contrapartida, su expresión era inanimada, triste su mirada, pobladas sus cejas; lentos y torpes sus movimientos y tan lento en sus resoluciones que también mereció el apodo de uno de sus antepasados, llamado por todos Athelstane *el Indeciso*. Sus amigos, y tenía muchos, como Cedric, le tenían en gran estima; ellos afirmaban que su lentitud no procedía de una falta de valor, sino que tan sólo era atribuible a la falta de decisión. Otros alegaban que el vicio hereditario de la embriaguez había oscurecido sus facultades, ya de por sí no demasiado brillantes, y que el temperamento azorado y las maneras suaves eran los despojos de un carácter que de no estar mutilado sería digno de elogio. Sin embargo, habían desaparecido en él las virtudes debido a la larga progresión de continuas francachelas.

A esta persona, tal como la hemos descrito, había dirigido Juan su imprecación para que cediera su sitio a Rebeca y a Isaac. Athelstane, profundamente confundido por una orden que los usos y costumbres de la época hacían injuriosa e insultante, quería rechazar la orden del príncipe Juan, pero no acertaba en el modo de hacerlo; y, sin moverse lo más mínimo ni dar ninguna señal de su intención de obedecer, abrió sus grandes ojos grises y miró al príncipe con un asombro que no dejaba de tener sus ribetes ridículos. Pero el impaciente Juan no captó el matiz:

—El cerdo sajón o está dormido o me tiene en poco… Pínchale con la lanza, De Bracy —ordenó a un caballero que cabalgaba a su hielo, jefe de una partida de asalariados, especie de tropas mercenarias llamadas «compañeros libres», es decir, mercenarios sin nacionalidad, pero al servicio de cualquier príncipe que pudiera pagarles. Tras aquellas palabras se alzó un murmullo en el mismo cortejo del príncipe Juan, pero De Bracy, cuya profesión le dispensaba de todo escrúpulo, extendió su larga lanza y seguramente hubiera ejecutado la orden antes de que el indeciso Athelstane hubiera recobrado la presencia de ánimo para esquivar el arma, si Cedric, tan rápido como lento era su amigo, no hubiera desenvainado con la prontitud del rayo la corta espada con que iba armado y, de un solo mandoble, separado el rejón del asta. La ira hizo subir la sangre a las mejillas de Juan. Soltó uno de sus más violentos juramentos y estaba a punto de proferir una amenaza no menos violenta, cuando fue disuadido de sus propósitos, en parte por sus propios acompañantes que se agruparon a su alrededor, y en parte debido al general aplauso que provocó la decidida acción de Cedric. El príncipe hacía girar sus ojos con indignación como si buscara alguna víctima propicia en la que descargar su ira. Quiso la casualidad que su mirada se encontrara con la mirada firme del arquero que ya conocemos, el cual persistía en sus

aplausos y parecía desafiar al príncipe sacudido por la cólera.

Éste le interrogó acerca de la razón de tan clamoroso gozo.

—Siempre celebro un buen tiro o un gracioso mandoble —dijo.

—Estas tenemos, ¿eh? —contestó el príncipe—. Por lo tanto, me atrevo a apostar que siempre das en la diana.

—Puedo herir a un guardabosque siempre que esté a tiro —contestó el arquero.

—¿Y qué me dices de Wat Tyrrell, con una distancia de cien yardas? —dijo una voz imposible de identificar.

Esta alusión a la suerte de William Rufus, su abuelo, al mismo tiempo halagó y alarmó al príncipe Juan. De todos modos limitóse a ordenar a los centinelas que vigilaban el palenque que no perdieran de vista al arquero y que lo tuvieran siempre a tiro.

—¡Por san Grizzel! —añadió—, ¡que hemos de tener ocasión de probar su propia destreza a quien tanto celebra las hazañas ajenas!

—No rechazo la prueba —dijo el arquero sin perder la compostura.

—Y ahora, levantaos, miserables sajones —dijo el orgulloso príncipe—; ¡por el mismísimo rayo de Dios, que el judío ha de sentarse entre vosotros!

—¡De ningún modo, si os place! No procede que gente como nosotros se mezcle con los dueños de las tierras —dijo el judío. Era cierto que sus deseos de figurar le habían llevado a disputar con el exhausto y empobrecido descendiente de los Montdidier, pero no quería de ningún modo incomodar a los sajones ricos.

—Levántate cuando yo te lo mando, perro infiel —dijo el príncipe Juan—. Levántate o te haré arrancar la piel a tiras y las haré curtir para hacer arneses para mi caballo.

Acuciado de este modo, el judío empezó a subir los estrechos escalones que conducían a la grada superior.

—Veamos quién se atreve a detenerle —dijo el príncipe clavando la vista en Cedric, cuya actitud delataba el propósito de hacer rodar al judío escaleras abajo.

La catástrofe se evitó gracias al bufón Wamba, que se interpuso entre su amo e Isaac. Entonces contestó al desafío del príncipe.

—¡Yo me atreveré! —dijo al tiempo que aproximaba a las barbas del judío una badana de tocino que se sacó del coleto, donde la había escondido sin duda con el propósito de utilizarla en caso de que el torneo durara más que la abstinencia que podía soportar su apetito. Topando de narices con la carne abominada por su raza, el judío retrocedió, perdió pie y allá se fue rodando gradas abajo, mientras el bufón agitaba su espada de madera por encima de su cabeza. Broma ésta que los asistentes juzgaron de primera calidad y celebraron con grandes carcajadas, acompañados por las del príncipe Juan y todo su cortejo.

—Otorgadme el galardón de la victoria, ¡oh príncipe! He vencido a mi contrincante en noble lucha, con espada y escudo —dijo blandiendo la pieza de tocino en una mano y la espada de madera en la otra.

—¿Quién y qué eres tú, noble campeón? —preguntó el príncipe Juan todavía riendo.

—Un loco por derecho de herencia —contestó el bufón—; soy Wamba, hijo de Witless, el cual fue hijo de Weatherbrain, hijo a su vez de un magistrado.

—Proporcionad un lugar al judío en la primera fila de la grada —dijo Juan, sin duda para mantener en cierto modo su anterior orden—. Colocar al vencido junto a su vencedor sería contrario a las reglas de caballería.

—Peor sería mantener juntos al bribón y al loco —contestó el bufón— y todavía peor al judío junto al tocino.

—¡Gracias, amigo mío! —exclamó el príncipe—. Me place en gran manera. Tú, Isaac, préstame un puñado de besantes.

Cuando el judío, sorprendido por la petición y temeroso de no complacerla pese a que no deseaba hacerlo, empezó a hurgar en el saquito de piel que pendía de su cinto intentando quizá hacerse una idea acerca de cuántas monedas entran en un puñado, el mismo príncipe, impaciente, se inclinó y arrebató la bolsa de las manos de Isaac. Sacó de sus dudas al judío, lanzó dos monedas de oro al bufón y prosiguió su galopada por el palenque, abandonando al judío a las chanzas de los circundantes. Aquella acción le mereció tantos aplausos como si hubiera llevado a cabo alguna acción honrada y honorable.

VIII

Suenan las trompetas,
contesta el contrario
al bronco desafío;
al cielo llega el clamor guerrero;
las viseras están cerradas y a punto las lanzas,
erguido el penacho de la cimera.
La liza, atravesada; queda un remanso en medio,
una vez abandonada.

JOHN DRYDEN: *Palamón y Arcite*.

El príncipe Juan frenó el corcel a mitad de su carrera y llamando al prior de Jorvaulx, le hizo saber que el requisito principal de la jornada había sido pasado por alto.

—Por mi camisa —dijo—, hemos olvidado, señor prior, nombrar a la reina del amor y de la belleza cuya blanca mano debe otorgar el laurel de la victoria. Yo por mi parte soy liberal y doy mi voto a los negros ojos de Rebeca.

—Virgen santa —contestó el prior entornando los ojos horrorizado—. ¡Una judía! Mereceríamos ser arrojados a pedradas del palenque si tal hiciéramos, y no soy lo suficientemente viejo para ser un buen mártir. Además, puedo jurar por mi santo patrón que su belleza no supera a la de Rowena, la hermosa sajona.

—Sajona o judía —contestó el príncipe—, judía o sajona, perra o marrana, ¡qué importa! Sabed que si nombro a Rebeca es con el exclusivo objeto de mortificar a los miserables sajones.

Se levantó un murmullo que secundaron incluso sus asistentes más allegados.

—Esto es algo más que una broma —dijo De Bracy—; ante tal insulto, ningún caballero empuñará la lanza.

—Se trata únicamente de insultar por el gusto de hacerlo —dijo uno de los más ancianos e importantes adictos de Juan, de nombre Waldemar Fitzurse.

—Si Vuestra Majestad lo hace sólo ha de traer consecuencias perniciosas para vuestra causa.

—Siempre os había tenido, caballero —dijo Juan tirando de las riendas de su caballo con altanería—, por uno de mis partidarios, no por mi consejero.

—Aquéllos que acompañan a Vuestra Majestad por los senderos que pisáis —dijo Waldemar, hablando no obstante en voz baja—, adquieren el derecho de aconsejaros, ya que vuestros intereses y vuestra seguridad van ligados estrechamente a los suyos propios.

Por el tono usado, Juan dedujo que debía ceder.

—Bromeaba —dijo—; ¡y vosotros os lanzáis sobre mí como enemigos! ¡Nombrad a quien os plazca, por los mil diablos, y haced vuestro gusto!

—No, eso no —dijo De Bracy—. Permanezca desocupado el trono y que sea el mismo vencedor del torneo el que designe la belleza que lo ha de ocupar. Será otro premio para su triunfo y enseñará a las damas a tener en más estima el amor de los caballeros valientes, capaces de elevarlas a tan alto honor.

—Si el vencedor es Brian de Bois-Guilbert —dijo el prior—, apuesto mi rosario que conozco el nombre de la reina del amor y de la belleza.

—Bois-Guilbert —dijo De Bracy— es una buena lanza, pero hay otras no muy lejos de este palenque que no temerían enfrentársele.

—Silencio, caballeros —dijo Waldemar—, y que el príncipe ocupe su asiento. Tanto los caballeros como los espectadores se muestran impacientes, se va haciendo tarde y ya ha llegado la hora de dar comienzo a los juegos.

El príncipe Juan, aunque todavía no era una testa coronada, tenía que soportar todas las desventajas de tener un favorito, en este caso Waldemar Fitzurse, que al prestar sus servicios a su soberano siempre quería hacerlo a su manera. De todos modos, el príncipe le dio la razón a pesar de que su temperamento era justamente el apropiado para discutir la más mínima cuestión y, rodeado por su cortejo, ocupó el trono y dio la señal a los heraldos para que procedieran a proclamar las reglas del torneo, que se pueden resumir así:

Primero: Los cinco mantenedores se comprometían a luchar con quienesquiera que les desafiara.

Segundo: Cualquier caballero dispuesto a entrar en liza podía, si tal era su deseo, escoger contrincante sencillamente tocando con su lanza el escudo del mantenedor elegido. Si lo hacía con la parte inferior quedaba entendido que la confrontación se efectuaría con las llamadas «armas de cortesía», es decir, con lanzas de punta roma a las cuales iba añadida una pieza de madera en su extremo superior, por lo que del encuentro no podía derivarse otro peligro que el del choque de caballos y jinetes. Pero si el escudo era golpeado con el rejón de la lanza, se entendía que el combate era a ultranza, o sea, que los caballeros se verían obligados a pelear con las armas dispuestas como si de una verdadera batalla se tratara.

Tercero: Cuando los caballeros hubieran cumplido su voto de quebrar cinco lanzas cada uno de ellos, el príncipe debía nombrar al vencedor del primer día del torneo, el cual recibiría como premio un caballo de batalla de exquisita estampa y extremadamente vigoroso y, por añadidura, y en recompensa a su valor, sería merecedor del privilegio de nombrar a la reina del amor y de la belleza, de manos de la cual recibiría el premio al día siguiente.

Cuarto: El segundo día tendría lugar un torneo general al que podían concurrir todos los caballeros presentes deseosos de ganar fama y honra. Serían divididos en dos bandos, formados por el mismo número de combatientes, y se enfrentarían

varonilmente hasta que el príncipe Juan juzgara oportuno señalar el final de la pelea. Entonces, la que ostentara por elección el título de reina del amor y de la belleza, coronaría al caballero designado como vencedor con una corona de láminas de oro en forma de hojas de laurel. Con la ceremonia del segundo día finalizaban los juegos caballerescos. Sin embargo, al día siguiente, tendrían lugar pruebas de arco. Se alancearían toros y se llevarían a cabo otros juegos populares para regocijo del pueblo (de este modo el príncipe Juan intentaba ganarse el favor de las clases bajas, arruinadas por sus constantes desplantes y los continuos atropellos).

La palestra, ahora, lucía todo su esplendor. Las gradas en suave declive rebosaban de todo lo que podía ser considerado noble, importante, rico y hermoso en la Inglaterra septentrional y meridional. El contraste de los atavíos de las clases altas ofrecía un espectáculo tan alegre como variado, mientras que la parte inferior y más baja, llena de burgueses y traficantes, daba un tono más oscuro al conjunto debido al color pardo de las ropas que éstos vestían.

—¡Largueza, largueza, galantes caballeros! —gritaron los heraldos poniendo así fin a su proclama. Y a su conjuro empezaron a llover sobre ellos piezas de oro y plata desde las gradas, ya que era un honor demostrar prodigalidad en beneficio de aquéllos que eran los secretarios y cronistas acreditados de las gestas de la época. La generosidad de los espectadores fue premiada con los gritos:

—¡Amor a las damas! ¡Muerte de los campeones! ¡Honor a los generosos! ¡Gloria a los valientes!

A estos gritos se unió el clamor de los asistentes más humildes y los floridos sones marciales de la nutrida banda de trompeteros. Cuando se aplacó el estruendo, los heraldos abandonaron el palenque, con lo que quedaron en él únicamente los mariscales de campo hacia el extremo final, montados en sus caballos e inmóviles como estatuas. Al mismo tiempo, el espacio cerrado del extremo norte del palenque, espacioso como era, se veía poblado hasta rebosar de caballeros deseosos de enfrentar su destreza a la de los mantenedores. El conjunto, visto desde las gradas, ofrecía el aspecto de un mar de plumas en incesante movimiento, mezclado con el brillo de pulidos yelmos y largas lanzas, ante la mayoría de los cuales ondeaba un gallardete sujeto a su extremidad superior. Cuando soplaba la brisa los gallardetes ondulaban y aumentaba la vivacidad de la escena, a la que se unía el incesante temblor de las plumas.

Al fin se abrieron las barreras y cinco caballeros escogidos al azar hicieron su entrada en el palenque, capitaneados por uno de ellos y los cuatro restantes emparejados. Iban espléndidamente armados; el documento sajón del cual extraemos estos datos (el manuscrito *Wardour*), registra extensamente sus armas, sus colores y los brocados de los meses. No creo preciso entrar en pormenores. Podríamos decir, utilizando el verso de Coleridge:

«Polvo son los caballeros y sus espadas están enmohecidas; confiemos en que sus almas estén en el cielo, con los santos. Hoy, las almenas de sus castillos se han

derrumbado. Incluso los mismos castillos no son más que un conjunto de ruinas invadidas por los hierbajos y el solar donde se levantaron es difícilmente reconocible. Muchas razas se han extinguido desde que ellos desaparecieron y fueron olvidados incluso en la misma tierra que ocuparon con toda su autoridad de propietarios y de señores feudales».

¿De qué le serviría entonces al lector conocer sus nombres y los perecederos símbolos de su rango militar?

De todos modos, en aquel preciso instante, ajenos al olvido que esperaba a sus nombres y a sus gestas, los campeones entraban en liza sujetando sus briosos corceles y obligándoles a moverse suavemente. Exhibían la gracia de su paso acompasado, según la destreza del jinete. Al tiempo de irrumpir en el palenque, pudo oírse el estrépito de una música salvaje que provenía de la parte posterior de las tiendas donde estaban alojados los mantenedores. Era de origen oriental, sin duda por haber sido importada de Tierra Santa. Las campanas y los tambores sonaban al unísono, como si al mismo tiempo anunciaran el desafío y la bienvenida a los caballeros que se habían presentado. Bajo los ojos de la inmensa concurrencia, los cinco caballeros avanzaron hasta la plataforma donde se levantaban las tiendas de los mantenedores y, abriéndose en abanico, cada uno de ellos tocó ligeramente con la lanza el escudo del caballero con el cual deseaba medir sus fuerzas. El pueblo bajo e incluso muchos de los asistentes de más categoría, y podría añadirse que muchas de las damas, se sintieron defraudados al ver que los campeones escogían las armas de cortesía. Del mismo modo como hoy en día esta clase de gente disfruta con las más profundas tragedias, en aquellos tiempos el placer aumentaba en razón directa del peligro que corrían los contendientes.

Habiendo expresado sus propósitos pacíficos, los campeones se alinearon en el extremo opuesto del palenque mientras los mantenedores, abandonando sus respectivos pabellones, montaban sus corceles y, capitaneados por Brian de Bois-Guilbert, descendían de la plataforma y encaraban individualmente al caballero que había tocado su escudo.

Al toque de clarines y trompetas, arremetieron los unos contra los otros a pleno galope, y tan superior fue la habilidad o la suerte de los mantenedores, que los contrincantes de De Bois-Guilbert, Malvoisin y Front-de-Boeuf rodaron por el suelo. El antagonista de Grantmesnil, en vez de dirigir la punta de la lanza contra el escudo o el penacho de su enemigo, la desvió tanto que la rompió contra el cuerpo de su oponente…, acción juzgada más inhábil que el ser desmontado, ya que esto podía suceder por accidente, mientras que lo otro evidenciaba torpeza y carencia de destreza en acoplar el manejo de la lanza y el dominio de la cabalgadura. Unicamente el quinto caballero mantuvo en alto el honor del equipo, enfrentado al caballero de la Orden de San Juan. Ambos partieron sus lanzas limpiamente, sin ventaja por ningún bando.

Los gritos de la multitud, las aclamaciones de los heraldos y el clamor de las

trompetas anunciaron el triunfo de los unos y la derrota de los otros. Los primeros se retiraron a sus respectivos pabellones, mientras que los segundos, alzándose del suelo como pudieron, abandonaron el palenque entre el desprecio general y con la vergüenza de la derrota, para ir a tratar con los vencedores acerca de la suerte de sus armas y monturas que según las leyes del torneo habían perdido. Sólo el quinto de la partida permaneció el tiempo suficiente en el palenque para recibir el aplauso de los espectadores, y, recibiéndolos, se retiró aumentando sin duda con ello la mortificación de sus compañeros.

Un segundo y tercer grupo de caballeros entraron en liza, y aunque corrieron suertes diversas, la ventaja estuvo de parte de los mantenedores. Ninguno fue desmontado ni se desvió en su carrera…, desgracia que cayó sobre uno o dos de sus antagonistas en cada choque. El coraje de los que se les oponían pareció disminuir sensiblemente ante sus continuos éxitos. Sólo tres caballeros se presentaron en el cuarto encuentro y pasando por alto los escudos de Bois-Guilbert y de Front-de-Boeuf, se contentaron con tocar a los tres restantes caballeros, que por el motivo que fuese no habían demostrado tanta fuerza ni destreza. Esta política de selección no alteró el resultado y los mantenedores salieron de nuevo vencedores: uno de los antagonistas fue desmontado y los otros dos fallaron en el *attaint,* es decir, en el paso de armas consistente en dirigir la lanza en línea recta, con fuerza y firmeza, contra el yelmo o el escudo del contrario de suerte que o se rompe el arma o se consigue desmontar al caballero.

Después del cuarto encuentro tuvo lugar una larga pausa. No parecía haber nadie deseoso de reanudar los desafíos. Los espectadores murmuraban entre ellos puesto que entre los mantenedores, Malvoisin y Front-de-Boeuf eran impopulares debido a su carácter, y los restantes no eran tenidos en estima ya que eran extraños o forasteros. Pero nadie participaba tan profundamente de los sentimientos de general desagrado como Cedric *el Sajón,* que en cada victoria de los mantenedores normandos veía un repetido triunfo sobre el honor de Inglaterra. La educación recibida no le había adiestrado en los ejercicios de la caballería, aunque con las armas de sus antepasados sajones había probado, en más de una ocasión, ser un combatiente bravo y decidido. Miraba con ansiedad a Athelstane, quien había aprendido el arte de la época, como si le implorara que hiciera algún esfuerzo personal para recobrar la victoria que gradualmente pasaba a manos de los templarios y de sus aliados. Pero, aunque era de bravo corazón y gran fortaleza física, Athelstane tenía un temperamento demasiado inerte y falto de ambición para llevar a cabo las proezas que Cedric parecía esperar de él.

—El día es contrario a Inglaterra, milord —dijo Cedric intencionadamente—. ¿No os sentís tentado de empuñar una lanza?

—Lo haré mañana cuando se luche en *mêlée* —contestó Athelstane—. No vale la pena que hoy tome las armas.

Dos cosas disgustaron a Cedric en esta respuesta. Figuraba en ella la palabra

normanda *mêlée* para expresar la lucha en grupo, y evidenciaba cierta indiferencia por el honor del país; pero aquella frase la había pronunciado Athelstane, por el que sentía profundo respeto. Además, no tuvo tiempo de hacer ninguna observación, porque Wamba intervino diciendo:

—Es más meritorio, aunque no mucho más fácil, ser el mejor entre cien que no serlo ante uno solo.

Athelstane acogió la observación como si fuera un cumplido, pero Cedric, que entendió mejor el significado de la indirecta del bufón, le dirigió una mirada severa y amenazadora. Wamba tuvo suerte de que el lugar y la ocasión en que se encontraban, dada su condición y oficio, le ahorraran de recibir muestras más sensibles de enfado por parte de su amo. La pausa del torneo todavía continuaba; sólo fue interrumpida por los gritos de los heraldos que exclamaban:

—¡Amor a las damas, lanzas hechas astillas! ¡Adelante, gallardos caballeros, ojos bellísimos contemplan vuestras proezas!

También la trompetería de los mantenedores dejaba oír de tarde en tarde ruidosos sones de triunfo o de desafío, mientras que los payasos que debían actuar al final disfrutaban de una inesperada inactividad. Los caballeros y nobles ancianos lamentaban en voz baja la decadencia del espíritu marcial, hablaban de las gestas de antaño y convenían en que en los tiempos actuales el país no florecía con tan hermosas doncellas como cuando ellos eran jóvenes. El príncipe Juan empezó a hablar con su comitiva acerca de la conveniencia de dar comienzo al banquete y otorgar el laurel de la victoria a Brian de Bois-Guilbert quien, con una sola lanza, había conseguido desmontar a dos caballeros y dejar a otro maltrecho.

Cuando la trompetería sarracena dio por terminada una de las largas florituras con que había quebrado el silencio de la palestra, fue contestada por fin por una trompeta solitaria que emitió una nota de desafío desde la extremidad septentrional. Todos los ojos se volvieron hacia el nuevo campeón que anunciaba el son. Tan pronto se abrieron las barreras, el nuevo caballero hizo su entrada en el palenque. Por lo poco que podía adivinarse en un hombre provisto de armadura, el nuevo desafiador no sobrepasaba en mucho la talla media y parecía delgado de complexión. Su armadura era de acero con dibujos dorados, y sobre su escudo aparecía una joven encima desarraigada y, en español, la palabra «desheredado». Montaba un gallardo caballo negro, y al cruzar la palestra saludó al príncipe y a las damas, bajando con gracia la punta de la lanza. La destreza con que manejaba su corcel y una cierta gracia juvenil que se adivinaba en sus modos, contribuyeron a granjearle el favor de la multitud, cuyos representantes de clase inferior le demostraban su afecto gritándole:

—¡Toca el escudo de Ralph de Vipont! ¡Desafía al caballero hospitalario! ¡Es el jinete más inseguro; es la mejor opción que puedes hacer!

El campeón avanzaba entre estos bien intencionados consejos; subió a la plataforma por la suave pendiente que a ella conducía, desde la palestra, y, ante el asombro general, galopó directamente hacia el pabellón central, golpeó con la punta

de la lanza el escudo de Brian de Bois-Guilbert haciéndolo sonar con estrépito. Todos los presentes quedaron sorprendidos ante tamaña presunción, pero nadie superó en estupefacción al sorprendido caballero objeto de este desafío a mortal combate, quien estaba lejos de esperar tan directa confrontación y se hallaba sentado despreocupadamente a la puerta de su pabellón.

—¿Ya te has confesado, hermano? —dijo el templario—. ¿Has oído misa esta mañana, para que tan abiertamente pongas en peligro tu vida?

—Estoy tan dispuesto a enfrentarme con la muerte como puedas estarlo tú mismo —contestó el Caballero Desheredado, porque con este nombre se había inscrito en los libros del torneo.

—Si es así, toma tu sitio en el palenque —dijo Bois-Guilbert—, y mira el sol por última vez porque esta noche dormirás en el paraíso.

—Muchas gracias por tu cortesía —replicó el Desheredado—, y en recompensa te aconsejo tomar un caballo fresco y una nueva lanza, porque, por mi honor, que te harán falta ambas cosas.

Habiendo expresado así su confianza en sí mismo, volvió grupas y deshizo el camino andado hasta bajar de la plataforma. Desde allí obligó al caballo a hacer marcha atrás, hasta alcanzar el extremo norte, donde permaneció estático en espera de su oponente. Esta muestra de habilidad hípica le valió de nuevo el aplauso de la multitud.

Aunque irritado por las recomendaciones que su adversario le había hecho, Brian de Bois-Guilbert no pasó por alto sus consejos, ya que su honor estaba demasiado comprometido como para no tomar todas las precauciones necesarias y asegurarse el triunfo sobre un oponente tan presuntuoso. Cambió su caballo por otro de probada bravura y fuerza. Escogió una lanza más resistente por si la anterior hubiera salido perjudicada de los encuentros que había tenido que soportar. Finalmente, apartó su escudo, que había sufrido algún deterioro, y recibió otro de manos de sus escuderos. El primero sólo iba adornado con el emblema general de los templarios, que representaba a dos caballeros montados en el mismo corcel, como símbolo de la pobreza y humildad de la Orden, cualidades que más tarde se transformaron en arrogancia y lujo y fueron a la larga la causa de su supresión. El nuevo escudo de Bois-Guilbert representaba un cuervo en pleno vuelo, portador de una calavera entre las garras y la leyenda *Gare le Corbeau*.

Cuando los caballeros hubieron ocupado su sitio en cada extremo de la palestra, la expectación general alcanzó su punto culminante. Pocos eran los que se atrevían a aventurar la posibilidad de que el choque tuviera un final feliz para el Desheredado, a pesar de que su valor y su galantería le habían granjeado la buena voluntad de los espectadores.

No habían terminado las trompetas de dar la señal, cuando los dos campeones arremetieron uno contra el otro con la velocidad del rayo y chocaron en mitad de la palestra con el estruendo del trueno. Las lanzas quedaron hechas astillas hasta el

mismo mango, y por un momento se tuvo la impresión de que los jinetes habían caído, pues la fuerza del encuentro había hecho doblar los cuartos traseros de las dos cabalgaduras. Sólo la destreza de los jinetes al utilizar las espuelas y riendas consiguió que los caballos recobraran. Después de mirarse por un instante con ojos que parecían despedir fuego a través de los visores de los yelmos, cada uno de los caballeros dio media vuelta y se retiró a su respectivo rincón. Allí fueron provistos de nuevas lanzas por sus asistentes.

El inmenso griterío de los espectadores, unido al agitar de gorros y pañuelos, dio testimonio del interés de la multitud por el encuentro más nivelado y mejor ejecutado de toda la jornada. Pero no habían ocupado los contendientes sus respectivas plazas, cuando el clamor general se convirtió en un denso silencio de muerte, tan profundo, que parecía que la gente tenía incluso miedo de respirar.

Después de permitir una breve pausa para que recobraran el aliento los caballos y los combatientes, el príncipe Juan dio con su vara la señal para que salieran de nuevo.

En este segundo encuentro, el templario apuntó al centro del escudo de su antagonista, y arremetió tan certeramente y con tanto brío, que su lanza quedó destrozada y el Desheredado vaciló en su montura. Éste, por su parte, desde el principio de su carrera había apuntado el escudo de Bois-Guilbert pero, cambiando de objetivo súbitamente y casi en el mismo momento del choque, arremetió con la punta de la lanza contra el yelmo, blanco más difícil de alcanzar, pero que, de conseguirse, hacía irresistible el choque. Directa y limpiamente, dio en el visor del normando, donde la punta de la lanza quedó prendida entre las barras de acero. Incluso ante tamaño contratiempo, el templario estuvo a la altura de su reputación, y de no haber cedido las correas de su arnés, no hubiera sido desmontado. Fuera como fuese, silla, caballo y caballero rodaron por el suelo envueltos en una nube de polvo.

Fue cuestión de momentos que el templario se desembarazara de los estribos del caballo caído, y cegado por la rabia causada por su desgracia y por las aclamaciones con que su derrota era celebrada por los espectadores, desenvainara la espada y la agitara en un gesto de desafío contra el vencedor. El Desheredado saltó de su montura y también desenvainó. Sin embargo, los mariscales de campo espolearon sus caballos y se interpusieron entre los dos rivales, recordándoles las reglas del torneo, que no permitían aquel tipo de lucha.

—Confío en que nos encontremos de nuevo —dijo el templario lanzando una mirada de odio a su antagonista— y en un lugar donde no haya nadie para separarnos.

—Si no es así, la culpa no será mía —contestó el Desheredado. Y prosiguió—: A pie o a caballo, con lanza, hacha o espada, me da igual; estoy dispuesto a encontrarme contigo donde sea.

Más y más ásperas expresiones hubieran intercambiado, pero los mariscales, cruzando sus lanzas entre ellos, les obligaron a separarse. El Desheredado volvió a su primitivo lugar y Bois-Guilbert a su tienda, donde permaneció durante el resto del día sufriendo la desesperación de su derrota.

Sin desmontar, el vencedor pidió una taza de vino y alzando la celada de su yelmo anunció que brindaba por «todos los ingleses de corazón y por la confusión de los tiranos extranjeros». Ordenó entonces al trompetero que tocara a desafío general y rogó a los heraldos que comunicaran a los restantes mantenedores que renunciaba a la previa elección y que lucharía con ellos en el orden que ellos mismos establecieran para enfrentársele.

El gigantesco Front-de-Boeuf, armado de punta en blanco, fue el primero que entró en liza. Sobre su escudo, representado en negro, había un cráneo de buey medio borrado por los numerosos golpes recibidos. Llevaba escrita la arrogante leyenda *Cave, Adsum*. Ante este campeón, el Desheredado obtuvo una ligera, pero decisiva ventaja. Ambos caballeros rompieron sus lanzas limpiamente, pero Front-de-Boeuf, por haber perdido un estribo, fue considerado perdedor.

También obtuvo éxito el desconocido en su tercer encuentro, contra Philip de Malvoisin. Golpeó con tanta fuerza el casco de dicho barón, que se rompieron las hebillas del yelmo, circunstancia que le salvó de ser desmontado al poder manejar el caballo con más facilidad. Fue declarado perdedor como su compañero.

En su cuarto combate, contra Grantmesnil, el Desheredado dio muestras de tanta cortesía como anteriormente las había dado de valor y habilidad. El caballo de Grantmesnil, joven e inquieto, se desvió durante el curso de su carrera perjudicando la puntería de su jinete. El Desheredado no quiso aprovechar la ventaja que este accidente le proporcionaba y levantó su lanza, mientras pasaba junto al caballero sin tocarle. Volvió grupas hasta el lugar de la palestra que le pertenecía, ofreciendo a su rival por medio de un heraldo la oportunidad de un segundo encuentro, gentileza que Grantmesnil declinó, declarándose vencido tanto por la cortesía como por la destreza de su oponente.

Ralph de Vipont aumentó la lista de triunfos del forastero; fue derribado con tal fuerza, que la sangre manó de su boca y narices, y fue retirado de la palestra sin conocimiento.

Las aclamaciones de miles de presentes dieron sobrada fe de su entusiasmo, al ser proclamado que por unanimidad del príncipe y los mariscales de campo, el honor de la jornada era asignado al Caballero Desheredado.

IX

En el centro una mujer
que, por su porte majestuoso,
era una reina soberana.

A todas sobrepasa por su belleza
y su atuendo era tan noble como su mismo gesto;
ceñía una corona de oro,
sin pompa, sencilla, pero rica en su misma sencillez.
Llevaba en su mano una rama de agnocasto
que era el símbolo de su soberanía.

JOHN DRYDEN: *La flor y la hoja*.

Los mariscales de campo, William de Wyvil y Stephen de Martival, fueron los primeros en felicitar al vencedor. Le rogaron al mismo tiempo que les permitiera ayudarle a despojarse del yelmo o por lo menos que levantara su visera cuando le acompañaran a recibir el premio de la jornada de manos del príncipe Juan. El Desheredado, con caballeresca amabilidad, declinó tal honor, alegando que por el momento no podía dejar ver su rostro por razones que ya había expuesto a los heraldos cuando decidió entrar en liza. Los mariscales juzgaron convincentes estas razones, porque de entre los numerosos votos y extrañas promesas que los caballeros acostumbraban hacer en tiempos de la caballería andante, el más común era el de conservar el incógnito por cierto espacio de tiempo o hasta llevar a cabo alguna gesta de renombre. Los mariscales, por lo tanto, no insistieron en desvelar el secreto del Caballero Desheredado, sino que por el contrario comunicaron al príncipe su deseo de conservar el incógnito y le pidieron permiso para conducirlo ante él para recibir el premio que con su valor había ganado.

La curiosidad de Juan se excitó por el misterio con el que el forastero se rodeaba y, disgustado como estaba por el resultado final del torneo, en el que los mantenedores que gozaban de su aprecio habían sido derrotados sucesivamente por un solo caballero, contestó a los mariscales con altanería:

—Por el esplendor de la frente de Nuestra Señora, que este caballero ha sido desheredado al mismo tiempo de la cortesía y de sus tierras, dado que se propone presentarse ante mí sin descubrir el rostro… Decidme, cortesanos —dijo dirigiéndose a su comitiva. ¿Quién podrá ser este galante caballero que tan orgullosamente osa portarse?

—No podría decirlo —contestó De Bracy—, ni nunca pude imaginar que entre las tierras que circundan los cuatro mares y constituyen Inglaterra, pudiera encontrarse

un campeón capaz de derribar cinco caballeros de tanta clase en un solo día de justas. A fe mía que nunca olvidaré la fuerza con que derribó a Vipont. El pobre hospitalario salió despedido de la silla como una piedra de la honda.

—No podéis alardear —dijo un caballero de la Orden de San Juan que estaba presente—. Vuestro campeón del Temple no tuvo mejor fortuna. He podido ver a vuestra brava lanza, me refiero a Bois-Guilbert, dar tres vueltas sobre sí mismo cogiendo puñados de arena cada vez.

De Bracy, que era partidario de los templarios, hubiera contestado de no haber sido cortado por esta observación del príncipe:

—Silencio, señores. ¿En qué inútil disputa nos hemos ensartado?

—El vencedor —dijo De Wyvil— está esperando todavía la gracia de Vuestra Alteza.

—Es nuestra gracia —contestó Juan—, que espere hasta saber si alguien puede por lo menos aventurar su nombre y rango. Aunque le tengamos aquí hasta el atardecer, ha trabajado lo suficiente como para no resfriarse.

—Vuestra Alteza —dijo Waldemar Fitzurse— hará un flaco favor al vencedor si le obliga a esperar hasta que digamos algo que no podemos saber, por lo menos en lo que a mí concierne. A no ser que se trate de una de las buenas lanzas que acompañaron al rey Ricardo a Palestina y que se encuentre de regreso de Tierra Santa.

—Podría tratarse del conde de Salisbury —dijo De Bracy—; su aspecto es parecido…

—Más se parece a sir Thomas Multon, caballero de Gisland —dijo Fitzurse—; el de Salisbury es más recio. —Un murmullo se levantó en la comitiva sin poder asegurar quién lo inició—: Podría tratarse del rey…, podría ser Corazón de León en persona.

—¡Por los santos mandamientos! —dijo el príncipe Juan, pálido como la muerte, bizqueando como si hubiera sido cegado por un relámpago—. ¡Waldemar! ¡De Bracy! Bravos y nobles caballeros, recordad vuestros juramentos y sedme fieles.

—No se avecina ningún peligro —dijo Fitzurse—, ¿tan poco habituado estáis a los miembros gigantescos del hijo de vuestro padre como para creer que caben en tal armadura? De Wyvil y Martival, el modo de servir mejor a vuestro príncipe será el de hacer aproximarse al trono al vencedor, desvaneciendo así el error que ha dejado sin sangre sus mejillas. Observadle más de cerca —continuó—, y comprobaréis que le faltan tres pulgadas para alcanzar la altura del rey y más del doble para poseer la anchura de sus espaldas. El caballo que monta no hubiera soportado el peso del rey Ricardo ni siquiera durante una sola carrera.

Mientras tanto, los mariscales de campo acompañaron al Caballero Desheredado al pie de la escalera que conducía al trono del príncipe Juan, todavía temeroso por la idea de que su hermano, al que tantas veces había injuriado y al que tanto debía, hubiera regresado inesperadamente a su reino. El príncipe estaba lleno de suspicacias

que ni las atinadas observaciones de Fitzurse conseguían desvanecer. Cuando soltó un deslavazado discurso para entregar el caballo de batalla que era el premio al vencedor, le inquietaba y angustiaba la cerrada visera de metal que cubría el rostro del desconocido que ante él estaba. Temía que tras la visera brotara la profunda y sonora voz de Ricardo *Corazón de León*.

Pero el Caballero Desheredado no pronunció ni una sola palabra en respuesta al discurso del príncipe, el cual agradeció con una profunda reverencia.

El caballo fue introducido en el palenque por dos mozos de cuadra lujosamente ataviados; el animal había sido enjaezado con un riquísimo arnés de batalla que, a los ojos de los entendidos, no añadía un ápice al valor del noble bruto. Poniendo la mano en el arzón, el Desheredado saltó a la grupa sin hacer uso del estribo. Tras blandir la lanza, dio dos vueltas al palenque, al tiempo que hacía resaltar la andadura y demás virtudes del animal con la pericia de un perfecto jinete.

La sombra de vanidad que en cualquier otra ocasión hubiera podido empañar esta exhibición, desaparecía a los ojos de los espectadores, porque comprendían que se trataba de hacer resaltar los méritos del regalo con el que acababa de ser honrado. Por lo tanto, el caballero fue aclamado de nuevo.

Mientras, el voluntarioso prior de Jorvaulx le había recordado al príncipe en voz baja que era hora de que el vencedor diera muestras de buen juicio como ya las había dado de valor, y seleccionara entre las beldades que enaltecían las gradas a la dama que tendría el honor de ocupar el trono de la reina del amor y de la belleza y otorgar el premio del torneo al día siguiente. De acuerdo con lo sugerido, el príncipe llamó con su vara la atención del caballero cuando éste realizaba su segunda carrera alrededor del palenque. El caballero se detuvo ante Juan y, dando la vuelta, abatió su lanza hasta que la punta estuvo a un pie de distancia del suelo. Después permaneció estático esperando las órdenes del príncipe. Esta actitud fue motivo de admiración, al haber comprobado la facilidad y pericia con que había reducido a una inmovilidad de estatua ecuestre a su bravo caballo, tras haber sido sometido a la alta tensión del galope tendido.

—Señor Desheredado —dijo el príncipe Juan—, es ahora vuestro deber y vuestro privilegio nombrar a la hermosa dama que como reina del amor y la belleza, ha de presidir la fiesta de mañana. Si como extranjero que sois necesitáis el concurso de otro juez para aconsejaros, solamente diremos que Alicia, hija del caballero Waldemar Fitzurse, desde largo tiempo ostenta en la corte el primer lugar por su belleza y su rango. De todos modos, sólo a vos concierne el gusto de otorgar la corona a la dama que se constituirá formalmente en la reina de mañana. Levantad vuestra lanza.

El caballero obedeció y el príncipe Juan colocó en su punta una diadema de satén verde, ribeteada de oro y adornada en su parte superior por corazones y flechas alternados, en relieve, del mismo modo que las hojas de fresa y las bolas en las coronas ducales.

En la descarada sugerencia del príncipe que aludía a la hija de Waldemar Fitzurse había diversos motivos, que iban desde la presunción y la despreocupación a las bajas mañas y la astucia. Por otra parte, deseaba borrar del pensamiento de su comitiva su indecente e inaceptable chanza sobre la judía Rebeca. Intentaba halagar al padre de Alicia, Waldemar, a quien temía y que en más de una ocasión se había mostrado descontento ante el desarrollo de los acontecimientos de la jornada. Contaban también sus deseos de captarse el afecto de la dama, porque Juan era tan licencioso de costumbres como desmesurado en su ambición. Pero además de estas razones, sentía deseos de indisponer al Caballero Desheredado (que ya le causaba una profunda repugnancia) con tan poderoso enemigo como era Fitzurse, como sin duda ocurriría si se daba el caso de que el vencedor escogiera a otra dama.

Y así sucedió, porque el Desheredado pasó sin detenerse junto al palco inmediato al del príncipe, ocupado por lady Alicia con el esplendor triunfal de su belleza y orgullo, y avanzando tan despacio como velozmente había galopado antes alrededor del palenque, pareció complacerse ejerciendo el derecho a examinar detenidamente las bellezas que adornaban el espléndido recinto.

Valía la pena observar las diferentes actitudes que adoptaban las bellas sometidas a examen. Algunas enrojecían, otras asumían un aire de orgullo y dignidad, las de más allá miraban a lo lejos aparentando falta de interés por lo que sucedía; no faltó quien simuló asustarse; las hubo que sonrieron, al igual que otras rieron a grandes carcajadas. A todas ellas hay que añadir algunas que ocultaron su rostro con el velo, pero para ser fieles al manuscrito sajón, se trataba de damas ya entradas en años y muy bien podía suponerse que, al estar saciadas de tales vanidades, procedían de tal modo para evitar ser elegidas y dar paso a las bellezas más jóvenes.

Al fin, el campeón se detuvo ante el palco que ocupaba lady Rowena; la expectación de los asistentes alcanzó su punto álgido. Debe reconocerse que si algún interés hubiera guiado al vencedor del torneo hacia la parte del palenque en la que se había detenido, reunía sobrados méritos para merecer la predilección de sus ocupantes. Cedric *el Sajón* rebosaba de gozo ante la derrota del templario, y más todavía por la afrenta pública de sus dos malévolos vecinos, Front-de-Boeuf y Malvoisin. Durante el torneo había sacado medio cuerpo del palco que ocupaba y había seguido al caballero no sólo con los ojos sino también con toda su alma y corazón. La misma atención desplegó lady Rowena para seguir el desarrollo de cada carrera, aunque no expresara sus sentimientos tan abiertamente como su tutor. Incluso el bovino Athelstane dio algunas muestras de haber abandonado su natural apatía cuando pidió un cubilete de moscatel y lo vació a la salud del Caballero Desheredado.

Otro grupo, situado en la parte inmediatamente inferior a la de los sajones, había evidenciado un interés no menor en el resultado final de la jornada.

—Padre Abraham —dijo Isaac de York cuando se celebró el primer enfrentamiento del templario y el Desheredado—. ¡Con qué brío galopa este gentil! Cuida tan poco de su caballo, traído de la lejana Barbaria, como lo haría con un

garañón salvaje…, ¡y la noble armadura que tantos cequíes le costó a Joseph Pareira, el armero de Milán sin contar el setenta por ciento de intereses! ¡Cuida tanto de ella como si se la hubiera encontrado tirada en mitad del camino!

—Si arriesga su persona, padre —dijo Rebeca—, difícilmente mirará por su caballo y por su armadura en tan mortal combate.

—No seas niña —replicó Isaac algo acalorado—. No sabes lo que dices…, su cuello y su pellejo bien suyos son, pero armadura y caballo pertenecen a… ¡Sagrado Jacob! Ya me iba de la lengua…, de todos modos es un buen mozo. ¡Mira, Rebeca! Está a punto de luchar de nuevo con el filisteo; reza, muchacha…, reza por la salud del buen mancebo y la del veloz caballo y la rica armadura. ¡Dios de mis padres! —exclamó otra vez—. ¡Ha vencido y el filisteo iracundo ha caído ante su lanza del mismo modo que Og, rey de Bashan, y Shion, rey de los amoritas, cayeron ante la espada de nuestros antepasados! Es ya un hecho que el oro, la plata, los caballos de guerra y las armaduras de acero y bronce ya le pertenecen como bien ganado botín.

La misma ansiedad desplegó el judío durante el transcurso de las restantes carreras, omitiendo pocas veces de evaluar con presteza el caballo y la armadura que el campeón ganaba a cada nuevo triunfo. No había sido menguado el interés demostrado por la victoria del Desheredado en la parte del palenque ante la que se había detenido.

Ya fuera por indecisión o debido a otro motivo de duda, el campeón del día permaneció quieto durante más de un minuto, mientras los ojos de la silenciosa multitud se clavaban en su persona. Entonces, bajando gradualmente y con gracia la lanza, depositó la diadema que iba prendida en la punta de los pies de la hermosa Rowena. Al instante sonaron las trompetas, mientras los heraldos proclamaban a lady Rowena reina del amor y de la belleza para el siguiente día, amenazando con el consiguiente castigo a quien osara desobedecer sus órdenes. Repitieron entonces su grito de «¡Largueza!», al cual Cedric, en lo más alto de su gloria, correspondió con un generoso donativo al que Athelstane, aunque no tan rápidamente, añadió otro no menos sustancioso.

Se levantó cierto revuelo entre las damiselas de ascendencia normanda, ni poco ni mucho acostumbradas a soportar una belleza sajona, tampoco lo estaban los nobles normandos a sufrir la derrota en los juegos que ellos mismos habían importado. Pero estos murmullos de descontento quedaron ahogados por la gritería popular:

—¡Larga vida a lady Rowena, por derecho propio elegida reina del amor y de la belleza! —a cuyo grito muchos espectadores de la galería inferior añadían—: ¡Larga vida para la princesa sajona, viva la raza del inmortal Alfred!

Por inaceptables que estos gritos resultaran para el príncipe Juan y aquéllos que le rodeaban, se vio obligado a confirmar la elección del vencedor y, por tal motivo, dejó el trono, montó a caballo y entró en el palenque acompañado por su comitiva. Se detuvo un momento bajo el palco de lady Alicia y, sin desmontar, le rindió homenaje dejando oír esta observación a los que cerca de él se encontraban:

—A fe mía, señores, que si los hechos de armas realizados por el Desheredado dan prueba de que es poseedor de fuertes miembros y nervios templados, la elección que ha hecho demuestra que sus ojos no están en perfecto estado.

Como durante toda su vida, también en esta ocasión tuvo Juan la desgracia de no comprender el carácter de aquellos cuyo afecto quería ganarse. Waldemar Fitzurse se sintió más ofendido que halagado ante la gratuita afirmación de que su hija había sido postergada.

—No conozco regla de caballería más preciosa e indeclinable —dijo—, que aquélla que confiere a cada caballero el derecho de elegir libremente la dama de sus amores, utilizando para ello su propio juicio. Mi hija no necesita ser distinguida por nadie y nunca dejará de recibir el respeto que le es debido por su rango y posición.

El príncipe Juan no replicó sino que, espoleando a su caballo, le hizo saltar hacia delante hasta llegar a la grada que ocupaba lady Rowena, todavía con la corona a sus pies.

—Asumid, hermosa dama, el símbolo de vuestra soberanía a la cual nadie rinde homenaje más sincero que Nos, Juan de Anjou. Si os place asistir hoy con el noble señor y sus amigos al banquete que tendrá lugar en el castillo de Ashby, tendremos ocasión de conocer más de cerca la persona a la que mañana deberemos acatar.

Rowena permaneció en silencio y Cedric contestó por ella en su lengua materna:

—Lady Rowena desconoce el lenguaje en que debe contestaros y que habría de servir para daros conversación durante la fiesta. También el noble Athelstane de Coningsburgh y yo practicamos las costumbres de nuestros padres. Por lo tanto, declinamos la cortés invitación de Vuestra Alteza y por ella os damos las gracias. Mañana lady Rowena ocupará el sitio al que ha sido llamada por libre elección del caballero vencedor, confirmada por las aclamaciones del pueblo.

Tras pronunciar estas palabras, levantó la diadema y la colocó sobre la cabeza de lady Rowena en prueba de que aceptaba la autoridad que en ella había recaído temporalmente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el príncipe Juan, simulando no entender la lengua sajona, que por otra parte dominaba. Las razones de Cedric le fueron repetidas en francés—. Está bien, mañana nosotros mismos conduciremos a esa callada belleza al trono de honor. Por lo menos vos, caballero —añadió volviéndose al vencedor, que había permanecido cerca de la grada—, ¿compartiréis en este día nuestro banquete?

El caballero, hablando por primera vez, excusóse en baja y alterada voz alegando fatiga y necesidad de descansar en vista de los combates del siguiente día.

—Está bien —dijo el príncipe Juan con altanería—, aunque no estamos acostumbrados a estos desplantes, procuraremos digerir nuestro banquete como podamos, aunque privados del más afortunado en las armas y de la dama que ha elegido como reina de la belleza.

Seguidamente se dispuso a abandonar el palenque junto con su brillante cortejo y la vuelta que hizo dar al caballo con este propósito fue la señal de la dispersión

general de los espectadores.

Pero dando muestras de la vengativa memoria que posee el orgullo herido, no había dado tres pasos cuando se volvió y, fijando su mirada de resentimiento sobre el campesino que le había disgustado por la mañana, le dijo al hombre armado que estaba a su vera:

—Que no se escape este individuo, te va en ello la vida.

El campesino sostuvo la irritada mirada del príncipe con la misma firmeza que caracterizaba su comportamiento, y dijo sonriendo:

—No tengo intención de abandonar Ashby hasta pasado mañana. Quiero ver cómo manejan el arco Staffordshire y Leicestershire. Los bosques de Needwood y de Charnwood deben criar buenos arqueros.

El príncipe no contestó directamente y, dirigiéndose a sus cortesanos, dijo:

—Ya veremos cómo maneja el suyo, y Dios le proteja si su destreza no consigue que olvide su insolencia.

—Ya es hora —dijo De Bracy— de que la desfachatez de estos campesinos reciba su merecido.

Waldemar Fitzurse, pensando probablemente que el príncipe no acertaba en el camino más conveniente para su popularidad, se encogió de hombros y permaneció silencioso. El príncipe Juan reemprendió la retirada del palenque y la dispersión de la multitud fue general. Utilizando diversos caminos, según el lugar en que se alojaban los espectadores, formando grupos desiguales en número, se retiraban a través de la pradera. La mayor parte tomó la ruta de Ashby donde muchas de las personas nobles se alojaban en el castillo, aunque algunos otros lo hacían en la propia ciudad. Entre ellos figuraba la mayoría de los caballeros que habían tomado parte en el torneo o que se proponían participar en las justas del día siguiente, los cuales avanzaban lentamente comentando las incidencias de la jornada, al tiempo que eran saludados a grandes gritos por el populacho. El mismo tipo de aclamaciones merecía el príncipe Juan, aunque se le aclamaba más por la vistosidad y esplendor de sus atavíos que por su popularidad.

Aclamación más sincera y general, como también más merecida, se ganó el vencedor del día. Éste, deseoso de evitar la atención de la gente, aceptó acomodarse en uno de los pabellones que se levantaba a un extremo de la liza, cuyo uso le fue ofrecido cortésmente por los mariscales de campo. Al entrar en su tienda, se dispersaron muchos de los que merodeaban por el palenque para verle y formular conjeturas sobre su identidad.

Los signos y ruidos de una tumultuosa concurrencia de hombres congregados al mismo tiempo y en el mismo lugar hasta muy tarde y todavía agitados por los sucesos ocurridos, eran ahora sustituidos por el distante resonar de voces de los diferentes grupos que se retiraban en todas las direcciones. Después se hizo el silencio. No se oían más ruidos que los que hacían los criados al retirar los cojines y alfombras del graderío con objeto de resguardarlos del relente de la noche; también se disputaban

las botellas de vino medio vacías y los restos de la comida que se había servido a los espectadores.

Más allá del recinto cerrado del palenque, se había instalado más de una forja que empezaba a dejar ver las llamas en el crepúsculo. Anunciaban la tarea que esperaba a los armeros durante toda la noche, con objeto de reparar o modificar las armaduras que tenían que ser usadas de nuevo al día siguiente.

Una fuerte guardia de centinelas que se relevaban a intervalos de dos horas rodeaba el palenque y mantuvo la vigilancia durante la noche.

X

El cuervo, majestuoso y sombrío,
lleva en su pico el pasaporte del enfermo.
En la noche silenciosa, su sombra
esparce el contagio de sus alas negras.
Atormentado camina el pobre Barrabás,
mientras lanza maldiciones contra los cristianos.

CHRISTOPHER MARLOW:
El judío de Malta.

No había el Caballero Desheredado alcanzado su pabellón, cuando numerosos pajes y escuderos le ofrecieron sus servicios para despojarle de las armas. Le ofrecían una muda limpia y le garantizaban el descanso que un buen amo podría proporcionarle. Su celo, en esta ocasión, se agudizaba por la curiosidad, ya que todos estaban pendientes de conocer la identidad del caballero que tantos laureles había ganado y que incluso se había atrevido a no hacer caso de la petición del príncipe Juan cuando le rogó que levantara su visera o que se identificara. Pero su curiosidad no se vio satisfecha. El Caballero Desheredado rehusó toda asistencia, exceptuada la de su propio escudero, o mejor dicho, de un rústico asistente…, un sujeto apayasado envuelto en una capa color oscuro, que conservaba la cabeza embutida en una gorra normanda confeccionada con pieles negras. Aquel servidor parecía más adicto al incógnito que su propio amo. Alejados de la tienda todos los extraños, este mismo servidor alivió a su amo de la pesada carga de su armadura y le proveyó de vino y alimentos, de los cuales bien necesitado estaba después de los trabajos del día.

Apenas había concluido su refrigerio, cuando le fue anunciada al caballero la visita de cinco hombres, cada uno de ellos portando un corcel por la brida. El Caballero Desheredado había cambiado su armadura por una vestimenta característica de los de su condición, provista de una capucha que podía ocultar a capricho las facciones de quien la vestía casi tan completamente como la celada del morrión. Sin embargo, la creciente oscuridad hacía inútil tal artimaña de no darse la casualidad que la cara del que deseaba mantenerse en incógnito fuera muy conocida del visitante.

De todos modos, el Caballero Desheredado se refugió en la parte posterior de la tienda, donde esperó a los escuderos de los mantenedores, a los cuales reconoció con facilidad por las libreas pardas y negras que vestían. Cada uno de ellos conducía de la brida el caballo de su amo, cargado con la armadura utilizada aquel día.

—De acuerdo con las reglas de la caballería —dijo el primero de los recién llegados—, yo, Baldwin de Oyley, escudero del renombrado caballero Brian de Bois-

Guilbert, os ofrezco, Caballero Desheredado o como gustéis llamaros, el caballo y la armadura usada por el susodicho Bois-Guilbert en el paso de armas de la jornada, dejando a vuestra noble consideración el retenerlas o el poner precio a su rescate, según os plazca, ya que tal es la ley de armas.

Los demás escuderos repitieron aproximadamente la misma fórmula esperando entonces la decisión del Desheredado.

—A vosotros cuatro, señores —dijo dirigiéndose a los últimos que habían hablado—, y a vuestros honorables y valientes amos hablaré del mismo modo. Presentad mis respetos a los nobles caballeros y comunicadles que sería una equivocación privarles de corceles y armas que nunca podrían ser utilizados por caballeros más bravos. Mucho desearía que aquí terminara mi mensaje; pero siendo con toda verdad el Desheredado, tal como me he apodado, debo rogar a vuestros dueños que tengan la cortesía de rescatar sus caballos y armaduras, ya que muy a duras penas puedo decir que es mía la que llevo puesta.

—Estamos autorizados —contestó el escudero de Reginald Front-de-Boeuf—, a ofrecer cien cequíes por el rescate de cada uno de estos caballeros y armaduras.

—Es suficiente y aun con la mitad me conformo para satisfacer mis presentes necesidades. De la otra mitad, haced dos partes y repartid entre vosotros, señores escuderos, una de ellas, y la otra, que sea dividida entre los asistentes, heraldos y músicos.

Los escuderos, birrete en mano y haciendo profundas reverencias, apreciaron tan exquisita cortesía y generosidad pocas veces practicada, al menos hasta este extremo. El Caballero Desheredado se dirigió después al escudero de Brian de Bois-Guilbert:

—No he de aceptar ni armas ni rescate que de vuestro amo procedan. Decidle en mi nombre que nuestra lucha no ha acabado. No, no antes de habernos enfrentado con espada o con lanza, a pie o a caballo. Él fue quien me desafió a mortal combate y no he de pasar por alto el desafío. Al mismo tiempo hacedle saber que no le mido por el mismo rasero que a sus compañeros, con los cuales tengo el placer de mostrarme cortés, sino que le considero como alguien con quien estoy desafiado a muerte.

—Mi señor —contestó Baldwin— contesta al desprecio con el desprecio y a las estocadas con las estocadas, tanto como sabe corresponder a la cortesía con la cortesía. Dado que desdeñáis aceptar de él ninguna parte del rescate en que habéis tasado las armas de estos otros caballeros, debo dejar aquí caballo y armadura, con la seguridad de que mi señor no se dignará a montar el uno ni a vestir la otra.

—Bien habéis hablado, buen escudero; bien y francamente como debe hacerlo quien habla por boca de un amo ausente. De todos modos, no dejéis aquí armas ni corcel. Devolvedlo todo a vuestro señor, y, si se tiene en menos de aceptarlo, guardadlo para vos, amigo mío. Ya que dado que son míos, puedo disponer de ellos libremente.

Baldwin hizo una profunda reverencia y se retiró con sus compañeros, tras lo cual el Caballero Desheredado entró en el pabellón.

—Obrado así, Gurth —dijo, dirigiéndose a su sirviente—, la reputación de la caballería inglesa no ha sufrido menoscabo en mis manos.

—Y yo —dijo Gurth—, aun siendo un porquerizo sajón no he hecho tan mal mi papel de asistente normando.

—Sí, pero me tuvo preocupado durante todo el tiempo la posibilidad de que tu cómico disfraz te traicionara.

—Callad, no temo ser descubierto por nadie, excepción hecha de mi camarada Wamba, el bufón. Todavía no he podido sacar en limpio si es más bribón que loco. Con dificultad pude contener la risa cuando mi amo pasó junto a mí pensando con seguridad que Gurth estaba en los bosques y pantanos de Rotherwood guardando sus cerdos. Si me llega a reconocer…

—Ya basta. Conoces mi promesa.

—No se trata de eso. Nunca haré traición para salvar el pellejo. Lo tengo tan duro que aguanta los golpes tan bien como el verraco de mi manada.

—Ten confianza en que sabré corresponder a los riesgos que corres por mi causa, Gurth. De momento, te ruego que aceptes estas diez piezas de oro.

—Soy más rico —dijo Gurth embolsándoselas— de lo que ningún porquerizo haya sido nunca.

—Lleva esta bolsa de oro a Ashby, encuentra a Isaac de York y que se cobre el caballo y las armas que me ha fiado.

—¡No haré tal cosa, por san Dunstan!

—¿Cómo has dicho, bellaco? —replicó su amo—. ¿Te niegas a obedecerme?

—No tengo inconveniente en hacerlo cuando son honrados, razonables y cristianos vuestros mandatos, y ahora no es éste el caso. No sería honrado permitir que el mismo judío pusiera precio; sería engañar a mi amo y estaría también fuera de razón porque de este modo actuaría un loco. Tampoco sería cristiano porque daría ocasión a que un creyente enriqueciera a un infiel.

—Por lo menos, págale el justo precio, mula testaruda.

—Lo haré, aunque me pese —dijo Gurth. Y añadió entre dientes—: Le daré la mitad de lo que me pida —y así diciendo, partió y dejó al Desheredado sumido en sus propias reflexiones, las cuales, por muchas más razones que no es posible ahora dar a conocer al lector, eran de naturaleza extremadamente turbadora.

Debemos ahora trasladarnos a la villa de Ashby o, mejor dicho, a una casa de campo de sus cercanías, perteneciente a un rico israelita, donde se alojaban Isaac, su hija y sus servidores. Es bien sabido que los judíos son tan liberales otorgando su hospitalidad a los individuos de su nación como cautelosos en darla a los que ellos llaman gentiles, los cuales, por otra parte, poco merecían por el trato que les daban.

En una habitación reducida, pero lujosamente provista de adornos de gusto oriental, podía verse a Rebeca sentada sobre un montón de cojines apilados en una plataforma de poca altura, que rodeaba la sala y hacía las veces de sillas y asientos al modo de un estrado español. Vigilaba con ansiedad y afecto filial los movimientos de

su padre, que daba vueltas al salón con pasos desacompasados. A menudo juntaba las manos…, otras veces levantaba los ojos al techo como si estuviera sometido a una gran tortura mental.

—¡Oh, Jacob! —exclamaba—. ¡Oh, todos vosotros, los doce santos padres de nuestra raza! Qué dura pérdida representa todo esto para quien ha observado siempre la ley de Moisés al pie de la letra. Cincuenta cequíes me han sido arrebatados de un solo zarpazo por las garras del tirano.

—Pero, padre, me pareció que le dabais el oro al príncipe Juan de buena gana.

—¿De buena gana? Caiga sobre él la peste de Egipto. ¿De buena gana, dices? Tan de buena gana como cuando en el golfo de los Leones lancé la mercancía por la borda para aligerar el barco que se debatía en la tormenta. Vestí a las espumosas olas con mis sedas más escogidas, perfumé su seno con mirra y áloe, llené sus cavernas con relieves de plata y oro. No sonó en aquella ocasión la hora de la más triste desgracia, aunque llegó con mis propias manos el doloroso sacrificio.

—Pero se trataba de un sacrificio que el cielo pedía a cambio de nuestras vidas —contestó Rebeca—. Y el Dios de nuestros padres, desde entonces ha bendecido vuestro almacén y vuestras ganancias.

—Pero ¿y si el tirano, tal como hizo hoy, pone su mano en ellas y me obliga a sonreír mientras me despoja? Hija, desarraigados y errantes como somos, la peor calamidad que azota nuestra raza es que cuando somos saqueados y robados todo el mundo ríe y debemos disimular la susceptibilidad al insulto y sonreír sumisamente en vez de vengarnos con coraje.

—No os lo toméis así, padre mío —dijo Rebeca—, porque también esta situación nos reporta ventajas. Estos gentiles, siendo como son dominantes, dependen en cierto modo de los dispersos hijos de Sión, a los cuales desprecian y persiguen. Sin la ayuda de nuestras riquezas no podrían llevar a cabo sus hazañas ni tampoco celebrarlas. Además, el oro que les proporcionamos vuelve incrementado a nuestras arcas. Somos como la hierba que crece más lozana cuanto más se la pisotea. Incluso el triunfo del pagano en este día no hubiera sido posible si el despreciado judío no hubiera puesto los medios a su alcance.

—Hija —dijo Isaac—, acabas de tocar otro punto sensible. El magnífico corcel y la armadura se llevan todo el provecho de mis negocios con Kirjath Jairam de Leicester. Una gran pérdida, equivalente a todas las ganancias de la semana. ¡Ay!, todo el tiempo que transcurre entre dos sábados. De todas formas, este asunto puede tener mejor final del que me temo, ya que se trata de un buen mancebo.

—Podéis estar seguro de ello —dijo Rebeca—. No os habéis de arrepentir de haber recompensado los buenos servicios que os hizo el forastero.

—Así quiero creerlo, hija mía, como creo en la reconstrucción de Sión; pero confío tanto en que mis ojos vean las murallas y defensas del nuevo Templo, como que un cristiano pague sus deudas a un judío sin la intervención del juez.

Y diciendo esto, reemprendió su alterado trote alrededor de la sala. Rebeca,

dándose cuenta de que los intentos que hacía para consolarle sólo servían para suscitar nuevas sospechas, desistió de sus propósitos prudentemente. Sabio proceder que recomendamos a los que se erigen en consoladores y consejeros en tales circunstancias.

Estaba oscureciendo cuando un criado judío entró en la habitación y colocó sobre la mesa dos lámparas de plata llenas de aceite perfumado. Los vinos más generosos y los más delicados manjares estaban siendo dispuestos sobre una mesa de ébano incrustada de plata, servidos por otro criado israelita. En la intimidad de sus casas, los judíos vivían con gran esplendor. En aquel momento, un criado informó a Isaac que un nazareno (así nombraban a los cristianos entre ellos), deseaba hablar con él. El que vive de la especulación debe estar siempre a la disposición de cualquiera que desee hablar de negocios, por lo que Isaac depositó al momento sobre la mesa el vaso de vino griego que no había llevado aún a sus labios, y tras decirle a Rebeca que se cubriera con el velo, ordenó que el visitante fuera introducido en la estancia.

Apenas Rebeca hubo escondido sus hermosas formas tras un velo plateado que le llegaba hasta los pies, cuando se abrió la puerta dando paso a Gurth, envuelto en los anchos pliegues de su manto normando. Su apariencia era más sospechosa que digna de confianza, especialmente porque, en vez de descubrirse, se caló más su bonete sobre la frente.

—¿Eres tú Isaac, judío de York? —preguntó Gurth el sajón.

—El mismo —contestó Isaac en la misma lengua, ya que sus negocios le habían familiarizado con todas las lenguas habladas en Inglaterra—. ¿Y quién eres tú?

—Eso no importa —dijo Gurth.

—Tanto importa mi nombre como el tuyo, porque si lo desconozco, ¿cómo puedo dirigirme a ti?

—Fácilmente —contestó Gurth—. Puesto que vengo a pagar, debo saber a quién pago. Por el contrario, tú que has de cobrar no creo que debas preocuparte demasiado por la identidad de quien te paga.

—¡Ah!, ¿vienes a entregar dinero? —exclamó el judío—. ¡Sagrado padre Abraham, esto lo cambia todo! ¿Y de parte de quién vienes…?

—De parte del Caballero Desheredado —dijo Gurth—, vencedor del torneo del día. Es el precio de la armadura que le proporcionó Kirjath Jairam de Leicester por recomendación tuya. El caballo está en el establo. Deseo saber ahora el precio que debo pagar por la armadura.

—¡Ya dije que se trataba de un buen mancebo! —exultó Isaac—. Una copa de vino no ha de hacerte daño —añadió llenando un cubilete y poniéndolo al alcance de Gurth. Aquélla era la más generosa invitación de que Gurth había sido objeto—. ¿Y qué cantidad has llevado contigo?

—¡Santa Virgen! —murmuró Gurth, dejando la copa—. ¡Con qué clase de vino se regalan estos perros infieles mientras los cristianos viejos debemos beber una cerveza tan turbia como el lodo en que se revuelven los cerdos! —y en voz alta

continuó—: ¿Cuánto dinero traigo conmigo? Se trata de una pequeña suma, cabe en un puñado. ¡Vamos, Isaac! Aunque seas judío debes tener conciencia.

—Reconozcamos —dijo Isaac—, que tu amo ha ganado hermosos corceles y lujosas armaduras con la fuerza de su lanza y de su brazo. Es un buen mancebo. El judío tomará lo que traigas y devolverá la diferencia.

—Mi amo ya ha dispuesto de todo ello.

—Gran equivocación —dijo el judío—; ha sido una locura. No existe cristiano que pueda comprar tales monturas y armaduras…, y ningún judío podría dar por ellas la mitad de su valor. Pero tú llevas cien cequíes en esta bolsa —dijo Isaac palpando el saco escondido debajo de la capa—. Pesa lo suyo.

—Va repleta de clavos de arco —añadió Gurth con presteza.

—Bueno, entonces —dijo Isaac dudando entre su habitual afán de lucro y uno recién nacido de mostrarse liberal en la presente circunstancia—, si dijera que pido ochenta cequíes por el buen caballo y la magnífica armadura, en cuyo caso no obtendría ninguna ganancia, ¿traes dinero contigo para pagármelos?

—Escasamente —dijo Gurth, aunque la suma pedida era más razonable de lo que había esperado—. Y mi amo quedará sin un céntimo. De todos modos, si ésa es tu última oferta, debo conformarme con ella.

—Sírvete otro vaso de vino —dijo el judío—. ¡Ah!, pero ochenta cequíes es muy poco. No saco ni los intereses y, además, el buen corcel puede haber sufrido daños en los encuentros del día. ¡Cuán peligrosamente se embestían! ¡Jinetes y caballos arremetían el uno contra el otro como toros salvajes de Bashan! El caballo debe haber salido dañado.

—Y yo repito que conserva el pellejo y los miembros sanos. En este estado le podrás ver en el establo. Y puedo afirmar en todas partes que setenta cequíes son suficientes para pagarte y creo que una palabra de un cristiano vale tanto como la de un judío. Si no te contentas con setenta (sacudió la bolsa para que su contenido sonara), devolveré el dinero a mi amo.

—¡No, no! Deposita los talentos…, los denarios…, los ochenta cequíes y verás cómo sabré mostrarme liberal contigo.

Al fin pagó Gurth, y al depositar ochenta cequíes sobre la mesa, el judío le extendió un recibo por caballo y armadura. Las manos del judío temblaban de gozo mientras contaba las primeras setenta monedas de oro. Las últimas diez las contó lentamente, una a una, y murmurando algo entre dientes antes de depositarlas en su bolsillo.

Daba la impresión de que su avaricia estaba en conflicto con la parte mejor de su carácter, obligándole a embolsar cequí tras cequí mientras su generosidad le presionaba a devolver una parte por lo menos a su benefactor o dar una propina a su enviado. Poco más o menos musitaba tales frases:

—Setenta y una…, setenta y dos. Tu amo es un buen mancebo. Setenta y tres, un joven excelente…, setenta y cuatro…, esta pieza ha sido limada por los bordes…,

setenta y cinco…, ésta pesa poco…, setenta y seis…, siempre que tu amo necesite dinero, que acuda a Isaac de York…, setenta y siete…, quiero decir con avales razonables. —En este punto hizo una pausa larga, y Gurth alimentó la esperanza de que las últimas tres monedas se salvaran del destino que habían corrido sus compañeras, pero la enumeración prosiguió—: Setenta y ocho…, eres un buen muchacho…, setenta y nueve… y te has ganado algo.

Aquí el judío se detuvo de nuevo y miró el último cequí, sin duda con la intención de recompensar a Gurth. Lo sopesó colocándolo sobre la yema del índice y luego lo hizo sonar sobre la mesa. Si hubiera sonado sordamente o si le hubiera faltado algo de peso, la generosidad hubiera ganado la partida, pero, desgraciadamente para Gurth, la moneda no era falsa y daba el peso justo o quizá un gramo más. Era un cequí recién acuñado y tintineante. Isaac no tuvo corazón para separarse de él y lo dejó caer en la bolsa distraídamente, mientras decía:

—Ochenta, cuenta cabal, y espero que tu amo te sabrá recompensar con largueza. Claro que sí —añadió mirando la bolsa con afecto—. ¿Llevas más monedas en tu bolsa?

Gurth emitió un gruñido, lo cual constituía su modo de reír, y contestó:

—Aproximadamente la misma cantidad que con tanto cuidado acabas de contar. —Dobló entonces el recibo y lo depositó en su capa, diciendo:

—Peligra tu barba, judío, si esta copa no queda llena hasta los bordes —pero sin esperar, llenó el cubilete por sí mismo con desfachatez, lo vació por tercera vez y abandonó la sala sin andarse con ceremonias.

—Rebeca —dijo el judío—, este ismaelita me ha ganado la mano. A pesar de los pesares su amo es un buen mancebo y me alegro de que haya ganado monedas de oro y plata con el empuje de mi caballo y con la fuerza de su lanza, la cual, como la del filisteo Goliat, puede competir con la lanzadera de un tejedor. —Al volverse para escuchar la contestación de Rebeca, se dio cuenta de que durante su charla con Gurth ella había descendido las escaleras.

Gurth había entrado en la oscura antecámara y tanteaba el camino para dar con la puerta, cuando una figura vestida de blanco, delatada por la luz que una lámpara de plata emitía desde la mano que la sostenía, le empujó dentro de una salita adyacente. Gurth obedeció no sin cierta prevención. Impetuoso y presto como un jabalí salvaje, del cual sólo puede esperarse un alarde de fuerza bruta, era víctima de todos los terrores característicos de los sajones hacia los faunos, fantasmas y todas las demás supersticiones que sus antepasados habían traído de los bosques germánicos. Más que nada, recordaba que se encontraba en la casa de un judío, una raza que a la hostilidad congénita que popularmente se le atribuía para los cristianos, unía la fama de practicar la magia y la nigromancia. Sin embargo, después de un momento de duda, obedeció la sugerencia de la aparición y la siguió a la salita que le indicó, donde, con sorpresa, comprobó que su guía era nada más y nada menos que la hermosa judía que había visto en el torneo y también hacía poco en la habitación de Isaac.

La judía pidió información acerca de su trato con Isaac y él la complació con todo detalle.

—Mi padre ha jugado contigo, amigo mío —dijo Rebeca—. Le debe a tu amo tantos favores, que ni este caballo ni la armadura podrían pagarlos aunque valieran diez veces más. ¿Cuál fue la suma total que entregaste a mi padre?

—Ochenta cequíes —contestó Gurth, sorprendido por la pregunta.

—En esta bolsa encontrarás cien. Devuelve a tu amo lo que es suyo y quédate con el resto. Apresúrate…, vete. No te entretengas dándome las gracias y pon atención al cruzar la ciudad, porque fácilmente podrías perder la bolsa y la vida. Rubén —añadió, dando una palmada—, alumbra al forastero y no te olvides de atrancar la puerta cuando haya salido.

Rubén, un israelita moreno de negra barba, acudió con una antorcha en la mano; abrió el cerrojo de la puerta delantera y conduciendo a Gurth a través de un patio empedrado le hizo traspasar el dintel exterior. Después cerró detrás de él con tantas barras y cadenas como si de una prisión se tratara.

—Por san Dunstan —se repetía Gurth mientras daba traspiés por la oscura avenida—, ésta no era una judía, ¡sino un ángel del cielo! Diez cequíes de mi valiente y joven amo…, veinte de esta perla de Sión. ¡Oh, qué día tan feliz! Con otro igual, Gurth, podrás redimirte del vasallaje y te convertirás en un individuo tan libre como el que más. Y entonces tiraré el cuerno y el cayado de porquerizo para tomar en su lugar el escudo y la lanza y seguir a mi señor hasta la muerte sin ocultar ni mi rostro ni mi nombre.

XI

***Bandido l.°**.—En pie, señor; suelte lo que tenga que decir. En caso contrario, le haremos sentar y le fusilaremos.*
***Speed**.—Estamos perdidos. Son los bandidos que tanto temen los viajeros.*
***Val**.—Señores míos…*
***Bandido 1.°**.—No, no; somos vuestros enemigos.*
***Bandido 2.°**.—¡Silencio! ¿Qué tiene que decirnos?*
***Bandido 3.°**.—Por mis barbas, es todo un hombre.*

SHAKESPEARE: *Los dos hidalgos de Verona*.

Las aventuras nocturnas de Gurth no habían terminado. En verdad, incluso él mismo fue de esta opinión cuando después de haber dejado atrás varias casas aisladas de las afueras de la villa, se encontró en una profunda hondonada que corría entre bordes muy altos, poblados de malezas y encinas. A una y otra parte a veces había algún gigantesco roble que extendía sus ramas sobre el sendero. La hondonada presentaba un firme incómodo, debido a las profundas huellas de los carros que durante el día habían transportado efectos al lugar del torneo. Reinaba la más intensa oscuridad, ya que ramas y malezas interceptaban los rayos de la luna llena.

De la villa llegaban apagados sones de fiesta, y de tarde en tarde rompían el silencio estruendosas carcajadas, gritos y retazos de alegre música. Todos esos ruidos daban cuenta del estado en que se encontraba la villa, invadida por nobles militares acompañados de sus disolutos asistentes; estos detalles no contribuían a la tranquilidad de Gurth.

—La judía tenía razón —decía para sí—. Por los cielos y por san Dunstan que me gustaría haber llegado a mi destino con mi tesoro a salvo. ¡Hay tal número, ya no diré de errabundos ladrones, sino de caballeros y escuderos errantes y errantes bufones, que un hombre con una sola moneda se vería en peligro y no digamos un pobre porquerizo con un saco lleno de cequíes! Quisiera haber abandonado la sombra de estas infernales malezas y así podría ver a cualquiera de los discípulos de san Nicolás antes de que saltara sobre mí.

Por este motivo, Gurth aceleraba el paso para ganar cuanto antes el campo abierto al que la hondonada conducía, pero no tuvo la suficiente fortuna para alcanzar su objetivo. Al final de una subida y justo donde el monte bajo era más espeso, cuatro hombres cayeron sobre él, tal como había temido, dos por cada lado del camino, y le sujetaron con tanta rapidez, que cualquier resistencia, que al principio hubiera contado con ciertas probabilidades de éxito, ahora resultaba inútil por tardía.

—Entréganos lo que llevas —dijo uno de ellos—, somos los benefactores del pueblo y libramos a cada uno de su carga.

—No me libraríais de la mía tan fácilmente —murmuró Gurth, cuya probada honradez no flaqueaba ni siquiera bajo la amenaza de violencia—, si pudiera dar, aunque sólo fuera tres golpes para defenderla.

—Pronto se verá —dijo el ladrón y, hablando con su compañero aludió—: Traed a ese bribón. Ya veo que desea que le rompamos la cabeza al mismo tiempo que le quitamos la bolsa y así le hagamos sangrar por dos venas a la vez.

A esta orden, Gurth fue brutalmente arrastrado a través de la hondonada hasta llegar a un claro de la espesura, situado entre el camino y el campo abierto. Fue obligado a seguir a sus descorteses conductores. La luna iluminaba aquel claro, ya que ni ramas ni malezas impedían que sus rayos llegaran hasta allí con su luz plateada. Dos individuos más se unieron a la partida, indudablemente aquéllos que habían estado destacados de vigilancia. Eran portadores de puñales en sus costados y sostenían cortos palos en sus manos. Gurth pudo darse cuenta de que todos ellos iban provistos de antifaces, detalle que bastaba para evidenciar su profesión si con anterioridad no la hubieran delatado sus modales.

—¿Cuánto dinero llevas, bellaco? —preguntó uno de los ladrones.

—Treinta cequíes constituyen todos mis bienes —dijo Gurth con astucia.

—Quedan confiscados. ¡Confiscados! —gritaron los ladrones.

—El que un sajón posea treinta cequíes y regrese sobrio de la ciudad es motivo más que suficiente para que le sea confiscado cuanto lleva encima.

—Los ahorré para comprar mi libertad.

—Eres un borrico —replicó uno de los ladrones—. Tres cuartillos de cerveza fuerte te hubieran hecho tan libre como tu propio dueño, y aún más libre que él, si es un sajón como tú.

—No es más que la triste verdad, pero si estos treinta cequíes bastan para que me dejéis libre, desatadme; ya son vuestros.

—Un momento —dijo uno que parecía ejercer alguna autoridad sobre los otros—. Mientras palpaba tu capa me he dado cuenta de que eres portador de una bolsa que, por las apariencias, contiene una cantidad superior a la que has confesado.

—Pertenece al noble caballero que es mi amo y no la he mencionado porque al contestaros sólo hice referencia a lo que me pertenece.

—Eres honrado —replicó el ladrón—, te lo digo yo y no profesamos tanta devoción a san Nicolás que no puedan tus treinta cequíes salir bien librados si no tratas de engañarnos. Di toda la verdad.

Con un hábil gesto arrebató del cuello de Gurth la gran bolsa de cuero que contenía, junto al resto de cequíes, la bolsa con que Rebeca le había obsequiado. Entonces continuó su interrogatorio:

—¿Quién has dicho que era tu amo?

—El Caballero Desheredado —contestó Gurth.

—¿Aquél cuya excelente lanza le hizo ganar el torneo? ¿Cómo se llama y de qué familia procede?

—Desea ocultar ambas cosas y acerca de ello no me sacaréis una palabra.

—¿Cuál es tu nombre y linaje?

—Declararlos sería tanto como revelar los de mi amo.

—Eres astuto —dijo el ladrón—, pero incauto a la vez. ¿De dónde procede tanto dinero para tu señor? ¿Se trata de una herencia o por qué medio ha conseguido reunirlo?

—Lo consiguió con su eficaz lanza —contestó Gurth—. Estas bolsas contienen el rescate de buenas cabalgaduras y hermosas armaduras.

—¿Cuántos cequíes contienen? —preguntó el ladrón.

—Doscientos cequíes.

—¿Doscientos cequíes, solamente? —exclamó el bandido—. Tu señor ha tratado a los vencidos con generosidad; no hay duda, por lo que dices, que muy poco rescate les ha exigido. Nombra a los que tuvieron que dar oro.

Así lo hizo Gurth.

—¿Y qué rescate pagó Brian de Bois-Guilbert por su caballo y armadura? Ya ves que no puedes engañarme.

—Mi señor —contestó Gurth—, nunca tomará nada del templario a no ser la sangre de sus venas. Están desafiados a muerte y entre ellos no ha lugar la cortesía.

—Claro —contestó el ladrón—. ¿Y qué estabas haciendo en Ashby con tal cantidad de dinero?

—Fui a pagar el precio del caballo y la armadura con que el judío Isaac de York proveyó a mi señor para el torneo.

—¿Y cuánto le pagaste a Isaac de York? A juzgar por su peso, pues todavía restan doscientos cequíes en esta bolsa.

—Pagué ochenta cequíes a Isaac, y él me reintegró cien.

—¿Cómo? ¿Qué? —exclamó toda la cuadrilla a la vez—. ¿Intentas burlarte de nosotros? ¿Acaso pretendes que nos traguemos tan desmesuradas mentiras?

—Lo que os he dicho es tan cierto como que la luna está en el cielo. Encontraréis la cifra exacta en una bolsa de seda que se encuentra dentro de la mayor de cuero y separada del resto de su contenido.

—Date cuenta, hombre, de que estás hablando de un judío —dijo el capitán—, de un israelita…, tan poco dispuesto a dar su oro como las arenas de su tierra natal a devolver el agua que sobre ellas derrama el peregrino.

—Son tan poco comprensivos —dijo otro de los bandidos—, como los carceleros que no han sido sobornados.

—Tal como dije sucedió —dijo Gurth.

—¡Acercad una antorcha, pronto! —dijo el capitán—. Quiero examinar la bolsa. Y si lo que dice este individuo resulta cierto, la bondad del judío no es menos milagrosa que la fuente que apagó la sed de sus padres en pleno desierto.

Alguien trajo una luz, y el ladrón procedió a examinar la bolsa. Los demás se apiñaron a su alrededor, e incluso los dos que tenían sujeto a Gurth aflojaron su presa mientras estiraban el cuello para ver el resultado de la búsqueda. Aprovechando esta negligencia y haciendo un súbito esfuerzo, Gurth consiguió librarse de ellos, y hubiera escapado de haberse decidido a abandonar los bienes de su amo. Pero no era tal su intención. Arrebató un palo de manos de uno de aquellos sujetos y con él abatió al capitán, que en aquel momento estaba ajeno a sus propósitos, y de nuevo se apoderó de la bolsa que contenía el tesoro. Sin embargo, los bandidos eran demasiado numerosos y tras una breve lucha se hicieron dueños de la bolsa y del fiel Gurth.

—¡Bribón! —dijo el capitán levantándose—. Me has roto la cabeza y si yo fuera otro pagarías cara tu insolencia. Pero conocerás tu suerte en un momento. Primero hablaremos de tu señor, pues los negocios del amo deben preceder a los del escudero según las reglas de caballería. Mientras, estáte quieto…, si haces el más ligero movimiento te expones a recibir algo que te mantendrá quieto para siempre. ¡Camaradas! Esta bolsa está bordada con caracteres hebreos, por lo tanto hay que creer que lo que el hombre dijo es verdad. Su amo, el caballero andante, no debe recibir daño de nuestra parte. Se parece demasiado a nosotros para que le perjudiquemos, ya que los perros no se muerden entre ellos cuando los zorros y lobos andan sueltos.

—Él, ¿como nosotros? —exclamó uno de la banda—. ¡Me gustaría ver cómo te las arreglas para demostrármelo!

—No seas estúpido —replicó el capitán—. ¿No es acaso pobre y desheredado como nosotros? ¿No se gana la vida a punta de espada como nosotros? ¿No ha derrotado a Front-de-Boeuf y a Malvoisin como lo haríamos nosotros si pudiéramos? ¿No se ha declarado enemigo de muerte de Brian de Bois-Guilbert, a quien tantos motivos de temor debemos? Y aunque no fuera así, ¿hemos de tener peor conciencia que un descreído, un hebreo judío?

—No, sería una vergüenza —murmuró otro individuo—; de todas formas, cuando estaba a las órdenes del valiente Gandelin no teníamos tales escrúpulos de conciencia. Además, este insolente campesino… ¿también él ha de salir bien librado?

—De ningún modo si tú eres capaz de darle una lección. ¡Eh, amigo! —continuó el capitán, dirigiéndose a Gurth—. ¿Conoces el manejo del palo[6] que con tanta presteza acabas de emplear?

—En mi opinión —dijo Gurth—, nadie mejor que tú puede contestar a esta pregunta.

—A fe mía que me has atizado un buen porrazo; hazle el mismo servicio a este compañero y marcharás libremente, pero si no…, como ocurra lo contrario y… puesto que eres un bellaco tal como has demostrado ser, a fe mía que me vería obligado a pagar yo mismo tu rescate. Toma tu palo, Miller —añadió el capitán—, y protege tu cabeza; vosotros dejad libre a este tipo y dadle también un garrote. Hay suficiente luz para la pelea.

Armados los dos contendientes con idénticos palos, se adelantaron hacia el centro del claro para aprovechar al máximo la luz de la luna. Los demás ladrones reían y gritaban a su camarada:

—¡Miller, cuidado con la sesera!

Miller agarró el palo, lo atenazó hacia su mitad y daba molinetes por sobre su cabeza. Al propio tiempo exclamaba con presunción:

—Acércate, bellaco, si te atreves, y conocerás la fuerza que tiene el molinero[7].

Contestó Gurth ejecutando la misma suerte de molinetes con igual destreza, sin perder la serenidad, y le gritó:

—Entonces, eres ladrón por partida doble, y yo como hombre de bien, no temo tus bravatas.

Seguidamente se arremetieron y durante los primeros minutos quedaron igualados en fuerza, bravura y habilidad, interceptando y respondiendo a los golpes de su rival con veloz destreza. Por el ruido de los continuos golpes, una persona situada a cierta distancia hubiera dicho que se enfrentaban dos bandos formados por seis combatientes cada uno. Combates menos decididos e incluso menos peligrosos han sido cantados en versos heroicos, pero el encuentro de Gurth contra Miller permanecerá silenciado u olvidado, sin duda por falta de poeta consagrado que cante su gesta. De todos modos, aunque la lucha con el palo está pasada de moda, haremos lo que podamos para cantar en prosa llana la proeza de los dos valientes campeones.

La pelea se presentó igualada al principio, hasta que Miller empezó a fatigarse al encontrar tan briosa oposición y al tener que soportar las pullas de sus compañeros, los cuales, como es usual en estos casos, disfrutaban con la afrenta que le era impuesta. No era el estado de ánimo adecuado para luchar con el palo, ya que tal tipo de combate requiere conservar la sangre fría. De este modo le daba la ventaja a Gurth, cuyo temperamento, aunque brioso, era más equilibrado y le permitía sacar todo el provecho de su probada habilidad.

Miller embestía furiosamente, dando golpes con ambas extremidades del palo, intentando conseguir que la lucha se desarrollara en la media distancia, mientras que Gurth se defendía del ataque levantando ambas manos, defendiendo cabeza y cuerpo por medio de rápidos giros del garrote. Así se mantuvo a la defensiva, coordinando perfectamente la mirada, los pies y las manos hasta que se dio cuenta que su adversario perdía el aliento. Entonces le atacó directamente a la cara con la mano izquierda y, cuando Miller se dispuso a detener el golpe, agarró el palo con ambas manos y de volea hirió con toda la fuerza la sien de su oponente. Éste quedó tendido cuán largo era sobre la verde hierba.

—¡Perfectamente ejecutado! —gritaron los ladrones—. Y limpiamente, además. ¡Viva Inglaterra! El sajón ha salvado la bolsa y el pellejo, y el molinero ha encontrado la horma de su zapato.

—Puedes seguir tu camino, amigo mío —le dijo a Gurth el capitán, confirmando el clamor general—. Dos de mis compañeros te enseñarán el mejor camino para

llegar al pabellón de tu señor sano y salvo, evitando de este modo la posibilidad de que topes con merodeadores nocturnos con sentimientos menos blandos que los nuestros, pues en noches como ésta abundan por estos contornos tipos de esta clase… Recuerda, de todos modos, que has rehusado revelar tu nombre…, no preguntes el nuestro y no trates de averiguar qué quiénes somos, ya que, de intentarlo, caerán sobre ti peores desgracias que las que hasta hoy has debido soportar.

Gurth agradeció al capitán su amabilidad y le prometió seguir sus consejos. Dos forajidos tomaron sus respectivos palos, rogando a Gurth que no les perdiera de vista. Después dieron la vuelta y siguieron un sendero adyacente que cruzaba las malezas y el desmonte cercano. En el mismo límite del bosque, otros dos hombres hablaron con sus dos guías y habiendo recibido la contestación en voz baja, se adentraron de nuevo en la espesura y les permitieron pasar sin molestias. Este incidente confirmó a Gurth la creencia de que la cuadrilla era fuerte y numerosa y que sus miembros montaban guardia regularmente para vigilar su lugar de reunión.

Al llegar al campo abierto, donde a Gurth le hubiera podido resultar difícil dar con el camino, los ladrones le guiaron hasta la cima de un montículo desde donde pudo ver, bajo la luz de la luna, las empalizadas del torneo, los brillantes pabellones que a cada extremo de ellas se levantaban temblando al aire y los pendones iluminados por los rayos de plata. Pudo oír también los cantos de los centinelas que, de este modo, hacían menos aburrido el cumplimiento de su deber nocturno. Los ladrones se detuvieron.

—No te acompañamos más, no sería prudente que lo hiciéramos. Recuerda el aviso que te ha dado el capitán. Guarda secreto acerca de lo que te ha sucedido esta noche y no tendrás que arrepentirte. Si no haces caso de nuestro consejo, ni la torre de Londres podrá protegerte de nuestra venganza.

—Buenas noches, amables señores —dijo Gurth—, recordaré vuestras indicaciones y creo que no hay en mí intención alguna de ofenderos cuando os digo que os deseo una ocupación más segura y honrada.

De este modo se separaron, volviendo los forajidos por donde habían venido. Gurth se encaminó hacia la tienda de su amo, al cual, haciendo caso omiso de las recomendaciones que le habían sido hechas, contó todas las aventuras de aquella noche.

El Caballero Desheredado estaba asombrado, tanto por la generosidad de Rebeca de la cual decidió de todos modos aprovecharse, como de la que habían dado muestras los ladrones, virtud ésta de la generosidad a todas luces ajena a tal profesión. El curso de sus reflexiones relativas a los extraños sucesos tuvo que ser interrumpido por la necesidad de tomar algún reposo, indispensable si consideramos la fatiga del día anterior y, por otra parte, la necesidad de recuperarse para la próxima jornada.

Por lo tanto, el caballero se estiró para descansar sobre un rico colchón con que la tienda estaba provista, y el fiel Gurth le imitó extendiéndose sobre una piel de oso

que hacía las veces de alfombra de la tienda, tomando la precaución de hacerlo colocándose atravesado en la entrada, de modo que nadie pudiera entrar sin despertarle.

XII

Exhiben su orgullo los heraldos;
elevan su murmullo los clarines y las trompetas.
Nada hay que decir. ¡Al Este y al Oeste
han sido preparadas las lanzas de su hueste!
Pujantes se alzan las lanzas de veinte pies,
así como las espadas aceradas y brillantes,
mientras los yelmos harán despojos.
¡Corre sangre formando arroyos rojos!

CHAUCER: *Cuentos de Canterbury*.

Amaneció el nuevo día, claro y esplendoroso. Antes de que el sol hubiera realizado su ascensión sobre el horizonte, los espectadores más impacientes y mañaneros acudieron a la llanura y se encaminaron al palenque, punto central de reunión, para asegurarse un buen sitio desde el cual poder seguir con detalle las incidencias que la continuación de los ejercicios prometía.

Los mariscales y sus asistentes comparecieron de inmediato seguidos por los heraldos, con el propósito de registrar los nombres de los caballeros que deseaban entrar en liza y el bando al que se apuntaban. Precaución necesaria para equilibrar las dos facciones que debían enfrentarse.

De acuerdo con la costumbre, el Caballero Desheredado debía capitanear una de las partidas, mientras que Brian de Bois-Guilbert, segundo en méritos en el día anterior, fue nombrado primer paladín del otro bando. Naturalmente, los mantenedores se unieron a su partida, excepción hecha de Ralph de Vipont, a quien su caída le privaba de vestir armadura en tan poco lapsus de tiempo. No escasearon distinguidos y nobles candidatos que se alistaron a uno y otro bando.

De hecho, aunque el torneo general en el cual todos los caballeros se enfrentaban a la vez, resultaba más peligroso que el combate individual, era de todos modos más frecuentado y asiduamente practicado por los caballeros de la época. Muchos de ellos, que no tenían la suficiente destreza para combatir con un adversario de bien ganada fama, querían demostrar su valor en el torneo general, donde se le presentaba la ocasión de pelear con oponentes más ajustados a sus fuerzas. Por el momento, ya se habían inscrito cerca de cincuenta caballeros por bando cuando los mariscales de campo anunciaron que las listas quedaban cerradas. Esta noticia causó la consiguiente decepción a los que se habían retrasado.

Alrededor de las diez, toda la pradera se veía poblada con hombres y mujeres a caballo y a pie, apresurándose hacia el torneo y, poco después, una gran diana

floreada anunció la llegada del príncipe Juan y su cortejo, formado por los caballeros que merecían participar en el combate y por otros que carecían de esta intención.

Casi al mismo tiempo llegó Cedric *el Sajón* con lady Rowena, sin la compañía de Athelstane. Dicho noble había embutido su voluminosa persona en una armadura para formar entre los combatientes y, con gran sorpresa de Cedric, se había alistado en el bando del caballero templario. Los dos habían discutido largamente esta insensata elección, pero el sajón tan sólo recibió las vagas razones que dan por costumbre los que están más emperrados en hacer su capricho que en justificarlo.

Athelstane tuvo la prudencia de guardar para sí la mejor, si no la única razón que tenía para unirse a la partida de Bois-Guilbert. Aunque su apatía congénita le impedía granjearse la estimación de lady Rowena, de ningún modo era insensible a sus encantos, y consideraba como cosa hecha y fuera de duda su unión con ella, claro que, con el consentimiento de Cedric y el resto de sus amistades. Por tanto, sólo con disgusto acogió el señor de Coningsburgh que el vencedor del día precedente hubiera ejercido su derecho haciendo objeto de sus preferencias a lady Rowena. Con la intención de castigarle por las atenciones tenidas y que él entendía que interferían sus proyectos, Athelstane no sólo quería desposeer al Desheredado de su aureola de triunfo, sino también, si se presentaba la ocasión, hacerle sentir todo el peso de su hacha, confiando para ello en su fuerza y en el gran conocimiento que tenía del manejo de las armas.

De Bracy y otros nobles allegados al príncipe Juan, siguiendo sus instrucciones, se habían unido al bando de los mantenedores con objeto de ayudar a los deseos que tenía el príncipe de que la victoria se inclinara de este lado. Por otra parte, muchos caballeros, nativos o foráneos, sajones y normandos, poblaban las filas del Caballero Desheredado, ganados por la justa fama que a tan distinguido paladín habían otorgado sus proezas.

Tan pronto como Juan se dio cuenta de que la que había de ser reina del día había llegado al campo, dando muestras de una exquisita cortesía que tan bien le sentaba cuando se decidía a dar muestra de ella, galopó hacia lady Rowena, se descubrió, saltó del caballo ayudó a la joven belleza a desmontar, mientras que su comitiva también se descubría y uno de los más distinguidos sostenía por la brida su palafrén.

—De este modo cumplimos con nuestro deber de dar ejemplo de lealtad a la reina del amor y de la belleza y seremos nosotros quienes le acompañemos al trono que ha de ocupar en este día. Señoras —añadió Juan—, honrad a vuestra reina tal como desearíais que se hiciera con vosotras si se prestara la ocasión.

Después escoltó a Rowena hasta su sitial, situado justamente enfrente de ella. Las más hermosas y distinguidas damas se apresuraban a dar escolta y a escoger un asiento lo más cerca posible de su eventual soberana.

Tan pronto como Rowena hubo tomado asiento, la música sonó en honor de la recién nombrada dignidad, aunque medio apagada por los gritos de la multitud.

El sol arrancaba destellos de las armas pulidas de los caballeros de ambos bandos,

situados en los dos extremos de la palestra y enfrascados en conferencia acalorada acerca del mejor modo de disponer las líneas de combate para alcanzar la victoria. Los heraldos reclamaron silencio para que fueran promulgadas las leyes del torneo. Dichas reglas tenían por objeto disminuir los peligros del día, precaución necesaria, ya que la escaramuza tendría efecto a punta de lanza y filo de espadas.

Se prohibía a los caballeros ejecutar la estocada, debiendo limitarse al golpe. Cualquier caballero podía hacer uso de la maza o del hacha de batalla. La daga, sin embargo, era calificada como arma prohibida. El caballero desmontado podía entablar combate con cualquier otro de la misma situación, pero, en este caso, ningún caballero montado podía hostigarle.

Cuando cualquiera de ellos forzara a su contrario a tocar la empalizada con su cuerpo o armas, éste era obligado a declararse vencido y su armadura y caballo quedaban a la disposición de su contrincante. El caballero de este modo vencido no podía participar de nuevo en la lucha. Cuando cualquier combatiente diera con su cuerpo en tierra y se sintiera imposibilitado de volver a levantarse, sus pajes o escuderos podían entrar en el palenque para socorrerle y sacarle de él, pero, de darse tal situación, dicho caballero sería considerado vencido y confiscadas sus armas y caballo. El combate cesaría tan pronto como el príncipe Juan arrojara a la palestra su vara de mando o cetro, siendo ésta otra de las preocupaciones que se tomaban para evitar la innecesaria efusión de sangre por exceso de duración en unos ejercicios tan violentos. Cualquier caballero que faltara a las reglas del torneo o a las generales de la caballería sería despojado de sus armas y sentado a horcajadas sobre la empalizada con su escudo puesto al revés, para afrenta general y público castigo a su villana conducta.

Habiendo dado fin a los avisos, los heraldos concluyeron con la exhortación a cada caballero de que cumpliera con el deber y mereciera la simpatía de la reina del amor y la belleza.

Hecha esta proclama, los heraldos volvieron a sus sitios. Los caballeros, efectuando su entrada en liza por extremos opuestos, uno detrás de otro, se alinearon en doble fila encarándose rival a rival y situándose al jefe de cada bando en el justo medio de la primera línea. Antes habían cuidado de la disposición de las filas y colocado a cada rival en el lugar que le había sido asignado.

Era una escena cargada de belleza y no carente de expectación; se vela a los gallardos caballeros montados firmemente en sus corceles y armados con gran lujo de detalles, preparados y dispuestos para dar la cara en tan rudo choque. Sentados en las sillas de combate, como columnas de acero, esperaban la señal para empezar la lucha con la misma fogosidad de que daban muestra sus briosos corceles, que relinchaban y escarbaban el suelo en señal de impaciencia.

Los caballeros sostenían enhiestas sus lanzas y los rejones brillaban al sol, mientras los gallardetes que adornaban su extremo se estremecían al viento por encima de los ondulados plumeros que remataban los brillantes yelmos. Se

mantuvieron en esta posición mientras los mariscales de campo pasaban revista con toda minuciosidad y comprobaban el número de los contendientes, no fuera que algún bando fuera superior al otro. La cuenta fue justa. Los mariscales abandonaron el palenque y William de Wyvil, con voz de trueno, dio la consigna: «*Laissez aller!*». Sonaron las trompetas y los caballeros hundieron las espuelas en el flanco de sus caballos; las primeras filas se arremetieron a pleno galope, lanza en ristre y chocaron en mitad de la palestra con tal ímpetu, que el ruido del encontronazo pudo oírse a varias millas a la redonda. La segunda fila de cada bando avanzó lentamente para prestar su apoyo a los vencidos y seguir más de cerca las incidencias del combate o la victoria de sus compañeros.

De momento no fue fácil dilucidar el resultado del choque, ya que el aire se espesó a causa del polvo que había levantado el galope de tantos caballos a la vez y pasó un minuto largo antes de que los espectadores pudieran discernir qué había sucedido. Cuando la visibilidad lo permitió, pudo verse que la mitad de los contendientes estaban desmontados, algunos debido a la habilidad con que su oponente había manejado la lanza, otros por la superior fuerza y peso del adversario, que se había llevado por delante a caballo y caballero. No faltaba quien estuviera tendido en el suelo, dando la impresión de que era para siempre. Unos habían conseguido incorporarse y procuraban restañar la sangre que brotaba de sus heridas utilizando pañuelos, mientras hacían lo que podían para abandonar el lugar en que se desarrollaba tan tumultuosa lucha. Los caballeros montados, la mayoría de cuyas lanzas se habían roto durante el encuentro, habían echado mano de sus espadas y con ellas peleaban al tiempo que proferían gritos de guerra e intercambiaban imprecaciones como si la vida y el honor dependieran del resultado del combate.

La confusión se incrementó cuando la segunda fila de cada bando se adelantó, disponiéndose a ayudar a sus compañeros como fuerzas de reserva que eran. Los partidarios de Brian de Bois-Guilbert gritaban: «*Ah! Beau-séant! Beau-séant!*[8] ¡El templo, el templo!». La parte contraria contestaba gritando: «*¡Desheredado! ¡Desheredado!*», consigna que tomaron del lema escrito sobre el escudo del paladín.

Después de topar los campeones con tal furia, se vio que el éxito era alterno, inclinándose ya por los que ocupaban la parte sur, ya por los de la parte norte del palenque, según la fortuna sonriera a uno u otro bando. El estruendo de los choques, los gritos de los combatientes y el clamor de las trompetas, que añadían un punto de terror al tumulto general, ahogaban las quejas de los caídos que rodaban desamparados bajo las patas de los corceles. Las magníficas armaduras de los combatientes estaban ya empañadas por el polvo y la sangre y empezaban a cuartearse bajo los golpes de espadas y hachas de combate. Los airosos plumeros, separados de la cresta de los yelmos, flotaban en el aire como copos de nieve. Todo lo que de hermoso pueda admirarse en el porte marcial, había desaparecido y dio paso a un espectáculo que sólo servía para despertar el terror o la lástima. Sin embargo, tal es la fuerza de la costumbre, que el pueblo llano, inclinado naturalmente a gozar con

tales horrores, contemplaba con excitado interés este combate, y lo mismo hacían las más distinguidas damas que poblaban las gradas, las cuales no daban ninguna muestra de disgusto ante la terrible visión. Aquí y allá, de todos modos, algún rostro palidecía o podía oírse un grito ahogado cuando un amante, un hermano o un marido era derribado de su cabalgadura. Pero, en general, las damas asistentes daban ánimos a los combatientes, no solamente aplaudiendo y agitando al aire sus vuelos y pañuelos, sino incluso gritando: «¡Buena lanza!», «¡Buena espada!», cuando veían algún lance interesante.

Siendo tal el interés que el bello sexo demostraba por el sangriento combate, resultaba más comprensible la atracción de los hombres; dicho entusiasmo se manifestaba con ruidosas exclamaciones a cada cambio de fortuna, mientras los ojos de la multitud seguían clavados en la palestra de tal modo que daba la impresión de que recibían en sus cuerpos los mandobles que tan generosamente se prodigaban. En las pausas se oía la voz de los heraldos exclamando:

—¡No desfallezcáis, nobles caballeros! ¡El hombre muere, pero su fama perdura! ¡Luchad, pues mejor la muerte que la derrota! ¡Luchad, nobles caballeros, porque hermosos ojos contemplan vuestras hazañas!

Todas las miradas buscaban a los paladines de cada bando, perdidos en la confusión general. Éstos, en lo más cruento de la pelea, animaban a sus compañeros con voces de ánimo y con el ejemplo. Ambos tuvieron numerosas ocasiones de demostrar su cortesía, ya que ni Brian de Bois-Guilbert ni el Desheredado pudieron encontrar en el bando contrario ningún rival que pudiera compararseles. Repetidamente intentaron enfrentarse en singular combate, espoleados por la mutua animosidad, conscientes de que la derrota de cualquiera de los dos sería decisiva para la victoria final. De todos modos, era tal la confusión, que durante la primera parte del combate sus esfuerzos por enfrentarse resultaron inútiles. Por otra parte, también evitó que se enfrentaran el ardor desplegado en la batalla por los contendientes de ambos bandos que, deseosos de ganar honor y fama, estaban ansiosos de pelear con el paladín del bando rival.

Pero cuando la palestra vio disminuir el número de los que en ella luchaban a causa de los que se habían declarado vencidos, habían sido acorralados contra la empalizada o puestos fuera de combate, el templario y el Desheredado se encontraron por fin frente a frente y se atacaron con toda la furia mortal que el odio personal y la rivalidad por conseguir el triunfo pueden conferir. Tal fue la destreza desplegada por ellos, atacando y defendiendo, que la multitud estalló en un grito unánime, expresando así su contento y admiración.

El bando del Desheredado, por el momento, llevaba la peor parte. El gigantesco brazo de Front-de-Boeuf por un lado, y la inconmensurable fuerza de Athelstane por otro, habían barrido a quienes osaron oponérseles. Viéndose libres de sus directos adversarios, pareció que se les ocurría a ambos caballeros que el mejor servicio que podían rendir a su bando era el de ayudar al templario en su confrontación con el

Desheredado. Por lo tanto, volviendo sus caballos al mismo tiempo, cargaron los dos sobre el Desheredado, por la derecha uno, el otro por la izquierda. Evidentemente, era imposible que cualquiera que estuviera expuesto a tan desigual y súbito ataque saliera bien librado. Menos mal que un grito general de los espectadores, los cuales no podían contener la natural simpatía hacia el más desvalido, le advirtió del peligro.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! —gritaron casi al unísono, con lo que el caballero comprendió el peligro que se avecinaba y, dándole de lleno al templario, tiró de las riendas para esquivar la embestida de Athelstane y de Front-de-Boeuf. Ambos, al atacar el mismo objetivo desde lugares directamente opuestos, casi se embistieron de frente al no poder detener la carrera de sus caballos; sin embargo, consiguieron dominarlos, y obligándoles a girar en redondo, persiguieron al Desheredado con el claro propósito de derribarle.

Nada hubiera podido salvarle de no contar con el vigor y la agilidad del caballo que ganara el día anterior. Dicho corcel conservaba toda su energía, mientras que el de Bois-Guilbert estaba herido y los de Athelstane y Front-de-Boeuf fatigados a causa del peso de sus gigantescos jinetes y armaduras, unido todo ello a la dureza de los combates del día. La maestría del Desheredado y la movilidad del caballo que montaba le ayudaron a mantener a sus tres adversarios a punta de espada durante algunos minutos, revolviéndose y girando como el halcón en plena caza, manteniendo a sus enemigos a tanta distancia como pudo y cargando, ahora contra uno de ellos, luego contra el otro, repartiendo tajos con su espada sin entretenerse en parar los que a él dirigían sus antagonistas.

Pero aunque la concurrencia premiaba su habilidad con sonoros aplausos, resultaba evidente que la fuerza del enemigo era desproporcionada para sus fuerzas. De ahí que los nobles que rodeaban al príncipe Juan le rogaran unánimemente que lanzara su bastón al terreno de liza, para evitar que el bravo caballero fuera vencido por las circunstancias.

—¡No seré yo quien lance la vara! ¡Por el rayo del cielo! —contestó el príncipe Juan—. Este malandrín que oculta su nombre y desprecia nuestra hospitalidad ya ha ganado un premio y tiene que verse obligado a ver cómo a otros les llega el turno.

Una vez pronunciadas estas palabras, un incidente inesperado cambió el signo del día.

Entre los que se habían alistado a las filas del Caballero Desheredado, figuraba un guerrero de negra armadura y corcel del mismo color, de buena alzada y poderosos miembros, y que daba toda la impresión de ser tan fuerte y vigoroso como el jinete que lo montaba. Dicho caballero, sobre cuyo escudo no aparecía divisa alguna, había demostrado hasta el momento poco interés por el resultado de la lucha que se llevaba a cabo, aunque había vencido con similar apatía y facilidad a los combatientes que le atacaron. Nunca había intentado sacar provecho de la ventaja adquirida y no atacaba tampoco a nadie por iniciativa propia. En una palabra, hasta ahora se había comportado más como espectador que como participante en las escaramuzas,

circunstancia que le valió el que la concurrencia le aplicara el mote de Negro Holgazán.

Dicho caballero pareció sacudir de repente su apatía, al ver tan comprometido al paladín de su partido, ya que, picando espuelas, acudió en su ayuda con la furia de un rayo, a pleno galope de su descansado caballo, mientras con voz semejante al clamor de las trompetas exclamaba:

—¡Desheredado, allá voy en tu ayuda!

Por lo demás, ya era hora, porque mientras el Desheredado acosaba al templario, ya se le había acercado Front-de-Boeuf espada en alto. Antes de que pudiera descargar el golpe, el Holgazán le hirió con tal coraje que, resbalando la espada en el pulido yelmo, fue a dar sobre el arzón, y caballo y caballero cayeron al suelo debido a la fuerza del golpe atestado. El Negro Holgazán dirigió entonces su caballo contra el de Coningsburgh, y por haber salido de su anterior choque Front-de-Boeuf con la espada rota, arrancó de manos del voluminoso sajón el hacha de combate que esgrimía y, con la facilidad de quien conoce muy bien el manejo de tal arma, le propinó tal golpe en todo lo alto que Athelstane rodó también sin sentido. Habiendo llevado a cabo esta doble proeza, por la cual fue mayormente aplaudido al no creérsele capaz de realizarla, el caballero pareció asumir de nuevo su estado de reposo y regresó con gran calma al extremo norte de la palestra. Dejó a su jefe para que se entendiera con Brian de Bois-Guilbert. La tarea se presentaba tan difícil como antes. El caballo del templario había sangrado en abundancia y cedía bajo el empuje del Desheredado. Bois-Guilbert cayó al suelo con el pie enredado en el estribo, del cual no había conseguido desembarazarse a tiempo. Desmontó su antagonista, y agitando su espada por encima de la cabeza le conminó a rendirse, cuando el príncipe Juan, más conmovido ahora por la peligrosa suerte del templario que anteriormente por la de su rival, le salvó de la humillación de confesarse vencido lanzando al suelo su vara y poniendo de este modo punto final a la lucha.

En realidad ya ardían solamente los últimos rescoldos de la pelea, porque de los pocos caballeros que aún permanecían en la palestra, la mayoría de ellos había optado por tácito consenso por mantenerse a distancia y confiar el resultado del combate a las fuerzas de sus jefes.

Los escuderos, cuyo deber de atender a sus amos había sido difícil y peligroso en medio del fragor de la lucha, encontraban así la ocasión de entrar en el palenque y cumplir con su deber de atender debidamente a los heridos. Éstos eran levantados con el máximo cuidado, se les atendía debidamente y después eran conducidos a las tiendas adjuntas o a los alojamientos destinados a este propósito en la cercana villa.

Así terminó el memorable torneo de Ashby-de-la-Zouche, uno de los más disputados de la época, porque aunque sólo murieron cuatro caballeros, sin contar a uno que se asfixió debido al recalentamiento de su armadura, más de treinta resultaron heridos de gravedad, cuatro o cinco de los cuales jamás pudieron recobrarse. Algunos quedaron inútiles y los que mejor librados salieron se llevaron a

la tumba las huellas que en su cuerpo dejó el combate. De ahí que en las antiguas historias sea siempre mencionado como el gentil y placentero paso de armas de Ashby.

Había llegado el momento de que el príncipe Juan nombrara al caballero que se había portado mejor, y determinó que el honor de la jornada recaía sobre aquél a quien la voz popular había bautizado con el mote de Negro Holgazán. Se le hizo notar al príncipe, impugnando su decreto, que de hecho la victoria la había conseguido el Caballero Desheredado, quien en el transcurso del día había derrotado a seis campeones con la fuerza del propio brazo y, finalmente, había descabalgado al paladín del bando contrario. Pero el príncipe Juan se mantuvo en sus trece, argumentando que el Desheredado y sus huestes hubieran salido derrotados de no haber contado con la poderosa ayuda del caballero de la negra armadura, al cual, por tanto, insistía en otorgar el premio.

De todos modos, y ante la sorpresa general, el caballero así distinguido no aparecía por parte alguna. Había abandonado el palenque inmediatamente después del final del encuentro y había sido visto por algunos espectadores mientras descendía una de las suaves colinas que llevaban al bosque, marchando con aquel despreocupado porte y paso tranquilo que le había merecido el epíteto de Negro Holgazán. Después de haber sido convocado por dos veces por el toque de las trompetas y las proclamas de los heraldos, fue preciso nombrar a otro que recibiera los honores que se le habían conferido. Ya no disponía de excusas el principe para dejar de proclamar vencedor al Caballero Desheredado, y por lo tanto así tuvo que hacerlo.

Cruzando el palenque, cuyo suelo estaba resbaladizo por la sangre e invadido por los restos de armaduras rotas y cuerpos de caballos degollados o muertos, los mariscales de campo condujeron de nuevo al vencedor a los pies del trono del príncipe Juan.

—Caballero Desheredado —dijo el príncipe—. Ya que sólo consentís en que os nombremos por este epíteto, por segunda vez os concedo los honores de este torneo y os hago sabedor del derecho que os asiste para reclamar y recibir de manos de la reina del amor y la belleza la corona del honor que tan justamente ha ganado vuestro valor.

El caballero se inclinó profundamente, pero no contestó. Mientras sonaban las trompetas, mientras los heraldos enloquecían proclamando honor a los valientes y la gloria a los vencedores, mientras las damas agitaban sus pañuelos de seda y sus velos bordados y mientras todo el graderío estallaba en un clamoroso grito de entusiasmo, los maestres de campo condujeron a través del palenque al Caballero Desheredado hasta el trono de honor ocupado por lady Rowena. Al llegar al primer escalón del trono, el paladín fue ayudado a arrodillarse. En realidad, todos sus actos, desde que el combate terminó, parecían dictados más por voluntad ajena que por su propio impulso, y pudo observarse que vacilaba mientras era conducido por segunda vez a

través del palenque. Rowena, con paso digno y lleno de gracia, descendiendo del lugar que ocupaba, ya estaba a punto de colocar la corona que llevaba en la mano sobre el yelmo del campeón, cuando los mariscales exclamaron al unísono:

—Así no puede ser. Tiene que descubrirse.

El caballero musitó algunas palabras que se perdieron en la cavidad del yelmo; sin embargo, pareció haber dado a entender que no deseaba que se lo quitaran.

Ya fuera por respeto al ceremonial o por curiosidad, los mariscales no hicieron ningún caso de las aprehensiones demostradas, sino que le libraron del yelmo cortando los cordones del casco y aflojando las hebillas de la gola. Hecho esto, pudieron verse las facciones bien formadas, aunque tostadas por el sol, de un joven de veinticinco años, enmarcadas en abundante y corto cabello rubio. Estaba pálido como la muerte y con la cara marcada en uno o dos sitios por huellas de sangre.

Tan pronto como Rowena le vio, dejó escapar un débil chillido; sin embargo, recuperando al instante el dominio de sí misma, se obligó a continuar, según pareció, y mientras temblaba bajo los efectos de la emoción súbita e inesperada, colocó sobre la cabeza inclinada del vencedor la magnífica corona que constituía la consabida recompensa de la jornada. Después pronunció con clara y bien entonada voz, estas palabras:

—Os entrego esta corona, señor caballero, como trofeo al valor que se otorga al vencedor de este día —hizo una pausa antes de añadir con firmeza—: ¡Y nunca tal corona podría ceñir sienes más dignas!

El caballero inclinó la cabeza y besó las manos de la encantadora soberana, de las cuales había recibido la recompensa, y entonces, inclinándose aún más hacia delante, se desmayó a sus pies.

La consternación fue general. Cedric, al cual había dejado mudo la repentina aparición del hijo repudiado, se adelantó corriendo a separarle de Rowena, pero ya se le habían adelantado los mariscales de campo, quienes adivinando la razón del desfallecimiento de Ivanhoe se habían apresurado a descargarle de la armadura, descubriendo que una punta de lanza había atravesado su coraza y había producido una herida en el costado.

XIII

Héroes, aproximaos —gritó Atrides—; manteneos alejados de los que os rodean. Quienes, para sobrepasar a sus rivales y merecer fama,
reclaman la destreza y la fuerza, ganarán una vaca y, además, veinte bueyes, siempre que lancen más lejos el dardo vencedor.

HOMERO: *La Ilíada*.

Apenas fue pronunciado el nombre de Ivanhoe, voló de boca en boca con la rapidez que confiere el apasionamiento y el placer con que la curiosidad se ve satisfecha. No tardó en llegar a oídos del príncipe, quien frunció el ceño al oír las nuevas. Miró a su alrededor con cierta sorna y dijo:

—Milores, y vos en especial, prior Aymer, ¿qué opináis sobre lo que los expertos nos enseñan acerca de premoniciones, así como de lo referente a afectos y antipatías congénitas? Presentí la presencia del preferido de mi hermano aun antes de que adivinara la persona que vestía tan bella armadura.

—Ya puede prepararse Front-de-Boeuf a restituir su feudo a Ivanhoe —apuntó De Bracy, quien habiendo participado con honra en el torneo y una vez desarmado, se reunió de nuevo con el cortejo del príncipe.

—¡Ay! —contestó Waldemar Fitzurse—, no hay duda respecto a que este valiente es capaz de reclamar el castillo y los dominios que Ricardo le otorgó, y los cuales la generosidad de Vuestra Alteza, confirió a Front-de-Boeuf.

—Front-de-Boeuf —replicó Juan— es hombre más apto para tragarse tres feudos que Ivanhoe para devolver uno. Además, señores, creo que convendréis conmigo en que tengo derecho a conferir a los feudos de la corona a aquellos fieles seguidores que han permanecido a mi lado, dispuestos en todo momento a ejercer sus funciones militares, en vez de adjudicarlos a los trotamundos que, yéndose a países extranjeros, no pueden rendir ni homenaje ni servicio cuando se les requiere.

La audiencia estaba demasiado interesada en la cuestión para negar el supuesto derecho que el príncipe consideraba fuera de duda.

—¡Un generoso príncipe! ¡El más noble señor es aquel que carga sobre sus espaldas la tarea de recompensar a sus fieles partidarios! —tales fueron las palabras de la comitiva, puesto que los que en ella figuraban esperaban similares prebendas a expensas de los seguidores y favoritos del rey Ricardo, si es que ya no gozaban de ellas. También el prior Aymer se hizo eco del sentir general, apuntando una particularidad de que la sagrada Jerusalén no podía ser considerada como tierra extraña. Era la *communis mater*, la madre de todos los cristianos. Pero tampoco veía

con buenos ojos que el caballero Ivanhoe alegara tal circunstancia, ya que el prior tenía la seguridad de que los cruzados mandados por Ricardo no habían llegado mucho más lejos de Askalón, ciudad que, como todo el mundo sabía, era filistea y no poseía ninguna de las prerrogativas de la Ciudad Santa.

Waldemar, que por simple curiosidad se había aproximado al lugar donde había caído Ivanhoe, se encontraba de regreso. A su llegada, dijo:

—El valiente guerrero no está en condiciones de causarle molestias a Vuestra Alteza, y ya puede Front-de-Boeuf disfrutar tranquilamente de sus bienes. Está herido de gravedad.

—Sea como sea —dijo el príncipe Juan—, es el triunfador del día, y aunque fuera nuestro más acérrimo enemigo, o el más devoto amigo de mi hermano, cosas ambas quizá coincidentes, sus heridas deben ser curadas. Que se encargue nuestro médico de que así sea.

Una irónica sonrisa distorsionó el labio del príncipe mientras hablaba. Waldemar Fitzurse se apresuró a informar que Ivanhoe ya había abandonado el palenque y que se encontraba bajo los cuidados de sus amigos.

—Me afectó hasta cierto punto —añadió— contemplar la pena de la reina del amor y de la belleza, la alegría de cuyo reinado en este día se ha transformado por esta desgracia en amarga tristeza. No soy hombre al que conmuevan los lamentos de una mujer por su enamorado, pero lady Rowena disimuló con tanta dignidad su angustia, traicionada por el temblor de sus manos y por el brillo de sus ojos libres de lágrimas, pero permanentemente fijos en el ser sin vida que yacía ante ella, que, lo confieso, llegó a asombrarme.

—¿Quién es esta lady Rowena —dijo el príncipe Juan— que tanto se habla de ella?

—Una sajona heredera de extensos dominios —replicó el prior Aymer—; una rosa de amor, una joya de riqueza, la más bella entre mil, un ramo de mirto, un tarro de perfume.

—Nosotros consolaremos su duelo y limpiaremos su sangre casándola con un normando —dijo el príncipe—. Parece menor de edad y, por lo tanto, disponer su matrimonio es un privilegio real. ¿Qué dices tú, De Bracy? ¿Piensas entrar en posesión de hermosas tierras y buenas rentas casándote con una sajona tal como hicieron los seguidores del Conquistador?

—Si las tierras son de mi agrado, milord —contestó De Bracy—, será difícil que la novia no me contente, y además tal obsequio ayudará a estrechar aún más los lazos que me unen a Vuestra Alteza, porque sobrepasa en mucho todas las promesas que le habéis hecho a vuestro servidor y vasallo.

—No lo olvidaremos. Y ahora, pues, empecemos el trabajo. Ordenad al senescal que invite al banquete de esta noche a lady Rowena y sus acompañantes. Esto es, su rústico tutor y el buen sajón al que en el torneo derrotó el Caballero Negro. De Bigot —añadió el príncipe dirigiéndose al senescal—, deberás expresar esta segunda

invitación en tales términos que halague el orgullo de estos sajones de tal modo que les resulte imposible rehusar, aunque, ¡por los huesos de Becket!, gastar cortesía con ellos es como tirar perlas a los cerdos.

Iba a retirarse el príncipe Juan, cuando un emisario le deslizó una nota entre las manos.

—¿De quién procede? —preguntó.

—De gente extraña, milord, pero no la conozco. Un francés lo trajo y dijo que había galopado día y noche para ponerla en manos de Vuestra Alteza.

El príncipe examinó detenidamente el sello que aseguraba la envoltura de seda con tres flores de lis. Juan abrió la nota con evidente agitación, que se acrecentaba a medida que leía el mensaje, en el que había estas palabras: «Cuidaos, porque el demonio anda suelto».

El príncipe, pálido como la muerte, miró primero al suelo y después al cielo como el condenado al que se le comunica que está sentenciado a la última pena. Recobrándose de los primeros efectos de la sorpresa, enseñó discretamente el billete a Waldemar y a De Bracy, diciendo:

—Esto quiere decir que mi hermano Ricardo está en libertad.

—Puede tratarse de una falsa alarma o una carta extraviada —dijo De Bracy.

—Es la letra y el sello del propio rey de Francia —replicó Juan.

—Entonces ya es hora —dijo Fitzurse— de agrupar a nuestros partidarios en York o en cualquier otra parte del centro del país. Si tardamos unos días, puede que sea demasiado tarde. Vuestra Alteza debe dar por terminada esta inútil diversión.

—No podemos defraudar a los pecheros y al pueblo llano, privándoles de tomar parte en los ejercicios —dijo De Bracy.

—Aún es pronto —dijo Waldemar—. Que los arqueros se diviertan un poco tirando al blanco y otorgad el premio. De este modo las promesas del príncipe se considerarán cumplidas, al menos por lo que concierne a este rebaño de siervos sajones.

—Gracias, Waldemar; me has recordado que tengo una deuda pendiente con aquel insolente campesino que ayer se atrevió a insultar a nuestra persona. Y tampoco se suspenderá el banquete de esta noche. Si fuera ésta mi última hora en el poder, no os quepa duda de que sería una hora consagrada al placer y a la venganza. ¡Dejemos que las nuevas preocupaciones lleguen con el nuevo día!

El clamor de las trompetas convocó de nuevo a los espectadores que habían empezado a abandonar su sitio y se proclamó que el príncipe Juan, llamado por altos e inaplazables negocios, todos ellos urgentes para el bien público, se veía obligado a interrumpir el festival del día próximo. De todos modos, como no deseaba que los numerosos pecheros congregados desaprovecharan la ocasión de exhibir su destreza, los convocaba para que inmediatamente celebraran la competición señalada para el día siguiente, por lo que les rogaba que no abandonaran la palestra. El premio al mejor arquero consistiría en un cuerno de caza con embocadura de plata y un rico

collar adornado con la imagen de san Hubert, patrón de los deportes cinegéticos.

Se presentaron más de treinta arqueros, la mayoría de los cuales eran guardabosques y vigilantes reales de Needwood y Charnwood. Sin embargo, cuando fueron conocidos algunos nombres de los contrincantes, más de veinte se retiraron, puesto que ya no querían experimentar la humillación de una derrota cierta, puesto que la destreza de alguno de los tiradores era conocida a muchas millas a la redonda, como puedan serlo hoy día las cualidades de cualquier caballo entrenado en Newmarket.

Después de las deserciones, el número de competidores era sólo de ocho. El príncipe Juan abandonó el sillón real para observar más de cerca a los componentes del grupo de arqueros escogidos, entre los que había algunos que vestían la librea real. Una vez satisfecha su curiosidad, sus miradas buscaron al que constituía el motivo de su resentimiento y pudo localizarlo en el lugar exacto que ocupaba el día anterior y exhibiendo el mismo porte tranquilo de que ya había dado muestras.

—Compañero —dijo el príncipe—, ya pude comprobar, por tu insolente presunción, que no eras un verdadero arquero. Ahora comprendo que no te atreves a poner a prueba tu destreza ante hombres de tanta valía como los que están congregados.

—Por favor, milord —contestó el campesino—; tengo otra razón para no participar, además de la aprensión que puedan causarme la desgracia y el nerviosismo.

—¿Y cuál es esta otra razón? —preguntó el príncipe Juan, quien, por causas que ni él mismo lograba confesarse, sentía una irresistible curiosidad hacia aquel individuo.

—Sencillamente —replicó el campesino—, porque desconozco si estos arqueros están habituados a disparar contra los mismos blancos. Por otra parte, no sé cómo le sentaría a Vuestra Alteza tener que otorgar un tercer premio a alguien que, sin desearlo, ha caído en desgracia.

—¿Cuál es tu nombre, arquero? —preguntó el príncipe ruborizándose.

—Locksley —contestó éste.

—Bien, Locksley; después de que estos arqueros hayan tirado, vendrá tu turno. Si les superas, añadiré veinte doblones al premio; pero si sales derrotado se te desnudará y se te arrojará al palenque para que sufras unos azotes, que se te administrarán con cuerdas de arco en castigo de tu parlanchina insolencia.

—¿Y qué ocurrirá si rehúso tal apuesta? Encontrándose la autoridad de Vuestra Majestad respaldada por tanta gente de armas, puede en verdad hacerme desollar, pero no veo cómo podrá obligarme a tensar y disparar mi arco.

—Si no aceptas mi proposición, el preboste de campo destrozará tu arco y flechas y te expulsará como si de un cuervo cobarde se tratara.

—Flaco favor me hacéis, orgulloso príncipe, obligándome a poner en peligro mi integridad si no consigo superar a los mejores arqueros de Staffordshire y Leicester.

De todos modos, os complaceré.

—No le perdáis de vista —dijo el príncipe Juan—. Su ánimo desfallece. No me extrañaría que intentara evitar el enfrentamiento. Y vosotros, amigos míos, afinad la puntería; en vuestra tienda encontraréis un cabrito asado y un tonel de vino cuando hayáis ganado el premio.

Se colocó el blanco en la parte superior de la avenida que por el sur conducía al palenque. Los contendientes ocuparon sus sitios por turno, en el lugar opuesto ante la puerta sur; la distancia entre diana y tirador era la adecuada para el tiro largo. Los arqueros tenían que disparar tres veces después de sorteado el orden de intervención. Controlaba los ejercicios un oficial de segunda categoría llamado «preboste de los juegos», ya que no era digno de la categoría de los mariscales de campo controlar los ejercicios del pueblo llano.

Los arqueros, uno por uno, tensaron sus arcos y arrojaron sus flechas con decisión y campesina habilidad. De veinticuatro flechas disparadas, diez dieron en la diana y las otras tan cerca de ella que, dada la distancia a que estaba el blanco, podían ser considerados como buenos tiros. De los diez dardos que hicieron diana, dos habían salido del arco de Hubert, un guarda forestal de Malvoisin, que, en consecuencia, fue declarado vencedor.

—Y ahora, Locksley —le dijo el príncipe Juan al rudo campesino con una sonrisa intencionada—, ¿deseas competir con Hubert, o, por el contrario, prefieres dejar arco, flechas y carjaj a disposición del preboste de los juegos?

—Si no hay opción, me alegraré de probar suerte bajo la condición de que cuando haya disparado dos veces contra el mismo blanco de Hubert él se vea obligado a disparar contra el que yo proponga.

—Más que correcta es la proposición —contestó el príncipe—, y no puedo negártela. Si derrotas a este charlatán, llenaré el cuerno de monedas de plata —le dijo a Hubert.

—Uno hace lo que puede —contestó Hubert—, pero mi abuelo supo manejar el arco en la batalla de Hastings y yo trataré de no manchar su memoria.

El blanco fue reemplazado por otro nuevo e intacto. Hubert, que, como vencedor de la primera fase de la prueba tenía el derecho de disparar primero, hizo puntería con gran esmero, apreciando la distancia con la vista mientras el arco se doblaba en su mano y en la otra sostenía el cabo de la flecha contra la cuerda tensada. Al fin avanzó un paso y estirando por completo el brazo levantó el arco hasta que la empuñadura se encontró a la altura de su rostro; entonces tensó la cuerda hasta tocar su oreja. Silbó la flecha y dio en la diana, pero no en el justo centro de ella.

—De haber contado con el viento —dijo su antagonista—, hubiera resultado un tiro perfecto.

Apenas pronunciadas estas palabras, sin detenerse a considerar el blanco, Locksley ocupó su sitio y dejó escapar la flecha con tan poca preocupación que, aparentemente, dio la impresión de no haberlo ni siquiera mirado. De hecho todavía

estaban hablando cuando la cuerda impulsó la flecha y fue a dar dos pulgadas más cerca de la diana que el dardo de Hubert.

—¡Por los rayos del cielo! —exclamó el príncipe Juan dirigiéndose a Hubert—. ¡Si consientes que este vagabundo bribón te supere, eres digno de llevar grilletes!

En cualquier ocasión, Hubert empleaba siempre la misma frase:

—Aunque Vuestra Alteza me cuelgue, uno sólo hace lo que puede. Sin embargo, mi abuelo supo manejar el arco…

—¡Que el diablo cargue con tu abuelo y con toda su generación! ¡Dispara, bellaco, y afina bien, pues de lo contrario te sucederá lo peor!

Bajo esa amenaza, Hubert ocupó de nuevo su lugar y sin dejar pasar por alto el consejo que había recibido de su adversario, desvió un tanto el tiro para que fuera corregido por el airecillo que acababa de levantarse. Disparó con tanto tino que la flecha dio en el mismísimo centro de la diana.

—¡Hubert! ¡Hubert! —gritó el populacho, más interesado por alguien conocido que por un extraño—. ¡En el centro! ¡En el centro! ¡Viva para siempre Hubert!

—Locksley, no puedes superar este tiro —dijo el príncipe con una sonrisa provocativa.

—De todos modos voy a intentarlo —replicó Locksley.

Y tomando más precauciones que antes, disparó una flecha que fue a dar precisamente sobre la de su competidor, haciéndola saltar hecha astillas. Los circundantes quedaron tan sorprendidos ante tal destreza que ni siquiera pudieron dar salida a su sorpresa con los acostumbrados gritos.

—Es el diablo en persona y no una criatura de carne y hueso —murmuraban los arqueros entre ellos—. Nunca desde que se tensó un arco por primera vez en Bretaña se había visto tal puntería.

—Y ahora —dijo Locksley—, pido permiso a Vuestra Alteza para colocar un blanco semejante a los que se emplean en el norte del país, y será bienvenido cualquier arquero que contra él quiera disparar para ganar una sonrisa de su amada.

Entonces dio la vuelta para abandonar el palenque.

—Haced que me esperen vuestros guardas, por favor. Sólo voy a cortar una rama de uno de aquellos sauces.

El príncipe Juan, con una señal, ordenó a varios de sus sirvientes que le persiguieran si intentaba escapar, pero los gritos de «¡Vergüenza, vergüenza!» que brotaron de la multitud le hicieron desistir de su propósito.

Locksley regresó casi al instante con una rama de sauce de unos seis pies de larga y algo más gruesa que el dedo pulgar. Empezó a descortezarla, mientras decía que resultaba un insulto pedir a un buen cazador que disparara contra un blanco tan grande como el utilizado hasta el momento.

—Por mi parte —añadió—, si ese caso se diera en la tierra que me vio nacer, a los arqueros les hubiera dado lo mismo disparar contra la mesa redonda del rey Arturo, a la cual podían sentarse sesenta caballeros a la vez. Un niño de siete años acertaría tal

blanco utilizando un arco sin punto de mira. —Después añadió, dirigiéndose con toda cachaza al otro extremo del palenque, donde plantó la rama verticalmente en el suelo —: El que consigue darle a esta rama a una distancia de cinco yardas puede tenerse por un arquero digno de llevar su arco y carcaj ante un rey, incluso si se tratara del mismo Ricardo *Corazón de León*.

—Mi abuelo —dijo Hubert— supo manejar el arco en la batalla de Hastings y nunca disparó contra tal blanco en su vida y tampoco lo haré yo. Si este arquero puede clavar en este arbusto le cedo el premio…, o mejor dicho, se lo concedo al demonio que lleva en el coleto, pues tal habilidad no puede ser cosa humana. Cada uno hace lo que puede, y yo no estoy dispuesto a disparar cuando tengo la seguridad que fallaré. Resultaría lo mismo disparar contra el filo de la navaja del párroco o contra la paja o contra un rayo de sol que contra una rama blanca y cimbreante que apenas puedo distinguir.

—¡Perro cobarde! —exclamó el príncipe Juan—. Locksley, sírvete disparar. Si das en este blanco diré que eres el primer hombre que lo ha hecho. Sea como sea no podrás salir del paso con meras bravatas.

—Uno hace lo que puede, como dice Hubert, y no hay hombre que pueda hacer más.

Y así diciendo, de nuevo dobló su arco, pero en esta ocasión lo revisó atentamente antes de usarlo y cambió la cuerda por considerar que había perdido elasticidad debido a los dos tiros anteriores. Hizo puntería mientras la multitud contemplaba el suceso con el aliento contenido. El arquero hizo honor a las esperanzas que en su destreza habían depositado. La flecha partió en dos la vara contra la cual iba dirigida. Jubilosas aclamaciones saludaron la proeza, e incluso el príncipe Juan, bajo los efectos de la admiración que tal habilidad le causaba, cedió un tanto en la animadversión que hacia él sentía.

—Estas veinte monedas —dijo—, que junto con el cuerno de caza has sabido ganar tan limpiamente, son tuyas y las aumentaremos a cincuenta si quieres vestir mi librea y entrar a mi servicio como arquero de mi guarda personal, y mantenerte a mi lado, porque nunca mano tan segura empuñó un arco ni ojo tan certero dirigió una flecha.

—Perdonadme, noble príncipe —dijo Locksley—, pero hice voto que si alguna vez entro al servicio de alguien lo haré a las órdenes de vuestro real hermano el rey Ricardo. Estas veinte monedas se las cedo a Hubert, que hoy ha sabido manejar el arco con destreza comparable a la de su abuelo en Hastings. Si su modestia no le hubiera compelido a abandonar, hubiera dado en la rama tal como yo lo acabo de hacer.

Hubert meneó la cabeza mientras recibía el regalo del extraño con cierta desgana, y Locksley, deseoso de hurtarse a las miradas de todos, se mezcló entre la multitud y nunca más fue visto.

El victorioso arquero no hubiera burlado tan fácilmente la atención de Juan, si la

mente de éste no estuviera ocupada por otros motivos de ansiedad y de meditación mucho más importantes.

Llamó a su chambelán mientras daba la señal de retirada del palenque, y le ordenó que galopara inmediatamente a Ashby y que diera con Isaac el judío.

—Dile a aquel perro que antes de la puesta del sol me mande doscientas coronas. Ya está al corriente de las garantías; sin embargo, enséñale este anillo como contraseña. El resto de la suma será depositada en York en el plazo de seis días. Si se olvida de hacerlo le arrancaré su cabeza de villano descreído. Cuida de que no os crucéis por el camino, porque he visto al esclavo circunciso vendiendo por aquí sus baratijas robadas.

Después el príncipe montó y regresó a Ashby, dispersándose la multitud tan pronto como lo hubo hecho.

XIV

Ordenados con ruda magnificencia, desplegaban la pompa de sus heroicos juegos al igual que la antigua caballería; había jefes con grandes penachos y elegantes damas, convocados al toque del clarín en el pórtico del castillo.

THOMAS WARTON, El joven:
Observaciones a «Reina de las Hadas» de Spenser.

El príncipe Juan escogió el castillo de Ashby para organizar su gran banquete. No se trata del mismo edificio cuyas ruinas solariegas todavía hoy extasían al viajero y que fue edificado algo más tarde por lord Hastings, primer chambelán de Inglaterra y una de las primeras víctimas de la tiranía de Ricardo III, mucho más conocido como protagonista de un drama de Shakespeare que por su huella en la historia. El castillo y la villa de Ashby pertenecían por aquel entonces a Roger de Quincy, conde Winchester, el cual durante el período en que se desarrolla nuestra historia se encontraba en Tierra Santa. Aprovechando las circunstancias, el príncipe Juan ocupó su castillo y dispuso de sus dominios sin ningún escrúpulo. Queriendo en aquella ocasión asombrar a todos con su hospitalidad y magnificencia, había dado órdenes para que se llevaran a cabo grandes preparativos con objeto de que el banquete fuera lo más espléndido posible.

Los proveedores del príncipe saquearon la comarca y se incautaron de todo lo que consideraron digno de la mesa de su amo. Por otra parte, resultaba muy crecido el número de los invitados y, debido a que necesitaba ganar popularidad, el príncipe había hecho extensiva la invitación a unas pocas distinguidas familias sajonas y danesas, además de nobles normandos señores de la vecindad. Por muy despreciados y tenidos en menos que fueran los sajones en circunstancias normales, su gran número les hacía temibles en las conmociones civiles que parecían inminentes, y era obvio que una buena política aconsejaba granjearse la simpatía de sus jefes naturales.

En consecuencia, el príncipe mantuvo durante un corto tiempo la idea de que resultaba político tratar a estos invitados de segundo rango con una cortesía a la que no estaban habituados. Pero aunque no ha habido hombre que tanto supiera acomodar sus gestos y costumbres a los propios intereses, la desgracia de este príncipe consistía en que su petulancia y ligereza siempre le ganaban la mano, echando a perder todo lo que había ganado con su previo disimulo.

Memorable muestra de su débil carácter ya la dio en Irlanda, adonde acudió enviado por su padre, Enrique II, con el objeto de ganarse preciosos partidarios. En aquella ocasión, los jefes irlandeses rivalizaron para ser los primeros en ofrecer pleitesía y el beso de la paz al joven príncipe. Sin embargo, en vez de recibir

cortésmente su leal homenaje, Juan y su petulante comitiva no pudieron resistir la tentación y se burlaron de los nobles irlandeses, conducta que, como bien podía esperarse, fue altamente dolorosa para los dignatarios de aquel país y produjo fatales consecuencias a la dominación de la isla por los ingleses. Para que el lector pueda comprender la conducta del príncipe Juan durante la presente velada, es necesario que no olvide estos rasgos de su inconsistente carácter.

De acuerdo con la decisión que había tomado, el príncipe Juan recibió a Cedric y Athelstane con la más exquisita cortesía y supo expresar sin resentimiento su decepción cuando se alegaron motivos de salud para excusar la asistencia de Rowena a tan gracioso convite. Cedric y Athelstane vestían las típicas ropas sajonas, las cuales, aunque no carentes de prestancia en sí mismas y en la presente ocasión confeccionadas con costosos materiales, eran de apariencia y formas tan diferentes de las usadas por los otros invitados, que el príncipe Juan ganó crédito en la estima de Fitzurse al conseguir contener la risa ante tal, según la moda de la época, ridícula visión. Sin embargo, para un ojo libre de apasionamientos, la corta y ceñida túnica y la larga capa de los sajones eran vestidos más bellos y adecuados que el atavío de los normandos, cuya desgarbada y suelta camisa parecía la de un carretero, cubiertas sus espaldas por una capa diminuta que no defendía ni del frío ni de la lluvia, y cuyo único objeto era servir de sostén a cuanta pedrería y pieles preciosas se les antojara endilgar cualquier sastre de gusto dudoso. El emperador Carlomagno, durante cuyo reinado se pusieron de moda tales vestiduras, parece ser que abrigaba serias dudas acerca de la utilidad de tal atavío. «En nombre del cielo —solía decir—, ¿cuál puede ser la utilidad de tan breves capas? En la cama no sirven de abrigo, a caballo no protegen ni del viento ni de la lluvia y cuando estamos sentados no guardan nuestras piernas de la humedad ni del frío».

De todos modos, a pesar de esta imperial imprecación, las capas estuvieron de moda hasta los tiempos que tratamos, y muy especialmente entre los príncipes de la casa de Anjou. Por lo tanto, hacían furor entre los cortesanos del príncipe Juan, y la burla que causaban las largas capas de los sajones crecía en proporción directa.

Los invitados estaban sentados alrededor de una mesa que crujía bajo el peso de gran cantidad de ricas viandas. Los numerosos cocineros al servicio del príncipe habían ejercitado su habilidad y consiguieron transformar el aspecto externo que ordinariamente presentaban las provisiones servidas, logrando tanto éxito en ello como los modernos expertos en el arte culinario haciendo irreconocibles los alimentos. Además de los platos de cocina regional, podían verse exquisiteces y primores importados y gran variedad de pastelería que solamente era servida en las mesas de la más alta nobleza. Vinos extranjeros y del país adornaban el banquete.

Pero, aunque lujuriosos, los nobles normandos no eran una raza de comilones. De buena gana se entregaban a los placeres de la mesa; sin embargo, hay que decir que anteponían el refinamiento a los excesos y atribuían a los vencidos sajones los vicios de la glotonería y la embriaguez como peculiares de una raza inferior. Verdad es que

tanto el príncipe Juan como los que querían adularle imitando sus vicios se entregaban con exceso a los placeres del trinchante y la copa, y es también muy sabido que ocasionó su muerte un empacho de melocotones y cerveza nueva. Tal tipo de conducta, de todos modos, constituía una excepción entre sus paisanos.

Con sarcástica gravedad, sólo descompuesta de tarde en tarde por las señas que uno a otro se hacían, los caballeros normandos disfrutaban observando las rudas maneras de Cedric y Athelstane durante el banquete, a cuyas formas y ritos no estaban acostumbrados. Mientras sus modales eran sometidos a una impecable observación, los dos desavisados sajones transgredieron inadvertidamente algunas de las arbitrarias reglas establecidas para regular la sociedad. Hay que reconocer que cualquier hombre puede transgredir con impunidad cualquier regla moral o de buenas costumbres, pero no debe mostrar su ignorancia respecto al más mínimo gesto que impone el protocolo de moda. Por lo tanto, Cedric, que secaba sus manos con una toalla en vez de librarlas de la humedad agitándolas graciosamente en el aire, incurría más en el ridículo que su compañero Athelstane, el cual se metía en la boca un gran pastel confeccionado con las más delicadas exquisiteces importadas, llamado por aquel entonces «pastel de karum». Cuando al fin y al cabo, tras detenida observación, pudo averiguarse que el señor Coningsburgh (el *franklin*, como le apodaban los normandos) no tenía la menor idea de lo que había devorado y que creía que el relleno del pastel de karum era de pichones cuando en realidad consistía en becadas y ruiseñores, su ignorancia se hizo partícipe del ridículo que su glotonería merecía con más justicia.

La larga fiesta llegó a su fin, y mientras se iban vaciando las copas, los hombres comentaban los hechos del día: el desconocido vencedor de los ejercicios de arco; el Caballero Negro, cuya humildad le había llevado al extremo de no hacer ningún caso de los honores ganados. Y también se hablaba del valiente Ivanhoe, que a tan alto precio había pagado los honores de la jornada. Todos estos asuntos eran tratados con franqueza marcial y corrían por la sala las bromas y las risas. Pero la frente del príncipe Juan estaba oscurecida durante estas discusiones, pues algún poder incontrolable parecía preocupar y agitar su mente, y sólo cuando alguien de su cortejo le insinuaba alguna cosa parecía tomar interés en lo que sucedía a su alrededor. En tales ocasiones se sobresaltaba súbitamente, vaciaba de un trago una copa de vino como si quisiera levantar su ánimo e intervenía en la conversación mediante alguna observación abrupta y esporádica.

—Bebemos esta jarra —dijo—, a la salud de Wilfred de Ivanhoe, campeón de este paso de armas, lamentando al mismo tiempo que las heridas que ha recibido le mantengan alejado de nuestra mesa. Que se unan todos al brindis, especialmente Cedric de Rotherwood, padre estimado de un hijo tan prometedor.

—No, milord —contestó Cedric, levantándose y depositando sobre la mesa la copa que no había probado—, no otorgo el nombre de hijo al joven que al mismo tiempo que desobedece mis órdenes traiciona los usos y costumbres de sus

antepasados.

—¿Será posible —exclamó Juan, con bien fingido asombro— que tan galante caballero sea a la vez un hijo descastado y desobediente?

—De hecho, milord —contestó Cedric—, éste es el caso de Wilfred. Abandonó mi hogar para unirse a la alegre nobleza que constituye la corte de vuestro hermano y de ella aprendió estos trucos de caballería que vos tenéis en tanta estima. Se fue contra mis deseos, desobedeciendo mis órdenes, y ello, en tiempos de Alfred, se hubiera considerado un crimen… y un crimen merecedor de severo castigo.

—Por desgracia —replicó el príncipe Juan con un suspiro de falsa comprensión —, dado que vuestro hijo era partidario de mi infeliz hermano, ya no es necesario preguntar dónde y de quién aprendió la lección de la desobediencia filial.

Éstas fueron las palabras del príncipe Juan, con las que olvidaba voluntariamente que de todos los hijos de Enrique II, a pesar de que ninguno de ellos estaba por entero libre de culpa, él mismo era el que más se había distinguido por la rebelión e ingratitud respecto a su padre.

—Creo —añadió después de una corta pausa— que mi hermano tenía la intención de conceder a su favorito los ricos dominios de Ivanhoe.

—Así lo hizo —contestó Cedric—, y no es éste despreciable motivo de desavenencia con mi hijo, ya que aceptó tener bajo feudal vasallaje los mismísimos dominios que sus antepasados poseían de pleno derecho.

—Entonces daréis vuestro beneplácito, buen Cedric —dijo el príncipe Juan—, para que este feudo sea conferido a una persona cuya dignidad no sufrirá mengua ocupando tierras de la corona británica. Sir Reginald Front-de-Boeuf —dijo volviéndose a dicho barón—, confía en que sabréis guardar la baronía de Ivanhoe con objeto de que sir Wilfred no aumente el disgusto de su padre ocupando de nuevo este feudo.

—¡Por san Antonio! —contestó el adusto gigante—. Consentiré que Vuestra Alteza me considere un sajón, si alguien como Cedric Wilfred, el mejor de todos los que nunca han llevado la sangre inglesa en las venas, consigue arrebatarme el presente con el que Vuestra Alteza acaba de obsequiarme.

—Cualquiera que os llamara sajón, señor barón —replicó Cedric, ofendido por la expresión habitualmente empleada por los normandos para expresar su desprecio hacia los ingleses—, os haría un honor tan grande como inmerecido.

Front-de-Boeuf hubiera replicado, pero la petulancia del príncipe le ganó la mano.

—En verdad, señores míos —dijo—, que el noble Cedric lleva razón, y su raza nos aventaja tanto en la antigüedad de su árbol genealógico como en la longitud de sus capas.

—En esto sí que nos llevan la delantera… exactamente como los ciervos la llevan a los perros —dijo Malvoisin.

—Y no olvidéis —dijo el prior Aymer—, el decoro y el refinamiento de sus modales que también aventajan a los nuestros.

—Su proverbial abstemia y templanza —dijo De Bracy, olvidando los planes destinados a proporcionarle una esposa sajona.

—Todo ello unido a su valor e intachable conducta —dijo Brian de Bois-Guilbert —, virtudes ambas que les distinguieron en la batalla de Hastings y en todas partes.

Mientras los cortesanos, con sonrisas irónicas, seguían por turno el ejemplo que les había dado su amo dirigiendo sus dardos vejadores hacia Cedric, la cara del sajón se inflamó por la ira y sus miradas se dirigieron en sucesión a todos ellos uno por uno con agresividad, como si la rapidez con que las injurias se sucedían le impidieran replicar a cada una de ellas. Diríase que era un toro que, acosado por sus verdugos, es incapaz de escoger a uno sólo para descargar en él su venganza. Al final consiguió hablar con voz alterada por la pasión, y dirigiéndose personalmente al príncipe Juan como jefe de vanguardia en la ofensa que se le había inferido, dijo:

—Cualesquiera que hayan podido ser las locuras y vicios de mi raza, más quisiera un sajón ser tachado de *nidering* que ver tratado o aguantar que traten a su huésped inofensivo, en su propio comedor y mientras pasa su propia copa de vino, como Vuestra Alteza lo ha hecho a mis expensas en este día, y cualquiera que fuera la desgracia de nuestros padres en la batalla de Hastings, por lo menos debieran guardar silencio aquellos —y miró a Front-de-Boeuf y al templario—, que hace tan sólo pocas horas han perdido silla y estribo una y otra vez ante la lanza de un sajón.

—¡Buena respuesta, a fe mía! —dijo el príncipe Juan—. ¿Qué os parece, señores? Nuestros súbditos sajones adelantan en espíritu y valor; se vuelven agudos y decididos en estos tiempos inseguros que corremos. ¿Qué decís, milores? Por la luz que nos alumbra, juzgo que lo mejor que podemos hacer es embarcar en nuestras galeras para retornar a Normandía ahora que todavía estamos a tiempo.

—¿Por miedo a los sajones? —dijo De Bracy riendo—. Bastará usar como armas nuestros rejones de caza para ahuyentar a estos jabalíes.

—Poned fin a tanta charlatanería, caballeros —dijo Fitzurse, dirigiéndose al príncipe—: Y sería conveniente que Vuestra Alteza asegurase a Cedric que no existía ánimo de ofenderle en estas bromas que no pueden ser más que malsonantes a oídos de un extraño.

—¿Insulto? —contestó el príncipe Juan, reasumiendo sus modales corteses—. Estoy seguro que nadie puede juzgar que sea capaz de ofender o permitir que se ofenda a alguien en mi presencia. ¡Oídme!; lleno mi copa a la salud de Cedric, dado que rehúsa beber a la salud de su hijo.

La copa inició la ronda entre bien orquestados aplausos de los cortesanos, aplausos que, de todos modos, distaron mucho de lograr el objetivo de impresionar a Cedric. No era de naturaleza demasiado perspicaz; sin embargo, juzgaban sus facultades por debajo de su valor real aquéllos que creían que tal halago le haría olvidar las intenciones de los insultos anteriores. Guardaba silencio cuando pasó de nuevo la copa en honor de sir Athelstane de Coningsburgh.

El caballero hizo una reverencia y dio muestras de su sentido del honor vaciando

una gran copa correspondiendo al brindis.

—Y ahora, señores —dijo el príncipe Juan, cuya sesera empezaba a estar caliente a causa del vino ingerido—, una vez hecha justicia a nuestros huéspedes sajones, les rogamos que se sirvan corresponder a nuestra cortesía. Estimado Athelstane —y continuó dirigiéndose a Cedric—, ¿podríamos suplicaros que tuvierais a bien nombrar a algún normando que endulzara vuestra boca, y que después limpiarais con una copa de vino cualquier amargor que en ella hubiera podido quedar por el mero hecho de nombrarlo?

Mientras el príncipe Juan hablaba, Fitzurse se levantó y deslizándose hacia el respaldo de la silla del sajón le aconsejó con un murmullo que no dejara escapar la oportunidad para poner término a la rivalidad entre las dos razas, brindando por tanto por el príncipe Juan. El sajón no cedió ante la hábil insinuación y, por el contrario, se levantó tras llenar su copa a rebosar y dirigió a Juan estas palabras:

—Vuestra Alteza me ha pedido que nombrara a un normando digno de ser honrado en nuestro banquete, lo cual, por desgracia, constituye una ruda carga, ya que implica que el esclavo cante las alabanzas de su amo. Mientras el vencido sufre todos los males de la ocupación, además debe cantar las alabanzas del conquistador. A pesar de todo, sí quiero nombrar a un normando, el primero en las armas y en el combate…, el mejor y el más noble de todos los de su raza. Y los labios que se nieguen a unirse a mi brindis, a su bien ganada fama los tendré por falsos y deshonrados y estoy dispuesto a mantenerlo con mi vida. ¡Vacío esta copa a la salud de Ricardo *Corazón de León*!

El príncipe Juan, que esperaba que fuese su propio nombre el que cerrara el discurso del sajón, se sobresaltó al verse pospuesto inesperadamente por su aborrecido hermano. Llevó mecánicamente la copa de vino a sus labios y la depositó al instante sobre la mesa con objeto de observar la conducta de los asistentes ante tan inesperada proposición; muchos de ellos consideraban tan peligroso adherirse como oponerse. Algunos, experimentados cortesanos, siguieron el ejemplo del príncipe Juan; alzaron el gobelete hasta sus labios y rápidamente lo depositaron sobre la mesa. Otros, de corazón más abierto, exclamaron: «¡Viva el rey Ricardo y que pronto nos sea devuelto!». Y otros pocos, entre los cuales se contaban Front-de-Boeuf y el templario, dejaron ante ellos la copa sin probar el vino. Pero ninguno se atrevió a desdeñar abiertamente un brindis dedicado al monarca reinante. Después de gozar de su triunfo durante un minuto, Cedric le dijo a su compañero:

—Vamos, noble Athelstane. Regresemos a nuestras casas. Estuvimos demasiado tiempo, después de haber correspondido a la cortesía hospitalaria del príncipe Juan. Aquéllos que deseen conocer más a fondo las rudas maneras de los sajones deberán, de hoy en adelante, buscarnos en las mansiones de nuestros padres, pues ya hemos visto suficientemente acerca de los banquetes reales y la cortesía normanda.

Y seguidamente se levantó, para abandonar la sala del banquete seguido de Athelstane y de varios otros cortesanos de linaje sajón, que se habían sentido también

ofendidos por los sarcasmos del príncipe Juan y sus cortesanos.

—¡Por los huesos de santo Tomás —exclamó el príncipe Juan mientras se retiraban—, los malandrines sajones nos han ganado la partida en este día y se retiran vencedores!

—*Conclamatum est, poculatum est* —dijo el prior Aymer—. Hemos bebido y hemos gritado, ya es hora de que abandonemos las jarras de vino.

—El monje, esta noche debe de consolar a alguna bella penitente, ya que tiene tanta prisa en partir —dijo De Bracy.

—No es exactamente cierto, caballeros —replicó el abad—; pero todavía debo recorrer algunas millas para llegar a mi albergue esta noche.

—Están muertos de miedo —murmuró el príncipe Juan al oído de Fitzurse—, y este miedo anticipa lo que va a suceder. Este cobarde prior es el primero en abandonarme.

—No temáis, milord —dijo Waldemar—. Yo le expondré tales razones que no podrá negarse a reunirse con nosotros en York. Señor prior, debo hablar con vos en privado antes de que montéis vuestro palafrén.

Los restantes huéspedes ya se dispersaban, a excepción de los más allegados al bando del príncipe Juan y sus respectivas comitivas.

—Ya habéis comprobado el resultado de vuestros consejos —dijo el príncipe Juan dirigiéndose con enfado a Fitzurse—, ¿acaso no he sido escarnecido en mi propia mesa por un sajón borracho y no he podido observar que al mero sonido del nombre de mi hermano mis hombres se apartaban de mí como si tuviera la lepra?

—Tened paciencia, señor —replicaba su consejero—. Podría invalidar vuestra argumentación culpando la desconsiderada liviandad que ha echado a perder mis designios y oscurecido vuestro juicio; pero ahora no serían oportunas las recriminaciones. De Bracy y yo iremos al encuentro de estos cobardes y les haremos ver que ya han ido demasiado lejos para volverse atrás.

—Será en vano —dijo el príncipe paseando por la habitación con pasos desordenados y expresándose con agitación, en la que el vino no dejaba de prestar su tributo—. Será en vano… han visto el *mane, tezel, phares* escrito en la pared. Han observado la huella de la garra del león sobre la arena. Han oído cómo su rugido agitaba el bosque al acercarse. Nada podrá reanimar su valor.

—¡Quiera Dios —exclamó Fitzurse a De Bracy— tener a bien reanimar el suyo! Sólo el nombre de su hermano es un tormento para él. ¡Desdichados los consejeros de un príncipe que carecen de fortaleza y perseverancia tanto en buena como en adversa fortuna!

XV

Piensa él, aún él piensa:
Soy su instrumento y su criado;
en el laberinto de tumultos
crea la opresión y sus conjuros.
Yo quiero dedicarme a más altas cosas.
¿Acaso me tendrán por un equivocado?

BASIL: *Una tragedia.*

Jamás una araña se tomó tanto trabajo en reparar los maltrechos hilos de su red que el que le llevó a Waldemar Fitzurse reunir y poner de acuerdo a los diseminados miembros del clan del príncipe Juan. Unos pocos le seguían por inclinación personal y ninguno lo hacía por afecto. Por esto se hacía preciso que Fitzurse les ofreciera un panorama de nuevas ventajas y se las recordara a los que ya las estaban gozando. A los jóvenes y disolutos nobles les ofreció la impunidad para sus actos licenciosos y deshonestos; ofreció mayor poder a los ambiciosos y a los interesados medios para aumentar su riqueza y extender sus dominios. Los jefes de los mercenarios recibieron un donativo en oro, siendo éste el más persuasivo argumento y sin el cual los restantes hubieran sido ineficaces. Este activo agente, Fitzurse, distribuyó liberalmente más promesas de dinero y, en verdad, nada de lo que pudiera contribuir a convencer a los indecisos o infundir valor a los desanimados le pasó por alto. Habló del regreso del rey Ricardo como de algo fuera de los límites de lo posible, aunque tuvo que añadir, al observar miradas de duda y obtener recelosas contestaciones de sus interlocutores, puesto que era el suceso que más temían, que de suceder tal acontecimiento no podría de ningún modo alterar sus cálculos políticos.

—Si Ricardo regresa —dijo Fitzurse—, lo hará para enriquecer a los necesitados y empobrecidos cruzados a expensas de los que no le siguieron a Tierra Santa. Regresará para llamar al orden severamente a los que durante su ausencia han cometido actos que pueden ser considerados como ofensa y burla de las leyes del país o de los privilegios de la corona. Regresará para llamar al orden severamente a los que durante su ausencia han cometido actos que pueden ser considerados como ofensa y burla de las leyes del país o de los privilegios de la corona. Regresará para vengarse de los caballeros templarios y hospitalarios por la marcada preferencia que mostraron durante las guerras de Tierra Santa para con Felipe de Francia. Regresará, en una palabra, para castigar como rebelde a cualquier adicto al príncipe Juan. ¿Temeréis su poder? —continuó diciendo el hábil confidente de Juan—. Reconocemos que es un valeroso y fuerte caballero, pero ésos no son los tiempos del

rey Arturo en los cuales un solo caballero se enfrentaba a todo un ejército. Si es cierto que Ricardo regresa, lo hará solo, sin partidarios, sin seguidores, sin amigos. Los huesos de sus valientes ejércitos han blanqueado los desiertos de Palestina. Los pocos que han sobrevivido han regresado miserables y derrotados, como Wilfred de Ivanhoe. ¿Y por qué mencionáis el derecho que por nacimiento tiene Ricardo? ¿Es acaso el derecho de primogenitura de Ricardo más sólido que el del duque Roberto de Normandía, hijo mayor del Conquistador? Y a pesar de ello, Guillermo *el Rojo* y Enrique, su segundo y tercer hermano, respectivamente, fueron preferidos a él por la voz del pueblo. Roberto poseía cualquiera de las virtudes que se quiera atribuir a Ricardo. Era valiente caballero, buen jefe, generoso para con sus amigos y con la Iglesia y, como remate, cruzado y conquistador del Santo Sepulcro y, a pesar de todo ello, murió ciego y miserable, prisionero en el castillo de Cardiff porque osó enfrentarse a los deseos del pueblo, que decidió que no era él quien debía gobernarle. Es nuestro derecho el de escoger entre los príncipes de sangre real aquel más cualificado para detentar el poder supremo, es decir —añadió corrigiéndose—, aquel cuya elección asegure mejor los intereses de la nobleza. En virtudes personales, es muy posible que el príncipe Juan sea inferior a su hermano Ricardo; pero cuando se considera que este último regresa con la espada de la venganza en su mano, mientras que el primero ha repartido recompensas, privilegios, inmunidades, riquezas y honores, no se puede dudar cuál de ellos ha de ser el rey al que la sabiduría de la nobleza prestará su apoyo.

Éstos y muchos otros argumentos adaptados a las circunstancias peculiares de aquéllos a quienes iban dirigidos, ejercieron la presión deseada sobre los nobles del bando del príncipe Juan. Muchos de ellos se mostraron dispuestos a acudir a la futura reunión en York, reunión acordada con el objeto de tomar las medidas pertinentes para colocar la corona en las sienes del príncipe Juan.

Ya era tarde cuando, cansado con ese ajetreo, aunque satisfecho por los resultados obtenidos, Fitzurse, de regreso al castillo de Ashby, topó con De Bracy, el cual había cambiado las vestiduras del banquete por una corta blusa verde con capa del mismo paño y color, capuchón de cuero, corta espada, un cuerno colgado de sus hombros, un gran arco en sus manos y un gran manojo de flechas sujeto al cinturón. De haber encontrado Fitzurse tal aparición en el espacio exterior no le hubiera prestado la menor atención, suponiendo que se trataba de algún miembro de la guardia, pero topando con él en la sala interior, lo examinó con mayor atención y reconoció al caballero normando bajo las ropas de un montero inglés.

—¿Qué clase de carnavalada es ésta, De Bracy? —exclamó Fitzurse algo enfadado—; ¿creéis que es tiempo para juegos navideños y alegres mascaradas cuando la suerte de nuestro amo, el príncipe Juan, está a punto de decidirse? ¿Por qué no acudisteis al encuentro, como yo lo hice, de estos cuervos sin coraje a quienes tan sólo el nombre del rey Ricardo aterroriza tanto como se dice que lo hace con los hijos de los sarracenos?

—Estuve ocupado con mis propios asuntos al igual que vos —contestó con calma De Bracy.

—¿Yo preocupándome de mis negocios? —replicó Fitzurse como un eco—. ¡Estuve atendiendo a los de nuestro amo común, el príncipe Juan!

—¿Y hay en ello alguna otra razón que la promoción de tus intereses individuales? —dijo De Bracy—. Vamos, Fitzurse, que nos conocemos. Sólo os guía la ambición, como a mí el placer, y ello solamente por la diferencia de edad que nos separa. Vuestra opinión sobre el príncipe Juan es la misma que la mía: que es demasiado débil para ser un monarca decidido, demasiado tiránico para ser un monarca fácil de soportar, demasiado insolente y presuntuoso para ser un monarca popular y demasiado apocado y tímido para ser un monarca con larga historia en el poder. Pero él es un monarca mediante el cual Fitzurse y De Bracy esperan prosperar y medrar, y es por eso que vos le ayudáis con vuestra política y yo con las lanzas de mis mercenarios.

—Constituye una ayuda esperanzadora —dijo Fitzurse con impaciencia—, hacer tal clase de locuras en el momento más comprometido. ¿Qué os proponéis llevar a cabo con este absurdo disfraz en tan serias circunstancias?

—Conseguir una esposa para mí —contestó fríamente De Bracy—, al estilo de la tribu de Benjamín.

—¿La tribu de Benjamín? No os comprendo.

—¿No estabais presente anoche cuando el prior Aymer nos relató una historia replicando a la canción que había cantado el juglar? Explicó cómo ya establecidas desde tiempos inmemoriales en Palestina, se ocasionó un pleito a muerte entre la tribu de Benjamín y las restantes de Israel. Explicó también cómo aniquilaron a la flor de los varones de dicha tribu y cómo juraron por la Virgen que no iban a permitir que ninguno de los sobrevivientes se casara con ninguna de su linaje…, y como con el tiempo les pesó demasiado el voto, acudieron a Su Santidad el Papa para que viera cómo podían desligarse de él. Y entonces, por inspiración del Espíritu Santo, los jóvenes de la tribu de Benjamín acudieron a un importantísimo torneo, raptaron a todas las damas asistentes y las hicieron de este modo sus esposas sin su consentimiento ni el de sus familias.

—Conozco la historia —dijo Fitzurse—, aunque el prior o acaso vos mismo la habéis modificado, en cuanto a la fecha y las circunstancias.

—Os repito —dijo De Bracy—, que pienso agenciarme una esposa al estilo de la tribu de Benjamín, lo cual es tanto como decir que ataviado de esta guisa pienso caer sobre la manada de bueyes sajones que han dejado el castillo esta noche y arrebatarles a la hermosa lady Rowena.

—¿Estáis locos, De Bracy? —dijo Fitzurse—. Considerad que, aunque sajones, son ricos y poderosos y tenidos en muy alta estima por los campesinos por ser el honor y la riqueza de privilegios de muy pocos de su raza.

—No hay que dejar un solo sajón, y la obra del Conquistador hay que completarla

—dijo De Bracy.

—Por lo menos, no es ésta la ocasión para tratar el asunto —dijo Fitzurse—; la crisis que se avecina hace indispensable el favor de las multitudes y el príncipe Juan no podrá por menos que castigar a quien ofenda cualquiera de los preferidos por ellas.

—Que lo haga si se atreve —dijo De Bracy—, pronto notará la diferencia que hay entre el apoyo que pueden prestarle mis bien templadas lanzas y el que puede proporcionarle esta chusma de cobardes sajones. Y además no pienso darme a conocer. Con semejante disfraz, ¿no aparento ser acaso tan campesino como cualquiera que haga sonar el cuerno de caza? Toda la culpa de este acto de violencia caerá sobre los bandidos de los bosques de Yorkshire. Tengo espías de confianza vigilando los movimientos de los sajones. Esta noche pernoctan en el convento de san Wittol, o san Withold o como quiera que se llame ese plebeyo santo sajón de Burton-on-Trent. La jornada de mañana les pondrá a nuestro alcance y, como lo hace el halcón, caeremos sobre ellos cuando más confiados estén. Inmediatamente después apareceré yo en mi normal aspecto y representando el papel de caballero cortés, rescataré a la afligida dama de las manos de sus rudos raptores, la conduciré al castillo de Front-de-Boeuf o a Normandía si es preciso, y ninguno de sus allegados conseguirá verla de nuevo mientras no se haya convertido en la esposa de Maurice de Bracy.

—Un plan maravillosamente astuto —dijo Fitzurse—, y me inclino a suponer que no ha sido imaginado sólo por vos… Vamos; sé franco, De Bracy. ¿Quién os ayudó a urdir este enredo? ¿Y quién va a prestar su concurso para su realización? Porque tengo entendido que vuestra partida se encuentra más o menos en York.

—Si queréis saberlo —dijo De Bracy—, fue el templario Brian de Bois-Guilbert quien dio forma a la aventura que los hombres de la tribu de Benjamín me sugirieron. Él me ayudaría en la empresa y él mismo y sus seguidores incorporarán los bandidos de cuyas garras, después de cambiar de disfraz, mi valeroso brazo rescatará a la hermosa señora.

—¡A fe mía! —dijo Fitzurse—. ¡El plan es digno de ambas sabidurías, la suya y la vuestra! Y vuestra prudencia, De Bracy, se pone de manifiesto al dejar la presa en manos de vuestro estimado socio. Puedo llegar a creer que tengáis éxito en arrebatarla de manos de sus partidarios sajones, pero el modo de conseguir librarla de las garras de Bois-Guilbert me parece considerablemente más dudoso. Se traía de un halcón bien adiestrado para apresar rápidamente la perdiz, que no soltará después fácilmente.

—Es un templario —dijo De Bracy—, y por lo tanto no puede rivalizar conmigo en el plan de casarse con la heredera…, ni puede tampoco atentar contra el honor de la futura esposa de De Bracy. ¡Por los cielos! ¡Aunque se encarnara en él todo un capítulo entero de su Orden no habría de atreverse a inferirme tal ultraje!

—Puesto que nada de lo que pueda decir ha de sacaros de la cabeza esta locura, porque bien conozco vuestro carácter obstinado, por lo menos no perdáis el tiempo.

Que vuestra insensatez no dure indefinidamente.

—Puedo aseguraros —contestó De Bracy— que será cuestión de pocas horas y que estaré en York a la cabeza de mis valerosos y atrevidos compañeros dispuesto a sostener cualquier proyecto que se le haya ocurrido a vuestra mente politizada. Pero ya puedo oír a mis camaradas reuniéndose y a los caballos picando los cascos y relinchando en el patio exterior. Adiós. Marcho, como caballero de una pieza, a ganar la sonrisa de una hermosa.

—¿Como un verdadero caballero? —repitió Fitzurse siguiéndole con la vista—; mejor diría como un loco o como un niño que abandona las más serias y perentorias necesidades para entretenerse cazando las mariposas que cruzan su camino. Pero es precisamente con estas herramientas que debo llevar a cabo mi labor; ¿y para favorecer a quién? A un príncipe tan necio como disoluto y tan propicio a demostrar ser un amo desagradecido como antes ya había probado ser un hijo rebelde y un hermano desnaturalizado. Pero él…, él es también una de las herramientas con las que trabajo y, por orgulloso que sea, si intenta desligar sus intereses de los míos, cara le costará la lección.

Las meditaciones del hombre de estado fueron interrumpidas por la voz del príncipe Juan, procedente del interior de la habitación, gritando su nombre. Y gorro en mano, el futuro canciller de Inglaterra (porque tal era la alta dignidad a que aspiraba el ambicioso normando) se aprestó a recibir las órdenes de su futuro soberano.

XVI

Solo, oculto de las miradas,
transcurre el eremita desde la cuna a la senectud.
Su lecho en el césped y una caverna su celda,
su manjar la fuente y su bebida, el agua.
Él conversa con Dios, lejos del hombre.
No tiene más ocupación que rezar y su fiesta, orar.

THOMAS PARNELL: *El ermitaño.*

El lector no habrá olvidado que la suerte del torneo fue decidida por un caballero desconocido, al que por su inactividad durante la primera parte el populacho había calificado con el mote de Negro Holgazán. Bruscamente, este caballero había abandonado el campo después de la victoria, y cuando fue convocado para recibir el trofeo otorgado a su valor, no pudo ser hallado en parte alguna. Mientras le llamaban heraldos y trompetas, el caballero hizo ruta hacia el norte, evitando las sendas más conocidas, al tiempo que tomaba los atajos que atravesaban el bosque. Durante la noche se detuvo en una hostería apartada del camino, donde, de todos modos, obtuvo información acerca del resultado del torneo por medio de un juglar vagabundo.

Al amanecer, el caballero partió con la intención de hacer una larga jornada, ya que en la precedente había ahorrado al máximo las fuerzas de su caballo, y ello le permitía ahora viajar sin necesidad de mucho reposo. Sin embargo, sus intenciones se vieron frustradas debido a lo retorcido de los atajos que tomó, así que hacia el atardecer aún no había sobrepasado los límites de Yorkshire. Entonces, tanto el jinete como el caballo necesitaban reposo y además se hacía imprescindible buscar un sitio donde pasar la noche que se echaba encima.

El lugar donde se encontraba el caballero no era lo más apropiado como refugio, y parecía obligado a echar mano del recurso habitual de los caballeros andantes, que consiste en dejar suelto al caballo para que pazca mientras el jinete se dedica a pensar en la dama de sus sueños sin más cobijo que una encina. Pero el Caballero Negro, o no tenía dama con quien soñar o era tan indiferente al amor como parecía serlo en la guerra, para que las reflexiones sobre la crueldad y belleza de su dama, por apasionadas que fueran, consiguieran paliar los efectos del hambre y de la fatiga. Por otra parte, no admitió el amor como sustituto de una mullida cama y una buena cena. Por esto se sintió decepcionado cuando al observar a su alrededor se vio rodeado de bosques moteados, eso sí, por numerosos claros y senderos, pero todos ellos de tal naturaleza que parecían abiertos por los numerosos rebaños que pastaban en los contornos o por piezas de caza mayor.

El sol, que sirvió al caballero para orientarse, acababa de esconderse detrás de las colinas de Derbyshire, y cualquier intento de proseguir su camino fácilmente podía extraviarle. Después de haber buscado en vano el sendero más pisoteado, con la remota esperanza que le condujera a la cabaña de algún pastor o al refugio de algún montero, el caballero decidió confiarse a la sagacidad de su caballo. La experiencia le había mostrado en anteriores ocasiones la maravillosa habilidad que poseen estos nobles brutos para resolver tales emergencias.

Tan pronto como el corcel, fatigado por la larga jornada, habiendo soportado el peso de un jinete vestido de acero, notó que las riendas se distendían y que podía usar libremente de su albedrío, pareció recobrar nuevas fuerzas. Porque si ya no respondía al estímulo de las espuelas a no ser con un relincho, ahora se mostraba orgulloso de la confianza en él depositada. Estiró las orejas al tiempo que iniciaba un trote más ligero. El sendero que escogió el animal se encontraba en dirección contraria al que había seguido el caballero, pero como el caballo parecía muy seguro de su elección, el jinete no rectificó la marcha.

Poco después alcanzaban un espacio abierto, llano y cubierto de césped; hacia uno de sus extremos se alzaba abruptamente una peña asentada sobre una llanura, apenas inclinada, que ofrecía al viajero su superficie gris y azotada por los elementos. Una espesa hidra hacía de manto; por otra parte, encinas y arbustos de raíces profundas, que buscaban el alimento en las faldas de la roca, se balanceaban sobre los precipicios del mismo modo que se balancean las plumas sobre el yelmo del guerrero. En la base de la peña, se levantaba una rústica cabaña construida con troncos de árboles talados en el bosque vecino, asegurados contra las inclemencias del tiempo por medio de una mezcla de barro y musgo que rellenaba las junturas. Un retoño de encina despojado de sus ramas había sido colocado sobre la puerta como símbolo de la Cruz. A la derecha y a poca distancia, manaba de la peña una fuente de agua cristalina, que confluía sobre una piedra cóncava que el trabajo del hombre había transformado en rústica pileta, y de allí, murmurando mientras descendía, por un lecho que su mismo ímpetu había excavado, acababa por perderse en el intrincado bosque vecino.

Cerca de esta fuente se encontraban las ruinas de una diminuta capilla de techo bajo. El edificio, cuando estaba intacto, nunca había sobrepasado los dieciséis pies de largo por doce de ancho, y el techo, proporcionalmente bajo, descansaba sobre cuatro arcos concéntricos que nacían de los cuatro ángulos del edificio, cada uno de ellos soportando un bajo y pesado pilón. El costillaje de dos de estos arcos todavía resistía en pie, aunque entre ellos el techo se había derrumbado. La entrada a este antiguo y devoto lugar se efectuaba a través de un bajísimo arco de medio punto, ornamentado por varias series de molduras en zigzag, parecidas a la dentadura de un tiburón; aquél era un adorno característico del porche y prendida de una gruesa viga había una verdosa y enmohecida campana, cuyo débil sonido escuchara poco ha el Caballero Negro.

Éste era el tranquilo escenario que se ofrecía a la media luz del crepúsculo. El viajero recobró la confianza de encontrar refugio, ya que los ermitaños que se refugiaban en los bosques siempre ofrecían su hospitalidad a los viajeros nocturnos o extraviados.

De acuerdo con lo anterior, el caballero no se entretuvo contemplando con minuciosidad los detalles que acabamos de describir, sino que dando gracias a san Julián (patrón de los viajeros), por haberle conducido a buen puerto, saltó de su caballo y golpeó la puerta de la ermita con el extremo de su lanza.

Pasó algún tiempo antes de que obtuviera respuesta, y la contestación, cuando pudo oírla, fue del todo inadecuada.

—Pasa de largo, seas quien seas —fue la réplica pronunciada por una voz ronca y profunda desde el interior de la cabaña—, y no molestes a un servidor de Dios y de san Dunstan entregado a sus rezos nocturnos.

—Honorable hermano —contestó el caballero—, aquí hay un pobre caminante extraviado en estos bosques que quiere daros la ocasión de ejercer vuestra caridad y hospitalidad.

—Buen hermano —replicó el ocupante de la ermita—. Ha sido designio de Nuestra Señora y de san Dunstan el hacerme destinatario de estas virtudes en vez de ejercerlas. No dispongo de provisiones suficientes ni siquiera para ser compartidas con un perro, y cualquier caballo, por poco delicado que fuera, desdeñaría mi lecho. Por lo tanto, pasa de largo y que Dios te guíe.

—Pero ¿cómo me será posible hallar mi camino entre estos bosques habiendo oscurecido? Os ruego, reverendo padre, que si sois cristiano me abráis la puerta y por lo menos me enseñéis el camino.

—Y yo te ruego a ti, hermano y buen cristiano —replicó el anacoreta—, que no me molestes más. De momento ya has interrumpido un padrenuestro, dos avemarías y un credo, los cuales, miserable pecador, debiera según mis votos haber rezado antes de que saliera la luna.

—¡El camino…, el camino! —vociferó el caballero—. ¡Dadme instrucciones acerca del camino que debo seguir si es que no puedo obtener nada más de vos!

—El camino —replicó el ermitaño— es fácil de hallar. El sendero conduce desde el bosque a un pantano y desde allí a un torrente fácilmente vadeable ahora que las lluvias han amainado. Cuando lo hayas cruzado, debes estar atento a los pasos que debas dar a partir de entonces, puesto que la ribera izquierda es algo resbaladiza y el vado, desde hace poco, se ha hecho inseguro. Por lo menos esto es lo que me han contado, ya que raramente abandono mi capilla. Y a partir de allí, sigue en línea recta el camino…

—¡Un vado traidor, un precipicio, un torrente y un pantano! —dijo el caballero interrumpiéndole—. Ermitaño, aunque fuerais el más santo de cuantos llevan barba y visten sayal, difícil os resultaría convencerme esta noche de tomar este camino. Y os digo además, que vos vivís de la caridad del país (y me temo que sin merecerla), no

tenéis ningún derecho a negar cobijo al viajero cuando está en apuros. Por lo tanto, o abrís la puerta inmediatamente o, por mi fe, que la echo abajo y me abro camino por la fuerza.

—Amigo caminante —replicó el ermitaño—, no seas importuno. Si me obligas a emplear las armas del mundo nada bueno puedes esperar.

En este instante, un ruido de gruñidos y ladridos lejanos que el caballero ya venía escuchando desde hacía algún tiempo, se hizo extremadamente amenazador. El viajero supuso que el ermitaño, alarmado por su amenaza, había llamado a los perros para defenderle. Indignado por las medidas tomadas por el ermitaño, con las que quería hacer efectivos sus inhospitalarios propósitos, golpeó la puerta tan furiosamente que las tablas y las bisagras temblaron con violencia.

El anacoreta, no atreviéndose a exponer la puerta a un nuevo golpe, dijo en alta voz:

—Paciencia, paciencia…, ahorra tus fuerzas, buen viajero, y te abro la puerta ahora mismo, aunque podría darse el caso que el obrar de este modo no acabara de ser de tu agrado.

La puerta se abrió, y ante el caballero apareció el ermitaño, un hombre voluminoso, fuerte, con hábito y capucha de tela de saco y cinturón de esparto. En una mano sostenía una antorcha encendida y en la otra un cayado tan grueso y pesado que bien merecía el nombre de garrote. Dos perros mugrientos, mestizos de galgo y mastín, estaban dispuestos a saltar sobre el viajero tan pronto como se abriera la puerta; pero cuando la antorcha hizo brillar las espuelas doradas y la malla del caballero, el eremita, desarmado, cambiando sin dudas sus primeras intenciones, reprimió la furia de sus auxiliares y adoptó un tono de voz mucho más condescendiente. De inmediato incitó al caballero a entrar en la cabaña, excusando sus pocos deseos de abrir la puerta después de la puesta del sol, e hizo referencia a la gran multitud de ladrones y bandidos que por allí pululaban y que no profesaban ninguna devoción ni a Nuestra Señora ni a san Dunstan, ni a los benditos hombres que a su servicio destinaban sus vidas.

—La pobreza de vuestra celda, buen padre —dijo el caballero al mirar a su alrededor y no ver más que un lecho de hojarasca, un crucifijo rústicamente tallado en madera de roble, un misal, una mal ensamblada mesa y dos taburetes—, me parece suficiente defensa contra los ladrones, sin contar con la ayuda de estos dos fieles perros que son en mi opinión capaces de derribar un venado y, desde luego, de luchar con la mayoría de los hombres.

—El buen guardabosque —dijo el ermitaño—, me ha prestado estos animales para proteger mi soledad hasta que los tiempos se arreglen.

Después de decir esto, colocó la antorcha en un hierro retorcido que hacía las veces de candelabro. Situó el taburete ante la boca del hogar, tomó asiento y reanimó el fuego con algunas ramas secas e invitó al caballero a que le imitara ocupando el otro asiento.

Sentáronse ambos e inspeccionándose con gravedad, cada uno pensaba que raras veces les había sido dado contemplar una figura tan fuerte y atlética como la que tenían enfrente.

—Reverendo ermitaño —dijo el caballero después de haber observado detenida y fijamente a su anfitrión—, si no fuera porque no deseo interrumpir vuestras devotas meditaciones, me gustaría saber tres cosas. Primero, dónde he de colocar mi cabalgadura. Segundo, cuál será mi cena. Tercero, dónde podré acomodarme para pasar la noche.

—Mi dedo te dará la respuesta, porque va contra mi regla emplear palabras cuando los signos bastan. —Y seguidamente señaló dos rincones de la cabaña—. Vuestro establo —dijo— está allí y vuestra cama allá —añadió mientras le presentaba un gran plato en el que aparecían dos puñados de legumbres secas, y lo colocaba sobre la mesa—: He aquí vuestra cena.

El caballero se encogió de hombros y abandonó la cabaña en busca del caballo, que había estado atado a un árbol. Le quitó el arnés con todo cuidado y le cubrió con su propio manto.

El ermitaño pareció moverse a compasión cuando vio el cariño y la destreza del desconocido mientras éste atendía a su corcel. Murmuró algunas palabras respecto al pienso del palafrén del guarda, sacó de un escondite una brazada de forraje que esparció delante del animal e inmediatamente después dispuso algo de heno seco en el rincón designado como lecho del caballero. Diole las gracias el caballero por su cortesía, y ya acabadas las faenas, se sentaron de nuevo a la mesa con el plato de legumbres secas entre ellos. El ermitaño, después de una larga jaculatoria que originariamente debía ser en latín, pero de cuya primera procedencia lingüística pocos restos quedaban excepción hecha de alguna sonora terminación de frase, dio ejemplo a su huésped colocando con modestia en su inmensa boca provista de unos dientes que bien hubieran podido competir con los de un jabalí, tres o cuatro judías secas, poca molienda en verdad para tan formidable y eficaz molino.

El caballero, mostrando que había comprendido el ejemplo, se despojó del yelmo, así como del peto y de las partes principales de su armadura, dejando entonces a la vista del ermitaño una cabeza cubierta de pelo rizado y rubio, facciones prominentes, ojos azules curiosamente brillantes y centelleantes, una bien formada boca con el labio superior vestido de un bigote de pelo más oscuro que el de la cabeza. Daba aquella figura la impresión de intrepidez y decisión, virtudes que hacían juego con su fuerte complexión.

El ermitaño, como si deseara corresponder a la confianza del caballero, tiró atrás la capucha y descubrió una cabeza redonda que pertenecía a un hombre en la flor de su edad. Su bien afeitada coronilla, rodeada por su orla de encaje. Sus rasgos no dejaban entrever la austeridad monástica o las ascéticas privaciones; por el contrario, su fisonomía era generosa, con espesas cejas negras, una frente bien moldeada y redondeadas mejillas sonrosadas e hinchadas como las de un trompetero, en la cuales

nacía una larga y ondulada barba. Aquel rostro, unido al aspecto fornido del santo varón, decían más de lomos y buenas tajadas que de dietas y raíces. No se le escapó al huésped tal incongruencia. Después de masticar con grandes trabajos un bocado de judías secas, se vio en la absoluta necesidad de pedirle a su piadoso compañero algún líquido. Correspondió el ermitaño a la petición colocando ante él una gran jarra de la más pura agua de fuente.

—Procede del pozo de san Dunstan —dijo—; en él, desde la salida a la puesta del sol, el santo bautizó quinientos paganos daneses y bretones. ¡Bendito sea su nombre! —Acercó su negra barba a la jarra y tomó de ella un sorbo mucho más moderado de lo que sus anteriores elogios hacían presumir.

—Me parece —dijo el caballero—, reverendo padre, que los parcos bocados que coméis, unidos a esta bendita pero en cierto modo débil bebida, os han sentado pero que muy bien. Más tenéis el aspecto de ser hombre capaz de ganar una pelea cuerpo a cuerpo, o con el garrote o la espada, que no de haber pasado vuestros días en estas soledades salvajes diciendo misas y viviendo de legumbres secas y agua fresca.

—Señor caballero —contestó el ermitaño—. Vuestros pensamientos, como los de los laicos ignorantes, obedecen a los instintos de la carne. Ha sido por obra de nuestra Santa Virgen y mi santo patrón que la pitanza a la que estoy reducido ha sido bendecida, del mismo modo que bendita era el agua y las raíces que Shadrach, Meshech y Abednego comían despreciando el vino y las carnes que les ofrecía el rey de los sarracenos.

—Santo padre —dijo el caballero—, ya que vuestra abstinencia ha sido recompensada por los cielos con tal milagro, permitid a un pobre pecador conocer vuestro nombre.

—Podéis llamarme el clérigo de Copmanhurst, porque así se me conoce a lo ancho de estos contornos. A decir verdad, suelen añadir el epíteto de santo, pero no lo hago cuestión de amor propio ya que no me creo digno de tal añadidura. Y ahora, valiente caballero, ¿puedo a mi vez interesarme por vuestro nombre?

—Sí, por cierto, santo padre de Copmanhurst. En este país se me llama el Caballero Negro. A decir verdad, señor, suelen añadir el epíteto de Holgazán, pero de ello no hago cuestión de honor ya que no me creo digno de tal añadidura.

Con dificultad pudo contener una sonrisa el ermitaño al oír la contestación de su huésped.

—Me estoy dando cuenta —dijo—, señor Caballero Holgazán, que sois hombre de consejo y además prudente. Y es más, constato que mi modesto modo de vida no acaba de complaceros, quizá por estar acostumbrado, como sin duda lo estáis, a la licencia de la corte y de los campamentos y a los lujos de las ciudades. Y en este momento me viene a las mientes, señor Holgazán, que cuando el caritativo guardabosque dejó estos perros para mi protección junto a algunas gavillas de forraje, dejó también algunos alimentos. Pero como no eran apropiados para que yo los consumiera, me había olvidado de ellos, ocupado como estaba en mis meditaciones.

—Estoy dispuesto a jurar que así lo hizo —dijo el caballero—; desde que bajasteis vuestra capucha, santo padre, me convencí de que en esta celda había mejores manjares. El guardabosque es sin duda un individuo jovial, y a cualquiera que le sea dado contemplar vuestras mandíbulas compitiendo con estas legumbres secas y vuestra garganta inundada por este pacífico elemento, y veros condenado a este pienso y bebida de caballo —dijo, señalando las provisiones que sobre la mesa estaban—, le sería difícil no auxiliaros en vuestra tribulación. Veamos sin tardanza, por lo tanto, hasta dónde ha llegado la buena disposición del guarda.

El ermitaño dirigió una mirada inquisitiva a su huésped, mezcla de cómica expresión y de duda, como si no acabara de estar seguro de actuar prudentemente confiando en el caballero. De todos modos, los rasgos del caballero expresaban tanta franqueza como pueda hacerlo cualquier humana fisonomía. También era irónica su sonrisa, pero sin trastienda; por el contrario daba testimonio de lealtad y buena fe, y por todo ello el anfitrión no pudo menos que simpatizar con él.

Después del intercambio de algunas miradas de complicidad, el ermitaño se dirigió al rincón más alejado de la cabaña, y abrió una alacena disimulada con cuidado e ingenuidad. Del fondo del oscuro escondite sacó un gran pastel, que ocupaba una bandeja de desusadas dimensiones. Colocó este plato fuerte ante su huésped; éste, utilizando su puñal, lo partió y no perdió tiempo en averiguar cuál era el relleno.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo aquí el buen guarda? —preguntó el caballero a su anfitrión después de haber tragado con rapidez varios bocados a la salud del ermitaño.

—Hará cosa de dos meses —contestó el padre sin pensarlo.

—Por el Dios verdadero —contestó el caballero—, ¡que en vuestro refugio todo es milagroso, santo clérigo! Hubiera jurado que el bien cebado cabrito que está aquí empanado, corría sobre sus piernas no hace una semana.

El ermitaño quedó algo desconcertado ante tal observación, y no dejaba de ser graciosa la expresión de tristeza que adoptó al constatar los estragos que en tan poco tiempo había hecho el caballero en el pastel y, además, el haber declarado sus votos de abstinencia le impedía competir con él.

—He estado en Palestina, señor clérigo —dijo el caballero parando de repente de comer—, y creo recordar que existe allí la costumbre de que el anfitrión comparta con su huésped la comida con que le obsequia, como prueba de que no es peligrosa para la salud. Lejos de mí suponeros capaz de haber envenenado de forma poco hospitalaria estos alimentos, pero de todos modos os estaría muy agradecido si cumplimentarais este rito oriental.

—Para aliviar vuestros escrúpulos, señor caballero, por una sola vez no haré caso de mis votos —explicó el ermitaño. Y dado que no era costumbre de la época utilizar el tenedor, sus garras se hundieron en la panza del pastel.

Roto ya el hielo de la etiqueta, los dos hombres parecían desafiarse en cuanto a

demostrar cuál tenía mejor apetito, y aunque el caballero ya llevaba más tiempo comiendo, no tardó el ermitaño en tomarle ventaja.

—Santo clérigo —dijo el caballero cuando su hambre estuvo satisfecha—, apostaría mi buen caballo contra un cequí a que el noble guarda al que tenemos que agradecer el venado ha dejado también alguna bota de vino o malvasía, o cualquier otra pequeñez, de ésas que sirven de aliado de tan noble pastel. Sin duda alguna, esta circunstancia no es nada propicia para quedar grabada en la memoria de un varón tan estricto y cumplidor como sois vos; a pesar de todo, creo que si buscarais con atención en aquel escondite del rincón, podríais comprobar que mis conjeturas no son equivocadas.

El eremita contestó con una mueca y, regresando al armario, sacó una bota de cuero de unos cuatro cuartillos de capacidad. Trajo también dos grandes copas hechas de cuerno con los bordes recubiertos de plata. Habiendo tomado buenos tragos para «aligerar» la cena, no creyó necesario aparentar más escrúpulos de ceremonial, sino por el contrario, después de haber llenado de nuevo las copas dijo al uso sajón:

—¡*Waes Hael*, señor Caballero Holgazán! —Y vació la suya de una sola vez.

—¡*Drinc hael*, santo clérigo de Copmanhurst! —contestó el guerrero haciéndole honor al vaciar a su vez la copa de un trago—. Santo clérigo, me maravilla que un hombre como vos, provisto de tan buenos lomos y generosas curvas, y que además demuestra dominar todos los secretos del trinchante, pueda vivir en estas salvajes soledades en completa renuncia de sí mismo. A mi juicio, mejor papel haríais guardando un castillo o defendiendo un fortín, comiendo de lo bueno y bebiendo de lo fino, que no alimentándoos con agua y vegetales y a veces incluso recurriendo a la caridad del guarda. Por lo menos, yo en vuestro lugar sabría aprovecharme de los muchos ciervos que el rey tiene en estos bosques. Muchos rebaños pastan por aquí, y un cabrito de vez en cuando no sería echado en falta si era destinado al consumo del vicario de san Dunstan.

—Señor Caballero Holgazán —replicó el clérigo—, éstas son palabras peligrosas para ser pronunciadas. Por lo tanto, os suplico que permanezcáis mudo. Con el rey y con la ley cumplo como fiel eremita, y si me atreviera a saquear estos lugares, la prisión sería mi destino seguro, y de no protegerme mis hábitos correría también el peligro de ser colgado.

—De todos modos, en vuestro lugar yo aprovecharía la luz de la luna para cazar, cuando los guardas forestales están calentitos y tranquilos en la cama. Silenciosamente, sin ser visto, mientras musitara mis oraciones, dejaría ir un dardo contra los rebaños de ciervos que pacen en el claro del bosque. Confesadme, santo clérigo, ¿nunca habéis practicado este pasatiempo?

—Amigo Holgazán —contestó el ermitaño—. Ya habéis visto todo cuanto pueda interesaros de mi refugio y bastante más de lo que merece quien toma posesión por la violencia. Hacedme confianza; mejor es gozar de lo bueno que Dios haya podido mandaros que no mostraros impertinente intentando averiguar de dónde procede.

Llenad vuestra copa y sed bienvenido y, además, os ruego que no me obliguéis con preguntas impertinentes a demostraros que difícilmente hubierais ganado este refugio de haberme yo empeñado en impedíroslo.

—¡A fe mía que ahora más que nunca habéis despertado mi curiosidad! Sois el eremita más misterioso que nunca haya podido encontrar y sabré más de vos antes de separarnos. Y respecto a vuestras amenazas, debéis saber, santo varón, que os las estáis viendo con uno cuyo oficio es el de enfrentarse al peligro dondequiera que pueda dar con él.

—Señor Caballero Holgazán, bebo a vuestra salud —dijo el ermitaño— y respeto mucho el valor, pero conservo algunas dudas acerca de vuestra discreción. Si queréis competir con las mismas armas os administraré con toda amistad y amor fraterno tal penitencia y completa absolución, que serán suficientes para curaros durante doce meses del pecado de la curiosidad.

El caballero le rogó que eligiera las armas.

—Desde las tijeras de Dalila al clavo de Jael y a la cimitarra de Goliat —replicó el ermitaño—, no existe arma alguna con la cual no pueda venceros; pero, si he de competir con vos, ¿qué decís, buen amigo, de estas fruslerías?

Y así hablando abrió otro armario y sacó de él un par de espadas de hoja ancha y dos escudos del estilo de los usados por el pueblo llano en aquella época. El caballero, que vigilaba sus movimientos, observó que en este segundo escondite había dos o tres excelentes arcos largos, una ballesta, un mazo de dardos y media docena de carcajes. Un arpa y otros varios objetos de apariencia poco clerical también se hicieron visibles cuando fue abierto el oscuro escondrijo.

—Os prometo, hermano clérigo, que ya no he de formular más preguntas que puedan ofenderos. El contenido de esta alacena contesta todas mis preguntas…, y veo otra arma —paró de hablar y sacó el arpa—, con la cual mediría mis fuerzas con vos más a gusto que con la espada y el broquel.

—Espero, señor caballero —dijo el ermitaño—, que no hayáis merecido el apodo de Holgazán, pero debo apresurarme a añadir que dudo mucho que así sea. Sin embargo, sois mi huésped y no pondré a prueba vuestra virilidad sin consentimiento. Sentaos, por lo tanto, llenad la copa y bebamos, cantemos y no perdamos la aleuda. Siempre que sepáis algún buen romance estaréis invitado a un buen trozo de pastel en Copmanhurst mientras sea yo quien sirva la capilla de san Dunstan, lo cual, si Dios quiere, será hasta que cambie los hábitos grises que me cubren por otros de verde hierba. Pero acercaos ya y llenad la copa, porque llevará algún tiempo templar el arpa y nada entona la voz y afina el oído como un vaso de vino. Por mi parte, me gusta notar el mosto hasta en la punta de los dedos antes de hacer vibrar las cuerdas del arpa.

XVII

Por Pascua, cerca del rincón estudioso,
abro el libro adornado de imágenes sagradas,
dedicadas a santos y a mártires.
Mi voz, cantando un salmo, crece,
mientras el cirio se oscurece.

THOMAS WARTON:
Observaciones a «Reina de las Hadas» de Spenser.

A pesar de seguir de buen grado las instrucciones del genial ermitaño, no le resultó fácil al huésped afinar el arpa.

—Creo, santo padre, que al instrumento le falta una cuerda y que las que restan han sido mal tensadas.

—¿Os habéis fijado en eso? —dijo el eremita—. Lo que demuestra que sois diestro en el oficio. ¡El vino y la destemplanza! —añadió entornando los ojos con gravedad—. ¡Toda la culpa es del vino! Ya le dije a Allan-a-Dale, el juglar del norte, que estropearía el arpa si ponía en ella sus manos después de la séptima copa, pero no había quien pudiera controlarle. ¡Amigo, bebo por el éxito de vuestra exhibición!

Entonces agarró su copa, al tiempo que sacudía la cabeza en un gesto de desaprobación encaminado a censurar la destemplanza del juglar escocés.

Mientras, el caballero había conseguido arreglar algo las cuerdas y, luego de un breve preludio, preguntó a su anfitrión si prefería una canción en lengua de *oc* o un *lai* en el lenguaje de *oui*, o un *virelai*, llamado balada en inglés vulgar.

—Una balada, una balada —dijo el ermitaño—. Las prefiero a todos los dialectos que se hablan en Francia. Soy inglés de pura cepa, señor caballero, e inglés de pies a cabeza era mi patrón san Dunstan y se reía de todos los *ocs* y *ouis* como también de todos los parientes del diablo. En esta celda sólo se cantará en genuino inglés.

—Probaré entonces —dijo el caballero—, una balada compuesta por un guerrero al que conocí en Tierra Santa.

Pronto se demostró que si el caballero no era un maestro consumado en el arte juglaresco, su afición había sido instruida por los mejores profesores. El arte le había enseñado a disimular los fallos de una voz algo descuadrada y más bien desabrida que dulce por naturaleza y, en cierto modo, había hecho todo cuanto puede hacer el estudio para suplir los defectos naturales. Su actuación, por lo tanto, hubiera sido tenida como perfecta por jueces más competentes que el ermitaño, especialmente cuando el caballero sabía dar a su recital cierto grado de espíritu y un melancólico entusiasmo que proporcionaban fuerza y energía a los versos que cantaba.

EL REGRESO DEL CRUZADO

El cruzado regresó de Palestina
después de haber ganado, con sus altas proezas, fama caballeresca;
los combates y los encuentros
habían abollado la cruz que llevaba en el pecho.
Cada cuartel de su escudo maltrecho
había sido golpeado por la lanza de combate;
y, bajo el balcón de su amada,
mientras caía el atardecer, cantaba de este modo:

«¡Loada sea la hermosa! Tu rudo caballero
ha regresado de la tierra del oro;
no trae riquezas ni las necesita,
excepción hecha de sus buenas armas y su corcel de batalla;
sus espuelas, para cargar contra el rival,
su lanza y su espada para derribarle:
tales son los trofeos de sus trabajos,
éstos son… y la esperanza de merecer una feliz sonrisa.

»¡Loada sea la hermosa! Fiel el caballero,
hizo lo posible para merecer sus favores.
No pasará desapercibida
cuando figure en brillante cortejo de las nobles damas;
los juglares cantarán y proclamarán los heraldos:
¡Reparad bien en esta hermosa doncella,
por cuyos ojos brillantes
fueron ganadas las lizas en el palenque de Askalón!

»¡Notad su sonrisa! Afiló la hoja de la espada
que convirtió en viudas a cincuenta esposas
cuando, inútiles la fuerza y el conjuro de Mahoma,
cayó Solimán, icono derrotado, de vistoso turbante.
¿Habéis visto sus trenzas, cuyo brillo solar
esconde y resalta mitad por mitad su cuello de nieve?
¡Y por sus trenzas de oro
sangraría un pagano su tesoro!

»¡Loada sea la hermosa…!, mis hazañas y la gloria que les corresponda
sean para ti, ya que desconocido es mi nombre.
Por lo tanto, no cierres esta inoportuna puerta
porque ya cae la noche y se va haciendo tarde.

Acostumbrado al cálido aliento de los vientos de Siria,
la brisa del norte es mortal para mí.
Permite a tu agradecido amante hacerte ruborizar
y ofrécele tu embeleso que te trae la fama».

Durante la actuación, el ermitaño se comportó de modo muy semejante a un crítico de alto rango de nuestros días ante una nueva ópera. Se reclinaba en su asiento con los ojos medio cerrados o bien unía las manos haciendo girar ambos pulgares; de pronto, se quedaba absorto y quieto escuchando con atención o bien, mostrando las palmas para arriba, balanceaba las manos gentilmente marcando el compás de la música. Durante varios pasajes favoritos se abandonó y prestó una ligera ayuda por su parte cuando le pareció que la voz del caballero no podía alcanzar las notas altas que su buen gusto le aconsejaba. Cuando la canción llegó a su fin, el anacoreta declaró enfáticamente que se trataba de una muy buena composición y además muy bien interpretada.

—De todos modos —añadió—, creo que mis compatriotas sajones se han mezclado demasiado con los normandos y se les ha pegado su característica melancolía. ¿Qué regalos traía el caballero? ¿Y qué más podía esperar, cuando regresara, sino encontrar a su amada agradablemente abrazada a su rival y que su serenata, como les place nombrarla, pasara tan inadvertida como los maullidos de un gato sobre el tejado? De todos modos, señor caballero, bebo esta copa a vuestra salud y brindo por el éxito de todos los enamorados fieles… y me temo que vos no sois uno de ellos —añadió al observar que el caballero (cuya sesera ya empezaba a recalentarse por los sucesivos tragos), había tomado un largo trago de la jarra del agua.

—¿Qué hay de malo en ello? —dijo el caballero—. ¿No me dijisteis que esta agua procede del pozo de vuestro bendito patrón, san Dunstan?

—Desde luego que es cierto —dijo el ermitaño—, y bautizó con ella a muchos cientos de paganos, pero nunca oí decir que bebiera de ella. Cada cosa debe servir para lo que está destinada en este mundo. San Dunstan conocía tan bien como nadie las prerrogativas de un fraile jovial.

Y diciendo lo anterior, cogió el arpa y entretuvo a su huésped con la siguiente canción:

EL FRAILE DESCALZO

Buen compañero, te concedo un año o dos
para recorrer Europa desde Bizancio a España;
pero, aunque busques hasta cansarte, no has de encontrar
hombre tan feliz como el Fraile Descalzo.

El caballero gana la fama por su dama
y los romanceros le cantan mientras descansa su lanza.
A toda prisa le confieso. No le regatea comodidades
a los deseos el Fraile Descalzo a su dama.

¿Ser rey? ¡Bah! Se sabe de muchos príncipes
que han cambiado sus ropajes por nuestros hábitos, pero,
¿cuál de nosotros ha sentido alguna vez el deseo frívolo
de cambiar por una corona la caperuza gris de un fraile?

El fraile ha viajado y dondequiera que ha ido,
para él han sido la tierra y sus mejores productos.
Puede entretenerse si le place y para si cansado se siente,
porque cualquier hogar es el del Fraile Descalzo.

Se le espera a mediodía, y nadie hasta que llegue ha de osar
profanar a su silla frailuna. Y la mejor comida
y el sitio junto al fuego
constituyen el innegable derecho del Fraile Descalzo.

Se le espera de noche y se calienta un pastel,
se escancia la cerveza negra y se llenan las jarras oscuras
y la buena esposa quiere que el buen varón descanse
ya que está acostumbrado a blandas almohadas, el Fraile Descalzo.

Vivan las sandalias, el cordón y la tonsura
amenazas para el diablo y confianza del Papa:
Ya que recoger las rosas de la vida, preservadas e intactas,
es único privilegio del Fraile Descalzo.

—A fe mía —dijo el caballero—, habéis cantado bien y con brío en loor de vuestra orden. Y, hablando del diablo, santo clérigo, ¿no teméis que os visite uno de vuestros pasatiempos tan poco litúrgicos?

—¿Pocos litúrgicos? —contestó el ermitaño—. ¡Niego la inculpación y la pisoteo con mis talones! Cumplo con los deberes de mi capilla con fe y eficiencia. Dos misas diarias, por la mañana y por la tarde, canto maitines, ángelus y vísperas, rezo avemarías, credos y padrenuestros…

—Menos en las noches de luna, durante la temporada del venado —dijo su huésped.

—*Exceptis excipiendis* —replicó el ermitaño—, como nuestro anciano abad me enseñó a decir cuando cualquier laico impertinente me preguntara si cumplía

puntillosamente con los votos de mi orden.

—Verdad es, santo padre; pero el diablo vigila tales excepciones y merodea, bien lo sabéis, como un león rugiente.

—Que ruja cuanto quiera —dijo el fraile—; un solo latigazo de mi cordón le hará rugir más fuerte que lo que rugió san Dunstan[9] bajo su propio flagelo. Nunca temí al hombre y mucho menos al diablo y su cohorte. Con san Dunstan, san Dubric, san Winibald, san Winifred, san Swibert, san Willick y sin olvidar mis escasos pobres méritos propios, me bastan para desafiar a cualquier diablo de cola corta o larga. De todos modos, os voy a confiar un secreto. Nunca trato de estos asuntos antes de mis rezos matutinos.

Entonces cambió de conversación; rápidamente creció el regocijo de los dos juerguistas e intercambiaron más de una canción, hasta que sus bromas fueron interrumpidas por unos fuertes golpes descargados en la puerta de la ermita.

Solamente podemos explicar el motivo de dicha interrupción reanudando el relato de las aventuras de otro de nuestros personajes, porque, imitando al viejo Ariosto, no podemos acompañar continuamente a cada protagonista de nuestro drama.

XVIII

¡Adelante! Nuestra jornada se desliza entre barrancos,
donde el cervatillo, apocado, corre junto a su madre;
donde el roble, ancho e inmenso, con sus ramas
intercepta el sol sobre el verde césped.
¡Arriba! ¡Adelante! Deliciosos senderos
para caminar cuando llamea el sol.

Etterick Forest.

Cuando Cedric *el Sajón* vio caer sin sentido a su hijo en el torneo de Ashby, su primer impulso fue ordenar a sus sirvientes que cuidaran de él. Pero se le hizo un nudo en la garganta. Le faltó empuje para reconocer delante de tanta gente al hijo repudiado y desheredado. Sin embargo, ordenó a Oswald que no le perdiera de vista y le dio instrucciones para que, junto con dos de sus siervos, llevaran a Ivanhoe a Ashby tan pronto como la muchedumbre se hubiera dispersado. En efecto, la multitud se dispersó, pero el caballero no aparecía por ningún lado.

El copero de Cedric buscó en vano a su joven amo…, pudo ver la mancha de sangre marcando el lugar donde había caído, pero no había ningún otro rastro; parecía como si las hadas se lo hubieran llevado por los aires. Quizá Oswald (dado que los sajones eran muy supersticiosos) hubiera dado crédito a tal hipótesis para explicar la desaparición de Ivanhoe, de no haber reparado en un personaje vestido de escudero, cuya fisonomía reconoció como perteneciente a su compañero de servicio Gurth. Preocupado y ansioso por conocer la suerte de su amo, y desesperado por la súbita desaparición, el transformado porquerizo le buscaba por todas partes y, ocupado en ese trabajo, había olvidado el necesario disimulo del cual dependía su propia seguridad. Oswald creyó un deber reducir a Gurth, por tratarse de un fugitivo cuya suerte debía decidir su amo.

Reanudando sus pesquisas para esclarecer la suerte que hubiera podido correr Ivanhoe, la única información que pudo recoger fue que el caballero había sido atendido con especial cuidado por unos criados muy bien vestidos y colocado en una litera perteneciente a una de las damas asistentes al torneo. Ésta le había sacado de inmediato de entre los apretujones de la gente. Oswald, cuando hubo obtenido esta información, resolvió reunirse con su amo para recibir nuevas instrucciones y se llevó con él a Gurth, al que en cierto modo tenía por un desertor del servicio de Cedric.

El Sajón estuvo afectado por unos temores mortales respecto a su hijo, porque la naturaleza había recuperado sus derechos a pesar del patriótico estoicismo que intentaba derrotarla. Pero tan pronto como supo que Ivanhoe estaba en buenas y

probablemente amistosas manos, la ansiedad paterna, excitada por lo incierto de lo que le hubiera podido suceder, cedió de nuevo al sentimiento del orgullo ultrajado y al resentimiento de lo que el Sajón calificaba de desobediencia filial.

—Que siga su camino —dijo—. Que le laman las heridas aquéllos de quienes las recibió. Está más hecho a efectuar las payasadas de los caballeros normandos que no a mantener la fama y el honor de sus antepasados con las antiguas armas empleadas en su país.

—Si por mantener el honor de los antepasados —dijo Rowena, que se hallaba presente—, se entiende ser sabio en el consejo y decidido en los hechos, ser el más bravo entre los bravos y el más gentil entre los gentiles, no creo que nadie, salvo su padre, alce la voz…

—¡Silencio, lady Rowena! Es éste el único extremo sobre el que no os he de hacer caso. Preparaos para la fiesta del príncipe: hemos sido invitados con tanta cortesía y se nos ha hecho tanto honor como nunca lo habían hecho los altivos normandos a ninguno de nuestra raza desde el fatal día de Hastings. Allí he de acudir aunque sólo sea para demostrar a estos normandos orgullosos cuán poco puede afectarle a un sajón la suerte de un hijo que ha sabido derrotar a los más bravos de entre ellos.

—Allí —dijo lady Rowena— yo no acudiré, y os ruego que os andéis con cuidado, que lo que vos calificáis como valor y constancia no sea considerado como dureza de corazón.

—Entonces, quédate en casa, desagradecida dama —contestó Cedric—; tú eres la que tiene duro el corazón, ya que sacrificas el destino de un pueblo oprimido a un afecto enfermizo y por mí desautorizado. Buscaré al noble Athelstane y con él asistiré al banquete de Juan de Anjou.

Y de acuerdo con estas palabras, acudió al banquete del cual ya hemos relatado lo principales incidentes. Inmediatamente después de haber abandonado el castillo, los señores sajones montaron a caballo cuando Cedric posó lo ojos por primera vez sobre Gurth, el desertor. El noble sajón, como sabemos, había abandonado la mesa del banquete no de muy buen humor, y sólo necesitaba de un pretexto para descargar su ira sobre alguien.

—¡Los grilletes! —gritó—. ¡Los grilletes! ¡Oswald! ¡Hundebert! ¡Perros villanos! ¿Por qué tenéis a este bribón sin maniatar?

Sin atreverse a contestar, los compañeros de Gurth le ataron con una correa por ser la ligadura que tenían más a mano. Éste no se atrevió a protestar; se limitó a dirigir una mirada cargada de reproche a su amo y dijo:

—Esto me sucede por amar vuestra carne y vuestra sangre más que la mía propia.

—¡A caballo y adelante! —dijo Cedric.

—De veras que ya era hora —dijo el noble Athelstane—; porque de no ir a todo galope, la colación que nos tendrá preparada el estimado abad Waltheoff se echará a perder.

Sin embargo, los caballeros se dieron tanta prisa que llegaron al convento de San Withold antes de que la temida catástrofe sucediera. El abad, también de ascendencia sajona, recibió a los nobles con la cuantiosa y exuberante hospitalidad de los de su país para con los viajeros nocturnos. No se separaron del reverendo anfitrión a la mañana siguiente sin haber compartido con él un suntuoso desayuno.

Mientras la comitiva abandonaba el patio del monasterio, se produjo un incidente que en cierto modo alarmó a los sajones, los cuales, entre todos los pueblos de Europa, eran lo más observadores de augurios. Los normandos, siendo una raza producto de mezclas, y más infortunada de los relativos conocimientos de la época, habían perdido la mayoría de prejuicios supersticiosos que sus antepasados habían traído consigo de Escandinavia, y se jactaban de opinar libremente sobre estos asuntos.

En la presente ocasión, el temor a un peligro inminente fue motivado por un mal agüero tan inquietante como un perro negro grande; éste, con las patas delanteras levantadas, comenzó a aullar lastimeramente cuando los primeros jinetes cruzaron la puerta. Les siguió ladrando salvajemente, mientras brincaba de una a otra parte como si tuviera intención de unirse a la partida.

—No me gusta esta música, padre Cedric —dijo Athelstane, pues acostumbraba a aplicarle este título en señal de respeto.

—Tampoco a mí, tío —dijo Wamba—; y mucho me temo que deberemos pagar al gaitero.

—En mi opinión —dijo Athelstane cuya memoria se encontraba estimulada por la excelente cerveza del abad (la comarca de Burton debía su fama a esta bebida)—, mejor será que nos volvamos y hagamos compañía al abad hasta la tarde. Trae mala suerte viajar cuando en vuestro camino se cruza un monje, una liebre o un perro aullando, y no se deshace el maleficio hasta que no habéis consumido la próxima comida.

—¡Adelante! —gritó Cedric con impaciencia—; demasiado corto es ya el día para la jornada que nos espera. En cuanto al perro, sé bien que se trata del chucho de Gurth, el esclavo fugitivo; también fugitivo y tan inútil como su dueño.

Al decir esto, se afianzó en los estribos e, impaciente como estaba por la interrupción de su viaje, lanzó su jabalina al pobre *Fangs*. Porque se trataba de *Fangs*, que había seguido el rastro de su amo durante su disimulado viaje, lo había perdido en el tumulto y se regocijaba ahora de su reaparición con alegría incontrolable. La jabalina hirió la espalda del animal y poco faltó para que no lo clavara en el suelo, por lo que *Fangs* desapareció volando de la presencia del irritado caballero. También quedó herido el corazón de Gurth, ya que más daño le hizo este premeditado intento de degollar a su perro que el rudo trato a que él mismo había sido sometido. Habiendo intentado en vano llevarse las manos a los ojos, le dijo a Wamba, que tras observar el mal humor de su amo se situó prudentemente a retaguardia:

—Te ruego que tengas la amabilidad de secarme los ojos con el borde de tu manto; me molesta el polvo del camino y estas ataduras no me dejan valerme por mí mismo.

Wamba le concedió el favor y cabalgó a su lado, mientras Gurth guardaba silencio y compostura. Al fin no pudo contener sus sentimientos por más tiempo.

—Amigo Wamba —dijo—, de entre todos los que están tan locos como para servir a Cedric, sólo tú posees suficiente destreza para hacerle aceptar tu locura. Anda, ve y dile que ni con muestras de afecto ni con amenazas conseguirá que Gurth le sirva de ahora en adelante. Puede decapitarme de un golpe, puede despellejarme, puede cargarme de cadenas, pero nunca podrá obligarme ni a amarle ni a obedecerle. Por eso ve y dile que Gurth, el hijo de Beowulph, renuncia a su servicio.

—Puedes tener por cierto —contestó Wamba—, que aunque loco, no aceptaré esta comisión que sólo un chiflado haría. Cedric tiene otra jabalina en su cinturón y tú sabes que no siempre yerra el blanco.

—Me tiene sin cuidado —replicó Gurth—. Cuanto más pronto acierte, mejor. Ayer abandonó a mi joven amo, Wilfred, yaciendo en su propia sangre. Hoy ha intentado matar, ante mis ojos, a la única criatura viviente que me ha demostrado alguna amabilidad. Por san Edmund, san Dunstan, san Withold, san Eduardo *el Confesor* y por todos los santos sajones del calendario —(porque Cedric nunca juraba por nada que no fuera de linaje sajón y su servidumbre mantenía la devoción en estos límites)—, ¡nunca he de perdonarle!

—En mi opinión —dijo Wamba, que no pocas veces ejercía las funciones de apaciguador—, creo que nuestro amo no se proponía herir a *Fangs*, sino sólo asustarle. No sé si te fijaste que se levantó sobre los estribos como si intentara que el tiro pasara por encima del blanco. Y así hubiera sido de no haber saltado *Fangs* en el mismo momento recibiendo por lo tanto un ligero arañazo que podré curar con media onza de ungüento.

—Si pudiera creerlo así —contestó Gurth—, solamente con que pudiera pensar que fue así…, pero no. Vi que la jabalina iba bien dirigida, la oí cruzar el aire, silbando con toda la malicia despiadada del que la disparó y también la vi vibrar cuando se clavó en tierra como si le supiera mal haber fallado el blanco. ¡Por el báculo de san Antonio, abandono su servicio!

Y con estas palabras, el indignado porquerizo recobró su callado talante, del que no pudieron sacarle los repetidos esfuerzos y bromas del bufón.

Mientras tanto, Cedric y Athelstane, los jefes de la comitiva, mantenían una animada conversación sobre la situación de las tierras, las disensiones internas de la familia real, las riñas y cuestiones que dividían a los nobles normandos y también sobre las probabilidades que tenían los sajones de sacudirse el yugo normando o por lo menos alcanzar la consideración nacional o la independencia, como consecuencia de las convulsiones intestinas que parecía se derivaban de todo ello. Ante esta última probabilidad, Cedric se mostraba en plena animación. La independencia de su pueblo

constituía la principal preocupación de su corazón, y para su logro había sacrificado de buena gana su felicidad doméstica y los intereses de su propio hijo. Sin embargo, para conseguir este objetivo con éxito, era preciso que los ingleses nativos se mantuvieran unidos y que actuaran a las órdenes de un jefe natural y reconocido por todos ellos. La necesidad de escoger un jefe de sangre real sajona no era únicamente evidente de por sí, sino que había sido la solemne condición impuesta por todos aquéllos a los que Cedric había hecho partícipes de sus planes y secretas esperanzas. Athelstane tenía por lo menos esta condición, y aunque no reunía sino pocos complementos mentales o talentos especiales que le recomendaran como jefe, era persona de buen carácter, estaba acostumbrado a los ejercicios militares y parecía dispuesto a escuchar las recomendaciones de consejeros más prudentes que él. Y, sobre todo, tenía fama de liberal y hospitalario y se le suponía buena persona. Pero fueran las que fueran las pretensiones que tuviera Athelstane respecto a ser considerado el jefe de la confederación sajona, muchos de ellos preferían a lady Rowena, descendiente directa de Alfredo *el Grande*, y cuyo padre había sido un jefe de renombre por su sabiduría, valor y generosidad, por todo lo cual su memoria era tenida en alta estima por sus oprimidos compatriotas.

De quererlo, no le hubiera resultado difícil a Cedric colocarse a la cabeza de un tercer partido tan formidable como cualquiera de los otros dos restantes. Para contrapesar la cantidad de sangre real tenía valor, energía y, sobre todo ello, una gran devoción a la causa que le había valido el epíteto de *el Sajón*. Por otra parte, su linaje no era inferior a ninguno, excepción hecha del de Athelstane y el de su pupila. De todos modos, todas estas cualidades no se empañaban lo más mínimo por la menor sombra de egoísmo, y en vez de dividir aún más a su debilitado pueblo, formando un tercer partido, era uno de los principales objetivos del plan de Cedric eliminar a uno de los ya existentes haciendo posible un matrimonio entre Rowena y Athelstane. La atracción mutua que sentían su pupila y su hijo se levantó como un obstáculo para su proyecto favorito… y he aquí la causa original del destierro de Wilfred.

Cedric adoptó esta medida extrema confiando que la ausencia de Wilfred sea motivo de desengaño para Rowena, que entonces dirigiría sus preferencias en otro sentido. Pero aquella esperanza se vio defraudada. Cedric, que consideraba el nombre de Alfredo *el Grande* como el de una deidad, había tratado a la única rama viviente del gran monarca con tantas atenciones como raramente eran tributadas en aquellos días a las princesas reconocidas. Los deseos de Rowena habían sido casi siempre órdenes, y Cedric, como si estuviera empeñado en que su soberanía se manifestara aunque sólo fuera en aquel pequeño feudo, parecía orgulloso de actuar como el primero de sus súbditos. Acostumbrada de este modo a imponer no sólo su libre deseo sino su autoridad despótica, Rowena estaba dispuesta a oponerse y mostrarse herida ante cualquier intento de controlar sus afectos o de disponer de su mano en contra de sus sentimientos. Quería hacer patente su independencia en aquellas ocasiones en que, incluso las hembras que han sido educadas en la obediencia y la

sujeción, con frecuencia muestran insospechadas aptitudes para contestar la autoridad de sus padres y guardianes. Confesaba claramente las opiniones que en ella arraigaban y Cedric, que no podía librarse del hábito de respetarla y hacerle caso, se veía impotente para reforzar su autoridad de guardián.

En vano trató de deslumbrarla con la visión de un futuro trono. Rowena, que era poseedora de un gran sentido común, no consideraba su plan ni posible ni deseable por lo que a ella hacía referencia. Sin intentar disimular su preferencia por Wilfred de Ivanhoe, declaró sin ambages que si dicho caballero era descartado, se refugiaría en un convento antes que compartir un trono con Athelstane, al cual siempre había despreciado y al que ahora, debido a los disgustos que por su causa se le ocasionaban, empezaba verdaderamente a detestar.

De todos modos, Cedric contaba con la inconstancia femenina, y por eso persistía en su propósito y se valía de cualquier medio que estuviera a su alcance para realizar la unión deseada, con la cual creía rendir un importante servicio a la causa sajona.

Por eso, consideraba la súbita y romántica aparición de su hijo en el torneo de Ashby como un golpe de muerte para sus esperanzas. Su afecto paternal, en principio ganó la partida al orgullo y al patriotismo; pero poco después hicieron de nuevo presa de su espíritu con ímpetu, y bajo su acción conjunta se decidió a realizar el último esfuerzo para unir las vidas de Athelstane y Rowena, al mismo tiempo que tomaba otras medidas consideradas por él imprescindibles para lograr la restauración de la independencia sajona.

Entonces puso especial empeño para convencer a Athelstane, aunque bien tenía razones para lamentarse, como Hotspur; le preocupaba que semejante «cazo de leche cortada» tuviera que servir para alimentar acción tan honrosa. Athelstane era bastante vanidoso y le encantaba que halagaran sus oídos con historias referentes a su alcurnia; así como de los derechos que tenía por nacimiento a la soberanía y al vasallaje, pero esta mezquina vanidad se contentaba con el homenaje de sus servidores y de aquellos sajones que le trataban más asiduamente. Si por una parte no carecía de valor para enfrentarse al peligro, por otra no se molestaba en ir a su encuentro. Si bien estaba de acuerdo con los principios generales expuestos por Cedric, sobre todo los que hacían referencia a los derechos de independencia tantas veces invocados por los sajones, y su convencimiento llegaba a límites extremos cuando se aludía a sus propios derechos como soberano una vez lograda la independencia, la discusión cambió de cariz una vez se pusieron en debate los diferentes medios de asegurarlos, y entonces demostró una vez más ser Athelstane *el Indeciso*, lento, irresoluto, débil y sin iniciativa. Las cálidas y apasionadas exhortaciones de Cedric hacían tan poco efecto, incapaces de penetrar en temperamento impasible, como balas incandescentes arrojadas contra el agua; a lo más producen un poco de ruido, una nubecilla de humo y se extinguen al momento.

Y así, abandonando esta tarea, que podría ser comparada a la de espolear un asno fatigado, Cedric se dirigía a su pupila Rowena; pero no conseguía mayores

satisfacciones. Precisamente cuando interrumpió con su presencia la conversación entre la señora y la doncella preferida, que versaba sobre la galantería y el destino de Wilfred, Elgitha no dejó de vengar a su dueña y mencionó la caída de Athelstane en la liza, único acontecimiento desagradable que hería violentamente los oídos de Cedric. Debido a estas circunstancias, la jornada se le mostraba desagradable e incómodo en alto grado, y el testarudo sajón maldijo en más de una ocasión el torneo, al que lo había evocado y a su propia locura, que le había impulsado a acudir a él.

Al mediodía, por indicación de Athelstane, los viajeros se detuvieron en un sombreado claro del bosque. Cerca de una fuente dieron reposo a los caballos, mientras los miembros de la comitiva compartían algunas de las provisiones con que el hospitalario abad había cargado una de las acémilas. La comida duró largo tiempo, y las frecuentes interrupciones les impedían llegar a Rotherwood a menos que cabalgaran la noche entera. Por tanto, decidieron proseguir el camino a un paso más rápido.

XIX

Aparece una formación de hombres armados
que escoltan, por las palabras escuchadas,
a alguna noble dama.
Cabalgan para encontrar el abrigo y descanso
a sus jornadas, allá en alguna torre almenada.

ORRA: *Una tragedia*.

Los caminantes habían alcanzado el extremo de un terreno boscoso y se disponían a penetrar en su espeso laberinto, considerado por aquellos tiempos como muy peligroso debido al gran número de bandidos que ocupaban las selvas, y a los que tanto la pobreza como las injusticias habían puesto al borde de la desesperación. Las cuadrillas eran tan numerosas que les resultaba fácil desafiar a la débil policía de la época. Cedric y Athelstane, de todos modos, se consideraban a salvo de los fuera de la ley, pese a que hubiera anochecido, pues disponían de diez criados a su servicio, además de Wamba y Gurth, con los que no se podía contar, siendo bufón el uno y prisionero el otro. Cabe añadir que tanto Cedric como Athelstane confiaban más en su condición y rango que en su valor. Los bandidos, a quienes la severidad de las leyes de caza habían reducido a un desesperado modo de vida, en su mayoría eran campesinos y monteros de ascendencia sajona; por lo general respetaban las personas y propiedades de sus compatriotas.

Cuando los viajeros reanudaron su camino, repetidos gritos de socorro alarmaron sus monturas. Rápidamente golpearon al sitio de donde provenían las voces y hallaron una litera abandonada en el suelo. A su lado se encontraba una joven ricamente vestida al estilo judío, mientras un anciano, cubierto con un gorro amarillo, se paseaba de arriba abajo haciendo gestos que expresaban la más profunda desesperación. Con rabia se retorcía las manos, hundiendo la cabeza en sus cansados hombros.

A las preguntas de Athelstane y de Cedric, el viejo judío sólo pudo por algún tiempo contestar invocando la protección de todos los patriarcas del Antiguo Testamento, uno tras otro, contra los hijos de Israel, que se acercaban para aniquilarles a punta de espada. Cuando empezó a volver en sí, recuperado del terror agónico, Isaac de York (porque se trataba de nuestro viejo amigo), pudo al fin explicar que había alquilado una escolta de seis hombres de Ashby, así como unas mulas para transportar a un amigo enfermo. La compañía se había comprometido a escoltarles hasta Doncaster. Sin embargo, habiendo sido informados por un leñador que una nutrida gavilla de bandidos se escondía en aquel bosque al acecho de

posibles presas, los mercenarios de Isaac no sólo se habían dado a la fuga, sino que también se habían llevado las caballerías. Dejaron al judío y a su hija abandonados, sin medios para la defensa y a merced de los bandidos, quienes, de encontrarles, sin duda les hubieran asesinado.

—Suplico a vuestras mercedes —dijo Isaac con un tono de profunda humildad— me concedan el favor de que los pobres judíos puedan viajar bajo vuestra protección. Juro, por las Tablas de la Ley, que jamás ningún favor le ha sido concedido a un hijo de Israel, desde los días de nuestro cautiverio, que pueda ser reconocido con tanta gratitud.

—¡Perro judío! —dijo Athelstane, que gozaba de un prodigiosa memoria y de una naturaleza tan mezquina que recordaba toda clase de ofensas—. ¿Acaso olvidaste tu porte insolente en las gradas del torneo? Huye, pelea o compórtate con los bandidos del mismo modo que lo hiciste en las gradas del palenque. No nos pidas ayuda ni compañía, y si los bandidos sólo roban a la gente de tu calaña, que por otra parte a todo el mundo roba, a partir de este momento yo les tendré por gente honrada.

Cedric desaprobó las severas frases de su compañero.

—Mejor fuera —dijo— prestarles dos de nuestros criados con sus respectivas monturas para que les condujeran al próximo pueblo. En poco disminuirán nuestras fuerzas y con vuestra poderosa espada, noble Athelstane, y la ayuda de los restantes servidores no será difícil hacer frente a veinte de estos forajidos.

Rowena, alarmada por la posibilidad de un encuentro con los bandidos armados, secundó la proposición de su tutor. Sin embargo, Rebeca, repentinamente, abandonó su estado de postración y, abriéndose camino entre los sirvientes hasta llegar al palafrén de la dama sajona, se arrodilló y besó la parte inferior del vestido de Rowena, siguiendo la costumbre oriental. Después se incorporó y mientras despejaba su rostro del velo, le imploró en nombre del Dios que ambas adoraban y de la revelación de la Ley en el Monte Sinaí, en la cual ambas creían, que tuviera compasión y les permitiera continuar bajo su protección.

—No imploro el favor para mí —dijo Rebeca—, ni siquiera para este pobre anciano. Sé que robar y engañar a nuestra nación es una falta leve, si no meritoria, para los cristianos; pero ¿qué nos importa a nosotros si ocurre en la ciudad, en el desierto o en el campo? Bien; suplico vuestra protección en nombre de un héroe querido por muchos, hasta por vos. De ahí que pida que este héroe, por otra parte herido y enfermo, sea trasladado con todo cariño y cuidado bajo vuestra protección. Porque si por cualquier circunstancia algo malo le sucediera, no hay duda de que el último momento de vuestra vida se vería emponzoñado por el remordimiento.

El tono noble y solemne de la voz de Rebeca causó un doble efecto en la hermosa sajona.

—El hombre es viejo y débil —le dijo a su tutor—, la doncella joven y hermosa; mientras que su amigo se encuentra enfermo y su vida peligra. Aunque sean judíos no podemos abandonarles en esta tribulación. Que descarguen dos de las acémilas y que

dos siervos se ocupen de la carga. Las mulas tirarán de la litera y cederemos los caballos al anciano y su hija.

Cedric aceptó la proposición de buen grado. Athelstane puso por condición que viajaran a retaguardia de la comitiva, donde Wamba podría protegerles con su escudo de piel de verraco.

—He perdido mi escudo en el palenque —contestó el bufón—, como tantos otros caballeros que me aventajan en el manejo de las armas.

Athelstane se puso colorado, porque eso le había sucedido a él durante el último día del torneo. Mientras, Rowena, complacida por la indirecta que consideraba como justa respuesta a la brutal broma de su insensible pretendiente, pidió a Rebeca que viajara a su lado.

—No debo aceptar, señora —contestó Rebeca con orgullosa humildad—; mi compañía podría ocasionaros alguna desgracia.

Mientras hablaban, ya se había efectuado el traslado de equipajes, pues la simple palabra «bandidos» espabilaba a todos. Durante el barullo, Gurth había descabalgado y aprovechó la confusión para pedirle al bufón que aflojara sus ataduras. Wamba, intencionadamente, le había atado de tal modo que Gurth no tuvo ninguna dificultad en librar sus brazos de las cuerdas. Entonces, deslizándose hacia la espesura, consiguió escapar.

La confusión era considerable y se tardó algún tiempo antes de que se echara de menos a Gurth; como había sido puesto bajo la custodia de un sirviente, cada uno de ellos creía que era otro el que se cuidaba de vigilarle. Cuando empezó a correr la voz de que Gurth había desaparecido, estaban todos tan absortos esperando un ataque de los bandidos, que no creyeron oportuno dar ninguna importancia al hecho.

La vereda que había seguido la comitiva era tan estrecha que no permitía el paso más que de dos jinetes. Descendía hacia un arroyo de riberas quebradas y fangosas, de sauces enanos. Cedric y Athelstane, que encabezaban el cortejo, comprendieron que de continuar por aquel estrecho paso corrían el riesgo de ser atacados. Sin embargo, como apenas tenían alguna experiencia en hechos de guerra, no se les ocurrió nada mejor que pasar por el desfiladero lo más rápidamente posible. Avanzaban en desorden y los criados no acababan de cruzar la torrentera, cuando en aquel instante fueron atacados de frente, por los flancos y en la retaguardia con tal ímpetu que resultó imposible ofrecer ninguna resistencia eficaz. Se percibió un gran tumulto y unas voces potentes: «¡Un dragón blanco! ¡Un dragón blanco…! ¡San Jorge para la alegre Inglaterra!». Aquellos gritos de guerra brotaban por todos lados, proferidos por los que se suponía bandidos sajones… y también por todas partes aparecieron enemigos con tanta capacidad de maniobra que su número parecía multiplicarse.

A causa de aquella rápida operación los dos jefes sajones cayeron prisioneros, cada uno de ellos en circunstancias que ponían en evidencia su respectivo modo de ser. Cedric, en el momento que localizó a un enemigo, le lanzó la jabalina, la cual fue

más eficaz que la que había disparado contra *Fangs*, pues casi dejó clavado en una encina a uno de los enemigos. Después, picó espuelas embistiendo a un segundo asaltante con la espada desenvainada; descargó un mandoble con gran furia, pero la mala suerte hizo que tropezara con una rama extendida sobre su cabeza, quedando desarmado por la fuerza de su propio golpe. De inmediato fue hecho prisionero y derribado del caballo. Athelstane se le unió en su cautiverio, puesto que a su caballo lo sujetaron por la brida y el jinete fue desmontado por la fuerza antes de que pudiera desenvainar su arma y disponer una defensa efectiva.

Los sirvientes, embarazados por el equipaje, sorprendidos y aterrorizados por la suerte de sus amos, fueron presa fácil. Lady Rowena, en el centro de la comitiva, y el judío y su hija a retaguardia sufrieron la misma desgraciada suerte.

De todo el cortejo nadie pudo escapar sino Wamba, pues en esta ocasión mostró más valor que los que pretendían aventajarle en seso. Se apoderó de la espada de uno de los sirvientes, realizó con ella varios molinetes como un verdadero león, consiguió hacer retroceder a unos bandidos que le atacaban e hizo un bravo pero inútil intento de socorrer a su amo. Al verse desbordado, saltó por fin a un caballo y galopó hacia la espesura, protegido por la confusión general. De este modo consiguió escapar.

A pesar de todo, tan pronto como se supo a salvo, el valiente bufón dudó más de una vez respecto a si regresar y compartir el cautiverio de su amo, al que apreciaba sinceramente.

—He oído hablar de las ventajas de la libertad —se decía—, pero me gustaría que alguien me enseñara qué puedo hacer ahora que soy libre.

Pronunció estas palabras en voz alta, y al instante oyó que le estaban llamando muy quedo y con precaución:

—¡Wamba! —Y, al mismo tiempo, un perro al que reconoció, pues era *Fangs*, saltó a su alrededor y empezó a lamerle.

—¡Gurth! —contestó Wamba con el mismo cuidado, e inmediatamente el porquerizo apareció ante él.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué significan estos gritos y este golpear de espadas?

—Cosas de nuestros días —dijo Wamba—; hicieron prisioneros a nuestros amos.

—¿A nuestros amos? ¿A qué amos te refieres? —exclamó Gurth con impaciencia.

—Milord y milady, y Athelstane; también Humbert y Oswald.

—¡En el nombre de Dios! —dijo Gurth—; ¿cómo han podido caer prisioneros… y de quién?

—Nuestro amo estaba dispuesto para la pelea —dijo el bufón—; Athelstane estaba desprevenido y a los demás les ocurría lo mismo. Ahora son prisioneros de las casacas verdes y de los negros antifaces; todos ellos yacen sobre la verde hierba como las algarrobas que esparces a tus cerdos —añadió el honrado bufón—. Me daría risa si pudieran las risas sustituir mi llanto —entonces derramó lágrimas de sincera pena. Las facciones de Gurth se suavizaron.

—Wamba —dijo—, tienes un arma y has demostrado que tu corazón es más fuerte que tu sesera; solamente somos dos…, pero dos hombres dispuestos, si atacan por sorpresa, pueden conseguir el éxito. ¡Sígueme!

—¿Adónde, y con qué propósito? —preguntó el bufón.

—Debemos rescatar a Cedric.

—Pero si apenas hace un instante has renunciado a su servicio —dijo Wamba.

—¡Oh, oh! —contestó Gurth—. Esto fue cuando la fortuna le sonreía. ¡Sígueme!

Hubieran acometido tal dislate si, surgiendo de pronto a su lado una persona, no les hubiera dado el alto. A juzgar por sus armas y por su vestimenta, Wamba hubiera podido conjeturar que se trataba de uno de los que habían asaltado a su amo. Pero además de no llevar máscara, el rico tahalí que le cruzaba la espalda y el brillante cuerno de caza que sostenía, así como también el tranquilo e imperativo tono de voz puesto en sus modales, le permitió a pesar de la oscuridad, reconocer a Locksley, el montero que había salido victorioso en la prueba del arco a pesar de las desfavorables circunstancias.

—¿Qué significa este jaleo? —preguntó—. ¿Quién se atreve a atacar, raptar y hacer prisioneros en estos bosques?

—Puedes comprobar quiénes son por sus casacas —dijo Wamba—. Comprobarás si son o no de tu misma ralea…, porque se parecen tanto a la tuya como un guisante verde a otro.

—Pronto he de averiguarlo —contestó Locksley—. Os recomiendo, bajo peligro de muerte, que no os mováis de este punto hasta que yo regrese. Obedecedme y saldréis ganando, tanto vuestros amos como vosotros. Quietos, debo disfrazarme como ellos en la medida que sea posible.

Al decir esto, se desembarazó del tahalí y del cuerno, arrancó la pluma de su birrete y encomendó a Wamba que guardara sus pertenencias; entonces sacó un antifaz y, repitiendo sus anteriores recomendaciones, se dispuso a poner en práctica sus propósitos de reconocimiento.

—¿Debemos quedarnos quietos, Gurth? —preguntó Wamba—. ¿O será mejor poner pies en polvorosa? Según mis sesos de loco, demasiado dispuesto tenía el uniforme de ladrón para una persona honrada.

—¡Aunque fuera el mismo diablo! —dijo Gurth—; y creo que lo es. Pero no empeorará nuestra suerte si esperamos a que regrese. Si pertenece a la cuadrilla ya les habrá dado aviso y no nos ha de servir de nada ni luchar ni huir. Ademas, no hace mucho aprendí que los bandidos vagabundos no son la peor gente con que puedas tener tratos en este mundo.

El montero regresó a los pocos minutos.

—Amigo Gurth —dijo—, me he confundido con aquellos hombres y ya sé a quién sirven y adónde se dirigen. Creo que no hay ninguna probabilidad de que maltraten a los prisioneros. Bien; si en este momento les atacaran tres hombres cometerían poco más que una locura; como buenos soldados saben lo que se traen

entre manos y han colocado centinelas que les avisarán en cuanto alguien se les acerque; pero confío en reunir en poco tiempo tal cantidad de hombres que pueda entonces menospreciar sus precauciones. Los dos sois sirvientes y, según creo, fieles a Cedric *el Sajón*, amigo de los derechos de los ingleses. No han de faltar manos inglesas para ayudarle en esta coyuntura. Por lo tanto, venid conmigo mientras consigo más ayuda.

Anduvieron con prisa internándose en el bosque, en angustiosos resoplidos por parte del bufón y del porquerizo. No era propio del carácter de Wamba viajar en silencio.

—Creo —dijo, mirando el tahalí y el cuerno de los que todavía era portador—, que he visto el arco que ganó este hermoso premio, y desde luego no hace de ello tanto tiempo como de las Navidades.

—Y yo —dijo Gurth— creo haber oído la voz del buen montero que lo ganó, que es la misma tanto de noche como de día, y que la luna no ha envejecido tres días desde que la oí.

—Mis honrados amigos —replicó el montero—, quién o lo que soy importa muy poco ahora; si consigo liberar a vuestro amo tendréis razones suficientes para considerarme el mejor amigo que habréis tenido en la vida. Y acerca de si soy conocido por un nombre o por otro, o si puedo tensar un arco mejor o peor que un pastor de vacas, o si me place pasear a la luz de la luna o a la luz del sol, son cuestiones que, por no ser de vuestra incumbencia, tampoco deben calentaros la cabeza.

—Nuestras cabezas están en la boca del león —le susurró Wamba a Gurth—; saquémoslas como podamos.

—Chitón…, cállate —dijo Gurth—. No le ofendas con tus estupideces y salvaremos el pellejo.

XX

Cuando el otoño va alargando las noches
y brilla en la selva, como perdido, el sol de la tarde,
¡qué dulce suena al oído
del peregrino lo que va cantando!

Las notas enriquecen su fervor,
y del fervor de las notas toma el canto.
El sol parece subir como el ave,
desde la ermita al cielo.

El ermitaño del pozo de San Clemente.

Después de tres largas horas de andar a buen paso, los sirvientes de Cedric llegaron con su misterioso guía a un pequeño claro del bosque. Allí se alzaba una poderosa encina de enormes proporciones, con su ramaje extendido en todas direcciones. Bajo aquel árbol, cuatro o cinco monteros estaban echados en el césped, mientras otro, como centinela, se paseaba arriba y abajo bañado por la luz de la luna.

En cuanto oyó ruido de pasos, el centinela dio la voz de alarma y los que dormitaban se levantaron casi al mismo tiempo y tensaron sus arcos, apuntando sus flechas al punto por donde se aproximaban los viajeros. Al reconocer al guía, le saludaron con muestras de afecto y respeto, desvaneciéndose los síntomas de temor.

—¿Dónde está Miller? —fue la primera pregunta.

—En camino hacia Rotherham.

—¿Con cuántos hombres? —preguntó el jefe, pues tal parecía ser.

—Con seis hombres y buenas esperanzas de botín, si quiere san Nicolás.

—Has hablado devotamente —dijo Locksley—. ¿Y dónde está Allan-a-Dale?

—Paseando por el callejón de Watling, vigilando al prior de Jorvaulx.

—También muy bien pensado —replicó el capitán—, ¿y dónde está el fraile?

—En su celda.

—Allí me dirijo —dijo Locksley—. Dispersaos y buscad a vuestros compañeros. Reunid a cuantos podáis porque hay caza que anda suelta y debe ser apresada y acosada sin descanso. Nos encontraremos en este mismo sitio al romper el día. ¡Un momento! —añadió—: Se me olvida lo más importante. Dos de vosotros marchad sin tardanza a Torquilstone, el castillo de Front-de-Boeuf. Una banda de presumidos, que se han disfrazado como nosotros, se encaminan hacia aquel lugar con algunos prisioneros. Debéis vigilarlos de cerca, porque aunque consigan llegar al castillo antes de que podamos reunir suficientes fuerzas, nuestro honor está comprometido y

debemos castigarles, encontrando los medios para hacerlo. Por lo tanto, no les perdáis de vista y despachad al camarada de pies más ligeros para que haga correr la voz.

Prometieron obedecer y partieron ligeros a cumplir los diferentes cometidos asignados. Locksley y sus dos compañeros, que ahora le consideraban con respeto y a la vez con algún miedo, prosiguieron su camino hacia la capilla de Copmanhurst.

Cuando alcanzaron el claro donde se encontraba la reverenda aunque ruinosa capilla, con su ermita tan propicia a la devoción ascética, Wamba murmuró al oído de Gurth:

—Si ésta es la guarida de un ladrón, confirma el viejo proverbio: «Cuanto más cerca de la iglesia, más lejos de Dios». Y por mi caperuza, creo que es cierto. ¡Escuchad las irreverentes oraciones que cantan en la ermita!

Efectivamente, el anacoreta y su huésped interpretaban, con toda la fuerza de sus poderosos pulmones, una antigua canción de taberna:

Ven, acércame el cuenco marrón;
bravo muchacho.
Ven, acércame el cuenco marrón:
Alegre Jenkin, eres un bribón cuando bebes.
¡Ven, tráeme el cuenco, tráeme el cuenco marrón!

—No está mal cantado —dijo Wamba haciendo algunos gorgoritos para adornar el coro—. Pero ¿quién, en el nombre del santo, hubiera podido esperar oír canción tan descarada procedente de una celda ermitaña y a medianoche?

—Yo sí podía imaginarlo —dijo Gurth—, porque el alegre clérigo de Copmanhurst es muy conocido y mata la mitad de los venados que se roban por estos contornos. Se dice que el guardabosque se ha quejado a su oficial y que será despojado de sayo y birrete si no se reporta.

Mientras hablaban, los fuertes y repetidos golpes que Locksley daba a la puerta llamaron al fin la atención del anacoreta y de su huésped.

—Por nuestras cabezas —dijo el ermitaño, cortando en seco una de sus florituras vocales—, han llegado más huéspedes nocturnos. No me gustaría, por mi birrete, que nos hallaran dedicados a estos trabajos. Cada hombre tiene su enemigo, buen señor Holgazán, y no faltan los maliciosos capaces de transformar el hospitalario refrigerio que os he ofrecido por espacio de tres horas en una juerga completa y aguda borrachera, vicios totalmente ajenos a mi oficio y aficiones.

—¡Viles calumniadores! —replicó el caballero—, me gustaría poder darles su merecido. De todos modos, santo clérigo, cierto es que todos tenemos nuestros enemigos y en estas tierras abundan aquéllos a los que prefiero hablar a través de las barras de mi yelmo que no a cara descubierta.

—Pues colocaos el yelmo, amigo Holgazán, y tan rápidamente como vuestro apodo os lo permita —dijo el ermitaño—. Mientras tanto, yo haré desaparecer estos

jarros cuyo último contenido se ha cruzado por casualidad en mi camino, y con objeto de disimular el ruido, porque, en verdad, me noto algo inseguro. Uníos al canto que ahora voy a entonar; no os preocupéis por la letra… tampoco yo la conozco muy bien.

Así diciendo, atacó un *De profundis* con voz de trueno, y protegido por el ruido de este cántico, retiró los cacharros del banquete, mientras el caballero, riendo de todo corazón y armándose al mismo tiempo, ayudaba a su anfitrión con su voz, de tanto en tanto, cuando la risa se lo permitía.

—¿Qué maitines del diablo entonáis a estas horas? —dijo una voz del exterior.

—El señor os perdone, señor viajero —dijo el ermitaño, quien, por el ruido que él mismo hacía, unido quizá a las libaciones nocturnas, era incapaz de reconocer los tonos de una voz que debía haber oído más de una vez—. Sigue tu camino en el nombre de Dios y de san Dunstan y no perturbes mis devociones y las de mi santo hermano.

—¡Fraile chiflado! —contestó la voz del exterior—. ¡Ábrele a Locksley!

—¡Estamos a salvo! Todo va bien —dijo el ermitaño a su compañero.

—Pero ¿de quién se trata? —preguntó el Caballero Negro—; me interesa saberlo.

—¿Quién es? —contestó el ermitaño—. Ya os dije que es un amigo.

—Pero ¿qué clase de amigo? Porque bien puede ser amigo vuestro y a la vez mi enemigo.

—¿Qué clase de amigo? —replicó el ermitaño—. Ésta es una pregunta más fácil de formular que de contestar. ¿Qué clase de amigo? Bueno… es… dejadme que lo piense un poco. Es el honrado guarda de quien os hablé no hace mucho.

—Sí, debe ser tan honrado guarda como tú piadoso ermitaño —replicó el caballero—. No lo pongo en duda; pero ábrele la puerta antes de que la haga saltar.

Al mismo tiempo, los perros, que al principio habían ladrado escandalosamente, debieron reconocer la voz porque repentinamente cambiaron de humor y empezaron a arañar la puerta y a gruñir como si intercedieran por él. Rápidamente, el ermitaño quitó el cerrojo y dio entrada a Locksley y a sus dos acompañantes.

—¡Hola, ermitaño! —fue la primera exclamación del montero cuando notó la presencia del caballero—. ¿Quién es el buen compañero que tienes ahí?

—Un hermano de nuestra orden —indicó el fraile moviendo la cabeza—; estuvimos ocupados durante toda la noche con nuestros rezos.

—Será un monje de la Iglesia militante, digo yo —contestó Locksley—. Hay otros muchos fuera de estos muros. Te hago saber, fraile, que debes abandonar los rosarios y coger el garrote; necesitaremos a cada uno de nuestros hombres, sea clérigo o seglar. Pero —añadió, apartándole—, ¿estás loco? ¡Admitir a un caballero al cual no conoces! ¿Has olvidado nuestras consignas?

—¡Que no le conozco! —replicó el fraile con descaro—. Le conozco tanto como el mendigo conoce su cazuela.

—Entonces, ¿cómo se llama? —preguntó Locksley.

—Se llama… —dijo el ermitaño—, se llama sir Anthony de Scrabelstone. ¡Como si yo fuera capaz de beber con alguien de quien ignoro su nombre!

—Has bebido más de lo necesario, fraile —dijo el montero—, y me temo que también has hablado más de lo conveniente.

—Buen montero —dijo el caballero, adelantándose—, no te enfades con mi alegre anfitrión. No hizo más que ofrecerme la hospitalidad que yo le hubiera obligado a darme si me la hubiera negado.

—¡Obligarme a mí! —exclamó el fraile—. Espera a que haya cambiado este sayo gris por una casaca verde; entonces si no soy capaz de voltear doce veces mi garrote sobre tu cabeza, no soy ni un verdadero clérigo ni un montero de fiar.

Mientras hablaba el fraile se despojó del sayo y comprobaron que vestía un negro coleto de ante, y ceñidos calzones de montero; se colocó con presteza una casaca verde y calzones del mismo color.

—Te ruego que me anudes estos lazos —le dijo a Wamba—. Te ganarás un buen vaso de vino seco con tu trabajo.

—Muchas gracias por el vino —dijo Wamba—; pero ¿crees que es cosa legal ayudar a un santo ermitaño a convertirse en montero pecador?

—No temas —dijo el ermitaño—; confesaré los pecados de mi gabán verde a mi sayo gris y todo de nuevo quedará en su lugar.

—¡Amén! —contestó el bufón—. Un penitente de manga ancha debe disponer de un confesor vestido de tela de saco y puede que vuestro sayo haga entrar también a mi caperuza de bufón en el negocio.

Después de estas palabras ayudó al fraile a atar los numerosos lazos.

Mientras andaban ocupados en ello, Locksley condujo al caballero a un rincón apartado y le habló de este modo:

—No lo neguéis, señor caballero. Vos sois el que decidió la victoria a favor de los ingleses sobre los forasteros, durante el segundo día del torneo de Ashby.

—¿Y qué ocurriría si tu suposición fuera cierta, buen montero? —preguntó el caballero.

—Os tendría —replicó el montero—, por un amigo de los débiles.

—Por lo menos ésta es la obligación de los verdaderos caballeros —contestó el negro campeón—; y no sería de mi agrado que se pensara lo contrario de mí.

—Pero, para mis propósitos —dijo el montero—, debierais ser tan buen inglés como caballero sin tacha, porque en verdad, lo que quiero decir atañe a los deberes de todo hombre honrado, pero mucho más especialmente a los verdaderos ingleses nacidos en Inglaterra.

—No podréis hablar con nadie —replicó el caballero—, a quien Inglaterra y la vida de cada inglés le sean más queridas que a mí.

—De veras me gustaría creerlo —dijo el montero—, porque nunca como ahora ha necesitado este país la ayuda de los que realmente lo aman. Oídme y os contaré de una empresa en la cual si sois realmente lo que aparentáis, podréis tener una parte

honrosa. Una pandilla de villanos, bribonamente disfrazados para hacer recaer la sospecha en gente honrada, se ha adueñado de la persona de un noble inglés llamado Cedric *el Sajón*, además de Athelstane de Coningsburgh y sus respectivos guardas personales, llevándolos a un castillo que hay en estos bosques, llamado Torquilstone. Os pido que, como buen inglés y buen caballero, nos ayudéis a rescatarles.

—Mis votos me obligan a hacerlo —replicó el caballero—, pero me gustaría saber quién eres tú que me pides ayuda de su parte.

—Yo soy —dijo el montero— un hombre sin nombre; pero soy amigo de mi patria y de los amigos de mi patria. Con estas referencias debéis quedar satisfecho y con más motivo cuando vos mismo deseáis conservar el incógnito. Tened la seguridad de que cuando doy mi palabra es tan segura como si calzara espuelas de oro.

—Te creo —dijo el caballero—. Estoy acostumbrado a estudiar las facciones de la gente y en las tuyas puedo leer intenciones honradas. Por lo tanto, no voy a hacerte más preguntas y me limitaré a ayudarte a liberar estos cautivos oprimidos y, una vez conseguido, confío en que podremos separarnos conociéndonos un poco más y satisfechos el uno del otro.

—Así que tenemos un nuevo aliado —le dijo Wamba a Gurth, porque una vez completamente equipado el fraile se había trasladado al otro extremo de la cabaña y oído la última parte de la conversación—. Confío en que el valor del caballero será de mejor temple que la religiosidad del ermitaño o la honradez del momento, porque este Locksley parece un ladrón de venados y el clérigo un descarado hipócrita.

—Cálmate, Wamba —dijo Gurth—. Puede que sea como supones, pero si el mismo diablo coronado me ofreciera su ayuda para rescatar a Cedric y a lady Rowena, mucho me temo que no bastaría la religión para rehusar la oferta del demonio e impedirle que se alineara a mi lado.

El fraile ya estaba equipado como un perfecto montero, con espada y broquel, arco y flechas y un buen garrote a la espalda. Abandonó su celda a la cabeza de la partida y habiendo cerrado la puerta con cuidado, depositó la llave en un escondite del dintel.

—¿Estás en perfectas condiciones para prestar ayuda —dijo Locksley— o todavía el vino hace de las suyas en tu cabeza?

—Bastaría un solo trago de la fuente de san Dunstan —dijo el fraile—. Siento un bordoneo en mi sesera y cierta inestabilidad en mis piernas, pero ahora mismo veréis cómo se me pasa.

Y se acercó a la concavidad de la peña, donde las aguas formaban al caer burbujas que brillaban a la luz de la luna, y tomó tan largo trago que pareció que intentaba dejar la fuente seca.

—¿Desde cuándo no habíais tomado un trago de agua tan formidable, santo clérigo de Copmanhurst? —preguntó el Caballero Negro.

—Nunca desde que se agujereó mi bota de vino y dejó marchar el líquido por un

orificio ilegal —contestó el fraile—, dejándome sin nada que beber a excepción del regalo de mi santo patrón.

Después, hundiendo manos y cabeza en la fuente, lavólas de toda huella de la juerga de medianoche.

De este modo refrescado y tonificado, el alegre fraile hizo girar su pesado garrote alrededor de su cabeza y sosteniéndolo solamente con tres dedos como si fuera una paja, exclamó al mismo tiempo:

—¿Dónde están estos falsos forajidos que raptan personas contra su voluntad? ¡Que me lleve el diablo si no puedo con una docena de ellos!

—¿Sabéis jurar, santo clérigo? —dijo el Caballero Negro.

—¡No me cleriguees más! —replicó el fraile, transformado—. Por san Jorge y el dragón, no soy clérigo sino cuando llevo el hábito. Cuando me veáis enfundado en mi casaca verde, bebo, juro y enamoro a cualquier campesina de West Riding.

—¡Vamos, clérigo, cállate de una vez! —dijo Locksley—. Metes más ruido que todo un convento cantando vísperas después de que el padre abad se haya ido a la cama. Vamos; vosotros también, señores míos. No publiquéis por ahí las cosas que tuvisteis ocasión de ver. Venga, debemos reunir nuestras fuerzas si queremos asaltar el castillo de Front-de-Boeuf.

—¡Qué! ¿Ha sido Front-de-Boeuf —dijo el Caballero Negro— quien ha detenido en los caminos del rey a los súbditos del rey? ¿Se ha convertido en ladrón y opresor?

—Opresor siempre lo ha sido —dijo Locksley.

—Y en cuanto a ladrón —dijo el fraile—, dudo si nunca ha sido la mitad de honrado que muchos ladrones a los que conozco.

—Muévete, fraile, y cállate —dijo el montero—, sería mejor que nos condujeras al lugar de la cita en vez de hablar lo que la decencia y la prudencia aconsejan callar.

XXI

¡Horas y años han transcurrido
desde que un hombre se sentó a esta mesa
y una lámpara brilló a su lado!
¡El tiempo, inconmensurado, parece pesar
por los siglos de los siglos;
y las voces permanecen guardadas
por los arcos oscurecidos!

ORRA: *Una tragedia*.

Mientras se tomaban tales medidas para liberar a Cedric y a sus compañeros, los hombres armados que les habían apresado conducían a toda prisa a los cautivos al lugar seguro donde querían encerrarles. Pero pronto cayó la noche y los merodeadores parecían conocer sólo superficialmente las veredas del bosque. Se vieron obligados a efectuar varias paradas y una o dos veces tuvieron que deshacer lo andado para corregir la dirección a seguir. Empezaba a amanecer cuando pudieron viajar con cierta seguridad, convencidos de que habían elegido la buena senda. Entonces recobraron la confianza y la comitiva avanzó rápidamente. Mientras, los dos jefes sostenían el siguiente diálogo:

—Ya es hora de que nos dejéis, sir Maurice —le dijo el templario a De Bracy—, para preparar la segunda parte de vuestra farsa. Vuestro próximo papel, ya lo sabéis, es el de caballero libertador.

—Lo he pensado mejor —dijo De Bracy—; no me separaré hasta que nuestra presa no esté segura en el castillo de Front-de-Boeuf. Allí haré mi aparición sin disfraz ante lady Rowena y estoy seguro de que ha de rendirse a la vehemencia de mi pasión.

—¿Y qué ha hecho cambiar vuestro plan, De Bracy? —replicó el caballero templario.

—No creo que sea de vuestra incumbencia —contestó el compañero.

—Quiero creer, señor caballero —dijo el templario—, que de todos modos este cambio en vuestros planes no sea el resultado de la desconfianza hacia mi persona, desconfianza que Fitzurse ha intentado destilar en vuestros oídos.

—Guardo mis pensamientos para mí —contestó De Bracy—. Se dice que el diablo ríe cuando un ladrón roba a otro ladrón, y ambos sabemos que aunque vomitara fuego y pez no podría lograr que un templario rompiera sus lazos.

—O que el jefe de una compañía de mercenarios —contestó el templario— imputara a un camarada y amigo la injusticia que él mismo realiza contra la

humanidad.

—Esta acusación es gratuita, además de peligrosa —dijo De Bracy—. Baste decir que conozco la conducta de la Orden del Temple y que no os daré la oportunidad de que me robéis la hermosa presa por la cual tantos riesgos he corrido.

—¡Psé! —replicó el templario—. ¿Qué tenéis vos que temer? Conocéis los votos de nuestra Orden…

—Y además muy bien —dijo De Bracy—. Y sé también cómo se respetan. Vamos, señor templario; las leyes de la galantería se interpretan muy libremente en Palestina, y éste es un caso que no confiaría a vuestra conciencia.

—Sabed la verdad, entonces —dijo el templario—. No estoy especialmente interesado en vuestra prisionera de ojos azules. Nos acompaña otra bella muchacha cuya compañía sin duda agradecería mucho más.

—¡Qué! ¿Os conformaríais con la dama de compañía? —dijo De Bracy.

—No, señor caballero —dijo el templario con altanería—. No me conformo con la dama de compañía. Hay otra presa entre los cautivos tan encantadora como la vuestra.

—¡Por la santa misa! ¡Os estáis refiriendo a la hermosa judía! —dijo De Bracy.

—Y si así fuera —dijo Bois-Guilbert—, ¿quién podría impedírmelo?

—Nadie, que yo sepa —dijo De Bracy—, excepción hecha de vuestro voto de celibato, a menos que tener comercio con una judía repugnara vuestra conciencia.

—En cuanto a mi voto —dijo el templario—, nuestro gran maestre me ha dado su dispensa. Y en lo que a mi conciencia se refiere, un hombre que ha degollado a trescientos sarracenos no tiene obligación de confesar cada pequeña caída, como si se tratara de una muchacha de pueblo en su primera confesión la víspera del Viernes Santo.

—Conocéis mejor que nadie vuestros propios privilegios —dijo De Bracy—. De todos modos hubiera jurado que vuestros pensamientos se dirigían con preferencia a la bolsa del viejo usurero que no a los negros ojos de su hija.

—Admiro ambas cosas —contestó el templario—, pero el viejo judío vale sólo la mitad. Tengo que repartir el botín con Front-de-Boeuf, como pago por utilizar su castillo. Debo sacar algo en exclusiva de este enredo; así que he decidido que la hermosa judía sea mi premio particular. Ahora ya conocéis mis intenciones. Y ya podéis poner en práctica el plan, ¿verdad? No tenéis por qué temer mi interferencia.

—No —replicó De Bracy—. No me apartaré de mi presa. No pongo en duda lo dicho, pero no acaban de agradarme los privilegios concedidos por dispensa del gran maestre, ni los méritos adquiridos por la matanza de trescientos sarracenos. Tenéis demasiados derechos adquiridos para ganar la absolución, así que no seréis demasiado escrupuloso con pecadillos.

Mientras se desarrollaba este diálogo, Cedric intentaba sonsacar a sus guardianes los nombres de los jefes raptores y el propósito que les guiaba.

—Sin duda debéis ser ingleses —decía—, y aun así, ¡santo cielo!, apresáis a

vuestros compatriotas como si en realidad fuerais normandos. Debéis ser mis vecinos y, por lo tanto, amigos míos, porque, ¡cuál de mis vecinos ingleses tiene motivos para no serlo! Puedo decirte, montero, que incluso aquéllos de entre los tuyos que se han puesto fuera de la ley han contado con mi protección porque me he compadecido de su miseria y he condenado la opresión a que les sometían los nobles tiránicos. ¿Qué queréis de mí, entonces? ¿Y de qué os servirá mi cautiverio? Sois peor que las bestias salvajes en cuanto a vuestras acciones; pero ¿las imitaréis también en su estupidez?

En vano Cedric increpó a sus guardianes; éstos tenían demasiadas razones para guardar silencio, y ni los halagos ni las amenazas les convencían. Le obligaron a marchar de prisa, a paso rápido, hasta que, al final de una avenida de gruesos árboles, se levantó Torquilstone, que ahora era el vetusto y antiguo castillo de Front-de-Boeuf. Era una fortaleza no muy grande; en realidad, se trataba de una alta torre cuadrada rodeada de bajos edificios que circundaban un patio interior. Alrededor del muro exterior había un foso profundo, lleno de agua, alimentado por un cercano riachuelo. Front-de-Boeuf, cuyo carácter le originaba frecuentes pleitos con sus enemigos, había reforzado considerablemente las defensas de su castillo. Había hecho construir torres a lo largo de la muralla externa para proteger los flancos y los ángulos. El acceso, como era costumbre en los castillos de la época, se efectuaba a través de una galería abovedada defendida por torreones.

Tan pronto como Cedric vio los torreones que se distinguían con sus grises fortificaciones cubiertas de musgo, brillantes a la luz del sol matutino y recortada su silueta sobre un fondo de bosques, comprendió instantáneamente la verdadera razón de sus desgracias.

—He sido injusto —dijo— con los ladrones y bandidos de estos bosques cuando suponía que ellos formaban esta banda; la misma equivocación hubiera cometido de haber confundido los zorros de estas espesuras con los lobos depredadores de Francia. Decidme, perros, ¿es mi vida o mis riquezas lo que vuestro amo ambiciona? ¿Sin duda no puede soportar que dos sajones, el noble Athelstane y yo, posean tierras en el país que fue patrimonio de nuestra raza? Matadnos y completad vuestro acto tiránico arrebatando nuestras vidas al igual que arrebatasteis nuestras libertades. Si el sajón Cedric no puede rescatar a Inglaterra, al menos quiere morir por ella. Decid a vuestro amo que únicamente le pido que liberte, sin mengua de su honra, a lady Rowena. Es una mujer y no debe temer nada de ella, puesto que con nosotros morirán todos los que se atreven a luchar por su causa.

Los sirvientes respondieron a esta imprecación con el silencio. Poco después llegaban a las puertas del castillo. De Bracy hizo sonar el cuerno tres veces y los arqueros y ballesteros, que se agruparon en lo alto de la muralla, se apresuraron a bajar el puente levadizo. Condujeron a los prisioneros a una habitación donde se había dispuesto un refrigerio que nadie, salvo Athelstane, quiso compartir. Tampoco el descendiente del Confesor dispuso de mucho tiempo para hacer los honores a los buenos alimentos que se les ofrecían, porque sus guardianes les dieron a entender que

deberían constituirse en prisioneros, y les encerraron en una cámara aparte de la de Rowena. Su resistencia resultó estéril. La habitación donde fueron encerrados era bastante grande, sostenida por pilares de estilo sajón, y tenía el clásico aire de los refectorios o de las salas capitulares que todavía pueden verse en los más antiguos monasterios ingleses.

Separaron a lady Rowena de su cortejo, como primera medida, y después fue conducida cortésmente, aunque sin pedirle su opinión, a una aislada habitación. Le fue concedido idéntico honor a Rebeca, a pesar de las quejas de su padre, que llegó incluso a ofrecer dinero, llegando al colmo de sus desgracias, para que no les separaran.

—Indigno descreído —comentó uno de sus guardianes—, cuando hayas visto tu celda no desearás que tu hija la comparta contigo.

Y sin más discusiones, arrastraron al anciano judío en dirección contraria al resto de los prisioneros. Los criados, después de haber sido desarmados y registrados con todo cuidado, fueron confinados ni otro extremo del castillo y a Rowena se le negó la presencia de su asistenta Elgitha.

La habitación donde fueron confinados los dos jefes sajones, ya que a ellos dirigimos de nuevo nuestra atención, utilizada entonces como cuerpo de guardia, antes había sido el gran salón del castillo. Había sido destinado a menores menesteres porque su dueño actual, por razones de seguridad y embellecimiento de su residencia señorial, había construido una nueva sala noble cuya bóveda estaba sostenida por pilares más esbeltos y elegantes y mucho más recargada con los adornos que los normandos habían introducido en la arquitectura.

Cedric paseaba por la habitación, el ceño fruncido, reflexionando indignado, mientras la apatía de su compañero le servía, no de consuelo filosófico, sino que le ponía más de relieve lo desagradable del momento. A su compañero le afectaba tan poco la nueva situación, que sólo de tanto en tanto prestaba atención al animado y apasionado Cedric.

—Sí —decía Cedric, mitad para sí, mitad dirigiéndose a Athelstane—, en esta misma sala mi padre compartió un festín con Torquil Wolfganger, cuando éste obsequiaba al valiente e infortunado Harold. Harold, a la sazón, debía enfrentarse a los noruegos unidos al rebelde Tosti. En esta sala Harold dio aquella magnánima respuesta al embajador de su rebelde hermano. Frecuentemente mi padre se emocionaba cuando lo relataba. El enviado de Tosti se presentó cuando las amplias proporciones de esta sala apenas podían albergar la multitud de nobles sajones, entregados a las libaciones del vino rojo que corría como la sangre alrededor de su monarca.

—Espero —dijo Athelstane, en cierto modo conmovido por esta parte del discurso de su amigo— que al mediodía no olvidarán mandarnos un poco de vino además de vitualla. Dispusimos de un espacio de tiempo corto como un suspiro para desayunar. Por otra parte, nunca me aprovecha la comida si la tomo inmediatamente

después de desmontar, aunque los médicos aconsejan esta práctica.

Cedric prosiguió el relato sin reparar en la observación de su amigo.

—El enviado de Tosti —dijo— avanzó sin dejarse impresionar por las agitadas facciones de los que le rodeaban. Poco después se inclinaba ante el trono del rey Harold. «¿Qué condiciones, señor rey, debe esperar tu hermano Tosti en caso de deponer las armas y entregarse en tus manos?», fueron sus palabras. Y el generoso Harold exclamó: «El amor de un hermano y el hermoso condado de Northumberland». A estas palabras, el mensajero preguntó: «Y de aceptar Tosti estas condiciones, ¿qué tierras le serían asignadas al fiel aliado Hardrada, rey de Noruega?». Harold, orgullosamente, contestó: «Siete pies de suelo inglés. O quizá, ya que se dice que Hardrada es un gigante, le concederíamos doce pulgadas». La sala estalló en aclamaciones y las copas y los cuernos se llenaron a la salud del noruego, que muy pronto entraría en posesión de su territorio inglés.

—Ahora con toda mi alma brindaría con ellos —dijo Athelsta-ne—, porque noto la lengua tan seca que se me está pegando al paladar.

—El chasqueado mensajero —continuó Cedric indudablemente animado, pese a que su relato no parecía interesar a su oyente— se retiró para llevar a Tosti y a su aliado la vergonzante respuesta de su ofendido hermano. Entonces las distantes torres de York y las rojas aguas del río Derwent contemplaron aquel despiadado combate en el cual, después de haber dado muestras del más indomable valor, cayeron el rey de Noruega y Tosti, junto a diez mil de sus más bravos seguidores. ¿Quién hubiera podido predecir que en aquel mismo día que se ganó esta batalla, el mismísimo viento que hacía ondear en triunfo las banderas sajonas hinchaba las velas normandas y las empujaba hacia las fatales costas de Sussex? ¿Quién hubiera pensado que Harold, en el término de breves días, no poseería más tierras de su reino que la porción que, en el momento de su indignación, había asignado al noruego invasor? ¿Quién hubiera pensado que vos, noble Athelstane…, que vos, con sangre de Harold en vuestras venas, y que yo, cuyo padre no fue el peor defensor de la corona sajona, nos convertiríamos en los prisioneros de un vil normando y precisamente en la mismísima sala donde nuestros antepasados asistieron a tan glorioso banquete?

—Vos lo habéis dicho —replicó Athelstane—; sin embargo, confío que se conformarán con un rescate moderado. De cualquier modo, no creo que su propósito se encamine a dejarnos morir de hambre y a pesar de todo, aunque el sol ya está muy alto, no observo ningún preparativo para servir la comida. Mirad por la ventana, noble Cedric, y comprobad por los rayos del sol si no estamos cerca ya del mediodía.

—Puede que así sea —contestó Cedric—; pero no me es posible mirar a esta vidriera emplomada sin que despierten en mí pensamientos muy diferentes a los del fugaz presente o sus privaciones. Cuando se construyó esta vidriera, mi noble amigo, nuestros rústicos padres desconocían el cristal y el arte de estañarlo. El padre Wolfganger hizo traer un artista de Normandía para adornar su sala, utilizando cristales que permitían que la luz se multiplicara en miles de fantásticos rayos. El

forastero llegó pobre, mendicante, harapiento, humilde y dispuesto a descubrirse ante el último criado de la casa. Marchó orgulloso y satisfecho, con el propósito de contar a sus rapaces paisanos cómo los nobles sajones vivían en la riqueza y simplicidad. ¡Qué locura ésta! ¡Oh, Athelstane!, que ya fue vaticinada por los descendientes de Hengist y sus rústicas tribus, que supieron conservar la sencillez de sus costumbres. Hicimos de estos extranjeros nuestros amigos íntimos, nuestros sirvientes de confianza, nos prestaron a sus artistas y sus artes, nos burlamos de la honesta simplicidad de nuestros bravos antepasados y nos enervaron las artes normandas antes de caer bajo normandas armas. ¡Cuánto mejor eran nuestras comidas caseras digeridas en paz y libertad, que no los sabrosos bocados, el amor a los cuales nos ha entregado atados de pies y manos al conquistador forastero!

En este momento, replicó Athelstane:

—Llevo una dieta de bien poco lujo y me asombra, noble Cedric, que conservéis tan llena la memoria de hazañas pasadas, cuando parece que olvidáis la misma hora de comer.

—Es tiempo perdido —murmuró Cedric con impaciencia—. ¡De nada se le puede hablar excepto de lo que su apetito concierne! El alma de Hardicanuto se ha apoderado de él y no encuentra más placer que engullendo, tragando y pidiendo más. ¡Ay! —dijo, mirando a Athelstane con compasión—. ¡Que un espíritu tan estúpido se aloje en cuerpo tan fuerte! ¡Ay! ¡Que una empresa tan importante como la recuperación de Inglaterra tenga que girar sobre eje tan imperfecto! Casado con Rowena, quizá despierte la parte más noble y generosa de su alma. Pero ¿cómo será posible si Rowena, Athelstane y yo mismo somos prisioneros de este brutal merodeador y lo somos, quizá, porque ha intuido los peligros que nuestra libertad le puede acarrear al dominio usurpado de este país?

Mientras el sajón estaba enfrascado en estas dolorosas reflexiones, se abrió la puerta y entró un intendente que sostenía una vara blanca, símbolo de su oficio. Avanzó con paso ceremonioso, seguido de cuatro criados portadores de una mesa con alimentos, el olor y la vista de los cuales compensaron a Athelstane de todas las penalidades sufridas. Las personas que atendían el festín iban provistas de máscaras y capas.

—¿Qué clase de comedia es ésta? —dijo Cedric—. ¿Creéis acaso que ignoramos de quién somos prisioneros, estando como estamos en el castillo de vuestro amo? Decidle —continuó, deseoso de aprovechar la ocasión para abrir negociaciones por su libertad—, decid a vuestro amo, Reginald Front-de-Boeuf, que no sabemos las razones por las cuales nos priva de la libertad, excepto su ilegal deseo de enriquecerse a nuestra costa. Decidle que nos rendimos a su rapacidad, tal como nos rendiríamos en similares circunstancias a un ladrón de oficio. Que señale el rescate con que tasa nuestra libertad y le será pagado siempre que esté al alcance de nuestras posibilidades.

El intendente no contestó, pero inclinó la cabeza.

—Y decid a Reginald Front-de-Boeuf —dijo Athelstane— que le desafío a mortal combate a pie o a caballo, en cualquier lugar seguro y en el término de ocho días después de nuestra liberación, la cual, si es un verdadero caballero, no se aventurará, bajo estas circunstancias, a rehusar o retardar.

—Transmitiré vuestro desafío al caballero —contestó el intendente—. Mientras, os dejo con vuestra comida.

El desafío de Athelstane no resultó muy airoso, porque un gran bocado que requería el concurso de ambos carrillos a la vez, añadido a la indecisión connatural en él, rebajaba considerablemente el efecto del osado enfrentamiento.

De todos modos, este discurso fue considerado por Cedric como la incontestable muestra de que el espíritu de su compañero revivía, ya que su previa indiferencia, a pesar del respeto por la alcurnia de Athelstane, había empezado a hacerle perder la paciencia. Ahora apretó sus manos cordialmente en prueba de aprobación, pero quedó algo decepcionado cuando Athelstane le dijo que lucharía con una docena de hombres como Front-de-Boeuf si con ello podía acelerar su partida de una mazmorra en la cual ponían tanto ajo en el potaje.

Cedric no dio mayor importancia a la nueva y sensual recaída de su amigo, otra vez hundido en la apatía, y tomó asiento ante Athelstane. Y pronto demostró que si bien las desgracias de su patria podían borrar la memoria de la comida mientras la mesa no estaba puesta, tan pronto como las vituallas fueron colocadas en ella, demostró que también había heredado de sus antepasados sajones, junto a otras cualidades, el buen apetito.

Apenas los cautivos empezaban a disfrutar de su comida, cuando les llamó la atención el sonido de un cuerno que tronaba ante la puerta. Se repitió tres veces con tanta violencia, que se pensaría que quien lo tocaba esperaba que a su conjuro cayesen torres, barbacanas y almenas como en las leyendas, o que se desvanecieran como si se trataran de brumas matinales. Los sajones saltaron de la mesa y se precipitaron a la ventana. Pero su curiosidad se vio defraudada porque dicha ventana miraba al patio del castillo y el sonido procedía del exterior del recinto. De todos modos, importante debía ser el requerimiento porque se originó al instante un barullo considerable.

XXII

¡Mi hija! ¡Ay, mi hija! ¡Mis ducados!
¡Ay, mis ducados cristianos!
¡Justicia! ¡Pido justicia y ley! ¡Mis ducados y mi hija!

SHAKESPEARE: *El mercader de Venecia*.

Dejemos a los dos jefes sajones retornar a su banquete con la curiosidad insatisfecha y echemos una mirada a la más rigurosa celda de Isaac de York. El pobre judío había sido arrojado a un calabozo abovedado, situado en el subterráneo de una torre bajo el nivel del suelo, y aun del foso, e invadido por la humedad. La única luz entraba por dos o tres agujeros situados fuera del alcance de la mano del cautivo. Estos boquetes dejaban pasar, incluso cuando el sol del mediodía brillaba con toda su fuerza, una incierta y débil luz que se iba haciendo lóbrega mucho antes de que el resto del castillo hubiera dejado de recibir la bendición del día. Cadenas y grilletes, que habían servido para otros cautivos, colgaban enmohecidos de las paredes de la prisión y en los aros de uno de estos aparejos había restos de huesos blancos que parecían haber formado parte de una pierna humana, dando la impresión de que algún prisionero no sólo había sido abandonado hasta la muerte, sino también hasta quedar reducido a esqueleto. En un extremo de esta fantasmagórica mazmorra había un gran fogón sobre el cual se atravesaban algunas barras de hierro medio consumidas por el orín.

El aspecto del calabozo bastaba para asustar a un corazón más firme que el de Isaac, quien en la proximidad del peligro parecía menos afectado que cuando lo presumía más remoto y contingente. Los amantes de la caza afirman que la liebre siente más temor mientras es perseguida que cuando es apresada por las mandíbulas de los lebreles. Por eso quizá los judíos, debido a sus constantes temores, estén mentalmente condicionados para enfrentarse a cualquier intento que los tiranos quieran ejercer sobre ellos. De ahí que ninguna agresión, cuando tenía lugar, jamás fuera acompañada de la sorpresa, que es el factor más difícil de dominar. Tampoco era la primera ocasión en que Isaac tuvo que enfrentarse al peligro. Contaba ya con experiencia, y además le animaba una cierta esperanza de ser liberado y dejar de ser presa de sus perseguidores. Sobre todo, en él había la inflexible obstinación de su raza y la firme resolución con que los Israelitas saben capear los peores contratiempos que el poder y la violencia pueden infligirles.

Con esta predisposición a la defensa pasiva, mientras intentaba proteger sus extremidades inferiores de la humedad del pavimento, Isaac estaba sentado en un rincón del calabozo donde sus manos retorcidas, su pelo y barbas despeinados, su

capa de pieles y alto billete, hubieran podido inspirar bajo la incierta luz un estudio a Rembrandt si éste hubiera vivido en aquella época. En aquella postura permaneció el judío por espacio de tres horas; poco después se oyeron pasos en las escaleras que conducían al calabozo. Los goznes gimieron cuando se abrió la puerta y Reginald Front-de-Boeuf, seguido por los dos esclavos sarracenos del templario, entró en la mazmorra.

Front-de-Boeuf, hombre alto y fornido, curtido en la guerra y en los continuos altercados, nunca había dudado en echar mano de cualquier recurso para aumentar su poder feudal. Tenía unas facciones acordes con su carácter, y que expresaban las más orgullosas y malignas pasiones. Las cicatrices que deformaban su cara, en otro rostro hubieran excitado la simpatía o el respeto, porque se las hubiera considerado como huellas del valor; pero, en el caso especial de Front-de-Boeuf sólo aumentaban la ferocidad de su semblante. Su presencia sólo provocaba el temor. Vestía un coleto de cuero, muy ceñido al cuerpo, sucio y rozado por la armadura. No llevaba armas, excepción hecha de un puñal que servía de contrapeso al manojo de llaves que pendían de su lado derecho.

Los esclavos sarracenos que acompañaban a Front-de-Boeuf iban desprovistos de sus vistosos atavíos, sustituidos ahora por blusas y calzones de rudo lino; llevaban las mangas arremangadas al estilo de los carniceros cuando se disponen a ejercer su oficio en el matadero. Cada uno de ellos era portador de un pequeño cesto, y cuando entraron en el calabozo se detuvieron junto a la puerta hasta que Front-de-Boeuf la cerró con doble llave. Tomada esta precaución, avanzó despacio hacia el judío y fijó la mirada sobre él como si con ella quisiera paralizarle, del mismo modo como ciertos animales fascinan a su presa. En verdad, parecía que los despiadados ojos de Front-de-Boeuf poseían un violento poder sobre su infortunado prisionero, pues el judío estaba sentado con la boca abierta y la mirada fija en el salvaje barón. Sin poder evitar el terror, parecía hundirse y disminuir de volumen bajo la lacerante mirada del fiero normando. Al infeliz Isaac no sólo le faltaban las fuerzas para levantarse y hacer la reverencia que su terror le aconsejaba sino que no acertaba a descubrir su cabeza, ni soltar ninguna palabra de súplica, puesto que imaginaba que las torturas y la muerte pendían sobre su cabeza.

Por otra parte, las magníficas proporciones del normando parecían aumentar de tamaño como las del águila que ahueca el plumaje cuando se dispone a atacar a su presa indefensa. Front-de-Boeuf se detuvo a tres pasos del rincón donde el judío ocupaba el menor espacio posible, e hizo una seña a uno de los esclavos para que se acercara. Adelantóse el sarraceno y, sacando de su cesto una romana y un juego de pesas, que dejó a los pies de Front-de-Boeuf, se retiró inmediatamente a una respetuosa distancia.

Los movimientos de aquellos dos hombres eran pausados y solemnes, imbuidos de una especie de premonición de horror y crueldad. Front-de-Boeuf se dirigió en estos términos a su infortunado cautivo:

—Maldito perro de raza maldita —y su profunda y agorera voz despertó los ecos agoreros del lóbrego calabozo—. ¿Ves estas balanzas?

El infeliz judío contestó con una débil señal afirmativa.

—En estas mismas balanzas —dijo el autoritario barón—, me pesarás mil libras de plata según la ley y peso de la Torre de Londres.

—¡Sagrado Abraham! —contestó el judío, recobrando la voz al darse cuenta del peligro que corría—. ¿Quién ha oído eso jamás? ¿Quién, ni aun en las fábulas de los trovadores, habrá oído nombrar una suma de mil libras de plata? ¿Qué ojos humanos vieron la bendición de tal tesoro? Ni en la ciudad de York, después de haber saqueado mi casa y las de mi tribu, hallaréis la décima parte de la suma a que os habéis referido.

—Soy hombre razonable —dijo Front-de-Boeuf—. Si la plata escasea, no rehusaré el oro. A razón de un marco de oro por cada seis libras de plata podrás librar a tu descreído esqueleto de aquellas penas que jamás pudiste concebir.

—Tened compasión de mí, noble caballero —imploró Isaac—. Soy viejo, pobre y desvalido. No serviría de nada atropellarme. Pobre hazaña es la de pisotear un gusano.

—Viejo puede que sí lo seas —replicó el caballero—, para vergüenza de los locos que han permitido que tus cabellos se tornaran grises dedicado tú a la usura y el latrocinio. Puede que seas débil porque, ¿cuándo ha tenido un judío ni manos ni corazón? Pero es bien sabido que rico sí lo eres.

—Os juro, noble caballero —dijo el judío—, por todas mis creencias y por todas las que tenemos en común…

—¡No cometas perjurio! —le interrumpió el normando—. No permitas que tu obstinación selle tu condena antes de haber contemplado y considerado el destino que te espera. No creas que te hablo con el fin de aterrorizarte y divertirme con la mezquina cobardía que has heredado de tu tribu. Yo te juro por aquello en lo cual no crees, por el Evangelio que nuestra Iglesia predica y por los poderes que le han sido conferidos para atar y desatar, que mi propósito es firme y perentorio. Esta mazmorra no es lugar apropiado para juegos vanos. Prisioneros diez mil veces más distinguidos que tú han muerto entre estos muros y nunca se ha sabido la suerte que corrieron, pero a ti se te ha reservado una larga y lenta muerte, que hará que las demás sean consideradas como un lujo.

De nuevo hizo una señal a los esclavos y habló aparte con ellos en su lengua, ya que también había estado en Palestina, donde quizá tomara lecciones de crueldad. Los sarracenos sacaron de su cestos cierta cantidad de carbón de encina, un fuelle y un frasco de aceite. Mientras el uno prendía fuego con eslabón y pedernal, el otro dispuso el carbón sobre el oxidado fogón, después le dio al fuelle hasta que el combustible estuvo al rojo vivo.

—¿Puedes ver, Isaac —habló Front-de-Boeuf—, la serie de barras de hierro sobre las brasas de carbón? Sobre esta cálida cama yacerás como si de una mullida cama se

tratara, libre de todas tus vestiduras. Uno de estos esclavos atizará el fuego bajo tu cuerpo, mientras el otro unta tus pobres miembros con aceite, no fuera que se quemara el asado. Ahora, pues, escoge entre tan incómodo lecho o el pago de mil libras de plata porque, por la cabeza de mi padre, que no tienes otra opción.

—¡Es imposible! —exclamó el mísero judío—. ¡Imposible que vuestro proyecto sea verdadero! ¡El buen Dios de la naturaleza nunca ha creado un corazón capaz de llevar a cabo tal crueldad!

—No creas eso, Isaac —dijo Front-de-Boeuf—, sería un fatal error. ¿Crees que yo, que he visto una ciudad saqueada en la cual miles de mis compatriotas cristianos perecieron por el fuego o por la espada, voy a vacilar ante los gritos y gemidos de un solo judío miserable? ¿O supones que estos esclavos negros que no tienen ni ley, ni patria, ni conciencia, sino sólo el deseo de su dueño, que usan el veneno, la porra, el puñal o la cuerda a su menor señal, crees tú que ellos se van a compadecer de ti, ellos que ni siquiera entienden el lenguaje en que les hablas? Reflexiona, anciano; descárgate de un aparte de tus riquezas superfluas; restituye a las manos de un cristiano una parte de lo que adquiriste por la usura. Tus mañas pronto llenarán tu bolsa de nuevo, pero ni médico ni medicina podrán restituirte la carne ni el pellejo una vez que te hayan tendido sobre estas barras. Paga tu rescate, te repito, y regocíjate de que por tal precio puedas redimirte de una mazmorra de la cual pocos han salido para poder contar sus secretos. No gastaré más palabras contigo. Escoge entre tus caudales o tu carne y tu sangre, y según tu decisión procederé.

—¡Que me asistan Abraham y Jacob y todos los padres de mi pueblo! —dijo Isaac—. ¡No puedo escoger porque no dispongo de medios para satisfacer tu desorbitada demanda!

—Cogedle y desnudadle, esclavos —gritó el caballero—. ¡Y que le asistan los padres de su pueblo si pueden hacerlo!

Los esclavos, guiados más por la mirada y los gestos de la mano del barón que por la lengua, avanzaron y agarraron al pobre Isaac, le levantaron del suelo y sosteniéndole entre los dos esperaron instrucciones del despiadado barón. El infeliz judío miraba los rostros de los negros, así como el de Front-de-Boeuf, esperando descubrir algún síntoma de flaqueza; pero el del barón mostraba la misma fría, despreciativa y sarcástica sonrisa que había preludiado su crueldad. Por otra parte, los salvajes ojos de los sarracenos permanecían fijos bajo sus negras cejas, y de pronto adquirieron una expresión más siniestra todavía debido a los círculos blancos que rodeaban sus pupilas. No hay duda de que evidenciaban el secreto placer que esperaban gozar en la próxima escena, que no el desagrado por ser sus ejecutantes. Entonces el judío miró al llameante fogón y al comprender que no había ninguna oportunidad, cedió a las exigencias de su verdugo.

—Pagaré las mil libras de plata. Es decir —añadió después de una pausa—, las pagaré con la ayuda de mis hermanos, porque me veré obligado a mendigar a la puerta de nuestra sinagoga para reunir tan insólita suma. ¿Cuándo y dónde debo

entregároslas?

—Aquí y ahora —replicó Front-de-Boeuf—. Aquí debe ser entregada la suma, y aquí debe ser pesada. Pesada y contada en el piso de este mismo calabozo. ¿Crees que te dejaré partir antes de que el rescate esté en mis manos?

—¿Y qué seguridades me das —preguntó el judío— respecto a que me será devuelta la libertad después de haber pagado el rescate?

—La palabra de un noble normando, esclavo usurero —contestó Front-de-Boeuf —. La fe de un noble normando, más pura que todo el oro y la plata de tu tribu.

—Pido perdón, noble señor —dijo Isaac tímidamente—. Pero ¿por qué debo confiar en la palabra de alguien que no confía en la mía?

—Porque no te queda más remedio, judío —dijo el caballero con rudeza—. Si ahora te hallaras en la cámara donde guardas tus tesoros en York y estuviera yo pidiéndote un préstamo, te correspondería señalar los términos del pago y tomar tus precauciones, lista es *mi* cámara. Te llevo ventaja y no mendigaré. Tampoco discutiré los términos por los cuales te daré la libertad.

El judío suspiró profundamente.

—Concededme por lo menos junto a la mía la libertad de mis compañeros de viaje. Se han burlado de mí por ser judío y, sin embargo, sintieron piedad por mi desolación. Por haberse dignado a socorrerme en el camino, parte de mi desgracia ha caído sobre ellos; además, puede que contribuyan en alguna manera a mi rescate.

—Si te refieres a aquellos villanos sajones —dijo Front-de-Boeuf—, su rescate habrá de establecerse en términos diferentes a los tuyos. Ocúpate de tus asuntos, judío, te lo advierto, y no te mezcles en los de los demás.

—Entonces —dijo Isaac—, ¿debo esperar ser liberado solamente junto a mi amigo herido?

—¿Deberé recomendar dos veces a un hijo de Israel que se ocupe de sus propios asuntos y deje a los demás en paz? Ya que has hecho tu elección, sólo resta que pagues tu rescate y cuanto antes.

—Sin embargo, oídme —dijo el judío—. Por la verdadera fortuna que obtendréis a expensas de… —llegado a este punto se interrumpió en seco, temeroso de irritar al salvaje normando—. Pero Front-de-Boeuf reaccionó con una carcajada, terminando la frase del judío:

—¿A expensas de mi conciencia, ibas a decir, Isaac? Dilo…, te digo que soy razonable. Puedo soportar los reproches de un vencido, aunque se trate de un judío. No te mostrabas tan humilde, Isaac, a la hora de pedir justicia contra Jacques Fitzdotterel cuando éste te llamó sanguijuela usurera, una vez que tus exigencias ya habían devorado su patrimonio.

—Juro por el Talmud —dijo el judío— que os han engañado en este asunto. Fitzdotterel me amenazó con su puñal porque le pedía aquellos doblones de plata que me pertenecían. Los términos de pago ya habían caducado.

—Poco me importa lo que hiciera —dijo Front-de-Boeuf—. Mi pregunta es la

siguiente: ¿cuándo tendré los cequíes, Isaac?

—Permitid que mi hija Rebeca vaya a York con vuestro salvoconducto, noble caballero —contestó Isaac—, y en el tiempo que tardan caballo y jinete en ir y volver, el tesoro… —se interrumpió y suspiró profundamente, para añadir después de unos segundos de pausa—: El tesoro será contado sobre este mismo suelo.

—¡Tu hija! —dijo Front-de-Boeuf, como si estuviera sorprendido—. Por los cielos, Isaac, debería haber sabido esto. Creí que aquella muchacha morena era tu concubina y se la he entregado como doncella a sir Brian de Bois-Guilbert, según costumbre de los patriarcas y héroes de los antiguos días, los cuales sobre esta materia nos dejaron buen ejemplo.

El chillido que profirió Isaac al oír tan despiadada noticia hizo vibrar la misma bóveda y sorprendió tanto a los dos sarracenos, que soltaron al judío. De esta circunstancia se aprovechó Isaac para desplomarse sobre el pavimento y agarrarse a las rodillas de Front-de-Boeuf.

—Tomad todo lo que habéis pedido, señor caballero. Tomad diez veces más, reducidme a la pobreza y a la mendicidad si así lo queréis, mejor atravesadme con vuestro puñal, tostadme en este fogón, ¡pero no atentéis contra mi hija! ¡Dejadla partir con salud y honor! Ya que habéis nacido de mujer, respetad el honor de una doncella indefensa. Ella es la imagen de mi difunta Raquel, ella es el último de los seis velos de su amor. ¿Privaréis a un marido viudo del único consuelo que le queda? ¿Reduciréis a un padre al extremo de desear que su último retoño viviente descanse junto a su difunta madre en la tumba de sus padres?

—Hubiera deseado —dijo el normando algo suavizado— saber esto con anterioridad. Pensaba que vuestra raza sólo amaba los sacos de dinero.

—No nos creáis tan viles, aunque seamos judíos —dijo Isaac, deseoso de aprovechar aquel momento de aparente simpatía—. El zorro al que se da caza, el gato salvaje al que se tortura, aman a sus retoños. ¡Los despreciados y perseguidos judíos aman a sus hijos!

—Si es así —dijo Front-de-Boeuf—, lo tendré en cuenta en el futuro. Isaac, por tu propia salvación…, esto no ayuda en nada, no puedo evitar lo que ha sucedido o lo que se derivará de ello. He dado mi palabra a mi camarada de armas y no la rompería ni por diez judíos y judías juntos. Además, ¿qué razones tienes para pensar que esto perjudicará a la muchacha, incluso si se convierte en el botín de Bois-Guilbert?

—Será algo malo, tiene que serlo a la fuerza —exclamó Isaac, retorciéndose las manos de pena—. ¿Cuándo el aliento de un templario ha dejado de ocasionar crueles penas a los hombres y deshonor a las mujeres?

—¡Perro infiel! —dijo Front-de-Boeuf con los ojos chispeantes y quizá no del todo disgustado por la ocasión de excitarse—. No blasfemes de la Orden del Templo de Sión y procura en su lugar el rescate que has prometido o de lo contrario voy a abrir tu garganta judía.

—¡Ladrón y villano! —dijo el judío devolviendo los insultos de su opresor con

pasión tal que, aunque impotente, no podía reprimir—. ¡Nada he de pagarte, ni una sola moneda de plata te daré a no ser que mi hija me sea devuelta con honra y salud!

—¿Estás en tus cabales, israelita? —dijo el normando secamente—. ¿Poseen tu carne y tu sangre algún encantamiento que las protejan de los hierros al rojo y del aceite hirviente?

—¡Nada me importa! —dijo el judío, cuyo afecto paternal le abocaba a la desesperación—. Haz conmigo lo peor. Mi hija es carne y sangre mucho más querida por mí que estos miembros que amenazas. No te daré ninguna plata a no ser que fuera derretida y derramada en tu garganta… ¡No, ni una moneda de plata te daré, nazareno, aunque fuera por salvarte de la condenación que mereces por tu indeseable vida! Toma mi vida si quieres y no olvides que el judío, en medio de las torturas, sabe cómo defraudar al cristiano.

—¡Lo veremos! —dijo Front-de-Boeuf—. ¡Por el tronco bendito que es la abominación de tu maldita tribu, que has de sufrir los rigores del fuego y del acero! ¡Desnudadle, esclavos, y encadenadle a las barras del fogón!

A pesar de la débil resistencia del anciano, los sarracenos le despojaron de su túnica con facilidad y procedían a desnudarle cuando el sonido de un cuerno resonó por tres veces en el castillo, penetró incluso en los recovecos de la apartada celda e inmediatamente después se oyeron fuertes voces reclamando a sir Reginald Front-de-Boeuf. No deseando ser hallado en tan diabólica ocupación, el salvaje barón hizo una señal para que los esclavos devolvieran la túnica a Isaac, y, abandonando la mazmorra con sus acompañantes, dejó al judío dando gracias a Dios por su liberación y lamentando el cautiverio de su hija y la suerte que probablemente habría corrido. Y al meditar sobre todo ello tuvo que apelar a toda la fuerza de sus sentimientos personales y paternales.

XXIII

Si mi palabra no os conmueve,
y vuestro pecho helado no puede ser ablandado,
como soldado os deberé cortejar
y aun pese al mismo amor.

SHAKESPEARE: *Los dos hidalgos de Verona*.

La habitación en que lady Rowena había sido confinada reunía algunos bastos requisitos ornamentales y de magnificencia. El haber sido alojado allí se podía considerar como una muestra de respeto que les fue negada a los otros prisioneros. La estancia había sido amueblada anteriormente para la esposa de Front-de-Boeuf, pero como había fallecido hacía tiempo, la polilla, ayudada por la negligencia, se había amparado en los ornamentos de buen gusto con que la habían decorado. La tapicería se había deteriorado, perdiendo la viveza de los colores por los efectos de la luz solar y por el paso del tiempo. Aunque desolada, era ésta la pieza del castillo que se había juzgado más apropiada para acomodar a la heredera sajona, y allí fue abandonada para que meditara sobre su suerte hasta que los actores de aquel drama nefasto se hubieran distribuido los diferentes papeles que en él tenían que desempeñar. La medida había sido adoptada en una reunión que sostuvieron Front-de-Boeuf, De Bracy y el templario. Se produjo un apasionado y largo debate sobre las ventajas que cada uno de ellos debía obtener en aquella audaz empresa, y al fin resolvieron la suerte de sus infelices prisioneros.

Por lo tanto, alrededor de las doce apareció De Bracy, a cuyo beneficio se había acordado la expedición, con el propósito de lograr la mano y las propiedades de lady Rowena.

No había consumido todo su tiempo entregado a las deliberaciones del consejo con sus camaradas, sino que había sabido encontrar alguna hora para emperifollarse según la barroca moda de aquel entonces. Había dejado de lado su verde gabán y su máscara. Su largo y abundante pelo había sido peinado en bucles que caían sobre las pieles de su capa. Se había afeitado cuidadosamente; el coleto le llegaba a las pantorrillas y el cinturón, que ceñía y sostenía su poderosa espada, estaba bordado en oro. Ya hemos hablado de la extravagante moda del calzado de la época, pero De Bracy hubiera podido disputar el premio de la extravagancia a los más osados. Así se vestían los petimetres de entonces y, en la presente ocasión, ayudaba al efecto del conjunto el buen tipo y desenvoltura del que de tal modo se había vestido, cuyas maneras compartían la gracia del cortesano y la franqueza del soldado.

Saludó a Rowena realizando un amplio movimiento con su gorra de terciopelo,

adornada con un broche de oro que representaba a san Miguel pisando al príncipe de las tinieblas. Después, indicó gentilmente a la dama que tomara asiento, y al ver que ésta continuaba en pie, el caballero desenguantó su mano derecha y se la ofreció para conducirla al asiento. Rowena, sin embargo, declinó con un gesto de cumplimiento y dijo:

—Si me hallo en presencia de mi carcelero, señor, y las circunstancias no me permiten pensar otra cosa, mejor le será al prisionero permanecer en pie hasta que sepa la suerte que le espera.

—¡Ay, hermosa Rowena! —replicó De Bracy—. Estáis en presencia de vuestro cautivo, no de vuestro carcelero. Son vuestros hermosos ojos los que han de dictar para De Bracy la sentencia que de él esperáis.

—No os conozco, caballero —dijo Rowena estirándose con todo el orgullo de la alcurnia y la belleza ofendidas—. No os conozco y la insolente familiaridad con que usáis la jerga de los trovadores cuando os dirigís a mí, no justifica la violencia de un salteador.

—Sólo a vos, hermosa doncella —contestó De Bracy en el mismo tono—, y a vuestros propios encantos hay que culpar de cuanto yo haya hecho y haya traspasado la frontera del respeto que se le debe a quien tengo escogida como reina de mi corazón y estrella de mis ojos.

—Os repito, señor, que no os conozco en absoluto y que ningún hombre con cadena y espuelas debe introducirse de este modo en el aposento de una dama indefensa.

—Que os sea desconocido es el origen de mis desgracias —dijo De Bracy—; sin embargo, me atrevo a esperar que mi nombre no os haya sido desconocido cuando juglares y heraldos hayan proclamado hazañas caballerescas en las lizas o en el campo de batalla.

—Dejad entonces que juglares y heraldos canten vuestra alabanza, señor —replicó Rowena—. Sin duda, es un trabajo más adecuado para sus bocas que para la vuestra. Decidme, ¿cuál de ellos recogerá en una canción, en un libro o en un torneo, la memorable conquista de esta noche, una victoria obtenida sobre un anciano acompañado de unos cuantos tímidos y pusilánimes criados, en la que os habéis llevado como botín a una infortunada doncella que ha sido conducida contra su voluntad al castillo de un usurpador?

—Sois injusta, lady Rowena —dijo De Bracy mordiéndose los labios, confundido y hablando con un tono más natural a su persona que el de postiza galantería que al principio había adoptado—. Al estar desprovista de pasión, no podéis excusar la locura de nadie, aunque sea originada por vuestra propia belleza.

—Os ruego, caballero —dijo Rowena—, que ceséis en ese lenguaje tan comúnmente usado por los bardos vagabundos y que sienta tan mal a la boca de un caballero. En verdad que me obligáis a tomar asiento, ya que caéis en lugares comunes de los cuales cualquier vulgar aldeano tiene acopio suficiente para recitar

hasta las Navidades.

—Orgullosa damisela —dijo De Bracy, despechado al ver que su galante estilo no le proporcionaba sino desdén—, con orgullo os replicaré. Sabed, pues, que he intentado explicaros mis pretensiones del modo más conveniente a vuestra condición. Pero parece más adecuado a vuestro carácter el ser cortejada bruscamente que no con buenas palabras y frases galantes.

—La cortesía en el lenguaje —dijo Rowena—, cuando es usada para enmascarar hechos ruines no es nada más que un cinturón de caballero sobre el pecho de un vil payaso. No me asombra que la reserva os desconcierte…, más honorable hubiera sido conservar el vestido y el lenguaje de un salteador de caminos que no disimular las propias hazañas bajo capa de lenguaje gentil y buenos modales.

—Bien me aconsejáis, señora —dijo el normando—. Os comunico en el rudo lenguaje, que es la mejor justificación de los rudos hechos, que nunca abandonaréis este castillo si no lo es como esposa de Maurice de Bracy. No tolero que mis empresas acaben en decepción. Ningún normando tiene por qué rendir cuentas escrupulosamente de su conducta a la doncella sajona, menos aún, y por ello la más apropiada para ser mi esposa. ¿Por qué otros medios podríais ser elevada a tan alto honor y ocupar un lugar privilegiado si no es con mi alianza? ¿De qué otro modo podríais escapar de los estrechos recintos de la granja rural donde los sajones pacen junto a los cerdos que constituyen toda su riqueza? Podríais ocupar un sitio honrada como os merecéis, entre lo que en Inglaterra existe de más distinguido por la belleza y dignificado por el poder.

—Caballero —replicó Rowena—, la granja que despreciáis ha sido mi refugio desde la infancia y, creedme, cuando la abandone, si es que llega este día, será con alguien que no haya aprendido a despreciar el cobijo y las costumbres en que he sido educada.

—Me imagino lo que queréis decirme, señora —dijo De Bracy—, aunque sin duda creéis que su significado es demasiado complejo para mis entendederas. Pero no soñéis que Ricardo *Corazón de León* ocupe de nuevo su trono y mucho menos que su favorito, Wilfred de Ivanhoe, tenga ocasión de conduciros a sus plantas para ser bien recibida como esposa del caballero favorito. Cualquier otro pretendiente se sentiría celoso, pero mi firme decisión no puede alterarse por un proyecto tan infantil e irrealizable. Sabed, señora, que este rival también ha caído en mi poder y que sólo de mí depende revelar su presencia en el castillo a Front-de-Boeuf, cuyos celos serían más fatales que los míos.

—¿Wilfred aquí? —dijo Rowena con desdén—. Esto es tan cierto como que Front-de-Boeuf sea su rival. —Cuando dijo esto De Bracy la miró fijamente por un instante.

—¿De veras no estabais enterada? ¿No sabíais que Wilfred de Ivanhoe viajaba en la litera del judío? ¡Conveniente transporte para el cruzado cuyo brazo de pasta había de reconquistar el Santo Sepulcro! —y se rió burlonamente.

—Y si se halla aquí —dijo Rowena, en un fingido tono indiferente y sin poder evitar la agonía del temor—, ¿en qué es el rival de Front-de-Boeuf? O, ¿qué más debe temer sino un breve cautiverio y un rescate honroso según los usos de la caballería?

—Rowena —dijo De Bracy—, estáis alucinada por un error tan común en vuestro sexo que creéis que sólo puede haber rivalidad originada por vuestros propios encantos. ¿No sabéis que existen los celos de la ambición y de la riqueza, así como existen los del amor? ¿Y que por todo esto nuestro huésped, Front-de-Boeuf, apartará de su camino a cualquiera que se atreva a interferirse en sus pretensiones a la hermosa baronía de Ivanhoe, con tanta bravura, presteza y falta de escrúpulos como pondría en el caso de ser postergado a los ojos azules de alguna damisela? Pero, dadme vuestra sonrisa, señora, y el campeón herido no tendrá nada que temer de Front-de-Boeuf, a quien en verdad debéis temer porque estaréis a la merced de alguien que nunca ha dado muestras de compasión.

—¡Salvadle, por el amor de los cielos! —dijo Rowena, cediendo en su firmeza debido al terror que le causaba la suerte que amenazaba a su amado.

—Puedo, quiero y es mi intención —dijo De Bracy—, porque cuando Rowena consienta en ser la esposa de De Bracy, ¿quién se atreverá a poner la mano sobre su pariente, el hijo de su tutor, el compañero de su juventud? Vuestro amor debe comprar su protección. No soy lo suficientemente loco y romántico para aumentar la fortuna o evitar la desgracia de alguien que podría convertirse en un obstáculo insuperable para mis deseos. Usad en su favor el poder que tenéis sobre mí y estará salvado…, no hagáis uso de él y Wilfred morirá sin que con ello esté más cerca vuestra libertad.

—El lenguaje con que os expresáis —contestó Rowena— tiene en su indiferente desnudez algo que no se aviene con los horrores que parece expresar. ¡No creo que vuestras intenciones sean tan malvadas o vuestro poder sea tan grande!

—Hallad consuelo entonces en esta creencia —dijo De Bracy—, hasta que el tiempo os demuestre que es falsa. Vuestro amado yace herido en este castillo…, vuestro amante preferido. Existe una barrera entre Front-de-Boeuf y lo que él quiere, incluso por encima de la ambición o la belleza. ¿Haría falta algo más que una puñalada o un golpe de jabalina para eliminar para siempre cualquier oposición? No, y si Front-de-Boeuf temiera apelar a tan descarados procedimientos, no tendría más que ordenar al médico que le administrara una droga equivocada, dejar que el criado o la enfermera que le asisten retiraran la almohada de su cabeza y Wilfred, tal como ahora se encuentra, se despediría de nosotros sin efusión de sangre. También Cedric…

—Cedric también —dijo Rowena, repitiendo sus palabras—. ¡Mi noble…, mi generoso tutor! ¡Merezco los males que han caído sobre mí por haberme olvidado de su suerte aunque fuera por pensar en la de su hijo!

—El destino de Cedric también depende de vuestra determinación —dijo De Bracy—, y dejo que seáis vos quien decida.

Hasta aquí Rowena había interpretado su papel con indomable valor, debido a que no se había creído que el peligro fuera tan serio e inminente. Sus facciones correspondían a las que los fisonomistas consideran propias de las complexiones rubias: suaves, tímidas y gentiles, pero habían sido templadas y en cierto modo endurecidas por las circunstancias que concurrieron en su educación. Acostumbrada a que todos cedieran ante sus deseos (incluso Cedric, que tan arbitrario solía mostrarse con los demás), había adquirido aquella especie de valor y confianza en sí misma, resultado de la habitual y constante deferencia del círculo en que uno se mueve. Difícilmente podía concebir la posibilidad de que alguien se opusiera a sus designios, y mucho menos verse tratada con total desconsideración.

Su altanería y costumbre de dominar eran en cierto modo ficticias y estaban como superpuestas a su carácter natural, por lo que la abandonaban cuando abría los ojos a la magnitud del peligro. Éste era el caso, en cuanto al futuro que aguardaba a su amado y a su tutor. Y cuando sus deseos, cuya mínima expresión siempre había originado respeto y atención, se opusieron a los de un hombre fuerte y de mente decidida, que además la aventajaba en determinación, su entereza se derrumbó.

Después de haber mirado a su alrededor como si buscara una ayuda que nadie podía darle, levantó las manos al cielo y se abandonó a todos los extremos imaginables del dolor. Era imposible ver a tan hermosa criatura devorada por la angustia sin conmoverse, y De Bracy no fue insensible, aunque sintiera más embarazo que compasión. Cierto que había ido demasiado lejos para retroceder, pero en el presente estado de Rowena no podía hacer nada, ni con argumentos ni con amenazas. Paseaba arriba y abajo, ya recomendando a la aterrorizada doncella que se comportase, ya dudando acerca de cómo había de proceder.

«Si hubiera de conmoverme por las lágrimas y la pena de esta desconsolada damisela —pensaba para sí—, ¿qué conseguiría si no la pérdida de las esperanzas por las cuales tantos riesgos he corrido, además de las burlas del príncipe Juan y sus alegres camaradas? Y de todas formas, no me encuentro a gusto en el papel que estoy representando. No puedo resistir la tentación de un rostro tan hermoso cuando está embargado por la desesperación ni de estos ojos cuando están inundados de lágrimas. ¡Hubiera preferido que mantuviese su altivez! ¡O que mi dureza de corazón igualara a la de Front-de-Boeuf!».

Agitado por estos pensamientos, lo único que hizo para consolar a la infortunada Rowena y volverla en sí fue asegurarle que todavía no tenía motivos para dejarse llevar por la desesperación. Pero el trabajo que se tomó De Bracy en consolarla fue interrumpido por el cuerno, que sonaba ronco y penetrante. Había alarmado al unísono a todos los habitantes del castillo e interrumpido sus respectivos planes de avaricia y depravación. De todos ellos, quizá fuera De Bracy el que más se alegró de la interrupción, porque su entrevista con lady Rowena había llegado a un punto en el que tan difícil le resultaba proseguir como abandonar su empresa.

Y llegados a este punto creemos necesaria una digresión. Habrá que ofrecer

mejores pruebas que las incidencias de un mal relato. Duele pensar que aquellos valientes varones, a los cuales se debe el haber enfrentado a la Corona para conservar las libertades de Inglaterra y con los que hoy estamos en deuda, pudieran haber sido en privado tan temibles opresores, capaces de cometer excesos no sólo contrarios a las leyes de Inglaterra, sino también a las de la naturaleza y de la humanidad. Pero ¡ay!, únicamente tenemos que extractar alguno de los pasajes que transcribió el industrioso historiador Henry, procedentes de los historiadores contemporáneos, para probar que ni la misma ficción puede igualar la negra realidad de los horrores de la época.

La descripción que nos ofrece el autor de las crónicas sajonas respecto a las crueldades cometidas durante el reinado del rey Esteban por los grandes barones y señores de los castillos, que eran normandos, constituye una poderosa prueba de los excesos de que eran capaces cuando sus pasiones se inflamaban:

«Obligaban a los pobres a construir los castillos y, una vez construidos, los llenaban de hombres malvados o, mejor dicho, de demonios que se apoderaban de hombres y mujeres que suponían con algún dinero. Los encerraban en las prisiones y les sometían a peores torturas que las padecidas por los mártires. A unos los ahogaban en barro y colgaban de los pies a los otros, o del cuello, o de los pulgares, prendiendo grandes fuegos debajo de ellos. Oprimían las cabezas de algunos mediante cuerdas de nudos hasta conseguir que los sesos saltaran; a otros los dejaban tirados en mazmorras infestadas de culebras y sapos. Pero sería cruel obligar al lector a que sintiera el dolor, de seguir al autor de esta descripción.[10]»

Otro ejemplo de los amargos frutos de la conquista, y quizá el más duro de los que puedan citarse, es el que hace referencia a la emperatriz Matilde. Ella, aunque hija del rey de Escocia, después reina de Inglaterra y emperatriz de Alemania, hija, esposa y madre de monarcas, se vio obligada, durante su primera estancia en Inglaterra con el objeto de completar sus estudios, a vestir el velo de monja como única solución para escapar a la licenciosa persecución de los nobles normandos. Ésta fue la razón que expresó ante un gran consejo del clero de Inglaterra. La asamblea de clérigos admitió la validez de la alegación y la evidencia de las circunstancias en que se fundaba, dando de este modo un notable e indudable testimonio de la existencia de las desgraciadas costumbres licenciosas que en la época se estilaban. Era de dominio público, se decía, que después de la conquista del rey Guillermo, sus partidarios normandos, desbordados por la importancia de la victoria, no reconocieron más leyes que las de su propio y condenable placer. No sólo despojaban a los sajones de sus tierras y de sus bienes, sino que mancillaban el honor de sus esposas y de sus hijas con la más desbocada depravación. De ahí que fuera común que las matronas y doncellas adoptaran el velo y se refugiaran en los conventos, no llamadas por la vocación religiosa, sino únicamente para preservar su honor contra la desatada malicia de los hombres.

Tales y tan licenciosos eran los tiempos, según se recogió públicamente en la

comunicación de la asamblea de clérigos, y como también la recogió el historiado Eadmer. Y no necesitamos añadir nada más para reivindicar la verosimilitud de las escenas que hemos detallado y que vamos a detallar, siguiendo la menos segura y más apócrifa autoridad del *Wardour MS*.

Tomo II

XXIV

Al igual que el león a su hembra, prometo que yo la cortejaré.

DOUGLAS: *The Bukes of Eneldos*.

Mientras se desarrollaban en otros lugares del castillo las escenas que acabamos de referir, la judía Rebeca esperaba su suerte en un apartado y distante torreón. Allí había sido conducida por dos de sus secuestradores. Cuando fue arrojada dentro de la pequeña celda, se encontró con una vieja sibila que continuó murmurando para sí unos versos sajones. Aquella vieja parecía marcar el compás de la danza que ejecutaba su huso. La anciana levantó la cabeza y miró de reojo a la bella judía, con la maligna envidia con que la vejez y la fealdad, unidas a la ruindad, suelen mirar a la juventud y la belleza.

—¡Levántate y lárgate, viejo grillo! —dijo uno de los hombres—. Lo manda nuestro noble amo. Tienes que dejar esta cámara a una huésped más hermosa.

—¡Ay! —gruñó la vieja—. ¡A tales extremos se ha llegado! Tiempos hubo en que mi sola palabra hubiera derribado de su caballo al mejor hombre de armas, y ahora debo levantarme y marchar por las órdenes que me da un mozo de silla como tú.

—Buena dama Urfried —dijo el otro hombre—, no discutas y limítate a abandonar el aposento. Se debe tener un oído fino y presto para escuchar los recados del señor. Has tenido tus días, vieja dama, pero el sol hace tiempo que se puso para ti. Eres la viva imagen de un viejo caballo de batalla devuelto al estéril erial. En tus tiempos tenías buena andadura, pero ahora un burro viejo te aventaja. ¡Vamos, burra, fuera de aquí!

—¡Perros de mal agüero! —dijo la anciana mujer—. Una perrera será vuestra tumba. Que el demonio Zernebock me arranque los miembros, uno por uno, si dejo mi aposento antes de haber hilado todo el copo de mi rueca.

—Comunícalo entonces a nuestro amo, viejo demonio hogareño —dijo el hombre, y ambos se retiraron dejando a Rebeca en compañía de la anciana mujer, donde había sido conducida en contra de su voluntad.

—¿Qué diablos estarán tramando ahora? —dijo el vejestorio, hablando para sí, pero lanzando de tanto en tanto malignas miradas a Rebeca—. Fácil es adivinarlo. Ojos brillantes, negras trenzas, piel fina como el papel antes de que el vicario lo manche con su tinta negra. ¡Ay!, resulta fácil adivinar por qué la mandan a este aislado torreón desde el cual un grito se oiría tanto como si fuera proferido quinientas yardas bajo tierra. Tus vecinas serán las lechuzas, hermosa, y sus chillidos se oirán desde más lejos que los tuyos. Forastera, además —dijo fijándose en el vestido y el

turbante de Rebeca—. ¿De qué país procedes? ¿Sarracena? ¿O egipcia? ¿Por qué no contestas? ¿Sabes llorar y no sabes hablar?

—No os enfadéis, buena anciana —dijo Rebeca.

—No necesitas decirme más —replicó—. Urfried conoce a un zorro por su huella y los judíos por su lengua.

—Por favor —dijo Rebeca—, decidme qué me espera después de haber sido conducida a este lugar a la fuerza. ¿Quieren mi vida a causa de mi religión? De buena gana se la entregaré.

—¿Tu vida, pequeña? —contestó la sibila—. ¿Por qué habrían desear tu vida? Créeme, tu vida no está en peligro. Te harán servir para los menesteres para los que antes usaban a nobles doncellas sajonas. ¿Se quejará una judía por no alcanzar mejor suerte? Mírame. Era tan joven y doblemente guapa que tú cuando Front-de-Boeuf, padre de este Reginald, y sus normandos asaltaron el castillo. Mi padre y sus siete hijos defendieron su propiedad piso por piso, cámara por cámara. No quedó habitación ni tramo de la escalera que no se hiciera resbaladizo con su sangre. Murieron…, murieron todos, y antes de que se enfriaran sus cuerpos y se secara su sangre, ¡yo ya era presa y escarnio del conquistador!

—¿Nadie me ayudará? ¿No hay manera de escapar? —dijo Rebeca—. ¡Espléndidamente recompensaría tu ayuda!

—¡Ni lo pienses! —dijo la vieja—. De aquí no se escapa sino por puerta de la muerte y tarda mucho, mucho, antes de que se abra para nosotros —añadió, sacudiendo su cabeza gris—. Pero es un consuelo pensar que dejamos sobre la tierra a los que por fuerza habrán de seguirnos. ¡Que te vaya bien, judía! Judía o gentil, tu suerte sería la misma porque tienes que habértelas con aquéllos que no tienen ni escrúpulos ni piedad. Que te vaya bien, repito. Mi copo ya está hilado…, tu tarea tiene todavía que empezar.

—¡Quédate! ¡Quédate por los cielos! —dijo Rebeca—. ¡Quédate aunque sea para maldecirme e insultarme…, aun así tu presencia en algo me protegerá!

—Ni la presencia de la Madre de Dios te servirá de protección —dijo la vieja—. Ahí la tienes —y señaló una imagen rústica de la Virgen María—. Mira a ver si ella puede evitarte la suerte que te espera.

Mientras hablaba, sus facciones se descompusieron en una risa sardónica que la hacía más repugnante. Abandonó la habitación y cerró la puerta tras sí. Rebeca la oyó maldecir a medida que, despacio y con dificultades, descendía las escaleras del torreón.

El destino de Rebeca se adivinaba aún más horrible que el de Rowena. ¿Qué probabilidades había de que usaran la dulzura y la cortesía con un muchacha de la raza oprimida? Sin embargo, la judía tenía una ventaja: estaba mejor preparada para enfrentarse a los peligros a que estaba expuesta. Poseía un carácter fuerte y ricas dotes de observación desde muy tierna edad; la pompa y esplendor de su hogar no habían cegado sus ojos y, por el contrario, estaba preparada para enfrentarse a la

precarias circunstancias. Como Damocles en su célebre banquete, Rebeca siempre temía, entre tanto fasto, la espada suspendida de un cabello sobre las cabezas de los de su raza. Estas reflexiones forjaron el sentido común en un temperamento que, en otras circunstancias, hubiera sido altanero, caprichoso y obstinado.

Ella tuvo por ejemplo a su padre, del que aprendió a comportarse con indudable cortesía y con sencilla humildad. No imitaba sus excesos de servidores porque cualquier mezquindad de mente le era ajena, y por otra parte le producía un constante estado de aprehensión y timidez. Se podía decir que se comportaba con orgullosa humildad, como si se conformara con la situación de inferioridad en que la colocaba el ser hija de una raza despreciada, mientras que en su mente era plenamente consciente de que por sus méritos podía gozar de rango superior al que le permitía aspirar el despotismo arbitrario de los prejuicios religiosos.

De este modo estaba preparada para enfrentarse a los adversos acontecimientos. Pero su actual situación requería de toda su presencia de ánimo y a ella apeló.

En primer lugar inspeccionó cuidadosamente el torreón, aunque se hicieran más evidentes las pocas esperanzas de protección o de fuga. No había pasadizo secreto ni trampilla alguna y, excepto la puerta que unía el aposento al cuerpo principal del edificio, el grueso muro circunscribía la totalidad del torreón. La puerta carecía de barra y cerrojo interiores. La única ventana se abría sobre un espacio almenado, más elevado que el torreón, y si a primera vista infundió alguna esperanza a Rebeca, pronto pudo comprobar que carecía de comunicación con el resto de las fortificaciones. Se trataba de una barbacana aislada, prendida en el vacío como una balconada, protegida por un parapeto almenado donde unos cuantos arqueros se hallaban dispuestos para la defensa del torreón, además de proteger con sus tiros la muralla exterior.

No había esperanza, excepción hecha de la resistencia pasiva y la confianza en Dios que suele ser prenda de los caracteres grandes y generosos. Rebeca, aleccionada aunque erróneamente en la interpretación de las Escrituras, no erró al pensar que había llegado su hora de prueba y que algún día los hijos de Sión serían llamados junto a los gentiles. Por el momento, cuanto la rodeaba reafirmaba que su estado presente era de castigo y de prueba y que constituía un especial deber para ella el resistir sin pecar. Dispuesta de este modo a considerarse víctima de la desgracia, Rebeca había reflexionado desde muy joven sobre su situación y había preparado su mente para enfrentarse a los peligros que pudieran salirle al paso.

Sin embargo, la prisionera tembló y su cara cambió de color al oír pasos en la escalera. Poco después se abría despacio la puerta del torreón y un hombre alto, vestido al estilo de los bandidos que habían causado sus desgracias, entró y cerró la puerta tras sí. El gorro escondía la parte superior del rostro. Aquel sujeto, como si se preparara a ejecutar alguna acción vergonzante, permaneció de pie ante la asustada prisionera. Si su indumentaria declaraba que era un rufián, por otra parte revelaba cierto embarazo en declarar el propósito que le había llevado allí, como si deseara

que Rebeca, esforzando la imaginación, tuviera tiempo para adivinar la causa. Despojóse ella de dos valiosos brazaletes y se apresuró a entregárselos, suponiendo que al satisfacer su avaricia significaba pedir su ayuda.

—Toma esto, buen amigo —dijo—, y por Dios ten piedad de mí y de mi anciano padre. Estas joyas son de valor, pero son fruslerías comparadas con las que él te puede ofrecer para obtener nuestra libertad.

—Hermosa flor de Palestina —dijo el bandido—. Hermoso brillo tienen estas perlas, pero no pueden compararse con la blancura de tus dientes; los diamantes son brillantes, pero no pueden competir con tus ojos, y desde que me dedico a estos trabajos voluntarios, tengo hecho el voto de preferir la belleza a las riquezas.

—No cometas tal desaguisado —dijo Rebeca—. ¡Toma mi rescate y ten piedad! El oro te permitirá comprar el placer. Perjudicarnos sólo te proporcionará remordimientos. Mi padre satisfará de buena gana tus más caprichosos deseos y, si obras sabiamente, con el oro y la plata que te proporcionaremos podrás reintegrarte a la sociedad y a la vida civil. Podrás obtener el perdón de tus pasados errores y salvarte de la necesidad de cometerlos de nuevo.

—Bien has hablado —contestó el bandido en lengua francesa, sin duda al serle difícil sostener en sajón la conversación iniciada por Rebeca—. Pero debes saber, brillante lirio del valle de Baca, que tu padre ya se halla en manos de un poderoso alquimista que sabe cómo convertir en oro y plata incluso los oxidados hierros de un fogón de mazmorra. El venerable Isaac está en un alambique para que destile cuanto se requiera de él, y no pueden ayudarle ni mi mediación ni tus súplicas. Tu rescate debe pagarse con amor y belleza, pues no aceptaré otra moneda.

—Tú no eres un bandido —contestó Rebeca en la misma lengua que él se le había dirigido—. Jamás un bandido ha rehusado tales ofertas. Y además, ninguno de estas tierras habla el dialecto que tú has usado. No eres un bandido, sino un normando…, un normando quizá noble de nacimiento, y que ahora debe demostrar su nobleza con sus actos, despojándose de la horrible máscara que sólo significa violencia y ultraje.

—Y tú que tan buena adivina eres —dijo Brian de Bois-Guilbert descubriendo su cara—, no eres una verdadera hija de Israel; eres, salvo en juventud y en belleza, una verdadera bruja de Endor. Sea, no soy ningún bandido, hermosa rosa de Sharon. Por el contrario, soy alguien más dispuesto a colgar de tu cuello y tus brazos perlas y diamantes, que tan bien te sientan, que a privarte de tales adornos.

—¿Qué deseas de mí, si no es mi riqueza? —preguntó Rebeca—. No puede haber tratos entre nosotros. Tú eres cristiano, yo judía. Nuestra unión sería contraria a las leyes, lo mismo a las de la Iglesia que a las de la sinagoga.

—Así sería —replicó el templario, riendo—. ¿Casarme con una judía? *Pardieu!* ¡Ni que fuera la reina de Saba! Debes saber, además, dulce hija de Sión, que si el más cristiano de los reyes me ofreciera su hija más cristiana con el Languedoc como dote, no podría desposarla. Va contra mis votos casarme con ninguna doncella, no siendo *par amour*, que es como te amaré. Soy un templario; contempla la cruz de mi sagrada

orden.

—¿Te atreves a apelar a este signo —dijo Rebeca— en una ocasión como la presente?

—Si hago tal cosa —dijo el templario—, no te concierne en absoluto ya que no crees en el signo de nuestra salvación.

—Creo aquello que me han enseñado mis padres —dijo Rebeca—, ¡y que Dios me absuelva si son erróneas mis creencias! Pero, caballero, ¿qué creencias serán las tuyas cuando apelas sin escrúpulo a aquello que tienes por más sagrado en el mismo instante en que estás a punto de transgredir el más solemne de tus votos de caballero y de religioso?

—¡Muy buena predicación, hija de Sirach! —contestó el templario—. Sin embargo, hermoso Eclesiastés, tus estrechos prejuicios judíos te impiden ver nuestros altos privilegios. El matrimonio sería un sacrilegio para un templario, pero sería absuelto de cualquier otra falta menor en el próximo congreso de nuestra orden. Ni los más prudentes monarcas, ni sus padres, han gozado de más amplios privilegios que los de los pobres soldados del Templo de Sión, ganados por el celo puesto en su defensa. Los protectores del Templo de Salomón pueden exigir la licencia de que gozaba Salomón.

—Si lees las Escrituras —dijo la judía— y las vidas de los santos con el único fin de justificar tu propia conducta licenciosa, tu crimen es comparable al de aquél que extrae veneno de las hierbas más curativas y necesarias.

Los ojos del templario echaron fuego ante tal reprimenda.

—Escucha, Rebeca —dijo—. Hasta hora te he hablado dulcemente, pero a partir de este momento mi lenguaje será el del conquistador. Tú eres la cautiva de mi arco y mi lanza, estás sujeta a mis deseos según la ley de todas las naciones; no he de ceder ni una pulgada en mis derechos y obtendré por la fuerza aquello que me niegas.

—No te acerques —dijo Rebeca—. No te acerques y óyeme antes de que cometas tal mortal pecado. Podrás domeñar mi fuerza, ya que Dios hizo débil a la mujer y confió su defensa a la generosidad del hombre. Pero proclamaré tu villanía, templario, de uno a otro extremo de Europa. Deberé a la superstición de tus hermanos lo que quizá su compasión me negaría. Cada concilio, cada capítulo de tu orden sabrá que has pecado con una judía como si un hereje fueras. Los que no se horroricen con tu crimen te maldecirán por haber deshonrado la cruz que llevas, hasta el punto de perseguir a una hija de mi pueblo.

—Eres muy aguda, judía —replicó el templario, convencido de las verdades que había dicho, ya que las reglas de su orden condenaban con grandes castigos el tipo de intrigas como las que intentaba llevar a cabo—. Muy aguda eres, pero muy alto habrás de gritar tus quejas si han de ser oídas fuera de las murallas de este castillo. Aquí, tanto los murmullos como los lamentos, llamamientos a la justicia y gritos de socorro, se desvanecen en el silencio. Sólo una cosa puede salvarte, Rebeca. Ríndete a tu destino. Adopta nuestra religión y te daré tal situación que cualquier dama

normanda te envidiará en posición y belleza por ser la favorita de la mejor lanza de entre los defensores del Templo.

—¡Rendirme a mi destino! —dijo Rebeca—. ¡Santo Cielo! Dime, ¿cuál destino? ¡Adoptar tu religión! ¿Qué clase de religión puede ser la que ampara tal villanía? ¡La mejor de los templarios! ¡Mal caballero! ¡Fraile perjuro! ¡Te escupo y te desafío! ¡Las promesas del Dios de Abraham han abierto una puerta de escape a su hija…, incluso de este cúmulo de infamias he de escapar!

Mientras hablaba, abrió la ventana porticada que daba a la terraza almenada. De un salto se situó sobre el parapeto, dispuesta a dejarse caer en el tremendo abismo. Desprevenido, ya que hasta el momento la judía había permanecido completamente inmóvil, Bois-Guilbert no tuvo tiempo ni de interceptarla ni de detenerla. Como intentara adelantarse, ella exclamó:

—Permanece donde estás, templario orgulloso. ¡O avanza si lo prefieres! Un solo paso más y me lanzo al precipicio. ¡Mi cuerpo perderá su forma humana destrozado sobre las piedras de este patio antes de convertirse en víctima de tu brutalidad!

Mientras hablaba, juntó las manos y las levantó al cielo como pidiendo perdón para su alma antes de dar el salto final. El templario dudaba; su decisión, que nunca había dado paso a la piedad, cedió ante la fortaleza de la judía.

—¡Baja, muchacha temeraria! Te juro, por la tierra y el mar y el cielo, que no he de ofenderte.

—¡No confío en ti, templario! —dijo Rebeca—. Me has enseñado cómo apreciar las virtudes de tu orden. El próximo concilio te absolvería por haber faltado a un juramento que a nada te compromete, pues nada te importa el honor o el deshonor de una miserable doncella judía.

—Me tratas injustamente —afirmó el templario, fervientemente—. Juro por mi santo patrón, por la cruz de mi pecho, por la espada de mi cinturón, por la antigua mansión de mis padres…, ¡te juro que no he de hacerte ningún mal! Si no lo quieres hacer por ti, hazlo por tu padre. Seré su amigo, y puedes creer que en este castillo lo necesitará.

—¡Ay! —dijo Rebeca—. Bien lo sé. ¿Me atreveré a confiar en ti?

—Boca abajo sea puesto mi escudo y deshonrado mi nombre —dijo Brian de Bois-Guilbert—, si tienes alguna razón para quejarte de mí. He roto muchas leyes y mandamientos, pero no mi palabra, jamás.

—Te creo —dijo Rebeca y descendió del parapeto, pero permaneció cerca de las almenas—. Aquí permaneceré y tú quédate donde estás, y si intentas disminuir en un solo paso la distancia que ahora nos separa, comprobarás que la doncella judía prefiere confiar su alma a Dios que su honor al templario.

Mientras Rebeca hablaba, sus facciones, debido a la firme y orgullosa resolución, adquirían una expresiva belleza. Sus ojos no parpadeaban, sus mejillas no empalidecían ante el temor de un destino tan inmediato y tan terrible; por el contrario, la seguridad de tener en sus manos la propia suerte y de que podría escapar según su

deseo a la infamia, coloreaba aún más sus facciones y confería un brillo de fuego a sus ojos. Bois-Guilbert, también orgulloso y temperamental, tuvo que reconocer que nunca le había sido dado contemplar una belleza tan viva e imperiosa.

—Que haya paz entre nosotros, Rebeca —dijo.

—Haya paz si es tu deseo —contestó Rebeca—. Paz, pero con esta distancia entre nosotros.

—No necesitas temerme más.

—No te temo gracias al que construyó esta torre tan alta, y de la cual no se puede caer y continuar vivo. ¡Gracias a él y al Dios de Israel, no te tengo miedo!

—Injustamente me tratas —dijo el templario—. Por la tierra, el mar y los cielos que me tratas injustamente. No es mi modo de ser el que me has visto: duro, egoísta y dominante. Fue la mujer que me enseñó la crueldad, y en consecuencia se lo hago pagar a la mujer; pero nunca a una mujer como tú. Óyeme, Rebeca, Jamás caballero tomó la lanza con el corazón más lleno de devoción para con la dama de sus amores que Brian de Bois-Guilbert. Ella era hija de un pobre barón cuyos dominios sólo consistían en una torre ruinosa y un viñedo improductivo, además de unas fanegas de las estériles landas de Burdeos. Su nombre era conocido en cualquier sitio donde tuvieran lugar hechos de armas, más conocido incluso que el de muchas damas que tenían un importante condado por dote. —Emprendió un corto paseo a lo largo de la terraza, como si hubiera perdido conciencia de la presencia de Rebeca—. Sí, mis hazañas, los peligros que corrí, mi sangre, hicieron famoso el nombre de Adelaide de Montemare, desde la corte de Castilla a la de Bizancio. ¿Y cuál fue la recompensa? Cuando regresé con los honores que tantas fatigas me costaron, conseguidos con trabajo y sangre, la encontré casada con un caballero gascón cuyo nombre ni siquiera era conocido fuera de sus pobres posesiones. ¡La amaba y amargamente me vengué de su rota promesa! Pero la venganza cayó sobre mí. Desde entonces me he separado de la vida y sus lazos. Como hombre no puedo conocer hogar, no puedo ser cuidado por una amante esposa. Mi vejez no tendrá a su lado un corazón afectuoso. Mi tumba permanecerá solitaria y ningún retoño mío llevará el nombre de Bois-Guilbert. He depositado a los pies del superior el derecho de determinación propia, el privilegio de la independencia. Un templario no puede poseer ni tierras ni bienes, y vive, se mueve y respira según el deseo del otro.

—¡Ay! —dijo Rebeca—. ¿Qué ventajas pueden compensar sacrificios tan absolutos?

—El poder de la venganza, Rebeca —replicó el templario—, y satisfacer la ambición.

—Muy pobre recompensa —dijo Rebeca— para la renuncia de los más caros derechos de la humanidad.

—No digas tal cosa, doncella —indicó el templario—. ¡La venganza es un placer de los dioses! Y si se la han reservado para ellos, según nos enseñan los sacerdotes, es porque lo consideran un placer demasiado precioso para los meros mortales. ¿Y la

ambición? Es una tentación que puede incluso deshacer la armonía de los cielos. —Hizo una pausa y después añadió—: Rebeca, aquélla que prefiere la muerte al deshonor debe ser dueña de un alma poderosa y orgullosa. ¡Debes ser mía! ¡No, no te excites!, tendrá que ser con tu consentimiento y según las condiciones que impongas. Tienes que consentir en compartir conmigo unas esperanzas más dilatadas que las que pueden contemplarse desde el trono de un monarca. Óyeme antes de contestar y juzga antes de rehusar. El templario, tal como tú has dicho, pierde sus derechos sociales, su poder de actuar libremente, pero se convierte en miembro de un cuerpo poderoso ante el cual ya tiemblan los tronos, del mismo modo como una gota de agua se mezcla y pasa a formar parte del irresistible océano que socava los acantilados y se traga armadas reales. Esa fuerza tan poderosa es nuestra liga. De esta poderosa orden yo no soy un miembro cualquiera, sino uno de los principales comandantes. Puedo aspirar a sostener algún día el bastón de gran maestre. Los pobres soldados del Temple no pueden solamente pisar el cuello de los reyes, eso está al alcance de cualquier fraile con sandalias. Nuestros pasos nos permiten acceder a sus tronos. Nuestros guanteletes arrebatarán el cetro de su mano. Ni el reinado del Mesías que tan en vano esperáis ofrece tanto poder a vuestras dispersas tribus como aquel a que yo puedo aspirar. He buscado alguna alma generosa que quiera compartir el poder y la he encontrado en ti.

—¿Y se lo propones a una de mi raza? —contestó Rebeca—. Piensa que…

—No me repliques —dijo el templario— sacando a relucir la diferencia de nuestros respectivos credos. En nuestros cónclaves secretos nos reímos de estas historias infantiles. No creas que no sabemos que fue una imbécil locura la de nuestros fundadores al despreciar los placeres de la vida por la delicia de morir mártires, víctimas del hambre, la sed o la peste, cuando no por la espada de los salvajes, mientras se hallaban empeñados en defender un desierto estéril. Nuestra orden pronto apuntó a objetivos más osados, tuvo más amplia visión de las cosas y supo encontrar mejor aplicación a nuestros sacrificios. Nuestras inmensas posesiones en todos los reinos de Europa, nuestra fama familiar, que atrae a nuestro círculo a la flor y nata de la caballería procedentes de todos los climas de la cristiandad, todo ello se dedica a fines que nuestros piadosos fundadores no podían sospechar y que son cuidadosamente ocultados a los débiles de espíritu que se unen a nuestra orden creyendo en sus antiguos principios y cuya superstición les convierte en nuestras herramientas involuntarias. Pero no levantaré más el velo de nuestros misterios. Esta llamada que da el cuerno de caza anuncia algún acontecimiento que puede requerir mi presencia. Piensa en lo que te he dicho. ¡Adiós! No te pido que perdones las violencias de mis amenazas porque eran necesarias para que pudieras sacar a relucir tu carácter. El oro se revela por el toque de la piedra. Volveré pronto y hablaremos más extensamente.

Entró de nuevo en la cámara del torreón y descendió las escaleras dejando a Rebeca algo aterrorizada por la terrible muerte a que estuvo expuesta, pero más aún por la obstinada ambición de que había dado muestra el hombre, bajo cuyo poder

estaba. Cuando de nuevo entró en la cámara del torreón, dio en primer lugar gracias al Dios de Jacob por la protección que le había brindado, y le pidió que no dejara de ofrecerla a ella y a su padre. Otro nombre se deslizó en su petición: era el del cristiano herido, al que el destino había colocado en manos de unos hombres sedientos de sangre y enemigos suyos declarados. En verdad, su corazón le reprochaba que al entrar en contacto con la deidad de sus plegarias, mezclara en ellas la memoria de alguien cuyo destino no podía ser jamás el de ella…, un nazareno, un enemigo de su fe. Pero su aliento ya había pronunciado la petición y ni los estrechos prejuicios de su secta podían inducir a Rebeca a desear anularla.

XXV

Como nunca lo vi en la vida, me fue presentado
un maldito retazo de indescifrable escritura.

OLIVER GOLDSMITH:
Rendida al conquistador.

Cuando el templario llegó a la sala, se encontró con De Bracy.

—Supongo que vuestros quehaceres amorosos habrán sido interrumpidos al igual que los míos debido a la intempestiva llamada —dijo De Bracy—. Sin embargo, habéis tardado y no creo equivocarme al decir que habéis acudido de mala gana. Por eso deduzco que vuestra entrevista ha resultado más agradable que la mía.

—¿No alcanzó el éxito vuestro galanteo con la heredera sajona?

—Por los huesos de Tomás Becket —contestó De Bracy—, sospecho que lady Rowena intuyó que no puedo soportar las lágrimas femeninas.

—¡Vamos! —contestó el templario—. ¡Un capitán de mercenarios que se enternece por las lágrimas de una mujer! Unas gotas derramadas sobre la antorcha del amor permiten que la llama brille con más fuerza.

—Bendito seáis vos y vuestras pocas gotas que salpican —replicó De Bracy—. Pero esta damisela ha derramado suficientes lágrimas como para extinguir una hoguera. Nunca se han visto tales retorcimientos de manos ni ojos tan inundados desde los días de santa Niobe, de la cual nos hablaba el prior Aymer. Un verdadero diablo líquido se ha posesionado de la hermosa sajona.

—Una legión de demonios se han posesionado del pecho de la judía —replicó el templario—; porque no creo que uno solo de ellos, aunque se tratara del mismísimo Apollyon, sea capaz de inculcar tal indomable orgullo y resolución.

—Pero ¿dónde está Front-de-Boeuf? El clamor del cuerno va en aumento.

—Está negociando con el judío, según creo —replicó fríamente De Bracy—; seguramente los chillidos de Isaac ahogan el clamor del cuerno de caza. Debéis saber, señor Brian, que un judío que se separa de sus riquezas y en condiciones parecidas a las de nuestro amigo, es capaz de dar gritos más potentes que el estruendo de veinte cuernos y trompetas. Tendremos que mandar a los criados que le llamen.

Muy pronto se les unió Front-de-Boeuf, que había sido interrumpido en su cruel ocupación, aunque se había entretenido en su camino para dar algunas instrucciones.

—Veamos la causa de este maldito clamor —dijo De Bracy—. Aquí hay un mensaje y, si no me equivoco, está en sajón.

Miró el escrito, dándole vueltas, como si alimentara alguna esperanza de descifrarlo invirtiendo la posición del papel. Finalmente lo entregó a De Bracy.

—Puede que se trate de conjuros mágicos, porque no los entiendo —dijo De

Bracy, que gozaba de la parte proporcional de la ignorancia de los caballeros de la época—. Nuestro capellán empeñóse en enseñarme a escribir, pero todas las letras que escribía tenían la forma de puntas de lanza y de hojas de espada; por lo tanto el anciano profesor abandonó la tarea.

—Dadme la carta —dijo el templario—; por nuestra condición de frailes poseemos algunos conocimientos que adornan nuestro valor.

—Aprovechemos vuestros reverendos conocimientos —dijo De Bracy—. ¿Qué dice el mensaje?

—Es un desafío en toda regla —contestó el templario—; pero, por nuestra señora de Belén, si no se tratara de una burda chanza, es el cartel más extraordinario que nunca ha cruzado el puente levadizo de un castillo señorial.

—¡Chanza! —dijo Front-de-Boeuf—. Me gustaría saber quién se atreve a chancearse de mí en lo que concierne a tales asuntos. Leed, sir Brian.

El templario leyó lo siguiente:

> «Yo, Wamba, hijo de Witless, bufón de un hombre noble y libre, Cedric de Rotherwood, llamado *el Sajón*, y yo Gurth, hijo de Beowulph, porquerizo…».

—¡Estáis loco! —dijo Front-de-Boeuf, interrumpiéndole.

—Por san Lucas que de este modo está escrito —contestó el templario, y reemprendió la lectura:

> «… Yo, Gurth, hijo de Beowulph, porquerizo del dicho Cedric, con la ayuda de nuestros aliados y confederados, que hacen causa común con nosotros en esta contienda, a saber: el buen caballero llamado hasta el momento el Negro Holgazán y el decidido montero Robert Locksley, llamado Partevaras, a ti, Reginald Front-de-Boeuf y a tus aliados y cómplices, sean quienes sean, por haberte apoderado de la persona de nuestro amo el dicho Cedric por la fuerza y sin motivos conocidos ni pleito declarado, como también de la persona de la dama, libre por nacimiento, lady Rowena Hargottstandstede, y también de la persona del nacido libre Athelstane de Coningsburgh y también de los hombres libres que eran sus acompañantes, así como de algunos siervos suyos por nacimiento; como también de cierto judío llamado Isaac de York junto a su hija, judía, y cierto número de caballos y mulas. Estas nobles personas, con sus acompañantes y esclavos y también con los caballos y las mulas, judío y judía antes nombrados, estaban en paz con Su Majestad y viajaban como súbditos por el camino real. En consecuencia, nosotros te pedimos y requerimos que las susodichas nobles personas, a saber, Cedric de Rotherwood, Rowena de Hargottstandstede, Athelstane de Coningsburgh, con sus sirvientes, acompañantes y seguidores y también los caballos y las mulas, el judío y la judía ya nombrados, con todos los bienes que les pertenecen, sean, en el plazo de una hora a contar desde este momento en que este mensaje te sea entregado, liberados y entregados intactos en cuerpo y pertrechos. Y de no hacerlo así, te anunciamos que os declararemos ladrones y traidores y os encontraremos en el campo de batalla, y os sitiaremos o tomaremos otras medidas y haremos lo posible para perjudicaros y destruiros. Dios os guarde… Firmado por nosotros en la víspera de san Withold, bajo la gran encina del camino de Harthill. Lo que antecede está escrito por un religioso, clérigo de Dios, de nuestra Señora y de san Dunstan en la capilla de Copmanhurst».

Al pie de este documento iba garabateado en primer lugar un tosco dibujo representando la cabeza de un gallo con su cresta, con una leyenda que explicaba que este jeroglífico era la firma de Wamba, hijo de Witless. Bajo este respetable emblema había una cruz como firma de Gurth, el hijo de Beowulph. Seguían, entonces, escritas

con grandes y toscos caracteres las palabras: el Negro Holgazán. Y, cerrando el conjunto, una flecha bastante bien dibujada representaba la marca del montero Locksley.

Los caballeros escucharon la lectura del bizarro documento de principio a fin, y después se miraron uno al otro en silenciosa diversión, como si fueran incapaces de descifrar su significado. De Bracy fue el primero en romper el silencio, estallando con una incontrolable explosión de carcajadas. A ellas se unió, aunque con más moderación, el templario. Por el contrario, Front-de-Boeuf parecía molesto por aquellas extemporáneas muestras de jocosidad.

—Os advierto, nobles señores, que sería mejor os pusierais de acuerdo acerca de cómo vamos a enfrentarnos a la situación. A nada conduce que os abandonéis a intempestivas risas.

—Athelstane no ha recobrado la serenidad desde que fue desmontado —dijo De Bracy dirigiéndose al templario—. Está asustado con el solo hecho de pensar en un nuevo desafío, aunque proceda de un loco y de un porquerizo.

—Por san Miguel —contestó Front-de-Boeuf—, quisiera que fuerais vos solo a soportar todo el peso y las consecuencias de este embrollo, De Bracy. Estos individuos no se hubieran atrevido a obrar impunemente de no saberse respaldados por algunas bandas de forajidos. Abundan en estos bosques y no me perdonan que proteja mis venados. Pillé a uno de ellos con las manos en la masa y no se me ocurrió nada más que atarle a las astas de un ciervo, que por cierto dio buena cuenta de él y en cinco minutos lo remató. Desde entonces han disparado tantas flechas contra mi persona, que fueron pocas las que dieron en el blanco del torneo de Ashby. Oye, tú —añadió dirigiéndose a uno de sus criados—, ¿has enviado a alguien para averiguar cuántos hombres respaldan este desafío?

—Por lo menos hay doscientos hombres reunidos en el bosque —contestó el escudero de guardia.

—¡He aquí un bonito asunto! —exclamó Front-de-Boeuf—. Esto me sucede por dejaros mi castillo y no sólo no habéis obrado cautelosamente, sino que habéis atraído a un verdadero enjambre de avispas que hasta me zumban los oídos.

—¿Avispas? —dijo De Bracy—. Mejor dirás zánganos sin aguijón. Una partida de bribones holgazanes que se esconden en el bosque y destruyen la caza, en lugar de trabajar la tierra para ganarse el pan. ¡Sin aguijón, decís! —replicó Front-de-Boeuf—. Son portadores de cabezas de flecha de una yarda de largo y saben dispararlas y darle en el centro de una moneda francesa. ¡Suficiente aguijón!

—¡Vergüenza, señor caballero! —dijo el templario—. Reunamos a nuestra gente y carguemos sobre ellos. Un solo caballero…, qué digo, un simple escudero puede con veinte de los que forman esa chusma.

—¡Y aún les sobrarán fuerzas! —dijo De Bracy—. En lo que a mí se refiere, vergüenza me daría el poner mi lanza en ristre ante ellos.

—Lo que decís sería cierto —contestó Front-de-Boeuf—, si se tratara de negros,

turcos o moros, señor templario. O si se tratara de los campesinos muertos de hambre de Francia, valeroso De Bracy. Pero se trata de monteros ingleses sobre los cuales no tenemos ninguna ventaja, puesto que nuestras armas y caballos apenas nos serán de utilidad en las espesuras de los bosques. ¿Cargar contra ellos, decís? ¡Pero si escasamente contamos con hombres suficientes para defender el castillo! Los mejores hombres se encuentran en York, al igual que vuestra compañía, De Bracy. A duras penas contamos con veinte hombres, además de los pocos que han intervenido en este loco negocio.

—¿No supondréis —preguntó el templario—, que son capaces de reunir fuerzas suficientes para asaltar el castillo?

—Hasta este punto no creo, sir Brian —replicó Front-de-Boeuf—. Estos forajidos tienen un valiente capitán; pero sin máquinas, escaleras ni jefes experimentados, mi castillo les resulta inexpugnable.

—Avisad a vuestros vecinos —dijo el templario—. Que reúnan a su gente y acudan a rescatar a tres caballeros sitiados por un bufón y un porquerizo en el castillo feudal de Front-de-Boeuf.

—¿Bromeáis, señor caballero? —contestó el barón—. ¿Qué vecinos podría avisar? Malvoisin se encuentra en York con su tropa, al igual que mis otros aliados, y allí también estaría yo de no haber sido por esta infernal y descabellada aventura.

—Mandad recado a York y llamad a nuestra gente —dijo De Bracy—. Si miran sin pestañear mi estandarte movido por el viento, declararé que son los más rudos bandoleros que han tensado el arco en los verdes bosques.

—¿Y quién ha de llevar el mensaje? —dijo Front-de-Bceuf—. Estarán vigilando cada vereda y agarrarán a cualquiera que por ella pase… ¡He dado con la solución! —añadió después de una corta pausa—. Señor templario, vos sabéis escribir, puesto que sabéis leer; y si ahora pudiera dar con el recado de escribir que perteneció a mi capellán fallecido hará un año entre las brumas de sus borracheras navideñas…

—Si me lo permitís —dijo el escudero que todavía se hallaba a la espera—, creo que la vieja Urfried lo guardó por amor al confesor. Fue el último hombre, según creo haber oído de sus labios, que la trató con la cortesía que se le debe a una doncella o a una matrona.

—Ve y procura dar con ello —dijo Front-de-Boeuf—. Entonces, señor templario, daréis la adecuada respuesta a este descarado desafío.

—Preferiría contestar a punta de espada y no con la flaqueza de la pluma —dijo Bois-Guilbert—. Pero sea como queráis…

De acuerdo con esta resolución, acabó por sentarse y, en francés, escribió la siguiente epístola:

> Sir Reginald Front-de-Boeuf, con sus nobles y caballerosos aliados y confederados, no hace caso de las bravatas procedentes de esclavos, pastores y fugitivos de la ley. Si en verdad la persona que se hace llamar el Caballero Negro puede reclamar para sí los honores de la caballería, debería saber que le degrada aliarse con tales esbirros y por ello no tiene derecho alguno y no es tenido en cuenta por los buenos hombres de sangre noble. En lo referente a los prisioneros, os pedimos en nombre de la caridad

cristiana que mandéis a un religioso para que les oiga en confesión y les reconcilie con Dios, ya que es nuestro inamovible propósito ejecutarlos mañana al amanecer. Expondremos sus cabezas en las almenas para demostrar a todo el mundo en cuán poca estima tenemos a aquellos que se han comprometido a rescatarlos. Por lo tanto, os requerimos para que mandéis a un clérigo para reconciliarles con Dios, con lo que les prestaréis el último servicio sobre la tierra.

La carta fue entregada al escudero para que a su vez la diera al mensajero que esperaba la respuesta al mensaje que había traído. El montero regresó al cuartel general de sus aliados, establecido a la sombra de una venerable encina, distante unos tres tiros de flecha del castillo. Allí, Wamba y Gurth, con sus aliados el Caballero Negro, Locksley y el jovial ermitaño, esperaban con impaciencia la contestación a su reto. A su alrededor había numerosos y rudos monteros, vestidos con trajes campestres, y las facciones curtidas por la intemperie. Se habían reunido más de doscientos y otros muchos iban llegando a toda prisa. Los jefes tan sólo se distinguían de los demás por una pluma que llevaban en el gorro, siendo sus armas y equipos idénticos a los de los demás.

También se habían presentado otras fuerzas más heterogéneas y peor esquivadas, formadas por los habitantes sajones de las aldeas vecinas, así como también por criados y sirvientes de las extensas posesiones de Cedric. Sólo unos pocos poseían armas adecuadas, pues habían tomado aquellos objetos que la necesidad algunas veces convierte en instrumentos militares. Rejones para la caza del jabalí, picas, hoces y diversas herramientas constituían su principal armamento, ya que los normandos, usando la política común a todos los conquistadores, no dejaban que los vencidos sajones usaran la espada y la lanza. Por eso el gran número de sajones no impresionaba a los sitiados ni por la fuerza de los hombres, ni por el superior número, ni por el ardor que inspiraba una causa justa. A este ambiguo y completo ejército iba dirigida la carta del templario.

El mensajero se la entregó al fraile que en voz alta leyera su contenido.

—Por el cayado de san Dunstan —dijo el buen eclesiástico—, que condujo al rebaño más ovejas que cualquier otro santo del paraíso, os juro que no soy capaz de descifraros esta jerga, la cual, ya sea francesa o arábiga, está fuera de mis alcances.

Pasó la carta a Gurth, que meneó la cabeza pesaroso y se la entregó a Wamba. El bufón miró el papel por los cuatro costados con muecas de afectada inteligencia, parecidas a las que haría un mono; después hizo una cabriola y dio la carta a Locksley.

—Si las mayúsculas fueran arcos y las minúsculas flechas, algo sacaría en limpio —dijo el bravo montero—; pero tal como están las cosas, el significado de la carta tiene tanto que temer de mí como un ciervo a doce millas de distancia.

—Entonces, yo intentaré descifrar su contenido —dijo el Caballero Negro y, arrebatándole la carta a Locksley, la leyó primero para sí y después la explicó en sajón a sus confederados.

—¡Ejecutar al noble Cedric! —exclamó Wamba—. Por el santo madero: os debéis haber equivocado, señor caballero.

—Yo no, mi buen amigo —replicó el caballero—. Os he traducido exactamente lo que dice el escrito.

—Entonces, por santo Tomás de Canterbury —dijo Gurth—, debemos tomar el castillo aunque sea con nuestras propias manos.

—De nada más disponemos —replicó Wamba—; pero las mías apenas pueden amasar yeso.

—Se tratará de una treta para ganar tiempo —dijo Locksley—; no se atreverán a cometer un acto por el cual yo mismo les castigaría con todo rigor.

—Si alguien —dijo el Caballero Negro—, lograra ser admitido en el castillo y averiguara cuál es la situación real, mucho habríamos ganado. Creo que, puesto que piden un confesor, este santo ermitaño podría al momento ejercitar su piadosa vocación y procurarnos la información que deseamos.

—¡Llévese el diablo a ti y a tu consejo! —dijo el piadoso ermitaño—. Te digo, Caballero Haragán, que cuando visto mis hábitos de monje, el estado clerical, la santidad y los mismísimos latines van conmigo; pero cuando visto el verde gabán, mejor puedo dar muerte a veinte ciervos que confesar a un solo cristiano.

—Me temo —dijo el Caballero Negro—, mucho me temo que nadie entre nosotros esté dispuesto ni capacitado para adoptar el papel de padre confesor.

Se miraron entre sí y guardaron silencio. Dijo Wamba al cabo de un rato:

—Veo que el loco tiene que hacer otra vez el loco y arriesgar el cuello en una aventura de la cual nada quieren saber los hombres cuerdos. Debéis saber, mis queridos primos y paisanos, que vestí el sayo antes que el gorro con cascabeles, y que fui educado para fraile hasta que me alcanzaron unas fiebres cerebrales que me dejaron el seso suficiente para ser un loco. Confío que con la ayuda de los hábitos del ermitaño, además de la santidad, clericalidad, y saberes que en su caperuza se almacenan, confío digo que estaré capacitado para administrar consuelo espiritual a nuestro buen amo Cedric y a sus compañeros de infortunio.

—¿Crees que tiene seso suficiente para hacerlo? —le preguntó a Gurth el Caballero Negro.

—No lo sé —dijo Gurth—; pero si no lo tiene, ésta será la primera vez que le falte para sacar provecho de su locura.

—Pues, ¡adelante con los hábitos! —dijo el Caballero Negro—. Que tu amo nos informe de la situación en el castillo. Pocos deben ser en número y si son cinco a uno podemos vencerles con un ataque súbito y decidido. El tiempo pasa. Anda, marcha.

—Y al mismo tiempo —dijo Locksley—, sitiaremos la plaza tan estrechamente que ni una mosca podrá salir con noticias de él. Así que, mi buen amigo —continuó dirigiéndose a Wamba—, puedes asegurar a estos tiranos que cualquier acto de violencia que cometan contra las personas de sus prisioneros recaerá severamente y sin compasión sobre ellos mismos.

—*Pax vobiscum* —dijo Wamba, que ya se había endilgado su disfraz de religioso. E imitando el solemne y envarado porte de los frailes, partió para llevar a cabo su

misión.

XXVI

El más fogoso de los caballos a veces se enfría
y el más blando, en ocasiones, se hace osado.
Junto a su abadía, el monje se hace el loco;
y la prudencia adivina al loco del fraile.

Canción popular antigua.

Cuando el bufón, ataviado con el sayo y la caperuza del ermitaño y con el cordón de nudos atado a la cintura, se presentó ante el portal del castillo de Front-de-Boeuf, el guarda le pidió el nombre y qué clase de encargo traía.

—*Pax vobiscum* —contestó el bufón—. Soy un pobre hermano de la Orden de San Francisco que viene a ofrecer sus servicios a unos infelices prisioneros que se encuentran en este castillo.

—Eres un fraile muy atrevido por venir aquí —dijo el guarda—, donde a excepción de nuestro capellán borrachín, ningún gallo de tu plumaje ha cacareado en los últimos veinte años.

—A pesar de ello, te ruego que transmitas el encargo al señor del castillo —contestó el fingido fraile—. Puedes creer que será bien acogido por él y que el gallo cantará con tal fuerza que se le podrá oír en todo el castillo.

—Está bien —dijo el guarda—, pero si me riñen por haber abandonado el puesto debido a tu encargo, intentaré averiguar si un sayo gris de fraile protege a su portador de una buena paliza.

Con estas amenazas dejó el torreón y de mala gana llevó al salón del castillo el recado de que un santo fraile pedía ser admitido al momento. Con no poca sorpresa recibió de su amo la orden de hacer pasar al santo hombre y, cubriendo la entrada para evitar sorpresas, obedeció las órdenes recibidas. La despreocupación digna de un cerebro de liebre que había llevado a Wamba a efectuar tan peligrosa misión, escasamente le bastó para mantenerle en pie cuando se halló ante la presencia de un hombre tan terrible y temido como Reginald Front-de-Boeuf, y pronunció su *Pax vobiscum*, frase que para él constituía el mejor soporte de su disfraz con más ansiedad y vacilaciones que antes. Pero Front-de-Boeuf estaba acostumbrado a ver a hombres de todas las clases sociales temblando en su presencia, por lo que la timidez del fingido padre no originó ninguna sospecha en él.

—¿Quién eres y de dónde vienes, padre? —preguntó.

—*Pax vobiscum* —repitió el bufón—. Soy un pobre servidor de san Francisco, que, viajando por estas soledades, he caído entre ladrones. Como dicen las Escrituras: *quídam viator incidit in latrones*…, los cuales ladrones me han mandado a este

castillo para que ejerza mi deber espiritual con dos personas condenadas por vuestra honorable justicia.

—Está bien —contestó Front-de-Boeuf—. ¿Y podrías decirme, santo padre, el número de dichos bandidos?

—Valiente señor —contestó el bufón—, *Nomen illis legio,* son toda una legión.

—Dime en lenguaje llano cuántos son, pues de lo contrario, clérigo, de poca protección te han de servir tu sayo y tu rosario.

—¡Ay! —dijo el fingido fraile—, *cor meum eructavit*, es decir, estaba a punto de reventar de miedo, pero presumo que pueden ser… entre monteros y campesinos…, tal vez unos quinientos hombres.

—¿Qué? —exclamó el templario, que acababa de entrar en este momento—. ¿Con tanta rapidez se multiplican las avispas en estos lugares? Ya es hora que acabemos con toda esa calaña. —Y tomando aparte a Front-de-Boeuf, añadió—: ¿Conoces tú al fraile?

—Es un forastero de un convento distante. No le conozco en absoluto.

—Pues no le des tu recado de palabra. Haz que lleve una nota escrita a los mercenarios de De Bracy para que acudan de inmediato a socorrer a su jefe. Al mismo tiempo, con objeto de que este sujeto no sospeche, permítele que vaya a cumplir su deber de preparar a estos bribones sajones para el matadero.

—Así se hará —dijo Front-de-Boeuf. Y requirió a un criado para que acompañara a Wamba al aposento donde estaban confinados Cedric y Athelstane.

La impaciencia de Cedric había aumentado en vez de disminuir con su confinamiento; iba de un extremo a otro de la habitación, con esa actitud de alguien que se dispone a cargar contra el enemigo o se prepara a entrar por la brecha abierta en el muro de una plaza sitiada. Unas veces hablaba para sí mismo y otras se dirigía a Athelstane, el cual aguardaba estoicamente el desenlace de la aventura mientras digería sin perder la compostura el liberal almuerzo del mediodía. No estaba demasiado interesado en la duración de su cautiverio, puesto que había llegado a la conclusión que todos los males de este mundo tienen su fin en el cielo.

—Pax vobiscum —dijo el bufón, entrando en el aposento—. La bendición de san Dunstan, san Denis y san Duthoc y la de cualquier otro santo sea para vosotros y con vosotros.

—Entrad sin temor —contestó Cedric al supuesto fraile—; ¿qué os ha traído aquí?

—Ayudaros a bien morir —contestó el bufón.

—¡Es imposible! —exclamó Cedric sobresaltado—. ¡Aunque se trate de unos desalmados sin temor alguno, no se atreverán a ejecutar un gratuito acto de crueldad!

—¡Ay! —dijo el bufón—, intentar detenerles apelando a su sentido del humanitarismo es como querer detener a un caballo desbocado con una brida hecha con un hilo de seda. Pensad por lo tanto, noble Cedric y tú también, valiente Athelstane, qué pecados de la carne habéis cometido, porque en este mismo día seréis

llamados ante un más alto tribunal.

—¿Habéis oído esto, Athelstane? —dijo Cedric—. Debemos enfrentamos con buen ánimo a este último acto, ya que mejor es que muramos como hombres y no como esclavos.

—Estoy dispuesto —contestó Athelstane— a soportar las heces de su malicia y sabré encontrar mi muerte con tanta compostura como siempre encontré mi comida.

—Arreglemos entonces nuestras cuentas con Dios, padre —dijo Cedric.

—Espera un momento, buen tío —dijo el bufón en su tono natural de voz—: Mejor será que mires con atención si no quieres resbalar en la oscuridad.

—¡A fe mía que conozco esta voz! —dijo Cedric.

—Pertenece a vuestro fiel esclavo y bufón —contestó Wamba tirando atrás la caperuza—. Si hubierais tomado en serio el consejo de un loco, no os hallaríais aquí. Seguid ahora del loco el consejo y no tardaréis en salir.

—¿Qué quieres decir, bribón? —preguntó Cedric.

—Sólo eso —replicó Wamba—: tomad este sayo y este cordón que son las órdenes que me han sido impuestas, y marchad sin ruido fuera del castillo, dejándome vuestra capa y cinturón para que así pueda ocupar vuestro sitio en el gran salto.

—¡Dejarte en mi lugar! —exclamó Cedric, asombrado de la proposición—; te colgarían sin remisión, mi pobre pícaro.

—Dejadles que hagan aquello que les está permitido —dijo Wamba—. Creo que, sin querer menospreciar vuestra alta cuna, el hijo de Witless puede colgar de una cadena con tanta gravedad como la cadena colgaba de mi antepasado el concejal.

—Bien, Wamba —contestó Cedric—, sólo con una condición aceptaré tu oferta: y es que cambies de vestidos con lord Athelstane en vez de conmigo.

—¡No, por san Dunstan! —contestó Wamba—. Esto no tendría sentido. Es de derecho que el hijo de Witless se sacrifique para salvar al hijo de Hereward; pero poco sabio sería morir en lugar de alguien cuyos padres le eran desconocidos.

—¡Villano —gritó Cedric—, los padres de Athelstane fueron monarcas de Inglaterra!

—Que fueran lo que les diera la gana —replicó Wamba—. Pero mi cuello está sujeto demasiado fuertemente sobre mis hombros para dejármelo retorcer por ninguno de ellos. Así que, buen amo, o aceptáis mi ofrecimiento únicamente para vuestro beneficio o permitid que abandone este sótano tan libre como en él entré.

—Deja que viva el árbol viejo —contestó Cedric—, para que se salven las esperanzas del bosque. ¡Salva al noble Athelstane, mi fiel Wamba! Es el deber de cualquiera con sangre sajona en las venas. Tú y yo sabremos plantar cara a la más desatada furia de nuestros indignos opresores, mientras, él, libre y a salvo, levantará el espíritu dormido de nuestros paisanos para vengamos.

—No será así, padre Cedric —dijo Athelstane cogiendo su mano…, porque cuando se decidía, sus actos y sentimientos no desmerecían su alta estirpe—. No será así; preferiría permanecer en esta celda sin más comida que el pan duro del

prisionero, ni más bebida que el pequeño cazo de agua, antes de aprovecharme de la oportunidad de huir con que la natural fidelidad del esclavo ha obsequiado a mi amo.

—Se os tiene por hombres prudentes, señores, y a mí por un loco imbécil; pero, tío Cedric…, primo Athelstane, el loco decidirá por vosotros este pleito y así os ahorrará el tener que intercambiar cortesías. Yo soy como la yegua de John Duck, que no permite ser montada por nadie sino por John Duck. Vine a salvar a mi amo, y si él no consiente en ello, se acabó. Me voy y en paz. Un sacrificio de esta índole no debe pasar de mano en mano como una pelota. No me dejaré colgar en lugar de otro que no sea mi propio amo por nacimiento.

—Id, pues, noble Cedric —dijo Athelstane—, no desaprovechéis esta oportunidad. Vuestra presencia en el exterior puede infundir valor a nuestros amigos para que acudan a rescatarnos. Si permanecéis aquí, lo echaréis todo a perder.

—Entonces, ¿hay alguna probabilidad de rescate desde el exterior? —preguntóle Cedric al bufón.

—¿Probabilidades, decís? —replicó Wamba, como el eco—. Permitidme que os diga que cuando vistáis mi sayo será como si estuvierais envuelto en una casaca de general. Quinientos hombres os esperan fuera del castillo, y esta mañana yo era uno de sus más destacados comandantes. Mi gorro de bufón era mi casco y mi espada de madera mi bastón de mando. Bueno, ya veremos qué ventajas sacan cambiando un loco por un hombre cuerdo y en sus cabales. De verdad, creo que perderán en valor todo lo que puedan ganar en discreción. Así que, adiós, amo; sed amable con el pobre Gurth y su perro *Fangs*, y poned mi birrete en la sala de Rotherwood en recuerdo de que entregué mi vida por mi amo, como un fiel loco.

Pronunció la última palabra con doble sentido, entre bromas y veras. A Cedric se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Se guardará tu memoria —dijo—, mientras existan sobre la tierra la fidelidad y el honor. Pero tengo la seguridad de que encontraré el medio de liberar a Rowena; a ti, Athelstane, y también a ti, mi pobre Wamba. Tened confianza en mí. Pero no conozco otro lenguaje que el mío propio y algunas palabras del despreciable normando. ¿Cómo podré comportarme como un auténtico reverendo?

—El truco radica en dos palabras —replicó Wamba—: *Pax vobiscum*, ellas os han de servir para contestar todas las preguntas. Si vais o venís, coméis o bebéis, bendecís o prohibís, *pax vobiscum* os lo solucionará todo. Es tan útil a un fraile como la escoba a una bruja o un sortilegio a un mago. Unicamente debéis pronunciarlo de este modo, con tono profundo y grave: *Pax vobiscum!* Es irresistible. Centinelas y guardias, caballeros y escuderos, jinetes e infantes, sobre todos ellos obra como un conjuro. Incluso tengo la intención, si mañana me cuelgan, cosa que no se puede poner demasiado en duda, de probar su eficacia con el verdugo.

—Si eso es así —dijo su amo—, ya me ha sido impuesta la orden sagrada. *Pax vobiscum*. Creo que recordaré la consigna. Noble Athelstane, adiós y también adiós, pobre muchacho, cuyo gran corazón compensa tu débil sesera. Os he de salvar o

volver aquí a morir con vosotros. No debe derramarse la sangre real de nuestros reyes sajones mientras la mía late en mis venas; ni debe caer un solo cabello de la cabeza del fiel bribón que se ha sacrificado por su amo, si el esfuerzo puede evitarlo. ¡Adiós!

—Adiós, noble Cedric —dijo Athelstane—. Recordad que es parte importante del papel de un fraile aceptar un refrigerio cuando le es ofrecido.

—¡Adiós, tío! —añadió Wamba—. Y recuerda, *Pax vobiscum*.

De este modo, Cedric emprendió su aventura, y no pasó mucho tiempo sin que tuviera ocasión de probar la eficacia del conjuro que el bufón le había descrito como omnipotente. En un pasadizo oscuro y de bajo techo por el cual intentaba encontrar su camino, fue interceptado por una forma femenina.

—*Pax vobiscum!* —dijo el falso fraile, y cuando intentaba apretar el paso oyó una voz que le contestaba:

—*Et vobis; quaeso, domine reverendissime, pro misericordia vestra*.

—Soy algo sordo —replicó Cedric en buen sajón, mientras murmuraba para sí: «Maldito sean el loco y su *pax vobiscum*. He perdido la jabalina al primer envite».

De todas formas, era corriente en aquellos días que un religioso fuese sordo para los latines, y la persona que se había dirigido a Cedric lo sabía muy bien.

—Os pido, por lo que más queráis, reverendo padre —replicó también el sajón—, que os dignéis dar vuestro auxilio espiritual a un prisionero herido que se encuentra en este castillo y tengáis compasión de él y de nosotros, como vuestro sagrado ministerio enseña. Nunca una buena acción le habrá valido tal recompensa a vuestro convento.

—Hija —contestó Cedric con embarazo—, el tiempo de que dispongo para permanecer en este castillo no es suficiente para ejercer los deberes de mi ministerio. Debo marchar ahora mismo. Me va la vida en la rapidez en que lo haga.

—Sin embargo, padre, dejadme apelar a los votos que habéis hecho —replicó la que suplicaba—. Estos votos os impiden abandonar a los oprimidos y a los que corren peligro sin darles consejo ni restarles socorro.

—¡Que me lleve el diablo al infierno y me deje en Ifrin con las almas de Odín y de Thor! —contestó Cedric con impaciencia, y seguramente hubiera continuado en este tono dejándose llevar por su carácter habitual, cuando el coloquio quedó interrumpido por la ronca voz de Urfried, la viejuca del torreón:

—¿Cómo, hermosa mía, de este modo me pagas el favor que te ha permitido abandonar tu celda? ¿Obligas al reverendo a emplear un lenguaje inadecuado para librarse de la inoportunidad de una judía?

—¡Una judía! —dijo Cedric, aprovechando la información para librarse de ella—. ¡Abre paso, mujer! No me entretengas con tus cuitas. Soy inmaculado en mi santo misterio y no quiero contaminarme.

—Venid por aquí, padre —dijo el vejestorio—; sois forastero en este castillo y no podréis salir sin una guía. Venid, porque deseo hablaros. ¡Y tú, hija de una raza maldita, acude al cuarto del herido y cuida de él hasta mi retorno y no te vuelvas a

alejar de allí sin mi permiso!

Rebeca se retiró. Su insistencia había convencido a Urfried para que le permitiera abandonar el torreón, y ella la había empleado en un trabajo que cumplía de la mejor gana, por tratarse de cuidar al herido Ivanhoe. Comprendiendo la peligrosa situación en que todos se encontraban y dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad de ponerse a salvo, Rebeca había puesto algunas esperanzas en la presencia de un religioso el cual, según Urfried le había informado, había entrado en el castillo. Vigiló la vuelta del falso eclesiástico con el propósito de dirigirse a él para que intercediera en favor de los prisioneros, empresa de cuyo fracaso el lector ya está al corriente.

XXVII

¡Infeliz! Dime, ¿qué puedes tú contarme,
sino pecado, violencia y tristeza?
Aquellas hazañas que puedas relatarme
ya las conozco. Pero cuéntalas, cuéntalas.

Yo tengo pesares de otra índole,
una turbación y una tristeza más cruel.
Permite que te narre,
tus oídos atentos a mis ruegos,
que si no puedes ayudarme en mi ánimo,
espero saberme comprendido.

CRABBE: *Sala de Justicia.*

Cuando Urfried hubo conseguido, con sus gritos y amenazas, que Rebeca regresara a la habitación que había abandonado, se dispuso a conducir a Cedric a una pequeña recámara. Una vez dentro, aseguró la puerta con todo cuidado. Después, cogiendo de una alacena una jarra de vino y dos cazos, los colocó sobre la mesa y dijo con un tono que más era una afirmación que una pregunta:

—Tú eres sajón, padre. No lo niegues —añadió al ver que Cedric no tenía prisa en contestar—; los sonidos de tu lengua natal son dulces a mis oídos, aunque los oigo escasas veces, como no sea de labios de los condenados y de los degradados siervos sobre los cuales los orgullosos normandos imponen su dominio, obligándoles a las faenas más humildes de este refugio. Tú eres sajón, padre…, sajón y además, aparte de la servidumbre que le debes a Dios, un hombre libre. Tu acento es grato a mis oídos.

—¿No visitan este castillo los religiosos sajones? —replicó Cedric—. Creía que era su deber confortar a los desheredados y oprimidos hijos de la tierra.

—No, no vienen, y si lo hacen, prefieren divertirse a la mesa de los conquistadores —contestó Urfried—. Pero no les interesa escuchar los quejidos de sus paisanos. Por lo menos, así se dice. Por mi parte poco puedo decir. Durante diez años, este castillo no se ha abierto a ningún religioso excepción hecha del pervertido normando que compartía las francachelas nocturnas de Front-de-Boeuf, y ya hace tiempo que se encaminó a rendir cuentas de sus actos serviles. Pero tú eres sajón…, un fraile sajón y quiero preguntarte algo.

—Sí, soy sajón —contestó Cedric—, pero no merezco el nombre de religioso. Deja que siga mi camino. Te juro que volveré o enviaré a uno de nuestros padres más digno que yo para oír tu confesión.

—Espera un momento —dijo Urfried—. La fría tierra pronto apagará los acentos de la voz que ahora escuchas y no me gustaría que sus entrañas me acogieran como una bestia, aunque como tal he vivido. Pero el vino debe darme fuerzas para relatar los horrores de la historia. —Sirvió una copa y la bebió con apresurada avidez, como si deseara apurar hasta la última gota.

—Embrutece —dijo, mirando el techo al terminar el largo trago—, pero no estimula. Compartidlo conmigo, padre, si queréis oír mi relato sin desvaneceros sobre el pavimento.

A Cedric le hubiera gustado poder evitar unirse a ella en tal desagradable invitación, pero el signo de la vieja era de impaciencia y desesperación. Aceptó pues el ofrecimiento y correspondió a su reto tomando una gran copa de vino. Entonces ella continuó su historia como si la complacencia del fraile la hubiera calmado.

—Mi cuna, padre, no fue tan vil como mis harapos podrían dar a entender. Era libre, era feliz, se me honraba, amaba y era amada. Ahora soy una esclava miserable y envilecida. La diversión de las pasiones de mis amos mientras conservé la belleza. El objeto de su desprecio, de sus chanzas, de su odio cuando se desvaneció mi juventud. ¿Os maravillaréis, padre, de que odie a la humanidad entera y, sobre todo, a la raza que ha obrado este cambio en mí? ¿Puede la arrugada anciana que tenéis delante, cuyo odio únicamente se puede desahogar con maldiciones, olvidar que fue la hija del noble señor de Torquilstone, ante el cual temblaban mil vasallos ante uno solo de sus pestañeos?

—¡Tú la hija de Torquil Wolfganger! —exclamó Cedric, mientras retrocedía—. ¿Tú…, tú…, la hija de aquel noble sajón amigo y compañero de armas de mi padre?

—¡El amigo de tu padre! —dijo Urfried como un eco—. Entonces, ante mí está Cedric *el Sajón*, porque el noble Hereward de Rotherwood únicamente tuvo un hijo cuyo nombre es bien conocido entre sus paisanos. Pero si tú eres Cedric de Rotherwood, ¿a qué viene ese hábito? ¿Has desesperado de salvar a tu país y has buscado refugio contra la opresión en las sombras de un convento?

—Nada importa quien yo sea —dijo Cedric—. Sigue, infeliz mujer, con tu historia de pecado y horror. Porque hay pecado…, ya es pecado el que vivas para contarlo.

—Eso es…, eso es —contestó la arrugada vieja—. Negro, hondo y condenado pecado…, culpas que me pesan sobre el pecho como una losa, pecados que ni todos los fuegos del averno podrán limpiar. Sí, en estas salas manchadas con la noble y pura sangre de mi padre y mis hermanos, en estas mismas salas he vivido amancebada con su asesino, al mismo tiempo esclava y compañera de sus placeres. Suficiente es para convertir cada bocanada de aire vital que respiro en un crimen y una maldición.

—¡Condenada mujer! —exclamó Cedric—. Mientras los amigos de tu padre, mientras cada verdadero corazón de sajón rezaba un réquiem por su alma y la de sus valientes hijos, sin olvidar en sus plegarias a la asesinada Ulrica, mientras todos lloraban y honraban a los muertos, tú has vivido para ganarte nuestro odio y nuestra

execración. Has vivido para unirte al que asesinó a tus más allegados y más queridos, que derramaron la sangre de los niños antes de consentir que un varón de la noble casa de Torquil Wolfganger sobreviviera. ¡Has vivido con él y a él te has unido con los lazos de un amor ilegítimo!

—Ilegítimo, es verdad; pero no hubo amor —contestó el vejestorio—. Antes visitará el amor las regiones de la condenación eterna que no estas oscuras bóvedas. No, por lo menos esto no puedo reprochármelo. El odio hacia Front-de-Boeuf y contra su raza ha gobernado mi alma, incluso en la hora de sus más culpables caricias.

—Le odiabas y sin embargo continuabas con vida —replicó Cedric—. ¡Bruja! ¡No tenías a tu alcance un puñal, un cuchillo, una aguja! Suerte tuviste de que los secretos de un castillo normando son como los de una tumba, pues si hubiese yo soñado que la hija de Torquil vivía en desatinada compañía con el asesino de su padre, la espada de un verdadero sajón te hubiera sabido encontrar aunque estuvieras escondida en los brazos de tu espúreo amante.

—¿De veras hubieras hecho justicia de este modo a la memoria de Torquil? —dijo Ulrica, porque desde ahora ya no la nombraremos con el supuesto nombre de Urfried—. Entonces eres el verdadero sajón de quien todos se hacen lenguas, porque incluso entre estas malditas paredes donde, como bien dijiste, la culpa sabe envolverse en el más inescrutable misterio; incluso aquí ha sonado el nombre de Cedric. Y yo, condenada y envilecida, me he alegrado al pensar que todavía respiraba un vengador de nuestra infeliz nación. Yo también he tenido mis horas de venganza, he fomentado peleas entre nuestros enemigos y he convertido las discusiones de la borrachera en sangrientas querellas. He visto cómo se vertía su sangre. ¡He oído sus estertores de moribundos! Mírame, Cedric, ¿no se conservan aún en esta idiotizada y borrosa cara algunos rasgos de las facciones de Torquil?

—No me las menciones, Ulrica —replicó Cedric con un tono en el que se mezclaba el pesar y el asco—. Estas facciones se le parecen como las que animan un muerto salido de la tumba cuando el demonio toma posesión de su cadáver inanimado.

—Así sea —contestó Ulrica—; pero debes saber que estas facciones diabólicas supieron disfrazarse con la máscara de la luz cuando eran capaces de enfrentar al Front-de-Boeuf padre con su hijo Reginald. Las negruras del infierno deberían esconder lo que sucedió, pero la venganza debe levantar el velo y poner de manifiesto aquello que haría incluso hablar en alta voz a los muertos. Hacía ya mucho tiempo que el fuego de la discordia ardía entre el padre tiránico y su hijo salvaje. Durante mucho tiempo yo había alimentado este odio contra natura. Cuando un día la orgía alcanzó su punto culminante, mi opresor cayó sobre su propia mesa herido por la mano de su hijo. Éste es el secreto que esconden estas bóvedas. ¡Derrumbaos, arcos malditos! —añadió, mirando al techo—. ¡Enterrad en vuestra caída a todos aquéllos que conocen el horrible secreto!

—Y tú, criatura culpable y miserable —dijo Cedric—. ¿Cuál fue tu ganancia por la muerte de tu raptor?

—Ya puedes imaginártelo, pero no lo preguntes. Aquí, aquí he vivido, y hasta el tiempo, muy prematuramente, marcó mi rostro con sus fantasmagóricos rasgos. Insultada y objeto de befa donde antes había sido obedecida, fui obligada a que mi venganza, que antes tenía tan ancho campo, se desahogara con insultos y mezquinas maldiciones y blasfemias de un vejestorio impotente. Estuve condenada a oír, desde mi torreón, los sones de las francachelas que un día compartí o los chillidos y gritos de nuevas víctimas de la opresión.

—Ulrica —dijo Cedric—, siendo poseedora de un corazón que, creo, lamenta todavía sus mal recompensados crímenes tanto como los hechos que hubieran hecho posible tal recompensa, ¿cómo te atreves a dirigirte a alguien que viste estos hábitos? Considera, mujer infeliz, qué cosa podría hacer por ti el mismo san Eduardo si se te apareciera. El real confesor tenía divinos poderes para limpiar de úlceras el cuerpo, pero sólo el mismo Dios puede curar la lepra del alma.

—No me abandones, despiadado profeta de la condenación —exclamó ella—, y dime, si puedes, en qué han de acabar estos remordimientos que me atormentan en mi soledad. ¿Por qué las acciones realizadas hace tanto tiempo se levantan ante mí tomando la forma de nuevos e irresistibles horrores? ¿Qué destino le espera más allá de la tumba a aquélla a quien Dios ha asignado tan horrible e indeciblemente malvado papel sobre la tierra? ¡Mejor sería que me llevaran Woden, Hertha y Zernebock, Mista y Skogula, dioses de nuestros paganos antecesores, que no tener que afrontar los terribles presentimientos que desde hace poco asaltan mis horas de insomnio y mis sueños!

—No soy un religioso —dijo Cedric, desviando la mirada de aquel desagradable cuadro de abominación y desesperación—; no soy un religioso, aunque vista ropas de fraile.

—Clérigo o seglar —contestó Ulrica—, tú eres el primer hombre que he visto en veinte años temeroso de Dios y respetado por los humanos; ¿vas a abandonarme en mi desesperación?

—Arrepiéntete —contestó Cedric—, reza y haz penitencia y serás aceptada por Dios. Pero yo no puedo, no quiero permanecer más contigo.

—¡Espera un momento! —dijo Ulrica—, no me abandones ahora si eres hijo del amigo de mi padre, a no ser que quieras que el demonio que me ha atormentado se vengue en tu duro corazón. ¿Crees que si Front-de-Boeuf hallara a Cedric *el Sajón* en este castillo, disfrazado de esta guisa, ibas a vivir para contarlo? Ha puesto su ojo en ti al igual que el del halcón sobre la presa.

—Y aunque así fuera —dijo Cedric—, ¡que me haga despellejar antes de que mi lengua diga algo que mi corazón no siente! Como un sajón moriré, fiel a sus palabras, honrado en sus hechos. ¡Apártate! ¡Ni me toques ni me entretengas por más tiempo! ¡La presencia del mismo Front-de-Boeuf no es tan odiosa a mis ojos como la tuya,

degenerada, y envilecida mujer!

—Sea como tú quieres —dijo Ulrica, abriéndole paso—, sigue ni camino y olvida, con la insolencia de tu superioridad, que el guiñapo que está ante ti es la hija del mejor amigo de tu padre. ¡Sigue tu camino! ¡Si mis sufrimientos me han apartado de la humanidad, si me separan de aquéllos de los cuales más justificadamente debía esperar ayuda, no será ya posible que mi venganza me separe de ellos! Nadie me ayudará, pero los oídos de todo el mundo ensordecerán con el ruido que levantará aquello que me propongo llevar a cabo. ¡Adiós! Tus burlas han quemado el último lazo que aparentemente me unía a mi gente, creía que mis quejas todavía podrían suscitar la compasión de los míos.

—Ulrica —dijo Cedric, conmovido por este llamamiento—, has sufrido durante tanto tiempo, viviendo en el crimen y en la iniquidad, ¿que ahora vas a abandonarte a la desesperación, precisamente cuando tus ojos han visto la magnitud de tus crímenes y en el momento en que el arrepentimiento sería tu ocupación más adecuada?

—Cedric —contestó Ulrica—, poco conoces al corazón humano. Obrar como yo he obrado y pensar como yo lo hice requiere, además de cierto placer así como los propios gustos sean satisfechos, una indudable hambre de venganza y altiva consciencia del propio poder. Ya sé que éstas son drogas demasiado malignas para la naturaleza humana. La fuerza se ha extinguido. La vejez no dispone de placeres; las arrugas no saben nada de la piedad; incluso la venganza se pierde en impotentes maldiciones. ¡Entonces llegan los remordimientos con todo su veneno, mezclados con la añoranza de las glorias pasadas y toda la desesperación de las horas futuras! Entonces, cuando todos los demás impulsos poderosos han dejado de actuar, nos volvemos igual que demonios en el infierno, los cuales pueden sentir remordimientos pero nunca arrepentimiento. ¡Sin embargo, tus palabras han despertado en mí un nuevo ser! ¡Hablaste justamente cuando dijiste que nada es imposible para quien sabe y se atreve a morir! ¡Me has mostrado los caminos de la venganza y puedes estar bien seguro que los recorreré! Ya la venganza ha competido en mi pecho con otros sentimientos rivales. De ahora en adelante no tendrá competencia, me poseerá toda entera y tú mismo habrás de reconocer que, fuera cual fuera la vida que llevará Ulrica, su muerte será digna de la hija del noble Torquil. Hay gentes asediando este castillo, apresúrate a conducirlas al ataque, y cuando veas una bandera roja ondeando en el ángulo oriental de la torre de homenaje, intensifica el ataque contra los normandos. Estarán demasiado ocupados y podréis ganar las murallas a pesar de los arcos y las catapultas. Vete, te lo ruego, sigue tu destino y abandóname al mío.

A Cedric le hubiera gustado saber más detalles de aquellos propósitos tan oscuramente expuestos, pero se oyó la agresiva voz de Front-de-Boeuf.

—¿Por dónde anda este fraile holgazán? ¡Por la pulida concha de Compostela que voy a convertirle en mártir si se entretiene sembrando la traición entre mis criados!

—Cuán profética es una mala conciencia —dijo Ulrica—. Pero no le hagas caso, sal al encuentro de tu gente. Dejad escapar vuestro grito de degüello y que canten

ellos, si quieren, su canción de guerra; mi venganza apagará sus sones.

Y pronunciadas estas palabras, Ulrica desapareció por una puerta secreta en el preciso instante que Reginald Front-de-Boeuf entraba en la habitación. Cedric, con repugnancia, consiguió inclinar ante el barón altanero, que correspondió a la cortesía con una ligera inclinación de la cabeza.

—Tus penitentes, padre, han hecho una larga confesión. Es lo que más les conviene porque es la última que harán. ¿Les has preparado a bien morir?

—Les he encontrado —dijo Cedric en el mejor francés que pudo— esperando lo peor, desde el momento que saben en qué manos han caído.

—Cómo, cómo, fraile —replicó Front-de-Boeuf—. Creo que tu pronunciación le debe mucho a la lengua sajona.

—Fui educado en el convento de san Withold de Burton —contestó Cedric.

—Conque sí, ¿eh? —dijo el barón—. Más os hubiera valido ser normando y también hubiera sido mejor para mi propósito; pero la necesidad no puede escoger a sus mensajeros. Este convento de san Withold en Burton es un nido de víboras que habrá de ser arrasado. Día llegará en que el sayo protegerá menos a los sajones que la cota de malla.

—Sea lo que Dios quiera —dijo Cedric con voz trémula por el coraje, y que Front-de-Boeuf atribuyó al miedo.

—Ya veo —dijo— que os imagináis a los soldados normandos invadiendo vuestro refectorio y vuestras bodegas; pero rendidme uno de vuestros sagrados servicios y, suceda lo que suceda a los demás, vos dormiréis tan seguro en vuestra celda como el caracol en la concha.

—Hazme saber tus órdenes —dijo Cedric con ira contenida.

—Sígueme por el pasadizo y te haré salir por la poterna. —Y mientras andaba ante el falso fraile, Front-de-Boeuf le fue instruyendo—. Ya veis, señor fraile, aquella horda de cerdos sajones que se ha atrevido a cercar este castillo de Torquilstone. Decidles lo que quieran respecto a la fortaleza y sus defensas, siempre que consigáis contenerles y demoren el ataque durante las próximas veinticuatro horas. Mientras tanto, llevad este escrito. Pero, cuidado, ¿sabéis leer, señor clérigo?

—No conozco ni la jota —contestó Cedric—, si no está en mi breviario; entonces sí sé las letras, porque me aprendí de memoria mi sagrado oficio. ¡Alabados sean Nuestra Señora y san Withold!

—Eres, entonces, el más adecuado mensajero para mis intenciones. Lleva este escrito al castillo de Philip de Malvoisin; decidle que yo se lo mando y que fue escrito por el templario Brian de Bois-Gilbert, y que le ruego lo que haga llegar a York con toda la velocidad que puedan desplegar caballo y jinete. Decidle también que no dude, pues habrá de encontrarnos firmes y dispuestos en nuestras fortificaciones. ¡Vergüenza sería si fuéramos obligados a escondernos de esta gavilla de forajidos que no pueden evitar temblar al ver ondear nuestros estandartes o al oír el galope de nuestros caballos! Os repito que consigáis por alguna de vuestras mañas

que estos bribones permanezcan donde están hasta que lleguen nuestras lanzas. Mi venganza se ha despertado y es como el halcón que no descansa hasta que está harto.

—¡Por el santo de mi nombre —dijo Cedric con más energía que la que requería su condición—, y por todos los santos que han vivido y han muerto en Inglaterra, que vuestras órdenes serán obedecidas! Ni un solo sajón ha de moverse frente a las murallas si es que yo tengo alguna influencia sobre él.

—¡Oh! —dijo Front-de-Boeuf—, habéis cambiado de tono, señor fraile, y habláis ahora breve y concisamente como si desearais de corazón que la horda sajona fuera degollada. A pesar de todo, sois de la misma raza que esos marranos.

Cedric no era muy ducho en el arte del disimulo, y de buena gana hubiera querido poseer un solo ápice del fértil e ingenioso cerebro de Wamba. Pero, de acuerdo con el antiguo proverbio, la necesidad aguza el ingenio y murmuró algo bajo su capucha relacionado con forajidos excomulgados por la ley y por la Iglesia.

—¡Despardieux, habéis dicho la verdad! —exclamó Front-de-Boeuf—. Había olvidado que estos bribones saben cómo despanzurrar a un abad gordo con tanta habilidad como lo hacen los que habitan al otro lado del canal salado. ¿No fue a san Iván al que ataron a una encina y le obligaron a cantar misa mientras ellos le desvalijaban? No, por Nuestra Señora, tal chanza fue ejecutada por Gualtier de Middleton, uno de nuestros camaradas. Pero sajones eran los que saquearon la capilla de san Bees, llevándose consigo el cáliz, los candelabros y la patena. ¿Eran sajones o no?

—Eran hombres descreídos —contestó Cedric.

—¡Ah, y se bebieron todo el buen vino y la cerveza que estaba almacenada con destino a muchas secretas francachelas que tienen lugar cuando todos los de vuestra especie nos queréis hacer creer que estáis ocupados con vigilias y maitines! Fraile, ahora tenéis ocasión para vengar tal sacrilegio.

—Estoy dispuesto a vengarme. San Withold conoce los secretos de mi corazón.

Front-de-Boeuf, mientras tanto, abría camino hacia la poterna y, llegados allí, pasaron al foso por medio de una tabla y alcanzaron una pequeña barbacana o defensa exterior, que comunicaba con el campo abierto mediante un buen defendido postigo.

—Marchaos, pues, y si una vez hayáis cumplido mi encargo queréis volver, aquí encontraréis carne sajona más barata que la carne de cerdo en el mercado de Sheffield. Parecéis un confesor de buen humor. Regresad después del combate y tendréis tanta malvasía como la que se necesite para inundar todo un convento.

—Tened por seguro que nos encontraremos de nuevo —contestó Cedric.

—Mientras tanto, aquí tenéis algo para vos —continuó el normando, y mientras se separaban en la misma poterna, deslizó en la huidiza mano de Cedric un besante de oro, añadiendo—: Recordad que os libraré de caperuza y de cuero cabelludo si fracasáis en vuestra misión.

—Y permiso os daré para hacer ambas cosas —contestó Cedric, abandonando la

poterna y lanzándose al campo libre con paso alegre—, si cuando nos encontremos otra vez no merezco algo mejor.

Volviéndose de pronto hacia el castillo, tiró la moneda de oro contra el donante y exclamó:

—¡Normando traidor, perezca tu dinero contigo!

Front-de-Boeuf oyó estas palabras de modo incompleto, pero el gesto le resultó sospechoso.

—¡Arqueros! —gritó a los guardianes de las fortificaciones más adelantadas—. ¡Disparad una flecha a aquellos hábitos de monje! Pero, deteneos —dijo cuando se disponían a tensar los arcos—; no vale la pena. Debo confiar en él ya que no dispongo de otra baza que jugar. No creo que se atreva a traicionarme, y poniéndome en lo peor, todavía puedo negociar con los perros sajones que están en la perrera. ¡Eh, carcelero Giles! Manda que me traigan a Cedric de Kinherwood y al otro individuo, su compañero, al de Coningsburgh, Athelstane o como se llame. Incluso sus nombres son difíciles para la boca de un caballero normando. Parece como si tuvieran sabor de tocino rancio. Dadme una jarra de vino, como dije al alegre príncipe Juan para quitarme el mal sabor de boca. Llevadla a la sala de armas y conducid allí a los prisioneros.

Sus órdenes fueron obedecidas, y al entrar en el salón gótico adornado con los trofeos ganados por su valor y por el de su padre, ya encontró sobre la maciza mesa un gran jarro de vino y a los prisioneros sajones custodiados por cuatro de sus hombres. Front-de-Boeuf tomó un gran trago de vino y entonces se dirigió a sus prisioneros…, porque el modo con que Wamba escondía la cara con el embozo de la capa, el cambio de vestidos, la débil y pálida luz y el poco conocimiento que el barón tenía de las facciones de Cedric (ya que siempre había evitado a sus vecinos sajones y rara vez salía de sus propios dominios), le impedían comprobar que el más importante de sus cautivos había huido.

—Gallardos ingleses —dijo Front-de-Boeuf—, ¿cómo os sienta vuestra estancia en Torquilstone? ¿Ya sabéis lo que vuestra insolencia merece por haber sido capaces de despreciar la hospitalidad de un príncipe de la casa de Anjou? ¿Habéis olvidado cómo pagasteis las buenas intenciones del príncipe Juan? ¡Por Dios y san Denis, que si no pagáis un generoso rescate os he de colgar cabeza abajo de las barras de hierro de esta ventana, hasta que los cuervos os hayan convertido en esqueletos! Hablad, perros sajones, ¿qué ofrecéis por vuestras despreciables vidas? ¿Qué dices tú, el de Rotherwood?

—Ni un ochavo —contestó el pobre Wamba—, y en cuanto a colgarme de los pies, dicen que mi cerebro ha ido a su aire desde que me pusieron el primer gorro; así que, poniéndome boca abajo, puede que mis sesos vuelvan a su sitio.

—¡Santa Genoveva! —dijo Front-de-Boeuf—. ¿A quién tenemos aquí?

Y de un manotazo arrebató la capa de Cedric y apareció la cabeza del bufón, destacándose en su cuello el collar de plata que ponía de manifiesto su condición de

siervo.

—¡Giles! ¡Clement! ¡Perros hijos de perra! —exclamó el furioso normando—. ¿A quién me habéis traído?

—Creo que podré decírtelo —dijo De Bracy que acababa de entrar en la sala—. Éste es el payaso de Cedric que tan cómico pleito tuvo con Isaac de York sobre la preferencia de sitio.

—Yo lo arreglaré por los dos —replicó Front-de-Boeuf—. Colgarán de la misma horca a no ser que su amo y ese jabalí de Coningsburgh quieran pagar por sus vidas. De lo último que se desprenden es de sus riquezas; también tendrán que llevarse consigo al enjambre que asedia al castillo, firmar una renuncia a sus pretendidos privilegios y vivir como siervos y vasallos; afortunados serán si en el nuevo mundo que estamos construyendo pueden conservar el privilegio de respirar por las narices. Id —ordenó a diez de sus sirvientes—, traedme al verdadero Cedric y por esta vez perdono vuestro error, con más motivo porque es muy natural que confundierais a un loco con un caballero sajón.

—¡Ay! Sin embargo —dijo Wamba—, vuestra caballeresca excelencia encontrará más locos que caballeros entre nosotros.

—¿Qué quiere decir este bribón? —dijo Front-de-Boeuf mirando a sus servidores, los cuales temblaban de preocupación. A ellos no se les escapaba que de no ser Cedric el que se encontraba en mi presencia, no había modo de averiguar lo que se había hecho de él.

—¡Por todos los santos de los cielos! —exclamó De Bracy—. Debe haber escapado disfrazado de monje.

—¡Diablos del infierno! —fueron las palabras de Front-de-Boeuf—. Entonces era el marrano de Rotherwood el que yo acompañé hasta la poterna y puse en libertad con mis propias manos. Y a ti —díjole a Wamba—, cuya locura sobrepasa la imbecilidad de los que incluso son más idiotas que tú, voy a darte las órdenes sagradas. ¡Yo mismo te afeitaré la coronilla! Atención, arrancadle el cuero cabelludo y colgadle cabeza abajo de las murallas. Tu oficio es el de bromear, ¿no tienes ganas de hacerlo ahora?

—Me tratáis mejor con los hechos que con las palabras, noble caballero —logró decir el pobre Wamba, cuyo hábito de bufón no se le quitaba ni ante la visión de la muerte—, porque si me dais el capelo colorado que habéis indicado, habréis hecho un cardenal de un simple monje.

—El desgraciado —dijo De Bracy—, está dispuesto a morir fiel a su vocación. Front-de-Boeuf, no debes degollarle. Dámelo para que sirva de diversión a mis mercenarios. ¿Qué dices, macaco? ¿Te aprovecharás del perdón y marcharás conmigo al combate?

—¡Ay!, con el permiso de mi amo —dijo Wamba—, porque recordad que no puedo perder mi argolla sin su permiso —añadió mientras tocaba la que llevaba.

—Una lima normanda no tendrá mayor dificultad en cortar una argolla sajona —

dijo De Bracy.

—¡Ay, noble señor! —exclamó Wamba—, de ahí viene el proverbio:

La sierra normanda abate la encina inglesa
y el cuello inglés lleva normando yugo.
La cuchara normanda del plato inglés saca el jugo
e Inglaterra es gobernada según al normando interesa.
Nunca brillará el sol sobre Inglaterra
si estas cuatro plagas no destierra.

—Está bien, De Bracy. ¡Mientras escuchas tú las necedades de este imbécil, están a punto de asaltarnos! —dijo Front-de-Boeuf—. ¿No te das cuenta de que estamos desbordados y que el modo con que nos proponíamos comunicar con nuestros amigos del exterior ha sido desmantelado por este mismo caballero con cascabeles con el cual tanto te place confraternizar? ¿Qué debemos esperar sino la tempestad?

—¡A las almenas, entonces! —dijo De Bracy—. ¿Cuándo me has visto preocupado por la cercanía de la batalla? Llama al templario y que pelee con la mitad de la bravura que hasta ahora empleó para luchar por su Orden. Acude tú también a la muralla, con tu pesado corpachón. Déjame cumplir con mi obligación a mi manera y te aseguro que los bandidos sajones antes han de escalar las nubes que no el castillo de Torquilstone; o, si quieres tratar con los bandidos, ¿por qué no empleas los servicios de este valeroso caballero que tan enfrascado parece en la contemplación de la jarra de vino? ¡Eh, sajón! —continuó dirigiéndose a Athelstane y, tendiéndole una copa, dijo—: Limpia tu garganta con este noble licor y alienta tu ánimo para declarar lo que serías capaz de hacer para ganar la libertad.

—Aquello que pueda hacer un hombre sin deshonrarse —contestó Athelstane—, sin traicionar su virilidad. Dejadme libre con mis compañeros y pagaré un rescate de mil marcos.

—¿Y además nos asegurarás que toda esa chusma que merodea por los alrededores se retirará?

—Haré lo que pueda para que se retiren —contestó Athelstane—, pero sólo temo que mi padre Cedric no lo vea con buenos ojos.

—De acuerdo —dijo Front-de-Boeuf—. Seréis puestos en libertad y la paz reinará en ambos bandos mediante el pago de mil marcos. Es un rescate ridículo, sajón, y debes agradecerme la moderación que me hace aceptar el canje de vuestras personas. Pero ten en cuenta que el trato no incluye al judío Isaac.

—Ni a la hija del judío Isaac —dijo el templario, que se les había unido en aquel preciso momento.

—Tampoco pertenecen a tu cortejo —dijo Front-de-Boeuf.

—No sería digno de ser llamado cristiano, si así fuera —replicó Athelstane—; haced lo que queráis con los descreídos.

—Ni tampoco incluye el rescate a lady Rowena —dijo De Bracy—. Nunca se dirá de mí que el miedo me hizo renunciar a mi parte en un bello negocio.

—Ni tampoco —añadió Front-de-Boeuf— alcanza a este maldito bufón, al que retendré para dar ejemplo de lo que ocurre al que intenta convertir la locura en sabiduría.

—Lady Rowena —contestó Athelstane, con porte serio—, es mi prometida. Me dejaré destrozar por caballos salvajes antes de separarme de ella. El esclavo Wamba ha salvado hoy la vida a mi padre Cedric, y yo estoy dispuesto a perder la mía antes de que se le toque ni un solo cabello.

—¿Tu prometida? ¿Lady Rowena la prometida de un vasallo como tú? —dijo De Bracy—. Sajón, tú sueñas que los días de tus siete reinos han vuelto. Te hago saber que los príncipes de la casa de Anjou no conceden sus pupilas a gente de tu ralea.

—Mi alcurnia, altivo normando —replicó Athelstane—, procede de surcos más limpios y puros y antiguos que los de un mendigo francés que se gana la vida vendiendo la sangre de los ladrones que se cobijan bajo su infame estandarte. Reyes fueron mis antepasados, fuertes en la guerra y sabios en el consejo, y cada día agasajaban en sus salones a más centenares que individuos a ti te siguen; sus nombres han sido cantados por los trovadores y sus leyes registradas en códigos; sus huesos han sido enterrados entre cánticos y rezos de santos y sobre sus tumbas se han edificado monasterios.

—Te la has ganado, De Bracy —dijo Front-de-Boeuf, complacido por el chasco que había recibido de su compañero—. El sajón te ha dado en el blanco.

—Tanto como puede hacerlo un prisionero —dijo De Bracy con afectada indiferencia—, ya que aquél que tiene las manos atadas bien puede tener libre la lengua. Pero tu agudeza en responder, camarada, no dará la libertad a lady Rowena.

A lo cual Athelstane, que había hecho un discurso más largo de lo que era en él habitual, no contestó. La conversación quedó interrumpida por la llegada de un maestresala, que anunció que un monje pedía permiso para entrar.

—¡En nombre de san Benito, príncipe de estos pedigüeños! —dijo Front-de-Boeuf—. ¿Se trata esta vez de un monje verdadero o de otro impostor? Registradle, esclavos, porque antes de consentir que seáis engañados por otro impostor os haré sacar los ojos y los sustituiré por carbones encendidos.

—Caiga sobre mí vuestra cólera, señor —dijo Giles—, si esta vez no se trata de un verdadero monje. Vuestro escudero Jocelyn le conoce muy bien y declara que es el hermano Ambrose, un monje que hace de criado al prior de Jorvaulx.

—Hazle pasar —dijo Front-de-Boeuf—. Lo más seguro es que nos traiga noticias de su alegre amo. Es probable que los demonios estén de fiesta y por lo tanto los monjes están fuera de servicio, ya que de este modo se pasean por el campo. Sacad a estos prisioneros y tú, sajón, piensa en todo lo que te hemos dicho.

—Reclamo —dijo Athelstane— una celda honrosa y que se rinda especial atención a mi mesa y a mi lecho, como a mi rango pertenece, y como se le debe a

alguien cuyo rescate se está negociando. Además, emplazo a aquél que más allegado os sea a responder con su cuerpo de este atentado contra mi libertad. Tal desafío ya os lo había mandado por medio del intendente. Ya estáis enterado de mi reto, y ahí va mi guante.

—No acepto el reto de un prisionero —dijo Front-de-Boeuf—, ni debes hacerlo tú, Maurice de Bracy. Giles —continuó—, cuelga el guante de *franklin* de las astas de aquel ciervo. Allí permanecerá hasta que sea un hombre libre. Si entonces se atreve a reclamarlo o a afirmar que le hice prisionero en contra de la ley o del derecho, por el cinturón de san Cristóbal, topará con uno que nunca ha rehusado ningún reto, ni a pie ni a caballo, en singular combate o con todas sus huestes.

Según estas instrucciones, los prisioneros fueron sacados en el mismo momento que el monje Ambrose entraba dando muestras de gran sobresalto.

—Éste es el verdadero *Deus vobiscum* —dijo Wamba al cruzarse con el reverendo hermano—. Los otros eran falsificaciones.

—¡Santa Madre de Dios! —exclamó el monje dirigiéndose a la asamblea de caballeros—. ¡Por fin estoy a salvo y en cristiana compañía!

—A salvo estáis —replicó De Bracy—. Y en cuanto a cristianismo, aquí tenéis al valeroso barón Reginald Front-de-Boeuf, cuya mayor abominación son los judíos; y al buen caballero templario Brian de Bois-Guilbert, cuyo oficio es el de degollar sarracenos. Si éstos no son buenos signos de cristianismo, no conozco otros.

—Vosotros sois amigos y aliados de nuestro reverendo padre Aymer, prior de Jorvaulx —dijo el monje sin reparar en el tono del comentario de De Bracy—; le debéis tener fe de caballeros y caridad de cristianos, por cuanto dice el bendito san Agustín, en su tratado *De civitate Dei*…

—Por cuanto dice el diablo —explotó Front-de-Boeuf—, o mejor dicho, por cuanto digas tú, clérigo, porque disponemos de poco tiempo para escuchar los textos de los santos padres.

—¡Santa María! —invocó el padre Ambrose—. ¡Qué pronto se irritan esos laicos! Pero sabed, bravos caballeros, que algunos bandidos asesinos sin temor de Dios ni reverencia a su Iglesia, no haciendo caso del ojo que todo lo ve, *Si quis, suadente diabolo*…

—Hermano clérigo —dijo el templario—, todo esto ya lo sabemos o nos lo figuramos… Dinos llanamente, ¿ha caído prisionero tu amo y de quién?

—Bien seguro que está en manos de las huestes de Belial que infestan estos bosques y que no hacen caso del texto sagrado que dice: «No toques a ninguno de los míos y no les causes mal a mis profetas».

—He aquí otro argumento para vuestras espadas, caballeros —dijo Front-de-Boeuf, dirigiéndose a sus compañeros—. En lugar de prestarnos su concurso, el prior nos pide ayuda. Buena ayuda se puede esperar de estos clérigos perezosos, cuando uno más la necesita. Pero, habla, clérigo, y hazlo pronto, ¿qué espera tu amo que hagamos?

—Con vuestra venia —dijo Ambrose—. Habiendo puesto esos hombres de Belial violentamente sus manos, en contra del santo precepto ya por mí citado, sobre un reverendo superior, saqueando su bolsa y sus valijas, desposeyéndole de los doscientos marcos de oro fino, todavía se atreven a pedirle una larga suma de dinero antes de dejarle libre. Por lo tanto, nuestro reverendo padre en el Señor os ruega, como buenos amigos, que le rescatéis, ya sea pagando el rescate que por él piden o por la fuerza de las armas según vuestro recto juicio.

—¡Que Satanás se lleve al prior! —exclamó Front-de-Boeuf—. Vaya trago gordo el suyo esta mañana. ¿Cuándo vio tu amo a un noble normando abriendo su bolsa para aliviar a un eclesiástico cuyas valijas pesan diez veces más que las nuestras? ¿Y cómo nuestro valor puede liberarle si estamos copados por fuerzas que superan diez veces en número las nuestras en el momento que esperamos un ataque?

—Esto era lo que iba a explicaros —dijo el monje—, si me hubierais dado tiempo. Pero, Dios me ayude, ya soy viejo y esta turba de asesinos confunde el cerebro de un anciano. Sin embargo, es verdad que están acampando y se preparan a atacar el castillo.

—¡A las murallas! —gritó De Bracy—. ¡Veamos de qué son capaces estos villanos!

Inmediatamente después abrió una ventana que daba a una especie de barbacana o balcón saliente y desde allí gritó a los que se encontraban en el salón:

—¡San Denis!, el anciano monje ha dicho la verdad. Están disponiendo palancas y escudos, y los arqueros pululan por los aledaños del bosque como una nube negra antes de una fuerte granizada.

Reginald Front-de-Boeuf miró también al campo y cogió su cuerno de caza, haciéndolo sonar larga y fuertemente. Después mandó que sus hombres ocuparan sus sitios de combate en las murallas.

—De Bracy, cuídate de la parte oriental, donde más baja es la muralla. Noble Bois-Guilbert, tú has aprendido el oficio de atacar y defender; ocúpate de la parte poniente. Yo voy a situarme en la barbicana. ¡Sin embargo, no limitéis vuestro esfuerzo a un solo lugar, nobles amigos! En este día debemos encontrarnos en todas partes, multiplicándonos si es posible, para socorrer y ayudar con nuestra presencia en aquellos lugares donde la lucha sea más encarnizada. Pocos somos en número, pero el coraje y la actividad nos compensarán esta desventaja, ya que sólo tenemos que habérnoslas con payasos desvergonzados.

Pero, nobles caballeros —exclamó el padre Ambrose entre el barullo y la confusión ocasionados por los preparativos de la defensa—, ¿ninguno de vosotros querrá oír el mensaje de nuestro padre en el Señor, Aymer, prior de Jorvaulx? ¡Te ruego que me escuches, noble Reginald!

—¡Ve a rogarle al cielo! —dijo el excitado normando—, porque aquí en la tierra no tenemos tiempo para escucharte. ¡Aquí, Anselm! Cuida de que la pez y el aceite hirviendo estén preparados para que sean derramados sobre las cabezas de estos

audaces traidores. Mira que a los arqueros no les falten dardos. Haz ondear sobre los parapetos mi bandera con la antigua cabeza de toro. ¡Muy pronto sabrán estos villanos con quién tienen que luchar hoy!

—Pero, noble señor —continuaba el monje, perseverando en sus esfuerzos para llamar la atención—, considerad mi voto de obediencia y dejad que cumpla con el deber de mi encargo.

—¡Sacad a esta plañidera! —dijo Front-de-Bceuf—. Encerradle en la capilla para que rece sus oraciones hasta que todo haya concluido. Sorprenderá a los santos de Torquilstone el oír avemarías y padrenuestros, ya que no han sido tan honrados desde que fueron esculpidos en piedra.

—¡No blasfemes de los santos, Reginald! —dijo De Bracy—. Puede que hoy necesitemos su ayuda antes de que se disgregue esta partida de truhanes.

—Poca ayuda espero de ellos —dijo Front-de-Boeuf—, a menos que los arrojemos desde las murallas contra las cabezas de estos villanos. Hay en la capilla un san Cristóbal tan pesado que podría dar en tierra con toda una compañía entera.

El templario vigilaba la táctica de los sitiadores con más atención y cuidado que el brutal Front-de-Boeuf y su compañero.

—Por la fe de mi Orden —dijo—. Esos hombres avanzan con más disciplina que la que de ellos podía esperarse. Mirad cuán diestramente se aprovechan del abrigo de cualquier arbusto u hondonada. De este modo evitan exponerse a los tiros de nuestros arqueros. No puedo ver ni bandera ni estandarte entre ellos, pero apostaría mi cadena de oro que están dirigidos por algún noble caballero conocedor de las prácticas militares.

—Les vigilo —dijo De Bracy—, y puedo ver ondear el plumero de un caballero y el brillo de su armadura. Mira a aquel hombrechón con la negra cota de malla que está ocupado en conducir la vanguardia de esta tropa de viles monteros. Por san Denis, diría que trata del mismo a quien apodamos el Negro Holgazán, y que desmontó, Front-de-Boeuf, en el torneo de Ashby.

—Mejor que mejor —dijo Front-de-Boeuf—. Habrá que celebrar que haya venido dándome de este modo ocasión para vengar me. Extraño individuo tiene que ser al no haberse quedado a recoger el premio con que le favoreció la suerte. En vano le hubiera buscado donde los caballeros y los nobles buscan a sus contrincantes; por eso, estoy contento en grado sumo de que se encuentre entre esa chusma de villanos y monteros.

El enemigo manifestó intenciones de aproximarse, y esta circunstancia cortó su discurso. Cada caballero ocupó su puesto y a la cabeza de los pocos seguidores que habían conseguido juntar, en número insuficiente para defender las murallas en toda su extensión, esperaron con ánimo tranquilo el amenazador asalto.

XXVIII

Aislada y nómada, la raza judía presume de alternar en letras y en arte, y, sin duda, tiene en todas partes un escondido tesoro como si fuera su amante.
Lo perdido y despreciado se vuelve oro acuñado en su poder.

El judío.

Nuestra historia debe retroceder un poco con objeto de informar al lector de ciertos pasajes importantes para el entendimiento de esta historia. Su propia inteligencia le habrá permitido adivinar que cuando Ivanhoe se derrumbó y pareció que todo el mundo le abandonaba, Rebeca, a fuerza de importunar a su padre, consiguió sacarlo de las lizas y que le transportaran en su litera a la casa que el judío habitaba en los suburbios de Ashby.

En otras circunstancias no hubiera sido difícil convencer a Isaac, porque su naturaleza era noble y agradecida. Pero a la vez poseía la timidez, los escrúpulos y los prejuicios de su raza perseguida. Contra ellos tuvo que luchar su hija.

—Santo Abraham —decía Isaac—, es un buen joven y mi corazón se conmueve al ver cómo la sangre de su herida empapa su corselete ricamente bordado… pero ¡tanto como llevarle a nuestra casa! ¿Lo has meditado, damisela? Se trata de un cristiano y según nuestra ley no debemos tratar con extraños ni gentiles, a no ser que redunde en beneficio de nuestro comercio.

—No hables así, querido padre mío —replicó Rebeca—. Es verdad que no debemos mezclarnos con ellos en las diversiones ni en el banquete. Pero cuando están heridos o en desgracia, el gentil se convierte en hermano del judío.

—Me gustaría saber qué opinaría el rabino Jacob ben Tudela —replicó Isaac—. A pesar de todo, no hay que permitir que el buen mancebo se desangre hasta morir. Que Set y Rubén le lleven a Ashby.

—No, que le coloquen en mi litera —dijo Rebeca—. Yo montaré uno de los palafrenes.

—Sólo conseguirías exponerte a las burlas de estos perros de Ismael y de Edom —murmuró Isaac, dirigiendo una mirada recelosa a la multitud de caballeros y escuderos.

Pero Rebeca ya estaba ocupada en llevar a efecto sus caritativos propósitos y no oyó aquellas palabras hasta que Isaac la agarró de la manga y exclamó en voz atropellada:

—¡Por las barbas de Aarón! ¿Qué sucederá si el joven muere? Si muere bajo nuestros cuidados, ¿no seremos acaso considerados culpables de su sangre derramada

y destrozados por la multitud?

—No morirá, padre mío —dijo Rebeca, escapando con suavidad al acoso de Isaac —. No morirá si no le abandonamos; en caso contrario, así seremos responsables de su sangre ante Dios y ante los hombres.

—No —dijo Isaac, dejándola libre—. Me duele tanto ver las gotas de su sangre como si fueran besantes que cayesen de mi propia bolsa, y sé que las lecciones de Miriam, hija del rabino Manasses de Bizancio, cuya alma se encuentra en el paraíso, te hicieron diestra en el arte de curar y que conoces el poder de las hierbas y la fuerza de los elixires. Obra según creas conveniente. Eres una buena muchacha, una bendición, una corona de oro, la misma canción que alegra mi casa y la descendencia de nuestros padres.

De todos modos, los recelos de Isaac no carecían de fundamento, y la generosa caridad de su hija la expuso, en su camino de regreso a Ashby, a las descaradas miradas de Brian de Bois-Guilbert. El templario la observó dos veces, fijando abiertamente sus ojos ardientes en la hermosa judía, y ya hemos podido ver las consecuencias de la admiración que provocaban sus encantos, cuando las circunstancias la arrojaron bajo el poder del voluptuoso caballero sin principios.

Rebeca no perdió el tiempo en notificar al paciente que sería transportado a su albergue, y se dispuso a examinar y a vendar sus heridas con sus propias manos. Los jóvenes lectores de baladas y romances deben recordar cuán a menudo las mujeres, en las edades oscuras, como se las conoce, eran iniciadas en los misterios de la cirugía y cuán frecuentemente el galante caballero era curado por aquella cuyos ojos habían herido más profundamente su corazón.

Pero los judíos, tanto hombres como mujeres, dominaban y practicaban todas las ramas de la medicina, los monarcas y poderosos varones de aquellos tiempos tenían frecuentemente a su servicio a algunos de los sabios pertenecientes a la raza aborrecida para cuando resultaban heridos o caían enfermos. La asistencia de los médicos judíos era de las más solicitadas, aunque entre los cristianos prevalecía la creencia general de que los rabinos también poseían los secretos de las ciencias ocultas y muy particularmente del arte cabalístico, cuyo nombre y origen proceden de los estudios realizados por los rabinos de Israel. Tampoco ellos negaban estos conocimientos de las artes sobrenaturales, ya que no aumentaba (¿cómo podría aumentarlo más todavía?) el odio con que era considerado su pueblo, pero sí contribuía a disminuir la malevolencia. Un mago judío podía ser tan aborrecido como un usurero de la misma raza, pero no sería despreciado en la misma medida. Además, también era probable, teniendo en cuenta las difíciles curaciones por ellos conseguidas, que los judíos estuvieran en posesión de algunos secretos particulares en relación con el modo de sanar heridas, lo cual, debido a las precarias condiciones en que se desarrollaba la vida, tuvieron cuidado en mantener secreto.

La hermosísima Rebeca se había educado en los conocimientos de la ciencia peculiar de su raza. Con su talento natural y sus dotes de observación, había

conseguido incluso ampliar y profundizar su saber a pesar de su juventud, de su sexo y hasta de los tiempos en que vivía. Su conocimiento de la medicina y del arte de curar le había sido transmitido por una anciana judía, hija de uno de los más renombrados doctores, la cual amaba a Rebeca como a su propia hija. Decían que la anciana le había comunicado los secretos recibidos de su padre, y además en idénticas circunstancias. El destino hizo que Miriam cayera víctima del fanatismo de la época; pero sus secretos habían sobrevivido a ella gracias a su competente alumna.

Rebeca, adornada tanto con ciencia como con belleza, era admirada y estimada por su propio pueblo, que la consideraba como una de aquellas mujeres bien dotadas que menciona la Historia Sagrada. Su mismo padre, encantado con su talento y dejándose llevar por el afecto paternal, permitía a la doncella una mayor libertad que la que se acostumbraba a conceder a las jóvenes judías; y no pocas veces se dejaba guiar por la opinión de su hija.

Cuando Ivanhoe llegó a la habitación de Isaac, estaba todavía inconsciente debido a la cantidad de sangre perdida durante los esfuerzos realizados en la liza. Rebeca examinó la herida y, habiéndola aplicado los remedios curativos que su arte prescribía, informó a su padre que si podía evitar que subiera la fiebre, cosa que temía, y si el bienhechor bálsamo de Miriam conservaba la virtud, no había que temer por la vida de su huésped, el cual estaría en condiciones de viajar con ellos a York al día siguiente sin ningún peligro. Con recelo escuchó Isaac este anuncio. Su caridad se hubiera terminado, de buena gana, en Ashby; a lo más hubiera dejado al cristiano herido en la casa en que se hallaban para ser atendido, prometiendo al hebreo a quien pertenecía que se haría cargo de todos los gastos. A este proyecto Rebeca opuso muchas razones, de las cuales mencionamos dos, que fueron las que más pesaron en el ánimo de Isaac. La primera, que de ningún modo confiaría el bálsamo a las manos de otro médico, aunque se tratara de un miembro de la propia tribu, ya que se expondría a desvelar tan valioso secreto. Y la segunda razón: que el caballero herido, Wilfred de Ivanhoe, era el más íntimo favorito de Ricardo *Corazón de León* y, en caso de que el monarca regresara, Isaac, que había proporcionado los medios para que su hermano Juan prosiguiera sus propósitos de rebelión, iba a necesitar un poderoso protector que gozara del favor de Ricardo.

—Has hablado con prudencia —dijo Isaac, considerando muy acertados estos poderosos argumentos—. Ofenderíamos al cielo si divulgáramos, aunque fuera por negligencia, los secretos de Miriam; porque los bienes de que Dios nos hace partícipes no han de ser menospreciados divulgándolos entre los demás…, sean éstos talentos de oro o cequíes de plata, o los secretos misterios de un médico sabio. Con razón deben ser preservados de aquéllos a los cuales la providencia no quiso favorecer. Y en cuanto a quien los nazarenos ingleses nombran *Corazón de León*, mejor sería caer en las garras de un verdadero león de Idumea que en las suyas, si algún día se entera de mis tratos con su hermano. Por lo tanto, atenderé a tu consejo y este joven viajará a York con nosotros y nuestra casa será su hogar hasta que sus

heridas cicatricen. Y si el que tiene el corazón de león vuelve a su tierra, como se viene murmurando, este Wilfred de Ivanhoe será para mí como un muro de defensa cuando se desate contra tu padre el furor real. Y dado el caso que no regresara, dicho Wilfred bien podrá resarcirnos al ganar riquezas con la fuerza de su brazo y de su espada, como ya lo hizo ayer y hoy. Porque el joven es un buen mancebo y sabe mantener sus compromisos y devuelve lo que prestado pide y socorre al israelita, incluso al hijo de la casa de mi padre cuando es perseguido por ladrones poderosos y por los hijos de Belial.

Hasta la caída de la noche, Ivanhoe no recobró el conocimiento. Despertó con aquella confusión de ideas que sigue a la debilidad. Por algún tiempo no pudo recordar las circunstancias que habían precedido a su desmayo en la liza. Ni tampoco pudo escalonar los acontecimientos en que había tomado parte el día anterior. Recordaba corceles atropellándose, derribando y derribados a su vez, gritos y chocar de armas y todo el tumulto de la confusa pelea. A duras penas consiguió apartar ligeramente las cortinas que adornaban su lecho, pues le costaba mucho sobreponerse al dolor de su herida.

Con gran sorpresa, se vio en un cuarto amueblado con magnificencia, donde en vez de sillas había cojines. Y al observar algún que otro detalle de gusto oriental, empezó a dudar si durante su desmayo no habría sido llevado de nuevo a tierras de Palestina. Esta impresión se le acentuó cuando, al apartarse suavemente la tapicería, una forma femenina vestida con una rica túnica que más participaba de la moda oriental que de la europea, se deslizó desde la puerta que escondía el tapiz, seguida por un criado de morena tez.

Cuando el caballero herido estaba a punto de interpelar a la hermosa aparición, ésta ordenó silencio colocando un fino dedo sobre sus labios de rubí, mientras que el criado, acercándosele, procedió a descubrir el costado de Ivanhoe. La hermosa judía dio muestras de satisfacción al ver que los vendajes estaban en su sitio y la herida presentaba buen aspecto. Cumplió con su deber con digna simplicidad, sublimando con su proceder incluso lo que hubiera podido ser considerado como repugnante para la condición femenina. La idea de que una persona tan joven y hermosa se encontrara a los pies de la cama de un enfermo, vendando la herida de un paciente de diferente sexo, desaparecía ante la visión de un ser caritativo que prestaba su eficaz ayuda para aliviar el dolor. Las pocas y concisas instrucciones que Rebeca dio al criado fueron pronunciadas en hebreo, y el anciano, que ya había sido su ayudante en otros casos similares, obedecía sin replicar.

Los acentos de una lengua desconocida, procedentes de los labios de la hermosa Rebeca, daban el romántico y placentero efecto que la fantasía otorga a los versos recitados por alguna hada benévola; cierto que resultaban ininteligibles, pero los gestos bondadosos que los acompañaban conmovían el corazón. Ivanhoe les dejó que tomaran las medidas que creyeran más oportunas para su curación. Sólo cuando el amable doctor se disponía a retirarse, no pudo aguantar su curiosidad por más tiempo.

—Gentil doncella —empezó a decir en lengua arábiga, que le era familiar debido a sus viajes. Creyó que ésta sería mejor comprendida por la dama del turbante que se hallaba ante él—. Os ruego, gentil doncella, tengáis a bien…

Pero fue interrumpido por el hermoso médico, y una sonrisa que a duras penas pudo contener iluminó por un instante su rostro, desvaneciendo su habitual melancolía.

—Soy de Inglaterra, señor caballero, y hablo inglés, aunque mi vestido y mi linaje sean de otros climas.

—Noble dama… —empezó de nuevo Ivanhoe, y de nuevo se apresuró Rebeca a interrumpirle.

—No me otorguéis el epíteto de noble. Será conveniente que sepáis cuanto antes que vuestra enfermera es una pobre judía, hija de aquel Isaac de York a quien protegisteis. Por lo tanto, es obligación de él y de todos sus familiares atenderos con los cuidados que vuestro estado requiere.

No sabemos si lady Rowena hubiera quedado muy satisfecha con la mirada cargada de emoción con que su amado caballero acababa de observar las hermosas facciones y esbeltas formas de la bella Rebeca; aquellos mismos ojos cuya brillantez era sombreada y, en cierto modo, quedaban endulzados por las sedosas pestañas, que un trovador hubiera podido comparar a la estrella del crepúsculo lanzando sus dardos luminosos a través de unas ramas de jazmín. Pero Ivanhoe era demasiado buen católico para fijarse demasiado en una judía. Esto lo había previsto Rebeca y por ello se había apresurado a mencionar el nombre y el linaje de su padre; sin embargo, ya que la bella y prudente hija de Isaac poseía como es lógico cierta debilidad femenina, suspiró interiormente complacida por la mirada de respetuosa admiración y ternura de Ivanhoe. De pronto, ésta le transformó en una fría, educada y reservada inspección, que no denotaba más sentimientos que los de la gratitud por las atenciones recibidas de quien menos las esperaba. Esto no quiere decir que el ulterior comportamiento de Ivanhoe expresara algo más que el devoto homenaje que la juventud rinde a la hermosura; pero no dejaba de ser mortificante que una simple palabra cambiara el curso de las cosas, dejando a Rebeca en una situación incómoda, propia de unas gentes degradadas a las cuales no se podía rendir homenaje alguno.

La naturaleza cándida y gentil de Rebeca no reprochó la actitud de Ivanhoe, que compartía los prejuicios de la época. Por el contrario, la hermosa judía, consciente de que su paciente la consideraba un ser integrado en una raza abominable y con la que no se debía mantener más relaciones que las necesarias, no dejó de prodigarle su plena atención. Le informó de la conveniencia de trasladarse a York y que su padre había decidido llevarle en aquel viaje y atenderle en su propia casa, hasta que estuviera restablecido. A Ivanhoe le repugnó este plan y se justificó declarando que no deseaba causar más molestias a sus benefactores.

—¿Es que en Ashby o en sus alrededores no hay algún caballero sajón, tal vez algún rico campesino que quiera cargar con la molestia de atender y dar posada a un

paisano herido hasta que pueda vestir de nuevo la armadura? ¿No existe ningún convento sajón donde pueda ser recibido? ¿O no podría ser trasladado a Burton, donde me daría hospedaje Waltheoff, abad de san Withold, que es pariente mío?

—Cualquiera de estos albergues —dijo Rebeca con una sonrisa melancólica— sería incuestionablemente más conveniente para vos que el miserable cobijo de un despreciado judío; a pesar de ello, señor caballero, a no ser que despreciéis a vuestro médico, no podéis cambiar de refugio. Nuestro pueblo, como bien sabéis, es más diestro en curar las heridas que en producirlas, y en nuestra familia disponemos de secretos que nos han llegado a través de los tiempos, heredados del mismo Salomón, y de los cuales ya habéis podido juzgar los méritos. No, nazareno…, perdón, señor caballero, ningún médico que se encuentre entre los siete mares de Inglaterra hará que vistáis vuestro corselete antes de un mes.

—¿Y cuánto tiempo necesitas tú? —dijo Ivanhoe con impaciencia.

—Ocho días, si sois paciente y seguís mis instrucciones —replicó Rebeca.

—Por Nuestra Señora bendita —dijo Wilfred—, si no es pecado el nombrarla en este lugar, no es el momento para mí ni para ningún fiel caballero de estarse inactivo; y si cumples tu promesa, doncella, te recompensaré con mi casco lleno de coronas, vengan de donde vengan.

—Cumpliré mi promesa —dijo Rebeca—, y llevaréis la armadura en ocho días a partir de hoy si me prometéis un favor en vez de la cascada de plata que me habéis ofrecido.

—Si está en mi mano y es de naturaleza tal que un caballero cristiano lo pueda ofrecer a uno de distinta raza —replicó Ivanhoe—, te garantizo que ya puedes contar con él y con mi buena voluntad.

—No —contestó Rebeca—, sólo quiero rogaros que de hoy en adelante creáis que un judío puede rendir un buen servicio a un cristiano sin buscar otro galardón que la bendición del gran padre que creó a ambos, judíos y gentiles.

—Sería pecado dudarlo, doncella —replicó Ivanhoe—, y me confío a tu destreza sin más escrúpulos. Tampoco te haré más preguntas. Tengo plena confianza en que harás lo posible para que pueda vestir la armadura de aquí a ocho días. Y ahora, mi amable médico, facilítame noticias del exterior. ¿Qué ha sido del noble sajón llamado Cedric y de su familia? ¿Y qué se hizo de la hermosa señora…? —se detuvo, como si no quisiera pronunciar el nombre de Rowena en la morada de un judío—. Quiero decir, ¿qué sabes de aquélla que fue nombrada reina del torneo?

—Y que fue elegida por vos, señor caballero; juicio que causó tanta admiración como valor —replicó Rebeca.

La sangre que Ivanhoe había perdido no impidió que sus mejillas se colorearan al darse cuenta de que había traicionado incautamente su profundo interés por Rowena con su torpe intento para disimularlo.

—No quería hablar tanto de ella como del príncipe Juan —dijo—. Y también me gustaría tener noticias de un fiel escudero y saber por qué no me está atendiendo.

—Dejadme utilizar mi autoridad de médico —contestó Rebeca—. Os ruego que guardéis silencio y evitéis reflexiones que puedan perturbaros, mientras pongo en vuestro conocimiento aquello que queréis saber. El príncipe Juan ha suspendido el torneo y ha marchado a toda prisa a York, con los nobles, caballeros y clérigos de su séquito, después de haber hecho acopio de cuanto dinero pudo conseguir por cualquier medio. Se dice que quiere ceñir la corona de su hermano.

—No sin que haya quien luche en su defensa —dijo Ivanhoe, incorporándose en el lecho—, si existe un solo súbdito fiel en Inglaterra. Pelearé por los derechos de Ricardo contra los mejores…, contra uno o dos cada vez.

—Pero antes debéis recobrar fuerzas —dijo Rebeca tocando su hombro con la mano—, ahora debéis cumplir mis instrucciones y estaros quieto.

—Es cierto, doncella —dijo Ivanhoe—, tan quieto como estos inquietos tiempos lo permitan. ¿Y Cedric y sus familiares?

—Hace poco que llegó su mayordomo —dijo la judía— a toda prisa, a pedirle cierta cantidad a mi padre por el precio de la lana de los rebaños de Cedric, y por él supe, que Cedric y Athelstane de Coningsburgh habían abandonado el albergue del príncipe Juan muy disgustados y estaban a punto de regresar a casa.

—¿Asistió con ellos al banquete alguna dama? —dijo Wilfred.

—Lady Rowena —dijo Rebeca, contestando a la pregunta con más precisión que la requerida—. Lady Rowena no acudió al banquete del príncipe y, según nos informó el mayordomo, se encuentra de regreso hacia Rotherwood junto con su tutor Cedric. Y en cuanto a Gurth, vuestro fiel escudero…

—¡Ah! —exclamó el caballero—; pero ¿conoces su nombre? Claro —añadió de inmediato—, bien puedes y bien debes saberlo porque de tu mano y, como ahora no me cabe ninguna duda, de tu natural generosidad, recibió ayer cien cequíes.

—No lo mencionéis —dijo Rebeca, sonrojándose—. Cuán fácil le es a la lengua traicionar aquello que el corazón de buena gana disimularía.

—Pero esta cantidad de oro —dijo el caballero con gravedad—, debe ser restituida a tu padre; comprometo mi honor en ello.

—Sea como deseáis —dijo Rebeca—, cuando hayan transcurrido ocho días; pero ahora no penséis en nada que pueda retrasar vuestra curación.

—Así sea, amable doncella —dijo Ivanhoe—. Ingrato me mostré al desobedecer tus órdenes. Pero, una sola palabra más sobre la suerte que ha corrido el pobre Gurth y habré acabado de hacerte preguntas.

—Me duele deciros, señor caballero —contestó la judía—, que está bajo vigilancia por orden de Cedric… —Al comprobar el disgusto que le proporcionaba esta información a Ivanhoe, añadió con rapidez—: Pero Oswald, el mayordomo, dijo que si no sucedía algo que hiciera cambiar a su amo de parecer, estaba seguro de que perdonaría a Gurth, como fiel servidor que era y por haber siempre gozado de su alta estima. Por otra parte, únicamente había faltado a causa del amor que le profesaba al hijo de su amo. Y añadió, además, que él y sus camaradas, especialmente el bufón

Wamba, había decidido ayudarle a escapar durante el camino, siempre que la ira de Cedric no pudiera calmarse.

—Quiera Dios que pueda llevar a cabo su propósito —dijo Ivanhoe—; pero parece que estoy predestinado a acarrear la ruina de aquéllos que de algún modo me demuestran su aprecio. Mi rey, por el cual he sido honrado y distinguido, ya veis que el hermano que más le debe se dispone a levantarse en armas y quiere quitarle la corona…; mis miradas han proporcionado disgustos y penas a la dama que quiero distinguir y que es la más hermosa de entre las de su sexo, y mi padre, debido a su carácter temperamental, puede que haga degollar al pastor solamente porque me prestó su leal y fiel servicio. Ya ves, doncella, a qué desafortunado tienes que asistir. Sé prudente y déjame partir antes de que las desgracias que me siguen el rastro como galgos de caza también te alcancen a ti.

—No —dijo Rebeca—. Vuestra debilidad y pena, señor caballero, os obligan a interpretar torcidamente los propósitos del cielo. Habéis vuelto a vuestro país cuando más necesita la ayuda de una mano fuerte y un corazón generoso, y habéis humillado el orgullo de vuestros enemigos y de los del rey cuando más alto sonaba su cuerno; en cuanto a los males que habéis sufrido, ¿no veis cómo los cielos os han sabido proporcionar la ayuda de un médico aun entre aquéllos que son los más aborrecidos de la tierra? Por lo tanto, tened valor y pensad que estáis reservado para alguna gran proeza en favor de vuestro pueblo. Adiós, y cuando hayáis tomado la medicina que os enviaré por Rubén, procurad descansar para poder soportar mejor la jornada de mañana.

Este razonamiento convenció a Ivanhoe, que obedeció las instrucciones de Rebeca. La droga que le administró Rubén actuaba como un narcótico y sedante, y garantizaba al paciente un sueño profundo y tranquilo. A la mañana siguiente su devoto médico pudo comprobar que sería capaz de soportar las fatigas del viaje.

Fue acomodado en la litera que le había traído desde las lizas, y se tomaron todas las precauciones para que viajara cómodamente. Sin embargo, en una circunstancia no pudieron valerle las habilidades a Rebeca. Isaac, como el rico viajero de la décima sátira de Juvenal, en todo momento temía ser robado, consciente de que constituía una buena presa tanto para los caballeros normandos como para los forajidos sajones. No es de extrañar que viajara a gran velocidad, y si cortos eran los altos en el camino, más lo eran todavía los refrigerios. Por eso adelantó a Cedric y Athelstane, que le llevaban varias horas de ventaja, y que se habían retrasado con el festín que tuvo lugar en el convento de san Withold.

De todos modos, las prisas del judío tuvieron otras consecuencias muy diferentes a la velocidad. La rapidez con que se empeñaba en viajar, originó algunas disputas entre él y la comitiva que había alquilado para que le sirviera de guarda. Estaba compuesta por sajones y de ningún modo estaban exentos del amor nacional a las comodidades y a la buena vida que los normandos calificaban de pereza y glotonería. Invirtiendo el papel de Shylock, habían aceptado el encargo con la esperanza de

hartarse a expensas del judío ricachón y no les hizo ninguna gracia el ver defraudadas sus intenciones. Se quejaban también por el riesgo que corrían sus caballos debido a estas marchas forzosas. Finalmente, entre Isaac y la compañía se suscitó una cuestión referente a la cantidad de vino y de cerveza que se les repartía en cada comida. Y así sucedió que cuando se dio la voz de peligro inminente, haciéndose patentes los temores de Isaac, los descontentos mercenarios le abandonaron a su suerte y desertaron.

En esta deplorable situación, el judío, su hija y su paciente fueron encontrados por Cedric, como ya se sabe, y poco después cayeron bajo tal poder de De Bracy y sus aliados. Al principio apenas llamó la atención la litera y hubiera podido quedarse atrás de no haber sido por la curiosidad de De Bracy, que la inspeccionó pensando que podría cobijar al objeto de su empresa, ya que Rowena no se había quitado el velo. Pero grande fue la sorpresa de De Bracy al descubrir que la litera escondía a un herido que, seguro de haber caído en manos de bandidos sajones entre los cuales su nombre le hubiera servido de protección, confesó abiertamente ser Wilfred de Ivanhoe.

La idea de caballeroso honor que, en medio de su vileza, nunca abandonaba del todo a De Bracy, le permitió defender al caballero indefenso contra Front-de-Boeuf, el cual no hubiera dudado en matar con cualquier pretexto al rival que reclamaba el feudo de Ivanhoe. Por otra parte, el liberar a un pretendiente favorito de lady Rowena, que tanto los sucesos del torneo como el destierro de la casa de su padre habían hecho patente, era ya algo fuera del alcance de la generosidad de De Bracy. Él sólo era capaz de un término medio entre la bondad y la maldad; por lo tanto ordenó a dos de sus escuderos que no se apartaran de la litera y que no permitieran que se acercara nadie a ella. En el caso que les hicieran preguntas, les aleccionó para que contestaran que la litera desocupada de lady Rowena era usada para transportar a uno de sus camaradas, que había resultado herido en la refriega. Al llegar a Torquilstone, mientras el templario y el señor del castillo ponían en práctica sus planes, el uno respecto de las riquezas del judío Isaac y el otro acerca de su hija, los escuderos de De Bracy condujeron a Ivanhoe, todavía como si de un compañero herido se tratara, a una apartada habitación. Esta misma explicación dieron a Front-de-Boeuf cuando éste preguntó por qué no habían acudido a las almenas al primer grito de alarma.

—¡Un compañero herido! —replicó iracundo y sorprendido—. No me extraña que bribones y monteros se hayan vuelto tan presuntuosos como para sitiar castillos, ni tampoco que bufones y porquerizos manden desafíos a los nobles, cuando podemos ver cómo las personas de armas se convierten en enfermeras y los componentes de la compañía de mercenarios han sido educados para ejercer de plañideras junto al lecho de un moribundo mientras el castillo está a punto de ser asaltado. ¡A las almenas, villanos holgazanes! —exclamó levantando tanto la voz que hizo resonar las bóvedas—. ¡A las almenas si no queréis que pulverice vuestros huesos con este trinchante!

Los hombres replicaron que no tenían otro deseo que acudir las almenas siempre que él se comprometiera a entendérselas con mi amo, que les había encargado atender al moribundo.

—¡El moribundo, truhanes! —contestó el barón—. Puedo aseguraros que no tardaremos en estar todos moribundos si no sabemos aguantar bravamente. Bien relevaré la guardia de este dolorido compañero vuestro. ¡Aquí, Urfried! Vejestorio, diablo de una bruja sajona, ¿no me oyes? Cuida de este compañero enfermo hasta que lo necesite y así estos bribones podrán usar las armas. Aquí tenéis estas ballestas con su tensor y dardos. ¡A la barbacana, y procurad que cada tiro atraviese una sesera sajona!

Aquellos hombres, que al igual de muchos de su condición, amaban la aventura y detestaban la inacción, acudieron alegremente a los lugares de peligro tal como se les había mandado. De aquel modo Ivanhoe pasó a los cuidados de Urfried o Ulrica. Pero ésta, cuyo cerebro hervía con los recuerdos de los insultos y las esperanzas de venganza, no tardó en traspasar de buena gana a Rebeca el cuidado del enfermo.

XXIX

El valiente soldado sube al vigía y, desde la altura, observa si la lucha ha terminado.

SCHILLER: *La Doncella de Orleans*.

Las horas de peligro son también, a menudo, horas de confidencias y de afecto. Bajamos la guardia debido a la general agitación de nuestros sentimientos y traicionamos la intensidad de aquéllos que, por lo menos en períodos más tranquilos, nuestra prudencia disimula si es que no alcanza a suprimirlos. Encontrándose de nuevo junto a Ivanhoe, la misma Rebeca se sorprendió al notar que sentía tan aguda complacencia, incluso en un momento en que todo lo que les rodeaba a ambos era el peligro cuando no la desesperación. Le tomó el pulso y le preguntó por su estado; había en su tacto y en su tono de voz una desacostumbrada suavidad, la cual denotaba más interés que el que ella misma hubiera deseado demostrar. Su voz era trémula y temblaban sus manos, y únicamente el frío tono con que Ivanhoe preguntó: «¿Eres tú, gentil doncella?», consiguió hacerla volver en sí y le hizo recordar que los sentimientos que sentía no podían, y no debían, ser mutuos. Se le escapó un suspiro, pero fue casi inaudible. Las preguntas que le hizo el caballero acerca de su estado de salud, tenían ya un tono de tranquila camaradería. Ivanhoe se apresuró a contestarle que en cuanto a la salud se encontraba bien y mejor de lo que esperaba.

—Gracias, querida Rebeca, a tu eficaz habilidad —fueron sus últimas palabras.

«Me llama “querida Rebeca” —se dijo la doncella—, pero lo hace con un tono frío y distraído que liga poco con la expresión. ¡A su caballo de batalla, a su perro de caza, los aprecia mucho más que a la despreciable judía!».

—Mi mente, gentil doncella —continuaba Ivanhoe—, está más perturbada por la ansiedad que mi cuerpo por el dolor. Por lo que hablaban los hombres que hasta hace un rato me custodiaban, he sabido que estoy prisionero y, si he interpretado bien lo que decía una voz ronca y potente que poco ha les ha encomendado una misión militar, me hallo en el castillo de Front-de-Boeuf. Si ello es cierto, ¿cómo acabará todo esto y cómo podré proteger a Rowena y a mi padre?

«¡Al judío y a la judía, ni mencionarles siquiera! —dijo Rebeca para sí—. Sin embargo, ¡cuánto le hemos ayudado y cuán injustamente me castiga el cielo por dedicarle mis pensamientos!».

Después de esta breve autoacusación se apresuró a dar a Ivanhoe cuanta información pudo…, que podemos resumir del siguiente modo: El templario Bois-Guilbert y el barón Front-de-Boeuf eran los comandantes de la plaza; el castillo se encontraba asediado, pero no sabía qué fuerzas lo sitiaban. Añadió que en el castillo

había un fraile cristiano que quizá podría conocer más detalles.

—¿Un fraile cristiano? —exclamó el caballero con gozo—. Hazle venir, Rebeca, si puedes. Dile que un enfermo pide su consuelo espiritual, dile lo que se te ocurra, pero tráele. Debo hacer o intentar algo, pero ¿cómo podré tomar una determinación mientras no sepa lo que sucede afuera?

Rebeca, para satisfacer los deseos de Ivanhoe, realizó el intento ya conocido de llevar a Cedric a la cámara del caballero herido, el cual fracasó debido a la interferencia de Urfried, la cual también estaba al acecho con objeto de interceptar el camino del falso monje. Rebeca se retiró y comunicó a Ivanhoe el resultado de su encargo.

No dispusieron de mucho tiempo para lamentar que esta fuente de información les hubiera fallado. De pronto, el alboroto en el interior del castillo, causado por los preparativos de defensa y que había levantado gran ruido durante algún tiempo, se convirtió en un clamor y un barullo diez veces más inquietantes. Los pesados, aunque apresurados pasos de los hombres de armas, atravesaban los muros o resonaban en los retorcidos pasadizos y escaleras que conducían a las barbacanas y otros puntos de defensa. Se oían las voces de los caballeros dictando sus órdenes y dirigiendo las maniobras, aunque muchas veces su sonido era ahogado por el clamor y el estruendo del entrechocar de armaduras. Por tremendo que fuera tal alboroto y por más tremendos que aún fueran los acontecimientos que anunciaban, había en todo ello algo sublime que la fina sensibilidad de Rebeca no dejó de percibir, incluso en aquellos terroríficos instantes. Su mirada era dulce aunque la sangre había afluido a sus mejillas, y sentía una combinación de miedo y un sentimiento sublime y maravilloso, mientras repetía, mitad para sí, mitad para su compañero, aquel texto sagrado:

Resuenan las aljabas,
brillan lanzas y escudos,
los gritos de los capitanes y el de la muerte.

Pero Ivanhoe, como el caballo de batalla descrito en este mismo pasaje sublime, estaba ardiendo de impaciencia por su inactividad y poseído de incontenibles deseos de intervenir en la lucha de la que era preludio aquel alboroto.

—Si pudiera arrastrarme hasta aquella ventana —decía—, tan sólo para poder ver cómo se desarrolla el combate. ¡Si tuviera un arco para disparar una flecha, o poseyera un hacha para golpear, bastaría un solo molinete para quedar libres! Pero es en vano…, es en vano… Estoy, al mismo tiempo, sin fuerzas y desarmado.

—No te excites, noble caballero —contestó Rebeca—. Los sones han cesado de súbito, quizá signifique que no van a combatir.

—No entiendes nada —dijo Wilfred con impaciencia—. Este silencio sólo demuestra que los hombres ya ocupan el lugar asignado en las murallas y que están

esperando un ataque súbito; es el silencio que precede a la tormenta. Estallará al instante con toda su furia. ¡Si pudiera llegar a la ventana!

—No conseguirías nada más que abrir tu herida, noble caballero —replicó su enfermera. Y observando sus grandes deseos, añadió con firmeza—: Yo misma me situaré en el alféizar y te describiré como pueda lo que sucede.

—¡No debes hacerlo! ¡No lo hagas! —exclamó Ivanhoe—. Cada postigo, cada abertura, será pronto blanco de los arqueros; cualquier flecha perdida…

—¡Será bienvenida! —murmuró Rebeca mientras subía con paso firme dos o tres escalones que conducían a la ventana.

—¡Rebeca, querida Rebeca! —exclamó Ivanhoe—. Esto no en un pasatiempo para doncellas. No te expongas a ser herida o muerta y me hagas un desgraciado para siempre; por lo menos cúbrete con aquel viejo broquel y muéstrate tan poco como el quicio lo permita.

Siguiendo con alada gracia las instrucciones de Ivanhoe y procurándose la protección del antiguo escudo, que apoyó sobre la parte inferior de la ventana, Rebeca, con relativa seguridad, pudo ser testigo de lo que sucedía en el exterior del castillo. Detalló a Ivanhoe los preparativos de los asaltantes para la prueba final. En realidad su situación era la más adecuada, porque al estar situada en un ángulo del edificio principal, Rebeca no sólo podía ver lo que sucedía fuera del recinto amurallado, sino que dominaba la fortificación más adelantada, que sería el primer lugar atacado. Era una fortificación exterior de no mucha altura ni solidez, destinada a proteger la poterna por la cual Front-de-Boeuf había hecho salir a Cedric. El foso del castillo dividía esta especie de barbacana del resto del edificio, con el objeto de que, en caso de ser conquistado, resultara fácil aislarla del resto de la fortaleza levantando el puente levadizo. Había también un rastrillo correspondiente a la poterna del castillo, y todo el conjunto estaba rodeado por una sólida empalizada. Rebeca dedujo, por el gran número de defensores situados en aquel lugar, que los sitiados albergaban serias dudas acerca de su seguridad, y por la concentración de asaltantes en dirección opuesta en línea recta al reducto, parecía no menos claro que lo habían seleccionado para su primer ataque por parecerles el punto más vulnerable.

Comunicó estas impresiones a toda prisa a Ivanhoe y añadió:

—Por el bosque pululan gran número de arqueros, aunque pocos han abandonado sus sombras protectoras.

—¿Cuál es su bandera? —preguntó Ivanhoe.

—No llevan ninguna insignia de guerra, por lo que puedo ver.

—Bizarra novedad —murmuró el caballero—. Disponerse a asaltar este castillo sin hacer ondear ni bandera ni pendón… ¿Puedes ver quiénes les mandan?

—Parece ser un caballero que viste armadura completa —dijo la judía—. Es el único que va armado de pies a cabeza y parece dirigir todas las maniobras.

—¿Qué divisa lleva en el escudo?

—Algo parecido a una barra de hierro y un candado pintado en azul sobre un

fondo negro.

—¡Una barra y un candado! —dijo Ivanhoe—. No sé quien pueda ser el que tal divisa ostenta, pero sí sé que podría ser la mía dadas las circunstancias en que me hallo. ¿Puedes leer el lema?

—Ya me cuesta el distinguir la divisa a esta distancia.

—¿No parece haber otros jefes? —exclamó el ansioso inquisidor.

—Desde mi posición no veo a nadie que se distinga de los demás —dijo Rebeca —, pero no hay duda que la otra parte del castillo también está sitiada. Parece que ahora se disponen a avanzar… ¡Dios de Sión, protégenos! ¡Qué visión tan espantosa! Los de primera línea llevan grandes escudos y se protegen con planchas de madera; los que les siguen tensan los arcos mientras avanzan. ¡Están apuntando! ¡Dios de Moisés, perdona a tus criaturas!

Su descripción fue interrumpida en este lugar por la señal de ataque, dada por el bramido del cuerno y contestado inmediatamente por un floreo de las trompetas normandas desde la muralla, sonido que, mezclado al de los tambores y atabales, se convertía en signo de desafío contra el reto del enemigo. Los gritos de ambos bandos aumentaban la amedrentadora escena. Los atacantes gritaban: «¡San Jorge por Inglaterra!», y los normandos les contestaban con grandes gritos de «*En avant, De Tracy!*, *Beau-séant! Beau-séant!*, *Front-de-Boeuf à la rescousse!*», que eran los gritos de guerra de sus distintos jefes.

De todas formas no serían los gritos los que decidirían el combate, y los desesperados esfuerzos de los asaltantes quedaron compensados por una defensa igualmente vigorosa. Los arqueros, bien entrenados por sus pasatiempos de caza en los bosques, disparaban tan graneado, que ningún sitio donde asomara parte del cuerpo de un defensor escapaba a las flechas. Debido a estos cerrados disparos, tan espesos como una granizada, cada flecha iba dirigida a un blanco determinado y volaban en manadas hacia cualquier abertura de los parapetos, así como contra cualquier ventana donde pudiera estar situado un defensor. Debido a estos continuos disparos, decíamos, dos o tres componentes de la guarnición resultaron muertos y otros varios heridos. Pero, confiados en sus armaduras y en la protección de los muros, los seguidores de Front-de-Boeuf y sus aliados daban muestras de gran obstinación en la defensa, y replicaban disparando sus arcos y ballestas, hondas y otras armas de ataque, a la continua y cerrada rociada de flechas; y, por estar los asaltantes precariamente protegidos, causaron más bajas que las que ellos recibieron. El silbido de los dardos y de los proyectiles procedentes de ambos bandos, solamente se interrumpía por el griterío que se alzaba cuando cualquiera de las partes causaba o padecía alguna pérdida sustancial.

—¡Que tenga yo que estar aquí como un monje mientras otros toman parte en un juego del que dependen mi libertad y mi muerte! —exclamó Ivanhoe—. Mira por la ventana de nuevo, amable doncella, pero cuida que no te vean los arqueros. Mira y dime si el ataque continúa.

Con resignado valor, reforzado por la pausa que había dedicado a sus devociones mentales, Rebeca se situó de nuevo en el quicio, cubriéndose sin embargo para no ser vista desde abajo.

—¿Qué alcanzas a ver, Rebeca? —preguntó otra vez el caballero herido.

—Nada, sino una nube de flechas tan espesa que me causa mareos y me impide ver a aquéllos que las disparan.

—Esto no puede dar ningún resultado —dijo Ivanhoe—, si no ponen todo su empeño en tomar el castillo por la fuerza de las armas; poco podrán hacer las flechas contra los muros y almenas. Dime lo que hace el caballero del candado y la barra porque según se porta el jefe lo hacen sus seguidores.

—No le veo —dijo Rebeca.

—¡Maldito cuervo! —exclamó Ivanhoe—. Pues, ¿no abandona el olmo cuando el viento sopla más fuerte?

—¡No abandona! ¡No, no lo hace! —dijo Rebeca—. Ahora puedo verle; encabeza a un grupo de hombres que ya se encuentran cerca de la empalizada, la destrozan con hachas. Su negro plumero flota sobre la multitud como un cuervo volando sobre un campo cubierto de cadáveres… Han abierto brecha…, se precipitan al interior. ¡Son rechazados! Front-de-Boeuf capitanea a los defensores; puedo distinguir sus formas gigantescas entre ellos. Se alzan de nuevo a la brecha y el paso es disputado mano a mano, hombre por hombre. ¡Dios de Jacob! ¡Es como si toparan dos encontradas mareas, el choque de dos océanos impulsados por vientos contrarios!

Y tras decir esto se retiró de la ventana como si ya no pudiera soportar más tiempo tan terrible visión.

—Mira de nuevo, Rebeca —decía Ivanhoe, sin entender la causa de su retirada—. Los tiros de los arqueros deben haber cesado, ya que ahora se pelea cuerpo a cuerpo. Mira de nuevo, ahora hay menos peligro.

Miró otra vez y casi inmediatamente exclamó:

—¡Sagrados Profetas de la Ley! Front-de-Boeuf y el Caballero Negro están luchando cuerpo a cuerpo en la brecha de la empalizada ente el estruendo que levantan sus seguidores. ¡Cielos, luchad al lado de los oprimidos y de los cautivos! —Soltó entonces un agudo chillido y exclamó—: ¡Ha caído! ¡Ha caído!

—¿Quién ha caído? —gritó Ivanhoe—. Por el amor de Nuestra Señora, ¡dime quién cayó!

—El Caballero Negro —contestó Rebeca desmayadamente. De pronto gritó de nuevo con gozoso apasionamiento—: Pero no…, ¡no! ¡Alabado sea el nombre del Señor! De nuevo está en pie y lucha como si su brazo poseyera la fuerza de veinte hombres. Se ha roto su espada; arrebata un hacha de manos de un montero, descarga golpe tras golpe sobre Front-de-Boeuf, el gigante vacila y tiembla como una encina al ser talada por el leñador…, cae…, cae…

—¿Quién, Front-de-Boeuf? —inquirió Ivanhoe.

—¡Front-de-Boeuf! —contestó la judía—. Sus hombres acuden en su ayuda,

capitaneados por el templario…, este refuerzo obliga a detenerse al campeón. Se llevan a Front-de-Boeuf al recinto amurallado.

—Los asaltantes han ocupado la empalizada, ¿verdad? —dijo Ivanhoe.

—Sí, ¡la han ocupado! —exclamó Rebeca—. En estos momentos presionan fuertemente a los sitiados en la muralla; algunos colocan escaleras, otros se acumulan como enjambres de abejas e intentan subir sobre los hombros de los demás. Desde arriba caen piedras, vigas y troncos sobre sus cabezas y tan pronto como los heridos son retirados a retaguardia, tropas de refresco les sustituyen en el asalto. ¡Gran Dios! ¿Le has dado al hombre tu propia imagen para que fuera cruelmente desfigurada por sus hermanos?

—No pienses en eso —dijo Ivanhoe—; ésta no es hora para tales pensamientos. ¿Quién cede terreno, quién consigue abrirse camino?

—Las escaleras han sido despeñadas —replicó Rebeca temblando—; los soldados se retuercen bajo ellas como reptiles pisoteados. Los sitiados llevan la mejor parte.

—¡San Jorge, lucha a nuestro lado! —exclamó el caballero—. ¿Se retiran los falsos monteros?

—¡No! —exclamó Rebeca—. Se portan como verdaderos monteros. El Caballero Negro se acerca a la poterna con su hacha descomunal…, se puede oír el clamor de sus golpes, que dominan el griterío y el estruendo de la batalla. Piedras y vigas caen sobre el osado campeón…, ¡y les hace tanto caso como si se tratara de paja y plumas!

—Por san Juan de Acre —dijo Ivanhoe levantándose gozosamente sobre el lecho —. ¡Sólo hay un hombre en Inglaterra capaz de tal proeza!

—La puerta de la poterna tiembla —continuó Rebeca—, cruje, se hace astillas bajo sus golpes. Los monteros se precipitan dentro, la barbacana está ganada. ¡Oh, Dios! Desalojan a los defensores de la muralla, los arrojan al foso. Hombres, si en verdad sois dignos de este nombre, ¡respetad a los que se rinden!

—El puente, el puente que comunica con el castillo, ¿lo han conquistado?

—No —replicó Rebeca—. El templario lo ha destruido después de cruzarlo. Unos pocos defensores se han refugiado con él en el castillo, los gemidos y lamentos que oís hablan muy claro de la suerte de los restantes. ¡Ay!, me doy cuenta de que es más difícil contemplar la victoria que la batalla.

—¿Qué hacen ahora, doncella? —preguntó Ivanhoe—; mira de nuevo. No es hora de desmayarse al ver la sangre derramada.

—Todo se ha acabado por el momento —contestó Rebeca—. Nuestros amigos se fortifican en la barbacana conquistada, la cual es un excelente cobijo contra los tiros de sus enemigos, que más parecen inquietarles que herirles.

—Nuestros amigos —dijo Wilfred—, no abandonarán una empresa tan gloriosamente empezada, puesto que felices han sido los primeros resultados. ¡Oh, no! Tengo toda mi fe depositada en el buen caballero cuya hacha ha destrozado tablones de encina y barras de hierro. Cosa singular —murmuró de nuevo para sí—, si existieran dos hombres capaces de tal proeza. Una barra y un candado sobre campo

azul, ¿qué podrá significar? Rebeca, ¿no ves ningún otro detalle que distinga al Caballero Negro?

—Nada —dijo la judía—, todo en él es negro como el ala del cuervo nocturno. Nada puedo ver que lo caracterice, pero habiéndole visto desplegar su fuerza en el combate, creo que le reconocería entre mil guerreros. Acude a la lucha como si se dispusiera a asistir a un banquete. Es algo más que la fuerza. Da la sensación de que pone toda su alma y coraje en cada golpe que asesta a sus enemigos. ¡Que Dios le absuelva del pecado de derramar tanta sangre! Da miedo, al mismo tiempo que impresiona, contemplar cómo el brazo y el corazón de un hombre pueden triunfar sobre centenares.

—Rebeca —dijo Ivanhoe—, acabas de describir a un héroe; seguramente sólo descansarán para tomar aliento o para estudiar el modo de cruzar el foso. Bajo el mando de un jefe como el que has descrito, no hay lugar para miedos de pajarraco, ni retrasos que enfríen la sangre, ni abandonos de empresas sublimes, ya que las circunstancias que las hacen arduas son las mismas que las convierten en gloriosas. Juro por el honor de los míos, prometo en el nombre de la hermosa dama de mis amores, que sufriría gustoso diez años de cautiverio si pudiera luchar al lado de este buen caballero en el presente combate.

—¡Ay! —suspiró Rebeca, abandonando su posición junto a la ventana y acercándose al lecho del caballero herido—. Estas impacientes exclamaciones, los excesos con que aumentáis vuestra debilidad, no dejarán de perjudicar vuestra recuperación. ¿Cómo podéis esperar herir a los demás antes de que cicatrice la herida que habéis recibido?

—Rebeca —replicó—, tú no puedes saber cuán imposible le resulta a uno que ha sido criado para las acciones de caballería permanecer en actitud pasiva como un clérigo o una mujer, y más cuando se realizan grandiosas hazañas a su alrededor. El amor a la batalla es el pan que nos alimenta, el polvo de los encuentros es lo mejor que podemos respirar. No vivimos, no deseamos vivir ni sobrevivir a nuestra victoria y renombre. Éstas, doncella, son las reglas de la caballería a las que hemos prestado juramento y a las cuales sacrificamos todo aquello que nos es más querido.

—¡Ay! —dijo la hermosa judía—, ¿y acaso, valiente caballero, tiene más importancia que un sacrificio dedicado al demonio? ¿Qué provecho sacáis de toda la sangre derramada, de todos los trabajos y dolores que habéis sufrido, de todas las lágrimas que vuestras proezas han hecho derramar, cuando la muerte consigue romper la lanza del hombre fuerte y superar la velocidad de su caballo de batalla?

—¿Qué queda? —indicó Ivanhoe—. La gloria, doncella, la gloria que adorna nuestra sepultura y perfuma nuestro nombre.

—¿La gloria? —continuó Rebeca—. ¡Ay!, consiste en la armadura cubierta de orín que cuelga lastimosamente sobre la lúgubre y derruida tumba del guerrero. Es la inscripción esculpida, pero ya tan borrosa que con dificultad el monje ignorante trata de leer al peregrino curioso. ¿Son éstas suficientes recompensas al sacrificio de

cualquier afecto cariñoso, a una vida gastada miserablemente y que convierte también en miserables a los demás? ¿O es que los rústicos versos de un juglar vagabundo tienen tanta virtud que el amor hogareño, los amables afectos, la paz y la felicidad, han de ser pospuestos para convertir al hombre en un héroe que protagoniza las baladas que cantan los juglares errantes a los villanos borrachos cuando en la taberna toman la última cerveza?

—¡Por el alma de Hereward! —replicó el caballero con impaciencia—. Estás hablando, doncella, de algo que no entiendes. ¿Quieres apagar la luz de la caballería, que es lo único que distingue al noble del villano, al gentil caballero del malvado y el salvaje, que valora a nuestra vida por encima, muy por encima de las cimas de nuestro honor, nos hace vencer al dolor, la fatiga y los sufrimientos, y nos enseña a no temer nada malo a excepción de la desgracia? Tú no eres cristiana, Rebeca, y desconoces estos altos sentimientos que hinchan el pecho de una doncella noble cuando su amante ha llevado a cabo alguna hazaña que atiza el fuego de su fama. ¡La caballería, doncella, es la causa de todo noble afecto! Es el descanso de los oprimidos, que endereza los entuertos y castiga el poder abusivo del tirano. La nobleza, sin la caballería, sería algo sin contenido, y la libertad encuentra la mejor protección en su lanza y en su espada.

—Soy, es verdad —dijo Rebeca—, un esqueje de una raza cuyo valor se distingue en la defensa de la tierra que les pertenecía, pero que nunca guerreó, ni siquiera cuando ya estaba constituida en nación. Sólo lo hizo cuando así lo mandaba Dios para defender a su patria de la opresión. Los sones de la trompeta ya no despiertan a Judá y sus desdeñados hijos, que ahora no son más que las víctimas pasivas de la opresión militar. Has hablado justamente, caballero. Mientras el Dios de Jacob no elija entre su pueblo escogido a un nuevo Gedeón o a un segundo Macabeo, poco adecuado es el que una damisela judía hable de guerras o de batallas.

La inteligente doncella terminó su argumentación en un tono lastimero, que expresaba con toda amplitud la conciencia del envilecimiento de su pueblo y amargura de que Ivanhoe la considerase indigna de intervenir en un caso de honor e incapaz de expresar sentimientos generosos y honorables.

«¡Cuán poco conoce lo que mi pecho alberga —se decía—, al imaginar que albergo la cobardía y un alma mezquina porque he censurado la fantasiosa caballería de los nazarenos! ¡Ojalá pluguiera al cielo que mi sangre derramada gota a gota bastara para redimir al pueblo de Judá de su cautividad! ¡No, mejor pluguiera a Dios que fuera posible liberar a mi padre y a este benefactor suyo de las cadenas del opresor! ¡El orgulloso cristiano vería entonces si la hija del pueblo elegido no se atrevía a morir tan bravamente como cualquier vana doncella nazarena que presume de descender de algún vanidoso capitán del árido y frío septentrión! —Miró entonces al lecho del caballero herido y prosiguió con sus reflexiones—. Duerme. La naturaleza exhausta por el sufrimiento y el derroche de fuerzas se aprovecha del primer momento de relativo descanso y le sumerge en el sueño reparador. ¿Será un

crimen que le mire cuando quizás es la última vez que lo hago? ¡Quizá dentro de poco ya no animarán su rostro la valentía y la decisión que no le abandonan ni aun en sueños! Cuando se distienda su nariz, se entreabra su boca y tenga los ojos fijos e inyectados en sangre, y cuando el orgulloso y noble caballero sea pisado por el más bajo criado de este maldito castillo, y no se mueva cuando le hiera el talón. ¡Y mi padre! ¡Oh, mi padre! ¡Vergüenza para la hija que ha olvidado sus canas pensando tan sólo en los rizos rubios de la juventud! ¿Es que no sé que todos los males que me afligen son los mensajeros del castigo que Jehová envía a la hijita desnaturalizada que se preocupa antes por el cautiverio de un extraño que de los sufrimientos de su padre, que olvida la desolación de Judá y contempla complacida la belleza de un extraño? ¡Pero arrancaré de mi corazón esta locura aunque cada fibra sangre al hacerlo!».

Se cubrió completamente con el velo y se sentó dando la espalda al caballero, fortaleciendo o intentando fortalecer su espíritu, no solamente contra los males que del exterior podían llegarle, sino también contra los traidores pensamientos que luchaban en su interior.

XXX

Llégate a su cuarto, contempla el lecho.
Allí tendido sólo queda un fantasma
y al canto de la alondra ya se habrá ido.
Mientras, con la brisa, vuela al cielo,
aquí ha dejado dolor y duelo.

Drama anónimo antiguo.

Durante el período de tregua que siguió al primer éxito de los sitiadores, mientras éstos se disponían a estrechar el cerco y los sitiados reforzaban su defensa, el templario y De Bracy sostuvieron una corta conferencia en la sala del castillo.

—¿Dónde está Front-de-Boeuf? —preguntó el segundo, que había dirigido la defensa en la parte opuesta—. Se dice que ha muerto.

—Vive todavía —dijo el templario fríamente—; pero aunque hubiera llevado la cabeza de toro a que hace referencia su apodo y además diez planchas de acero para protegerla, de nada le hubieran servido ante el ataque de la fatal hacha. Dentro de unas pocas horas se reunirá con sus padres. Un poderoso miembro que se desgaja de la empresa del príncipe Juan.

—Y una buena adquisición para el reino de Satanás —dijo De Bracy—: esto le sucede por blasfemar de los santos y los ángeles, y por ordenar que las imágenes de las cosas y de los hombres sagrados sean tiradas almenas abajo contra las cabezas de estos monteros canallas.

—Vamos, eres un loco —dijo el templario—; tu superstición corre pareja con la falta de fe de Front-de-Boeuf. Ninguno de los dos dispone de razones para justificar sus creencias o falta de ellas.

—*Benedicite*, señor templario —replicó De Bracy—. Te ruego que contengas la lengua cuando te refieras a mí. Por la Madre de Dios que soy mejor cristiano que tú y todos los de tu ralea, puesto que corre la voz de que en el seno de la santísima Orden del Templo de Sión se alberga más de un hereje y que sir Brian de Bois-Guilbert es uno de ellos.

—No te preocupes por estas cosas —dijo el templario—, pues ahora nuestra preocupación no debe ser otra que fortificar el castillo. ¿Cómo han luchado estos villanos monteros en la zona que tú defendías?

—Como demonios encarnados —dijo De Bracy—. Formaban un enjambre junto a la muralla, dirigidos por el bribón que ganó el premio del tiro con arco, según pude deducir de su cuerno y tahalí. ¡Todo se debe a la tan cacareada política de Fitzurse, que anima a estos malandrines a rebelarse contra nosotros! Si no hubiera ido armado

a prueba de flechas, el villano me hubiera herido siete veces con menos remordimientos que si yo hubiera sido un gamo encelado. Envió contra cada ranura de mi armadura flechas de una yarda, que retumbaban en mis costillas como si mis huesos fueran de hierro. Si no fuera porque uso una cota de malla española bajo el peto, me hubiera despachado gentilmente.

—¿Mantuviste tu puesto? —preguntó el templario—. Nosotros hemos perdido la barbacana.

—Dolorosa pérdida —dijo De Bracy—. Los villanos encontrarán cobijo allí para asediar el castillo más de cerca, y si no les vigilamos estrechamente pueden ampararse en el rincón de una torre desguarnecida o de alguna ventana olvidada, para irrumpir contra nosotros. Somos muy pocos para defender todos los puntos y los hombres se quejan de que no pueden asomar por ningún lado, porque son blanco de tantas flechas como el tonel parroquial en víspera de fiesta; Front-de-Boeuf está moribundo, así que no podemos contar con la ayuda de su testarudez de toro ni con su fuerza bruta. ¿Qué te parece si hacemos de la necesidad una virtud y pactamos con los malandrines un canje de prisioneros?

—¿Cómo? —exclamó el templario—, ¿entregar nuestros prisioneros y ser objeto de befa para aquellos guerreros que osaron efectuar un ataque nocturno? ¿Qué dirían de nosotros, incapaces de defender una plaza fuerte contra una tropa de bandidos vagabundos, conducidos por porquerizos, bufones y por la mismísima escoria de la humanidad? ¡Vergonzoso es tu consejo, Maurice de Bracy! ¡Las ruinas de este castillo cubrirán mi cuerpo antes de aceptar tan deshonrosa componenda!

—Acudamos a las murallas, entonces —dijo De Bracy, displicentemente—, que no ha habido hombre, sea turco o templario, que en tan poco estime su vida como yo. Pero confío en que no hay deshonor en desear que algunos de mis bravos soldados se encontraran aquí… ¡Oh, mis bravos lanceros! Si supierais en qué clase de apuros se encuentra en estos momentos vuestro capitán muy pronto divisaría mi pendón ondeando por encima de vuestras lanzas. ¡Y cuán poco tardarían en huir estos bellacos cuando les salierais al encuentro!

—Desea lo que quieras —dijo el templario—, pero saquemos el mejor partido para nuestra defensa de los soldados que nos quedan. En su mayor parte son partidarios de Front-de-Boeuf y, en consecuencia, odiados por los ingleses por más de mil acciones de insolencia y opresión.

—Mejor que mejor —dijo De Bracy—. Los rudos esclavos lucharán por sus vidas hasta la última gota de sangre, antes de exponerse a la venganza de los campesinos. Vamos y actuemos, Brian de Bois-Guilbert, y, viva o muera, tú verás en este día a Maurice De Bracy comportarse como un caballero de pura casta.

—¡A las murallas! —gritó el templario y ambos ascendieron a las fortificaciones para llevar a cabo todo aquello que la habilidad aconsejara ejecutar en defensa de la plaza. Estuvieron de acuerdo con que el sitio que ofrecía más peligro era el opuesto a la barbacana que los asaltantes habían conquistado. El castillo estaba separado de ella

por el foso y no era probable que los sitiadores pudieran asaltar la poterna, con la que la barbacana comunicaba, sin traspasar dicho foso; pero era opinión de ambos que si los asaltantes seguían la misma táctica de que ya había utilizado su jefe, intentarían un ataque masivo para desalojar a los defensores de su mejor punto de observación, con lo que tomarían las medidas pertinentes para sacar ventaja de cualquier negligencia de la defensa en cualquier otra parte. Para prevenir este mal, los caballeros dispusieron tantos centinelas como les permitió el escaso número de hombres de que disponían, bastante distanciados unos de otros a lo largo de la muralla y en comunicación permanente entre sí, dando voces de alarma siempre que el peligro amenazara. Convinieron en que De Bracy defendería la poterna y el templario retendría a un cuerpo de hombres como reserva, dispuestos a acudir a cualquier otro lugar que fuera amenazado. También la pérdida de la barbacana tuvo la desgraciada consecuencia de que impedía la perfecta visión de los sitiados desde la muralla, y así las operaciones del enemigo se desarrollarían con cierta comodidad. Por eso los asaltantes podían hacer llegar cuantas fuerzas creyeran convenientes, no sólo bien protegidas, sino también fuera del alcance de la vista de los defensores. Era muy difícil, pues, saber por dónde soplaría la borrasca: De Bracy y su compañero tenían la imperiosa necesidad de prevenir cualquier contingencia, y sus seguidores, aunque valientes, eran presa del estado de ánimo inherente a los hombres sitiados por enemigos que poseían la ventaja de poder escoger la hora y el modo de efectuar el ataque.

Mientras tanto, el dueño del asediado castillo estaba postrado en su lecho de dolor. No disponía de las indulgencias de aquellos tiempos, muchas de las cuales eran concedidas para compensar los crímenes cometidos o bien por la liberalidad de la Iglesia, calmando de este modo los terrores con la idea de la penitencia. Aunque los resultados así comprados se parecían tanto a la paz mental que se deriva de un sincero arrepentimiento, como la mórbida estolidez que produce el opio se parece al saludable sueño natural, era un estado de ánimo preferible a los despiertos remordimientos. Pero la avaricia jugaba un gran papel entre los vicios de Front-de-Boeuf, y había preferido desafiar a los clérigos y a la Iglesia, que comprarles el perdón y la absolución al precio de riquezas y residencias. El templario, un descreído de otra índole, no dibujó acertadamente a su compañero cuando dijo que Front-de-Boeuf no podía razonar su descreimiento y desprecio por la fe establecida, porque el barón hubiera podido alegar que la Iglesia vende demasiado caro su género, puesto que la libertad espiritual que ponía en venta sólo podía ser comprada como la de aquel capitán de Jerusalén, «por una gran suma». Así, Front-de-Boeuf prefería negarle la virtud a la medicina antes que pagar los gastos del médico.

Pero había llegado el momento en que la tierra y todas sus riquezas desaparecían ante su vista, y el salvaje corazón del barón, aunque duro como una muela de molino, se encogió al asomarse a la vasta oscuridad del futuro. La fiebre de su cuerpo aumentaba la ansiedad y la angustia de su espíritu, y su lecho de muerte daba cabida a

los recién despertados sentimientos de horror que luchaban con su inveterada obstinación. Su estado de amedrentado ánimo albergaba quejas sin esperanza, remordimientos sin arrepentimiento, y así tuvo una conciencia aterradora de su propia agonía, y bien sabido es que los presentimientos no pueden cesar ni mitigarse.

—¿Dónde están estos perros clérigos —gemía el barón—, que ponen tan alto precio a sus mojigangas espirituales? ¿Dónde están esos carmelitas descalzos, para los cuales el viejo Front-de-Boeuf fundó el convento de Santa Ana, robándole a su heredero más de un pedazo de buena tierra y muchos pastos y cercados? ¿Dónde están ahora esos perros voraces? Seguro que estarán bebiendo cerveza, o practicando sus juguetonas tretas en la cabecera de la cama de alguna aldeana. Yo, el heredero de su fundador, yo, cuya fundación les obliga a rezar por mí. ¡Ingratos villanos, eso es lo que sois! Son capaces de dejarme morir como un perro sin dueño. ¡Dejarán que me entierren en la fosa común y sin confesión! Llamad al templario…, él es fraile y algo podrá hacer. Pero ¡no! Mejor me confieso con el diablo que con Brian de Bois-Guilbert, que no teme ni al cielo ni al infierno. He oído a los viejos hablar de plegarias, rezar con la propia voz. Esto no requiere sobornar o halagar a un clérigo. Pero yo…, no me atrevo.

—Reginald Front-de-Boeuf, ¿seguro que no te atreves? —preguntó una descompasada y aguda voz junto a la cabecera del lecho—. ¿Cuándo has reconocido algo semejante?

La mala conciencia y los maltratados nervios de Front-de-Boeuf oyeron con esta extraña interrupción de su soliloquio la voz de uno de aquellos demonios que, según la superstición de aquel tiempo, suponía acechando los lechos de los moribundos para distraer al paciente de sus pensamientos y apartarlos de las meditaciones concernientes a la salvación eterna; pero recobrando su enérgico carácter, exclamó:

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres tú que te atreves a remedar mis palabras como si fueras un cuervo nocturno? Acércate a mi lecho para que pueda verte.

—Soy tu demonio familiar, Reginald Front-de-Boeuf —replicó la voz.

—Deja, entonces, que te vea en forma corpórea, si en verdad eres un demonio —replicó el caballero moribundo—. No creas que voy a huir de ti. ¡Por la eterna mazmorra! ¡Ojalá pudiera vérmelas con los horrores que me acosan como lo hice con los peligros mortales! ¡Ni el cielo ni el infierno podrán decir jamás que no he dado la cara!

—Piensa en tus pecados, Reginald Front-de-Boeuf —dijo la voz fantasmal—. La rebelión, la rapiña, el asesinato. ¿Quién azuzó al licencioso Juan para que hiciera la guerra contra su canoso padre, contra su generoso hermano?

—Seas enemigo, clérigo o diablo —replicó Front-de-Boeuf—, ¡nacen mentiras de tu boca! No induje a Juan a rebelarse, no fui yo solo. Había cincuenta caballeros y barones, la flor de los condados centrales. Nunca mejores hombres empuñaron lanzas. ¿Y yo debo responder por la falta que cometimos cincuenta? ¡Falso demonio, ir desafío! Vete y no merodees más alrededor de mi lecho, déjame morir en paz si

eres mortal… y si eres el diablo, todavía no ha llegado mi hora.

—No morirás en paz —replicó la voz—. Incluso muerto, habrás de pensar en tus asesinatos, en los gemidos que han resonado bajo las bóvedas de este castillo, en la sangre que ha teñido su suelo.

—No vas a conseguir que tu ingenua malicia me estremezca —contestó Front-de-Boeuf con una risa sarcástica—. El judío infiel… he ganado méritos ante el cielo al tratarle como lo hice. Además, ¿no han sido canonizados aquellos hombres que tiñeron sus manos con sangre sarracena? Los cerdos sajones que he degollado eran enemigos de mi país, de mi linaje y de mi rey. Puedo comprobar que mi peto protector no presenta resquebrajaduras. ¿Te has marchado? ¿Callas?

—¡No, loco parricida! —replicó la voz—. Piensa en tu padre. ¡Recuerda su muerte! ¿Acaso has olvidado el salón de fiestas inundado de sangre paterna derramada por la mano de su hijo?

—¡Ah! —contestó el barón después de una larga pausa—. Si estás enterado es que eres el espíritu del mal y no se equivocan los monjes al calificarte de omnisciente. Este secreto permanecía escondido en mi pecho y en el de otra persona…, la tentadora, la cómplice de mis culpas. ¡Vete, déjame, demonio! Busca a Ulrica, la bruja sajona que es la única que puede relatarte aquel sangriento incidente. Ve, te repito, a buscarla, ya que ella lavó las heridas y arregló el cadáver y le dio al asesinato la apariencia de muerte natural. Acude a ella, porque fue la tentadora, la provocadora y la que se supo aprovechar de mi crimen. ¡Hazle probar como a mí las torturas que anticipan las del infierno!

—Hace tiempo que las está probando —dijo Ulrica colocándose ante el lecho de Front-de-Boeuf—. Por mucho tiempo ha bebido de esta copa y su sabor amargo se endulza ahora al ver que tú la compartes. No rechines los dientes, Front-de-Boeuf. No hagas girar los ojos en sus órbitas. No te retuerzas las manos ni me dirijas estos gestos de amenaza. La mano que, como la de tu renombrado antepasado, hubiera podido hundir la testuz de un gigantesco toro de un solo golpe, ha perdido el nervio y la fuerza como la mía.

—Vil y homicida vejestorio —replicó Front-de-Boeuf—. Detestable lechuza graznadora. ¿Eres tú la que has venido a gozar en las ruinas que tú misma has ayudado a derruir?

—¡Ah!, Reginald Front-de-Boeuf —contestó—. Soy Ulrica. Soy la hija del asesinado Torquil Wolfganger. Soy la hermana de sus degollados hijos. Soy yo quien te pide cuentas de mi padre y de sus hijos, por su nombre y por su fama. Te pido cuentas de todo lo que perdió en nombre tuyo. Piensa en tus maldades y dime si son falsas mis palabras. Tú has sido mi ángel maligno y yo seré el tuyo. ¡Te acosaré hasta el mismo momento en que te pudras!

—¡Detestable furia! —exclamó Front-de-Boeuf—. Nunca serás testigo de ese momento. ¡Hola! ¡Gil, Clement, Eustace! ¡Saint-Maur, Stephen! ¡Agarrad a esta condenada bruja y echadla a los infiernos desde una tronera! ¡Nos ha vendido a los

sajones! ¡Hola! ¡Saint-Maur! ¡Clement! Bellacos infieles, ¿dónde os habéis metido?

—Llámalos otra vez —dijo el vejestorio con una sonrisa de sardónica burla—. Congrega a tus vasallos a tu alrededor, condena a los que tarden con el látigo y la mazmorra. Pero debes saber, poderoso jefe —continuó mientras cambiaba de tono—, que nunca te contestarán, tampoco podrán ayudarte ni jamás obedecerán tus órdenes. Escucha estos espantosos sones —el alboroto de los renovados ataques llegaba ahora desde las murallas—. Este grito de guerra significa el fin de tu casa. El edificio del poder de Front-de-Boeuf, construido con sangre, tiembla en sus propios cimientos y, además, ante los enemigos que más despreció. ¡Los sajones, Reginald! ¡Los desdeñados sajones asaltan tus murallas! ¿Por qué yaces ahí como un ciervo extenuado cuando los sajones invaden tu plaza fuerte?

—¡Dioses y demonios! —exclamó el herido caballero—. ¡Cuánto daría por recobrar las fuerzas aunque fuera tan sólo por un momento y poder reincorporarme al combate para morir según mi fama!

—¡Ni lo pienses, valiente guerrero! No tendrás la muerte heroica del soldado, porque estás destinado a perecer como la zorra en su madriguera después de que los campesinos le han prendido fuego a la maleza.

—¡Repugnante saco de huesos, mientes! —exclamó Front-de-Boeuf—. Mis seguidores se comportan bravamente. Mis murallas son altas y fuertes. Mis compañeros de armas no le temen a toda una hueste de sajones, aunque estuvieran capitaneados por Hengist y Horsa. El grito de guerra del templario y de los mercenarios es tan poderoso que sobresale por encima del estruendo de la batalla. Y, por mi honor, cuando encendamos una hoguera para celebrar la victoria, prometo que el fuego también consumirá tu cuerpo y tus huesos. ¡Viviré para festejar que hayas pasado del fuego terrenal al del infierno, que nunca habrá devorado un demonio encarnado tan diabólico como tú!

—Conserva esta creencia —replicó Ulrica—, hasta que la evidencia te desengañe. Pero, no —dijo interrumpiéndose—; debes saberlo ahora, debes saber que la condenación que tu poder, fuerza y valor no podrá evitar, ha sido dispuesta por esta débil mano. ¿No has notado los nefastos y sofocantes vapores que están invadiendo la cámara? Sin duda, has creído que era efecto de tus ojos que ya se están apagando, ¿o lo has atribuido a tu dificultad en respirar? ¡No!, Front-de-Boeuf, es debido a otra cosa. ¿Recuerdas la paja almacenada bajo estas habitaciones?

—¡Mujer! —exclamó con rabia—. ¿No le habrás prendido fuego? ¡Por el cielo, sí que lo hiciste y el castillo está en llamas!

—Y además se crecen rápidamente —dijo Ulrica con estremecedora sangre fría —. Pronto ondeará una señal que indicará a los asaltantes que ataquen a los que acudan a extinguirlas. ¡Adiós, Front-de-Boeuf! Que Mista, Skogula y Zernebock, dioses de los antiguos sajones, o demonios como les llaman ahora los clérigos, sustituyan en la cabecera de tu lecho de muerte a Ulrica en su papel de consoladora. Pero debes saber, si ello te sirve de algún alivio, que Ulrica viajará contigo hacia la

negra ribera, acompañándote en tu castigo como te acompañó en tu crimen. ¡Y ahora, parricida, adiós para siempre! ¡Que el eco preste a cada piedra de estas bóvedas lenguas para repetir este epíteto en tus oídos!

Seguidamente abandonó la habitación, y Front-de-Boeuf oyó el ruido de la gran llave que cerraba con doble vuelta la puerta, anulando cualquier posibilidad de escapar. En su agonía imprecaba a sus sirvientes y aliados:

—¡Stephen, Saint-Maur! ¡Clement y Giles! ¡Me estoy abrasando! ¡Rescatadme, rescatadme, bravo De Bracy, valiente Bois-Guilbert! ¡Es Front-de-Boeuf quien os llama! ¡Es vuestro amo, escuderos traidores! ¡Vuestro aliado, vuestro hermano de armas, perjuros y descreídos caballeros! ¡Caigan sobre vuestras cabezas todas las maldiciones que merecen los traidores, ya que dejáis que muera tan miserablemente! No me oyen, no pueden oírme, mis voces pierden en el estruendo de la batalla. El humo se hace cada vez más espeso, el fuego ya ha prendido en el piso inferior. ¡Una bocada de aire fresco, aunque sea al precio del aniquilamiento instantáneo!

Y en el loco frenesí de la desesperación, el condenado maldecía a todo el mundo; blasfemaba contra sí mismo, contra la humanidad y contra el mismo cielo.

—Las rojas llamas flamean a través del humo espeso; el demonio avanza en mi busca bajo la bandera de su propio elemento. ¡Espíritu maligno, atrás! No iré contigo si no me acompañan mis camaradas. Todos, todos te pertenecen, todos los que se cobijan en esta casa. ¿Acaso crees que Front-de-Boeuf debe ser el único escogido para acompañarte? No, el descreído templario, el licencioso De Bracy, Ulrica, la ramera asesina, los que me han ayudado en mis empresas, los perros sajones y malditos judíos que tengo prisioneros. Todos, todos ellos deben acompañarme. La mejor compañía que uno puede desear para emprender el viaje cuesta abajo… —Y se reía en su loco frenesí hasta que el techo abovedado de nuevo resonó—. ¿Quién se ríe por ahí? —exclamó, muy excitado, porque el alboroto del combate no había impedido que el eco devolviera a sus oídos sus propias desaforadas carcajadas—. ¿Quién se ha reído? Ulrica, ¿fuiste tú? Habla, bruja, y te perdono, porque únicamente tú y el mismo diablo del infierno podéis reíros en una situación como la presente. ¡Atrás! *Vade retro!*

Pero sería impío continuar la descripción de los últimos momentos del blasfemo y parricida en su lecho de muerte.

XXXI

Amigos, una vez más nos encontramos junto a la brecha, levemos la muerte hasta la muralla, y vosotros, caballeros, hombres nacidos en Inglaterra, enseñadnos vuestro brío y permitidnos jurar que también sois de su raza.

SHAKESPEARE: *Enrique V.*

Cedric, aunque no confiaba mucho en la promesa de Ulrica, no dejó de ponerla en conocimiento de Locksley y del Caballero Negro. Éstos se alegraron al saber que contaban con un amigo dentro del castillo, el cual en el momento necesario podría facilitarles la entrada. Se pusieron de acuerdo con el sajón respecto a la táctica a seguir en el ataque, con el propósito de liberar a los prisioneros que estaban en manos del cruel Front-de-Boeuf.

—La sangre real de Arturo está en peligro —decía Cedric.

—El honor de una noble dama está amenazado —decía el Caballero Negro.

—¡Y por san Cristóbal, que luce en mi tahalí! —dijo el buen montero—. Aunque no hubiera más motivo que el de poner a salvo al pobre y fiel Wamba, haría saltar el castillo antes de que le tocaran un pelo de la cabeza.

—Lo mismo afirmo —dijo el fraile—. Bien creo que un loco… quiero decir, vosotros ya me entendéis, señores, un loco libre de culpa y dueño de sus actos y que sabe aumentar el sabor de una copa de vino con el de una buena tajada de tocino, digo que… Pues digo, hermanos, que un loco de tal especie nunca necesitará de un sabio clérigo para rezar o pelear por él cuando esté en apuros, siempre que pueda yo decir una misa o manejar un buen garrote.

Entonces hizo voltear su pesada partesana por encima de su cabeza, tal como lo hacen los pastorcillos con el cayado.

—Verdad, santo clérigo —dijo el Caballero Negro—, tan verdad como si lo hubiera dicho el mismo san Dunstan. Y ahora, buen Locksley, ¿no creéis que sería buena cosa que Cedric tomara el mando en este asalto?

—Ni hablar del asunto —replicó Cedric—. Nunca he estudiado cómo defender o tomar estos engendros de castillos que los normandos han erigido en estas sufridas tierras. Lucharé como cualquier otro; pero mis vecinos saben que no me he entrenado en la disciplina de la guerra ni en el ataque a fortalezas.

—Ya que ésta es la posición de Cedric —dijo Locksley—, desearía asumir el mando de los arqueros y ya pueden colgarme del árbol que me sirve de blanco para probar mi arco, si los defensores son capaces de asomar la cabeza por encima de las murallas y no resultan asaeteados del mismo modo que las flores del clavo cubren al

jamón bien curado por Navidad.

—¡Bien dicho, valiente montero! —contestó el Caballero Negro—. Y si creéis que valgo para tomar una responsabilidad en este asunto y puedo encontrar entre vuestros valientes quienes deseen seguir a un verdadero caballero inglés, porque así bien puedo calificarme, estoy dispuesto a conducirlos al ataque con toda la habilidad que me ha dado la experiencia.

Una vez distribuidos los diferentes puestos de lucha a los jefes, comenzó el primer asalto, del cual el lector ya conoce el resultado.

Cuando fue tomada la barbacana, el Caballero Negro mandó recado del feliz acontecimiento a Locksley, pidiéndole al mismo tiempo que estrechara la vigilancia para evitar que los defensores concentraran sus fuerzas e intentaran una salida por sorpresa para reconquistar la zona ocupada.

Esta salida la temía el caballero, consciente de que los hombres que estaban bajo su mando, que habían sido reunidos a toda prisa y carecían de instrucción militar por ser voluntarios imperfectamente armados, además de no estar acostumbrados a la disciplina, lucharían con gran desventaja contra los veteranos soldados de los caballeros normandos en el caso de producirse un ataque por sorpresa. Por otra parte, los normandos estaban provistos de armas defensivas y ofensivas para contrarrestar el celo y la alteza de miras de los sitiadores, y tenían a su favor la confianza que se deriva de una disciplina perfecta.

El caballero empleó la corta tregua para construir un puente flotante a modo de balsa, con el que esperaba cruzar el foso a pesar de la resistencia del enemigo. Este trabajo le llevó algún tiempo, cosa que no lamentaron los jefes, ya que le daba tiempo a Ulrica para poner en ejecución su plan de distracción que, fuera cual fuera, siempre redundaría en su beneficio. Cuando la balsa estuvo lista, el Caballero Negro se dirigió a su tropa:

—No hay que esperar más tiempo, amigos míos; el sol desciende hacia poniente, y mis asuntos no me permiten entretenerme con vosotros otro día. Además, sería extraño que la caballería procedente de York no cayera sobre nosotros si no nos damos prisa a llevar a cabo nuestro intento. Por lo tanto, que uno de vosotros vaya a encontrar a Locksley y le ruegue que empiece a mandar una lluvia de flechas contra la muralla, dando así la impresión de querer asaltarla; y vosotros, fieles corazones ingleses, permaneced a mi lado y estad preparados para lanzar este puente flotante hacia el otro extremo del foso. Tan pronto como se abra la poterna de nuestro lado, cruzadla detrás de mí y ayudadme a hundir la puerta de la muralla principal. A cuantos de vosotros no les guste este servicio o estén mal armados para acometerlo, les mando que ocupen la parte alta de la barbacana, que tensen las cuerdas de sus arcos y no permitan que nadie asome por el muro. Noble Cedric, ¿queréis tomar el mando de los que aquí queden?

—¡No será así, por el alma de Hereward! —exclamó el sajón—. No sé mandar, pero la posteridad me maldeciría en mi tumba si no os sigo ciegamente. Esta cuestión

me atañe mucho y debo estar en lo más duro del combate.

—Sin embargo, pensad, noble sajón, que no lleváis peto ni espaldar, sino que sólo disponéis de un ligero yelmo, un broquel y una espada.

—¡Mejor que mejor! —contestó Cedric—. Estaré más ágil, para trepar por la muralla. Y perdonadme la presunción. En este día veréis cómo el pecho desnudo de un sajón se enfrenta a la refriega como nunca habéis visto que lo hiciera ningún corselete de acero de un normando.

—En el nombre de Dios —dijo el caballero—, abrid la puerta y poned a flote la balsa.

El portal de la barbacana que conducía al foso, justo enfrente de la puerta en la muralla principal, se abrió repentinamente. El improvisado puente fue empujado hacia el agua, extendiéndose entre el castillo y la barbacana, formando un paso resbaladizo que apenas podían cruzar dos hombres a la vez. Sabedores de la importancia de coger al enemigo por sorpresa, el Caballero Negro, seguido por Cedric, atravesó el puente y alcanzó la parte opuesta. Allí empezó a golpear la puerta con el hacha, protegido en parte contra las piedras y los tiros de los defensores gracias a las ruinas del antiguo puente levadizo que el templario había destruido en su retirada de la barbacana, dejando el contrapeso todavía colgando de la parte superior del portal. Los seguidores del caballero no disponían de tal protección; dos fueron alcanzados de inmediato y otros dos cayeron al foso; los restantes se retiraron a la barbacana.

La situación de Cedric y el Caballero Negro era en verdad peligrosa, y más lo hubiera sido de no contar con la constante protección de los arqueros, que no cesaban de rociar la muralla con sus flechas y de aquel modo cubrían a sus capitanes. Pero la situación era eminentemente peligrosa y se agravaba a cada nuevo instante.

—¡Vergüenza sobre todos vosotros! —gritaba De Bracy a los soldados que le rodeaban—. Os atrevéis a llamaros ballesteros y permitís que estos dos perros permanezcan junto a la muralla. Derrumbad sobre ellos las piedras sueltas del muro, será lo mejor. Coged picos y palancas y despeñad esta piedra angular —dijo señalando una gran piedra que sobresalía del parapeto y estaba algo fuera del zócalo.

En este momento, los sitiadores se fijaron en el pañuelo rojo que, desde el ángulo de la torre, era la señal que Ulrica había convenido con Cedric. El primero en repararlo fue el valiente arquero Locksley mientras regresaba a toda prisa a la barbacana para observar los progresos del asalto.

—¡San Jorge! —gritó—. ¡San Jorge por Inglaterra! A la carga, valientes monteros. ¿Por qué habéis dejado que el buen Cedric y el valeroso caballero cruzaran solos el puente? ¡Adelante, fraile parlanchín, demuestra que sabes luchar por tu rosario! ¡Adelante, bravos monteros! ¡El castillo es nuestro, tenemos amigos en su interior! Mirad, aquel pañuelo es la señal convenida. ¡Torquilstone es nuestro! ¡Pensad en el honor y en el botín! ¡Un esfuerzo más y la plaza es nuestra!

Con esto tensó su arco y mandó una flecha justo en mitad del pecho de uno de los

soldados que, bajo las instrucciones de De Bracy, estaba despegando una piedra de la cornisa con objeto de precipitarla contra las cabezas de Cedric y el Caballero Negro. Un segundo soldado cogió la palanca de manos del moribundo, la introdujo debajo de la piedra y hubiera conseguido hacerla caer de no recibir una flecha en pleno yelmo y caer al foso, ya cadáver, desde lo alto de la muralla. Los soldados estaban asustados, porque daba la impresión de que ninguna armadura podía detener las flechas del arquero.

—¿Retrocedéis, viles bellacos? —dijo De Bracy—. Por san Denis, ¡dadme la palanca!

Y agarrándola de un manotazo, la apretó contra la oscilante piedra, que pesaba lo suficiente para, de conseguir hacerla caer, no sólo destruir los restos del puente levadizo que protegían a los asaltantes, sino también hundir la rústica balsa de troncos por la cual habían cruzado. Todos se dieron cuenta del peligro y ni los más osados, entre éstos el decidido fraile, se atrevieron a poner pie sobre el improvisado puente. Por tres veces disparó Locksley contra De Bracy y por tres veces las flechas rebotaron contra la armadura a toda prueba.

—¡Caiga la maldición sobre tu cota de malla de acero español! —dijo Locksley —. De haber sido forjada por un herrero inglés estas flechas la hubieran traspasado como si fuera de seda o tafetán. —Entonces empezó a gritar—: ¡Camaradas! ¡Amigos! ¡Noble Cedric! Retroceded y dejad que se desplomen las ruinas.

Su aviso pasó desapercibido, porque el ruido que producía el caballero con sus golpes hubiera acallado el estruendo de veinte trompetas de guerra. El fiel Gurth intentó avanzar por el puente de troncos para avisar a Cedric de la suerte que le amenazaba o compartirla con él. Pero su aviso hubiera llegado tarde, pues la gran piedra se balanceaba y De Bracy, que aún proseguía su trabajo, lo hubiera terminado de no ser porque oyó resonar en sus oídos la voz del templario:

—¡Todo está perdido, De Bracy! El castillo está ardiendo.

—¿Estás loco?

—Todo está envuelto en llamas hacia poniente. En vano me esforcé para conseguir apagarlas.

Con la seca frialdad que constituía la base de su carácter, Brian de Bois-Guilbert le comunicó la noticia; ésta no fue recibida con tanta calma por su asombrado camarada.

—¡Santos del paraíso! —exclamó De Bracy—. ¿Qué podemos hacer? Prometo un candelabro de oro fino a san Nicolás de Limoges…

—Ahorra tus promesas —le cortó el templario— y presta atención. Reúne a tus hombres y actúa como si trataras de efectuar una salida; tienes que cubrir de golpe la puerta de la poterna. Sólo hay dos hombres ante ella, tíralos al foso y arremete contra la barbacana. Yo cargaré desde la puerta principal y atacaré la barbacana desde el exterior. Si conseguimos reconquistarla puedes estar seguro de que defenderemos hasta recibir ayuda o, por lo menos, hasta que nos ofrezcan buenas condiciones para

rendirnos.

—Está bien pensado. Yo cumpliré mi cometido. Templario, ¿no me fallarás?

—Empeño mi palabra y en prenda va mi guante; confía en mí, pero date prisa, en el nombre de Dios.

Sin perder un instante, De Bracy reunió a sus hombres y se precipitó contra la poterna, que se abrió de golpe. La prodigiosa fuerza del Caballero Negro ayudó a abrirla, con lo que penetró en el interior a pesar de la oposición de De Bracy y sus seguidores. Dos de los más adelantados cayeron al instante y el resto huyó haciendo caso omiso de los esfuerzos de su jefe por detenerlos.

—¡Perros! —gritaba De Bracy—. ¿Permitís que dos hombres se hagan dueños de nuestro último recurso de salvación?

—Es el demonio —le contestó uno de los soldados más veteranos, mientras retrocedía ante los formidables golpes de su antagonista.

—Y aunque lo sea, ¿huiréis de él para chamuscaros en el fuego del infierno? ¡El castillo arde a nuestra espalda, villanos! ¡Que la desesperación os dé fuerzas! ¡Yo me ocuparé de este campeón!

En este día, De Bracy hizo honor a la fama que había adquirido en las guerras civiles de aquella terrible época. El pasadizo abovedado que daba entrada a la poterna, donde los dos esforzados caballeros se enfrentaban, resonaba con los formidables golpes que uno al otro se asestaban, De Bracy con su espada y el Caballero Negro con su terrible hacha. Al fin, el normando recibió tal golpe, amortiguado parcialmente por el escudo (de haber sido de otro modo nunca más hubiera movido ninguno de sus miembros), que cayó con gran violencia sobre el crestón de su yelmo y le hizo medir con su cuerpo el suelo empavesado.

—¡Ríndete, De Bracy! —le conminó el Caballero Negro arrodillándose sobre su pecho y apuntando contra el visor del yelmo el fatídico puñal con que los caballeros remataban a sus enemigos, conocido con el nombre de «daga de gracia»—. Ríndete sin condiciones, Maurice de Bracy, o eres hombre muerto.

—No me rendiré a un vencedor desconocido —contestó De Bracy con voz apagada—. Dime tu nombre o de lo contrario haz conmigo lo que te plazca. Nunca se dirá que Maurice de Bracy se constituyó prisionero de un individuo sin nombre.

El Caballero Negro murmuró algo al oído del vencido.

—Me declaro prisionero sin condiciones —contestó el normando, cambiando su tono de seca testarudez por otro de profunda, aunque triste sumisión.

—Ve a la barbacana —dijo el vencedor con voz autoritaria—. Allí espera mis órdenes.

—Sin embargo, antes dejadme decir algo que os interesa saber —dijo De Bracy —. Wilfred de Ivanhoe está herido y prisionero. Morirá entre las llamas que devoran el castillo si no se les presta ayuda inmediata.

—¡Wilfred de Ivanhoe! —exclamó el Caballero Negro—. ¡Prisionero y en peligro de muerte! Cada hombre de la guarnición de este castillo responderá con su vida si

sufre daño un solo pelo de su cabeza. ¡Mostradme su aposento!

—Subid aquella escalera de caracol —dijo De Bracy—, conduce a su habitación. Supongo que no aceptaréis que os sirva de guía —añadió con voz sumisa.

—No. A la barbacana y espera allí mis órdenes. No me fío de ti, De Bracy.

Durante este combate y la breve conversación que de él se derivó, Cedric, a la cabeza de un cuerpo de hombres entre los que se distinguía el fraile, había cruzado el puente tan pronto como vio abierta la poterna, y con ellos hizo retroceder a los desanimados y desesperados seguidores de De Bracy; unos pidieron cuartel, otros ofrecieron vana resistencia y los más se precipitaron al patio interior. De Bracy se incorporó y siguió a su vencedor con una triste mirada.

—No se fía de mí —repetía—; pero ¿acaso merezco su confianza?

Recogió su espada, se quitó el yelmo en señal de sumisión y al cruzarse con Locksley camino de la barbacana, le rindió la espada.

A medida que el fuego iba aumentando en sus proporciones, una densa humareda invadió el aposento donde Ivanhoe era atendido por Rebeca, la judía. El fragor de la batalla le había arrancado de su corto sueño y la gentil enfermera, que a su requerimiento se había situado de nuevo junto a la ventana con objeto de observar y relatarle las incidencias de la refriega, tuvo que abandonar por algún tiempo su puesto de observación a causa del sofocante humo. Progresivamente aumentó la humareda en intensidad. Las voces reclamando agua, que se dejaban oír pese al fragor del combate, hicieron patentes los progresos del nuevo peligro que les amenazaba.

—¡El castillo arde! —exclamaba Rebeca—. ¡Arde! ¿Qué podremos hacer para salvarnos?

—Huye, Rebeca, y salva tu vida —aconsejaba Ivanhoe—. Porque a mí, humanamente, ya nadie puede ayudarme.

—No huiré —contestó Rebeca—. O seremos salvados, o pereceremos juntos. Además, Dios mío, mi padre, ¿qué será de él?

En este momento la puerta de la habitación se abrió de par y apareció el templario. Parecía un fantasma. Su rica armadura estaba desjarretada y cubierta de sangre, con las plumas del casco medio arrancadas y chamuscadas.

—Ya te he encontrado —le dijo el templario a Rebeca—. Ahora podrás comprobar que cumplo mi promesa de compartirlo todo contigo. Sólo hay un camino que conduce a la salvación. Yo mismo conseguí abrirlo corriendo cincuenta peligros para ofrecértelo. ¡Levántate y sígueme al instante!

—Sola no te seguiré —contestó Rebeca—. Si has nacido de mujer, si hay en ti una pizca de caridad, si tu corazón no es tan duro como el peto que lo protege, ¡salva a mi anciano padre, salva a este caballero herido!

—Un caballero, Rebeca —contestó el templario con su flema característica—, debe plantarle cara a su destino, ya sea una espada o una hoguera. ¿Y quién podrá saber dónde anda el judío?

—¡Guerrero despiadado! —gritó Rebeca—. Antes prefiero perecer entre las

llamas que aceptar de ti la salvación.

—No tienes opción, Rebeca. Conseguiste burlarme en una ocasión, pero nunca hubo mortal que lo hiciera dos veces.

Y diciendo esto, cargó con la despavorida doncella, que llenó la estancia con sus chillidos. La sacó del aposento sin hacer caso de sus gritos ni de las desafiantes amenazas que contra él profería Ivanhoe.

—¡Perro templario! Deshonor de tu Orden. Deja libre a la doncella. ¡Traidor Bois-Guilbert, es Ivanhoe quien te lo ordena! ¡Villano, sacaré toda la sangre de tu corazón!

—No hubiera dado contigo —dijo el Caballero Negro, que en aquel mismo instante entraba en la habitación—, de no haber sido por tus gritos.

—Si eres un verdadero caballero —dijo Wilfred—, no te ocupes de mí, persigue al raptor. Salva a lady Rowena. Busca al noble Cedric.

—Cuando les llegue el turno —contestó el Caballero del Candado—, pero el tuyo llegó antes.

Y cogiendo a Ivanhoe con mayor facilidad que el templario lo hizo con Rebeca, corrió con él a cuestas hasta la poterna, y dejando allí su carga al cuidado de dos monteros, regresó al castillo para ayudar a los demás prisioneros.

Uno de los torreones ya se hallaba envuelto en llamas, que salían al exterior por ventanas y troneras. Pero en otras partes, el gran espesor de los muros y los techos abovedados resistían el poder del fuego y el coraje del hombre conseguía salir triunfante, mientras que en muchos otros lugares era el aterrador elemento el que había ganado la partida haciéndose dueño de la situación. Los sitiadores perseguían a sus enemigos de cámara en cámara y saciaban en su sangre la venganza que durante tanto tiempo habían alimentado contra los soldados del tirano Front-de-Boeuf. La mayor parte de la guarnición resistió hasta el límite, algunos se rindieron y pidieron piedad, que a ninguno fue concedida. El aire estaba lleno de gemidos, de los ruidos de las armas… El suelo estaba resbaladizo debido a la sangre de los desesperados y desgraciados agonizantes.

Cedric se lanzó a la búsqueda de Rowena, seguido de cerca por el fiel Gurth, que descuidaba su propia protección para defender a su amo. El noble sajón tuvo la suerte de llegar al aposento de su pupila en el preciso instante en que ésta ya había abandonado toda esperanza de salvación, y esperaba la muerte mientras sostenía un crucifijo entre sus temblorosas manos. La encomendó al cuidado de Gurth, ordenándole que la pusiera a salvo en la barbacana. Después el noble Cedric se apresuró a buscar a su amigo Athelstane, decidido a salvar, aun a riesgo de su vida, al último vástago de la sangre real sajona. Pero antes de que Cedric entrara en la gran sala donde él mismo había estado prisionero, la inventiva de Wamba les había proporcionado la libertad a él y a su compañero de adversidades.

Cuando el fragor de la lucha anunció que ésta había alcanzado su punto más alto, el bufón empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡San Jorge y el dragón! ¡El buen san Jorge por Inglaterra! ¡El castillo es nuestro! —Y aumentaba lo aterrador de estos gritos golpeando las piezas de una vieja armadura.

Un centinela estacionado en la antecámara, y cuyos ánimos ya estaban bastante decaídos, se espantó con el estrépito que armaba Wamba, y, dejando la puerta abierta tras sí, corrió a notificar al templario que el enemigo había conseguido ocupar el antiguo salón. Entonces los prisioneros no tuvieron dificultad para llegar a la antesala y, desde allí, saltar al patio del castillo en el cual se desarrollaba el último acto de la lucha. Allí estaba emplazado el templario, montado sobre su caballo y rodeado por varios soldados de la guarnición, de a pie y de a caballo, que habían unido sus fuerzas a las del renombrado adalid para asegurar la última oportunidad de salvación y de retirada que les quedaba. Obedeciendo sus órdenes, se había bajado el puente levadizo, pero el pasadizo estaba bloqueado, porque los arqueros que hasta el momento habían dirigido sus tiros contra el castillo, tan pronto como vieron bajar el puente y levantarse las llamas, se precipitaron a la entrada principal, tanto para impedir la huida de la guarnición como para asegurarse el botín antes de que el castillo ardiera por completo. Por otra parte, un grupo de atacantes irrumpió en el patio y atacó con furia a los defensores, que por tanto debían atender dos frentes a la vez.

De todas formas, animados por la desesperación y enardecidos por el ejemplo de su indomable jefe, los soldados sobrevivientes luchaban con todo el valor de que eran capaces, y al estar bien armados, consiguieron en alguna ocasión que retrocedieran los asaltantes superiores en número. Rebeca, a la grupa de un caballo montado por uno de los esclavos sarracenos del templario, ocupaba el centro de la pequeña tropa. Bois-Guilbert, haciendo caso omiso del peligro de la sangrienta refriega, dedicaba toda su atención a librar del peligro a la judía. Casi siempre estaba a su lado, despreciando el riesgo a que también él estaba expuesto, y la cobijaba con su triangular escudo de acero. Se le veía abandonar súbitamente su posición, para lo cual lanzaba un grito de batalla, avanzaba como el rayo, daba en tierra con los atacantes más adelantados y volvía a situarse, casi al instante, a la altura de la brida de su caballo.

Athelstane que, como el lector ya sabe, era perezoso pero no cobarde, reparó detenidamente en la figura femenina que el templario defendía tan celosamente, dudando que no fuera Rowena aquélla a quien el caballero raptaba a pesar de todas las fuerzas que se le oponían.

—Por el alma de san Eduardo —exclamaba—, la tengo que rescatar del orgulloso caballero. ¡Morirá en mis manos!

—¡Piensa lo que haces! —gritó Wamba—. Las manos que llevan prisa, en vez de peces atrapan ranas. Por mi birrete, que esta mujer no tiene nada de lady Rowena… ¡Basta que repares en sus largas trenzas negras! Si no sabes distinguir el negro del rubio, podrás ser jefe que yo no he de seguirte. No me dejaré quebrar ningún hueso si

no sé a quién beneficiará. ¡Y además estás sin armadura! Piensa que bonete de seda no protege de hoja de acero. No hay nada que hacer. Aquél que de buena gana va al agua, de buena gana se ahoga. ¡*Deus vobiscum*, denodado Athelstane!

Así terminó, soltando el extremo de la túnica del sajón, al que hasta el momento había tenido agarrado.

Fue cuestión de un instante para la fuerza descomunal de Athelstane, aumentada por la rabia y el coraje, coger una maza del suelo donde la mano de un moribundo la había dejado caer, arremeter contra el bando del templario y golpear con gran rapidez sucesivamente a derecha y a izquierda, derribando un combatiente a cada revés. Pronto estuvo a menos de dos yardas de Bois-Guilbert, al que retó a grandes gritos:

—¡Ven aquí, templario hipócrita! ¡Deja marchar a esa mujer a la cual no eres digno de tocar! ¡Vuelve, miembro de una partida de ladrones hipócritas y asesinos!

—¡Perro! —dijo el templario, rechinando los dientes—. ¡Ya te enseñaré a blasfemar de la Orden del Templo de Sión!

Y con estas palabras, dando media vuelta a su caballo, al que obligó a encabritarse, se alzó en el estribo para tomar aún más ventaja, y descargó un mortal golpe sobre la cabeza de Athelstane.

Acertadamente, Wamba había dicho que los bonetes de seda no protegen de las hojas de acero. Era tan afilada la espada del templario, que cortó como si se tratara de una ramita de sauce el grueso mango de la maza en la que el desgraciado sajón intentó amortiguar el golpe y, alcanzando de lleno su frente, le derribó cuán largo era.

—*Beau-séant!* —exclamó Bois-Guilbert—. Esto les ocurre a los que tratan de infamar a los caballeros del Templo.

Entonces se aprovechó del desconcierto que había producido la caída de Athelstane y llamó a grandes voces:

—¡Los que quieran salvarse, que me sigan!

Avanzó hacia el puente levadizo, dispersando a los arqueros que intentaron interceptarle el camino. Le siguieron sus sarracenos y cinco o seis hombres armados de a caballo. La retirada del templario resultó en extremo peligrosa debido a la gran cantidad de flechas que cayeron sobre él y sus seguidores, pero esta circunstancia no le impidió rodear al galope la barbacana. Ésta, según el plan acordado, debía haber sido tomada por De Bracy.

—¡De Bracy! ¡De Bracy! —gritaba—. ¿Estás ahí?

—Sí, aquí estoy —replicó De Bracy—; pero prisionero.

—¿Puedo liberarte?

—No. Me he rendido con rescate o sin él. No quiero faltar a mi palabra. Sálvate, los halcones merodean. Pon el mar entre Inglaterra y tú. No me atrevo a decirte nada más.

—Bien —contestó el templario—. Ya que quieres permanecer aquí, recuerda que he redimido mi guante y mi palabra cumpliendo lo que acordamos. Los halcones que vayan adonde más les plazca. En cuanto a mí, creo que los muros del preceptorio de

Templestowe me han de proporcionar suficiente refugio y allí me encaminaré como la garza a su nido. —Y una vez pronunciadas estas palabras, se alejó al galope con sus seguidores.

Los defensores del castillo que no habían conseguido capturar un caballo, continuaban luchando desesperadamente con los asaltantes después de la huida del templario, pero más lo hacían para vender cara su piel que no porque abrigaran alguna esperanza de salvarla. El fuego se propagaba con rapidez a todas las dependencias del castillo cuando Ulrica apareció en lo más alto de un torreón, con el aspecto de una de aquellas antiguas furias, cantando a plena voz una canción de guerra parecida a las que entonaban los sajones en el campo de batalla, cuando la lucha alcanzaba su máximo apogeo. Sus canas despeinadas se agitaban al viento enmarcando su cabeza descubierta; el embriagador deleite de la venganza cumplida competía en sus ojos con el fuego de la locura. Blandía en su mano la rueca, lo que la hacía parecerse a una de las fatídicas hermanas, las Parcas, que tejen y destejen el hilo de las vidas humanas. La tradición ha conservado algunas estrofas del himno bárbaro que cantó salvajemente en aquel escenario de muerte y fuego:

Canción de la Muerte

¡Afilad el brillante acero, hijos del dragón blanco!
¡Enciende la antorcha, hija de Hengist!
No brilla el acero para que sea utilizado en el banquete.
Es duro, ancho y afilado.
La antorcha no alumbrará la cámara nupcial, tiene su resplandor los reflejos azulados del azufre.
¡Afilad el acero, ya grazna el cuervo!
Encended la antorcha. ¡Zemebock ordena, gritando, que afiléis el acero, hijos del dragón!
¡Prende la antorcha, hija de Hengist!

La oscura nube se abate sobre la torre del homenaje,
chilla el águila…, por el aire se desliza sobre el pecho.
¡No chilles, gris jinete de la nube negra,
porque ya está dispuesto tu festín!
Las doncellas del Valhalla esperan,
de la raza de Hengist los guerreros en la batalla mueren.
¡Doncellas, abandonad al viento vuestras trenzas!
¡Golpead vuestros tambores, helados del placer!
Muchos pasos se hacen vacilantes ante vuestra morada,
y también ruedan muchas cabezas cubiertas por el yelmo.
La noche, cuando se instala en la torre del homenaje, es oscura

y congrega a las nubes negras.
¡Pronto se tomarán rojas como la sangre de los valientes!
Contra ellos sacudirá su cresta encarnada el devorador de bosques.
Él, el gran consumidor de palacios, ya agita su llameante bandera,
roja, amplia y sombría,
sobre la porfía de los guerreros:
Las espadas que entrechocan y los broqueles que se rajan
dan ocasión a su gozo.
¡Le place lamer sibilante sangre
cuando, aún caliente, mana de la herida!

¡Todos han de perecer!
En el yelmo se incrusta la espada;
la lanza atraviesa la dura armadura;
el fuego devora la mansión de los príncipes
y las máquinas de combate destrozan las empalizadas protectoras.
¡Todos han de perecer!
¡Ha desaparecido la raza de Hengist…,
el nombre de Horsa ya no existe!
¡Por lo tanto, no evitéis vuestro sino, hijos de la espada!
¡Que vuestras armas beban sangre como si fuera vino;
regocijaos en el festín de la matanza
a la luz cegadora de los salones!
¡Que sean poderosas vuestras espadas
mientras vuestra sangre todavía está caliente!
Que nadie quede libre, ni por la piedad ni por el temor,
porque la venganza sólo se presenta una vez.
Incluso el mismo odio tiene que perecer…,
y yo con él.

Las llamas, altas como torres, ya habían vencido todos los obstáculos y se levantaban en el cielo crepuscular como una hoguera ardiente, que se divisaba a lo largo y ancho de toda la comarca. Se derrumbaron los torreones, uno tras otro, envueltos en llamas los techos y tejados, al tiempo que los combatientes se veían obligados a abandonar el patio. Los vencidos, de los cuales pocos quedaban, huyeron desperdigándose por el bosque cercano. Los vencedores se arremolinaron en grupos numerosos y contemplaban maravillados y un poco temerosos las llamas que comunicaban reflejos rojos y oscuros sobre sus armas. La demente figura de Ulrica se hizo visible durante tiempo debido a la altura del torreón donde se encontraba. Abría los brazos orgullosamente, como una emperatriz que reinara sobre el desastre que ella misma había originado. Al final, con terrorífico fragor, se hundió de golpe y por

entero el torreón, y Ulrica pereció en las mismas llamas que habían consumido al hombre que la había tiranizado. Un desagradable malestar acalló por un momento todo murmullo de los espectadores armados; éstos, por espacio de varios minutos, no se atrevieron a mover ni un dedo a no ser para santiguarse. Entonces se oyó la voz de Locksley:

—¡Gritad, monteros! ¡La madriguera de los tiranos ya no existe! Que cada cual lleve su botín al lugar de reunión convenido, o sea, a la gran encina del sendero de Harthill; allí lo repartiremos equitativamente entre nosotros al clarear el día, sin olvidar a nuestros valiosos aliados en esta gran gesta de venganza.

XXXII

Cada nación tiene su policía,
edictos los monarcas y carta las ciudades,
y hasta el forajido al cuidado
de su rudo jefe le debe ordenanza.
Desde el padre Adán y su manzana,
el hombre busca al hombre y se afana por estrechar su unión.

Canción anónima antigua.

Amanecía sobre el claro bosque de encinas. Cada rama brillaba con sus perlas de rocío. La cierva conducía a los cervatillos desde el bosque a los espacios abiertos de la pradera y ningún cazador les acechaba.

Los forajidos se habían reunido bajo la vieja encina de Harthill, donde pasaron la noche celebrando las hazañas del asalto. Unos lo habían hecho con vino, otros habían preferido dormir y muchos otros decidieron pasar la noche contando y volviendo a contar los sucesos del día, calculando el botín que aquel triunfo había puesto en las manos de su jefe.

El botín era en verdad cuantioso, ya que sin contar lo que había sido consumido por el fuego, una gran cantidad de plata, ricas armaduras y valiosos brocados cayó en poder de los forajidos, que no hicieron caso de ningún peligro cuando aquel tesoro se encontró al alcance de su mano. A pesar de todo, las leyes de su asociación eran tan severas que ninguno de ellos se hubiera atrevido a apropiarse de la mínima parte del botín, el cual fue reunido en un montón y puesto a la disposición de su jefe.

El lugar de reunión era una vieja encina, pero no la misma donde Locksley había conducido a Gurth y a Wamba. Era otra situada en la mitad de un anfiteatro rodeado de árboles, distante media milla del derruido castillo de Torquilstone. En este lugar, Locksley tomó asiento sobre un trono de césped erigido bajo las retorcidas ramas de la encina, y todos los moradores del bosque se reunieron a su alrededor. Dispuso que el Caballero Negro se sentara a su derecha y Cedric a su izquierda.

—Perdonadme esta libertad, nobles señores, pero soy como un monarca en estas soledades. Éste es mi reino y éstos mis salvajes súbditos. Ellos no me respetarían si cediera mi sitio a cualquier otro mortal. Ahora, señores, ¿quién ha visto a nuestro capellán? ¿Dónde está nuestro fraile? Una misa es el mejor comienzo del día lleno de trabajo para el cristiano. ¿Nadie ha visto al clérigo de Copmanhurst? ¡Por Dios! —exclamó el jefe de los forajidos—. Creo que el alegre clérigo se ha entretenido demasiado con el pellejo de vino. ¿Quién le ha visto después de la caída del castillo?

—Yo le vi atareado en la puerta de la bodega —dijo Miller—, jurando por todos

los santos del calendario que tenía que probar el vino gascón de Front-de-Boeuf.

—Entonces los santos le habrán protegido —dijo el capitán de los ladrones—, a no ser que haya bebido demasiado de los pellejos y le haya pillado el derrumbamiento del castillo. Vamos, Miller, toma todos los hombres necesarios y acude al lugar donde le viste por última vez. Saca agua del foso y derrámala sobre las ardientes ruinas. ¡Haré que las desescombren piedra por piedra antes de perder a mi fraile!

El número de los que se ofrecieron a llevar a cabo esta misión, teniendo en cuenta que se estaba a punto de repartir el botín, fue muy considerable, lo que demostraba la alta estima de que gozaba entre la tropa su padre espiritual.

—Mientras tanto, continuemos —dijo Lockslev—. Cuando las nuevas de nuestra hazaña sean conocidas a lo ancho y largo del país, las partidas de De Bracy, Malvoisin y demás aliados de Front-de-Boeuf se movilizarán contra nosotros. Por tanto, será conveniente que nos retiremos de estos lugares cuanto antes. Noble Cedric —dijo dirigiéndose al sajón—, el botín está dividido en dos partes; podéis escoger el que más os plazca para recompensar a vuestra gente por la participación que ha tenido en nuestra aventura.

—Buen montero —dijo Cedric—, mi corazón está triste. El noble Athelstane de Coningsburgh ya no existe. ¡El último descendiente del santo Confesor! ¡Con él han perecido las esperanzas! ¡Su sangre ha apagado una centella que ningún aliento humano podrá reavivar! Mi pueblo, a excepción de los pocos que están aquí conmigo, se muere de impaciencia por trasladar sus restos mortales a su última morada. Lady Rowena está ansiosa de regresar a Rotherwood y debe disponer de escolta suficiente. En cuanto a mí, ya debería haber abandonado este lugar; si he esperado, no ha sido para compartir el botín, porque, ¡por Dios y San Withold, ni yo ni ninguno de los míos habrá de tocar ni un centavo! Si me he quedado ha sido para daros las gracias, a ti y a tus decididos monteros, por habernos salvado el honor y la vida.

—Pero —replicó el capitán de ladrones—, nosotros tan sólo hicimos la mitad de la faena. Tomad lo suficiente para recompensar a vuestros vecinos y seguidores.

—Soy lo suficientemente rico para recompensarles con mi propio peculio —contestó Cedric.

—Y algunos de ellos —añadió Wamba—, han sido bastante precavidos para recompensarse a sí mismos; no marchan con las manos vacías. No creas que todos son como el bufón.

—No se lo reprocho —dijo Locksley—. Nuestras leyes sólo a nosotros atañen.

—Pero a ti, pobre bribón —dijo Cedric dirigiéndose a Wamba y abrazándole—, ¿cómo podré recompensarte a ti, que no temiste a las cadenas y a la muerte? ¡Todos me abandonaron, sólo el pobre loco me guardó lealtad!

Una lágrima brilló en los ojos del rudo señor mientras hablaba…, demostración de cariño y afecto que ni la muerte de Athelstane había producido, pero que ahora expresaba dado el aprecio instintivo que sentía por el payaso, que conseguía

conmoverle más que la misma pena.

—No —dijo el bufón librándose de las caricias de su amo—. Si pagáis mis servicios con agua de vuestros ojos, también tendrá que llorar el bufón en vuestra compañía, ¿y qué será entonces de su profesión? Pero, tío, si en verdad queréis recompensarme, os ruego que perdonéis a mi compañero de fatigas: me refiero a Gurth, que os robó una semana de sus servicios para emplearla sirviendo a vuestro hijo.

—¿Perdonarle? —exclamó Cedric—. Haré algo más. Le perdonaré y le recompensaré. ¡Arrodíllate, Gurth!

El porquerizo se dejó caer al momento a los pies de su amo.

—Ya no eres siervo —dijo Cedric tocándole los hombros—. Eres libre de ciudad en ciudad, en el bosque y en la pradera. Te cedo un trozo de tierra de mis dominios de Walbrugham, que pasan de mi propiedad a la tuya y tuya será para siempre. ¡Y caiga la maldición de Dios sobre aquél que no lo acepte!

Como movido por un resorte, Gurth, que ya era libre y propietario, se levantó y dio dos saltos que le alzaron de la tierra casi tan alto como su propia altura.

—¡Un herrero y una lima! —gritaba—. ¡Que liberen a un hombre libre de la argolla! ¡Noble amo! ¡Mis fuerzas se han duplicado con vuestra gracia y por vos he de luchar doblemente! Un espíritu libre habita mi pecho. Acabo de convertirme en mí mismo. ¡Ah, *Fangs*! —continuó. El fiel can, al ver a su dueño tan alegre, empezó a saltar para expresarle su simpatía—. ¿Todavía reconoces a tu dueño?

—¡Ay! —exclamó Wamba—. *Fangs* y yo todavía te conocemos. Gurth, aunque ambos llevamos todavía el collar, pero creo que tú no tardarás en olvidarte de nosotros y de ti mismo.

—En verdad que antes he de olvidarme de mí que no de ti, buen camarada —dijo Gurth—, y si fueras capaz de usar bien la libertad, no dudes que el amo no iba a permitir que desearas serlo.

—No —dijo Wamba—, nunca creas que te envidio, hermano Gurth; el siervo está sentado junto al fuego en el salón mientras el hombre libre debe acudir al campo de batalla. Y, como decía Aldhelm de Malmsbury: «Mejor está el loco en el festín, que el prudente en el combate».

Oyóse ruido de cascos de caballo, y apareció lady Rowena rodeada de algunos jinetes y una partida más numerosa de hombres a pie que golpeaban y hacían sonar sus picas y broqueles en señal de alegría por la liberación. Ella, montada en un soberbio palafrén, ricamente vestida, había recobrado toda su dignidad y únicamente una cierta palidez denunciaba los sufrimientos que había padecido. Su encantadora mirada, aunque llena de pena, mostraba destellos de esperanzas en el futuro, al mismo tiempo que un profundo agradecimiento por su liberación. Sabía que Ivanhoe estaba a salvo y también que Athelstane había muerto. Lo primero no dejaba de llenarla del gozo más sincero, y si no sentía complacencia con la segunda noticia, bien podía ser perdonada, ya que significaba su liberación respecto al proyecto con el

que discrepaba de Cedric, su tutor.

Cuando Rowena llegó con su alazán junto al improvisado trono de hierba de Locksley, el rudo montero y sus seguidores se pusieron en pie para recibirla, como si obedecieran por instinto a un sentimiento general de cortesía. La sangre afluyó a sus mejillas cuando, moviendo la mano e inclinándose de tal modo que sus rubias trenzas se entremezclaron con las onduladas crines del palafrén, expresó con pocas pero precisas palabras, su gratitud y reconocimiento a Locksley y a sus seguidores.

—Dios os bendiga, hombres valientes —concluyó—. Dios y Nuestra Señora os bendigan y os paguen por haber expuesto galantemente vuestras vidas para socorrer al oprimido. Si alguno de vosotros tiene hambre algún día, que recuerde que Rowena dispone de alimentos, si tenéis sed, tengo más de un pellejo de vino y de cerveza negra, y si los normandos os sacan de estos bosques, Rowena tiene bosques propios donde sus galantes liberadores podrán cazar con plena libertad y donde ningún guarda les preguntará a quién pertenece la flecha que abatió el ciervo.

—Gracias, gentil señora —dijo Locksley—. Gracias en mi nombre y el de mis compañeros. Pero el habernos salvado ya lleva implícita la recompensa. Los que andamos por el bosque llevamos a cabo muchas acciones reprobables, y el haber liberado a lady Rowena puede ser considerado como una compensación.

Inclinándose de nuevo sobre su palafrén, Rowena dio la vuelta dispuesta a partir; pero al detenerse un momento, mientras Cedric que debía acompañarla se despedía también, se topó inesperadamente con el prisionero De Bracy. Éste se hallaba bajo un árbol, enfrascado en profundas meditaciones y con los brazos cruzados sobre el pecho. Rowena intentó pasar inadvertida. Levantó él la mirada, de todos modos, y cuando se dio cuenta de su presencia, la vergüenza enrojeció sus hermosos rasgos. Tuvo un momento de indecisión; después, adelantándose, tomó de la rienda al palafrén y se arrodilló ante ella.

—¿Se dignará lady Rowena poner sus ojos sobre un caballero cautivo…, sobre un soldado deshonrado?

—Señor caballero —contestó Rowena—. En empresas como la vuestra el verdadero deshonor no radica en el fracaso, sino en el éxito.

—La victoria —contestó De Bracy— suele suavizar el corazón. Decidme que lady Rowena perdona la violencia dictada por una pasión enfermiza, y pronto se dará cuenta de que De Bracy sabe cómo servirla de un modo más noble.

—Os perdono, señor caballero —dijo Rowena—. Os perdono como cristiana que soy.

—Esto significa —dijo Wamba— que no le perdona en absoluto.

—Pero nunca podré perdonar la ruina y desolación que vuestra locura ha ocasionado —continuó Rowena.

—Quitad vuestras garras de las riendas —dijo Cedric, acercándose—. Si no fuera una deshonra, te juro por el sol que nos alumbra que ahora mismo te clavaba en el suelo con mi jabalina, pero ten la seguridad, Maurice de Bracy, que pagarás la parte

que has tenido en esta empresa de locos.

—Aquél que amenaza a un prisionero, amenaza impunemente —dijo De Bracy —. Pero ¿cuándo ha tenido un sajón una pizca de cortesía? —Y retirándose dos pasos atrás, permitió que Rowena adelantara.

Cedric, antes de emprender la marcha, expresó su gratitud al Caballero Negro y le invitó sinceramente a que le acompañara a Rotherwood.

—Ya sé —decía— que vosotros los caballeros andantes queréis guiar vuestra fortuna a punta de lanza y nada os importan las riquezas ni el instalaros en un sitio determinado. Pero la guerra es una señora variable y un hogar incluso a veces conviene a los campeones cuyo oficio es vagabundear. Un hogar os habéis ganado: los salones de Rotherwood, noble caballero. Cedric dispone de riqueza suficiente para reparar las fortunas maltrechas y todo lo que posee pertenece a sus libertadores. Por lo tanto, venid a Rotherwood; no como huésped, sino como hijo o hermano.

—Cedric ya me ha hecho rico —dijo el Caballero Negro—, al enseñarme el valor de las virtudes sajonas. Iré a Rotherwood, bravo sajón, y pronto; pero ahora negocios urgentes me apartan de vuestros salones. Quizá cuando acuda allí habré de pediros una merced que pondrá a prueba incluso vuestra probada generosidad.

—Antes de que la pidáis ya os está concedida —dijo Cedric, apretando la mano enguantada del caballero—. Concedida está, aunque me cueste la mitad de mi fortuna.

—No empeñéis vuestra palabra tan a la ligera —dijo el Caballero del Candado—, aunque espero merecer el favor que os pediré. Y ahora, adiós.

—Sólo tengo que añadir —dijo el sajón—, que durante los funerales del noble Athelstane me instalaré en el castillo de Coningsburgh. Sus puertas estarán abiertas a todos aquéllos que quieran participar en el banquete funerario y os comunico, en nombre de la noble Edith, madre del príncipe difunto, que nunca se cerrarán ante los que tan brava, aunque inútilmente, han trabajado para salvar a Athelstane del yugo y del acero normandos.

—¡Ay, ay! —dijo Wamba, que se había vuelto a hacer cargo de sus funciones—. Buenos alimentos habrá, lástima que el noble Athelstane no pueda asistir al banquete de su propio funeral. Pero —añadió el bufón levantando los ojos al cielo con gravedad—, ya se encuentra cenando en el cielo y, sin duda, que sabe hacerle honor a los alimentos.

—Haya paz y vámonos —dijo Cedric, reprimiendo la rabia que, provocada por el chiste inoportuno, cedió ante el recuerdo de los recientes servicios de Wamba. Rowena le dijo adiós al del candado agitando la mano graciosamente. El sajón le deseó que Dios le guiara, y después avanzaron por un claro del bosque.

Al poco tiempo de haber iniciado el camino, se encontraron con una procesión que adelantaba bajo las verdes ramas del bosque, rodeando despacio el anfiteatro vegetal y tomando la misma dirección que Rowena y sus acompañantes. Se trata de los clérigos de un cercano monasterio que, esperando ganar la generosa donación que

Cedric había prometido en beneficio del alma de Athelstane, acompañaban el carro sobre el cual iba el cadáver y le cantaban salmos e himnos mientras era tristemente conducido por sus vasallos al castillo de Coningsburgh, para allí ser depositado en la misma tumba de Hengist. Muchos de sus deudos se habían reunido al tener noticias de su muerte y seguían al cortejo dando por lo menos muestras externas de un gran abatimiento y desconsuelo. De nuevo se levantaron los forajidos y rindieron el mismo rústico y espontáneo homenaje a la muerte que habían rendido antes a la belleza. El lento canto y espacioso paso de los clérigos les trajo el recuerdo de los camaradas muertos en la pasada refriega. Pero tales recuerdos apenas duraban en el ánimo de aquéllos que estaban habituados a una vida de peligro y aventuras, y antes que el viento apagara los sones del himno de la muerte, los forajidos ya se habían enfrascado de nuevo en la distribución del botín.

—Valiente caballero —dijo Locksley al campeón negro—, sin vuestra ayuda, buen corazón y fuerte brazo nuestra empresa hubiera fracasado. Por lo tanto, dignaos coger aquello que os plazca del montón de despojos como recuerdo de nuestra encina.

—Acepto el ofrecimiento —dijo el caballero—, con tanta franqueza como ha sido formulado, y pido licencia para disponer de sir Maurice de Bracy a mi completo capricho.

—Ya es vuestro —dijo Locksley—, y buena suerte ha tenido. De no haber sido así, el tirano hubiera adornado la rama más alta de esta encina en compañía de tantos de sus mercenarios como hubiéramos podido juntar, los cuales hubieran colgado como bellotas a su alrededor. Pero es vuestro prisionero y se encontraría a salvo incluso si hubiera degollado a mi padre.

—De Bracy —dijo el Caballero Negro—, eres libre. Vete. Aquél de quien sois prisionero tiene a menos el tomar venganza de hechos pasados. Pero, presta atención al futuro si no quieres que te suceda lo peor. Maurice de Bracy, te lo repito: ¡ten cuidado!

De Bracy se inclinó profundamente y en silencio. Estaba a punto de marchar, cuando todos los monteros soltaron a la vez un grito de burla y de desprecio. El orgulloso caballero se detuvo de pronto, retrocedió, se cruzó de brazos, se estiró cuanto pudo y exclamó:

—¡Haya paz, bellacos chillones! Os atrevéis a gritar cuando perseguís la presa, pero no cuando puede defenderse. De Bracy se ríe de vuestro reproche, del mismo modo que desdeñaría vuestro aplauso. ¡Id a vuestras madrigueras, bandidos, ladrones! Guardad silencio cuando se mencione algo noble y caballeresco a una legua de distancia de vuestras guaridas de zorro.

Este inoportuno reto le hubiera podido valer a De Bracy una lluvia de flechas de no haber intervenido rápida e imperativamente el jefe de la partida. Mientras, el caballero cogió de las riendas un caballo de entre los muchos que pacían por allí y, procedentes de los establos de Front-de-Boeuf, formaban parte del valioso botín.

Subió a la silla y salió al galope a través del bosque.

Cuando se hubo calmado algo el clamor que levantó este incidente, el jefe de la partida quitó de su cuello el rico cuerno que había ganado recientemente en la prueba de arco, en Ashby.

—Noble caballero —le dijo al del Candado—, si vuestras gracia no desdeña aceptar un cuerno que ha usado un montero inglés, os ruego que lo aceptéis en recuerdo de vuestra buena acción. Y cuando os encontréis en apuros o estéis perdido en cualquier lugar entre Trent y Tees, soplad tres notas en este cuerno como si pronunciarais estas palabras: *Wa-sa-hoa*[11]. Y tened por seguro que no os habrá de faltar ayuda y ayudantes.

Sopló entonces el cuerno y repitió varias veces la llamada que había descrito hasta que el caballero la aprendió.

—Muchas gracias por el obsequio, valiente montero —dijo el caballero—, y nunca podré disponer de mejor ayuda que la tuya y la de tus hombres por extrema que sea la necesidad en que me halle —y a su vez sopló en el cuerno la llamada hasta que resonó todo el bosque.

—Muy bien lo habéis hecho y con gran claridad —dijo el montero—. Me lleve el demonio si no sois tan entendido de montería como en asuntos guerreros. Puedo asegurar que en su día habéis sido un buen cazador de ciervos. Camaradas, recordad estas tres notas. Constituyen la llamada del Caballero Negro del Candado y a aquél que la oiga y no se apresure a acudir en su ayuda le voy a expulsar de nuestra partida a golpes propinados por las cuerdas de su propio arco.

—¡Viva nuestro jefe! —gritaron los monteros—. ¡Viva el Caballero Negro del Candado! ¡Quiera Dios que pronto haga uso de nuestros servicios para que compruebe cuán de buena gana se los ofrecemos!

Locksley procedió después al reparto del botín, cosa que efectuó con la más laudable imparcialidad. Fue apartando un diezmo para la Iglesia y para acciones piadosas; después, otra parte fue asignada a una especie de fondo común; y otra destinada a las viudas e hijos de los que en la empresa habían muerto o para ser empleada en misas por las almas de aquéllos que no habían dejado familia. El resto se repartió entre los forajidos de acuerdo a su rango y méritos contraídos a juicio del jefe, en las cuestiones susceptibles de discusión. Todo fue expuesto con mucha agudeza y aceptado con total sumisión. El Caballero Negro quedó no poco sorprendido al ver que aquellos hombres sin ley se sabían gobernar entre ellos tan regular y equitativamente. Cuanto pudo observar aumentaba su buena opinión sobre la justicia y juicio de su jefe.

Cuando todos se hubieron posesionado de su parte de botín y mientras el tesorero, acompañado por cuatro monteros de alta talla, estaba trasladando a sitio seguro el tesoro perteneciente a la colectividad, así como la parte destinada a la Iglesia, Locksley dijo:

—Mucho me placería que ya tuviéramos noticias de nuestro alegre capellán,

nunca ha acostumbrado a ausentarse cuando ha habido carne para bendecir o botín a repartir, y es su deber hacerse cargo de los diezmos de todo lo que hemos recogido en esta empresa coronada por el éxito. Quizás el Santo Oficio le esté ayudando a disimular algunas de sus irregularidades canónicas. Además, a no mucha distancia tengo prisionero a un santo hermano de su orden y me gustaría que nuestro falso fraile me ayudara a tratar con él.

—Mal me sabría que le hubiera sucedido algo desagradable —dijo el Caballero Negro—, pues le soy deudor por la hospitalidad que me ofreció en su celda durante una noche muy alegre. Vayamos a las ruinas del castillo, puede que allí saquemos algo en claro.

Mientras hablaba de este modo, un gran grito salió de entre los monteros, anunciando la presencia de aquél por quien se preocupaban, según supieron al reconocer la voz estentórea del fraile mucho antes que divisaran su voluminosa figura.

—¡Lugar, muchachos! —exclamaba—; abrid camino a vuestro padre espiritual y a su prisionero. Dadme la bienvenida una vez más. Vengo, noble jefe, como el águila: con la presa entre las garras.

Y abriéndose paso a través del círculo entre las risas de todos, apareció majestuosamente triunfante, con la pesada partesana en una mano y en la otra un cabo de cuerda del que iba atado por el cuello el infortunado Isaac de York, el cual, abatido por el terror y el miedo, era arrastrado por el victorioso fraile, que gritaba:

—¿Dónde está Allan-a-Dale, para que me componga una balada aunque sea un simple romancillo? ¡Por san Hermenegildo, que nuestro trovador no se halla nunca donde podría encontrar temas que exalten el valor!

—Señor clérigo —dijo el capitán—, vuestra misa matinal ha ido húmeda y hay que reconocer que es muy temprano. En el nombre de san Nicolás, ¿a quién traéis aquí?

—A un cautivo de mi espada y de mi lanza, noble capitán —replicó el clérigo de Copmanhurst—, de mi arco y de mi alabarda, mejor dicho. Y todavía más, ya que le he redimido con mi divino oficio de una cautividad todavía peor. Habla, judío. ¿No te he rescatado acaso de las garras de Satanás? ¿No te he enseñado el credo, el padrenuestro y el avemaría? ¿No he pasado la noche bebiendo a tu salud y explicándote los misterios?

—¡Por el amor de Dios! —pudo articular el pobre Isaac—. ¿Nadie me librará de este loco…, quiero decir, de este santo hombre?

—¿Cómo es eso, judío? —dijo el fraile amenazador—. ¿Te vuelves atrás? Recuerda que si recaes en tu infidelidad voy a declararte infiel y aunque no eres tan tierno como un lechón (ojalá tuviera uno para desayunar), no eres tan correoso que no puedas ser asado. ¡Tranquilízate, Isaac, y repite conmigo: Avemaría…!

—¡No, no habrá ninguna profanación, fraile ligero de cascos! —dijo Locksley—. Es mejor que sepamos dónde has encontrado a este prisionero.

—¡Por san Dunstan! —dijo el fraile—. Le encontré allí donde estaba buscando mejor mercancía. Bajé a la bodega para ver lo que podía encontrar que fuera digno de ser salvado; ya que, aunque una copa de vino quemado y con especias es un trago digno de un emperador, consideré que era un despilfarro el quemar tanta cantidad de una sola vez; me había hecho con un pellejo de vino rancio y ya estaba a punto de requerir la ayuda de alguno de estos perezosos bribones a los cuales nunca se encuentra cuando se ha de realizar alguna hazaña importante, cuando reparé en una sólida puerta. Por allí entré y no hallé otra cosa que un montón de chatarra y a este perro judío, el cual se constituyó de inmediato en mi prisionero sin condiciones. No hice más que refrescarme con una copa de vino rancio de la fatiga que mi proeza me había provocado, en compañía de este infiel, y ya me disponía a salir con mi cautivo cuando, armando un ruido de mil demonios y entre chispas de todos los diablos, se vino abajo una torre entera (condenadas sean las manos que no la construyeron con más firmeza), y de este modo quedó bloqueado el pasadizo. El estruendo de la torre al derrumbarse fue seguido por otro semejante…, me despedí de la vida y considerando deshonor para uno de mi profesión el abandonar este mundo en compañía, de un judío, levanté mi alabarda con intención de destrozarle la sesera; pero me apiadé de sus canas y juzgué mejor bajar mi garrote y recurrir a mis armas espirituales con objeto de convertirle. Y en verdad, por la bendición de san Dunstan, que la semilla ha caído en buena tierra; el único inconveniente es que al haber pasado toda la noche hablándole de los misterios y estando en cierto modo en ayunas (ya que no vale la pena mencionar los pocos tragos de vino con que traté de agudizar mi ingenio), me siento ahora algo mareado y la cabeza me da vueltas, os lo prometo. Estaba completamente exhausto. Guilbert y Wibbald saben en qué estado me han encontrado… ¡absolutamente exhausto!

—Somos testigos de lo que dice —dijo Guilbert—; porque cuando hubimos desescombrado las ruinas y con la ayuda de san Dunstan pudimos alumbrar las escaleras de la mazmorra, encontramos medio vacío el pellejo de vino rancio, al judío medio muerto y al fraile más que medio… exhausto, como dice él.

—¡Bribones, bellacos! ¡Mentís! —replicó el fraile, ofendido—. Habéis sido vosotros y vuestros golosos compañeros quienes han hecho desaparecer el vino diciendo que era desayuno matutino. Y ahora resulta que soy yo el pagano, cuando en realidad lo guardaba para que el capitán refrescara la garganta. Pero ¿qué importa? El judío se ha convertido y comprende, más o menos tan bien como yo, todo lo que le expliqué.

—Judío —dijo el capitán—. ¿Es cierto? ¿Has renunciado a tus falsas creencias?

—Tan cierto como que tuviera que alcanzar la piedad de vuestros ojos —dijo el judío—, que no comprendo ni una palabra de todas las que este reverendo prelado me ha comunicado durante esta tenebrosa noche. ¡Ay! Estaba tan preso por el miedo, el desconsuelo y la agonía, que de haber venido nuestro mismo santo padre Abraham a predicarme, no hubiera encontrado en mí más que a un sordo oyente.

—Mientes, judío, y eres consciente de que lo haces —gritó el fraile—. Sólo te recordaré una sola palabra de nuestra conferencia, prometiste entregar todos tus caudales a nuestra santa Orden.

—Creed, nobles caballeros —dijo Isaac, más alarmado incluso que antes—, que tales palabras nunca han sido pronunciadas por mis labios. Soy un anciano mendigo. Me temo que ya no tengo hija. Tened piedad y dejadme ir.

—No —dijo el fraile—. Si te retractas de las donaciones que has otorgado a la Santa Iglesia, debes hacer penitencia.

De acuerdo con estas palabras, alzó el garrote y lo hubiera descargado de lleno sobre los hombros de Isaac si el Caballero Negro no hubiera detenido el golpe, y, por lo tanto, causado daño al fraile con su acción.

—¡Por santo Tomás de Kent! Una vez me haya repuesto te enseñaré, señor amante perezoso, a ocuparte de tus propios asuntos. Y nada me preocupará esa armadura tuya de acero.

—No te enfades conmigo —dijo el caballero—. Ya sabes que he jurado ser tu amigo y camarada.

—¡No me acuerdo! —dijo el fraile—, y te desafío a una pelea abierta.

—Pero —y parecía divertirse provocando a su antiguo anfitrión—, ¿has olvidado cómo gracias a mí, ya que nada cuenta la tentación de la jarra ni del pastel, rompiste tus votos de ayuno y vigilia?

—Es verdad, amigo —dijo el fraile cerrando el puño—, dispondrás de un buen bufete.

—No acepto tales obsequios —dijo el caballero—; pero me alegraré de tomar tu puñetazo como un préstamo, y te lo habré de devolver con tan crecidos intereses como los que en sus negocios acostumbra a exigir tu prisionero.

—Pronto lo sabremos —dijo el fraile.

—¡Hola! —gritó el capitán—. ¿Qué intentas hacer, fraile loco? ¿Luchar bajo nuestra encina?

—No se trata de una pelea —dijo el caballero—. Es un intercambio amistoso de cortesía entre caballeros. Fraile, golpea tan fuerte como puedas. Aguantaré tu puñetazo si tú aguantas el mío.

—Me llevas ventaja con esta olla de acero que te protege la cabeza —dijo el eclesiástico—, pero tú lo has querido. Caerás a no ser que sea Goliat protegido por tu yelmo.

El fraile desnudó su brazo moreno hasta el codo y dándole al golpe todo su impulso, le propinó tal puñetazo al caballero que bien hubiera derribado a un buey. Pero su adversario se mantuvo firme como una roca. Todos los monteros prorrumpieron en un grito cerrado, pues la fuerza de los puños del fraile era legendaria entre ellos, y pocos eran los que, de bromas o de veras, no habían tenido ocasión de comprobar su vigor.

—Ahora, clérigo —dijo el caballero despojándose del guantelete—, si antes tuve

ventajas en mi cabeza, no las voy a tener en mi mano. Aguanta como un hombre.

—*Genarn meam dedi vapulatori*. Ofrecí mi mejilla al que había de golpearla —dijo el fraile—. Si consigues hacerme vacilar, compañero, de buena gana te cedo el rescate del judío.

Así habló el presuntuoso fraile con aires de desafío. Pero ¿quién podrá desafiar al destino? El puñetazo del caballero fue propinado con tanta fuerza, que el fraile rodó por el suelo para diversión de todos los espectadores. Sin embargo, se levantó ni enfadado ni resentido.

—Hermano —le dijo al caballero—, debías haber usado tu fuerza con más discreción. No había siquiera recitado un versículo de la misa y ya me habías roto la quijada. El gaitero que peor sopla es aquel que exige las mejores chuletas. De todos modos, ahí va mi mano en prueba de que no deseo cambiar más puñetazos contigo. Demos fin a toda disputa. Señalemos el rescate del judío, ya que ni el leopardo perderá sus manchas ni un judío dejará nunca de serlo.

—El fraile —dijo Clement—, ya no está convencido de la conversión del judío desde que ha recibido este golpe en los oídos.

—Vamos, bribón, ¿qué hablas tú de conversiones? ¿Es que no hay respeto? ¿Todos mandan y nadie obedece? Te digo, compañero, que estaba algo distraído cuando recibí el puñetazo del buen caballero; de no ser así, no hubiera perdido pie. Pero si continúas en tu actitud, aprenderás que soy tan capaz de dar como de recibir.

—Haya paz —dijo el capitán—. Y tú, judío, piensa en tu rescate; no es preciso que te diga que tu raza es maldecida por todas las comunidades cristianas, y puedes estar seguro que no soportaremos tu presencia entre nosotros. Medita, por lo tanto, tu oferta. Entretanto, yo me ocuparé de un prisionero muy diferente.

—¿Hicimos prisioneros a muchos hombres de Front-de-Boeuf? —preguntó el Caballero Negro.

—Ninguno que fuera lo suficientemente importante para pedir rescate por él —contestó el capitán—. Una partida de desharrapados a los que hemos enviado a buscar a otro dueño. Bastante lejos había ya llegado vuestra venganza y nuestras ganancias; todo el lote no valía un ochavo. El prisionero al que me refiero constituye un botín más valioso, pues se trata de un simpático clérigo en viaje de visita, según puedo juzgar por los aparejos de su caballo y lujosas vestiduras. Pero ahí llega nuestro estimado prelado, tan petulante como un pavo.

Y, entre dos monteros, fue conducido ante el trono rural del jefe de los forajidos, nuestro viejo amigo, el prior Aymer de Jorvaulx.

XXXIII

Bravos guerreros, ¿dónde está Tito Luercio?
***MARCIO**: Ocupado en sus decretos, a unos sentenciados a muerte, al destierro a otros, rescatando, perdonando y amenazando a otros.*

SHAKESPEARE: *Coriolano.*

El rostro y los modos del abad eran una mezcla de orgullo ofendido, de vanidad insultada y de terror.

—Pero ¿qué sucede, señores míos? —preguntaba con una voz en la que se mezclaban las tres emociones—. ¿Cuál es vuestra ley? ¿Sois acaso turcos y no cristianos, puesto que os apoderáis de un clérigo? ¿No sabéis lo que significa *manus imponere in servos Dominit*? Habéis saqueado mis valijas, habéis echado a perder mi birrete, de tan curioso tejido que hubiera podido ser utilizado por un cardenal. Otro, en mi lugar, se hubiera visto obligado al *excommunicabo vos*; pero yo soy pacífico y si me devolvéis mis palafrenes, dejáis libres a mis hermanos y me devolvéis mi equipaje, me pagáis inmediatamente cien coronas que se gastarán en misas rezadas en el altar mayor de Jorvaulx y hacéis voto de no comer venado hasta la próxima Pascua de Pentecostés, existe aún la posibilidad de que no se hable más de esta locura.

—Santo padre —dijo el capitán de los forajidos—, me sabe mal que alguno de mis hombres os haya tratado de tal modo que merezca vuestra reprensión paternal.

—¡Tratarme mal! —replicó el clérigo encorajinado por el amable tono usado por el jefe rural—. Me han tratado de un modo indigno incluso para un perro de buena casa, cuánto menos para un cristiano, y menos todavía para un clérigo. Y todavía muchísimo menos para el prior de la santa comunidad de Jorvaulx. Un profano y borracho coplero llamado Allan-a-Dale, *nebulo quídam*, me ha amenazado con castigos corporales, con la misma muerte incluso si no pago cuatrocientas coronas de rescate, sin contar todos los tesoros que ya me ha robado: cadenas de oro y anillos pastorales de incalculable valor; además de todo lo que ha destrozado con sus rústicas manos, como mi cajita de perfumes y mis tenacillas de plata.

—No es posible que Allan-a-Dale haya tratado así a un hombre como vuestra reverencia.

—Tan verdad es como los sermones de san Nicodemo —dijo el prior—. Juró, utilizando muchos reniegos crueles procedentes de la comarca septentrional, que me colgaría de la encina más alta del bosque.

—¿De veras fue así? Entonces, reverendo, creo que lo mejor será que hagáis cuanto os mande. Allan-a-Dale no es hombre que falte a su palabra cuando la ha

empeñado.

—¿Os burláis de mí? —dijo el asombrado prior con una forzada sonrisa—. Me gustan las bromas de todo corazón; pero, cuando la diversión ha durado toda la noche, la mañana señala la hora de la seriedad.

—Y yo soy tan serio como un padre confesor —replicó el capitán—. Deberéis pagar un buen rescate, señor prior, o en vuestro convento habrá elecciones, pues vuestra plaza quedará vacante.

—¿Os decís cristianos y le habláis así a un religioso?

—¡Cristianos! Sí, somos cristianos, y tan cristianos que contamos con nuestros propios servicios divinos —contestó el forajido—. Que se presente nuestro rollizo capellán y explique a este reverendo padre los textos que más le interesan.

El fraile, medio borracho, se había colocado de cualquier modo un hábito sobre su casaca verde, y dijo, recopilando en su memoria todos los retazos de mal aprendidos latinajos de sus días de estudiante:

—Santo padre, *Deus faciat salvam benignitatem vestram*. Bienvenido a estos bosques.

—¿Qué burla profana es ésta? —dijo el prior—. Amigo, si en verdad perteneces al estado religioso, más te valdrá aconsejarme de qué modo podré escapar de las manos de estos hombres, en vez de estar ante mí haciendo muecas y dando saltos como un bailarín.

—En verdad, reverendo padre —dijo el fraile—, sólo conozco un medio de huida. Por ser el día de san Andrés hoy cobramos los diezmos.

—A la Iglesia no se los cobraréis, entonces, mi buen hermano —dijo el prior.

—A los religiosos y a los seglares —dijo el fraile—. Y por lo tanto, señor prior, *facite vobis amicos de mammone iniquitatis*. Haceos amigo de los codiciosos bandoleros, porque ninguna otra amistad os habrá de ser más útil.

—Me agradan de todo corazón los joviales monteros —dijo el prior, suavizando su tono—. Vamos, no podéis tratarme duramente, me encanta la montería y puedo hacer sonar el cuerno alta y claramente hasta que cada encina me haga eco. Vamos, vamos, no me tratéis con dureza.

—Dadle un cuerno —dijo el forajido—. Probaremos esta habilidad de la que tanto presume.

El prior Aymer hizo sonar el cuerno y el capitán sacudió la cabeza.

—Señor prior —dijo—, habéis soplado bien, pero esto no podrá rescataros. No podemos permitirnos, tal como reza la leyenda que aparece en el escudo de un buen caballero, liberarte a cambio de un resoplido. Además, he comprobado que tú eres un adepto a las nuevas modas francesas del tra-la-lá que desacompasa las antiguas llamadas de caza inglesas. Prior, el último floreo que habéis añadido a vuestra tocata ha aumentado vuestro rescate en cincuenta coronas por corromper los verdaderos, antiguos y varoniles sones de la montería.

—Bien, amigo —contestó el prior en tono conciliador—, sois difíciles de

conformar en lo que se refiere a vuestro arte de la montería. Te ruego que seas más asequible en lo referente a mi rescate. En una palabra, ya que por una vez me veo obligado a encenderle una vela al diablo, ¿qué rescate debo satisfacer para seguir paseando por la calle de Wartling sin tener a cincuenta hombres a mis espaldas?

—No estaría mal —dijo el lugarteniente de la banda al capitán en un aparte—, que el prior señalara el rescate del judío y que el judío, a su vez, señalara el del prior.

—Estás hecho un pillo —dijo el capitán—. Pero tu plan se ejecutará. ¡Eh, judío! ¡Acércate! Mira al santo padre Aymer, prior de la rica abadía de Jorvaulx, y dinos qué rescate hemos de pedir por él. Estoy seguro de que estás al corriente de los ingresos de su convento.

—¡Oh, seguro! —dijo Isaac—. He traficado con los buenos padres y les he comprado trigo y centeno y frutos de la tierra, y también mucha madera. Sí, se trata de una abadía muy rica, y estos buenos padres de Jorvaulx nadan en la abundancia y beben los vinos más dulces. ¡Ah!, si un desheredado como yo dispusiera de tan buen hogar por albergue y tales ingresos al año y mes por mes, pagaría de buena gana mucha plata y mucho oro para redimirme.

—¡Pero judío! —exclamó el prior—. Nadie mejor que tú, maldito, sabe que nuestra santa casa de Dios está endeudada para acabar nuestra cancela.

—Y en lo que se refiere al estado de vuestras bodegas, después de la última entrega de vino de Gascuña… —se interrumpió el judío—; pero, esto…, esto son fruslerías.

—¡Oíd al perro infiel! —dijo el religioso—. Charla como si nuestra sagrada comunidad se hubiera cubierto de deudas para comprar el vino que nos está permitido beber, *propter necessitatem et adfngus depellendum*. El villano circuncidado acaba de blasfemar de la Santa Iglesia y hay cristianos que le oyen y no se lo hacen pagar.

—Todo esto no conduce a nada —dijo el capitán—. Isaac, señala lo que debe pagar sin inclinarte a uno ni a otro lado.

—No menos de seiscientas coronas —dijo Isaac— puede pagar el buen prior a vuestras mercedes y nunca se habrá sentado tan a gusto en su sitial.

—¿Seiscientas coronas? —dijo el capitán con gravedad—. De acuerdo, has hablado bien, Isaac, seiscientas coronas. Ésta es la sentencia, señor prior.

—¡Sí, ésta es la sentencia! —chilló la banda—. Ni Salomón la hubiera dictado mejor.

—¿Has oído tu condena, prior? —preguntó el jefe.

—Estáis locos, señores míos —dijo el prior—. ¿Dónde voy a encontrar tal suma? Si vendiera el mismo copón y los candelabros del altar de Jorvaulx no podría reunir la mitad de esta cantidad, y para esto sería necesario que yo mismo fuera a Jorvaulx; podríais retener como rehenes a mis dos clérigos.

—Sería estar ciego —dijo el bandido—. Te retendremos a ti, prior, y los clérigos irán a por tu rescate. Mientras tanto, no te faltará una copa de vino ni un buen trozo de venado, y si de verdad amas las artes venatorias, verás tales proezas como nunca

has podido verlas en tu país septentrional.

—O, si os place —dijo Isaac, deseoso de granjearse el favor de los forajidos—, puedo mandar a York a por las seiscientas coronas, ya que puedo disponer de algún dinero. Pero, claro, si el reverendo prior aquí presente me firma un recibo.

—Firmará lo que sea, Isaac —dijo el capitán—, y al mismo tiempo podrás adelantar la cantidad del rescate del prior y el tuyo propio.

—¡El mío propio! ¡Ah, valientes señores! —exclamó el judío—. Soy un hombre arruinado y necesitaré un báculo de mendigo durante el resto de mi vida si os tengo que entregar cincuenta coronas.

—El prior será el juez en esta cuestión —replicó el capitán—. ¿Qué decís, padre Aymer? ¿Puede pagar el judío un buen rescate?

—¿Que si puede? —contestó el prior—. ¿No es acaso Isaac de York lo suficientemente rico para redimir a las diez tribus de Israel del cautiverio de Babilonia? Poco le he tratado personalmente, pero nuestro bodeguero y tesorero han negociado con él y se dice que su casa de York está tan llena de oro y plata que constituye una vergüenza para cualquier país cristiano. Es asombroso. ¡Por toda la cristiandad militante, que estas sanguijuelas chupen la sangre de los intestinos del Estado, e incluso de la Santa Iglesia, con extorsiones y usuras!

—¡Alto, padre! —dijo el judío—, apacigua y calma tu cólera. Ruego a vuestra reverencia que recuerde que a nadie obligo a pedirme prestado, pero cuando el clérigo y el laico, el príncipe y el prior, el caballero y el religioso acuden a llamar a la puerta del pobre Isaac, no le piden prestados sus cequíes en tales desconsiderados términos. Entonces todo es amigo Isaac por aquí, amigo Isaac por allá, ¿nos podréis ayudar en este asunto? Te pagaremos al vencimiento exactamente, así Dios me salve. Y, amable Isaac, si alguna vez habéis hecho un favor a alguien, demostrar que sabéis ser un amigo en esta necesidad. Y cuando llega el día y reclamo lo que es mío, entonces sólo oigo: maldito judío y la maldición de Egipto caiga sobre tu tribu y todos aquéllos que pueda excitar en contra nuestra los ánimos del populacho grosero.

—Prior —dijo el capitán—, podrá ser judío pero ha hablado bien. ¿Querréis, pues, señor, señalar su rescate como él señaló el vuestro sin que haya lugar a más insultos?

—Ningún otro que el de *latro famosus*, y lo que significa ya lo diré en otra ocasión y circunstancia. ¡Mira que pesar a un judío carente del bautismo y a un prelado con la misma balanza! Pero ya que me requerís para poner precio a este cautiverio, os digo claramente que saldréis perdiendo si le cobráis un penique menos de mil coronas.

—¡Ésta es la sentencia! ¡Sentencia dictada! —exclamó el jefe de los bandidos.

—¡Sentencia dictada! —gritaron sus acompañantes—. El cristiano ha dado muestra de su buena crianza y se ha portado con nosotros con más generosidad que el judío.

—¡El Dios de mis padres me ayude! —dijo el judío—. ¿Queréis arrastrar por los

suelos a un hombre pobre? En este día me he visto privado de mi hija, ¿y ahora me queréis dejar sin medios de vida?

—Si te has quedado sin hijos, judío —dijo Aymer—, a menos tendrás que atender.

—¡Ay, mi señor! —exclamó Isaac—. Las órdenes sagradas que os han sido impuestas no os permiten saber cuánto afectan las fibras del corazón los hijos propios. ¡Oh, Rebeca! ¡Hija de mi amada Raquel! ¡Si cada hoja de estos árboles fuera un cequí y cada cequí fuera mío, todo este caudal daría para saber si estás viva y has escapado de las manos del nazareno!

—¿Tiene tu hija el cabello negro? —preguntó uno de los forajidos—. ¿Acaso llevaba un velo de seda trenzada, bordado en plata?

—¡Sí, sí lo llevaba! —dijo el anciano, temblando de ansiedad mucho más que antes lo hizo de miedo—. Caiga sobre ti la bendición de Jacob. ¿No puedes darme más nuevas de ella?

—¿Era ella, entonces —dijo el montero—, la que raptó el altivo templario cuando rompió a través de nuestras filas ayer tarde? Dispuse mi arco para dispararle una flecha, pero no llegué a hacerlo por no dañar a la damisela, a la cual hubiera podido herir con mi disparo.

—¡Oh! —contestó el judío—. ¡Hubiera querido Dios que dispararas aunque la flecha le hubiera atravesado el pecho! Más le convenía yacer en la tumba de sus antepasados que en lecho deshonrado del licencioso y salvaje templario. ¡Ichabod! ¡Ichabod! ¡La alegría ha abandonado mi casa!

—Amigos —dijo el capitán mirando a su alrededor—. El anciano no es más que un judío y su pena me conmueve. Juega limpio con nosotros, Isaac: ¿en verdad si pagas un rescate de mil coronas quedarás sin un penique?

Isaac volvió a pensar en sus bienes terrenales, a los que tenía tanto afecto por hábito congénito, que éste podía competir con sus sentimientos paternales; se puso pálido, tembló y no pudo negar que le quedaría un pequeño remanente.

—Bien, ve a… a cualquier sitio donde lo tengas escondido —dijo el bandido—. No te seguiremos. Sin dinero puedes estar seguro de rescatar a tu hija de manos del templario como de derribar un ciervo real con una flecha despuntada. Te señalamos el mismo rescate que al prior Aymer, mejor dicho, pagarás cien coronas menos, que yo cederé de mi parte, para que no pese sobre la comunidad, y así no cometeremos la ofensa de tasar por un igual a un comerciante judío y a un prelado cristiano, y te quedarán seiscientas coronas para negociar el rescate de tu hija. Los templarios son amantes del brillo de la plata tanto o más que el de los ojos negros. Apresúrate a hacer tintinear tus coronas al oído de Bois-Guilbert, o atente a lo peor. Le encontrarás, según han notificado nuestros exploradores, en el cercano preceptorio de su Orden. ¿He dicho bien, mis buenos camaradas?

Los monteros expresaron su conformidad con la opinión de su jefe, e Isaac, libre de la mitad de sus temores al tener conocimiento de que su hija vivía, y de que quizá

pudiera ser rescatada, se lanzó a los pies del generoso bandido y, limpiando con la barba sus zapatos, intentó besar la orla de la casaca verde. El capitán retrocedió y se libró del abrazo de Isaac, no sin dar algunas muestras de desagrado.

—No te humilles y levántate. Soy inglés de nacimiento y no me placen estas muestras de afecto orientales. Arrodíllate ante Dios y no ante un pobre pecador como yo.

—¡Ay, judío! —exclamó el prior Aymer—, arrodíllate ante Dios en la persona de su representante y servidor de su altar y, ¿quién sabe?, con tu sincero arrepentimiento y las debidas limosnas a la capilla de San Roberto, quizá puedas adquirir alguna gracia para ti o para tu hija Rebeca. Lo siento por la doncella, porque posee un hermoso y agradable rostro. Reparé en ella en el torneo de Ashby. Además, puedo influir ventajosamente en Bois-Guilbert, piensa cómo podrás merecer mi intercesión.

—¡Ay! —exclamó el judío—, los saqueadores me rodean por todas partes. Soy la presa codiciada por asirios y egipcios.

—¿Y qué otra cosa puede esperar tu maldita raza? Pues dice el santo texto: *Verbum Domini projecerunt, et sapientia est nulla in eis* (han despreciado la palabra del Señor y no tienen ninguna sabiduría). *Propterea dabo mulleres eorum exteris*, daré sus mujeres a los forasteros (es decir, al templario, que es de quien ahora se trata), *et thesauros eorum haeredibus alienis*, y sus tesoros a los demás (o sea, a estos honrados caballeros, como es el presente caso).

Isaac gimió hondamente, empezó a retorcerse las manos y cayó de nuevo en su anterior estado de desolación y desesperación. Pero el capitán le apartó a un lado.

—Asegúrate bien, Isaac. Mi consejo es que trates de ganarte el favor de este religioso. Es vanidoso y presuntuoso y necesita dinero para satisfacer por lo menos sus caprichos. Con facilidad podrás gratificar sus favores; porque no creas que me has cegado con tus protestas de pobreza. Conozco muy bien el acero en que guardas tus caudales. ¿Es que acaso no conozco la pesada losa que está bajo el manzano, en el jardín frente a la cámara abovedada de tu casa de York?

El judío se puso pálido como la muerte.

—Pero no temas nada de mí —continuó el montero—, porque soy un antiguo conocido tuyo. ¿No te acuerdas del montero enfermo al que tu hija Rebeca sacó de la cárcel de York y acogió en tu casa hasta que su salud se restableció, y al que despediste con una moneda? Por usurero que seas, nunca habrás invertido una moneda que te dé tanto interés como aquel triste marco de plata, ya que hoy te ha valido el ahorrarte quinientas coronas.

—¿Tú eres aquél a quien llamábamos Diccon Bend-the-Bow? —dijo Isaac—. Ya me parecía a mí haber reconocido tu voz.

—Yo soy Bend-the-Bow y Locksley, y además de éstos tengo otro buen nombre.

—Pero estás en un error, buen Bend-the-Bow, en lo que se refiere a la cámara abovedada. Así me ayude el cielo que no hay allí nada más que unas cuantas mercancías que con mucho gusto compartiré contigo. Unas cien yardas de paño de

Lincoln, útil para hacer casacas para tus hombres, y cien maderos de boj español para fabricar arcos, además de cien cuerdas de arco fuertes, de seda, cilíndricas y parejas. Te lo enviaré para pagar tu buena voluntad, honrado Diccon, y tú guardarás silencio acerca de la cámara abovedada, mi buen Diccon.

—Tan callado como una marmota —dijo el bandido—. Puede que no me creas, pero estoy preocupado por tu hija, no puedo evitarlo. Las lanzas de los templarios son demasiado poderosas para nuestros arcos en campo abierto. Nos barrerían como al polvo. De saber que era Rebeca la que raptaron, algo hubiera intentado; pero ahora debes proceder con tacto. Vamos, ¿quieres que trate en tu nombre con el prior?

—En el nombre de Dios, Diccon, haz lo que quieras para ayudarme a rescatar a la hija de mi corazón.

—No me interrumpas con tu malhadada avaricia y hablaré con él en beneficio tuyo.

Se separó del judío, pero, sin embargo, éste no lo hizo y le siguió como la sombra sigue al cuerpo.

—Prior Aymer —dijo el capitán—, venid conmigo bajo aquel árbol. Se dice que os gusta el vino y la sonrisa de una dama más de lo que conviene a vuestra orden, señor clérigo, pero esto no me concierne. También he oído que os gusta una traílla de buenos perros y un caballo veloz, y bien pudiera suceder que gustándoos cosas tan costosas no dispongáis de una buena bolsa de oro. Pero nunca he oído decir que fuerais partidario de la crueldad ni de la opresión. Pues bien, aquí está Isaac que no desea otra cosa que proporcionaros los medios de sufragar vuestros placeres y entretenimientos, entregándoos un talego con cien marcos de plata por vuestra intercesión cerca de vuestro aliado el templario, claro está que en el caso de que sirva para, conseguir la libertad de su hija.

—Con salud y honra iguales a las que gozaba cuando me la arrebataron —dijo el judío—. Si no es así, no hay negocio.

—Tranquilo, Isaac —dijo el bandido—, y deja de pensar en el interés. ¿Qué contestáis a mi proposición, prior Aymer?

—El asunto —contestó el prior— es muy complejo: porque si por una parte hago una buena acción, por la otra redunda en beneficio de un judío, cosa que no deja de repugnar a mi conciencia. Ahora que, si el israelita quisiera adelantarle a la Iglesia alguna cantidad para contribuir a la construcción de nuestros dormitorios, tomaría de buena gana sobre mi conciencia el ayudarle en el asunto de su hija.

—Por una veintena más de marcos de plata para vuestros dormitorios… (estáte quieto, Isaac), o por un par de candelabros también de plata para el altar no habremos de discutir.

—Pero, mi buen Diccon Bend-the-Bow —decía Isaac, deseoso de intervenir.

—¡Buen judío, buena bestia, buen gusano! —dijo el montero perdiendo la paciencia—. Si insistes en anteponer tu sucio tráfico al honor y a la vida de tu hija, por el cielo que te despojaré hasta de tu último maravedí antes de que transcurran tres

días.

Isaac tembló y guardó silencio.

—¿Y qué garantía tengo yo de que se cumplirá el trato? —dijo el prior.

—Cuando Isaac regrese, con sus deseos satisfechos gracias a vuestra mediación, juro por san Hubert que me ocuparé de que os pague en buena plata, o de lo contrario le perseguiré de tal modo que más le valdrá entonces pagar veinte veces esta suma.

—Está bien; judío, ya que debo ayudarte, préstame tu recado de escribir. Pero, detente, antes de usar tu pluma ayunaría veinticuatro horas. ¿Dónde puedo encontrar otra que no sea la suya?

—Si vuestros sagrados escrúpulos os permitiesen utilizar las tablas del judío, creo poder remediar lo de la pluma —dijo el montero y, tensando el arco, apuntó a una manada de patos salvajes que pasaba por encima de sus cabezas y derribó al que iba en cabeza, que ya no llegaría a las soledades de Holderness hacia donde emigraba, ya que cayó aleteando, traspasado por una flecha.

—He aquí plumas suficientes para proveer a los frailes de Jorvaulx por los próximos cien años, si es que no se dedican a escribir cronicones.

Sentóse el prior, y tranquilamente escribió una misiva a Bois-Guilbert y, habiéndola sellado con mucho cuidado, se la entregó al judío, diciendo:

—Esto te servirá de salvoconducto para llegar al preceptorio de Templestowe y, según creo, también te servirá para conseguir la libertad de tu hija si sabes acompañarlo con promesas sustanciales de tu parte. Porque puedes creer que el buen caballero Bois-Guilberi pertenece a una cofradía que no hace nada a cambio de nada.

—Bien, prior —dijo el bandido—. No os molestaré más si no es para pediros que le firméis al judío un recibo por la cantidad de seiscientas coronas que son vuestro rescate. Él será mi librador, y si tengo noticia de que os negáis a devolverle la suma que me entregará, Nuestra Señora me abandone si no hago arder la abadía sobre tu cabeza, aunque por ello me ahorquen diez años antes.

Con menos ganas de las que antes había empleado para escribir a Bois-Guilbert, el prior pergeñó un recibo y se lo entregó a Isaac, prometiendo restituir fielmente la suma adelantada por él para su rescate.

—Y ahora —dijo el prior Aymer—, te ruego que me restituyas mis mulas y palafrenes y que pongas en libertad a los reverendos hermanos que están a mi servicio, así como también los anillos, sortijas, joyas y hermosas vestiduras de las que he sido desposeído, ya que he satisfecho mi rescate portándome contigo como un honrado prisionero.

—En lo referente a vuestros hermanos, señor prior —dio Locksley—, serán puestos en libertad de inmediato. Injusto sería retenerles. En cuanto a vuestras mulas y caballos también os serán devueltos y se os entregará una cantidad de dinero para gastos, ya que no sería equitativo el privaros de medios para llegar a York. Pero en lo que concierne a las sortijas, joyas, cadenas y todo lo demás, deberéis reconocer que somos hombres de conciencia y que podemos dejaros expuesto a la tentación de usar

tales vanidades, a las cuales habéis renunciado por ser bienes del mundo, y no creo que queráis romper las reglas de vuestra fundación.

—Pensad bien lo que hacéis, señores míos —dijo el prior—, antes de poner las manos sobre el patrimonio de la Iglesia. Todos estos objetos están conceptuados como *ínter res sacras*, y no queráis saber qué sucedería si pasaban a manos laicas.

—Yo me cuidaré de que no suceda nada malo —dijo el ermitaño de Copmanhurst —, porque pienso lucirlas yo mismo.

—Amigo o hermano —dio el prior en respuesta a esta solución a sus dudas—, si en verdad has tomado las órdenes sagradas, te ruego que consideres de qué modo vas a dar cuenta a tu superior de la parte que has tomado en los asuntos de este día.

—Amigo prior —replicó el ermitaño—, debéis saber que pertenezco a una diócesis muy pequeña en la que yo soy mi propio superior diocesano. Por eso, tanto me importan el obispo de York como el abad de Jorvaulx, el prior y todo el resto del convento.

—Ya veo que perteneces al clero irregular —dijo el prior—. Uno de estos desordenados que, otorgándose a sí mismos el carácter religioso, profanan los ritos sagrados y perjudican las almas de aquéllos a quienes asisten, *lapides pro pane condonantes iis*, dándoles piedras en vez de pan, como dice la Vulgata.

—No —dijo el fraile—. Si me hubiera roto la sesera con latinajos no hubiera durado tanto sin descomponerse. Y digo que limpiar al mundo de clérigos equivocadamente orgullosos como tú y aliviarles de sus joyas y alhajas es tan legal como saquear a los egipcios.

—Eres un fraile apócrifo —dijo el prior con rabia—: *Excommunicabo vos*.

—Y tú eres un ladrón y un hereje —dijo el fraile, igualmente encolerizado—. No consentiré una afrenta como ésta, que tú no has considerado una vergüenza infligirme ante mis feligreses a pesar de ser un reverendo hermano suyo. *Ossa ejus perfringam*, es decir, romperé tus huesos, como también dice la Vulgata.

—¡Cómo! —gritó el capitán—, ¿a tales extremos llega el reverendo hermano? Mantén el talante tranquilo, fraile. Prior, a no ser que estés en paz con Dios, no provoques al fraile. Ermitaño, deja ir en paz al reverendo padre tal como corresponde con un prisionero que ha pagado ya su rescate.

Los monteros separaron a los indignados clérigos que continuaban levantando la voz, e insultándose en mal latín, pronunciado con más fluidez por el prior y más vehementemente por el ermitaño. El prior logró dominarse al darse cuenta de que con aquella actitud comprometía su dignidad, rebajándose a querellar con un falso fraile como el capellán de los bandidos. Más tarde, cuando se le unieron sus servidores, marchó con menos pompa y en condición más apostólica, en lo que a los asuntos del mundo concierne, que las que había demostrado antes de la discusión.

Quedaba por resolver la cuestión de la fianza a depositar por Isaac para responder del pago del prior y del suyo propio. Para cumplir con ello, entregó una nota con su sello y dirigida a un hermano de su comunidad, residente en York, requiriéndole para

que entregara mil coronas al portador, y también ciertas mercancías especificadas en la nota.

—Mi hermano Sheva —dijo suspirando profundamente—, guarda las llaves de mis almacenes.

—Y de la cámara abovedada —murmuró Locksley.

—¡No, no! ¡Por el cielo! —dijo Isaac—. Desgraciada fue la hora en que fuera quien fuera te reveló mi secreto.

—Nada tienes que temer de mí —dijo el forajido—. Espero que tu nota produzca el efecto deseado y sea depositada la suma estipulada en él. Pero ¿qué sucede ahora? Isaac, ¿estás muerto o atontado? ¿El pago de mil coronas ha bastado para sacarte de la mente el peligro que corre tu hija?

El judío se puso en pie de un salto.

—No, Diccon, no. Parto ahora mismo. Me despido de ti, a quien no puedo llamar bueno ni tampoco puedo llamar malo.

Sin embargo, antes de que el judío se fuera, el capitán de los bandidos le dio todavía otro consejo:

—Sé liberal en tus ofertas, Isaac, y no te duela abrir tu bolsa por la salvación de tu hija. Escúchame y piensa que el oro que ahorrarías te hubiera llegado a producir tanto dolor como si te lo derramaran fundido en la garganta.

Isaac asintió con un profundo gemido y emprendió su camino, acompañado por dos fornidos monteros, destinados a guiarle y defenderle por el bosque.

El Caballero Negro, que había seguido con no poco interés el desarrollo de los acontecimientos, se despidió a su vez del montero, pero no pudo evitar expresar su sorpresa por haber sido testigo de tan excelente política de gobierno entre personas que no gozaban de la protección de la ley ni de su influencia.

—El buen fruto, señor caballero, muchas veces crece del mal árbol, y los malos tiempos no acostumbran a producir únicamente el mal de una manera indiscriminada. Entre los que se lanzan a los caminos y a la vida ilegal, los hay sin duda que desean ejercer sus prerrogativas con moderación. Y puede que haya otros que lamenten tener que llevar tal vida.

—Y por lo que veo, estoy hablando con uno de estos últimos —dijo el caballero.

—Señor caballero, todos tenemos nuestro secreto. Podéis hacer sobre mí las conjeturas que os parezca, como yo las haré sobre vos, aunque es posible que ninguna de nuestras flechas den en el blanco. Pero, dado que yo no os ruego que desveléis vuestro misterio, no os ofendáis si guardo el mío.

—Te pido perdón, valiente forajido —dijo el caballero—. Vuestro reproche es justo. Pero no deja de ser posible que nos volvamos a encontrar sin mutuos disimulos. Mientras, nos separamos siendo amigos, ¿no es así?

—Aquí está mi mano en prueba de amistad, y la puedo calificar como perteneciente a un verdadero inglés, aunque por ahora sea la de un bandido.

—Y ahí va la mía en correspondencia —dijo el caballero—, y mucho me honro

de que sea digna de estrechar la vuestra. Porque el que obra bien, gozando de ilimitado poder para obrar mal, merece alabanza no sólo por el bien que hace, sino también por el mal que deja de hacer. ¡Adiós, gallardo bandido!

Así se separaron los dos buenos amigos, y el del Candado, montando su fornido caballo de batalla, se perdió a través del bosque.

XXXIV

***REY JUAN**: Amigo, té diré lo que, en mi camino, es una serpiente; donde pongo el pie la adivino. ¿Entiendes lo que digo?*

SHAKESPEARE: *El rey Juan.*

Había una gran fiesta en el castillo de York, a la cual el príncipe Juan había invitado a aquellos nobles, prelados y jefes con la ayuda de los cuales pensaba llevar a la práctica sus proyectos concernientes a apoderarse del trono de su hermano. Waldemar Fitzurse, su hábil y político agente, les iba convenciendo con gran persuasión e intentaba llevarles al estado de excitación necesario para que declarasen sus intenciones en tan delicado asunto. Pero estos proyectos se retrasaban por la ausencia de más de un miembro destacado de la confederación. La osada testarudez de Front-de-Boeuf, como también su brutal valentía; los ardientes sentimientos y el espíritu inquieto de De Bracy; la sagacidad, experiencia militar y renombrado valor de Bois-Guilbert eran muy importantes para la conspiración y, mientras maldecían en secreto su innecesaria e injustificada ausencia, ni Juan ni su consejero se atrevían a seguir adelante. Parecía ser que también Isaac de York se había desvanecido, y con él la esperanza de disponer de cierta suma de dinero que había de redondear la cantidad que el príncipe Juan había acordado con el israelita y sus hermanos. Todas estas ausencias podían ser consideradas peligrosas en una situación tan crítica.

A la mañana siguiente de la caída del castillo de Torquilstone, empezó a esparcirse por la ciudad de York el rumor que De Bracy y Bois-Guilbert y su confederado Front-de-Boeuf habían sido hechos prisioneros o estaban muertos. Waldemar llevó el rumor a Juan, temiendo que resultara ser cierto, ya que habían salido sólo con un pequeño grupo para atacar a Cedric *el Sajón* y sus acompañantes. En cualquier otra ocasión, el príncipe hubiera considerado aquel acto de violencia como algo divertido; pero ahora, puesto que retrasaba e impedía sus planes, juró contra los que tal habían hecho, habló de leyes transgredidas, de la alteración del orden público y de atentado a la propiedad privada, todo ello expresado en un tono de voz que parecía el del rey Alfredo.

—Estos merodeadores sin escrúpulos… —decía—. Si algún día llegara a ser monarca de Inglaterra los colgaría a todos del puente levadizo de su propio castillo.

—Pero para llegar a ser monarca de Inglaterra —dijo su consejero—, es preciso no sólo que Vuestra Majestad soporte las transgresiones de estos merodeadores sin escrúpulos, sino que incluso les preste protección, pasando por alto vuestro laudable celo para que se respeten las leyes que ellos están acostumbrados a infringir. Estaríamos listos si los bellacos sajones tuvieran noticia de vuestra visión de los

puentes levadizos convertidos en horcas, y el espíritu osado de Cedric parece el más apropiado para que se le ocurra tal fantasía. Vuestra Majestad sabe muy bien lo peligroso que resultaría emprender nuestra acción sin De Bracy, Front-de-Boeuf ni el templario…, y a pesar de todo ya hemos ido demasiado lejos para volvernos atrás.

El príncipe Juan se golpeó la frente con impaciencia y empezó a pasear a lo ancho del aposento.

—Los villanos —decía—, viles y cobardes villanos, me han abandonado en este apuro.

—Calificadles mejor de avutardas aturdidas que van jugando con estas memeces, cuando tan importante negocio se estaba tramitando.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el príncipe deteniéndose ante Waldemar.

—No lo sé. No sé qué se puede hacer si no es lo que acabo de ordenar. No vine a notificaros esta nueva sin haber tomado las pertinentes medidas para remediarla.

—Sois mi ángel bueno —dijo el príncipe—, y cuando pueda disponer de un canciller como vos, el reinado de Juan será recordado en los anales de la historia. ¿Qué has ordenado?

—He ordenado a Louis Winkelbrand, el lugarteniente de De Bracy, que tocara a botasilla, desplegara el estandarte y se dirigiera al castillo de Front-de-Bceuf para socorrer a nuestros amigos.

La cara del príncipe Juan enrojeció como la de un niño mimado al que se priva de un capricho y se ve obligado a sufrir lo que él considera como un insulto.

—¡Por Dios! ¡Waldemar Fitzurse, muchas prerrogativas os habéis tomado! Y en mala hora os habéis atrevido a llamar a botasilla y levantar bandera en una ciudad donde estamos presentes. Y ello sin orden expresa mía.

—Pido el perdón de Vuestra Majestad, pero el tiempo apremiaba y la pérdida de algunos minutos hubiera podido resultar fatal. Juzgué oportuno tomar sobre mis espaldas tan pesada carga en asunto que tanto atañía a los intereses de Vuestra Majestad.

—Estáis perdonado, Fitzurse; la buena intención ha compensado el apresurado atrevimiento. Pero ¿a quién tenemos aquí?. ¡De Bracy en persona, por el madero! Y con extraño atavío acude a nuestra presencia.

En verdad se trataba de De Bracy, «ensangrentado por la espuela y fieramente rojo por la velocidad», según la cita. Su armadura conservaba todas las huellas de la pelea reciente y se la veía rota, abollada y manchada de sangre en muchos sitios, y cubierta de polvo y barro desde la cimera a las espuelas. Sacándose el yelmo, que colocó sobre la mesa, permaneció de pie y en silencio durante un momento, como si quisiera concentrarse antes de dar las noticias que traía.

—De Bracy —preguntó el príncipe Juan—. ¿Qué significa esto? ¡Habla, te lo ordeno! ¿Se han rebelado los sajones?

—Habla, De Bracy —dijo Fitzurse casi al mismo tiempo que su amo—. Te tenemos por un hombre. ¿Dónde está el templario? ¿Y Front-de-Boeuf?

—El templario ha volado —dijo De Bracy—. A Front-de-Boeuf ya no le veréis nunca más. Ha encontrado una tumba roja entre las llamas que han quemado su propio castillo. Sólo yo he podido escapar para contároslo.

—Helado me dejas —dijo Fitzurse—, aunque hayas hablado de fuego y combate.

—Todavía no os he dicho lo peor —dio De Bracy, y acercándose al príncipe Juan, le dijo en voz baja y enfática—; Ricardo está en Inglaterra. Le he visto y he hablado con él.

El príncipe Juan palideció, vaciló sobre sus pies y se apoyó contra el respaldo de un banco de roble, como aquél que recibe una flecha en pleno pecho.

—¡Tú sueñas, De Bracy! Esto no puede ser —dijo Waldemar.

—Es tan verdad como la verdad misma. Me hizo su prisionero y hablé con él.

—¿Con Ricardo Plantagenet, quieres decir? —preguntaba Waldemar.

—Con Ricardo Plantagenet —replicaba De Bracy—. Con Ricardo *Corazón de León*…, con Ricardo de Inglaterra.

—¿Y te hizo prisionero? Entonces viene a la cabeza de fuerzas —dijo Waldemar.

—No…, únicamente unos cuantos bandidos y monteros iban con él, y con ellos conservaba el incógnito. Oí cómo decía que estaba a punto de separarse de ellos. Se les unió sólo para ayudar en el asalto de Torquilstone.

—¡Ay! —exclamó Fitzurse—, en verdad éstas son las maneras y modos de Ricardo. Un auténtico caballero andante, errante entre mil locas aventuras, confiando en la fuerza de su brazo como cualquier sir Guy o sir Bevis, mientras los pesados asuntos de Estado duermen y su propia seguridad está en peligro. ¿Qué propones que hagamos, De Bracy?

—¿Yo? Ofrecí a Ricardo los servicios de mis mercenarios y los rehusó. Les conduciré a Hull, nos haremos con un barco y zarparemos rumbo a Flandes. Gracias a lo inquieto de los tiempos, un hombre de acción siempre encuentra trabajo. Y tú, Waldemar, ¿tomarás la lanza y el escudo y dejándote de politiquerías me acompañarás y compartiremos la suerte que Dios nos envíe?

—Soy demasiado viejo, Maurice, y tengo una hija —contestó Waldemar.

—Dámela, Fitzurse, y la mantendré como conviene a su rango con la ayuda de mi lanza y de los estribos —dijo De Bracy.

—No será así. Pediré asilo en la iglesia de San Pedro. El arzobispo es como si fuera hermano mío.

Durante el anterior diálogo, el príncipe Juan abandonaba el estupor en que le había sumergido la inesperada noticia, atento a todo lo que hablaron sus dos seguidores.

«Me abandonan —decía para sí—, se separan de mí como la hoja marchita se separa de la rama cuando sopla la brisa. ¡Infierno y diablos! ¿Es que no sabré obrar por mí mismo cuando huyan estos cuervos desertores?». Se detuvo; había una expresión de pasión diabólica en la contenida risa con que interrumpió la conversación.

—Milores, por el resplandor de la frente de Nuestra Señora que os tengo por hombres sabios, osados y decididos. Y, sin embargo, despreciáis las riquezas, honores, placeres, todo lo que nuestra empresa prometía, justo en el momento en que podemos triunfar con un solo golpe atrevido.

—No os entiendo —dijo De Bracy—. Tan pronto como corra la nueva del regreso de Ricardo se encontrará al mando de un ejército y todo habrá acabado para nosotros. Os aconsejaría huir a Francia o pedir la protección de la reina madre.

—No busco mi seguridad —dijo altaneramente el príncipe—. Podría conseguirla hablando una sola palabra con mi hermano. Pero aunque tú, De Bracy y también tú, Fitzurse, estéis tan decididos a abandonarme, no me causaría especial deleite ver cómo vuestras cabezas se ennegrecían sobre la puerta de Clifford. ¿Crees, Waldemar, que el arzobispo no consentiría en dejarte arrancar de los mismos escalones del altar si ello le reconciliara con Ricardo? ¿Y olvidas tú, De Bracy, que entre tú y Hull se encuentra Robert Estoteville con todas sus fuerzas y que el marqués de Essex está juntando a sus seguidores? Si teníamos motivos para temer estas levas antes del regreso de Ricardo, ¿tenéis ahora alguna duda respecto a su toma de partido? Créeme, únicamente Estoteville dispone de fuerzas suficientes para lanzar a tus mercenarios al Canal. —Waldemar y De Bracy se miraron mutuamente con franca desesperación—. Sólo un camino conduce a la salvación —continuó el príncipe mientras su rostro se hacía tenebroso como la medianoche—: el causante de nuestros terrores viaja solo. Debemos ir a por él.

—Yo no iré —se apresuró a decir De Bracy—. Me tuvo prisionero y me concedió el perdón. No dañaré ni una pluma de su penacho.

—¿Quién ha hablado de causarle ningún daño? —dijo el príncipe Juan, endureciendo su risa—. El bribón sería capaz de decir que yo ordené que le degollaran. No, una prisión segura es lo aconsejable. Y si esta prisión se encuentra en Inglaterra en vez de en Austria, ¿qué importa? Las cosas quedarían como estaban cuando dimos comienzo a nuestra empresa. Nos fundábamos, precisamente, en que Ricardo debía encontrarse prisionero en Alemania. Nuestro tío Robert vivió y murió en el castillo de Cardiff…

—Sí, pero —dudaba Waldemar— vuestro padre Enrique estaba sentado en un trono más sólido que el vuestro. Yo digo que no hay mejor prisión que la que proporciona el sacristán enterrador, ninguna mazmorra puede compararse al sótano abovedado de una iglesia. Ya sabéis mi opinión.

—Prisión o tumba —dijo De Bracy—, yo me lavo las manos.

¡Villano! —exclamó el príncipe—, no despreciarás nuestro consejo.

—Nunca he despreciado ningún consejo —dijo De Bracy altaneramente—, ¡ni el nombre de villano debe ser emparejado con el mío!

—¡Paz, señor caballero! —intervino Waldemar—. Y vos, mi buen señor, sabed perdonar los escrúpulos del valiente De Bracy. Pronto le libraré de ellos.

—Están fuera del alcance de tu elocuencia, Fitzurse —replicó el caballero.

—¿Por qué, buen sir Maurice —replicó el hábil político—, te inquietas como un brioso corcel que no se detiene a considerar los motivos de su temor? Este Ricardo…, pero si no hace más que unos días que tu más ferviente deseo hubiera sido encontrarte con él, frente a frente, durante el combate. Cien veces te he oído expresar este deseo.

—¡Ay! —exclamó De Bracy—, pero como bien dices tenía que ser frente a frente y durante el combate. Nunca me oíste hablar de asaltarle cuando estuviera solo y en un bosque.

—No eres buen caballero ni sientes escrúpulos —dijo Waldemar—. ¿Fue en el combate donde Lancelot y sir Tristán ganaron la fama? ¿No fue acaso por enfrentarse a gigantescos caballeros entre las sombras de bosques deshabitados?

—¡Ay!, pero yo os aseguro que ni Tristán ni Lancelot hubieran sido enemigos, mano a mano, para Ricardo *Corazón de León*, y no creo que se les suponga capaces de ir con escolta al encuentro de un hombre solo.

—Estás loco, De Bracy. ¿Qué te propones, tú, un simple capitán alquilado de una compañía de mercenarios, cuyas espadas han sido compradas por el príncipe Juan para tenerlas a su servicio? Deseabas topar con nuestro enemigo y cuando la fortuna de tu amo y señor, la de tus camaradas, la tuya propia y el honor y la vida de cada uno de nosotros están comprometidos, entonces te asaltan los escrúpulos.

—Te repito —dijo De Bracy fríamente— que me perdonó la vida. Verdad es que me expulsó de su presencia y rehusó mi pleitesía. Por lo tanto, no le debo ni favores ni agradecimientos. Pero no levantaré la mano contra él.

—No será preciso. Manda a Louis Winkelbrand con algunas de tus lanzas.

—¡Suficientes rufianes tenéis a vuestro servicio! Ninguno de los míos intervendrá en tal quehacer.

—¿Tan obstinado eres, De Bracy? —preguntó el príncipe Juan—. ¿Me abandonarás después de tantas promesas de servirme?

—No quise decir tal cosa —contestó De Bracy—. Os defenderé en cualquier empresa caballeresca, ya sea en la liza o en el campo de batalla; pero estos métodos de asaltador de caminos no van conmigo.

—Acércate, Waldemar. Cuán desgraciado príncipe soy. Mi padre, el rey Enrique, disponía de fieles servidores. No tuvo más que insinuar que un clérigo disidente le molestaba y la sangre de Thomas Becket, aun siendo un santo, manchó las gradas de su propio altar. ¡Tracy, Morville, Brito[12], leales y osados súbditos, vuestros nombres, vuestro espíritu se ha extinguido! Y aunque Reginald Fitzurse ha dejado un hijo, no hace honor a la valentía ni a la fidelidad de su padre.

—¡Hago honor a ambas virtudes! —dijo Waldemar Fitzurse—. Y ya que no se puede hacer nada mejor, tomaré la dirección de esta empresa. Caros pagó mi padre, de todos modos, los elogios de un amigo celoso y además, la muestra de lealtad que dio a Enrique distaba mucho de parecerse a la que yo voy a llevar a cabo; porque más quisiera habérmelas con todos los santos del calendario que no enfrentarme a Ricardo *Corazón de León* lanza en ristre. De Bracy, en ti confío para mantener altos los

ánimos de los que duden y también para proteger la persona del príncipe Juan. Si recibiera las noticias que confío en mandaros, nuestra empresa ya no será incierta. ¡Paje! Ve a mis aposentos y dile a mi armero que esté preparado. Diles también a Stephen Wetheral, a Broad Thoresby y a las tres lanzas de Spyinghow que se presenten de inmediato; y que el jefe de exploradores, Hugh Bardon, se persone también. Adiós, príncipe mío, hasta que los tiempos sean mejores —y así diciendo, abandonó el aposento.

—Marcha para hacer prisionero a mi hermano —díjole el príncipe a De Bracy—; y con tan poco remordimiento como si fuera asunto que sólo afectara a la libertad de un hidalgo sajón. Confío en que seguirá mis órdenes y tratará a la persona de nuestro querido Ricardo con el debido respeto —De Bracy contestó sólo con una sonrisa.

—Por la luz de la frente de Nuestra Señora —dijo el príncipe Juan—. Las órdenes que le di fueron precisas, aunque puede que no las oyeras, porque se las di cuando estábamos junto a aquel mirador. No podía haber expresado con más claridad nuestro encargo, al decirle que cuidara especialmente de la seguridad de Ricardo. ¡Da por seguro que Waldemar puede temer por su cabeza si no cumple lo ordenado!

—Será mejor que vaya a sus aposentos —contestó De Bracy— y le haga plenamente consciente de los deseos de Vuestra Majestad, ya que, si escaparon del todo a mis oídos, pueden no haber llegado a los de Waldemar.

—No, no —interrumpió el príncipe con impaciencia—. Te aseguro que me oyó y, además, tengo un encargo para ti. Maurice, ven aquí; deja que me apoye en tu brazo.

Dieron una vuelta al salón en esta familiar postura y después el príncipe Juan, con aires de la más confidencial intimidad, dijo:

—¿Qué piensas de este Waldemar Fitzurse, amigo De Bracy? Confía en ser nuestro canciller. Seguro que lo habremos de meditar mucho antes de dar tal cargo a alguien que en tan poca estima tiene nuestra sangre, pues lo ha demostrado al hacerse cargo tan decididamente de esta expedición contra Ricardo. Tú piensas, estoy seguro de ello, que has perdido nuestra estima por haberte negado a cumplir tan desagradable misión. Pero, no, Maurice. Mereces mi alabanza por tu virtuosa constancia. Hay cosas que es preciso hacer y ello no significa que apreciemos a la mano que las ejecuta; por otra parte, puede haber negativas que hagan aumentar nuestra estima por aquéllos que se niegan a nuestra petición. El arresto de mi hermano no es ningún timbre de gloria para el alto oficio de canciller, pero sí lo es tu caballeresca y valiente negativa; tu gesto te hace acreedor al bastón de mando de mariscal. Piensa en ello, De Bracy, y acude a tu trabajo.

—Tirano trapisondista —murmuraba De Bracy mientras abandonaba el aposento del príncipe—. Mala suerte tienen aquéllos que en ti confían. ¡Tu canciller! Aquél que deba respaldar tu conciencia poco trabajo tendrá. ¡Pero mariscal de Inglaterra! Ésa… —decía mientras extendía el brazo como si ya sostuviera en la mano el bastón de mando y, de pronto, asumiendo un aspecto marcial en el momento que cruzaba ante la cámara—, ésa es en verdad una recompensa por la cual se puede luchar.

Tan pronto como De Bracy abandonó el salón, el príncipe Juan requirió a un sirviente.

—Di a Hugh Bardon, nuestro jefe de exploradores, que se persone aquí tan pronto como haya terminado de hablar con Waldemar Fitzurse.

Al cabo de un rato llegó el explorador jefe.

—Bardon, ¿qué quería de ti Waldemar?

—Me ha pedido dos hombres decididos, buenos conocedores de las asperezas y soledades de las selvas del Norte. Y que a la vez fueran hábiles para seguir la huella del hombre y del caballo.

—¿Se los proporcionaste?

—Que Vuestra Majestad no confíe más en mí si no lo hice —contestó el jefe de los exploradores—. Uno procede de Hexhamshire y es capaz de seguir el rastro de los ladrones Tynedale y Teviotdale como el galgo rastrea al ciervo herido. El otro se ha criado en Yorkshire y ha hecho vibrar la cuerda de su arco en el mismo Sherwood; conoce cada claro y cada vereda, monte bajo y fragosidad que pueda haber desde aquí a Richmond.

—Está bien. ¿Salió ya con ellos Waldemar?

—Al instante —dijo Bardon.

—¿Con qué compañía? —preguntó Juan descuidadamente.

—Broad Thoresby va con él y Wetheral, al que por su crueldad llaman Stephen *Corazón de Acero*. Además van tres hombres de armas del norte y que formaban parte de la partida de Ralph Middleton. Son conocidos como las lanzas de Spyinghow.

—Está bien —dijo el príncipe Juan, y añadió después de una pausa—: Bardon, importa mucho que vigiles de cerca a Maurice De Bracy…, sin que se dé cuenta, claro. Y haznos conocer sus movimientos de tanto en tanto, además de informarme con quién y de qué habla. No fracases en esto, tu cabeza responde.

Hugh Bardon se inclinó al retirarse.

—Si Maurice me traiciona —decía el príncipe Juan—, si me traiciona, como su comportamiento me hace temer, tendré su cabeza aunque Ricardo estuviera asaltando las puertas de York.

XXXV

Del desierto se levanta el tigre
y, disputándose la presa, con leones lucha;
es riesgo menor que el insano fuego
del que escucha el salvaje fanatismo.

Anónimo.

Nuestra historia vuelve a encontrar a Isaac de York. Montado en una mula, obsequio del montero, acompañado de dos hombres fornidos que debían servirle de guías y de escolta, el judío había salido en dirección al preceptorio de Templestowe con intención de negociar el rescate de su hija. El preceptorio se encontraba a una jornada de viaje del demolido castillo de Torquilstone y el judío esperaba llegar antes del anochecer; por esto había despedido a sus guías en los límites del bosque después de gratificarles con una moneda de plata. Entonces apretó el paso tanto como sus preocupaciones se lo permitieron. Pero le fallaron las fuerzas antes de haber llegado a cuatro millas de la corte del Temple. Fuertes dolores acometieron sus miembros y su espalda, y la angustia que su corazón sentía se veía ahora aumentada con los dolores corporales. No le fue posible pasar más allá de una pequeña aldea donde habitaba un rabino de su tribu, renombrado por su profesión médica y antiguo conocido de Isaac. Nathan Ben Israel recibió a su doliente correligionario con toda la amabilidad que su ley prescribía y que los judíos ejercían entre ellos. Insistió en que reposara y que utilizara los remedios al uso para atajar la fiebre que el terror, los malos tratos y las penas habían ocasionado al pobre Isaac.

Por la mañana, cuando Isaac se disponía a levantarse y a proseguir su viaje, Nathan no se mostró favorable a este propósito, como anfitrión y como médico. Le dijo que le podía costar la vida. Pero Isaac replicó que era más importante que la vida y que la muerte el que él fuera aquella mañana a Templestowe.

—¡A Templestowe! —exclamó sorprendido su amigo. Tomó su pulso de nuevo y murmuró—: La fiebre ha bajado pero su mente ha quedado algo afectada.

—¿Y por qué no habría de ir a Templestowe? —preguntó el paciente—. Ya sé, Nathan, que es cobijo de todos aquéllos que tienen a los hijos de la promesa como una abominación; pero ya sabes que con frecuencia las perentorias necesidades del negocio nos obligan a acudir a estos soldados nazarenos sedientos de sangre. Recuerda que tanto visitamos los preceptorios de los templarios como las encomiendas de los caballeros de San Juan[13].

—Lo sé muy bien —dijo Nathan—; pero ¿ignoras acaso que Lucas de Beaumanoir, el jefe de su Orden y a quien llaman gran maestre, se encuentra en estos

momentos en Templestowe?

—No lo sabía —contestó Isaac—; las cartas de nuestros hermanos de París nos avisaban de que se encontraba en aquella ciudad pidiéndole ayuda al rey Felipe para ir a luchar contra el sultán Saladino.

—Desde entonces ha venido a Inglaterra sin que sus cofrades le esperaran, y ha venido con el brazo bien armado para corregir y castigar. Está indignado contra aquellos que se han apartado de los votos que hicieron y mucho es el temor de estos hijos de Belial. ¿No has oído hablar de él?

—Le conozco muy bien —dijo Isaac—. Los gentiles dicen que este Lucas de Beaumanoir es un hombre dispuesto a degollar a quien se aparte un ápice de la ley nazarena, y nuestros hermanos lo han calificado como un destructor de sarracenos y un cruel tirano para los hijos de la promesa.

—Y han acertado —dijo Nathan, el médico—. Otros templarios han podido cambiar de intenciones movidos por los placeres de su corazón o sobornados por las promesas de oro y plata, pero Beaumanoir es de otra casta. Odia la sensualidad, desprecia las riquezas y sólo está interesado en ganar lo que ellos llaman la corona del martirio. ¡Caiga rápidamente sobre ellos el Dios de Jacob! Especialmente este hombre orgulloso se ha ensañado con los hijos de Judá, al igual que David contra Edom, considerando que el asesinato de un judío es un sacrificio de tan dulce sabor como el de un sarraceno. Incluso ha pronunciado palabras impías contra nuestras medicinas y sus virtudes, y con falsas palabras las ha calificado de instrumentos de Satán. ¡Dios lo repudie!

—De todos modos —contestó Isaac—, debo presentarme aunque haya puesto siete veces al rojo vivo su máscara en un horno siete veces potente.

Entonces le explicó a Nathan el motivo de su precipitado viaje. El rabino escuchó con interés y dio testimonio de su condolencia al estilo de su pueblo, rasgándose las vestiduras y diciendo:

—¡Ah, hija mía! ¡Ah, hija mía! ¡Ay, la hermosura de Sión! ¡Ay, el cautiverio de Israel!

—Ya ves la situación —dijo Isaac—. No puedo entretenerme. Por ventura, la presencia de este Lucas Beaumanoir, ya que es el jefe de todos ellos, pueda conseguir que Brian de Bois-Guilbert se vuelva atrás de los malignos propósitos que alimentaba y es posible que me devuelva a mi querida hija Rebeca.

—Entonces, ve —dijo Nathan Ben Israel—, y sé prudente, porque la prudencia ayudó a Daniel en el pozo de los leones, donde fue arrojado, y que te vaya tan bien como tu corazón desea. Sin embargo, si puedes, no te dejes ver por el gran maestro porque su principal deleite consiste en avasallar a nuestro pueblo. Quizá si pudieras hablar a solas con Bois-Guilbert consiguieras mejor tu propósito, porque se dice que estos malditos nazarenos forman dos bandos en el preceptorio. ¡Que se confundan sus mentes y caiga sobre ellos la vergüenza! Pero tú, hermano mío, regresa aquí como si ésta fuera la casa de tu padre y cuéntame cómo te fue; espero que traerás contigo a

Rebeca, la discípula de la sabina Miriam, cuyas curaciones los gentiles se las hicieron pagar como si se hubiera tratado de cábalas nigrománticas.

Isaac despidióse de su amigo y una hora después se encontraba ante las puertas del preceptorio de Templestowe.

Dicho establecimiento de los templarios estaba situado entre praderas y pastos que la devoción del antiguo preceptor había cedido a su Orden. Era fuerte y bien fortificado, medida de seguridad que aquellos caballeros nunca olvidaban y que el peculiar estado de desorden en que se encontraba Inglaterra hacía del todo necesario. Dos alabarderos vestidos de negro guardaban el puente levadizo y otros, con la misma librea, iban de un extremo a otro de las murallas a paso de funeral, y más se asemejaban a espectros que a soldados. Los oficiales inferiores de la orden iban vestidos de esta guisa desde los tiempos en que, por usar vestes blancas parecidas a las de los caballeros y escuderos, habían dado pie a que muchos se hicieran pasar por templarios en las montañas de Palestina, causando gran deshonor a la Orden. De vez en cuando se veía cruzar el patio a un caballero con su capa blanca, la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados. Al cruzarse con los centinelas era saludado con una profunda y silenciosa reverencia, según disponían los textos sagrados de su orden: «Con muchas palabras no podréis evitar el pecado». Y también: «La muerte y la vida están en el poder de la lengua». En una palabra, el rudo y ascético rigor de la disciplina del Temple, que desde hacía tanto tiempo se había transformado en licenciosa prodigalidad, parecía haber renacido de golpe en Templestowe bajo la mirada severa de Lucas Beaumanoir.

Isaac se detuvo ante la puerta, considerando cómo se las ingeniaría para ser admitido del mejor modo que le ganara una benévola predisposición, porque estaba convencido de que el resucitado fanatismo de la Orden no era menos peligroso que su anterior conducta licenciosa. Pensaba que su religión ahora podía ser objeto de odio y persecución, del mismo modo como anteriormente sus riquezas le habían expuesto a incesantes extorsiones.

En aquellos momentos, Lucas de Beaumanoir se paseaba por un jardincillo perteneciente al preceptorio y emplazado en el recinto amurallado. Mantenía una triste y confidencial conversación con un hermano templario que le había acompañado desde Palestina.

El gran maestre era un hombre de avanzada edad, como lo atestiguaban su larga barba canosa y las pobladas cejas grises que sombreaban sus ojos, de los cuales, de todos modos, los años no habían conseguido apagar el fuego. Formidable guerrero, su figura delgada conservaba todo el porte marcial; ascético beato, daba muestras de las virtudes de la abstinencia y de la satisfacción propia del devoto; con todo, se mezclaba en estos severos rasgos de su fisonomía algo sorprendente y noble, originado sin duda por la costumbre derivada de su alto empleo, que le obligaba a tratar con monarcas y príncipes, y por la costumbre de ejercer su suprema autoridad sobre caballeros de alto linaje que se habían sometido a las reglas de la Orden. Era

alto de estatura, y su porte, que no estaba afectado por los años ni por las fatigas, era solemne. Su blanco manto estaba cortado con simetría, según la regla del mismo san Bernardo, y se componía de una túnica ceñida al cuerpo. En cada hombro llevaba la cruz característica del Temple, recortada en paño rojo. Ni terciopelo ni armiño adornaban su manto; pero en respeto a la edad del gran maestre y como las reglas lo permitían, el dobladillo y la orla iban forrados de piel de cordero de fino pelo vuelto hacia fuera, que era lo único que sus votos le permitían llevar, el adorno más lujoso de los vestidos por aquel entonces. Llevaba en la mano el singular báculo de su oficio y dignidad, con el cual los templarios son representados usualmente, y que tenía en el extremo superior un disco en el que estaba grabada la cruz de la Orden dentro de una orla. El compañero que atendía a tan importante personaje casi iba vestido de la misma manera; pero la extrema cortesía y respeto que mostraba hacia su superior ponía de manifiesto la gran diferencia de dignidad que había entre los dos. El preceptor, porque tal era su rango, no paseaba junto al gran maestre, sino justo detrás de él y a la distancia necesaria para que Beaumanoir pudiera hablarle sin volver la cabeza.

—Conrade —decía el gran maestre—, querido compañero de combates y fatigas, sólo a tu fiel pecho puedo confiar mis penas. A ti sólo puedo confiar cuántas veces, desde que vine a este reino, he deseado liberarme y que mi alma volara hacia el cielo. Ni un solo objeto ha encontrado mi mirada en Inglaterra en el cual pudiera reposar con placer, salvo las tumbas de nuestros hermanos bajo las bóvedas de nuestra iglesia templaría en aquella orgullosa capital. «¡Oh valiente Robert de Ros!», exclamaba yo interiormente, mientras contemplaba las estatuas de estos valientes soldados de la cruz. «¡Oh valeroso William de Mareschal! ¡Abrid vuestras celdas de mármol y dadle reposo a un hermano cansado, que antes preferiría pelear contra mil paganos que contemplar la decadencia de nuestra santa Orden!».

—Es verdad —contestó Conrade Mont-Fitchet—. Las irregularidades de nuestros hermanos de Inglaterra son todavía mayores que las de los que están en Francia.

—Porque son más ricos —contestó el gran maestre—. Sigue mi discurso, hermano, aunque puedas creer que en cierto modo me vanaglorio. Tú sabes la vida que he llevado, guardando cada punto de mi regla, luchando con demonios encarnados y desencarnados, abatiendo, como buen caballero y devoto clérigo, al león rugiente que merodea para ver a quién podrá devorar, le haya encontrado dondequiera, como el bendito san Bernardo prescribió en el capítulo cuarenta y cinco de nuestra regla: «*Ut leo semper feriatur*». ¡Pero por el Templo!, el cielo que ha devorado mi sustancia y mi vida, sí, los mismos nervios y el tuétano de mis huesos; por este mismísimo Templo te juro que excepción hecha de ti y de algunos cuantos más que todavía retienen y practican la antigua severidad de la Orden, no veo a ningún otro hermano al cual mi alma pueda abrazar aplicándole este santo nombre. ¿Qué dicen nuestros estatutos y cómo los observan nuestros hermanos? No les está permitido ningún vestido vano o de este mundo, ni plumaje en el yelmo, ni oro en las

espuelas ni en la brida. Y a pesar de ello, ¿quién viste tan galantemente y con tanta vistosidad como el pobre templario? Nuestros estatutos les prohíben cazar un ave utilizando otra ave, derribar bestias con flecha o ballesta, soplar un cuerno de caza o espolear al caballo persiguiendo la caza. Pero veamos, ni en la caza ni en la pesca, en cada ejercicio realizado en el río o en el bosque, ¿quién aventajará al templario en estas vanidades? Les está prohibido leer sin permiso de su superior o escuchar lo que se lee salvo los santos textos que se recitan en alta voz durante la comida; pero ¡ay!, sus oídos están al servicio de juglares y vagabundos y sus ojos estudian vacíos romances. Se les encomendó extirpar la magia y la herejía. ¡Ay!, se les acusa de estudiar los malditos textos cabalísticos de los judíos y las artes mágicas de los sarracenos. Se les prescribió una dieta sencilla: raíces, hortalizas, vegetales, carne tres veces a la semana, porque la costumbre de alimentarse con carne acarrea la corrupción del cuerpo y, fíjate, ¡sus mesas gimen bajo el peso de los platos delicados! Su bebida debía ser el agua; y ahora, ¡qué escándalo!, el mejor elogio para un gran bebedor es compararle a un templario. Este mismo jardín, lleno de curiosas hierbas y plantas traídas de climas orientales, es más apto para el harén de un emir infiel que para que los monjes cultiven las plantas caseras que han de condimentar para que constituyan su básico alimento, Y, ¡ah, Conrade, si la corrupción y el relajamiento de costumbres se detuviera aquí! Bien sabes que se nos prohibió recibir a las devotas mujeres que deseaban unirse a nuestra Orden y que al principio eran denominadas hermanas, ya que, como dice el capítulo cuarenta y seis: «El enemigo, por medio de la mujer, ha apartado a muchos de la senda que conduce al paraíso». Incluso en el último capítulo, piedra fundamental que nuestro bendito fundador escribió para condensar nuestra pura doctrina, por él a nosotros revelada, se nos prohíbe ofrecer el beso de afecto a nuestras hermanas y a nuestras propias madres: *ut omnium mulierum fiingiantur oscula*. Me da vergüenza hablar, me avergüenzo de pensar en las corrupciones que han caído sobre nosotros como un torrente. Las almas de nuestros puros fundadores, los espíritus de Hugh de Payen, Godfrey de Saint-Omer y de los siete benditos que primero se les unieron para dedicar sus vidas al servicio del Temple, se conmueven incluso entre los gozos del paraíso. Les he visto, Conrade, en mis visiones nocturnas. Los ojos santos derraman lágrimas por los pecados y locuras de sus hermanos y por el lujo desbordado en que viven. «Beaumanoir —me dicen—, estás dormido. ¡Despierta…, despierta! Hay manchas en los muros del Temple, tan grandes e indelebles como las manchas de lepra sobre las paredes del leproso. Los soldados de la cruz, que deberían evitar las miradas de la mujer como las de un basilisco, viven abiertamente en el pecado, y no sólo con las hembras de su propia raza, ¡sino con las hijas de los condenados y de los malditos judíos! Beaumanoir, estás durmiendo; ¡levántate y haz justicia a nuestra causa! ¡Degüella a los pecadores, macho y hembra! ¡Haz como Fineas!». La visión desapareció, Conrade, pero al despertarme todavía podía oír la resonancia de sus armaduras y ver ondear sus blancos mantos. Y yo haré según su palabra: ¡purificaré el edificio del Temple! Y las

piedras mancilladas y que son foco de infección, las arrancaré y las apartaré del edificio.

—Sin embargo, piensa, reverendo padre —dijo Mont-Fitchet—, que la mancha ha calado hondo debido al tiempo transcurrido y se ha transformado en costumbre; si tu reforma ha de ser justa y prudente, también habrá de ser cautelosa.

—No, Mont-Fitchet, tiene que ser súbita y afilada. La Orden tiene su destino pendiente de una tremenda crisis…, sí, su destino ha entrado en crisis. La sobriedad, devoción y piedad de nuestros predecesores nos hizo ganar amigos poderosos… Nuestra presunción, nuestras riquezas, nuestro lujo, han levantado contra nosotros a potentes enemigos. ¡Debemos renunciar a estas riquezas, que son la tentación de los príncipes, debemos abatir nuestra presunción, que es una ofensa para ellos, debemos reformar la licencia de nuestras costumbres, que son un escándalo para todo el mundo cristiano! O de lo contrario, y recuerda lo que te digo, la Orden del Temple será demolida y las generaciones venideras no sabrán en qué solar se asentaba.

—¡Dios nos libre de tal calamidad! —exclamó el preceptor.

—¡Amén! —dijo el gran maestre con solemnidad—. Pero debemos merecer su ayuda. Te digo, Conrade, que ni los poderes del cielo ni los de la tierra soportarán por más tiempo esta corrupción. Lo sé positivamente; el solar donde se asienta nuestro edificio ya está minado, y cuanto añadamos a la estructura de nuestra grandeza contribuirá a hundirnos antes en el abismo. Debemos corregir nuestra armadura y demostrar que somos los fieles campeones de la cruz, sacrificando a nuestra vocación no sólo nuestra sangre y nuestras vidas, no sólo nuestros gustos y nuestros vicios, sino también nuestra comodidad, nuestra vida fácil y nuestros afectos naturales, y obrar así en la plena convicción de que muchos placeres que para otros pueden ser lícitos, le están prohibidos al soldado atado por sus votos al Temple.

En este momento, un escudero vestido con tela de saco (porque los aspirantes llevaban durante su noviciado las vestiduras de los caballeros expulsados) entró en el jardín e, inclinándose profundamente ante el gran maestre, se mantuvo en silencio, en espera de que le fuera concedido el permiso para hablar antes de atreverse a cumplir su encargo.

—¿No es asombroso —decía el gran maestre— ver a este Damián vestido con los hábitos de la humildad cristiana, aparecer así con reverente silencio ante su superior, cuando sólo hace dos días iba por el mundo como un payaso, con un vestido pintarrajeado y dando volteretas como un experto danzarín? Habla, Damián, te damos permiso. ¿Qué recado traes?

—Un judío está ante la puerta de entrada, noble y reverendo padre —dijo el escudero—, pide permiso para hablar con el hermano Bois-Guilbert.

—Hiciste bien en notificármelo —dijo el gran maestre—. En nuestra presencia un preceptor es uno de tantos de nuestra Orden que no debe andar por su paso, sitio por el de su maestre. Siempre según el texto: «Al oírme me obedeció». Nos importa especialmente saber de las andanzas de este Bois-Guilbert —añadió, dirigiéndose a

su compañero.

—Se dice que es bravo y valiente —dijo Conrade.

—Y es verdad —dijo el gran maestre—. Sólo en cuestiones de valor no hemos degenerado en relación con nuestros predecesores, los héroes de la cruz. Pero sir Brian entró en nuestra Orden como hombre amargado y resentido, llevado, no lo dudo, a profesar los votos y renunciar al mundo no con ánimo sincero, sino debido a algún ligero contratiempo que le ha conducido a hacer penitencia. Desde entonces se ha convertido en un activo y ardiente agitador, un murmurador, siempre maquinando algo, y en un jefe de los que discuten mi autoridad sin tener en consideración la autoridad que le es dada al maestre con el símbolo de la vara y del báculo. El báculo para sostener las debilidades de los débiles. La vara para corregir las faltas de los delincuentes. Damián, conduce al judío a nuestra presencia.

El escudero se alejó con una profunda reverencia y volvió al cabo de unos minutos conduciendo a Isaac de York. Ningún esclavo desnudo se presentó ante un príncipe poderoso haciendo ante el trono más demostraciones de reverencia y terror que las que hizo el judío ante el gran maestre. A tres yardas de distancia, Beaumanoir le hizo seña con su báculo para que no se adelantara más. El judío se arrodilló en el suelo y lo besó en señal de reverencia; levantándose entonces, se quedó quieto ante los templarios, las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada con toda la sumisión de los esclavos de Oriente.

—Damián —dijo el gran Maestre—, retírate y da la orden para que esté vigilando un centinela, dispuesto a acudir a la primera llamada. No permitas que nadie entre en el jardín antes de que lo hayamos abandonado.

El escudero se inclinó y se retiró.

—Judío —continuó el altanero anciano—. Fíjate en mí. No es digno de nuestra condición mantener larga conversación contigo ni perder el tiempo y las palabras con nadie. Por lo tanto, sé breve contestando a cualquier pregunta que te haga, y que tus palabras digan la verdad, porque si tu lengua me engaña la mandaré arrancar de tus infieles mandíbulas.

El judío estuvo a punto de replicar, pero el gran maestre prosiguió:

—¡Quieto, descreído! No pronuncies ni una sola palabra en nuestra presencia, si no es para contestar a nuestras preguntas. ¿Qué negocio te traes con nuestro hermano Brian de Bois-Guilbert?

Isaac mirada alrededor con terror y desconfianza. Si contaba su historia se podría sospechar que quería desacreditar la Orden y, sin embargo, de no contarla, ¿qué esperanzas había para conseguir la liberación de su hija? Beaumanoir percibió su temor mortal y condescendió a darle alguna confianza.

—Nada temas por tu condenada persona, judío, si obras con rectitud en este asunto. Te digo de nuevo que quiero saber por ti los negocios que te ligan a Bois-Guilbert.

—Soy portador de una carta, con la venia de vuestro reverendo valor, a este buen

caballero, del prior Aymer de la abadía de Jorvaulx.

—¿No dije, Conrade, que éstos eran malos tiempos? Un prior cisterciense manda una carta a un soldado del Temple, y no puede encontrar mensajero más adecuado que un judío infiel. Dame la carta.

Con manos temblorosas abrió Isaac los forros de su gorro armenio, entre los cuales había depositado la misiva del prior para más seguridades, y estuvo a punto de acercarse con la mano extendida y el cuerpo inclinado para ponerla al alcance de su adusto interrogador.

—¡Atrás, perro! —dijo el gran maestre—. No toco a los infieles más que con la espada. Conrade; toma la carta del judío y dámela.

Entrando de este modo en posesión de la carta, Beaumanoir examinó el exterior con cuidado y se dispuso luego a deshacer los lazos que la aseguraban.

—Reverendo padre —dijo Conrade interviniendo, aunque con suma reverencia —. ¿No iréis a romper el sello?

—¿Y por qué no? —contestó Beaumanoir, encogiéndose de hombros—. ¿No está escrito en el capítulo cuarenta y dos, *De Lectione Literarum*, que un templario no puede recibir cartas, ni siquiera de su padre, sin dar cuenta al gran maestre y leerla en su presencia?

Recorrió entonces la carta con la mirada y a toda prisa, con una expresión de sorpresa y horror en su rostro. La leyó de nuevo más despacio; entonces se la alargó a Conrade con una mano, mientras que con la otra le daba un golpecito y exclamó:

—He aquí un bello asunto para que un cristiano lo notifique a otro cristiano y, además, ¡ambos son miembros, y no de los ínfimos, de sendas órdenes religiosas! ¿Cuándo —añadió solemnemente alzando la vista al cielo—, vendrás con tus legiones a limpiar el suelo de basuras?

Mont-Fitchet tomó la carta de manos de su superior y se dispuso a leerla.

—Leedla en voz alta, Conrade —dijo el gran maestre—; y tú —dirigiéndose a Isaac—, atiende a lo que en ella se trata, porque te haremos preguntas al respecto.

Conrade leyó la carta, que había sido redactada en estos términos:

> Aymer, por la gracia divina prior de la casa cisterciense de Santa María de Jorvaulx, a sir Brian de Bois-Guilbert, caballero de la santa Orden del Temple, le desea salud y la buena voluntad del rey Baco y de mi señora Venus. Con referencia a la situación en que nos encontramos, querido hermano, estamos prisioneros en manos de ciertos hombres sin ley y sin Dios que no han temido detener nuestra persona y señalarnos un rescate. También sabemos de la desgracia que ha afligido a Front-de-Boeuf, y que tú has conseguido escapar con aquella embrujadora judía, cuyos negros ojos te han hechizado. Nos alegramos mucho de tu salvación; sin embargo, te rogamos que te mantengas en guardia contra esta segunda bruja de Endora, ya que me han asegurado confidencialmente que vuestro gran maestre, al cual le importan un haba las mejillas sonrojadas y los ojos negros, está al llegar de Normandía para disminuir vuestros placeres y corregir vuestras fechorías. Por lo tanto, te rogamos de corazón que tengas cuidado y te mantengas vigilante, siempre según el texto sagrado: *Invenientur vigilantes*. Como el rico judío Isaac de York, su padre, me ha pedido que interceda con esta carta a su favor, le he entregado la presente, aconsejándote encarecidamente y, en cierto modo suplicándote, que pidas rescate por la damisela, visto que te podrá pagar lo suficiente para conseguir otras cincuenta en mejores condiciones de seguridad, de lo cual espero sacar mi parte cuando nos encontremos de nuevo con alegría como verdaderos hermanos y sin olvidar la copa de vino. Por lo que dice el texto: *Vinum*

laetificat cor hominis, y en otro lugar, *rex delectabitur pulcbritudine tua*.

Hasta nuestro feliz encuentro, te deseamos que sigas bien. Escrita en esta guarida de ladrones, cerca de la hora de maitines.

AYMER PR. S. M. JORVOLCIENCIS

Post scriptum. Poco tiempo estuvo conmigo vuestra cadena de oro. Ahora pende del cuello de un forajido, ladrón de ciervos, y emplea el silbato para llamar a sus lebreles.

—¿Qué dices a esto, Conrade? —dijo el gran maestre—. ¡Una guardia de ladrones! Adecuada residencia para tal prior. No me maravilla que la mano de Dios esté sobre nosotros y que en Tierra Santa perdamos las plazas paso a paso ante los infieles, cuando tenemos clérigos como el tal Aymer. ¿Y qué significa, me pregunto, aquello de la segunda bruja de Endora? —le preguntó, algo aparte, a su confidente.

Conrade, quizá por la práctica, estaba más al corriente que su superior del lenguaje galante, y explicó al gran maestre que era una especie de epíteto secreto usado por los hombres de mundo para designar a sus amantes; pero la explicación no satisfizo al beato Beaumanoir.

—Oculta más cosas que las que puedas figurarte, Conrade; tu simplicidad no puede competir con este abismo de perdición. La tal Rebeca de York fue discípula de aquella Miriam de quien has oído hablar. Verás ahora cómo el judío confiesa. —Y dirigiéndose a Isaac, preguntó en voz alta—: Entonces, ¿tu hija está prisionera de Bois-Guilbert?

—¡Ay, reverendo y valeroso señor, cualquier rescate que un hombre pobre pueda pagar para ponerla en libertad, yo…!

—¡Silencio! Esta hija tuya ha practicado el arte de curar, ¿no es verdad?

—Gracioso señor —contestó el judío con más confianza—; y que el caballero y el montero, el escudero y el vasallo bendigan el don divino que el cielo le ha concedido. Muchos pueden atestiguar que les ha curado con su arte cuando había sido vano cualquier otro remedio humano; pero la bendición del Dios de Jacob estaba con ella.

Beaumanoir se volvió a Mont-Fitchet con una sonriente mueca.

—¿Ves, hermano, los engaños de los devoradores enemigos? Cuídate de los cebos que emplean para pescar las almas, concediendo un corto espacio de vida sobre la tierra a cambio de la felicidad eterna del más allá. Bien dice nuestra bendita regla: *semperpercutiatur leo vorans*. ¡Al león! ¡Abajo con el destructor! —gritó, sacudiendo su místico báculo como si desafiara a los poderes de las tinieblas—. No dudo que tu hija logró estas curaciones —continuó dirigiéndose al judío—, por medio de encantamientos, crípticos y otros misterios cabalísticos.

—No, reverendo y bravo caballero, sino en gran medida empleando un bálsamo de virtudes maravillosas.

—¿Dónde aprendió tal secreto? —preguntó Beaumanoir.

—Se lo confió —contestó Isaac de mala gana— Miriam, una sabia matrona de nuestra tribu.

—¡Ah, falso judío! —dijo el gran maestre—. ¿No se trataba acaso de la misma Miriam, la bruja, cuyos encantamientos la popularizaron en todo el orbe cristiano? —exclamaba santiguándose—. Su cuerpo fue quemado en el poste y sus cenizas esparcidas a los cuatro vientos, y lo mismo me sucederá a mí y a mi Orden si no hago lo propio con su alumna. Le enseñaré a hechizar y a lanzar sus encantamientos sobre los soldados del Temple. ¡Eh, Damián! Arroja a este judío por la puerta. Mátalo si ofrece resistencia o regresa. Con su hija actuaremos del modo que aconseja la ley cristiana y nuestro alto empleo.

El pobre Isaac fue expulsado del preceptorio a toda prisa. Sus súplicas, incluso sus ofertas, no sólo fueron despreciadas, sino ni tan siquiera escuchadas. No pudo hacer nada mejor que regresar a la casa del rabino, e intentar, poniendo en juego sus propios medios, averiguar qué podía sucederle a su hija. Hasta aquí había temido por su honor, a partir de ahora empezaba a temblar por su hija. Mientras tanto, el gran maestre llamó al preceptor de Templestowe.

XXXVI

No engaño; de las apariencias vive.
Con ellas el mendigo; también el alegre cortesano
gana tierras y títulos, jerarquías y poder.
El clérigo no las desprecia; el heroico soldado
las utiliza, al igual que todos,
y las practica. Aquél que se consuela
mostrándose cual es, nadie le hace caso.
¡Así rueda el mundo en los espacios!

Canción anónima antigua.

Albert Malvoisin, presidente o, utilizando el lenguaje de la Orden, preceptor del establecimiento de Templestowe, era hermano de Philip Malvoisin, que ya ha sido nombrado de pasada en este relato y, al igual que el barón, estaba íntimamente ligado con Brian de Bois-Guilbert.

De entre los disolutos hombres sin principios con que la Orden del Temple contaba en abundancia entre sus adeptos, Albert de Templestowe era uno de los más destacados. Pero se diferenciaba de Bois-Guilbert, el audaz, en que sabía echar sobre sus vicios y su ambición el velo de la hipocresía. Exteriormente asumía el fanatismo que interiormente despreciaba. De no haber sido tan súbita e inesperada la llegada del gran maestre, éste no hubiera visto nada en Templestowe que permitiera sospechar cualquier relajamiento de la disciplina. E incluso, aunque pillado por sorpresa y hasta cierto punto puesto en evidencia, Albert Malvoisin escuchó con tanto respeto y aparente contrición los reproches de su superior, y se apresuró tanto a reformar todo lo que éste había censurado que… tuvo éxito, tanto éxito al dar un aire de devoción ascética a una familia que no hacía mucho se había dedicado a la licencia y al placer, que Beaumanoir empezó a tener una más alta opinión sobre la moral del preceptor que la que le mereció al principio.

Pero estos sentimientos favorables se debilitaron considerablemente al tener conocimiento de que Albert había recibido en una casa religiosa a la cautiva judía y, como podía temerse, al mismo tiempo amante de un hermano de la Orden. Cuando Albert apareció ante él, le dirigió una dura mirada.

—En esta mansión, dedicada a los propósitos de la Orden del Temple, hay una mujer judía. La trajo un hermano de religión con vuestro consentimiento —dijo con voz severa el gran maestre.

Albert Malvoisin quedó totalmente confundido, ya que la infortunada Rebeca había sido confinada en una remota y secreta parte del edificio, y se habían tomado

todas las precauciones para que su presencia no fuera notada. Leyó en los ojos de Beaumanoir la ruina para él y para Bois-Guilbert, a menos que tuviera la habilidad suficiente para evitar que estallara la tormenta.

—¿Os habéis quedado mudo? —continuó el gran maestre.

—¿Se me permite contestar? —dijo el preceptor con un tono de la más profunda humildad, aunque con la pregunta sólo intentaba ganar un poco de tiempo para poner en orden sus ideas.

—Hablad, os doy permiso —dijo el gran maestre—. Hablad y decidme si conocéis el capítulo de nuestras santas reglas, de *commili tonibus Templi in sancta civitate, qui cum miserrimis mulieribus ver santur, propter oblectationem carnis*.

—¡Claro que sí, padre reverendísimo! —contestó el preceptor—; no he alcanzado tan alto empleo de mi Orden desconociendo una de sus más importantes prohibiciones.

—¿Cómo, entonces, te pregunto una vez más, has permitido a un hermano que trajera a su amante, siendo una bruja judía, para que mancillara y contaminara esta casa?

—¡Una bruja judía! —exclamó Malvoisin—. ¡Los ángeles buenos nos guarden!

—¡Ay, hermano, una hechicera judía! —dijo el gran maestre con dureza—. Ya te lo dije antes. ¿Osas negar que la tal Rebeca, hija de aquel condenado usurero llamado Isaac de York y discípula de la bruja Miriam, se encuentra en estos momentos, ¡vergüenza da el pensarlo y el decirlo!, alojada en este preceptorio?

—Vuestra sabiduría, reverendo padre, ha iluminado las tinieblas de mi entendimiento. Mucho me extrañaba que un caballero como Bois-Guilbert pareciera estar tan enredado en los encantos, de esta hembra a la cual recibí en esta casa con el único objeto de interponerme en su creciente intimidad, que de otro modo se hubiera podido consolidar a expensas de la caída de nuestro valiente y religioso hermano.

—¿Nada ha ocurrido todavía entre ellos que le haya hecho romper sus votos? —preguntó el gran maestre.

—¡Qué! ¿Bajo este techo? —exclamó el preceptor santiguándose—. No lo permitan santa Magdalena y las diez mil vírgenes. ¡No! Si he pecado al traerla aquí ha sido con el pensamiento equivocado de romper el hechizo de nuestro hermano, pues parecía tan salvaje y antinatural su devoción, que no pude menos que atribuirla a la locura. Era más adecuado curarla por la compasión que con el reproche. Pero desde que vuestra reverenda sabiduría me ha hecho ver que la infame judía era una hechicera, quizá ello explique plenamente su locura de enamorado.

—¡Claro que la explica! ¡Claro que sí! —dijo Beaumanoir—. ¡Ved, hermano Conrade, el peligro de ceder a las primeras maniobras y tretas de Satanás! Miramos a las mujeres únicamente para recrear la vista y para tomar placer de aquello que los hombres denominan su belleza; y el enemigo, el león devorador, se apodera de nosotros, para completar por medio del talismán o el hechizo un trabajo que empezó con la ociosidad y la locura. Es muy posible que nuestro hermano Bois-Guilbert

merezca, en este asunto, más piedad que un castigo severo, antes el soporte del báculo que los golpes de vara, y es posible que nuestras admoniciones y plegarias puedan curarle de su locura y devolverle a sus hermanos.

—Sería una gran lástima —dijo Conrade Mont-Fitchet—, perder para la Orden una de las mejores lanzas, precisamente cuando la sagrada comunidad más necesita de sus hijos. Trescientos sarracenos ha degollado el tal Bois-Guilbert con su propia mano.

—La sangre de estos malditos perros —dijo el gran maestre— será un dulce regalo que aceptarán los santos y ángeles a quienes desprecian y de los cuales blasfeman y, con su ayuda, contrarrestaremos los encantamientos y los hechizos en que está prendido nuestro hermano como en una red. Cortará los lazos de esta Dalila como Sansón rompió las dos fuertes cuerdas con que los filisteos le habían atado, y degollará a los infieles a montones. Pero, en lo que se refiere a esta bruja que ha esparcido sus hechizos sobre un hermano del santo Temple, está claro que tiene que perecer.

—Pero ¿y las leyes de Inglaterra? —dijo al preceptor que, aunque satisfecho de que el enfado del gran maestre se hubiera desviado, afortunadamente, de él y de Bois-Guilbert, empezaba a temer que llevara las cosas demasiado lejos.

—Las leyes de Inglaterra —interrumpió Beaumanoir— permiten y toleran a cada juez que ejerza la justicia dentro de su jurisdicción. Cualquier ínfimo barón puede arrestar, juzgar y condenar a cualquiera que se encuentre en sus dominios. ¿Podrá negársele este derecho a un gran Maestre del Temple, dentro de los límites del preceptorio de su Orden? ¡No! Juzgaremos y condenaremos. La bruja será expulsada de la tierra y el mal será perdonado. Preparad la sala del castillo para el juicio de la hechicera.

Albert Malvoisin se inclinó y después se retiró… no para dar las oportunas instrucciones, sino para buscar a Brian de Bois-Guilbert y ponerle al corriente de lo que sucedía. No tardó en dar con él, espumeante de rabia debido a un nuevo desprecio de la judía.

—¡Cabeza vacía e ingrata! ¡Mira que despreciar a quien con riesgo de su vida ha salvado la suya entre sangre y llamas! ¡Por el cielo, Malvoisin! Tuve que sacarla mientras el techo y las vigas crujían sobre mi cabeza y bajo mis pies. Fui blanco de cien flechas, que repiqueteaban sobre mi armadura como el granizo contra una ventana, y sólo usé mi escudo para protegerla. Esto pasé por ella y ahora la egoísta me reprocha que no la dejara morir y me niega no sólo la más ligera muestra de gratitud, sino incluso la más lejana esperanza de que algún día me dará alguna. ¡El diablo que ha poseído su raza se encuentra obstinadamente radicado en su persona!

—Creo que el diablo —dijo el preceptor— os ha poseído a ambos. ¿Cuántas veces te he recomendado prudencia, si no podías ser casto? ¿No te he repetido que hay suficientes damiselas cristianas que de buena gana se dejan amar? ¿Que considerarían pecado el rehusar a un bravo caballero el don de las gracias del amor?

¡Y tú necesitas las caricias de una testaruda judía! ¡Por la misa, creo que el viejo Lucas Beaumanoir tiene razón cuando sostiene que te ha embrujado!

—¡Lucas Beaumanoir! —exclamaba Bois-Guilbert con tono de reproche—. ¿Son éstas las precauciones que has tomado, Malvoisin? ¿Has permitido que el anciano se enterara de que Rebeca se encuentra en el preceptorio?

—¿Qué podía hacer? —dijo el preceptor—. No descuidé ningún detalle para mantener oculto vuestro secreto; pero hemos sido traicionados y si ha sido o no obra del diablo, solamente él puede decirlo. Pero he dado al asunto el giro que he creído más conveniente; estáis salvado si renunciáis a Rebeca. Se os compadece, pobre víctima de los engaños mágicos. Ella es una hechicera y como tal debe pagar sus culpas.

—¡No será así, por el cielo! —dijo Bois-Guilbert.

—¡Por el cielo que así ha de ser y será! —dijo Malvoisin—. Ni vos ni nadie puede salvarla. Lucas Beaumanoir dijo claramente que la muerte de una judía constituiría un agradable presente, el justo desagravio para borrar todas las amorosas indulgencias de los caballeros templarios. Y sabéis muy bien que dispone del poder para llevar a cabo tan razonable y piadoso propósito.

—¿Creerán las generaciones futuras que alguna vez existió tanta beatería estúpida? —preguntaba Bois-Guilbert paseando arriba y abajo del aposento.

—No sé si lo creerán —dijo Malvoisin con calma—. Pero sé muy bien que tal como están las cosas hoy en día, noventa y nueve de cada cien clérigos o laicos contestarán «amén» a la sentencia del gran maestre.

—Ya lo sé, Albert. Tú eres mi amigo. Debes ayudarla a que escape, Malvoisin, y la trasladaré a un sitio más seguro y más escondido.

—No podría aunque quisiera —replicó el preceptor—. La casa está llena de asistentes del gran maestre y de otros que le tienen devoción; Y, para ser franco contigo, hermano, no me embarcaré en este asunto aunque pensara que puedo llevar la barca a puerto. Ya he arriesgado demasiado por tu causa. No puedo ni pensar en la humillación de que me degraden, aunque sólo fuera perder mi preceptorio; y menos todavía por un trozo de carne judía pintarrajeada. Y tú, si quieres seguir mi consejo, abandonarás la caza de este ánade y dirigirás tu halcón contra cualquier otra pieza. Piensa, Bois-Guilbert, que tu actual rango y tus futuros honores dependen del sitio que en la Orden ocupas. Si te obstinas en mantener esta pasión por Rebeca, le darás a Beaumanoir motivos para expulsarte…, y no los desaprovechará. Está celoso del cetro que sostiene con sus manos temblorosas y sabe muy bien que tú adelantas osadamente hacia él tu brazo. No dudes que buscará tu ruina si le proporcionas un pretexto tan excelente como es el de que protejas a una hechicera judía. Déjale ganar esta vez, ya que no puedes evitarlo. Cuando el báculo esté firme en tu mano, podrás acariciar o quemar a las hijas de Judá, según el humor en que te encuentres.

—Malvoisin —dijo Bois-Guilbert—, sabes mantener tu sangre fría…

—Brian —dijo el preceptor apresurándose a contestar antes de que Bois-Guilbert

añadiera alguna palabra ofensiva—: un amigo con la sangre fría, esto es lo que soy y, por lo tanto, estoy capacitado para aconsejarte. Te digo una vez más que no puedes salvar a Rebeca. Te repito que sólo conseguirás perecer con ella. Ve y póstrate ante el gran maestre, humíllate ante él y dile…

—¡A sus pies no, por el cielo! Pero al viejo chocheante le diré en sus barbas…

—Bien, dile entonces en sus propias barbas —continuó Malvoisin fríamente—, que amas a esta judía, y cuanto más exaltada pintes tu pasión más prisa se dará en dictar la muerte de la hermosa hechicera. Mientras tanto, tú, cogido en flagrante delito al haber reconocido un crimen que va contra tus propios votos, ninguna ayuda podrás esperar de tus hermanos y habrás de cambiar todos tus esplendorosos proyectos y ambiciones para ir a empuñar una lanza mercenaria en las ridículas rencillas que dividen a Flandes y a Borgoña.

—Has dicho la verdad, Malvoisin —dijo Brian de Bois-Guilbert después de unos momentos de reflexión—. No permitiré que el viejo beato tome ventaja sobre mí. En cuanto a Rebeca, no merece que exponga mi rango y mi honor. La expulsaré de mi interior, sí, la abandonaré a su sino, a no ser que…

—No trates de dar calificativos a esta necesaria resolución que acabas de tomar —dijo Malvoisin—. Las mujeres no son nada más que los juguetes que entretienen nuestras horas de ocio. La ambición es el negocio más serio de la vida. Perezcan mil de estas insignificantes judías antes que tus varoniles pasos se detengan paralizados, en la brillante ruta que se abre ante ti. Y ahora debemos separarnos; no conviene que nos vean departir íntimamente. Debo disponer la sala para el juicio.

—¿Qué? ¿Tan pronto?

—¡Ay! —replicó el preceptor—. Los juicios adelantan con rapidez cuando el juez ya ha dictado la sentencia de antemano.

—Rebeca —decía Bois-Guilbert cuando estuvo solo—, parece que vas a costarme cara. ¿Por qué no puedo abandonarte a tu destino tal como este calmoso hipócrita recomienda? Fiaré un esfuerzo para salvarte…, pero ¡cuidado con tu ingratitud! Si de nuevo soy desdeñado, mi venganza igualará a mi amor. No debe Bois-Guilbert exponer vanamente la vida cuando el mal humor y los reproches son su única recompensa.

Apenas había dado el preceptor las órdenes necesarias, cuando Mont-Fitchet le salió al encuentro. De inmediato le comunicó la resolución tomada por el gran maestre, para que al instante la judía compareciera a juicio.

—Es un verdadero capricho —dijo el preceptor—. Hay muchos médicos judíos a los cuales no podemos llamar brujos, aunque hayan conseguido curas maravillosas.

—El gran maestre piensa de otro modo —dijo Conrade—. Y, Albert, te hablaré claramente: bruja o no, mejor será que la miserable judía muera antes de consentir que la Orden pierda a Brian de Bois-Guilbert o que nos dividamos a causa de las disensiones internas. Conoces su alto rango, su fama con las armas; sabes también el afecto que le tienen muchos de nuestros hermanos. Pero todo ello no le serviría de

nada si el gran maestre le considera cómplice, en vez de víctima, de la judía. Aunque las almas de las doce tribus estuvieran encarnadas en ella, sería preferible que padeciera sola los tormentos que ver a Brian compartir su destrucción.

—Acabo de hablar con él para convencerle que la abandone —dijo Malvoisin—. Pero, insisto, ¿existen suficientes pruebas para condenar a Rebeca por su actividad como bruja? ¿No cambiará de opinión el gran maestre al comprobar que no hay suficiente fundamento?

—Tiene que ser encontrado el fundamento, Albert —replicó Mont-Fitchet—. Tiene que haberlo, ¿me has entendido, Albert?

—Sí, claro —dijo el preceptor—. Y no es que tenga escrúpulos siempre que redunde en bien de la Orden; pero disponemos de poco tiempo para preparar adecuadamente nuestra maquinación.

—Malvoisin, es absolutamente necesario que todo salga bien —dijo Conrade—. Será en beneficio de la Orden y tuyo. Este preceptorio de Templestowe es muy pobre; el de Maison-Dieu vale el doble. Ya sabes la influencia que tengo sobre el viejo jefe…, busca a aquéllos que sirvan para llevar eso adelante y ya eres preceptor de Maison-Dieu en la fértil región de Kent. ¿Qué dices?

—Entre los que vinieron aquí con Bois-Guilbert hay dos individuos a quienes conozco bien; han sido criados de mi hermano Philip y de su servicio pasaron al de Front-de-Boeuf. Puede que sepan algo acerca de las brujerías de esta mujer.

—Anda, búscalos al momento. Y no te preocupes si un besante o dos les ha de ayudar a agudizar la memoria. No los ahorres.

—Por un solo cequí jurarían que la madre que les albergó en el vientre era una hechicera —dijo el preceptor.

—Ve, entonces —dijo Conrade—; al mediodía empieza el negocio. No he visto al gran maestre tan agitado desde que condenó a la hoguera a Hamet Alfagí, un converso que, relapso, volvió a la fe del Islam.

La solemne campana del castillo acababa de dar las doce cuando Rebeca oyó ruido de pisadas en la escalera privada que conducía al lugar de su confinamiento. Los ruidos anunciaban la llegada de varias personas, y esta circunstancia más bien la alegró, ya que tenía más miedo a las solitarias visitas del apasionado Bois-Guilbert que a cualquier otro mal que pudiera acaecerle. Abrióse la puerta de la cámara y Conrade y el preceptor Malvoisin entraron, acompañados por cuatro guardianes vestidos de negro y portadores de alabardas.

—¡Hija de raza maldita, levántate y síguenos! —dijo el preceptor.

—¿Dónde y con qué propósito? —preguntó Rebeca.

—Damisela —contestó Conrade—, no tienes que preguntar, sino obedecer. Debes saber, sin embargo, que eres conducida ante el tribunal del gran maestre de nuestra Orden para responder allí de tus ofensas.

—¡Alabado sea el nombre del Dios de Abraham! —exclamó Rebeca, uniendo sus manos con devoción—. El nombre de un juez, aunque sea enemigo de nuestra raza,

es para mí el nombre de un protector. De muy buena gana te sigo, permite únicamente que me cubra la cabeza con el velo.

Descendieron las escaleras con paso lento y solemne, cruzaron una larga galería, y a través de unas grandes puertas entraron a la sala, donde el gran maestre había establecido provisionalmente su corte de justicia.

La parte inferior de esta espaciosa sala estaba ocupada por escuderos y monteros que, no sin dificultad, dejaron el paso libre a Rebeca, atendida por el preceptor y Mont-Fitchet y seguida por la escolta que formaban los cuatro alabarderos. Así avanzó hasta el asiento que le estaba destinado. Mientras cruzaba por entre la multitud con la cabeza baja y los brazos cruzados, le deslizaron entre las manos un trozo de papel, que ella recibió casi inconscientemente y conservó sin examinar lo que en él pudiera ir escrito. El convencimiento de que disponía de algún amigo entre la concurrencia le dio valor para mirar a su alrededor y fijarse en el personaje ante quien había sido conducida. Contempló, por tanto, la escena que con gusto describiremos en el próximo capítulo.

XXXVII

Dura es la ley que obliga a abandonar la casa
para combatir pecho contra pecho.
Dura es la ley que se basa en el olvido
de labios que esperan sonriendo.
Pero aún es más dura cuando, el cayado en alto,
habla —¡por Dios!— el pecho de basalto.

La Edad Media.

El tribunal constituido para juzgar a la infeliz e inocente Rebeca ocupaba la parte superior de la gran sala, una plataforma que ya anteriormente hemos descrito y calificado como lugar de honor destinado a los habitantes más distinguidos, o a sus huéspedes, de las antiguas casas señoriales.

En un trono elevado, situado justo enfrente de la acusada, estaba sentado el gran maestre del Temple, vestido con amplias y blancas ropas, sosteniendo en la mano el místico báculo con el símbolo de su Orden. A sus pies se había colocado una mesa, ocupada por dos escribanos, que debían dejar constancia escrita de los procedimientos del juicio. Las negras vestiduras, cabezas rapadas y tristes miradas de estos dos eclesiásticos ofrecían un fuerte contraste con el aspecto marcial de aquéllos que asistían al juego, ya fuera en condición de residentes del preceptorio, ya por haber llegado a formar parte del servicio del gran maestre. Los preceptores, de los cuales podían verse cuatro, ocupaban sitiales más bajos que el de su superior. Los caballeros con menos categoría que los anteriores estaban colocados en bancos más bajos todavía, y distaba entre ellos y los preceptores la misma distancia que entre éstos y el gran maestre. Detrás de ellos, pero todavía sobre el elevado dosel, estaban situados los escuderos de la Orden con vestiduras blancas de calidad inferior.

Toda la asamblea mantenía un aire de suma gravedad y en las caras de los caballeros se notaban las huellas de la osadía marcial, unida al porte solemne por su profesión religiosa. Esta última expresión no faltaba en ningún rostro debido a la presencia del gran maestre.

La parte baja de la sala estaba atiborrada de guardas portadores de partesanas y de otros asistentes llegados allí por la curiosidad, puesto que al mismo tiempo podían ver al gran maestre y a una hechicera judía. La mayor parte de esta gente de rango inferior estaba relacionada de algún modo con la Orden, y por lo tanto se podía distinguir por sus vestidos negros. Pero no se había prohibido la entrada a los campesinos de los alrededores, porque era cuestión de orgullo para Beaumanoir dar la mayor publicidad posible al espectáculo de la justicia que él administraba. Sus

grandes ojos azules parecieron hacerse mayores al mirar a la concurrencia, y su rostro se mostraba satisfecho por la conciencia de su propia dignidad y los méritos imaginarios del papel que iba a desempeñar. Un salmo, que él mismo acompañó con la voz profunda y suave que la edad no había privado de fuerza, fue el principio de los procedimientos del juicio. Los sones solemnes, *Venite exultemus Domino*, tantas veces cantados por los templarios antes de acometer a sus enemigos sobre la tierra, fue considerado por Lucas como el más apropiado para anunciar el próximo triunfo, de ello estaba seguro, sobre los poderes de las tinieblas. Las notas largas y profundas, entonadas por cien voces masculinas habituadas al canto coral, se levantaron hacia el techo abovedado de la sala y retumbaron entre sus arcos con el placentero y solemne rumor de las aguas de un torrente.

Cuando cesaron los cánticos, el gran maestre recorrió lentamente la asamblea con la mirada, y se dio cuenta de que el sitial de Bois-Guilbert estaba desocupado. Éste había abandonado el sitio que le correspondía como preceptor y se había situado en un extremo del banco que ocupaban los simples caballeros del Temple. Ocultaba el rostro con un manto, que sostenía con una mano, mientras que con la otra apretaba la espada por la empuñadura y con su punta envainada como estaba, iba dibujando líneas en el suelo de roble.

—¡Infeliz! —dijo el gran maestre después de haberle dedicado una mirada compasiva—. Ya puedes ver, Conrade, cuánto le conturba este santo oficio. A esa triste situación llevan las miradas de una mujer ayudada por el príncipe de los poderes del mal. Comprueba que no puede ni mirarnos, ni siquiera la mira a ella. ¡Quién sabrá debido a qué impulsos dictados por su verdugo traza ahora estos signos cabalísticos en el suelo! ¡Puede que atenten contra nuestras vidas y seguridad; pero escupimos y desafiamos a nuestro eterno enemigo. *Semper leo percutiatur*!

De este modo hablaba con su confidente Conrade Mont-Fitchet. Después levantó la voz y se dirigió a la asamblea:

—Reverendos y valientes caballeros, preceptores y compañeros de esta santa Orden, hermanos e hijos míos, también vosotros, escuderos bien nacidos y piadosos que aspiráis a ser portadores de esta santa cruz. ¡Y vosotros también, hermanos cristianos de toda condición! Sabed que no nos faltan poderes para convocar en asamblea a esta congregación; porque, aunque inmerecidamente, nos ha sido conferido con esta vara pleno poder para juzgar y someter a nuestro juicio todo aquello que concierne a esta sagrada Orden nuestra. San Bernardo, en las reglas de nuestra caballeresca y religiosa profesión, ha dicho en el capítulo cincuenta y nueve que los hermanos no habían de ser convocados a concilio salvo bajo deseo y orden expresa del gran maestre, dejando a nuestro criterio, así como lo dejó a los más dignos padres que en este oficio nos precedieron, el considerar tanto la ocasión como el tiempo y el lugar en que el capítulo de nuestra Orden o parte de ella había de ser convocado. También en todos estos capítulos es nuestro deber oír el consejo de nuestros hermanos y proceder según creamos conveniente. Pero cuando el lobo

salvaje ha entrado en el rebaño y nos ha arrebatado a una de nuestras ovejas, es deber del pastor convocar a sus camaradas para que, con arcos y hondas, pongan en fuga al invasor, según nuestra bien conocida regla que nos ordena herir siempre al león. Por lo tanto, hemos requerido ante nosotros la presencia de una mujer judía, de nombre Rebeca, hija de Isaac de York. Mujer infame por sus sortilegios y brujerías desde el momento que ha contaminado la sangre y trastornado el cerebro, no de un hombre cualquiera, sino de un caballero. Y no de un caballero secular, sino de uno dedicado al servicio del Temple. Y tampoco de un simple templario, sino de un preceptor de nuestra Orden, primero en rango y en honor. Nuestro hermano Brian de Bois-Guilbert es bien conocido de todos nosotros como un fiel y celoso campeón de la cruz; su brazo ha llevado a cabo muchas proezas en los santos lugares, que ha purificado con la sangre de los infieles que los mancillaban. Y la sagacidad y prudencia de nuestro hermano corrían parejas con su valor y disciplina, tanto, que caballeros de Oriente y de Occidente consideran a Bois-Guilbert como candidato a empuñar esta vara cuando le plazca al cielo descargarme de su peso. Si nos hubieran dicho que un hombre como el descrito, de pronto y sin importarle su condición, sus votos, sus hermanos y sus proyectos, se había asociado con una damisela judía, vagabundeando con tal pecaminosa compañía por sitios solitarios, defendiendo su persona, anteponiéndola a la suya propia y, finalmente, que ha sido cegado y trastornado de tal modo que ha llegado al extremo de llevarla a uno de nuestros preceptorios, ¿qué íbamos a decir sino que el demonio había tomado posesión de tan noble caballero? ¿O tal vez que se halla bajo el influjo de algún diabólico sortilegio? Si pensáramos de diferente manera, no tendríamos en consideración ni el rango, valor, reputación, ni cualquier otra circunstancia terrenal, pues nada le evitaría nuestro castigo, porque todo mal puede ser curado, según el texto: *Auferte malum ex vobis*. Porque varias y graves son las transgresiones contra las reglas de nuestra bendita Orden cometidas en esta lamentable historia. Primera: Ha procedido según su propio deseo, lo cual va contra el capítulo treinta y tres: *Quod nullus juxta propriam voluntatem incedat*. Segunda: Ha mantenido trato con una persona excomulgada, capítulo cincuenta y siete: *Ut fratres non participent cum excommunicatis*, y por lo tanto se ha hecho reo de *Anathema Maranatha*. Tercera: Ha conversado con mujeres extrañas, capítulo que dice: *Ut fratres non conversentur cum extraneis mulieribus*. Cuarta: No ha evitado, o peor aún por lo que temo: ha solicitado los besos de una mujer, sobre la que reza la última regla de nuestra estimada Orden: *Ut fugiantur oscula*. Los soldados de la cruz caen en la trampa. Por estos repetidos y nefandos delitos, Brian de Bois-Guilbert debería ser separado y expulsado de nuestra congregación, aunque fuera el brazo y el ojo derecho de la misma.

Hizo una pausa en su exposición. Un débil murmullo se levantó de la asamblea. Algunos de los más jóvenes, que habían tenido tentaciones de sonreír al oír el estatuto *De osculis fugiendis*, adoptaron una extremada gravedad al escuchar el final de la perorata y esperaron con ansiedad lo que el gran maestre estaba a punto de exponer.

—Tan severo debía ser el castigo de un caballero templario que de grado ofendiera los estatutos de su Orden en puntos tan importantes. Pero si por medio de encantamientos o sortilegios, Satán hubiera conseguido apoderarse del caballero, quizá al poner con demasiada confianza sus ojos sobre la belleza de una damisela, deberemos lamentar antes que castigar sus culpables transgresiones, imponiéndole una penitencia que le purifique de su iniquidad. Entonces tendríamos que depositar todas las culpas y toda nuestra indignación sobre el maldito instrumento causa inmediata de su caída. Adelantaos pues y dad testimonio todos aquéllos que habéis sido testigos de estos desgraciados hechos para que podamos formar opinión y obrar en consecuencia. También sabremos si nuestra justicia se ha de contentar castigando a la mujer descreída o si debemos, con el corazón sangrante, hacer extensivo el castigo a nuestro hermano.

Varios individuos fueron llamados para atestiguar los peligros que Bois-Guilbert había padecido al querer salvar a Rebeca del castillo en llamas y el total olvido de su propia seguridad mientras atendía a la de ella. Los hombres dieron testimonio con la habitual exageración de las mentes primitivas que han sido excitadas por algún hecho poco usual. Su natural predisposición para lo maravilloso se exacerbaba con la satisfacción de que su declaración parecía complacer a la eminente persona ante la cual la hacían. Así, los peligros a los que se había enfrentado Bois-Guilbert, ya grandes de por sí, en el relato se hicieron portentosos. La actitud del caballero para salvar a Rebeca, y después para defenderla, se exageró hasta sobrepasar los límites no ya de la discreción, sino también del más fantástico celo caballeresco. Se puso de relieve, también, la ciega obediencia a cuanto ella decía, aunque fuera pronunciado en tono desabrido y severo; fue descrito todo de tal modo, que en un hombre altanero como el templario pareció casi antinatural.

El preceptor de Templestowe fue requerido para que explicara de qué modo Bois-Guilbert y la judía habían llegado al preceptorio. Malvoisin supo disimular su complicidad hábilmente. Pero mientras en apariencia evitaba delatar los sentimientos de Bois-Guilbert, permitía con sus palabras que los asistentes creyeran que el templario se hallaba sometido a una alienación temporal de su mente, pues no había otra explicación que justificara su enamoramiento por la damisela. Con suspiros de penitente, el preceptor confesó su propia contrición, ya que había admitido a Rebeca y a su amante entre los muros del preceptorio.

—Pero mi defensa —concluyó—, va implícita en la confesión que hice a nuestro padre reverendísimo, el gran maestre. Él conoce los motivos que me guiaron y sabe que no eran malos, aunque mi conducta haya sido irregular. Con gozo aceptaré cualquier penitencia que quiera imponerme.

—Has hablado bien, hermano Albert —dio Beaumanoir—. Tu intención era buena, desde el momento que intentabas detener a tu descarriado hermano en su carrera de locuras insensatas. Pero tu conducta fue equivocada, como la de quien intentara detener a un corcel desbocado y le cogiera del estribo en vez de hacerlo por

la brida, con lo cual saldría herido en lugar de conseguir su propósito. Los piadosos fundadores nos han prescrito el rezo de trece padrenuestros por maitines y otros nueve a la hora de vísperas; doblarás estos servicios. Tres veces a la semana pueden los templarios comer carne; pero tú guardarás abstinencia durante los siete días. Todo esto durante las próximas seis semanas, y tu penitencia estará cumplida.

El preceptor de Templestowe se inclinó con una hipócrita mirada de sumisión, y volvió a su sitial.

—No estaría de más, hermanos —decía el gran maestre—, que investigáramos la vida y las conversaciones de esta mujer, especialmente con el propósito de descubrir en ella a uno de estos nefastos seres que usan mágicos encantamientos y sortilegios. Las verdades que hemos oído nos inclinan a suponer que en todo este desgraciado asunto nuestro descarriado hermano ha sido influenciado por algún artificio o maquinación infernal. El cuarto preceptor, presente en la sala, era Hermán de Goodalricke; los tres restantes, Conrade, Malvoisin y el mismo Bois-Guilbert. Hermán era un viejo guerrero con el rostro marcado por las cicatrices de la cimitarra del Islam. Disfrutaba de alto grado y consideración entre sus hermanos de religión. Se levantó y se inclinó ante el gran maestre, y éste le dio inmediatamente licencia para hablar.

—Me gustaría averiguar, padre reverendísimo, qué responde nuestro valiente hermano Brian de Bois-Guilbert a estas monstruosas acusaciones y con qué ojos mira ahora sus desgraciadas relaciones con esta doncella judía.

—Brian de Bois-Guilbert —dijo el gran maestre—, ya has oído la pregunta de nuestro hermano Goodalricke. Esperamos una respuesta. ¡Te ordeno que le respondas!

Brian de Bois-Guilbert volvió la cabeza hacia el gran maestre, y guardó silencio.

—Está poseído por un diablo mudo —dijo Beaumanoir—. Te repudio, Satanás. ¡Habla, Brian de Bois-Guilbert, yo te conjuro por este símbolo de nuestra santa Orden!

Bois-Guilbert hizo un esfuerzo para contener la rabia y la indignación que aumentaban en él; estaba seguro que de haberlas expresado, sin duda no hubieran hablado en su favor.

—Brian de Bois-Guilbert —contestó al fin— no responde, padre reverendísimo, a tan absurdas e imprecisas acusaciones. Si su honor está implicado en ello, sabrá defenderlo con su cuerpo y con esta espada que tantas veces se ha batido en beneficio de la cristiandad.

—Te perdonamos, hermano Brian —dijo Beaumanoir—, porque el que te hayas vanagloriado de tus hazañas guerreras ante nosotros constituye una glorificación de tus propios hechos, por cuanto ha sido inspirado por el enemigo que nos tienta y nos obliga a sobrevalorar nuestra propia valía. Pero has conseguido este perdón, porque consideramos que has hablado no por tu propia voluntad, sino por el maligno impulso de aquél a quien, con permiso del cielo, expulsaremos de esta asamblea.

Una mirada de desdén brilló en los oscuros y fieros ojos de Bois-Guilbert, pero no contestó.

—Y ahora —prosiguió el gran maestre—, ya que la pregunta de nuestro hermano Goodalricke ha sido tan imperfectamente contestada, prosigamos nuestra encuesta. Con la asistencia de nuestro patrón, investiguemos a fondo este misterio de intrigas. Que se adelanten aquéllos que han sido testigos de la vida de esta judía.

Se produjo alguna agitación en la parte inferior de la sala y, cuando el gran maestre quiso saber los motivos, le contestaron que entre la concurrencia se encontraba un pobre hombre al cual la prisionera había devuelto el perfecto uso de sus miembros con un bálsamo milagroso.

El pobre campesino, sajón de nacimiento, fue arrastrado ante la barra del tribunal, aterrorizado por las consecuencias penales en que podía haber incurrido. Temía por su culpa, ya que había sido curado de sus males por una doncella judía. Y por otra parte, no se podía decir que estuviera perfectamente curado, porque utilizaba muletas mientras avanzaba para testimoniar. De mala gana ofreció su testimonio, y lo acompañó de muchas lágrimas, pero admitió que hacía dos años, cuando residía en York, se vio súbitamente asaltado por agudos dolores mientras trabajaba para el rico judío Isaac como carpintero. Añadió que no se había podido mover de la cama hasta que practicó las curas indicadas por Rebeca. Ésta le aconsejó de un modo especial que se aplicase un bálsamo que olía a especias y que le había en cierto modo devuelto el uso de los miembros. Además, ella le había dado un pequeño frasco de aquella untura, además de entregarle una moneda para que pudiera regresar a la casa de sus padres cerca de Templestowe.

—Y con el permiso de vuestra reverencia —dijo el hombre—, no creo que la doncella llevara intención de causarme mal, aunque tiene la mala suerte de haber nacido judía. Y porque incluso cuando he usado este remedio, he rezado un padrenuestro y un credo y nunca ha perdido un ápice de su virtud.

—¡Silencio, esclavo! —dijo el gran maestre—. ¡Vete! Los brutos como tú bien merecen el ir dando tumbos y tener que apelar a curas infernales y acudir a los hijos del mal para que os den trabajos. Te digo que el diablo puede mandar enfermedades con el solo propósito de curarlas con objeto de que se dé crédito a sus sistemas diabólicos. ¿Tienes el ungüento del cual hablas?

El campesino, buscando en su faltriquera con mano temblorosa, sacó una cajita que llevaba inscritos algunos caracteres hebreos en el borde de la tapa, lo cual convenció a la mayoría de los presentes de que el diablo se había metido a boticario. Beaumanoir, después de santiguarse, tomó la caja y, experto en la mayoría de las lenguas orientales, leyó sin dificultades el epígrafe de la tapa: «El león de la tribu de Judá ha vencido».

—Extraños son los poderes de Satanás —decía— que pueden convertir en blasfemia a las Sagradas Escrituras, mezclando el veneno con nuestro necesario alimento. ¿No hay algún médico en la sala que pueda darnos a conocer los

ingredientes de este místico ungüento?

Dos sanadores, como ellos mismos se denominaban, comparecieron. Uno era monje, el otro barbero, y ambos confesaron que no conocían los ingredientes. Lo único que podían decir es que olían a mirra y alcanfor, que ellos tenían por hierbas procedentes de Oriente. Pero con el odio natural y profesional contra alguien que practicaba sus mismas artes con éxito, insinuaron que, dado que la medicina y su composición no estaban a su alcance, era seguro que había sido elaborada utilizando los medios ilícitos de la farmacopea mágica, ya que ellos no utilizaban conjuros, pero sí conocían a la perfección su arte, hasta donde puede llegarse en su ejercicio según la fe de un cristiano. Cuando esta investigación médica llegó a su término, el campesino sajón rogó con humildad que le fuera devuelta la medicina que tan buenos resultados le había dado. Pero el gran maestre frunció el ceño, evidentemente disgustado.

—¿Cómo te llamas, compañero? —preguntóle al lisiado.

—Higg, hijo de Snell —contestó el campesino.

—Pues bien, Higg, hijo de Snell, yo te digo que es mejor estar impedido que aceptar los beneficios de la medicina de los infieles, aunque te pongan en situación de levantarte y andar. Mejor es despojar a los infieles por la fuerza que no aceptar los obsequios que nos hacen de buena gana o trabajar a sueldo por su beneficio. Vete y haz como te he dicho.

—Lástima —dijo el campesino—. Pero, con la venia de vuestra reverencia, la lección me llega un poco tarde, ya que no soy más que un inválido. Sin embargo, diré a mis dos hermanos, que trabajan para Nathan ben Samuel, que vuestra señoría opina que es más lícito robarle que no prestarle sus servicios con toda fidelidad.

—¡Sacad afuera a este descarado villano! —gritó Beaumanoir, que no estaba preparado para refutar esta aplicación práctica de su teoría general.

Higg, el hijo de Snell, se perdió entre la concurrencia, pero interesado en la suerte que esperaba a su benefactora, se entretuvo para poder conocer la condena que le sería impuesta, arriesgándose a topar de nuevo con la cólera del severo juez que tanto terror le inspiraba.

Llegados a este punto del juicio, el gran maestre ordenó a Rebeca que se despojara del velo. Abriendo la boca por primera vez, la hebrea contestó pacientemente, pero con dignidad:

—No les está permitido a las hijas de mi pueblo descubrir el rostro cuando se encuentran solas en una reunión de extraños.

El dulce tono de su voz, da suavidad de su réplica, causaron en la audiencia un sentimiento de conmiseración y simpatía. Pero Beaumanoir sostenía el criterio de que la supresión de cualquier sentimiento humanitario que pudiera interferirse en lo que él consideraba su deber, tenía forzosamente que ser una virtud por sí misma. Por eso repitió la orden para que su víctima fuera despojada del velo. Estaban a punto de quitarle el velo los guardianes, cuando la joven judía se levantó ante el gran maestre.

—¡Por el amor de vuestra hija! —exclamó; pero después, dándose cuenta, añadió

—: ¡Ay, pero si no las tenéis! Entonces, por el recuerdo de vuestra madre, por el amor a vuestras hermanas y por la decencia femenina, no permitáis que me toquen en vuestra presencia. No resulta adecuado que una doncella sea privada de sus atavíos por tales criados. Obedeceré —añadió, con tal expresión de doliente pena en sus ojos y en su voz, que casi consiguió estremecer el corazón del mismo Beaumanoir—. Sois los ancianos de vuestro pueblo y a vuestro requerimiento mostraré el rostro de una desdichada doncella.

Se quitó el velo y observó a los reunidos con una mezcla de pudor y dignidad. Su maravillosa belleza despertó un unánime murmullo de sorpresa, y los caballeros más jóvenes se dijeron con la mirada que la mejor defensa de Brian la hacían sus encantos reales y no los imaginarios de la brujería. Pero Higg, hijo de Snell, se afectó profundamente al contemplar el rostro de su benefactora.

—Dejadme pasar —decía a los guardianes de la puerta de la sala—. ¡Dejadme pasar! ¡Quiero salir! Si la miro de nuevo moriré por la parte que he tenido en su perdición.

—Ve tranquilo, pobre hombre —dijo Rebeca al oír sus exclamaciones—. No me has causado mal por decir la verdad ni puedes ayudarme con tus quejas y lamentos. Ten paz, te lo ruego. Vete a casa y ponte a salvo.

Higg estuvo a punto de ser expulsado por los guardianes, quienes, al sentir compasión por él, temían que su pena expresada en voz alta fuera motivo para que les reprendieran y al mismo tiempo representara un castigo para el inválido. Pero éste prometió guardar silencio y le dieron permiso para permanecer allí. Fueron llamados a testimoniar, entonces, los dos soldados a los cuales Albert Malvoisin no había olvidado de aleccionar sobre lo que tenían que decir.

Aunque los dos eran villanos endurecidos e inflexibles, la visión de la doncella cautiva y de su delicada belleza pareció al principio desconcertarles. Pero una mirada muy expresiva del preceptor de Templestowe les retornó a su actitud sumisa y dieron cuenta, con una precisión de detalles que hubiera parecido sospechosa a jueces más imparciales, de las circunstancias, falsas y triviales, de los hechos. Todo el relato se hacía sumamente sospechoso por el modo exagerado con que se contaba y por los siniestros comentarios que los testigos añadían por su cuenta. En nuestros días su declaración hubiera sido clasificada en dos apartados: el uno, de hechos completamente imposibles físicamente, y el segundo, de hechos inmateriales e inexistentes. Pero ambos eran fácilmente considerados como dignos de crédito en aquellos tiempos de ignorancia y superstición. En el primer apartado se dijo que Rebeca había sido sorprendida hablando en una lengua desconocida; que las canciones que cantaba tenían una extraña y dulce melodía, capaz de encantar los oídos que la escuchaban, al tiempo que hacía latir los corazones; que hablaba consigo misma y miraba al cielo como esperando una respuesta; que sus vestiduras eran de forma extraña y exótica y muy diferente a las que usan las mujeres de buena reputación; que llevaba anillos en los que iban grabados signos cabalísticos y que

caracteres extraños estaban bordados en su velo.

Todos estos pormenores, tan normales y triviales, fueron considerados como pruebas graves, fundamentalmente sospechosas, y que proporcionaban la casi evidencia de que Rebeca mantenía ilícita correspondencia con poderes de otro mundo.

Pero no había testimonio, por increíble que fuera, que la audiencia o la mayor parte de ella no diera por válido de buena gana. Uno de los soldados la había sorprendido curando la herida de otro soldado que él había llevado a Torquilstone. Contó que la judía realizó cabalísticos signos sobre la herida mientras repetía algunas palabras misteriosas, y puso a Dios por testigo de que nada había podido entender; entonces la punta de flecha se separó por sí sola de la herida, la hemorragia se detuvo, cerróse la llaga, y el moribundo, al cabo de un cuarto de hora, ya se paseaba por las murallas ayudando al testigo a manejar una palanca para arrojar piedras al enemigo. Esta leyenda quizá tenía su fundamento en el hecho de la cura que Rebeca le había hecho a Ivanhoe en el castillo. Pero resultaba difícil discutir la veracidad de aquel testigo, ya que, para respaldar su declaración verbal, sacó de su bolsa la punta de dardo de ballesta que, según su relato, había salido milagrosamente de la herida, y como la punta de hierro pesaba una onza justa, confirmó el relato por fantástico que pareciera.

Su camarada había presenciado, desde un parapeto cercano, la escena entre Rebeca y Bois-Guilbert cuando aquélla estuvo a punto de lanzarse desde lo alto del torreón. Para que su relato no fuera menos fantástico que el de su compañero, este individuo dio por cierto que Rebeca se situó sobre el pretil de la ventana y allí tomó la forma de un cisne, blanco como la leche. Según él, bajo esta apariencia rodeó volando tres veces el castillo de Torquilstone; volvió de nuevo al torreón, donde se posó adquiriendo de nuevo la forma de mujer.

Menos de la mitad de estos argumentos de peso hubieran bastado para condenar a cualquier vieja mujer, pobre y fea, aunque no hubiera sido judía. Esta última y fatal circunstancia, unida a todas las pruebas presentadas, constituía una carga demasiado pesada para la juventud de Rebeca, aunque dicha juventud fuera acompañada de la más exquisita belleza.

El gran maestre había recogido los votos y ahora pedía a Rebeca con voz solemne, que dijera si tenía algo que alegar a la sentencia condenatoria que estaba a punto de pronunciar.

—Invocar vuestra piedad —dijo la hermosa judía con voz algo trémula de emoción—, estoy segura de que sería tan inútil como vano decir que curar a los enfermos y heridos de otra religión no puede ser causa de descontento para el Creador que ambos reconocemos. De nada serviría alegar que muchas de las cosas que estos hombres (¡el cielo les perdone!) han dicho son imposibles, de poco me iba a servir ya que creéis en la posibilidad de que sean ciertas. Y, también de poca utilidad que explicara que mi vestido, lenguaje y costumbres son las del pueblo al cual

pertenezco… He estado a punto de decir de mi patria, pero ¡ay!, no la tenemos. Ni tampoco quiero justificarme a expensas de mi opresor, que se encuentra allí escuchando las mentiras y consintiéndolas porque convierten en víctima al tirano. Dios nos juzgará a él y a mí, pero antes prefiero sufrir diez muertes iguales a la que tendréis el placer de imponerme que continuar oyendo las proposiciones que este hombre de Belial me hacía cuando me encontraba sin amigos, sin defensa y era su prisionera. Pero él profesa vuestra misma fe y su más ligera insinuación pesaría más que las más solemnes protestas de una judía. No echaré sobre él, por lo tanto, las culpas que me atribuís. Pero a él, a Brian de Bois-Guilbert, apelo para que diga si estas acusaciones son ciertas o falsas, si son tan monstruosas y calumniadoras como mortales.

Se produjo una pausa; todos los ojos miraban a Bois-Guilbert, que guardaba silencio.

—Habla —dijo ella—. Si eres hombre, si eres cristiano, ¡habla! Te conjuro por el hábito que vistes, por el nombre que has heredado, por la orden de caballería que has adoptado, por el honor de tu madre, por la tumba y los huesos de tu padre, te conjuro a declarar si todo lo que de mí se ha dicho es verdad.

—Contéstalo, hermano —dijo el gran maestre—, si el enemigo con el cual luchas te lo permite.

De hecho, Bois-Guilbert parecía agitado por encontradas pasiones, que casi hacían convulsionar su cara. Entonces, con voz sofocada y mirando a Rebeca, gritó:

—¡El papel! ¡El papel!

—¡Ay! —dijo Beaumanoir—. Ésta es la verdadera prueba. La víctima de sus brujerías sólo puede nombrar el papel fatal en el cual, sin duda, está escrito el encantamiento que es la causa de su silencio.

Pero Rebeca dio otra interpretación a las palabras que parecía haber pronunciado Bois-Guilbert y, posando la mirada sobre el trozo de papel que aún tenía en la mano, vio que en él venía escrito en caracteres arábigos: «¡Pide un campeón!». La ola de comentarios que originó la extraña réplica de Bois-Guilbert dio tiempo a Rebeca para leerlo y destruirlo inmediatamente sin que nadie se diera cuenta de nada. Cuando los murmullos cesaron, habló el gran maestre:

—Rebeca, ningún provecho sacarás del testimonio del desgraciado caballero, sobre el cual, podemos comprobarlo, el enemigo tiene tanto poder. ¿Tienes algo más que decir?

—Todavía me queda una última oportunidad de salvar la vida, incluso según vuestras leyes implacables. Mi vida ha sido miserable, miserable por lo menos recientemente. Pero no rehusaré el don de Dios mientras Él me dé medios para conservarlo y defenderlo. Niego tu inculpación: sostengo mi inocencia y declaro la falsedad de esta acusación. Reclamo el privilegio, del juicio por combate, el Juicio de Dios, y seré representada por mi campeón.

—¿Y quién, Rebeca —replicó el gran maestre—, enristrará la lanza por una

hechicera? ¿Quién será el campeón de una judía?

—Dios me proporcionará un campeón —dijo Rebeca—. Es imposible que en Inglaterra, la hospitalaria, la generosa, la libre, donde tantos están dispuestos a poner su vida en peligro por el honor, no se encuentre a alguien dispuesto a luchar por la justicia. Pero es suficiente, porque desafío a combate ante Dios a este juicio. Ahí va mi prenda.

Se quitó de la mano el guante bordado y lo tiró ante el gran maestre, con un aire de sencillez y dignidad que provocó la sorpresa y la admiración generales.

XXXVIII

Arrojo mi prenda
para probar, hasta el punto extremo,
en ti la marcial osadía.

SHAKESPEARE: *Ricardo II*.

Incluso el mismo Lucas de Beaumanoir quedó impresionado por el porte y aspecto de Rebeca. Por naturaleza, no era hombre cruel ni severo, pero sus pasiones eran frías, y con un alto aunque equivocado sentido del deber, su corazón se había endurecido progresivamente debido a la vida ascética que llevaba, así como por el supremo poder de que gozaba y la supuesta obligación de someter a los infieles y destruir la herejía que él consideraba de su especial incumbencia. Sus facciones cedieron en su habitual severidad y se tornaron algo más suaves al contemplar a la criatura que estaba ante él, sola, sin amigos y defendiéndose a sí misma con tanto ingenio y firmeza. Se santiguó dos veces como si dudara en desterrar la ternura que empezaba a invadir su corazón, que en tales ocasiones solía tener la dureza del acero de su espada. Al final habló:

—Doncella, si la compasión que siento por ti proviene de algún sortilegio que tus malas artes han puesto en juego, grande es tu culpa. Prefiero pensar que estos sentimientos son producto de la naturaleza que lamenta que tan bellas formas sean el continente de la perdición. Arrepiéntete, hija mía, confiesa tus brujerías, renuncia a tus falsas creencias, abraza este emblema sagrado y todo quedará arreglado, aquí y en el más allá. En alguna congregación de santas mujeres tendrás tiempo para rezar, arrepentirte y hacer penitencia adecuadamente, y nunca habrás de lamentar este arrepentimiento. Haz esto y vivirás. ¿Qué ha hecho por ti la ley de Moisés para que tengas que morir por ella?

—Es la ley de mis padres, les fue revelada entre truenos y relámpagos en el monte Sinaí, entre nubes y fuego. Si sois cristiano, tenéis que creer eso. Decís vosotros que ha sido revocado; sin embargo, mis maestros así me lo han enseñado.

—Que nuestro capellán —dio Beaumanoir— se presente y enseñe a esta obstinada incrédula que…

—Perdonad la interrupción —dijo Rebeca con dulzura—. Yo soy una doncella y no me han enseñado a discutir los puntos de mi religión, pero puedo morir por ella si Dios lo quiere así. Os ruego que contestéis a mi demanda de un campeón.

—Dadme su guante —dijo Beaumanoir—. En verdad —continuó mientras examinaba el fino tejido y los delicados dedos— una prenda ligera y frágil para tan mortal propósito. Mira, Rebeca, existe la misma relación entre este guante fino y

ligero y uno de nuestros pesados guanteletes de acero, que entre tu causa y la del Temple, porque es a nuestro Orden que has desafiado.

—Poned mi inocencia en un platillo de la balanza y el guante de seda pesará más que el guante de acero.

—¿Entonces te empeñas en negar tu culpa e insistes en el osado desafío que has formulado?

—Insisto, noble señor —contestó Rebeca.

—Así sea, entonces, en nombre del cielo —dijo el gran maestre—, y quiera Dios que resplandezca la verdad.

—Amén —contestaron los preceptores que le rodeaban. La palabra fue repetida por toda la asamblea—. Hermanos —dio Beaumanoir—, sabéis muy bien que hubiéramos podido negarle a esta mujer los beneficios de un juicio por combate. Pero aunque es judía y descreída, también es forastera y está desvalida, y Dios nos tendría en cuenta el que nos hubiera pedido el pleno derecho y uso de nuestras leyes y se los hubiéramos negado. Además, somos caballeros y soldados tanto como religiosos, y bajo todos los conceptos caería la vergüenza sobre nosotros si no hubiéramos hecho caso de un desafío expresamente formulado. Por lo tanto, ésta es la situación. Rebeca, hija de Isaac de York, está acusada por numerosas y sospechosas circunstancias de hechicería ejercida en la persona de un noble caballero de nuestra santa Orden, y exige el combate para probar su inocencia. ¿A quién, reverendos hermanos, opináis que debemos pasar el guante de desafío, nombrándole al mismo tiempo nuestro campeón?

—A Brian de Bois-Guilbert, que es a quien más afecta el asunto —dijo el preceptor Goodalricke— y quien, además, conoce toda la verdad y sabe de qué parte está la razón.

—Pero si nuestro hermano Brian —decía el gran maestre— se encontraba bajo la influencia de un sortilegio o encantamiento…, hablamos solamente para tomar las precauciones debidas, porque no confiaría a ningún brazo de nuestra Orden ésta u otra más difícil misión con tanta confianza como a él.

—Reverendo padre —contestó el preceptor Goodalricke—, ningún sortilegio puede obrar sobre el campeón que acude a pelear en el juicio de Dios.

—Bien has hablado. Hermano Albert Malvoisin, pásale el guante de desafío a Brian de Bois-Guilbert. Y te encargamos especialmente, hermano —añadió dirigiéndose ya al propio Brian—, que pelees virilmente y convencido de que la buena causa vencerá. Y a ti, Rebeca, te notificamos que tu campeón deberá estar aquí en el plazo de tres días.

—Poco tiempo para que un forastero, que además profesa una fe diferente, encuentre a quien quiera exponer su vida y su honor por su causa contra un caballero que es un renombrado soldado.

—No podemos conceder más demora; el pleito debe dirimirse en nuestra presencia y diversas e importantes causas nos obligan a marchar dentro de cuatro

días.

—¡Que se cumplan los deseos de Dios! —exclamó Rebeca—. Pongo mi confianza en Aquél al que igualmente le bastan para conceder la salvación un instante o un siglo.

—Bien has hablado, doncella —dijo el gran maestre—. Pero bien sabemos quién es el que sabe disfrazarse como ángel hermoso. Queda sólo señalar un lugar adecuado para el combate y, si se tercia, para la ejecución. ¿Dónde está el preceptor de esta casa?

Albert Malvoisin, todavía con el guante de Rebeca en la mano, se encontraba hablando en voz baja pero calurosamente con Bois-Guilbert.

—¡Cómo! —exclamó el gran maestre— ¿no quiere recibir la prenda?

—Claro que quiere…, ya lo hizo, padre reverendísimo —dijo Malvoisin, deslizando el guante bajo su propio manto—. Y en cuanto al lugar del combate, opino que el más adecuado serían los campos de san Jorge, que pertenecen a este preceptorio y que utilizamos para nuestros ejercicios de entrenamiento.

—Está bien —dijo el gran maestre—. Rebeca, en este campo deberá presentarse tu campeón y si no se presenta o queda derrotado en este Juicio de Dios, entonces sufrirás la muerte destinada a las hechiceras de acuerdo con la sentencia. Quede por escrito este juicio y sea leído en alta voz para que nadie pueda alegar ignorancia.

Uno de los capellanes, que actuaba como escribano del capítulo, redactó la orden en un grueso volumen que contenía las actas de los caballeros templarios, levantadas cuando se reunían en asamblea y, cuando acabó de hacerlo, el otro leyó la sentencia del gran maestre en voz alta, que traducida del normando francés en que había sido dictada, decía como sigue:

> Rebeca, judía, hija de Isaac de York, acusada de brujería, seducción y otras condenables prácticas efectuadas contra la persona de un caballero de la santísima Orden del Templo de Sión, refuta tal acusación y dice que el testimonio que de ella se ha dado en este día es falso, desleal y condenable. Y que legalmente no puede combatir, en razón de su sexo, en su defensa, y ofrece a un campeón para hacerlo en su nombre y defender su causa, y que cumplirá su deber caballerosamente con las armas adecuadas a este reto y a sus expensas y responsabilidad. De este modo formuló su desafío. Y habiendo sido encomendado de responder el noble señor y caballero Brian de Bois-Guilbert, de la Santa Orden del Templo de Sión, se comprometió a dar satisfacción a este reto en nombre de su Orden y en el suyo propio, como injuriado y perjudicado por las prácticas de la apelante. Por lo que el muy reverendo padre y poderoso señor Lucas, marqués de Beaumanoir, dio el visto bueno al combate y a la alegación de femineidad, señalando el tercer día para dicho combate, habiendo de tener lugar en el recinto llamado el campo de san Jorge, cerca del preceptorio de Templestowe. Y el gran maestre cita a la apelante para que el campeón acuda en su nombre al lugar nombrado, bajo pena de condenación como persona convicta de hechicería y seducción. Y también requiere al defensor a comparecer, bajo pena de ser tenido por cobarde si no lo hace. Y el dicho señor y padre reverendísimo antes nombrado indicó que el combate tendría lugar en su presencia y de acuerdo con lo pertinente y recomendable en tales casos. ¡Y que Dios ayude a la causa justa!

—¡Amén! —dijo el gran maestre, y toda la asamblea contestó del mismo modo. Rebeca no dijo palabra, pero juntó las manos y miró al cielo, y así permaneció durante un minuto sin cambiar de posición. Entonces recordó con gran modestia a

Beaumanoir que debería disponer de algunas facilidades para comunicar libremente con sus amigos para hacerles saber en qué posición se encontraba para que le procuraran un campeón para pelear por ella.

—Es justo y legal —dijo el gran maestre—. Escoge a un mensajero de tu confianza y tendrá libre entrada a la cámara que te sirve de prisión.

—¿No habrá alguien —dijo Rebeca—, que ya por amor a una buena causa o cobrando sus servicios, quiera convertirse en mensajero de un ser atribulado?

Todos guardaron silencio; nadie consideraba prudente demostrar interés en la causa de la prisionera en presencia del gran maestre, ya que sería tenido como sospechoso de judaísmo. Ni la esperanza de una buena recompensa, cuanto no había ningún sentimiento de compasión, podía sobreponerse a aquel temor.

Rebeca se mantuvo en pie unos momentos con ansiedad mortal y después exclamó:

—Y esto sucede aquí, en Inglaterra. ¿Debo quedar privada de la débil oportunidad de salvación que todavía me queda, al carecer de una acción caritativa que no se le niega al peor criminal?

Higg, hijo de Snell, replicó al fin:

—No soy nada más que un lisiado, pero lo poco que puedo moverme lo debo a su caritativa ayuda. ¡Haré de mensajero! —añadió dirigiéndose a Rebeca—. Te serviré tan bien como un inválido pueda hacerlo, y ojalá pudiera volar para reparar el mal que te hizo mi lengua. ¡Ah!, cuando alabé tu caridad poco pensaba yo que te precipitaba en el peligro.

—¡Dios es el único que dispone todas las cosas! —dijo Rebeca—. Puede aliviar el cautiverio de Judá incluso empleando el más débil instrumento. Para cumplir sus designios, el caracol es un mensajero tan veloz como el halcón. Busca a Isaac de York, aquí tienes para pagar hombres y caballos. Entrégale esta nota. No sé si proviene del cielo el espíritu que me inspira, pero estoy segura de que no sufriré esta muerte y que un campeón vendrá en mi ayuda. ¡Adiós! De la prisa que te des depende la vida y la muerte.

El campesino tomó la nota, que contenía únicamente unas pocas líneas en hebreo. Muchos de entre los concurrentes intentaron disuadirle; pero Higg estaba decidido a servir a su benefactora. Ella había salvado su cuerpo, decía, y confiaba en que no intentaba ponerle el alma en peligro.

—Me haré con el caballo de tiro de mi vecino Buthan y me encontraré en York tan pronto como el hombre y la bestia lo permitan.

Pero tal como sucedieron las cosas no tuvo necesidad de ir tan lejos, porque a un cuarto de milla de distancia de las puertas del preceptorio encontró a dos jinetes que, debido a sus altos gorros amarillos, reconoció como judíos.

Al acercarse, vio que uno de ellos era su antiguo patrón Isaac de York. El otro era el rabino Ben Samuel. Ambos se habían acercado al preceptorio tanto como se atrevieron al tener noticia de que el gran maestre había convocado a capítulo para

juzgar a una hechicera.

—Hermano Ben Samuel —decía Isaac—, mi alma está inquieta y no sé por qué. Esta acusación de nigromancia es usada muchas veces para formular cargos contra nuestro pueblo, atribuyéndole prácticas malignas.

—Tranquilízate, Isaac —decía el médico—. Puedes tratar con los nazarenos como cualquiera que posea suficientes riquezas para comprar la inmunidad. El oro domina las mentes de estos hombres sin Dios, como el anillo de Salomón dominaba a las bestias y a los genios malignos. Pero ¿quién será aquel miserable que se acerca con sus muletas, intentando, creo, entablar conversación conmigo? Amigo —continuó el médico dirigiéndose a Higg, hijo de Snell—, no te niego la ayuda de mi arte, pero no me gusta tratar a los pordioseros que piden limosna por los caminos. ¡Aléjate! ¿Tienes el tembleque en las piernas? Entonces, gánate la vida con las manos, porque si no sirves para cartero o para buen pastor, para soldado o para estar al servicio de un amo impaciente, existen otras ocupaciones. ¿Qué sucede, hermano? —dijo interrumpiendo su discurso para mirar a Isaac que no había casi mirado el papel que Higg le había dado, cuando, escapándosele un gemido, cayó de su mula como un moribundo y permaneció inmóvil durante un minuto.

El rabino desmontó asustado y se apresuró a aplicarle a su compañero los remedios adecuados para que se recuperara. Incluso sacó del bolsillo unos cuantos útiles y ya estaba a punto de sangrarle, cuando el objeto de su preocupación volvió en sí de pronto, pero fue sólo para quitarse el gorro de la cabeza y empezar a tirarse tierra sobre los blancos cabellos. El médico creyó que la súbita y violenta emoción era debida a un ataque de locura y, volviendo a su primer propósito, sacó de nuevo los instrumentos. Pero pronto Isaac le sacó de su error.

—Hija de todas mis penas —decía—, mejor iría para tus desventuras el nombre de Benoni que el de Rebeca. Porque así tu muerte arrastraría a la tumba mis canas, mientras, con toda la amargura de mi dolor, maldigo a Dios y muero.

—Hermano —dijo el rabino con gran sorpresa—, ¿eres padre en Israel y pronuncias palabras de esta índole? Espero que la hija de tu casa todavía viva.

—Vive —contestó Isaac—. Pero como Daniel, llamado Beltheshazzar, cuando estaba en el foso de los leones, está cautiva de estos hijos de Belial y dejarán caer todo el peso de su crueldad sobre ella. No repararán ni en su juventud ni en su belleza. Era ella una corona de palmas verdes sobre mis canas y se marchitará en una sola noche como la guirnalda de Jonás. ¡Hija de mi amor! ¡Alegría de mi vejez! ¡Oh, Rebeca hija de Raquel! Te envuelven las tinieblas de la muerte.

—Pero lee el papel —dijo el rabino—. Quizá exista todavía un camino por el cual podamos librarla.

—Léelo tú, hermano —contestó Isaac—, porque mis ojos manan como una fuente.

El médico leyó, en su lengua nativa, las palabras siguientes:

A Isaac, hijo de Adonikam, a quien los gentiles llaman Isaac de York. ¡Paz y que la bendición de la promesa se multiplique sobre ti! Padre mío, estoy condenada a morir por algo que mi alma desconoce: el crimen de brujería. Padre mío, si puede encontrarse un hombre fuerte para defender mi causa con la lanza, según la costumbre de los nazarenos, y esto en la liza de Templestowe, en el tercer día a partir de hoy, quizá Dios, nuestro padre, le dé fuerzas para defender a una inocente que ya no las tiene para ayudarse a sí misma. Pero si esto no fuera posible, que las vírgenes de nuestro pueblo lloren por mí como lo harían por un desterrado, por el ciervo herido y por la flor del jardín cortada por la hoz del segador.

Por lo tanto, averigua lo que se puede hacer y si hay posibilidad de rescate. Un guerrero nazareno vestiría la armadura de mi defensa; me refiero a Wilfred, el hijo de Cedric, a quien los gentiles llaman Ivanhoe. Pero no podrá todavía soportar el peso de las armas. De todas formas, envíale estas noticias, padre mío, porque tiene influencia entre los hombres poderosos de su raza y, ya que fue compañero de cautiverio, podrá encontrar a alguien dispuesto a pelear por mi causa. Y dile, me refiero a Wilfred, hijo de Cedric, que si Rebeca muere o vive, vive y muere libre de la culpa que se le imputa. Y si es el deseo de Dios que te veas privado de tu hija, no permanezcas, pobre anciano, en esta tierra de continuos derramamientos de sangre y de crueldades; marcha a Córdoba donde tu hermano vive seguro en la sombra del trono de Boabdil el Sarraceno, porque menos crueles son las maldades de los moros contra la raza de Jacob, que las de los nazarenos de Inglaterra.

Isaac guardó silencio mientras Ben Samuel leía la carta, pero después volvió a proferir los gritos de dolor típicos de un oriental, rasgando sus vestiduras, esparciendo polvo sobre su cabeza y exclamando:

—¡Hija mía, hija mía! ¡Carne de mi carne, sangre de mi sangre!

—Ten valor —dijo el rabino—, porque esta pena nada soluciona. Prepara tus piernas y busca a este Wilfred, hijo de Cedric. Es posible que te ayude con el consejo o con la espada, porque el mancebo tiene influencia ante Ricardo, llamado por los nazarenos *Corazón de León*, y los rumores de que ha regresado no cesan de circular. Quizá conseguirá de él una carta, o le prestará su sello, ordenando a estos hombres sanguinarios que toman el nombre del Temple para deshonrarlo, que no prosigan en sus propósitos.

—Le buscaré —dijo Isaac—, porque es un buen mancebo y se compadece del exilio de Jacob. Pero no puede vestir la armadura y, ¿qué otro caballero lucharía por los oprimidos de Sión?

—Hablas como uno que no conoce a los gentiles —dijo el rabino—. Con oro puedes comprar su valor, igual que con oro compras tu seguridad. Ten buen ánimo, y anda a buscar a este Wilfred de Ivanhoe. Yo también veré si consigo hacer algo, porque fuera gran pecado dejarte solo en esta tribulación. Me dirigiré a la ciudad, y sin duda encontraré entre ellos a alguno que quiera luchar por tu hija; porque el oro es su dios y por la riqueza empeñarán la vida, tal como hacen con sus tierras. ¿Te harás cargo, hermano mío, de la promesa que pueda hacer en tu nombre?

—Puedes estar seguro, hermano —dijo Isaac—, y alabado sea el cielo que en mi tribulación me ha mandado alguien a que me consolara. De todos modos, no aceptes su primera proposición, porque ya verás como la maldita raza tiene por hábito pedir libras y acaba tomando onzas. Sin embargo, obra como quieras, porque este asunto me causa mucha tribulación, ¿y de qué me serviría el oro si la hija de mi amor pereciera?

—¡Adiós! —se despidió el médico—. Que suceda lo que desea tu corazón.

Se abrazaron y se separaron tomando diferentes caminos. El campesino lisiado permaneció algún tiempo mirando hacia el lugar por donde habían marchado.

—¡Estos perros judíos! —decía—. Tanto caso hacen de un hombre libre como el que le harían a un esclavo o a un turco, o a un hebreo circunciso como ellos mismos. Hubieran podido desprenderse de algunas monedas, por lo menos. Ninguna obligación tenía de llevarles sus sacrílegas notas y correr con ello el riesgo de ser hechizado según me previnieron. ¿Y qué me importa el escaso oro que me dio la fregona, si la próxima Pascua tendré que confesarlo al cura y me veré obligado a darle el doble para hacer las paces con él y, además, seré llamado el recadero de los judíos durante toda mi vida, cosa que muy bien puede suceder con este asunto? Creo que fui hechizado de verdad cuando me acerqué a la muchacha. Pero siempre sucede lo mismo, con judías o con gentiles, cualquiera que se les acerque. Nadie puede negarse si bien le hacen un encargo. De todos modos, cada vez que pienso en ella, daría tienda y herramientas para salvar su vida.

XXXIX

¡Oh, doncella! Si eres fría y despiadada,
debes saber que mi corazón es tan orgulloso como el tuyo.

ANNA SEWARD: *Obra poética*.

Declinaba el día en que había tenido lugar el juicio, si así puede ser llamado, cuando se oyó un débil golpe en la puerta de la cámara que servía de prisión a Rebeca. No la distrajo de los rezos de la tarde recomendados por su religión, y que concluían con un himno que nos hemos atrevido a traducir así:

Cuando Israel, la preferida de Dios,
abandonó las tierras de su cautiverio,
el Dios de sus padres la guiaba,
tremendamente envuelto en humo y llamas.
Durante el día, la vaporosa y lenta columna
se deslizaba a través de tierras asombradas;
de noche, las rojas arenas de Arabia
reflejan el resplandor de la columna ígnea.

Entonces se levantaba el himno de alabanza
y con sus agudos sones contestaban la trompa y el tamboril;
y las hijas de Sión entonaban sus cánticos,
y las voces de los guerreros y los sacerdotes
con las de ellas se mezclaban para decir
que ya ningún portento confunde al enemigo.
La perseguida Israel está sola y errante;
nuestros padres no conocían TUS caminos,
y TÚ les abandonaste para que los encontraran por sí mismos.

Pero estás presente, aunque ahora eres invisible;
cuando más potente es el brillo del día,
nos envías nubes protectoras
para atemperar los engañosos rayos. Y, cuando envuelta en sombras y tormentas, con frecuencia
se abate la noche sobre la senda de Judá,
Tú, que eres paciente y difícil a la cólera,
¡te conviertes en luz ardiente y cegadora!

Perdimos nuestras armas en la confusión de Babel,
befa de tiranos y burla de gentiles;
no fulgura el incensario alrededor de nuestro altar,
y permanecen mudos, tamboriles, trompas y cuernos de caza.
Pero Tú has dicho: «No me place
ni la sangre de cabra, ni la carne del venado…
Un corazón contrito y la humildad de pensamiento
son los únicos sacrificios que Yo acepto».

Cuando los sones del devoto himno de Rebeca se desvanecieron en el silencio, se repitió el débil golpe sobre la puerta.

—Entra —dijo— si eres un amigo, y si enemigo eres no sé de qué modo te privaré de entrar.

—Rebeca, soy amigo o enemigo —decía Brian de Bois-Guilbert mientras entraba en la habitación— según el resultado de este encuentro.

Alarmada al ver el hombre cuya pasión licenciosa consideraba como origen de todas sus desgracias, Rebeca retrocedió, precavida pero de ningún modo temerosa, hasta un rincón extremo del aposento como si deseara interponer entre ella y el templario la mayor distancia posible. Sin embargo, estaba dispuesta a defender su terreno cuando ya no fuera posible retirarse más. Adoptó una actitud, si no de desafío, sí de resolución. No deseaba provocar un asalto, pero si éste se producía, lo repelería con todas sus fuerzas.

—No hay razón para que me temas —dijo el templario—. O, si quieres que matice un poco más, *ahora por lo menos* no hay razón de temor.

—No te temo, caballero —replicó Rebeca, aunque su respiración entrecortada parecía desmentir su heroico acento—. Mucha es mi confianza y no te tengo miedo.

—No tienes ningún motivo para ello —contestó Bois-Guilbert gravemente—. No temas tampoco que se repitan mis anteriores intentos. Al alcance de tu voz hay centinelas sobre los cuales no tengo ninguna autoridad. Han sido designados para acompañarte hasta la muerte, Rebeca, pero no consentirían que fueras ultrajada por nadie, ni siquiera por mí, si mi locura…, porque, de locura se trata…, me llevara tan lejos.

—¡Alabado sea el cielo! La muerte es lo que menos temo en este antro del mal.

—La idea de la muerte es fácilmente aceptada cuando el camino para llegar a ella es corto y súbito. Un lanzazo, un tajo de espada, resultan insignificantes para mí, del mismo modo que a ti el salto desde lo alto de una muralla, el golpe de un afilado puñal, no te producen terror cuando los comparas a una desgracia mayor. Fíjate en lo que te digo: quizá mi sentido del honor no difiera mucho del tuyo en lo fantástico; pero ambos sabemos cómo morir por él.

—Desgraciado —dijo la judía—; ¿estás condenado a exponer tu vida por unos

principios a los cuales tu entendimiento niega solidez? No me consideres igual a ti. Tus decisiones pueden fluctuar según corren y cambian los aires de la humana opinión, pero las mías están ancladas en la roca de los tiempos.

—Silencio, doncella, esto que dices no sirve de nada. No estás condenada a la muerte rápida y fácil que escoge el miserable y es bien recibida por el desesperado, sino a una lenta, dolorosa y continuada tortura adecuada a lo que la demoníaca beatería de estos hombres llama tu crimen.

—¿Y a quién, si éste es mi sino, a quién se lo debo agradecer? Sólo a aquél que por un motivo egoísta y brutal me trajo aquí y que, ahora, por algún desconocido motivo, se empeña en exagerar el despiadado destino que me ha impuesto.

—No creas que te lo he impuesto yo. Te hubiera defendido con mi propio pecho, al igual que te defendí de las flechas que de otro modo te hubieran arrebatado la vida.

—Si te hubieras propuesto de defenderme inocente y honradamente, te podría dar las gracias por los cuidados que me prodigaste. Pero te has jactado de ello tan a menudo que te digo que la vida no vale nada para mí si debo pagar por ella el precio que tú pretendes.

—Abandona tus aires jactanciosos, Rebeca, porque ya tengo mis propias preocupaciones y no necesito que tus reproches me las aumenten.

—¿Qué te propones, caballero? Sé valiente. Si no tienes nada más que hacer que espiar la desgracia que has causado, dímelo y entonces, por favor, déjame sola. El tránsito entre el tiempo y la eternidad es corto pero terrible, y dispongo de poco para prepararme.

—Me doy cuenta, Rebeca, de que insistes en culparme de las desgracias que de todo corazón hubiera querido evitar.

—Brian de Bois-Guilbert, no te haré reproches. Pero ¿acaso no es cierto que mi muerte se deberá a tu desatada pasión?

—Te equivocas…, te equivocas. Si me imputas algo que no podía prever ni prevenir, te equivocas, porque no estaba en mi mano. Si hubiera podido imaginar la llegada del viejo fanático, con sus destellos de valor desesperado y su vida ascética, que le han elevado por encima de sus méritos y del sentido común, por encima de mí y de los centenares de caballeros de nuestra Orden que piensan y sienten como hombres libres, superados tan estúpidos y fantásticos prejuicios en los que fundamentan sus opiniones y actos…

—Sin embargo, ante mí actuaste como juez. Y yo era el inocente, como bien sabes. Colaboraste a mi perdición y, si entendí bien, tú mismo tomarás las armas para confirmar mi culpa y asegurar mi castigo.

—Ten paciencia, doncella. Ninguna raza como la tuya sabe mejor cómo someterse a los tiempos y disponer la barca para sacar partido incluso de los vientos adversos.

—¡Triste la hora en que Israel aprendió tal arte! Pero la adversidad doma los corazones como el fuego vence al acero. Aquéllos que no pueden gobernarse a sí

mismos y los que abandonaron su estado libre e independiente, deben inclinarse ante el extranjero. Es nuestra maldición, caballero, y sin lugar a dudas merecida por vuestras faltas y por los pecados de nuestros padres. Pero tú, que te jactas de tu libertad como si fuera un derecho adquirido por nacimiento, ¡cuánto mayor es tu desgracia ya que te ves obligado a acatar los prejuicios de los demás y, además, contra tus propias convicciones!

—Tus palabras son amargas, Rebeca —contestó Bois-Guilbert, paseando con impaciencia por el aposento—, pero no he venido para intercambiar reproches. Quiero que sepas que Bois-Guilbert no retrocede ante ningún hombre nacido de mujer, aunque las circunstancias puedan inducirle a cambiar momentáneamente sus planes. Su voluntad es como el río que desciende de la montaña, al que se puede obligar a cambiar de curso durante un corto trecho, pero que nunca deja de abrirse paso hacia el océano. Aquel papel que te aconsejaba pedir un campeón, ¿de quién crees que procedía sino de Bois-Guilbert? ¿En quién más hubieras podido provocar tal interés?

—Una corta pausa para la muerte implacable, y de poco me habrá de servir. ¿Esto era todo lo que podías hacer por la persona sobre cuya cabeza has derramado la angustia y que casi has colocado al borde de la tumba?

—No, doncella, no era esto *todo* lo que me proponía. Si no hubiera sido por la intervención del fanático vejestorio y la del loco de Goodalricke, el cual, siendo templario, pretende obrar como un juez que está de acuerdo con las reglas ordinarias de la humanidad, el oficio de campeón de la Orden no hubiera recaído sobre un preceptor, sino en un compañero de la Orden. Entonces yo en persona, tal era mi propósito, al sonar la trompeta hubiera entrado en liza como tu campeón, disfrazado a guisa de caballero andante que busca aventuras para probar su escudo y su lanza. Y entonces ya podía Beaumanoir escoger no a uno, sino a dos o tres de entre los hermanos reunidos que yo no hubiera tardado en hacerles saltar de la silla con mi lanza. Así, Rebeca, se hubiera demostrado tu inocencia y hubiera dejado que tu gratitud recompensara mi victoria.

—Éstas, caballero, son jactancias ociosas. Una mera muestra de lo que hubieras hecho de no haber juzgado conveniente obrar de modo distinto. Recibiste mi guante y mi campeón. Si tan desamparada criatura puede encontrar uno, desafiará tu lanza en la liza, ¡y todavía te das aires de ser mi amigo y protector!

—De buena gana —contestó el templario con gravedad— lo sería. Pero considera los riesgos, mejor dicho, el deshonor a que me expondría y entonces no me culpes si pongo mis condiciones antes de sacrificar cuanto hasta ahora he tenido por más querido para salvar la vida de una doncella judía.

—Habla —dijo Rebeca—, no te he entendido.

—Bien, te hablaré tan claramente como el penitente al padre confesor. Rebeca, si no me presento al combate, perderé mi rango y mi fama. Perderé aquello que constituye el aire que respiro, es decir, la estima que me profesan mis hermanos y las

esperanzas que tengo de ser el sucesor y beneficiario de esta poderosa autoridad que goza el anciano beato Beaumanoir, pero de la cual usaría de muy diferente modo. Ésta será mi segura condena en el caso de que no peleara contra tu causa con las armas. ¡Maldito sea el de Goodalricke que me preparó esta trampa! ¡Y doblemente maldito Albert Malvoisin, que me hizo desistir de la decisión que había tomado de tirar el guante a la cara del supersticioso loco supervitalicio que hizo caso de una acusación tan absurda, hecha contra una criatura de tan alto espíritu y tan bellamente formada como tú!

—¿De qué sirven ahora los requiebros y las lisonjas? —contestó Rebeca—. Ya has tomado una decisión entre que se derrame la sangre de una mujer inocente o perjudicar tu propia posición terrenal. ¿Para qué sirven estas comparaciones? Ya has escogido.

—No; Rebeca —dijo el caballero con un tono más suave y acercándose a ella—. *No* he escogido. Fíjate, eres tú la que tiene que elegir. Si aparezco en liza, debo hacer honor a mi nombre con las armas y, si lo hago así, morirás en la hoguera, tengas o no tengas campeón, porque no existe caballero que me haya vencido con las armas luchando mano a mano, salvo Ricardo *Corazón de León* y su favorito Ivanhoe. Este último, como tú bien sabes, está imposibilitado para vestir la armadura y Ricardo está en una prisión extranjera. Si comparezco, tu muerte es segura, como lo será para cualquier jovenzuelo que, movido por tus encantos, se decidiera a acudir en tu defensa.

—¿Y de qué sirve repetirlo tantas veces?

—De mucho, pues así verás las dos caras de tu destino.

—Está bien, vuelve la hoja y déjame ver la otra cara.

—Si yo acudo a la liza fatal —dijo Bois-Guilbert—, morirás cruel y lentamente, entre dolores que, según dicen, esperan a los condenados en el más allá. Pero si no acudo, me convertiré en un caballero degradado y sin honra, seré acusado de brujería y de connivencia con los infieles. El nombre ilustre que ha aumentado en fama por mis hazañas se volverá un insulto y un reproche. Pierdo fama, pierdo honor, pierdo las esperanzas de alcanzar una grandeza que muy pocos emperadores llegan a conseguir. Sacrifico mi ambición. Destruyo proyectos tan altos como aquellas montañas que, según los paganos, eran suficientes para alcanzar el cielo si se las escalaba y, sin embargo, Rebeca —añadió, tirándose a sus pies—, sacrificaría esta grandeza, renunciaría a la fama, despreciaría este poder, incluso ahora que ya tengo la mitad de él en la mano, si dijeras: «Bois-Guilbert, os acepto como amante».

—No pienses en tal locura, caballero —contestó Rebeca—; antes apresúrate a acudir al regente, a la reina madre y al príncipe Juan. No podrán permitir, por respeto a la corona inglesa, los procedimientos de vuestro gran maestre. Así me brindarás protección sin sacrificio por tu parte ni pretextos para exigirme que os recompense.

—No quiero tratos con ellos —continuó el templario, asiéndose a su falda—. Me estoy dirigiendo sólo a ti y, ¿qué otra opción te queda? Piensa que, aunque yo fuera

un demonio, la muerte sería todavía peor que yo, y ella es mi único rival.

—Nada me importan ambos términos de la comparación —dijo Rebeca, temerosa de provocar al alocado caballero, pero igualmente decidida a no aceptar su pasión ni a fingir que la aceptaba—. Sé hombre y cristiano. Si es verdad que tu fe encarece el perdón que más tienes en la lengua que en los actos, sálvame de esta muerte horrorosa sin buscar una recompensa que convertiría la magnanimidad en un vil negocio.

—¡No, damisela! —dijo el orgulloso templario levantándose como movido por un resorte—. No te impondrás sobre mí de este modo. Si renuncio a mi fama actual y a mi futura ambición, lo hago por ti, y huiremos juntos. Escúchame, Rebeca —dijo, suavizando de nuevo la voz—, Inglaterra, Europa, no constituyen todo el mundo. Existen lugares donde podremos vivir e incluso dar cumplimiento a mis ambiciones. Iremos a Palestina; allí está Conrade, marqués de Montserrat, que es amigo mío. Un amigo tan libre como yo de los beatos escrúpulos que enturbian nuestra razón nacida libre. Antes nos aliaríamos con Saladino, que sufrir el desdén de los puritanos a quienes despreciamos. Abriré nuevos caminos de grandeza —continuó, cruzando de nuevo el aposento con pasos apresurados—. Europa escuchará el resonar de los pasos de aquél que ella ha separado de sus hijos. Los millones de cruzados que manda al matadero en Palestina, no pueden hacer nada en su defensa, ni las cimitarras de miles de millares de sarracenos pueden abrirse tan profundamente camino hacia el interior de esta tierra por la cual luchan las naciones, como la fuerza y la política mías y de mis hermanos, los cuales, a pesar de aquel beato vejestorio, se unirán a mí para bien y para mal. Serás reina, Rebeca, ¡el trono que mi valor sabrá ganar para ti estará situado en la cumbre de Monte Carmelo y cambiaré la vara de mando que tanto tiempo he deseado, por un cetro!

—Esto es un sueño —dijo Rebeca—, una visión nocturna sin contenido. Y aunque fuera una patente realidad, no me interesa. Basta que sepas que el poder que pudieras conseguir nunca lo compartiría contigo; ni tengo en tan poca estima a este país ni a mi religión como para sentir aprecio por aquél que desea malvender los lazos de esta fe y deshacer los vínculos que a ella la unen bajo juramento con el único objeto de satisfacer la pasión desordenada que siente por la hija de otro pueblo. No pongas precio a mi libertad, señor caballero. No vendas una hazaña generosa, protege al oprimido únicamente por caridad y no para obtener un provecho egoísta. Acude al trono de Inglaterra; Ricardo escuchará mi alegato contra estos hombres crueles.

—¡Nunca, Rebeca! —exclamó el templario con altivez—. Si renuncio a mi Orden, será por ti únicamente. Si rehúsas mi amor, todavía me queda la ambición; no me veré defraudado por todos los costados. ¿Humillarme ante Ricardo? ¿Pedirle un favor a aquel corazón orgulloso? Nunca, Rebeca, pondré a sus pies a la Orden del Temple encarnada en mi persona. Puedo dejar la Orden, pero nunca la envileceré ni la traicionaré.

—Entonces, que Dios me asista —dijo Rebeca—, ya que casi no hay esperanzas

de que lo hagan los hombres.

—Así es en verdad, porque, aunque orgullosa, en mí has encontrado a quien te iguala. Si entro en liza lanza en ristre, no pienses que ninguna consideración humana me detendrá. Usaré por entero mi fuerza y entonces piensa en la suerte que te espera. Sufrir la horrorosa muerte de los peores criminales. Ser consumida sobre un montón de brasas ardientes, descompuesta en los elementos de que estamos formados. Ni una reliquia quedará de estas hermosas formas por la cual se pueda deducir que has vivido y te has movido. ¡Rebeca, una mujer no puede aceptar tal perspectiva, ríndete a mis requerimientos!

—Bois-Guilbert —contestó la judía—. No conoces el corazón de la mujer o solamente has tratado con aquéllas que han perdido sus mejores sentimientos. Te digo, orgulloso templario, que ni en las batallas más enconadas has desplegado tanto valor del que presumes, como el que han sabido mostrar las mujeres cuando han sufrido por afecto o por deber. Yo soy una mujer, educada con delicadeza, temerosa del peligro y poco resistente al dolor. Sin embargo, cuando ambos entremos en el campo fatídico, tú para combatir y yo para sufrir, sostengo dentro de mí la seguridad que mi valor sobrepasará al tuyo. Adiós, no gastaré más palabras; el tiempo que sobre la tierra le queda a la hija de Jacob debe ser empleado de otro modo: debe buscar al confortador, el cual puede esconder su cara a su pueblo, pero siempre presta oídos a aquéllos que le llaman con sinceridad y con la verdad en sus labios.

—Entonces, ¿nos separamos así? —dijo el templario, después de una corta pausa —. ¡Que los cielos no hubieran permitido que nos encontráramos o que tú hubieras sido noble de nacimiento y cristiana por la fe! ¡No, por el cielo! Cuando te contemplo y pienso dónde nos encontraremos la próxima vez, desearía incluso pertenecer a tu raza despreciada; que mi mano estuviera habituada a los lingotes y a los cequíes en vez de a la lanza y al escudo; que mi cabeza se inclinara ante cualquier noble insignificante y mis miradas sólo fueran terribles cuando se dirigieran al atemorizado deudor arruinado…, esto desearía, Rebeca, para estar junto a ti mientras vivieras y para evitar la terrible participación que tendré en tu muerte.

—Has descrito a los judíos como les han obligado a ser. Las persecuciones de hombres como tú no han permitido otra cosa. Los cielos encolerizados nos han expulsado de nuestro país, pero la astucia nos ha sabido abrir el único camino que la opresión nos ha dejado libre de barreras hacia el poder y la influencia. Lee la historia antigua del pueblo de Dios y dime si aquéllos para quienes Jehová obró tales prodigios formaban un pueblo de miserables y de usureros. Debes saber, orgulloso caballero, que contamos entre los nuestros algunos nombres al lado de los cuales vuestra nobleza septentrional es como la calabaza comparada con el cedro. Nombres de ascendencia más lejana que los vuestros y que se remontan a la época en que la divina presencia dispuso su trono entre los querubines; su esplendor se deriva no de un príncipe de la Tierra, sino del terrible Verbo que congregaba a sus padres cerca de la divina visión. Tales eran los príncipes de la casa de Jacob.

El rostro de Rebeca se encendió mientras sacaba a relucir las glorias de su raza, pero palideció cuando añadió con un suspiro:

—Tales eran los príncipes de Judá, que ahora ya no existen. Se les pisotea como a la hierba y se mezclan con el polvo del camino. Sin embargo, todavía quedan algunos que no se avergüenzan de tan alta descendencia, y entre ellos está la hija de Isaac, hijo de Adonikam. ¡Adiós! No envidio tus honores ganados con sangre, no envidio tu ascendencia de los paganos del norte, no envidio tu fe, pues siempre está en tu boca, pero nunca en tu corazón ni en tus actos.

—Un sortilegio actúa en mí, por el cielo —dijo Bois-Guilbert—. Casi estoy inclinado a creer que tu futuro esqueleto ha dicho la verdad y que en la dificultad que hallo en separarme de ti hay algo más que lo que sería natural. ¡Hermosísima criatura! —exclamó acercándosele pero con gran respeto—, tan joven, tan bella, tan poco temerosa de la muerte y, sin embargo, condenada a morir y con agonía infame. ¿Quién no lloraría por ti? Las lágrimas que durante veinte años han sido extrañas a estos párpados, los mojan ahora cuando te contemplo. Pero tiene que suceder, ahora ya nada puede salvar tu vida. Tú y yo no somos más que los instrumentos de alguna terrible fatalidad, que nos empuja hacia delante como a los buenos bajeles ante la tormenta, que chocan unos con otros y así perecen. Perdóname, por lo tanto, y separémonos como lo hacen los buenos amigos. He atacado tu decisión vanamente, y la mía es tan inconmovible como los adamantinos decretos del destino.

—De este modo —dijo Rebeca— los hombres culpan al destino de lo que sólo es el resultado de sus propias pasiones salvajes. Pero te perdono, Bois-Guilbert, aunque seas el autor de mi muerte terrenal. Nobles cosas guarda tu espíritu, pero es como el jardín del holgazán; la mala hierba ha crecido y amenaza con devorar la hermosa cosecha.

—Sí —dijo el templario—, soy tal como has dicho, sin conocimiento, indomeñable, orgulloso. Por ello, en una charca llena de locos sin seso y beatos solapados, he conservado mi preeminente fortaleza, que me coloca por encima de todos ellos. Desde mi juventud he sido un hombre de combate, altas han sido mis miras y me he mostrado firme e inflexible para alcanzarlas. Así debo conservarme: orgulloso e inflexible, y de esta resolución el mundo tendrá pruebas. Pero ¿tú me perdonas, Rebeca?

—Como la víctima al verdugo.

—Adiós, entonces —dijo el templario y abandonó el aposento.

Albert, el preceptor, esperaba impacientemente el regreso de Bois-Guilbert en una cámara contigua.

—Mucho has tardado —le dijo—. Me he sentido como apresado en tenazas al rojo vivo. ¿Qué hubiera pasado si el gran maestre o Conrade, su espía, se hubieran presentado aquí? Cara hubiera pagado mi amabilidad. Pero ¿qué es lo que te hace sufrir, hermano? Tus pasos son vacilantes, tu rostro es oscuro como la noche. ¿Te encuentras bien, Bois-Guilbert?

—¡Ay! —contestó el templario—, tan bien como el condenado a morir en el plazo de una hora. No, por el madero; porque entre ellos los hay que en tal situación se despojan de la vida como si fuera un viejo vestido. Por el cielo, Malvoisin, esta muchacha me ha dominado. Estoy casi decidido a acudir al gran maestre, abjurar la Orden en sus propios dientes y negarme a llevar a cabo la brutalidad que su tiranía me ha impuesto.

—Estás loco —contestó Malvoisin—. Éste es el mejor camino para buscar tu ruina, pero ni aun así tienes oportunidad de salvar la vida de la judía. Beaumanoir nombrará a otro de la Orden para defender su juicio en tu lugar, y la acusada perecerá con tanta seguridad como si tú hubieras cumplido con tu deber.

—Esto es falso. Yo mismo tomaré las armas en su defensa —contestó el templario con altanería—. Y si así lo hago, tú bien sabes, Malvoisin, que no hay nadie de la Orden que pueda mantenerse en la silla ante la punta de mi lanza.

—Sí, pero olvidas —dijo el taimado consejero— que no dispondrás de tiempo ni de ocasión para llevar a cabo este loco proyecto. Acude a Beaumanoir y dile que has renunciado a tu voto de obediencia y ya verás cuánto tarda el viejo despótico en privarte de tu libertad. Tus palabras no habrán salido de tus labios y ya estarás cien pies bajo tierra en la mazmorra del preceptorio, esperando un juicio como caballero perjuro; o, si mantiene su opinión respecto a que estás poseído, disfrutarás de la paja, la oscuridad y las cadenas en alguna celda de un distante convento, rociado por el hisopo, mareado por los exorcismos y el agua bendita para expulsar al diablo que ha tomado posesión de ti. Debes acudir a la liza, Brian, o eres hombre perdido y deshonrado.

—Romperé con todo y huiré —dijo Bois-Guilbert—. Huiré a alguna tierra lejana cuyo camino desconozcan la locura y el fanatismo. Ni una gota de la sangre de esta excelente criatura se derramará con mi consentimiento.

—No puedes huir —dijo el preceptor—. Tus desvaríos han suscitado sospechas y no te permitirán abandonar el preceptorio. Ve y haz la prueba, preséntate ante la puerta y ordena que bajen el puente y ya verás qué contestación obtienes. ¿Te sorprendes y te sientes ofendido? Pero ¿acaso no es en tu propio beneficio? Si huyes, ¿cuál será la consecuencia, sino poner tus armas al revés, el deshonor de tu linaje y la degradación de tu rango? Piensa en ello. ¿Dónde esconderían la cabeza tus compañeros de armas cuando Brian de Bois-Guilbert, la mejor lanza de los templarios, sea proclamado perjuro entre los insultos de la gente que es tan aficionada a presenciar semejantes espectáculos? ¡Qué desprestigio para la corte de Francia! ¡Con qué gozo recibirá Ricardo la noticia de que el caballero que le puso en apuros en Palestina y casi logró oscurecer su renombre ha perdido la honra y el honor por una muchacha judía a la cual ni tan siquiera consiguió salvar con tan costoso sacrificio!

—Malvoisin —dijo el caballero—, te doy las gracias. Has tocado la cuerda más sensible de mi corazón. Suceda lo que suceda, no se añadirá la palabra «perjuro» al

nombre de Bois-Guilbert. Quiera Dios que Ricardo o cualquiera de estos jactanciosos jovenzuelos ingleses compareciera en la liza. Pero se acobardarán, ninguno de ellos se atreverá a romper una lanza por la inocente, por la desamparada.

—Mejor para ti si así sucede —dijo el preceptor—. Si no acude ningún campeón no será por tu mediación que esta infortunada damisela morirá, sino por la condena del gran maestre, sobre el cual caerá toda la vergüenza y que la considerará, a dicha vergüenza, como orgullo y alabanza.

—Es verdad —dijo Bois-Guilbert—. Si no acude ningún campeón, seré tan sólo un figurante de la farsa; estaré, verdad es, a caballo en la liza, pero no tendré parte en la iniquidad.

—En absoluto —dijo Malvoisin—. Serás como la imagen de san Jorge con las armas cuando participa en la procesión.

—Bien, vuelvo a mi resolución anterior —dijo el altanero templario—. Me ha despreciado, me ha repelido, me ha escarnecido. ¿Por qué, entonces, le tendría que sacrificar cualquier estimación que pueda gozar en la opinión de los demás? Malvoisin, acudiré a la liza.

Abandonó la cámara a toda prisa mientras pronunciaba estas últimas palabras y el preceptor le siguió para vigilarle y confirmarle en la decisión tomada; porque estaba muy interesado en la reputación de Bois-Guilbert, esperando muchos beneficios el día que estuviera a la cabeza de la Orden, sin mencionar la prebenda que hizo referencia a Mont-Fitchet, dándole esperanzas con la condición de que colaborara en la conducta de la infortunada Rebeca. Y todavía, al combatir los mejores sentimientos de su amigo, disponía de todas las ventajas que un temperamento taimado, premeditado y egoísta tiene sobre un hombre agitado por fuertes y encontradas pasiones.

Sin embargo, era necesario que Malvoisin pusiera en juego todas sus artimañas para conseguir que Bois-Guilbert se mantuviera firme en su propósito. Necesitaba vigilarle de cerca para evitar que volviera a sus proyectos de fuga y para impedir que se pusiera en contacto con el gran maestre, no fuera que llegara a romper abiertamente con su superior y, en fin, para renovar de tanto en tanto los diversos argumentos mediante los cuales intentaría demostrar que, actuando en esta ocasión como campeón de la Orden, Bois-Guilbert seguiría el único camino por el cual se podía salvar de la degradación y la ignominia.

XI

¡Alejaos, espectros y fantasmas!
¡Aquí está Ricardo otra vez!

COLLEY CIBBER:
La trágica historia del rey Ricardo III.

Cuando el Caballero Negro, ya que es necesario retomar al hilo de sus aventuras, abandonó la encina del bandido generoso, se dirigió directamente hacia una casa religiosa de aquellos alrededores, pequeña en extensión y en renta y llamada el priorato de san Botolph. Allí había sido conducido Ivanhoe, herido, después de la toma del castillo, por el fiel Gurth y el magnánimo Wamba. No importaba ahora relatar lo que en el ínterin sucedió entre Wilfred y su libertador; bastará decir que, después de un largo y grave cambio de impresiones, el prior despachó mensajeros en varias direcciones y que a la mañana siguiente, el Caballero Negro se dispuso a emprender su camino acompañado de Wamba, el bufón, que hacía las veces de guía.

—Nos encontraremos en Coningsburgh —le dijo a Ivanhoe—, el castillo del difunto Athelstane, ya que allí tu padre Cedric celebra el banquete funerario en honor de su noble amigo. Me gustará ver reunidos a tus amigos sajones y así conocerles un poco mejor. Tú también vendrás allí, ya que me he señalado la labor de reconciliarte con tu padre.

Y así se despidió afectuosamente de Ivanhoe, que expresó ardientes deseos de acompañar a su libertador. Pero el Caballero Negro no quiso ni escucharle.

—Descansa en este día; necesitarás todas tus fuerzas para viajar mañana. No llevaré más guía conmigo que el honrado Wamba, el cual, según el humor en que me encuentre, tanto puede hacer de clérigo como de bufón.

—Y yo —dijo Wamba—, estaré de todo corazón a vuestro servicio. Me gustaría asistir al banquete funerario en honor de Athelstane porque, si no es abundante y generoso, es capaz de salir de la tumba para regañar al cocinero, al mayordomo y al copero, cosa que sería digna de ver. Y además, señor caballero, en caso de que el ingenio me faltara, vuestro valor me serviría de excusa ante Cedric.

—Y ¿cómo podría salir adelante mi valor, señor bufón, cuando tu ligero ingenio fallase? Aclárame eso —dijo el caballero.

—El ingenio, señor —replicó el bufón—, puede hacer mucho. Es como un bribón de ideas rápidas que conoce el pie que calza su vecino y sabe ponerse a resguardo cuando soplan fuerte los vientos de las pasiones. Pero el valor es un enemigo vigoroso que todo lo atropella. Rema a contra corriente, con vientos adversos y, sin embargo, se abre paso. Por lo tanto, señor caballero, mientras yo me aprovecho del buen tiempo, que es el lado bueno de mi noble amo, espero que vos os las sabréis

componer con él cuando se desate la tormenta.

—Señor Caballero del Candado, ya que de este modo gustáis que se os nombre —dijo Ivanhoe—, me temo que habéis buscado un guía que habla mucho y que os causará disgustos. Pero conoce cada senda y camino de este bosque tanto como el cazador y, como ya habéis podido comprobar, es tan fiel como el mismo acero.

—¡Ah, no! —dijo el caballero—. Ya que se presta a enseñarme el camino, no le regañaré si además quiere hacérmelo placentero. ¡Adiós, buen Wilfred! Te ordeno que no intentes viajar hasta mañana.

Después tendió la mano a Ivanhoe que la apretó contra los labios. Se despidió del prior, montó a caballo y partió en compañía de Wamba. Ivanhoe les siguió con la mirada hasta que se perdieron entre las sombras del bosque vecino. Entonces regresó al convento. Pero poco después del canto de maitines pidió ver al prior. El anciano acudió a toda prisa y le preguntó por su salud.

—Me encuentro mejor —dijo Ivanhoe— de lo que mis más fundadas esperanzas hubieran podido esperar. O mi herida era tan sólo un rasguño o este bálsamo ha obrado maravillas. Creo, incluso, que ya puedo llevar corselete, y es mejor así, porque cruzan por mi mente pensamientos que no me recomiendan permanecer aquí más tiempo inactivo.

—No quieran los santos —dijo el prior— que el hijo de Cedric *el Sajón* abandone nuestro convento antes de que estén cerradas sus heridas. Sería gran vergüenza para nuestra profesión.

—Yo tampoco abandonaría vuestro techo hospitalaria si no tuviera la seguridad, venerable padre, de poder aguantar el viaje y no me viera obligado a emprenderlo.

—¿Y qué gran necesidad os impulsa a realizar este viaje? —preguntó el prior.

—¿Nunca habéis tenido, santo padre, un mal presentimiento que os acecha, mientras en vano os preguntáis la razón? —contestó el caballero—. ¿Nunca se ha oscurecido vuestra mente como la pradera soleada cuando sobre ella pasa una negra nube que presagia la próxima tormenta? ¿Y no creéis que tales impulsos son dignos de tener en cuenta, ya que constituyen los indicios que nos da nuestro espíritu guardián para avisarnos de que se acerca el peligro?

—No puedo negar —contestó el prior santiguándose— que tales cosas han sucedido, siendo obra del cielo, y entonces tales predicciones han tenido siempre visos de verosimilitud. Pero vos, herido como estáis, ¿de qué os servirá seguir el rastro de aquél a quien no podríais ayudar en caso de ser atacado?

—Prior —dijo Ivanhoe—, os equivocáis. Me siento fuerte para pelear a brazo partido con cualquiera que me desafíe. Pero, si no fuera así, ¿no podría ayudarle con otro medio que no fueran la fuerza de las armas? Es bien sabido que los sajones no tienen en gran estima a los normandos y, ¿quién sabe lo que puede suceder ahora que sus corazones están irritados por la muerte de Athelstane y sus cabezas recalentadas por lo mucho que beberán? Juzgo que su presencia entre ellos, en tales momentos, es altamente peligrosa y estoy decidido a compartir o a evitar este peligro. Por lo tanto,

para mejor cumplir mi atención, os ruego me prestéis algún palafrén cuyo paso sea más ligero que el de mi caballo de batalla.

—Contad con ello —dijo el amable eclesiástico—. Os prestaré mi propia jaca, que tiene muy buena armadura. Me placería que tuviera el paso tan suave para vos como para el abad de san Alban. Y añadiré lo siguiente a favor de *Malkin*, porque así la llamo, no sea que pidierais prestado el corcel del titiritero que se pasea entre huevos al son de la gaita: nunca viajaréis en cabalgadura tan gentil y de tan suave andadura. He escrito muchas homilías edificantes para mis hermanos del convento y las pobres almas cristianas mientras viajaba sobre sus lomos.

—Os ruego, reverendo padre —dijo Ivanhoe—, que hagáis preparar a *Malkin* al momento, mientras indicáis a Gurth que venga con mis armas.

—Permitidme que os recuerde, buen caballero —dijo el prior—, que *Malkin* tiene tan poca disposición para las armas como su dueño, y que no garantizo que soporte la vista o el peso de vuestro equipo completo. *Malkin* es una bestia de buen juicio y protestará contra cualquier peso excesivo. Una vez le pedí prestado al cura de san Bees, el grueso volumen *De Fructus Temporum*, y os prometo que no se movió de la puerta hasta que no cambié el pesado libro por mi breviario.

—Creedme, santo padre —dijo Ivanhoe—. No la cargaré con demasiado peso y si tiene ganas de armar camorra conmigo lleva todas las de perder.

Esto dijo, mientras Gurth ceñía a los tobillos del caballero un par de espuelas doradas, capaces de convencer al caballo más testarudo. Era la mejor razón para someterse a los deseos de su jinete.

Las afiladas puntas de las espuelas con que los tobillos de Ivanhoe estaban ahora armados, provocaron el arrepentimiento del buen prior, que dijo:

—Pero, buen caballero, creo que *Malkin* no soporta la espuela. Mejor fuera que esperarais la yegua del mayordomo, que se encuentra en la granja y no puede tardar más de una hora, y que es de lo más manejable, porque transporta la mayor parte de la leña que necesita nuestra chimenea y no come grano.

—Os lo agradezco, reverendo padre, pero me acogeré a vuestro primer ofrecimiento, puesto que *Malkin* ya está en la puerta. Gurth llevará mi armadura y, por el resto, confiad en que no abrumaré la grupa de *Malkin* para evitar que me saque de mis casillas. Y, ahora, ¡adiós!

Ivanhoe bajó las escaleras más rápidamente y con más soltura de lo que sus heridas hacían presumir, y saltó sobre el caballo deseoso de huir de las inoportunidades del prior. Éste se colocó tan cerca de su flanco como su edad y su gordura se lo permitieron y, ora loaba las cualidades de *Malkin*, ora recomendaba cuidado al caballero al gobernarla.

—Se encuentra en el período más peligroso tanto para las doncellas como para las yeguas —decía el anciano, riendo su propio chiste—, ya que tiene escasamente quince años.

Ivanhoe, que tenía otra tela en el telar que no era la de acompasar el paso de su

palafrén al de su dueño, prestaba oídos sordos a los graves consejos del prior y a sus graciosas ocurrencias. Mandó a su escudero (porqué así se calificaba Gurth a sí mismo) que se mantuviera a su flanco, y después siguió el rastro del Caballero Negro a través del bosque, mientras el prior quedaba rezagado, mirándole y exclamando:

—¡Santa María! ¡Cuán decididos y fieros son estos varones guerreros! Quisiera no haberle confiado a *Malkin,* porque atosigado como estoy por el reúma, si le pasa algo malo estoy listo. Y sin embargo —añadió volviendo en sí—, ya que tampoco yo hubiera regateado a mis pobres miembros enfermos y viejos la ayuda a la noble causa de la vieja Inglaterra, bueno será que *Malkin* tome parte en los azares de esta aventura; quizá consideren que nuestra pobre casa merece algún galardón. O también pudiera ser que le regalaran al anciano prior un jaco de buena andadura. Y si no hacen ninguna de las dos cosas, ya que los grandes hombres acostumbran a olvidar los servicios de los humildes, me consideraré bien pagado por haber participado en la heroica gesta. Ha llegado la hora de congregar a los hermanos en el refectorio para desayunar. ¡Ah! Creo que obedecen con más prontitud a esta llamada que a la de maitines y vísperas.

El prior de san Botolph se adentró en el refectorio para presidir el desayuno de pescado seco y cerveza que se estaba sirviendo a los frailes. Voluminoso e importante, ocupó su sitio en la mesa y no cesaron sus murmuraciones acerca de las posibles donaciones que se harían al convento y de los grandes servicios que él mismo había prestado, discursos que en cualquier otra ocasión hubieran llamado la atención. Pero como el pescado seco estaba muy salado y la cerveza era razonablemente fuerte, las mandíbulas de los hermanos estaban demasiado ocupadas para al mismo tiempo poder hacer uso de sus oídos; no sabemos de ninguno de los componentes de la cofradía que se viera tentado de especular con los indicios que el prior dejaba escapar, excepción hecha del padre Diggory, que padecía un fuerte dolor de muelas y utilizaba solamente un carrillo para comer.

Mientras el Caballero Negro y su guía iban andando a su placer por el bosque, el buen caballero tanteaba a veces por lo bajo alguna tonadilla de un trovador enamorado y otras estimulaba con preguntas la predisposición a la charla de su servidor, por lo que su diálogo constituía una extraña mezcla de agudezas y canciones de la cual nos gustaría dar a los lectores una idea. Deben imaginar a este caballero tal como lo hemos descrito, fuerte de complexión, alto, de anchas espaldas y huesos largos, montando en su poderoso percherón que parecía creado a propósito para cargar con aquel peso, pues lo soportaba con facilidad. El visor del yelmo levantado para poder respirar más libremente, aunque mantenía en su sitio la visera, que impedía distinguir sus rasgos. Pero sí podían verse sus pómulos huesudos y los grandes ojos brillantes que centelleaban entre la sombra del alzado visor; la entera figura del campeón, así como sus miradas, expresaban descuidada alegría y confianza…, estado de ánimo no muy indicado para prevenir el peligro ni para enfrentarle a él con presteza cuando se presentara. Sin embargo, estaba familiarizado

con el peligro, ya que su ocupación eran la guerra y las aventuras.

El bufón vestía su habitual ropaje fantasioso, pero los últimos acontecimientos le habían impulsado a sustituir su espada de madera por una cortante buena hoz, además de una rodela. A pesar de su profesión, durante el asalto a Torquilstone dio muestras de su destreza en el manejo de ambas armas. En verdad, la debilidad del cerebro de Wamba tenía su origen en una especie de impaciente irritabilidad que no le permitía estarse quieto por mucho tiempo o adherirse a ciertas ideas aunque, durante unos pocos minutos, fuera capaz de ejecutar cualquier trabajo o comprender cualquier cuestión. Por lo tanto, mientras montaba, no cesaba de oscilar atrás y adelante, y ora estaba sobre las orejas del animal, ora sobre su mismo trasero. Tan pronto dejaba pender ambas piernas, de un solo costado, como se sentaba del revés, de cara a la cola, gesticulando y haciendo mil muecas. Hasta que el palafrén tomó tan a pecho sus bromas que le tumbó en el suelo tan largo como era, incidente que divirtió sobremanera al caballero, pero que hizo que en lo sucesivo su acompañante se mantuviera más firme sobre el caballo.

En aquellos momentos, la alegre pareja estaba enfrascada cantando un *virelai*, como se les llamaba, en el cual el payaso tenía encomendada la parte más ligera, comparada con la más ortodoxa del Caballero del Candado. Y la cantinela decía:

Anna Marie, amor, el sol ya ha salido.
Anna Marie, amor, ya está aquí la mañana,
las brumas se dispersan, amor, los pájaros cantan libres
por la mañana, amor, Anna Marie.
Anna Marie, amor, por la mañana
el cazador permite que su cuerno dé alegres sones,
y, contento, el eco hace vibrar árboles y peñascos.
Es hora de levantarse, amor, Anna Marie.

WAMBA

¡Oh!, Tybalt, amor, Tybalt, no me despiertes todavía
cuando alrededor de mi almohada revolotean
los más suaves sueños,
porque, ¿qué es el gozo que experimentamos al despertar
comparado con esas visiones? Di, Tybalt, mi amor.
Que los pájaros se levanten al son de la campana matutina,
que el cazador haga sonar su cuerno en la colina,
sones más suaves y más dulces placeres gozo en mi duermevela…
Pero no creas que sueño contigo, Tybalt, amor mío.

—Delicada canción —dijo Wamba cuando hubieron terminado la estrofa—, y juro por mi capuchón que también encierra una hermosa moraleja. Acostumbraba a cantarla con Gurth, mi compañero de diversiones y, ahora, por la gracia de Dios y de su amo, transformado en un hombre libre. Una vez nos ganamos una buena azotaina porque estábamos tan compenetrados con la melodía que permanecimos en cama hasta dos horas después del amanecer, cantando la cantinela del dormir y del despertar. Desde entonces me duelen los huesos cada vez que pienso en la dichosa canción. Sin embargo, si he cantado la parte de Anna Marie ha sido sólo para daros gusto, señor.

El bufón empezó de nuevo otra balada, una especie de cómica cantinela a la cual el caballero, uniéndose a la tonada después de haberla aprendido, replicó de manera adecuada.

CABALLERO Y WAMBA

Llegaron tres hombres joviales del sur, el oeste y el norte,
cantando siempre este rondó
para conquistar a la viuda de Wycombe,
¿y por qué la viuda diría que no?

El primero era caballero y venía de Tynedale,
cantando siempre este rondó.
Y sus padres, Dios nos salve, eran gente de gran prestigio,
¿y por qué la viuda diría que no?

De su padre, el lord, y de su tío, el escudero,
presumía en verso y en rondó.
Y ella le mandó a calentarse junto a su propia chimenea
porque tal clase de viudas siempre dicen que no.

WAMBA

El siguiente juró por la sangre y por los clavos,
cantando alegre este rondó; que era hidalgo, como hay Dios, y su linaje de Gales,
y, ¿dónde estaba la viuda que pudiera decirle no?

Sir David Morgan Grijfith Hugh
Tudory Rhice, según dice el rondó;
y ella dijo que una viuda para tantos era muy poco
y por eso, al de Gales a freír espárragos mandó.

Pero entonces llegó un montero, un montero de Kent,
jovialmente cantando su rondó;
hablóle a la viuda de vivir de rentas,
y ¿dónde estaba la viuda que dijera que no?

AMBOS

Así pues, el caballero y el escudero, ambos fueron tirados
al lodazal, para que allí cantaran su rondó;
porque a un montero de Kent, con su renta anual,
nunca hubo viuda que le dijera que no.

—Quisiera, Wamba —dijo el caballero—, que nuestro anfitrión de la gran encina, o bien su capellán, el fraile jovial, oyeran tu tonadilla en loor de este falso montero.

—Pero yo no lo quisiera —dijo Wamba—, por el cuerpo que cuelga de vuestro tahalí.

—Se trata de una prueba de la buena voluntad de Locksley, aunque no creo que nunca lo necesite. Tres notas de este cuerno harían acudir, a nuestro alrededor, estoy seguro, a una nutrida representación de aquellos alegres monteros.

—Yo diría que este hermoso regalo es la prueba de que, Dios no lo quiera, estamos expuestos a no circular apaciblemente.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que por este obsequio amistoso alguien se atreverá a atacarnos?

—Como si nada hubiera dicho —replicó Wamba—, porque los árboles del bosque tienen oídos como las paredes. Pero ¿podéis arreglarme esto, señor caballero? ¿Cuándo será mejor que tengáis vacía la jarra de vino y la bolsa?

—¿Cómo? Nunca, según creo —replicó el caballero.

—Por dar una respuesta tan idiota, nunca mereceríais tener ninguna de ellas en la mano. Mejor es que la jarra esté vacía cuando se la tengáis que pasar a un sajón, y dejar el dinero en casa cuando tengáis que cruzar el bosque.

—¿Crees, entonces, que nuestros amigos son ladrones?

—No me habéis oído decir tal cosa, señor caballero —dijo Wamba—. El corcel de un caballero descansa si éste se despoja de su cota de malla cuando le espera por delante una larga jornada. Y también es cierto que le hace bien el alma del jinete el librarse de aquello que es la raíz de todo mal. Sin embargo, no insultaré, a quienes practican tal oficio. Solamente que prefiero tener mi cota de acero en casa y mi bolsa en mi habitación cuando topo con estos buenos compañeros, así por lo menos les ahorro trabajo.

—Deberíamos rezar por ellos, amigo mío, a pesar de como los calificas.

—Rezaré por ellos de todo corazón —dijo Wamba—, pero en la ciudad, no en el

bosque como el abad de san Bees, a quien obligaron a decir misa utilizando un tronco de encina por altar.

—Puedes decir lo que quieras, Wamba, pero estos monteros se portaron como buenos vasallos y le rindieron un buen servicio a tu amo Cedric en Torquilstone.

—¡Ay, sí que es verdad! Pero según los términos de sus negocios con Dios.

—¿Sus negocios, Wamba? ¿Qué quieres decir con esto?

—A ver si lo entendéis —contestó el bufón—. Tienen una cuenta corriente con el cielo, como llamaba a sus números nuestro bodeguero, tan rigurosa como la que Isaac lleva con sus deudores y, como él, entregan muy poco y se cobran menos intereses; inscribiendo a su favor, naturalmente, el siete por ciento de usura que el texto bendito les ha prometido sobre los préstamos caritativos.

—Dame un ejemplo para que lo entienda, Wamba. No comprendo nada de cifras, intereses ni tantos por ciento —contestó el caballero.

—Pero ¿cómo? Si Vuestra Excelencia no es imbécil, os gustará saber que estos buenos amigos compensan una buena acción con otra no tan laudable; como es el darle una corona a un fraile mendicante y quitarle cien besantes a un abad gordinflón o besar a una ramera en el bosque y consolar a una pobre viuda.

—¿Y cuál de ellas es la buena acción y cuál la mala? —interrumpió el caballero.

—¡Muy buen chiste! ¡Sí, señor! —dijo Wamba—. Viajar con un compañero ocurrente aguza el ingenio. Puedo jurar que no dijisteis nada mejor cuando celebrasteis las vísperas beodas con el falso ermitaño. Pero continuaremos. Los joviales hombres del bosque compensan el incendio de una cabaña arrasando un castillo, remiendan un coro y roban una iglesia, liberan a un prisionero desgraciado y matan a un alcaide orgulloso; o, para ceñirnos más a lo que a nosotros concierne, al liberar a un hidalgo sajón, juzgan que bien pueden quemar vivo a un barón normando. En una palabra, son ladrones gentiles y forajidos corteses; pero es mejor topar con ellos cuando están haciendo lo peor.

—¿Y por qué, Wamba?

—¿Por qué? Pues porque entonces sientes remordimiento y es el turno de quedar bien con el cielo. Pero cuando la balanza está equilibrada. ¡Dios ayude a aquéllos que servirán para que abran cuenta nueva! Los viajeros que den con ellos serán despojados sin piedad. Y sin embargo —dijo Wamba acercándose al caballero—, hay todavía unos tipos más peligrosos para los viajeros que estos forajidos.

—¿Y quiénes podrán ser?, porque por aquí no hay ni lobos ni osos, ¿verdad?

—No, pero tenemos a los soldados de Malvoisin. Y permitid que os diga que durante la guerra civil media compañía de ellos es peor que toda una manada entera de lobos en cualquier época. Están ahora esperando recoger los beneficios y se han reforzado con los que huyeron de Torquilstone. Así que, si topamos con ellos, pagaremos por nuestras gestas. Ahora os ruego que me digáis, señor caballero, ¿qué haríais si diéramos con un par de ellos?

—Clavar mi lanza contra sus pechos, Wamba, si nos ocasionaban molestias.

—¿Y si fueran cuatro?

—Beberían de la misma copa.

—¿Y si fuesen seis —continuó Wamba—, y nosotros, como lo somos, solamente dos…, no os acordaríais del cuerno de Locksley?

—¡Cómo! ¿Pedir ayuda contra una pandilla de escoria como ésta, que un buen caballero puede deshacer ante sí como hace el viento con las hojas secas?

—Entonces —dijo Wamba—, os ruego que me dejéis mirar este cuerno que tiene un aliento tan poderoso.

El caballero abrió el broche del tahalí y se lo entregó a su compañero de viaje, que lo colocó de inmediato alrededor de su cuello.

—Tra-lira-la —hizo Wamba silbando las notas—. Conozco la escala tan bien como cualquiera.

—¿Qué has querido decir, bribón? —dijo el caballero—. Devuélveme el cuerno.

—Podéis estar contento, señor caballero; está en buenas manos. Cuando el valor y la locura viajan juntos, la locura debe llevar el cuerno, porque puede soplar mejor.

—Bellaco —dijo el Caballero Negro—, esto excede la medida. Cuida de no agotar mi paciencia.

—No me amenacéis con la violencia —dijo el bufón guardando las distancias con el enfadado adalid—, no sea que la locura utilice su buen par de talones y permita al valor que encuentre su camino lo mejor que pueda a través del bosque.

—Has dado en el blanco —dijo el caballero— y, hablando claro, no dispongo de tiempo para discutir contigo. Guarda el cuerno si así lo deseas, pero prosigamos nuestro camino.

—¿No me causaréis daño, entonces?

—¡Ya te dije que no, bellaco!

—Dadme vuestra palabra de caballero —continuó Wamba mientras se acercaba con cautela.

—Empeño mi palabra de caballero; ¡anda, acércate de una vez!

—Entonces, el valor y la locura vuelven a ser buenos compañeros —dijo el bufón, colocándose abiertamente al lado del caballero—. Pero, de verdad, no me agradan las bofetadas como las que le propinasteis al fraile gordinflón cuando su santidad rodó sobre la verde hierba como un monigote de trapo. Y ahora que la locura lleva el cuerno, que el valor se arme de él y haga lo que sabe; porque si no me equivoco, tenemos compañía en la espesura y nos vigilan de cerca, además.

—¿Qué te hace creerlo?

—Dos o tres veces he visto el brillo de un casco entre las hojas. Si hubieran sido hombres honrados, hubieran seguido por el sendero. Pero estas espesuras son la capilla preferida de los clérigos de san Nicolás.

—A fe mía —dijo el caballero bajando el visor—, creo que tienes razón.

Y en buena hora lo bajó, porque tres flechas salieron al mismo tiempo del temido lugar que Wamba había señalado. Iban dirigidas contra la cabeza y el pecho, y una de

ellas hubiera atravesado la cabeza del caballero de no haber topado con el visor de acero, de las otras dos, una fue a dar contra la gorguera y la otra contra el escudo.

—Gracias, fiel armadura. Wamba, carguemos contra ellos —dijo el caballero, y se dirigió al galope a la espesura. Allí dio con seis o siete soldados que se abalanzaron contra él a todo correr, con las lanzas preparadas. Tres de ellas se hicieron astillas contra su peto, causando tan poco daño como si hubieran sido dirigidas contra una torre de acero. Los ojos del Caballero Negro parecían despedir fuego a través del visor. Irguióse sobre los estribos con un aire indescriptible de dignidad y exclamó:

—¿Qué significa esto, señores?

Los hombres no dieron otra réplica que desenfundar sus espadas y, atacándole por los flancos, gritaron:

—¡Muere, tirano!

—¡Ah!, ¡San Eduardo! ¡San Jorge! —dijo el Caballero Negro, derribando un hombre a cada golpe con que acompañaba sus invocaciones—. ¿Tenemos traidores?

Sus contrincantes, desesperados como estaban, retrocedieron ante un brazo que causaba la muerte con cada golpe. Parecía que el terror que producía su fuerza iba a hacerle ganar la partida contra todo pronóstico, cuando un caballero, protegido por una armadura azul, y que hasta entonces se había mantenido a retaguardia de los demás asaltantes, espoleó su caballo y avanzó lanza en ristre. Apuntando no al jinete, sino al corcel hirió mortalmente al noble animal.

—¡Éste fue un golpe felón! —exclamó el Caballero Negro cuando el corcel cayó a tierra arrastrándole.

Y en este momento, Wamba sopló el cuerno, porque los acontecimientos se habían desarrollado con tanta rapidez que no dispuso de tiempo para hacerlo antes. El repentino sonido hizo retroceder una vez más a los atacantes y Wamba, aunque muy mal armado, no dudó en precipitarse a ayudar a levantarse al Caballero Negro.

—¡Vergüenza sobre vosotros, infieles cobardes! —exclamó el de la armadura azul, que parecía ser el jefe de los asesinos—. ¿Huís del sonido vacío de un cuerno soplado por un bufón?

Animados por estas palabras, atacaron de nuevo al Caballero Negro, cuya mejor defensa ahora consistía en apoyar su espalda contra el tronco de una encina y defenderse con la espada. El caballero felón que disponía de otra lanza, y vigilando el momento en que el caballero estuviera más acosado, cargó al galope contra él con la esperanza de dejarlo clavado en el tronco. Pero Wamba frustró de nuevo su propósito. El bufón, compensando con su agilidad sus pocas fuerzas, y pasando desapercibido de los soldados que estaban ocupados en lograr un objetivo más importante, rodeó el lugar de la lucha y consiguió efectivamente detener la fatídica galopada del caballero azul, desjarretando a su caballo con un golpe de su pequeña hoz. Hombre y caballo rodaron por el suelo. Sin embargo, la situación del Caballero del Candado no dejaba de ser precaria por ser atacado de cerca por varios hombres armados impecablemente.

Empezó a sentirse fatigado a causa de los continuos y violentos esfuerzos que se veía obligado a realizar con objeto de defenderse en tantos sitios y casi al mismo tiempo. Entonces, una flecha provista de una pluma de ganso gris clavó en el suelo al más fornido de sus atacantes, y una partida de monteros, capitaneada por Locksley y el jovial fraile, irrumpió en el claro y, tomando decidida y efectiva parte en la refriega, pronto dieron buena cuenta de los rufianes, todos los cuales quedaron en el suelo, muertos o heridos de muerte. El Caballero Negro dio las gracias a sus libertadores con una dignidad que no habían observado en su anterior comportamiento, que más había sido el de un rudo soldado que el de una persona de alto rango.

—Me interesa muchísimo —dijo—, aun antes de expresar toda mi gratitud a mis dispuestos amigos, averiguar, si puedo, quiénes eran mis gratuitos enemigos. Abre el visor de este caballero azul, Wamba, ya que parece ser el jefe de estos villanos.

El bufón se acercó inmediatamente al jefe de los asesinos, el cual, aturdido por la caída y casi aplastado por el caballo herido, yacía en el suelo incapaz de luchar o de huir.

—Vamos, valiente señor —dijo Wamba—, seré vuestro armero al mismo tiempo que vuestro palafrenero. Os he desmontado y ahora os quitaré el yelmo.

Y así diciendo y sin demasiados miramientos, deshizo las cintas del yelmo del Caballero Azul. Al rodar por el suelo, descubrió el Caballero del Candado un rostro que no esperaba encontrar en tales circunstancias.

—¡Waldemar Fitzurse! —dijo asombrado—. ¿Quién ha obligado a un hombre de tu alcurnia y de tu aparente valía a realizar esta mala acción?

—Ricardo —dijo el caballero cautivo, mirándole—, conoces poco a los hombres y no sabes adónde pueden llevar a cada hijo de Adán la ambición y la venganza.

—¿Venganza? —exclamó el Caballero Negro—. Nunca te engañé. No tienes de qué vengarte.

—Mi hija, Ricardo, cuya mano despreciaste. ¿No fue una injuria para un normando cuya sangre es tan noble como la tuya?

—¿Tu hija? —replicó el Caballero Negro—. Adecuado motivo para suscitar una enemistad y para solucionarla con sangre. Apartaos, señores, quiero hablar con él a solas. Y ahora, Waldemar Fitzurse, dime la verdad…, confiésame quién te mandó cometer este traidor hecho.

—El hijo de tu padre —contestó Waldemar—, quien, al hacerlo, quiso vengar la desobediencia tuya para con tu padre.

Los ojos de Ricardo brillaron de indignación, pero su buen natural ganó la partida. Se puso la mano sobre la frente y permaneció un instante mirando la cara del humillado barón, en cuyas facciones el orgullo luchaba con la vergüenza.

—No me pidas tu vida, Waldemar —dijo el rey.

—El que se encuentra entre las garras del león sabe que sería inútil hacerlo.

—Tómala, entonces, sin pedirla —dijo Ricardo—. El león no hace caso de la carroña. Toma tu vida, pero con la condición de que en el espacio de tres días habrás

abandonado Inglaterra e irás a esconder tu vergüenza en tu castillo normando. Nunca mencionarás el nombre de Juan de Anjou como instigador de tu felonía. Si eres encontrado en suelo inglés después del tiempo que te he concedido, morirás. O si dices una sola palabra que pueda atentar contra el honor de mi casa, ¡por san Jorge!, que ni los mismos altares te servirían de protección. Te colgaría para que sirvieras de alimento a los cuervos en el torreón más alto de tu propio castillo. Dadle un caballo, Locksley, porque ya veo que tus monteros han atrapado a los que iban sueltos, y dejadle partir sin causarle mal.

—Creo que oigo una voz cuyas órdenes no deben ser discutidas —contestó el montero—. Si no fuera así, enviaría una flecha contra el podrido villano para ahorrarle las fatigas de un largo viaje.

—Tu corazón es inglés, Locksley, y dices bien al opinar que eres el que más obligado está a obedecer mis mandatos. ¡Soy Ricardo de Inglaterra!

Al oír estas palabras, pronunciadas con el tono majestuoso correspondiente a la alta alcurnia y no menos distinguido carácter de Corazón de León, todos los monteros se arrodillaron al mismo tiempo ante él y le rindieron pleitesía, implorando el perdón para sus fechorías.

—Levantaos, amigos míos —dijo Ricardo con voz amable y mirándoles con tal expresión en su cara que estaba claro que su natural buen humor le había ganado la partida al anterior enfado. Tampoco conservaba huellas del último encuentro desesperado, excepto por el ardor debido a los esfuerzos realizados—. Levantaos. Vuestras fechorías en bosques y praderas han quedado compensadas con los servicios leales que prestasteis en Torquilstone a mis súbditos en desgracia, y la poderosa ayuda que hoy le habéis prestado a vuestro soberano. Levantaos, vasallos míos, y sed buenos súbditos de ahora en adelante. Y tú, valiente Locksley…

—No me llaméis más por el nombre de Locksley, soberano mío. Conocedme por el nombre que, me temo, la fama ha esparcido tanto que no es posible que no haya llegado a vuestros oídos. Soy Robin Hood de los bosques de Sherwood.

—¡Rey de forajidos y príncipe de buenos individuos! —dijo el rey—. ¿Quién no habrá oído un nombre que ha llegado incluso a Palestina? Pero ten la seguridad, bravo bandido, de que ninguna de las proezas que hayas realizado en mi ausencia y en los tiempos turbulentos que les han dado ocasión, será recordada en detrimento tuyo.

—Bien dice el proverbio —dijo Wamba, ya que algo tenía que decir, pero sin su habitual petulancia—: «Cuando no está el gato, los ratones juegan todo el rato».

—¿Qué, Wamba, estabas aquí? —dijo Ricardo—. Hacía tanto tiempo que no oía tu voz que creí que habías huido.

—¿Huir yo? —dijo Wamba—. ¿Cuándo habéis visto a la locura separarse del valor? Ahí está el trofeo de mi espada, aquel caballo capado. De todos modos, desearía de todo corazón que se pusiera de nuevo en pie a condición de que su dueño yaciera allí en su lugar. Verdad es que al principio me retiré algo, porque una blusa de

bufón no rompe las puntas de lanza como un corselete de malla de acero. Pero si bien es verdad que no he luchado a punta de espada, debéis reconocer que di un buen concierto de cuerno.

—Y en buena hora, honrado Wamba —replicó el rey—. Tus buenos servicios no caerán en saco roto.

—*Confíteor! Confíteor!* —exclamaba con tono humilde una voz cerca del rey—. Mis latines no me ayudarán demasiado, pero confieso mi mortal traición y pido que se me deje obtener la absolución antes de ser ejecutado.

Ricardo miró a su alrededor y vio al jovial fraile de rodillas, rezando su rosario, mientras su partesana, que no había estado, ociosa durante la refriega, yacía junto a él sobre la hierba. Su expresión era compungida, y para mejor expresar su contrición, los ojos miraban al cielo y los labios colgaban como los adornos de una bolsa, según anotó Wamba. Pero su postura de extrema penitencia era desmentida por la socarronería que le bailaba en el rostro gordinflón y denunciaba que su miedo y compunción eran ficticios.

—¿Qué motivo te ha hecho arrodillar, fraile loco? —preguntó Ricardo—. ¿Temes que tu diocesano tenga noticia de cuán fervientemente sirves a Nuestra Señora y a san Dunstan? ¡Vamos, hombre, no tengas miedo! Ricardo de Inglaterra no traiciona los secretos que se han ahogado en un pellejo de buen vino.

—No, graciosísimo soberano —contestó el ermitaño (nadie tan bien conocido de los lectores habituales de los romances que narran las hazañas de Robin Hood como el fraile Tuck)—; no temo al que porta la cruz, sino al que sostiene el cetro. ¡Ay! ¡Que mi puño sacrílego haya golpeado la oreja de mi enojado señor!

—¿Por ahí sopla el viento? —rióse Ricardo—. De verdad, había olvidado la bofetada, aunque después de recibirla me silbaron los oídos durante todo el día. Pero si me la diste limpiamente, que juzguen estos hombres si no fue devuelta con creces; pero, si crees que todavía te debo algo, estoy dispuesto…

—De ningún modo —replicó Tuck, el fraile—, ya me la devolvisteis y con crecidos intereses. ¡Ojalá Vuestra Majestad pague siempre las deudas tan cumplidamente!

—Si pudiera hacerlo con los puños mis acreedores no tendrían razón de temer que mis arcas se encuentren vacías —dijo el rey.

—Sin embargo —dijo el fraile, volviendo a sus aires de hipócrita compunción—, no sé qué penitencia me ha sido impuesta por tan sacrílega bofetada…

—No hablemos más de ello, hermano —dijo el rey—. Después de haber recibido tantos golpes de paganos e infieles, no tendría razón si disputara por una bofetada administrada por un clérigo tan santo como el de Copmanhurst. Sin embargo, honrado fraile mío, creo que sería mejor para ti y para la Iglesia que te consiguiera licencia para dejar los hábitos. Podrías convertirte en un montero de mi guardia al servicio de mi persona, como antes lo estabas al del altar de san Dunstan.

—Soberano mío —dijo el fraile—, os pido humildemente perdón; y muy pronto

habríais de excusarme si supierais cuán arraigado está en mí el pecado de la pereza. ¡San Dunstan, no nos niegues tu gracia! Permanece quieto en tu hornacina aunque yo haya olvidado mis oraciones mientras mato un venado bien cebado. Si estoy fuera de mi celda durante la noche, haciendo no importa qué, san Dunstan nunca se queja; un amo tranquilo, esto es lo que es, y pacífico como ningún otro de madera. Ser montero al servicio de Su Majestad el Rey, es gran honor, quién lo duda, sin embargo…, si tuviera que alejarme aunque fuera sólo para consolar a una viuda en un rincón, o para matar un ciervo en otro lugar, todo sería murmurar: «¿Dónde está este perro de cura?». Y otro diría: «¿Quién ha visto al maldito turco?». «El villano descastado que colgó los hábitos mata más venados que el resto de la gente», diría un guarda. «Va detrás de todas las liebres del país», diría el de más allá. En resumen, mi buen soberano, os ruego que me dejéis tal como me encontrasteis. Pero, si deseáis mostrar en algo vuestra benevolencia conmigo, consideradme como el pobre clérigo de la capilla de San Dunstan en Copmanhurst, el cual aceptará agradecido cualquier pequeña donación.

—Ya te entiendo —dijo el rey—. El santo clérigo tendrá licencia de tala y caza en mis bosques de Wharncliffe. Piensa, de todos modos, que sólo te asigno tres antílopes en cada estación, y que si no me das cumplida cuenta cuando degüelles treinta, ¡no soy caballero cristiano ni rey verdadero!

—Vuestra Majestad puede tener la seguridad de que, con la ayuda de san Dunstan, encontraré el medio de multiplicar vuestra generosa donación.

—No lo dudo en absoluto, buen hermano —dijo el rey—, y como el venado es algo seco, nuestro bodeguero recibirá órdenes de entregarte cada año un pellejo de vino rancio, un porrón de malvasía y tres barricas de cerveza de la primera prensada. Si esto no calma tu sed, ven a la corte y habla con mi mayordomo.

—Pero ¿y san Dunstan?

—Un cáliz, una estola y telas para el altar —continuó el rey, santiguándose—. Pero no debemos dejarnos llevar por este juego, no sea que Dios nos castigue por pensar más en nuestros desvaríos que en su culto.

—Salgo fiador de mi patrón —dijo el fraile alegremente.

—Sal fiador por ti mismo, fraile —dijo el rey Ricardo algo secamente. Pero enseguida extendió la mano al ermitaño, el cual, algo avergonzado, se arrodilló y le rindió pleitesía, besándosela.

—Hace menos honor a mi mano abierta que a mi puño cerrado —dijo el monarca —. Ante la mano solamente te arrodillas y ante el puño te tiraste por los suelos.

Pero el fraile, temeroso quizá de ofenderle al continuar la conversación en tono demasiado jocoso (falso paso del que se deben guardar cuidadosamente todos aquéllos que traten con monarcas), hizo una profunda reverencia y retrocedió unos pasos.

Al mismo tiempo, dos nuevos personajes aparecieron en escena.

XII

Aclaman a los pequeños señores,
aquéllos que, aunque nobles, no son felices.
Ellos ven nuestros pasatiempos
bajo la umbría sombra de cada verde árbol,
y todo el alegre bosque les da la bienvenida.

ANDREW MACDONALD:
Love and Royalty.

Los recién llegados eran Wilfred de Ivanhoe, montando el palafrén del prior, y Gurth, que le acompañaba montado a su vez sobre el propio caballo de batalla del caballero. El asombro de Gurth sobrepasó todos los límites cuando vio a su amo, salpicado de sangre y rodeado de seis o siete cadáveres, en el pequeño claro de bosque donde había tenido lugar la refriega. No quedó menos sorprendido al ver a Ricardo rodeado de tantos monteros forajidos, como parecían ser, que infestaban aquellos bosques y que constituían un peligroso cortejo para un príncipe. Dudaba sobre si tenía que dirigirse al rey como Caballero Negro, o qué otro tratamiento debía darle. Ricardo se dio cuenta de sus vacilaciones.

—No temas nada, Wilfred. Puedes dirigirte a mí como al mismo Ricardo Plantagenet, ya que le encuentras en compañía de fieles corazones ingleses, aunque bien pueda ser que se hayan visto obligados a retirarse algo, por la fuerza y el calor de la sangre inglesa.

—Señor Wilfred de Ivanhoe —dijo el gallardo capitán forajido, adelantándose—. Las seguridades que yo os dé poco pueden añadir a las que nuestro soberano os ha dado. Dejadme decir, y no sin orgullo, que de todos sus valientes súbditos, los más fieles son los que ahora le rodean.

—No podría dudarlo, bravo amigo —dio Wilfred—, ya que tú eres uno de ellos. Pero ¿qué significan estas huellas de muerte y de peligro? ¿Estos hombres degollados y la ensangrentada armadura de mi príncipe?

—La traición ha topado con nosotros, Ivanhoe —contestó el rey—. Pero gracias a estos valientes se ha llevado su merecido. Ahora que me acuerdo, tú eres un traidor. No eran nuestras órdenes —dijo Ricardo sonriente—. Traidor y desobediente, ¿no habías de descansar en san Botolph hasta que tu herida estuviera cerrada?

—Está cerrada —dijo Ivanhoe—. No se trata más que de un arañazo de dardo. Pero ¿por qué, decid, por qué debéis causar tribulación a los corazones de vuestros fieles servidores al exponer vuestra vida en viajes solitarios y temerarias aventuras, como si no tuviera más valor que la de un mero caballero andante que careciera de otros intereses sobre la tierra que aquéllos que la espada o la lanza puedan

procurarle?

—Ricardo Plantagenet —contestó el rey— no desea más fama que la que su lanza y su espada sepan ganarle. Y está más orgulloso de emprender una aventura contando sólo con su espada y su buen brazo, que de conducir el combate a una hueste de mil hombres armados.

—Pero vuestro reino, soberano mío —dijo Ivanhoe—, está amenazado por la disolución y la guerra civil. Vuestros súbditos están amenazados por toda suerte de males si les falta su soberano o perece en alguno de estos peligros en los que os complacéis diariamente y de los cuales no hace mucho os habéis librado por muy poco.

—¿Mi reino y mis súbditos? —contestó Ricardo con impaciencia—. Te digo, Wilfred, que el mejor amigo de ellos me paga con la misma moneda estas locuras. Por ejemplo, mi fidelísimo servidor Wilfred de Ivanhoe no obedece mis más expresas órdenes y además le dedica a su rey un sermón porque no obra exactamente según sus consejos. ¿Quién de nosotros tiene más motivos para regañar al otro? Sin embargo, perdóname, fiel Wilfred. El tiempo que he pasado y me queda aún por pasar desapercibido, como ya te expliqué en la abadía de san Botolph, es necesario para dar a los amigos y nobles que me son fieles tiempo para reunir sus tropas. De este modo, cuando se anuncie el regreso de Ricardo lo hará al mando de tales fuerzas que el enemigo temblará ante él y así podrá dominar la traición sin desenvainar la espada. Estoteville y Bohun necesitan veinticuatro horas para hacerse lo suficientemente fuertes y poder marchar sobre York. Espero noticias de Salisbury, desde el sur. De Beauchamp en Warwickshire; y de Multon y Percy en el norte. El canciller debe asegurar Londres. Una aparición súbita sometería a tales peligros, que ni mi lanza ni mi espada, aunque estuvieran respaldadas por el arco del osado Robin Hood, la partesana del fraile Tuck y el cuerno del sabio Wamba, me valdrían de nada para librarme de ellos.

Wilfred se inclinó sumisamente, sabedor de cuán vano era discutir con el desaforado espíritu de caballería que muy a menudo guiaba a su amo contra peligros que con facilidad hubiera podido evitar, o mejor dicho, que era imperdonable que él mismo buscara. Por lo tanto, el joven caballero suspiró y se mantuvo callado; Ricardo, contento por haber cerrado la boca de su consejero, aunque en su corazón sabía que tenía razón, entabló conversación con Robin Hood.

—Rey de los forajidos —le decía—, ¿no dispones de algún refrigerio para ofrecer a tu hermano de trono? Estos bribones que ya están muertos, me han encontrado hambriento.

—En verdad, no quiero mentir a Vuestra Majestad, nuestra despensa está llena de… —y se detuvo dando muestras de embarazo.

—De venado, supongo, ¿no es así? —dijo Ricardo, divertido—. No hay mejor alimento para una necesidad. Y, de verdad, si un rey no se queda en sus dominios para matar su propia caza, creo que no se puede protestar si la encuentra a mano, ya

muerta.

—Si quiere Vuestra Gracia —dijo el capitán—, honrar de nuevo con vuestra presencia uno de los lugares de reunión de Robin Hood, no ha de faltar el venado ni una barrica de cerveza, y puede que tampoco falte una copa de vino bastante bueno para acompañar la comida.

Por lo tanto, el forajido abrió camino, seguido por el voluminoso monarca, más feliz probablemente en esta ocasión de tratar con Robin Hood y sus hombres, que no lo hubiera sido de volver a hacerse cargo de su condición real y presidir un círculo de hidalgos y nobles. Ricardo *Corazón de León* era un apasionado de las aventuras y de lo inesperado, y encontraba el más alto placer cuando se enfrentaba y vencía los peligros. En el corazón de león de este rey se realizaba y revivía en gran medida el ideal brillante, pero inútil, de un rey novelesco. La gloria personal que alcanzó con sus propias hazañas era más estimada por él que los beneficios que la prudencia y una buena política hubieran podido llevar a su reino. En consecuencia, su reinado fue una especie de brillante y rápido meteoro, que cruza la faz del cielo esparciendo a su alrededor una luz innecesaria, para ser absorbido al instante a los bardos y trovadores, pero no le valieron a su país los sólidos beneficios en los cuales reposa la historia, que los mantiene como un ejemplo para la posteridad. Pero, en la compañía en que se encontraba, Ricardo se hallaba a sus anchas. Era alegre y apreciaba la virilidad en cualquier clase social.

El refrigerio fue rápidamente preparado bajo una enorme encina. El rey estaba rodeado por hombres que se habían colocado fuera de la jurisdicción de sus leyes de gobierno, y que ahora formaban su corte y su cuerpo de guardia. Cuando la jarra empezó a rondar, los rudos forestales dejaron progresivamente de sentirse cohibidos por la presencia de Su Majestad. Intercambiaban canciones y chanzas…, lo que más se contaba era la historia de fechorías pasadas. Al final, mientras se jactaban de los éxitos cosechados infringiendo las leyes, nadie se dio cuenta de que estaban hablando en presencia del guardián de estas leyes por derecho natural. El jovial rey, no dando a su dignidad más importancia que la que le daban sus compañeros, reía, cantaba y bromeaba como uno más de la partida. El natural aunque burdo sentido común de Robin Hood le aconsejó que sería mejor dar la fiesta por terminada antes de que algún incidente rompiera la cordialidad. Cuando observó el rostro de Ivanhoe, oscuro por la ansiedad, se reafirmó en su decisión.

—Estamos muy honrados —le dijo en un aparte a Ivanhoe— con la presencia de nuestro galante soberano. Sin embargo, no desearía que perdiera un tiempo que las circunstancias pueden convertir en precioso.

—Has hablado con gran sabiduría, valiente Robin Hood —dijo Wilfred, también aparte—. Y más ahora, porque los que bromean con la Majestad no hacen sino jugar con las zarpas del león, el cual, a la menor provocación, muestra dientes y uñas.

—Acabáis de nombrar el verdadero motivo de mis temores —dijo el forajido—. Mis hombres son rudos por naturaleza y por la vida que llevan: el rey es tan duro de

carácter como buen humor tiene. Por lo tanto, no se puede prever cuándo se originará una disputa a una ofensa y cómo será recibida. Ya es hora de que se acabe esta juerga.

—Tendrá que terminarse mediante vuestros buenos oficios, valiente montero —dijo Ivanhoe—. Porque cada vez que se lo he insinuado sólo ha servido para inducirle a prolongarla.

—¿Tan pronto debo perder el favor y el perdón de mi soberano? —dijo Robin, haciendo una pausa—. Pero tiene que ser así, por san Cristóbal. No merecería su perdón si no lo arriesgara por su propio bien. ¡Eh, Scathlock! Ve detrás de aquella espesura y sopla una llamada normanda en tu cuerno, y sin tardar un instante si en algo aprecias tu vida.

Scathlock obedeció a su capitán y cinco minutos después los juerguistas se sorprendieron al oír el sonido de su cuerno.

—Es la llamada de Malvoisin —dijo Miller, saltando y agarrando el arco.

El fraile dejó caer la jarra y cogió su partesana. Wamba se detuvo en seco justo en la mitad de una frase ingeniosa, y se llevó la mano al cinto. Todos los demás fueron a las armas.

Los hombres que llevan un modo de vida tan precario cambian rápidamente de humor, y del banquete pasan sin esfuerzo al combate. Para Ricardo, el cambio suponía aumentar todavía más su diversión, Requirió su yelmo y las partes más pesadas de su armadura, de las cuales se había despojado, y mientras Gurth le ayudaba a vestirse le fue dictando a Ivanhoe órdenes expresas para que no interviniera en la refriega bajo pena de caer en desgracia, ya que suponía que el combate estaba próximo a tener lugar.

—Has luchado por mí cien veces, Wilfred, y yo he sido testigo. Hoy sólo debes observar cómo Ricardo pelea por su amigo y súbdito.

Mientras, Robin Hood había mandado a varios de sus adictos en varias direcciones en misión de reconocimiento, y cuando vio que la reunión efectivamente se había disgregado, se acercó a Ricardo, que ya estaba completamente armado, y doblando una rodilla pidió el perdón de su soberano.

—¿Por qué motivo, buen montero? —dijo Ricardo, dando muestras de alguna impaciencia—. ¿No hemos ya otorgado una completa amnistía por tus transgresiones a la ley? ¿Crees acaso que nuestra palabra es como una pluma que el viento maneja a su antojo? ¿No has tenido tiempo de cometer alguna nueva fechoría, o sí?

—¡Ay, pues sí! —contestó el montero—, si es una fechoría engañar a mi príncipe en su propio beneficio. La llamada que habéis oído no era la de Malvoisin. Ha sido efectuada bajo mis órdenes para interrumpir el banquete, ya que os hacía perder unas horas que podrían ser consagradas a asuntos más importantes.

Entonces se incorporó, cruzó los brazos sobre su pecho y, con una postura más respetuosa que sumisa, esperó la contestación del rey, como el que sabe muy bien que ha ofendido a alguien, pero que también es consciente de la rectitud de sus intenciones. La rabia inundó de sangre el rostro de Ricardo; pero sólo fue una

emoción pasajera y su sentido de la justicia consiguió dominar su ira.

—¿Con que el rey de los bosques de Sherwood le regatea el vino y el venado al rey de Inglaterra? ¡Está bien, osado Robin! Pero cuando vengas a visitarme en el alegre Londres, confío no mostrarme tan tacaño como tú. De todos modos, tienes razón, buen amigo. Por lo tanto, montemos y partamos. Wilfred se está mostrando impaciente. Dime, osado Robin, ¿has tenido alguna vez en tu cuadrilla algún amigo que, no contento con abrumarte con consejos, quisiera también dirigir tus movimientos y se sintiera desgraciado cuando pretende obrar por tu cuenta?

—Exactamente habéis descrito a mi lugarteniente, Little John, que ahora está ausente ocupado en una expedición a la frontera escocesa. Y confesaré a Vuestra Majestad que muchas veces me disgustan sus consejos, pero cuando lo pienso dos veces, no me dura mucho el enfado contra aquél que no tiene otros motivos para justificar su ansiedad que el celo en servir a su amo.

—Tienes razón, buen montero —dijo Ricardo—; y si en una mano tuviera a Ivanhoe para aconsejarme con cordura ayudada por un rostro triste y sombrío, y a ti te tuviera en la otra para engañarme para que hiciera aquello que crees me conviene, dispondría de tan poca libertad para dedicarme a aquello que me place como cualquier rey de la cristiandad o del paganismo. Pero, vamos, señores, dirijámonos alegremente a Coningsburgh y no pensemos más en ello.

Robin Hood les dio seguridad de haber despachado a algunos hombres en la misma dirección que debían tomar, los cuales no dejarían de advertir y poner en su conocimiento alguna posible emboscada secreta. También estaba convencido de que los caminos serían seguros, y de que si así no fuera, se darían cuenta del peligro con suficiente antelación para dar tiempo a que acudiera con el grupo de arqueros.

Las prudentes y minuciosas medidas tomadas para protegerle conmovieron a Ricardo e hicieron desaparecer cualquier rastro de resentimiento por el engaño. Otra vez alargó la mano a Robin Hood y le reafirmó su perdón y futura amistad y favor, así como su decidido propósito de mitigar el desmedido rigor de las leyes forestales y de otras leyes tiránicas y opresivas, por culpa de las cuales muchos monteros ingleses se veían obligados a rebelarse. Pero las buenas intenciones de Ricardo se frustraron por su inoportuna muerte, y la carta forestal se vio obligada a promulgarla de mala gana el príncipe Juan cuando sucedió en el trono a su heroico hermano. Y por lo que concierne al resto de la carrera de Robin Hood, así como al relato de su alevosa muerte, remitimos al lector a los romances que antes se vendían por pocos céntimos y que ahora, como dice el poeta:

Dando por ellos lo que en oro pesan,
baratos, muy baratos me los dejan.

La opinión del forajido demostró ser acertada, y el rey, acompañado por Ivanhoe, Gurth y Wamba, llegó sin novedad a la vista del castillo de Coningsburgh cuando el

sol se encontraba todavía sobre el horizonte.

Pocas escenas más bellas o sorprendentes hay en Inglaterra como las que ofrecen los alrededores de esta antigua fortaleza sajona. El gentil y tranquilo río Don serpentea por un anfiteatro de bajas colinas, en las que los cultivos se mezclan decorativamente con los bosques. En un monte que sube desde el río, bien defendida por paredes y fosos, se alza la antigua edificación que, como su nombre sajón indica, fue antes de la conquista residencia de los reyes de Inglaterra. Las murallas exteriores probablemente fueron añadidas por los normandos, pero todo su interior conserva muestras de una gran antigüedad. Estas dependencias interiores están situadas sobre un montículo, en un extremo del patio, y forman un círculo completo de unos veinticinco pies de diámetro. Las paredes son de un grosor extraordinario y están defendidas por varias protuberancias externas que sobresalen del círculo y se proyectan hacia lo alto, contra los muros del edificio, como si estuvieran destinadas a sostenerlo o reforzarlo. Dichos salientes son macizos y sólidos en la base y en buena parte de su cuerpo, pero al ir acercándose a la parte más alta, se van adelgazando y terminan con una especie de torreones que los rematan y comunican con el interior. Contemplado a distancia, el pesado edificio y todos sus curiosos anexos ofrecen tanto interés a los amantes de lo pintoresco como su interior al ferviente anticuario, cuya imaginación se siente transportada a los antiguos tiempos de la heptarquía. Se cree que un túmulo, situado en la vecindad del castillo, es la tumba del famoso Hengist. Por otra parte, pueden ser visitados en el cercano patio de la iglesia diferentes monumentos de gran antigüedad.

Cuando Corazón de León y sus acompañantes se acercaron a aquel rústico, pero majestuoso edificio, no estaba todavía rodeado de murallas. El arquitecto sajón había agotado los recursos de su arte para conseguir la defensa del cuerpo principal, circunvalando únicamente por una rústica empalizada.

Una sólida bandera negra, flotando desde lo más alto de una de las torres, anunciaba que todavía se estaban celebrando las exequias fúnebres por el alma del último propietario. No figuraba en ella ningún emblema referente a la cuna o linaje del fallecido, ya que los signos heráldicos eran por aquellos tiempos una novedad entre los normandos y completamente desconocidos para los sajones. Pero sobre la puerta ondeaba otra bandera, en la cual figuraba el tosco dibujo de un caballo blanco, el cual indicaba la nacionalidad y rango del muerto, mediante el bien conocido símbolo de Hengist y sus guerreros sajones.

Los alrededores del castillo se veían muy animados, porque tales banquetes funerarios daban ocasión a ejercitar una abundante y generosa hospitalidad, que no sólo compartían los que tenían algún parentesco con el fallecido, sino también los viandantes ocasionales. La riqueza y posición de Athelstane hicieron que la costumbre se pusiera en práctica con todo rigor.

Por lo tanto, podían verse numerosos grupos subiendo y bajando la colina en que estaba situado el castillo, y cuando el rey y sus acompañantes entraron por la puerta

sin guardianes, en la empalizada exterior, el patio presentaba un aspecto no muy de acuerdo con el objeto de la reunión. Por un lado, varios cocineros estaban atareados asando pesados toros y gordos carneros; por el otro, se sacaban barriles de cerveza para que los que habían cumplido la bebieran a placer. Grupos de diferente procedencia se hacían notar devorando y tragando los alimentos y los líquidos que de tal modo se entregaban a su discreción. El siervo sajón saciaba en aquella ocasión el hambre y la sed que en él llevaban medio año de retrajo, y lo hada en aquel solo día de glotonería y borrachera. El burgués y prohombre de algún gremio comía con gusto su ración o criticaba con minucia la cantidad de malta que contenía la cerveza o la habilidad del cervecero. También podía verse a algunos de los más pobres nobles normandos, que se distinguían con facilidad por sus barbillas afeitadas y sus cortas capas y, mucho más, porque formaban un solo grupo y por la burla que hacían de toda aquella solemnidad, aunque condescendieran a participar de las buenas provisiones que tan liberalmente eran repartidas.

Naturalmente, también habían acudido mendigos y soldados de a pie de regreso de Palestina (por su cuenta y riesgo, claro está). Los buhoneros desplegaban sus mercancías, los afiladores errantes ofrecían sus servicios y buscaban trabajo, y peregrinos, clérigos incultos, juglares sajones y bardos galeses musitaban sus plegarias y conseguían extraer de sus arpas, violas y bandurrias algunos desafinados cantos fúnebres. Uno entonaba las alabanzas de Athelstane en un doloroso panegírico; el otro enumeraba, con un poema sajón, los nombres de difícil pronunciación de su árbol genealógico. No faltaban los bufones y juglares, pues tampoco la causa de la reunión hacía impropio o indecoroso el ejercicio de su profesión. En verdad, las ideas de los sajones sobre este particular eran tan naturales como rústicas. Si las penas tenían sed, había bebida; si tenían hambre, había comida; si procedían de un corazón entristecido, aquí estaban los medios para divertirle o, por lo menos, entretenerle. Tampoco desdeñaban los asistentes el echar mano de tales recursos de consuelo, aunque de tanto en cuanto, como si recordaran de repente la causa qué les había reunido, los hombres empezaban a gemir al unísono, mientras las mujeres, que habían acudido en gran número, elevaban sus voces y chillaban con verdadera aflicción.

Tal era la escena en el patio del castillo de Coningsburgh cuando entraron Ricardo y sus seguidores. El senescal o mayordomo no se dignaba prestar atención a los grupos de huéspedes de rango inferior que constantemente entraban y salían a menos que su intervención se hiciera necesaria para conservar el orden; sin embargo, el empaque de Ivanhoe y del monarca le llamó la atención, y más especialmente todavía cuando creyó que las facciones del primero le eran familiares. Además, la llegada de dos caballeros, pues como a tales les clasificaba su armadura, no era habitual en una solemnidad sajona, y no podía por menos de ser considerada como un honor rendido al difunto y a su familia. Y con su vestido negro y sosteniendo en la mano la vara símbolo de su oficio y dignidad, tan importante personaje abrió paso por entre la

abigarrada congregación de huéspedes y condujo de este modo a Ricardo y a Ivanhoe a la entrada de la torre. Gurth y Wamba encontraron muy pronto a varios conocidos en el patio y no intentaron seguir más adelante hasta que su presencia no fuera requerida.

XIII

Cubrían el cuerpo de Marcelo
mientras canturreaban una suave melodía,
que era el elogio del finado galán.
Viejas, elegantes y grandes damas sollozaban
y hasta la llegada del alba velaban.

Canción anónima antigua.

El modo de efectuar la entrada en la torre del castillo de Coningsburgh es muy peculiar, y procede de la rústica simplicidad de los lejanos tiempos en que fue erigida. Unas escaleras de vuelo tan vertical y estrecho que casi se las puede tildar de precipicio, suben hasta un portal de bajo dintel situado en el lado sur de la torre, a través del cual el osado amante de las antigüedades puede, o podía hasta hace muy poco, tener acceso al tercer piso de la edificación, por ser los dos pisos inferiores bóvedas y mazmorras que no reciben ni luz ni aire si no es a través de un orificio cuadrado del tercer piso al cual se ascendía, al parecer, por medio de una escalera de mano. El acceso a los aposentos más altos de la torre, que en total cuenta con cuatro pisos, se efectúa por unas escaleras que cruzan los salientes externos.

El buen rey Ricardo, seguido por su fiel Ivanhoe, llegó por esta difícil y complicada entrada a la habitación circular que ocupaba todo el tercer piso. Wilfred aprovechó los recovecos de las difíciles escaleras para esconder su rostro en el embozo de su manto, porque ya se había establecido que no se presentaría a su padre hasta que el rey le diera la señal para hacerlo.

Cerca de una docena de los más distinguidos representantes de las familias sajonas de los vecinos condados estaban reunidos en la sala, alrededor de una gran mesa de encina. Todos eran viejos o, por lo menos, hombres maduros. Y esto era así porque los más jóvenes, con gran disgusto de sus mayores, habían roto como Ivanhoe la mayoría de barreras que separaban a vencedores de vencidos. El abatimiento y tristes miradas de estos hombres venerables, el silencio que guardaban y su melancólico gesto, contrastaban enormemente con la frivolidad de los que se divertían en el exterior del castillo. Sus rizos grises y largas barbas, sus antiguas túnicas y anchos mantos negros resultaban adecuados y hacían juego con el singular y rústico salón que ocupaban. Daban, en conjunto, la impresión de ser un grupo de antiguos adoradores de Woden, vueltos a la vida para lamentar el declive de su gloria nacional.

Cedric, que ocupaba un asiento del mismo rango que los demás, parecía presidir la reunión por común acuerdo. Cuando entró Ricardo, a quien sólo conocía por el

nombre de Caballero del Candado, se levantó gravemente y le dio la bienvenida con el conocido saludo *Waes hael*, levantando al mismo tiempo un cubilete a la altura de la cabeza. El rey, que no desconocía las costumbres de sus súbditos ingleses, contestó al saludo con las palabras apropiadas, *Drinc hael*, y bebió de una copa que le había alargado el mayordomo. La misma cortesía se le hizo a Ivanhoe, el cual correspondió a su padre en silencio, sustituyendo el brindis habitual por una inclinación de cabeza para evitar ser reconocido por la voz.

Cuando esta ceremonia preliminar llegó a su fin, Cedric se levantó y alargando su mano a Ricardo le condujo a una pequeña capilla rústica, la cual parecía haber sido excavada en uno de los salientes exteriores. Al no haber ninguna abertura a excepción de un diminuto ventanuco, el lugar hubiera estado a oscuras de no ser por dos antorchas, cuya luz roja dejaba ver entre el humo los arcos del techo y los muros desnudos, el rudo altar de piedra y el crucifijo del mismo material.

Ante dicho altar se encontraba un ataúd, y a cada lado de él se arrodillaban tres frailes, que rezaban sus letanías y plegarias con los mayores signos externos de devoción. La madre del difunto había entregado una espléndida limosna al convento de san Edmund para pagar estos servicios y, para cumplirlos a conciencia, todo el convento, excepto el sacristán que era cojo, se había trasladado al castillo. Mientras seis de ellos estaban constantemente de guardia junto al ataúd de Athelstane para llevar a cabo los ritos sagrados, los demás no se abstenían de tomar parte en las diversiones y en el refrigerio. Mientras duraba esta piadosa vigilia y custodia, los buenos monjes se cuidaban especialmente de no interrumpir sus himnos ni un solo instante, no fuera que Zernebock, el antiguo demonio sajón, pusiera las garras sobre el fallecido Athelstane. No tenían menos cuidado de impedir que cualquier seglar atrevido tocara los paños fúnebres, los cuales, siendo los que se usaron en el funeral de san Edmund, podían quedar desacreditados si los tocaban las manos de algún profano. Si era cierto que estas atenciones podían serle de alguna utilidad al difunto, no lo es menos que también tenía algún derecho a que los frailes de san Edmund se las prodigaran, ya que, además de cien marcos de oro pagados para sacar a su alma del purgatorio, la madre de Athelstane había anunciado su propósito de hacer donación al convento de la mayor parte de las tierras del difunto para que rezaran a perpetuidad por su alma, y por la de su esposo, también fallecido.

Ricardo e Ivanhoe siguieron a Cedric *el Sajón* a la capilla funeraria, donde, mientras su guía señalaba con el dedo el ataúd de Athelstane con toda solemnidad, imitaron su ejemplo santiguándose devotamente y rezando una corta plegaria para la salvación de aquella alma que les había abandonado.

Ejecutado este acto de piadosa caridad, Cedric les indicó otra vez que le siguieran, e inició la marcha deslizándose por el suelo de piedra con pasos inaudibles. Después de ascender unos cuantos escalones, abrió con mucho cuidado la puerta de un pequeño oratorio anexo a la capilla. Medía aproximadamente ocho pies cuadrados y estaba excavado, al igual que la capilla, en los gruesos muros. Un rayo de sol

poniente entraba a través de una tronera, que se ensanchaba considerablemente hacia el interior. Una mujer de porte digno, cuyo rostro conservaba huellas de su pasada belleza, se encontraba allí. Sus largas vestiduras de luto y su toca, hecha con una rama de ciprés negro, realzaban la blancura de su tez y la belleza de sus trenzas de color rubio pálido, que el tiempo no había conseguido hacer más delgadas ni blancas. Todo su aspecto denotaba una profundísima pena sostenida por la resignación. Sobre una mesa de piedra había un crucifijo de marfil, junto al cual se veía un misal de páginas ricamente iluminadas y con los bordes adornados con cierres de oro y repujados del mismo metal precioso.

—Noble Edith —dijo Cedric, después de haber guardado silencio durante algunos instantes como si deseara dar tiempo a Ricardo y a Ivanhoe para que contemplaran a la dueña de la mansión—, he aquí a dos apreciados forasteros que han venido para ser partícipes de tus penas. Y éste especialmente, pues es el valiente caballero que luchó tan bravamente para liberar a aquél por el cual hoy estamos tristes.

—Agradezco su bravura —replicó la señora—, aunque fuera voluntad del cielo que diera muestras de ella inútilmente. Agradezco también su cortesía y la de su compañero, que les ha traído para consolar a la viuda de Adeling, la madre de Athelstane, en esta hora de profunda pena. A tus cuidados los confío, amable pariente, con la seguridad que no les habrá de faltar la hospitalidad que todavía pueden dar estas tristes paredes.

Los huéspedes se inclinaron profundamente ante la desconsolada madre y marcharon con su hospitalario guía.

Otra retorcida escalera les condujo a un aposento de medidas iguales a las del que antes habían estado, y que ocupaba el piso inmediatamente superior. Aun antes de abrir la puerta, pudieron oír, procedentes del salón, los sones melancólicos y suaves de un coro vocal. Después de trasponer el umbral, se encontraron ante unas veinte matronas y doncellas de distinguido linaje sajón. Cuatro de las doncellas, dirigidas por Rowena, entonaban un himno por el alma del difunto. Solamente hemos podido descifrar algunas partes del mismo:

El polvo al polvo,
ésta es la suerte de todos.
Aquél que la habitaba,
ha abandonado la pálida forma
y la ha dejado a los gusanos.
La corrupción reclama su parte.

Por caminos desconocidos
ha volado tu alma
para buscar el reino de los lamentos,
donde los dolores despiadados

purgarán la mancha
de las acciones de aquí abajo.

En tal triste lugar,
poco habrás de permanecer,
¡por la gracia de María!
Estarás allí hasta que los rezos, las limosnas
y salmos sagrados
liberen al cautivo.

Mientras el coro femenino cantaba este canto fúnebre con tono bajo y melancólico, las demás mujeres estaban divididas en dos bandos, uno de ellos dedicado a bordar con toda la habilidad y el buen gusto de que eran capaces un gran paño funerario destinado a cubrir el ataúd de Athelstane, y otro ocupado en seleccionar flores de unos cestos. Con ellas confeccionaban una guirnalda destinada al mismo triste propósito. Las doncellas se portaban con todo decoro, aunque no daban muestras de profunda aflicción; pero de cuando en cuando, un murmullo o una sonrisa merecía una regañina de las matronas de aspecto más severo. Aquí y allá podía verse a alguna damisela más interesada en averiguar cómo le sentaba su vestido de luto que en la lúgubre ceremonia para la cual se lo había puesto. Esta disposición, si debemos confesar la verdad, no disminuyó con la entrada de los caballeros, sino que ocasionó algunas miradas de reojo y bastantes murmullos. Sólo Rowena, demasiado orgullosa para ser vana, saludó a su libertador con graciosa cortesía. Su actitud era seria pero no desconsolada, de modo que podía dudarse si los pensamientos ocupados en Ivanhoe y en la incierta suerte que hubiera corrido no eran más responsables de su grave expresión que la muerte de su pariente.

Sin embargo, a Cedric, que como ya hemos tenido ocasión de observar muchas veces no era demasiado clarividente, la pena de su pupila le parecía mucho más profunda que la de las otras doncellas, y por ello le pareció oportuno dar una corta explicación.

—Era la prometida del noble Athelstane.

Tenemos motivos para dudar que esta noticia aumentara la disposición de Wilfred a simpatizar con las plañideras de Coningsburgh.

Habiendo mostrado de este modo a los huéspedes todas las dependencias en las cuales se celebraban las exequias fúnebres de Athelstane, Cedric les condujo a un pequeño cuarto destinado, según les informó, al acomodo de los huéspedes distinguidos, pero cuya más débil relación con el difunto no les hiciera grata la compañía de aquellos más directamente afectados por el infeliz acontecimiento. Se aseguró de que todo estaba preparado para que estuvieran cómodos, y ya se disponía a retirarse cuando el Caballero Negro le tomó de la mano.

—Os ruego que recordéis, noble señor, que la última vez que nos separamos me

prometisteis, a cambio de los servicios que tuve el placer de poder prestarte, que me concederíais una gracia.

—Ya está concedida antes de que la nombréis, noble caballero —dijo Cedric—. De todos modos, en esta ocasión…

—También he pensado en ello —dijo el rey—. Pero dispongo de poco tiempo, y no deja de parecerme apropiado que cuando cerremos la tumba de Athelstane, depositemos también allí ciertos prejuicios y precipitadas decisiones.

—Señor Caballero del Candado —dijo Cedric enrojeciendo e interrumpiendo a su vez al rey—, creo que vuestra petición debe concerneos a vos y a nadie más. Porque en aquello que afecta al honor de mi casa, no parece muy adecuado que un extraño se entrometa.

—Ni tampoco quiero yo entrometerme —dijo el rey con suavidad—, por lo menos en aquello que vos mismo reconozcáis que no me concierne. Sin embargo, como hasta ahora me habéis conocido solamente por el nombre de Caballero Negro del Candado, conocedme ahora como Ricardo Plantagenet.

—¡Ricardo de Anjou! —exclamó Cedric, retrocediendo con el mayor asombro.

—No, noble Cedric. ¡Ricardo de Inglaterra! El mismo cuyo profundo interés y deseo es ver a sus hijos unidos entre sí. ¿Qué sucede ahora, noble señor, no tienes rodilla para tu príncipe?

—¡Nunca se ha doblado ante la sangre normanda!

—Reserva entonces tu homenaje —dijo el monarca— hasta que demuestre mi derecho a él dando igual protección a normandos y a ingleses.

—Príncipe —contestó Cedric—, siempre he hecho justicia a vuestra bravura y valía. Tampoco ignoro que vuestros derechos a la corona proceden de Matilda, sobrina de Édgard Atheling e hija de Escocia. Pero Matilda, aunque de sangre real sajona, nunca fue heredera de la monarquía.

—No discutiré contigo mis títulos, noble señor —dijo Ricardo con calma—, pero te ruego que mires a tu alrededor y que me digas si ves a alguien que pueda estar en el otro platillo de la balanza.

—¿Y habéis viajado hasta aquí, príncipe, para decirme esto? ¿Para abrumarme con la ruina de mi raza ahora que la tumba se ha cerrado sobre la última rama de la realeza sajona? —Su rostro se puso muy sombrío mientras hablaba—. Muy osado y muy temerario habéis sido al obrar así.

—¡No lo he sido, por el sagrado madero! —replicó el rey—. Actué con la franca confianza que un valiente puede depositar en otro, sin una sombra de peligro.

—Bien habéis hablado, señor rey…, porque reconozco que lo sois y lo seréis a pesar de mi débil oposición. ¡No me atrevo a acometer el único camino para evitarlo, aunque vos mismo habéis puesto la tentación al alcance de mi mano!

—Y ahora, tratemos de la gracia que has de concederme —dijo el rey—, la cual reclamo sin un ápice menos de confianza que la que tú has demostrado al reconocer mis legítimos derechos a la soberanía. Reclamo de ti, como hombre de palabra y bajo

pena de ser tenido por falsario, perjuro y malsín, que recibas y perdonas con afecto paternal al caballero Wilfred de Ivanhoe. Habrás de reconocer que esta reconciliación me concierne, ya que atañe a la felicidad de mi amigo. De este modo dejaré zanjada una querella entre dos de mis fieles súbditos. ¡Y éste de aquí es Wilfred! —exclamó, señalando a su hijo.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! —dijo Ivanhoe, postrándose a los pies de Cedric—. ¡Dadme vuestro perdón!

—Ya lo tienes, hijo mío —dijo Cedric, levantándole—. El hijo de Hereward sabe cómo mantener su palabra, incluso cuando se la da a un normando. Pero debo verte vistiendo como nuestros antepasados ingleses, sin capa corta, sin gorros fantasiosos, sin fantásticas plumas mientras estés en mi decente casa. Aquél que quiera ser hijo de Cedric debe mostrar que sus antepasados fueron ingleses. Estás a punto de hablar y ya sé de qué —añadió secamente—. Lady Rowena debe llevar luto durante dos años completos, que es el término señalado para un futuro esposo fallecido. Todos nuestros antepasados sajones renegarían de nosotros si tratáramos de casarla antes de que la tumba de aquel con quien debía haberse unido, aquél que más merecía su mano por nacimiento y alcurnia, estuviera cerrada. El espíritu del mismo Athelstane rompería su mortaja ensangrentada y se presentaría ante nosotros para impedir que deshonráramos su memoria.

Pareció como si las palabras de Cedric hubieran convocado a un espectro; pero no había acabado de pronunciar estas últimas palabras, cuando se abrió la puerta de golpe y Athelstane, vestido con todos los accesorios para ir a la tumba, se presentó ante ellos, pálido, descompuesto, como alguien que ha regresado de la muerte.

El efecto que produjo en los presentes aquella aparición es inenarrable. Cedric retrocedió de un salto, dando contra el muro que estaba a su espalda y apoyándose en él como alguien que no puede con el peso de su propio cuerpo, miró a la figura de su amigo con los ojos fijos y con una boca que daba la impresión de no poder cerrarse. Ivanhoe se santiguó repitiendo plegarias en sajón, latín o francés, tal como acudían a su memoria, mientras que Ricardo decía alternativamente *Benedicite* y juraba *Mort de ma vie*.

Al mismo tiempo, se pudo oír un gran escándalo escaleras abajo y algunos gritos: «¡Haceos con los monjes traidores!», «¡Arrojadles a la mazmorra!», «¡Colgadles de la torre más alta!».

—¡En el nombre de Dios! —exclamó Cedric, dirigiéndose a lo que parecía ser el espectro de su fallecido amigo—. Si eres mortal, ¡habla! Si eres un espíritu del otro mundo, dinos el motivo por el cual apareces, o si puedo hacer algo para proporcionar reposo a tu espíritu. Vivo o muerto, noble Athelstane, ¡háblale a Cedric!

—Lo haré —dijo el espectro con mucha compostura— cuando haya tomado aliento y cuando me deis tiempo. ¿Vivo, dices? Estoy tan vivo como pueda estarlo aquél que se ha alimentado de pan y agua durante tres días que me han parecido tres siglos. ¡Sí, pan y agua, padre Cedric! Por el cielo y todos los santos que allí moran,

que no ha pasado por mi garganta mejor comida durante tres días tan largos como tres vidas, y que sólo se debe a la divina providencia el que ahora esté aquí para contarlo.

—Pero, noble Athelstane, si yo mismo vi cómo el orgulloso templario os derribaba ya casi al final del ataque a Torquilstone —dijo el Caballero Negro—. ¡Creí, y Wamba así lo relató, que vuestro cráneo se había abierto hasta los dientes!

—Creisteis mal, señor caballero —dijo Athelstane—, y Wamba mintió. Mis dientes están en perfecto estado como muy pronto tendrá ocasión de comprobar mi cena. No fue, sin embargo, gracias al templario, cuya espada giraba en su mano y la hoja de la cual me dio de plano, sino que se lo debo al mango de la buena maza con el cual me protegí del golpe. Si hubiera llevado mi casco de acero no hubiera hecho ningún caso del golpe y lo hubiera contestado de tal modo que hubiera imposibilitado su huida. Pero, como no fue así, caí al suelo, atontado, eso sí, pero sin ninguna herida. Otros fueron derribados y muertos hasta cubrirme, y no recobré el uso de mis sentidos hasta que me encontré en un ataúd, abierto por suerte, y colocado ante el altar de la iglesia de san Edmund. Estornudé varias veces, gemí, me desperté y me hubiera levantado, cuando el sacristán y el abad acudieron corriendo aterrorizados, sorprendidos, sin duda, y nada complacidos de encontrar vivo al hombre cuyos herederos se habían propuesto ser. Pedí vino y me dieron algo, pero debía estar cargado de narcótico porque me dormí más profundamente que antes y no desperté más que al cabo de muchas horas. Me vi atado de manos, mis pies tan fuertemente ligados que los tobillos me duelen sólo al recordarlo, el lugar estaba completamente oscuro, y supongo que era el trastero del maldito convento. Por el recio olor a cerrado y a humedad, llegué a imaginar que también lo utilizan como sepultura. Extraños pensamientos me asaltaban en mis intentos por explicarme lo que pudiera haberme sucedido, cuando la puerta de mi mazmorra chirrió y dos monjes villanos entraron. Hubiera podido convencerme de que me encontraba en el Purgatorio, pero yo conocía demasiado bien la asmática voz y el corto aliento del padre abad. ¡San Jeremías!, cuán diferente era su tono del que empleaba para pedirme otra tajada de pernil, ¡el perro ha banqueteado conmigo desde Navidad a la noche de Reyes!

—Tened paciencia, noble Athelstane —dijo el rey—. Tomad aliento, contad la historia a vuestro ritmo. Creedme, este relato vale tanto como un romance.

—Sí, pero por el cetro de Bromeholm, ¡no se trata de ningún romance! —dijo Athelstane—. Una rebanada de pan de centeno y una jarra de agua: esto me dieron los traidores a los cuales mis padres y yo enriquecimos cuando sus mejores recursos consistían en las lonjas de tocino y las medidas de grano que conseguían de los pobres siervos y esclavos a cambio de sus rezos. Nido de víboras ingratas…, pan de centeno y agua de pozo, y ¡dárselas a tan buen patrón como yo he sido para ellos! ¡Los sacaré de su nido ahumándolo, aunque me valga la excomunión!

—Pero, en el nombre de Nuestra Señora, noble Athelstane —dijo Cedric, apretando la mano de su amigo—. ¿Cómo escapasteis a tan inminente peligro? ¿Se ablandaron sus corazones?

—¿Ablandarse sus corazones? —exclamó Athelstane—. ¿Acaso se funden las rocas con el calor del sol? Si no hubiera sacado a las abejas de su colmena un barullo exterior que yo supuse era la procesión que se dirigía a participar de la comida de mi banquete funerario, y eso sabiendo cómo y dónde yo había sido enterrado en vida, todavía estaría allí. Oí sus salmos mortuorios sin que nadie se percatara de que aquéllos que los cantaban en beneficio de mi alma hacían pasar hambre a mi cuerpo. De todos modos, se fueron y yo quedé esperando largo tiempo algún alimento. No era extraño. El glotón del sacristán estaba demasiado ocupado con su propio apetito para preocuparse del mío. Al fin bajó con paso inseguro y despidiendo un fuerte olor a vino y a especias. Los buenos sentimientos habían abierto su corazón, porque me dejó un trozo de pastel y una jarra de vino en vez de mi dieta anterior. Comí y bebí y me sentí con más fuerza. Entonces, para colmo de buena suerte, demasiado vacilante para cumplir bien su deber de carcelero, no le dio la vuelta a la llave, cerró la puerta con fuerza contra el dintel y así la hizo saltar de la cerradura, con lo que cayó a la parte de adentro. La argolla a la cual mis cadenas estaban sujetas estaba más oxidada que lo que yo o el abad hubiéramos podido esperar. El alimento y el vino pusieron en funcionamiento mi ingenio. Ni siquiera el hierro podía dejar de consumirse en aquella infernal mazmorra.

—Tomad aliento, noble Athelstane —dijo Ricardo—. Y tomad algún refrigerio antes de continuar con tan horrendo relato.

—¿Tomar algo, decís? He estado tomando algo cinco veces, y a pesar de ello, un bocado de aquel sabroso jamón no dejaría de avenirse con esta ocasión y, os ruego, amable señor, que me acompañéis con un vaso de vino.

Los huéspedes, aunque todavía maravillados, insistieron para que el resucitado señor de la mansión continuara su historia, lo cual hizo.

Tenía mucha más audiencia que cuando había empezado su relato, porque Edith, después de haber dictado las disposiciones pertinentes al buen orden de la casa, siguió al muerto-vivo a la habitación de los huéspedes con tantos invitados, hombres y mujeres, como cabían en las estrechas escaleras y el pequeño cuarto. Aquéllos que estaban arracimados en la escalera oyeron bastante mal el relato y lo transmitieron peor a los situados más abajo, los cuales, a su vez, lo propagaron al vulgo del exterior tan defectuosamente que era irreconocible y diferente del hecho real. Athelstane, de todos modos, continuó como sigue la historia de su fuga:

—Viéndome libre de la argolla, me lancé escaleras arriba tan rápidamente como pueda hacerlo un hombre cargado de cadenas y grillos y agotado por el ayuno y, después de andar perdido algún rato, me dejé guiar por los sones de un divertido rondó a un aposento donde el simpático sacristán, con vuestro permiso, celebraba una misa negra con un hermano de la capucha y el hábito gris, de pobladas cejas negras como un grillo, ancho de espaldas y tan voluminoso que más parecía un ladrón que un clérigo. Caí sobre ellos, y el estilo de mi vestido mortuorio, así como el sonar de las cadenas me hacían más parecido a un habitante del otro mundo que no a uno de

éste. Ambos se levantaron atónitos; pero cuando derribé al sacristán de un puñetazo, el otro individuo, su compañero de olla, me dirigió un buen golpe con su partesana.

—Éste debe ser nuestro fray Tuck, apuesto un condado —dijo Ricardo, mirando a Ivanhoe.

—Que sea el diablo si quiere —dijo Athelstane—. Afortunadamente no dio en el blanco y al acercarme para luchar con él, se encomendó a los tobillos y escapó a todo correr. No descuidé de librar los míos utilizando la llave del candado que, entre otras, colgaba del cinturón del sacristán, y tuve pensamientos de saltarle los sesos al bellaco con el manojo de llaves, pero me acordé del pastel y de la jarra de vino y me dejé ganar por la gratitud hacia el pillo que de este modo había aliviado mi cautiverio. Por tanto, después de propinarle un par de coces con todo mi corazón, le dejé allí tumbado, cogí un poco de carne asada y un pellejo de vino con el cual los dos venerables hermanos se habían estado regalando y fui al establo, donde encontré, en una cuadra privada, a mi propio caballo, el mejor de los que tengo, el cual sin duda había sido destinado al uso particular del abad. Me dirigí hacia aquí a la máxima velocidad que la bestia podía resistir; todos los hombres nacidos de mujer huían de mí por allí donde pasaba, tomándome por un espectro, con más motivo porque me había cubierto la cabeza con la caperuza mortuoria. No hubiera conseguido que me admitieran en mi propio castillo de no haber alegado que era el ayudante de un juglar que divierte a la gente en el patio, y más si tenemos en consideración que se han reunido para llorar la muerte de su señor. Decía que el mayordomo creyó que iba vestido para representar algún papel en alguna parodia de tragedia, y por eso me dejó pasar y no hice más que descubrirme ante mi madre y tomar un bocado apresuradamente antes de venir a vuestro encuentro, mi noble amigo.

—Y me habéis encontrado —dijo Cedric— dispuesto a reemprender nuestros bravos proyectos de honor y libertad. Os digo que nunca se levantará una aurora tan propicia como la de mañana para la liberación de la noble raza sajona.

—No me habléis de liberar a nadie —dijo Athelstane—. Ya basta que haya conseguido liberarme a mí mismo. Mis más fervientes intenciones son las de castigar a aquel villano abad. Colgará de lo más alto de este castillo de Coningsburgh con su capa pluvial y su estola, y si las escaleras son demasiado estrechas, para que pase por ella su corpachón cebado, lo izaré desde el exterior.

—Pero, hijo mío —dijo Edith—, considera su sagrado oficio.

—Considerad mis tres días de ayuno —replicó Athelstane—. Tendré la sangre de todos ellos. Por menos motivo fue quemado vivo Front-de-Boeuf, ya que él por lo menos cuidaba la mesa de sus prisioneros, solamente que en el último guisado se le fue la mano con el ajo. Pero estos hipócritas y desagradecidos esclavos, tantas veces aduladores invitados a mi mesa, y se invitaban ellos mismos además, esos que no me dieron ni guisado ni ajo, ni mucho ni poco, ¡ésos morirán, por el alma de Hengist!

—Pero el Papa, mi noble amigo… —dijo Cedric.

—Pero el diablo, mi noble amigo —contestó Athelstane—. Morirán y no se

hablará más de ellos. Aunque fueran los mejores monjes sobre la tierra, el mundo podría pasarse sin ellos.

—Por vergüenza, noble Athelstane, olvidad a estos desgraciados en la carrera gloriosa que se abre ante ti —dijo Cedric—. Hazle saber a este príncipe normando, Ricardo de Anjou, que, por muy de león que sea su corazón, no se sentará sin luchar en el trono de Alfred mientras un descendiente varón del santo Confesor viva para disputárselo.

—¡Cómo! —exclamó Athelstane—. ¿Es éste el noble rey Ricardo?

—Es Ricardo Plantagenet en persona —dijo Cedric—. Aunque no será preciso que te recuerde que habiendo venido aquí por propia voluntad y como invitado, no debe sufrir mal ni ser retenido prisionero. Conoces bien tus deberes para con él como anfitrión que eres.

—¡Ay, por mi fe! —dijo Athelstane—. ¡Y además conozco mi deber como súbdito y aquí mismo le rindo pleitesía y le ofrezco mano y corazón!

—¡Hijo mío —dijo Edith—, piensa en tus derechos reales!

—¡Pensad en la libertad de Inglaterra, príncipe degenerado! —dijo Cedric.

—Madre y amigo —decía Athelstane—. Me importan un comino vuestras regañinas. Pan y agua y una mazmorra constituyen un maravilloso apaciguador de la ambición y salgo de la tumba mucho más prudente que cuando a ella bajé. La mitad de estas vanas locuras me las metía por los oídos este pérfido abad Wolfram y ya tenéis pruebas para juzgar si es la clase de consejero del cual se deba hacer caso. Desde que se pusieron en marcha estas maquinaciones no he hecho nada más que apresurados viajes, tener indigestiones, golpes, molestias y prisión, y he estado a punto de morir de hambre. Además, su lógico final será la muerte de millares de gentes tranquilas. Sabedlo, seré rey en mis dominios y en ningún otro lugar, y mi primer acto de poder será colgar al abad.

—Y mi pupila Rowena —dijo Cedric—, ¿tenéis intención de abandonarla?

—Padre Cedric —decía Athelstane—, sed razonable. A lady Rowena no le importo en absoluto. Antes ama el meñique del guante de mi pariente Wilfred que toda mi persona. Aquí está ella para reconocerlo. No, no te sonrojes, mujer, pariente mía, no hay desdoro en amar más a un caballero de la corte que a un hidalgo campesino. Y tampoco te rías, Rowena, porque un sudario y un rostro adelgazado no son cosa de risa, Dios lo sabe. Pero si quieres reír te daré mejor motivo. Dame tu mano, o mejor dicho, préstamela, porque sólo te la pido como amigo. Oye, primo Wilfred de Ivanhoe, renuncio y abjuro a tu favor. ¡Hey, por san Dunstan! ¡Nuestro primo Wilfred ha desaparecido! Sin embargo, aunque todavía me falle la vista a causa del ayuno padecido, le vi allí de pie ahora mismo.

Todos miraron alrededor y preguntaron por Ivanhoe, pero se había desvanecido. Al final se supo que habían venido a buscarle y que, después de breve conversación, había requerido a Gurth y a su armadura y había abandonado el castillo.

—Hermosa prima —le dijo Athelstane a Rowena—, si llegara a pensar que esta

súbita marcha de Ivanhoe no era motivada por razones de muchísimo peso, volvería a asumir.

Pero como había soltado la mano de ella al observar por primera vez que Ivanhoe había desaparecido, Rowena, que consideraba muy embarazosa su situación, aprovechó la oportunidad para abandonar también el aposento.

—Ciertamente —dijo Athelstane—, que las mujeres son los animales menos de fiar, a excepción de los monjes y los abades. Soy un infiel si digo que no esperaba su agradecimiento y, quizá, un beso de propina. Este maldito sudario seguramente tiene un extraño hechizo. Todos huyen de mí. A vos me dirijo, noble rey Ricardo, con los votos de pleitesía que como vasallo…

Pero el rey Ricardo también había salido y nadie sabía adonde había ido. Al cabo de un rato se supo que había corrido al patio, había requerido la presencia del judío que antes había hablado con Ivanhoe y, después de conversar con él por algún tiempo, había saltado sobre el corcel y obligado al judío a montar otro, y había salido a tal velocidad que, según dijo Wamba, no se podía dar ni un penique por el cuello del judío.

—¡A fe mía! —exclamó Athelstane—. Es verdad que Zernebock ha tomado posesión de mi castillo durante mi ausencia. Regreso con mi sudario cual presa devuelta por el sepulcro, y todos aquéllos a quienes dirijo la palabra se desvanecen tan pronto como oyen mi voz. Pero de nada sirve hablar de ello. Vamos, amigos, los que quedéis seguidme al salón del banquete antes que alguno más de entre nosotros desaparezca. Creo que todavía está tolerablemente provista la mesa, como es debido en las exequias fúnebres de un noble sajón y, si tardamos un poco más, ¿quién sabe si el diablo no hará desaparecer la cena?

XIII

Estos grandes pecados son de Mowbray
y su corcel los derramará al paso;
aun así hasta el palenque ha penetrado.
¡Cobarde apóstata! ¡Bribón! ¡Vil endemoniado!

SHAKESPEARE: *Ricardo II*.

Nuestro escenario se traslada ahora al preceptor de Templestowe, hacia la hora en que debía echarse sobre la mesa el dado mortal que decidiría la vida o la muerte de Rebeca. Había una extraordinaria animación, como si toda la vecindad se hubiera congregado al igual que en día de feria o de romería. Sin embargo, el afán de contemplar un hecho sangriento no es exclusivo de aquellos oscuros tiempos; ya en otras épocas, los combates de gladiadores se habían constituido en un espectáculo que atraía a las multitudes. Incluso en nuestros días una ejecución, un combate de boxeo, una algarada o un mitin de reformistas raciales consigue congregar inmensas multitudes de espectadores con evidente peligro de su integridad física, los cuales sólo están interesados en el desarrollo de los acontecimientos y en comprobar si los héroes del día son, empleando el lenguaje heroico de los huelguistas, duros como el pedernal o esquiroles.

Por lo tanto, las miradas de los miembros de la considerable concurrencia se dirigían a la puerta del preceptorio de Templestowe con el propósito de ser testigo de la procesión, mientras una multitud todavía mayor se había situado en el prado próximo a la fundación. Este prado estaba rodeado por una valla, había sido cuidadosamente nivelado y era el lugar de entrenamiento en los ejercicios militares de los templarios. Ocupaba el anfiteatro de una suave colina rodeada por una empalizada y un graderío, porque a los templarios les gustaba invitar a la gente para que contemplara su destreza en hechos de caballería. Por esto, además de los graderíos había gran cantidad de bancos para los espectadores.

Para esta ocasión habían erigido un trono para uso del gran maestre, situado hacia el extremo oriental rodeado de distinguidos sitiales para los preceptores y caballeros de la Orden. Sobre ellos flotaba el sagrado estandarte de *Le Beau-seant*, que era la insignia y el grito de guerra de los templarios.

En el extremo opuesto había una pila de leños dispuestos alrededor de una estaca profundamente clavada en tierra, y con un espacio libre destinado a la víctima para que ésta pudiera entrar al fatal círculo donde sería encadenada por medio de grilletes, ya preparados. Junto a los leños había cuatro esclavos negros, cuyo color y facciones africanas, poco frecuentes en Inglaterra, asombraban a la multitud, que los

contemplaba como diablos ejecutando su demoníaca labor. Estos hombres no se movían en absoluto; sin embargo, de vez en cuando, bajo la dirección de uno de ellos que parecía ser su jefe, alimentaban el fuego. No miraban a la multitud. En realidad parecían ajenos a todo y a todos excepto al cumplimiento de su horrible deber. Y cuando hablaban entre ellos, moviendo sus labios voluminosos y enseñando sus blancos dientes como si disfrutaran por anticipado de la esperada tragedia, el vulgo amarillo no podía evitar el creer que en realidad eran los demonios familiares con los cuales la bruja había tenido sus tratos, y que, al haberse acabado el plazo concedido, habían acudido para asistir a su mortal castigo. Los campesinos murmuraban en voz baja y se trasmitían los hechos que Satanás había llevado a cabo durante aquellos días agitados y desgraciados; cierto que no dejaban naturalmente de atribuir al diablo muchas más cosas que las que en realidad había intervenido.

—¿No habéis oído, Dennet —le decía un palurdo a otro más avanzado en años—, que el diablo ha cargado en cuerpo y alma con el señor sajón, Athelstane de Coningsburgh?

—¿Cómo has dicho? —dijo un joven espabilado que vestía una casaca verde bordada en oro y que tenía a sus pies a un mozarrón con un arpa que delataba su oficio. El juglar no era un hombre vulgar, porque, además del lujo de su bordada casaca, llevaba alrededor del cuello una cadena de plata de la cual pendía una llave para afinar el instrumento.

En su brazo derecho había un disco de plata y en él no llevaba inscrito, como era lo usual, el nombre del barón a quien pertenecía, sino la palabra «Sherwood».

—¿Qué habéis querido decir con esto? —decía el alegre juglar, mezclándose en la conversación de los campesinos—. He venido en busca de tema para una balada y, por la Virgen, que mucho me placería encontrar dos.

—Es bien sabido —dijo el campesino más viejo— que Athelstane de Coningsburgh estuvo muerto durante semanas.

—Esto es imposible —dijo el juglar—. Yo le vi vivito y coleando en el paso de armas de Ashby-de-la-Zouche.

—De todos modos estaba muerto, para decirlo de otro modo, había sido trasladado al otro mundo —dijo el campesino más joven—, porque oí a los monjes de san Edmund entonar los cantos fúnebres y, además, se repartió un espléndido festín en el castillo de Coningsburgh. Yo hubiera ido de no haber sido por Mabel Parkins que…

—¡Ay!, muerto estaba Athelstane —decía el más anciano—. ¡Una verdadera tragedia para la antigua sangre sajona!

—Pero seguid con vuestra historia, señores míos —dijo el juglar dando muestras de impaciencia.

—Contadnos vuestra historia —dijo el voluminoso fraile que estaba junto a ellos apoyado en un bastón que tanto podía ser un báculo de peregrino como una partesana, y que probablemente servía para ambas funciones, según la ocasión lo requiriera—.

No queméis toda la luz del día para contarla. Disponemos de poco tiempo.

—Con el permiso de vuestra reverencia —continuó Dennet—, un clérigo borracho fue a visitar al sacristán de san Edmund…

—Mi reverencia no da el permiso —contestó el eclesiástico— para que afirméis que exista tal especie de animal calificado por vos de clérigo borracho, o por lo menos no consiento que un laico hable de él. Guardad las formas, amigo mío, y llegaréis a la conclusión de que el santo hombre estaba solamente inmerso en sus meditaciones, que permiten dar vueltas a la cabeza y hacen difícil e inseguro el paso como si el estómago estuviera lleno de vino nuevo. Yo mismo lo he comprobado.

—Bien; entonces —contestó Dennet— un santo hermano acudió a visitar al sacristán de san Edmund. El visitante era una especie de falso fraile que da caza a la mitad de los ciervos que se roban en el bosque, que es más amante del tintinear de los vasos al chocar que del son de las campanas sagradas, y que considera que una loncha de tocino vale tanto como diez veces su breviario. Por lo demás es un buen individuo, jovial, alegre, capaz de enfrentarse a cualquiera de los habitantes de Yorkshire haciendo voltear su partesana o bailando cualquier danza.

—Esta última parte de tu descripción, Dennet —dijo el juglar—, te ha ahorrado que te fuera rota una costilla o dos.

—Calla, hombre; no te temo —decía Dennet—. Estoy algo viejo y envarado, pero cuando participo en las cucañas de Doncaster…

—Al grano, amigo, sigue con la historia…

—¿Qué? ¡Ah!, la cosa fue así; Athelstane de Coningsburgh fue enterrado en el convento de san Edmund.

—Esto es mentira y de las sonadas, además —dijo el fraile—, porque yo le vi de cuerpo presente en su castillo.

—Bueno, está bien; pero ahora contad la historia vosotros, señores míos —dijo Dennet, enfadado con tantas interrupciones. Costó algún trabajo convencer al palurdo para que continuara, cosa que al fin consiguieron su camarada y el juglar.

—Los dos frailes… serenos, ya que el reverendo quiere que sea así, bebieron buena cerveza y vino y todo lo que se les ponía por delante durante la mayor parte de aquel día de verano, cuando un profundo gemido les obligó a levantarse y la figura de Athelstane, acompañada de chirriar de cadenas, entró en el aposento diciendo: «Vosotros, viles pastores…».

—¡Falso! —se apresuró a decir el fraile—. No dijo ni una sola palabra.

—¡Ay, ay! Tuck —dijo el juglar llevando al fraile aparte—, creo que hemos levantado una liebre inesperada.

—Te hago saber, Allan-a-Dale —dijo el ermitaño—, que vi a Athelstane de Coningsburgh con tan clara vista como nunca tuvo un ser humano. Llevaba puesto su sudario y todo a su alrededor olía a sepulcro. No conseguiría borrarlo de mi memoria ni siquiera bebiendo todo un pellejo de vino rancio.

—Bromeas o quieres tomarme el pelo —contestó el juglar.

—No me creas —dijo el fraile—. Pero le aticé tal golpe con mi partesana que muy bien hubiera sido capaz de derribar un buey, ¡y pasó a través de su cuerpo como si fuera una columna de humo!

—¡Por san Hubert! —dijo el juglar—. Se trata de un cuento maravilloso y adecuado para ser adaptado a la antigua melodía *La pena cayó sobre el fraile*.

—Puedes reírte, si quieres —decía fray Tuck—. Pero antes de que puedas oírme cantar ese tema podrán llevárseme todos los espíritus o diablos que me visiten la próxima vez. No, no; solamente he venido para presenciar un buen trabajo, como quemar una bruja o la celebración de un juicio de Dios o algún otro servicio divino de la especie y, por lo tanto, aquí estoy.

Mientras así conversaban, la pesada campana de la iglesia de san Miguel de Templestowe, un venerable edificio situado sobre una colina a alguna distancia del preceptorio, empezó a desgranar sus sones. Uno por uno caían sucesivamente los desolados sones en los oídos, dejando suficiente espacio para que cada uno de ellos se perdiera antes de que el aire fuera de nuevo llenado por el siguiente tañido cuyo eco, a su vez, moría en la distancia. Estos sones, que anunciaban la próxima ceremonia, hacían estremecer de angustia los corazones de los concurrentes, cuyos ojos estaban ahora vueltos hacia el preceptorio, esperando la salida del gran maestre, del campeón y de la criminal.

Por fin cayó el puente levadizo, se abrieron las puertas y un caballero portador del estandarte de la Orden salió del castillo precedido por seis trompeteros y seguido por los caballeros preceptores, de dos en dos, siendo el último el gran maestre, montado en un soberbio caballo cuyos arneses eran de lo más sencillo. Detrás venía Brian de Bois-Guilbert armado de la cabeza a los pies, enfundado en una brillante armadura, pero sin lanza, escudo ni espada, que llevaban dos escuderos. Su cara, aunque medio tapada por una larga pluma que pendía de su casco, tenía una indefinida expresión apasionada, en la cual el orgullo parecía luchar con la indecisión.

Estaba pálido como la muerte, como si no hubiera dormido durante varias noches; sin embargo, gobernaba su caballo de batalla gallardamente, con la habitual gracia y maestría características de la mejor lanza del Temple. Su aspecto general era imponente y autoritario, pero, al mirarle con atención, la gente no podía menos de apartar la mirada.

A cada lado venían montados Conrade de Mont-Fitchet y Albert Malvoisin, padrinos del campeón. Vestían ropas de paz, el vestido blanco de la Orden. Detrás de ellos seguían otros compañeros del Temple, con un largo séquito de escuderos y pajes vestidos de negro, aspirantes al honor de ser nombrados caballeros algún día. Detrás de ellos iban unos guardias de a pie, también con libreas negras, entre los cuales podían distinguirse las pálidas facciones de la acusada, que avanzaba con paso lento, pero no falto de energía, hacia el lugar donde debía enfrentarse a su destino. Había sido despojada de los adornos de su vestido, no fuera que en alguno de ellos llevara escondidos los amuletos que se supone que Satanás reparte entre sus víctimas para

privarlas de los beneficios de la confesión incluso cuando están sometidas a la tortura. Un rudo vestido, de formas sencillas, había sustituido a sus adornos orientales; a pesar de todo, en su mirada se mezclaban el valor y la resignación. Incluso con aquella tosca indumentaria y sin más adorno que sus largas trenzas negras, los ojos que la miraban no podían menos que llorar. Hasta el beato de más duro corazón lamentaba la suerte que ya había convertido a aquella divina criatura en un pozo de maldad y en asalariada esclava del mal.

Una multitud de personajes secundarios pertenecientes al preceptorio seguían a la víctima. Avanzaban en perfecto orden, con los brazos cruzados y la vista baja.

Esta lenta procesión avanzó hacia el suave promontorio cercado y, entrando en las lizas, las rodeó de derecha a izquierda. Cuando se hubo completado el círculo, los templarios se detuvieron. Se produjo entonces una cierta confusión, mientras el gran maestre y sus servidores desmontaron. Sólo quedaron a caballo el adalid y sus padrinos. Las restantes cabalgaduras fueron retiradas inmediatamente por los escuderos que con este propósito habían acudido.

La infortunada Rebeca fue conducida a la silla negra situada cerca de la pira. A la primera mirada que dirigió a aquel terrible lugar donde se llevaban a cabo los preparativos para someterla a una muerte capaz de enloquecer la mente y atormentar indeciblemente al cuerpo, se la pudo ver estremecerse y cerrar los ojos, sin duda rezando en su interior, ya que sus labios se movían sin que pudiera oírse ni una sola palabra. Al cabo de un minuto, miró fijamente la pira como si quisiera familiarizarse con ella, y después volvió la cabeza despacio y naturalmente.

Mientras, el gran maestre había ocupado su sitio. Cuando todos los caballeros de la Orden estuvieron colocados a su alrededor y a sus espaldas, cada uno en el lugar correspondiente a su rango, un fuerte y largo floreo de trompetería anunció que la corte quedaba constituida. Malvoisin, como padrino del campeón, se adelantó y lanzó el guante de la judía a los pies del gran maestre.

—Valeroso señor y reverendo padre —decía—, aquí se encuentra el buen caballero Brian de Bois-Guilbert, preceptor de la Orden del Temple, el cual, al aceptar la prenda de batalla que ahora yo lanzo a vuestros pies, está dispuesto a cumplir con su deber combatiendo en este día, y a sostener que esta doncella judía, por nombre Rebeca, ha merecido justamente la condena que recayó sobre ella en un capítulo de esta sacratísima Orden del Temple de Sión, por la cual ha de morir como bruja. Aquí, como digo, está el caballero para pelear honradamente si es éste vuestro noble y santificado deseo.

—¿Has prestado juramento de que esta pelea es justa y honorable? —dijo el gran maestre—. Traed el crucifijo y el misal.

—Señor y padre reverendísimo —contestó Malvoisin con presteza—, nuestro hermano aquí presente ya ha jurado que la acusación es justa y verdadera en presencia del buen caballero Conrade de Mont-Fjtchet. No podría ser de otra manera dado que su antagonista es una infiel y que por lo tanto no puede jurar ante Dios.

Esta explicación fue considerada satisfactoria para alivio de Albert, pues el astuto caballero había intuido la dificultad o, mejor dicho, la imposibilidad de convencer a Bois-Guilbert para prestar juramento ante toda la asamblea, y se había sacado de la manga este recurso para evitarle la necesidad de tener que obrar así.

El gran maestre, después de admitir la respuesta de Albert de Malvoisin, ordenó al heraldo que se adelantara y cumpliera con su deber. Las trompetas florearon de nuevo y el heraldo, avanzando, pregonó en alta voz:

—Oíd, oíd, oíd. Aquí está el buen caballero sir Brian de Bois-Guilbert dispuesto a combatir con cualquier caballero de sangre libre que desee defender y sostener el pleito permitido y concedido a la judía Rebeca para la prueba judicial por campeón respetando el deseo legal de su propia persona, al no poder pelear ella misma por ser mujer. Y a tal campeón el gran maestre concede campo libre e igual participación de sol y viento y cualesquiera otros requisitos de un combate limpio.

Las trompetas sonaron de nuevo y se produjo una pausa completamente silenciosa, que duró algunos minutos.

—Ningún campeón acude en defensa de la recurrente —dijo el gran maestre—. Id, heraldo, y preguntadle si espera a alguien para combatir por su causa.

El heraldo se acercó a la silla en que estaba sentada Rebeca. En aquel momento Bois-Guilbert, haciendo volver grupas rápidamente a su caballo, dirigióse también a aquel extremo de la liza a pesar de los esfuerzos que tanto Malvoisin como Mont-Fitchet hicieron, y llegó al lado de Rebeca tan pronto como el heraldo.

—¿Es esto regular y está de acuerdo con las reglas del combate? —decía Malvoisin, mirando al gran maestre.

—Sí, lo es, Albert Malvoisin —contestó Beaumanoir—, porque en esta apelación al Juicio de Dios no debemos prohibir que las dos partes mantengan conversaciones entre sí, ya que puede con ello brillar la verdad.

Mientras, el heraldo se dirigía a Rebeca en estos términos:

—Doncella, el adversario y honorable gran maestre quiere preguntarte si dispones de campeón para pelear por ti en este día o si te rindes al destino de una merecida condena.

—Decidle al gran maestre —contestó Rebeca—, que sostengo mi inocencia y no me declaro justamente condenada mientras no sea culpable del derramamiento de mi propia sangre. Decidle que demore el combate tanto como lo permitan las reglas, para ver si Dios, cuya mano se hace patente cuando mayor es la necesidad, me proporciona un libertador. Cuando haya transcurrido este espacio de tiempo, que se haga según su voluntad.

El heraldo se retiró para transmitir esta respuesta al gran maestre.

—Dios no quiera —dijo Beaumanoir— que ni judíos ni paganos nos pudieran acusar de injusticia. Hasta que las sombras no hayan recorrido su camino de poniente a levante esperaremos por si acude un campeón. Cuando se haya puesto el sol, que se prepare para morir.

El heraldo comunicó las palabras del gran maestre a Rebeca, la cual inclinó la cabeza sumisamente, cruzó los brazos y, alzando la mirada, pareció implorar la ayuda del cielo ya que no la podía esperar de los hombres. Durante esta tenebrosa pausa, la voz de Bois-Guilbert hirió sus oídos. No fue más que un murmullo, pero la sobresaltó más que el pregón del heraldo.

—Rebeca —decía el templario—, ¿me oyes?

—Nada tengo que tratar contigo, hombre cruel y de duro corazón —dijo la infortunada doncella.

—Pero ¿entiendes mis palabras? —decía el templario—. Porque incluso mi voz resuena horriblemente en mis oídos. No sé el terreno que piso ni por qué nos han traído aquí. Este palenque, esta silla, estos maderos. Sé para qué va a servir, pero aun así todo me parece irreal, como si fuera una horrible visión del otro mundo que llena mis sentidos de extrañas fantasías pero que no convence mi razón.

—Mis sentidos y mi mente están muy firmes en la tierra —contestó Rebeca—, y me dicen ambos a la vez que estos leños están destinados a consumir mi cuerpo terrenal y a abrirme un doloroso pero breve pasadizo a un mundo mejor.

—Sueños, Rebeca…, sueños. Ociosas visiones refutadas incluso por la sabiduría de vuestros propios saduceos. Escúchame, Rebeca —dijo, prosiguiendo con animación creciente—: dispones de una oportunidad tan buena para escapar con vida hacia la libertad que estos beatos bribones no se la pueden imaginar. Salta sobre mi caballo, sobre Zamor, el gallardo corcel que nunca ha decepcionado a su jinete. Se lo gané en un combate mano a mano al sultán de Trebizond. Monta, te digo, a la grupa. En una hora corta la acusación y la sentencia habrá quedado atrás. Se abre un nuevo mundo de placer ante ti, y ante mí una nueva carrera hacia la fama. ¡Déjales que proclamen una condena de desprecio y que borren el nombre de Bois-Guilbert de su lista de monásticos esclavos! ¡Lavaré con sangre cualquier mancha de mi escudo!

—¡Vete, traidor! —exclamó Rebeca—. Ni en esta extrema situación conseguirás que modifique ni un ápice mi decisión. Rodeada como estoy de enemigos, te considero a ti el peor y más mortal de ellos. ¡Márchate, en el nombre de Dios!

Albert Malvoisin, alarmado e impaciente por la duración de este diálogo, se adelantaba para interrumpirlo.

—¿La doncella ha reconocido su culpa? —preguntóle a Bois-Guilbert—. ¿O persiste en negarla?

—Está, en verdad…, decidida —dijo Bois-Guilbert.

—Entonces —dijo Malvoisin— debes volver a tu sitio, noble hermano, para aguardar la resolución. Las sombras se van moviendo lentamente. Vamos, bravo Bois-Guilbert, vamos, eres la esperanza de nuestra Orden y pronto serás su cabeza.

Y mientras hablaba con este tono de sugestión, cogió de la brida al caballo de Brian con la intención de conducirlo a su puesto.

—¡Falso villano! —dijo sir Brian con rabia—. ¿Qué significa eso de poner tu mano en la brida de mi caballo? —Y librándose del agarrón de su compañero se fue

al galope al otro extremo de la liza.

—Todavía le queda espíritu —le dio Malvoisin a Mont-Fitchet—. Si estuviera bien dirigido…, pero es como el fuego griego, consume cuanto toca.

Ya llevaban los jueces dos horas en la liza esperando en vano al campeón.

—Y tienen razón en no acudir —decía fray Tuck—, considerando que se trata de una judía. Sin embargo, ¡por mi tonsura!, es duro aceptar que tan joven y hermosa criatura tenga que morir sin que se descargue un solo golpe en su defensa. Si fuera diez veces bruja, por poca sangre cristiana que tuviera en las venas mi partesana haría sonar las doce sobre el casco de acero de aquel orgulloso templario antes de que se saliera con la suya.

La creencia general era que nadie acudiría a defender a una judía acusada de hechicería, y los caballeros, instigados por Malvoisin, murmuraban entre sí que ya era llegada la hora de dar por terminado el plazo concedido a Rebeca. En este momento un caballero, obligando a su caballo a galopar a toda velocidad, apareció en la llanura dirigiéndose a la liza. Cien voces exclamaron a un tiempo: «¡Un campeón! ¡Un adalid!». Y a pesar de la predisposición y de los prejuicios de la multitud, todos gritaron unánimemente cuando el caballero entró en el cercado. Sin embargo, a la segunda mirada que le dirigieron se desvaneció toda la esperanza que su llegada había despertado. Su caballo, agotado por tantas millas de excesiva velocidad, parecía derrumbarse de fatiga, y el jinete, aunque al presentarse en liza ya demostraba su valor, fuera por debilidad, por las preocupaciones o por el cansancio, parecía tener muchas dificultades en sostenerse en la silla.

A requerimientos del heraldo, que le preguntó su rango, su nombre y sus intenciones, el caballero contestó firmemente y con resolución:

—Soy un buen y noble caballero, que ha venido para mantener con la lanza y con la espada la justa y legítima petición de esta doncella, Rebeca, hija de Isaac de York, y para sostener que la condena recaída sobre ella es falsa y mentirosa. He venido a desafiar a Brian de Bois-Guilbert como traidor, asesino y embustero, como lo probaré en este campo con mi cuerpo contra el suyo, con la ayuda de Dios, de Nuestra Señora y de monseñor san Jorge, el buen caballero.

—El forastero debe antes demostrar que es buen caballero, y de linaje honorable —dijo Malvoisin—. El Temple no manda a sus adalides a luchar contra innominados.

—Mi nombre —dijo el caballero levantando su yelmo— es más conocido y mi linaje más puro que el tuyo propio, Malvoisin. Soy Wilfred de Ivanhoe.

—No pelearé contigo —dijo el templario con voz profunda y trastornada—. Cúrate las heridas, provéete de otro caballo y entonces es posible que considere que vale la pena despojarte de estas pueriles fanfarronadas.

—Templario orgulloso —dijo Ivanhoe—, ¿has olvidado que has caído dos veces ante esta lanza? Recuerda el torneo de Acre, recuerda el paso de armas de Ashby, recuerda tu presunción en la sala de Rotherwood y la prenda de tu cadena de oro contra mi relicario, que tú mismo diste, comprometiéndote a luchar con Ivanhoe y

recobrar el honor que has perdido. Por este relicario y la santa reliquia que contiene, te proclamaré, templario, cobarde en cada corte de Europa, en cada preceptorio de tu Orden, a no ser que pelees sin más demora.

Bois-Guilbert se volvió indeciso hacia Rebeca, y exclamó entonces mirando a Ivanhoe con rencor:

—¡Perro sajón! Coge tu lanza y prepárate para la muerte que tú mismo has atraído sobre ti.

—¿Me da su permiso el gran maestre para combatir? —preguntó Ivanhoe.

—No puedo negar lo que os habéis ganado con vuestro reto —dijo el gran maestre—, siempre que la doncella os acepte como su campeón. Sin embargo, me gustaría que estuvierais en mejores condiciones. Siempre habéis sido un enemigo de nuestra Orden, pero a pesar de ello quisiera que os enfrentarais a ella sin desventaja.

—Sí, lo he sido y lo soy. Y me encuentro…, me encuentro perfectamente —dijo Ivanhoe—. Es el Juicio de Dios…, a su cuidado me encomiendo. Rebeca —añadió, galopando hasta la silla fatal—, ¿me aceptas como campeón?

—Sí, te acepto —dijo ella—, te acepto —musitó con una emoción que el miedo a la muerte no había conseguido provocar—. Te acepto como el campeón que me ha mandado el cielo. Pero, no…, no. Tus heridas están abiertas. No te enfrentes a ese hombre orgulloso. ¿Por qué tendrías que morir tú también?

Pero Ivanhoe ya había ocupado su puesto, cerrando su visor y cogiendo la lanza. Bois-Guilbert hizo lo mismo y su escudero notó al cerrar su visor que su rostro, hasta el momento pálido debido sin duda a las encontradas emociones del día, había enrojecido de repente.

Entonces el heraldo, viendo a cada campeón en su sitio, alzó la voz y repitió tres veces: «¡*Faites vos devoirs, preux chevaliers*!». Después del tercer grito se retiró a un lado del palenque y proclamó de nuevo que nadie, bajo pena de muerte instantánea, se atreviera a impedir o a intervenir por palabra, grito o acción este limpio combate. El gran maestre, que sostenía en su mano la prenda de desafío, o sea, el guante de Rebeca, lo tiró al palenque y pronunció la fatal señal con las palabras: «*Laissez aller*».

Sonaron las trompetas y los caballeros se embistieron a pleno galope. El cansado caballo de Ivanhoe y su no menos exhausto jinete cayeron, como todos esperaban, ante la bien dirigida lanza y el vigoroso caballo del templario. Todos habían previsto este resultado. Pero aunque la lanza de Ivanhoe no hizo más que rozar, en comparación con el golpe del contrario, el escudo de Bois-Guilbert, este campeón, ante el asombro general, se deslizó de la silla, perdió estribo y cayó en la liza.

Ivanhoe, librándose del caballo caído, estuvo pronto en pie, dispuesto a enmendar su fortuna con la espada. Pero su antagonista no se levantó; Wilfred, poniéndole el pie sobre el pecho y la punta de la espada en la garganta, le ordenó rendirse o de lo contrario que se dispusiera a morir allí mismo. Bois-Guilbert no contestó.

—¡No lo degüelles, señor caballero! —exclamó el gran maestre—. Está sin

confesar y sin absolución. ¡No mates su cuerpo y su alma! Le declaramos vencido.

Descendió al palenque y ordenó que le quitaran el yelmo al vencido campeón. Sus ojos estaban cerrados, su rostro conservaba el tinte rojo oscuro. Cuando le miraban asombrados, sus ojos se abrieron…, pero permanecieron fijos y helados. La sangre huyó de su rostro y dio paso a la palidez de la muerte. Incólume había salido del encuentro y de la lanza de su enemigo, pero había muerto víctima de la violencia de sus propias encontradas pasiones.

—Éste es, en verdad, el Juicio de Dios —dijo el gran maestre mirando hacia arriba—. *Fiat voluntas tua!*

XLIV

Y ahora valga este final, que es una vieja historia de casorios.

JOHN WEBSTER: *El diablo blanco.*

Pasado el primer momento de sorpresa, Wilfred de Ivanhoe le preguntó al gran maestre, como juez de campo que era, si había combatido varonilmente y cumplido con su deber con legalidad.

—Varonil y legalmente habéis peleado —dijo el gran maestre—. Declaro a la doncella libre de culpa. Las armas y el cuerpo del caballero muerto quedan a disposición del vencedor.

—No le despojaré de sus armas —dijo el caballero Ivanhoe—, ni expondré su cadáver a la vergüenza pública. Ha luchado en defensa de la cristiandad; le ha derribado el brazo de Dios, no la mano del hombre en esta ocasión. Pero que sus exequias fúnebres se celebren en privado como corresponden a un hombre que ha muerto por una injusta querella. En cuanto a la doncella…

Fue interrumpido por el resonar de cascos de caballo que se aproximaban en tal número y a tal velocidad que hacían temblar la tierra ante ellos. El Caballero Negro entró en el palenque al galope. Iba seguido por una numerosa compañía de soldados y varios caballeros que vestían armadura completa.

He llegado tarde —dijo el del Candado—. Me hubiera gustado causar la ruina de Bois-Guilbert con mi propia mano. Ivanhoe, ¿te parece correcto haber tomado bajo tu responsabilidad esta aventura cuando difícilmente puedes sostenerte en la silla?

—Soberano mío —contestó Ivanhoe—, el cielo ha escogido a este hombre orgulloso como víctima propiciatoria. No merecía el honor de morir por sentencia vuestra.

—La paz sea con él —dijo Ricardo mirando fijamente al cadáver—, si ello es posible. Era un gallardo caballero y ha muerto vistiendo la armadura de acero, como un caballero. Pero no debemos perder el tiempo. ¡Bohun, cumple tu cometido!

Uno de los caballeros abandonó las filas de los servidores del rey, y poniendo la mano sobre el hombro de Albert Malvoisin, le dijo:

—Te arresto por alta traición.

El gran maestre había quedado atónito ante la aparición de tantos caballeros. Pero en este momento reaccionó y dijo:

—¿Quién se atreve a arrestar a un caballero del Temple de Sión que se halla en los límites de su propio preceptorio y en presencia del gran maestre? ¿Con qué autoridad se comete tal ultraje?

—Yo le arresto —replicó el caballero—. Yo, Henry Bohun, conde de Essex y alto

condestable de Inglaterra.

—Y arresta a Malvoisin —dio el rey alzando su visor— por orden de Ricardo Plantagenet, aquí presente. Conrade Mont-Fitchet, suerte tienes de no ser súbdito mío. Pero tú, Malvoisin, morirás con tu hermano antes de que el mundo haya envejecido otra semana.

—Me opongo a tu condena —dijo el gran maestre.

—Templario orgulloso —dijo el rey—. No podrás, ¡levanta la vista y contempla cómo flota en tus torreones el real estandarte de Inglaterra, en lugar en la bandera del Temple! Sé cuerdo, Beaumanoir, y no ofrezcas una resistencia descabellada. Tu mano está en la boca del león.

—Apelaré a Roma contra ti —dijo el gran maestre— por usurpación de las inmunidades y privilegios de nuestra Orden.

—Así sea —dijo el rey—. Pero en tu propio provecho no me acuses de usurpación en estos momentos. Disuelve el capítulo y sal con tus seguidores hacia el preceptorio más próximo, si puedes encontrar alguno que no haya sido escenario de traicionera conspiración contra el rey de Inglaterra. O, si lo prefieres, quédate a compartir nuestra hospitalidad y sé testigo de nuestra justicia.

—¿Permanecer como huésped en la casa que yo debería gobernar? —exclamó el templario—. ¡Nunca! Capellanes, entonad el salmo *quare fremuerunt gentes*. Caballero, escuderos y partidarios del sagrado Temple, ¡preparaos a seguir la bandera de *Beau-seant*!

El gran maestre habló con una dignidad que corría pareja con la del propio rey, e infundió valor a sus sorprendidos y descorazonados partidarios. Se agruparon a su alrededor como el rebaño de ovejas alrededor del perro guardián cuando oye los aullidos del lobo. Pero en ellos no aparecía la timidez propia de un rebaño atemorizado. Sus rostros sombríos expresaban el desafío y sus miradas exteriorizaban la amenazadora hostilidad que no se atrevían a formular con palabras. Las oscuras lanzas formaban una masa compacta en la cual destacaban las blancas capas de los caballeros contrastando con los negros atavíos de sus servidores como los bordes más claros de una negra nube. La multitud, que había levantado un gran clamor de insultos, quedó en silencio mientras contemplaba el formidable y experimentado cuerpo de ejército cuyo desafío siempre había evitado, retrocediendo ante sus ataques frontales.

El conde de Essex, cuando vio que se detenían al estar reunidos, picó espuelas a su caballo y galopó adelante y atrás para disponer a sus seguidores ante tan formidable compañía. Ricardo, solo, como si amara el peligro que su presencia había provocado, cabalgó despacio a lo largo de la primera línea de templarios, gritando a grandes voces:

—¡Qué, señores! ¿Entre tantos gallardos caballeros no se encontrará uno que quiera romper una lanza con Ricardo? ¡Señores del Temple! ¡Vuestras damas no son más que campesinas quemadas por el sol si no merecen que se quiebre una lanza por

ellas!

—Los hermanos del Temple —dijo el gran maestre, poniéndose a la cabeza de sus fuerzas— no se mezclan en tan ociosas y profanas querellas. Y en mi presencia ningún caballero templario cruzará la lanza contigo, Ricardo de Inglaterra. El Papa y los príncipes de Europa serán jueces de nuestra disputa y dirán si un príncipe cristiano ha obrado justamente al defender la causa que hoy habéis adoptado. Si no somos atacados, sin atacar saldremos. A tu honor confío las armas y los bienes domésticos de nuestra casa que detrás de nosotros quedan, y a tu conciencia dejamos el escándalo y la ofensa que en el día de hoy has inferido a la cristiandad.

Con estas palabras y sin esperar ninguna respuesta, el gran maestre dio la señal de partida. Las trompetas tocaron la marcha salvaje de carácter oriental que era la señal de avance usada por los templarios. Rompiendo las líneas formaron una columna de marcha y se pusieron en movimiento tan despacio como permitía la andadura de sus caballos, cual si quisieran dar a entender que no era el miedo a unas fuerzas superiores en número, sino únicamente la voluntad del gran maestre, lo que les hacía retirarse.

—¡Por la luz de la frente de Nuestra Señora! —exclamó el rey Ricardo—. Lástima grande es que estos templarios no sean tan de fiar como son valientes y disciplinados.

La multitud, como un tímido chucho que espera a que el objeto de su desafío haya vuelto la espalda para ladrar, gritó débilmente cuando la retaguardia del último escuadrón abandonó el palenque.

Durante la confusión que originó la retirada de los templarios, Rebeca no vio ni oyó nada. Estaba aprisionada por los brazos de su anciano padre, rígida y casi exhausta. Pero una palabra de Isaac la hizo volver finalmente en sí:

—Vamos, querida hija, mi tesoro recobrado. Vamos a echarnos a los pies del buen mancebo.

—No será así —dijo Rebeca—. ¡Oh, no! No… No. No debo atreverme a hablar con él en este momento. ¡Ay!, diría más de lo… No, padre mío, abandonemos al instante este lugar de infortunio.

—Pero, hija mía —decía Isaac—, ¿así hemos de dejar a aquél que se ha presentado como tu hombre fuerte con lanza y escudo, teniendo en nada su vida, para redimirte del cautiverio? Siendo tú, además, hija de un pueblo extraño a él y a los suyos, esta clase de servicios deben ser agradecidos debidamente.

—Los reconozco y agradezco con toda devoción —decía Rebeca—. No podría ser de otro modo. Pero ahora no…, en memoria de tu amada Raquel, padre, complace esta petición mía. ¡Ahora no!

—Pero —decía Isaac insistiendo— nos van a considerar más desagradecidos que los mismos perros.

—Pero es que no te das cuenta, querido mío, de que el rey Ricardo está presente y que…

—¡Cierto, inmejorable y prudente Rebeca mía! ¡Marchemos de aquí, marchemos! Está falto de dinero, ya que acaba de regresar de Palestina y, según dicen de la prisión, ¡y no le hará falta ningún pretexto para quitármelo aunque sea sacando a relucir mis modestos tratos con su hermano Juan! ¡Vamos, salgamos de este lugar!

Y dándole ahora prisas a su hija, la sacó del palenque y la trasladó y se puso a salvo en casa del rabino Nathan.

Habiéndose retirado la judía que había sido la protagonista de los sucesos del día, la atención del populacho se dirigió al Caballero Negro. Ahora llenaban los aires con sus gritos:

—¡Viva Ricardo *Corazón de León* y abajo los templarios usurpadores!

—A pesar de toda lealtad de labios afuera —le decía Ivanhoe al conde de Essex —, no fue mala cosa que el rey tomara la precaución de traeros con él, noble conde, y a tantos de vuestros fieles seguidores con vos.

El conde sonrió y sacudió la cabeza.

—Gallardo Ivanhoe, ¡tan bien como conoces a tu amo y todavía le crees capaz de tomar tal precaución! Me dirigía a York, pues tenía noticia de que el príncipe Juan se dirigía también allí, y entonces topé con el rey Ricardo, que como un verdadero caballero andante galopando hacia acá para hacerme cargo personalmente de esta aventura del templario y la judía con la sola fuerza de su brazo. Le di escolta con mi compañía de soldados casi a su pesar.

—¿Y qué noticias hay de York, bravo conde? —preguntó Ivanhoe—. ¿Se harán fuertes allí los rebeldes?

—Tan fuertes como las nieves de diciembre ante el sol de julio —dijo el conde—. Se están dispersando, ¿y quién crees que vino a darnos la noticia sino el mismísimo Juan en persona?

—¡El traidor! ¡El insolente traidor desagradecido! —decía Ivanhoe—. ¿No ordenó Ricardo su encierro?

—¡Oh! Le recibió como si se encontraran después de una alegre partida de caza y, señalándome a mí y a mis soldados, dijo: «Ya ves, hermano mío, que van conmigo algunos hombres irritados. Mejor será que vayas con nuestra madre, le lleves el testimonio de mi afecto filial y permanezcas junto a ella hasta que se calmen los ánimos».

—¿Esto fue todo lo que dijo? —quiso saber Ivanhoe—. ¿Nadie puso en su conocimiento que, obrando así, con su clemencia invita a la traición?

—Exactamente del mismo modo —replicó el conde—, como podría decirse que alguien invita a la muerte al comprometerse en un combate cuando una peligrosa herida no está aún cerrada.

—Os perdono la broma, señor conde —dijo Ivanhoe—. Pero, recordad: yo he expuesto mi vida solamente, Ricardo el bienestar de su reino.

—Aquéllos que no se preocupan gran cosa de su propio bienestar —contestó el de Essex—, raras veces prestan gran atención al de los demás. Pero démonos prisa en

acudir al castillo, porque Ricardo tiene intenciones de castigar a algunos de los miembros subalternos de la conspiración aunque haya perdonado al principal.

De las investigaciones judiciales que se llevaron a cabo en aquella ocasión y de las cuales se da extensa noticia en el manuscrito de Wardour, se desprende que Maurice de Bracy huyó cruzando el mar y se puso al servicio de Felipe de Francia; Philip de Malvoisin y su hermano Albert fueron ejecutados, aunque Waldemar Fitzurse, el alma de la conspiración, se libró con el destierro, y el príncipe Juan, a cuyo provecho se había organizado, no fue ni siquiera recriminado por su hermano, tan buen natural tenía. Nadie, sin embargo, se compadeció de la suerte de los dos hermanos Malvoisin, que solamente padecieron la muerte que bien merecían por sus numerosos actos de falsedad, crueldad y opresión.

Poco después del Juicio de Dios, Cedric *el Sajón* fue llamado a la corte de Ricardo, el cual, con objeto de apaciguar los condados revueltos por la ambición de su hermano, había sentado sus reales en York. Cedric hizo muchos aspavientos al recibir el mensaje, pero no desobedeció. De hecho, el regreso de Ricardo había desvanecido cualquier esperanza que hubiera podido alimentar de restaurar en el trono de Inglaterra a una dinastía sajona, pues cualquiera que fuera el caudillo que los sajones hubieran encontrado en caso de una guerra civil, estaba claro que nada se podía saber bajo el poder indiscutible de Ricardo, popular debido a sus buenas prendas personales y a su fama militar. Sin embargo, su administración lamentablemente descuidada, y tan pronto demasiado indulgente como inclinada al despotismo.

Pero, sobre todo, no escapaba a las dotes de observación de Cedric, aunque lo reconociera de mala gana, que su proyecto de lograr una absoluta unión entre los sajones mediante el matrimonio de Rowena y Athelstane debía darse por imposible definitivamente debido al mutuo disentimiento de las dos partes afectadas. En realidad, se trataba de una circunstancia en la que, en su ardor por la causa sajona, no había podido reparar. Incluso cuando la falta de mutuo afecto de ambos se manifestó clara y llanamente, le costó mucho creer que dos sajones de ascendencia real pusieran pegas por causas personales a una alianza tan necesaria por el bien de la nación. Pero nada era tan cierto: Rowena siempre había demostrado su repugnancia por Athelstane, y ahora éste no era menos claro al exponer públicamente que nunca más reanudaría las atenciones que le había dirigido. Ésta era su resolución. La testarudez natural de Cedric naufragó ante estos obstáculos, de los cuales, al encontrarse él en la conjunción de las dos fuerzas, debía sacar dos desengaños, uno en cada mano. De todos modos intentó un último y vigoroso ataque ante Athelstane y encontró al resucitado vástago de la realeza sajona empeñado como los hidalgos rurales de nuestros días en una lucha furiosa contra el clero.

Parecer ser que, después de todo, sus amenazas contra el abad de san Edmund tuvieron por resultado su encierro, así como el de los monjes, por espacio de tres días en las mazmorras de Coningsburgh, sometidos a una dieta mezquina. Y esto fue

debido en parte a su naturaleza indolente y amable y, en parte a los ruegos de su madre Edith, aficionada, como todas las damas de aquella época, a las órdenes clericales. Por esta atrocidad el abad le amenazó con la excomunión y escribió una lista aterradora de daños sufridos en los intestinos y el estómago como consecuencia del injusto y tiránico encierro al que habían sido sometidos. Con tal controversia y debido a las medidas que había adoptado para contrarrestar esta persecución clerical, Cedric halló la mente de Athelstane tan por completo ocupada que no disponía de más sitio para cualquier otra idea. Cuando se mencionó el nombre de Rowena, Athelstane pidió permiso para vaciar un cubilete a su salud y brindó para que pronto fuera la novia de su pariente Wilfred. Estaba claro que se trataba de un caso desesperado. Era evidente que ya nada se podía obtener de Athelstane o, como expresó Wamba en una frase que desde los lejanos tiempos sajones ha llegado a nuestros días, era «un gallo que no quería pelea».

Entre la determinación de los dos amantes y del propio Cedric solamente se levantaban dos obstáculos: su propia obstinación y el desagrado que le producía la dinastía normanda. El primero pronto empezó a ceder bajo la presión de los ruegos de su pupila y ante el orgullo que no podía evitar por la fama de su hijo. Además, no era insensible al honor que representaba unir su sangre a la de una descendiente de Alfredo *el Grande* en un momento en que más altas aspiraciones, como la de unirse a un descendiente de Eduardo *el Confesor*, eran abandonadas para siempre. La aversión de Cedric hacia la descendencia de reyes normandos era también algo imprecisa, porque la imposibilidad de librar a Inglaterra de la nueva dinastía conducía a la larga a prestar lealtad *de facto* al rey. Por otra parte, el rey Ricardo, que se deleitaba con el descarnado humor de Cedric y con su rancio modo de expresarse, le dedicó tales atenciones personales durante los siete días que permaneció en la corte, que finalmente dio su consentimiento para el matrimonio de su pupila Rowena con su hijo Wilfred de Ivanhoe.

La ceremonia nupcial de nuestro héroe, de este modo aprobada formalmente por su padre, se celebró en el más augusto de los templos, la catedral de York. Asistió el rey en persona, y por el modo en que trató en ésta y en otras ocasiones a los perseguidos y hasta entonces envilecidos sajones, se podía deducir la esperanza de alcanzar sus justos derechos que hasta entonces habían podido ser motivo de una guerra civil. La Iglesia desplegó toda la solemnidad de que sabe dar muestras para conseguir un brillante efecto.

Gurth, galantemente ataviado, asistía al joven caballero como escudero, ya que tan fielmente había sabido servirle, y Wamba se había adornado con un nuevo gorro y con el más tintineante aparejo de cascabeles de plata. Compañeros de peligros y adversidad, eran ahora, como tenían derecho a esperar, partícipes de su más próspero destino.

Pero además de este cortejo doméstico, las distinguidas nupcias contaron con la presencia de los normandos de alto linaje, así como también con la de sajones de alta

alcurnia, a los que se unieron en el regocijo las clases inferiores. Esto confirió al matrimonio de dos personas el carácter de preludio de fuerza, paz y armonía entre dos razas, las cuales, desde, entonces, se han entremezclado de un modo tan completo que no es visible ninguna diferencia entre ellas. Cedric vivió para ver esta unión en un estado perfecto, pues las dos naciones se relacionaron socialmente y sus miembros se casaron entre sí, deponiendo los normandos su desdén y los sajones refinando su rusticidad. Pero no fue hasta el reinado de Eduardo III que la mezcla de lenguas (lo que ahora llamamos inglés), fue hablada en la corte de Londres, y la hostilidad entre normandos y sajones desapareció por entero.

Fue durante la segunda mañana después de esta feliz boda cuando la doncella le comunicó a lady Rowena que una damisela pedía ser admitida y solicitaba que la entrevista se llevara a cabo sin testigos. Rowena dudaba, se hacía preguntas, se excitó su curiosidad y acabó ordenando que se admitiera a la doncella y que salieran sus servidores.

Una figura noble e imperativa hizo su entrada, envuelta en un largo velo blanco, que resaltaba más que escondía la elegancia y majestad de sus formas. Su actitud era respetuosa, libre de toda sombra de temor y tampoco daba a entender que fuera a pedir algún favor. Rowena siempre estaba dispuesta a oír las relaciones y a atender las quejas de los demás. Se levantó con intención de conducir a su hermosa visitante a un asiento, pero la forastera miró a Elgitha y de nuevo hizo patente su deseo de hablar a solas con lady Rowena. No acababa de retirarse de mala gana Elgitha cuando, con gran sorpresa de lady Ivanhoe, su bella visita dobló una rodilla, apretó las manos contra su frente e inclinando su cabeza hasta el suelo a pesar de la resistencia de lady Rowena, besó la orla bordada de su túnica.

—¿Qué significa esto, señora? —dijo la sorprendida novia—. ¿Por qué me hacéis objeto de tanta cortesía?

—Porque a vos, lady Ivanhoe —dijo Rebeca levantándose y adoptando de nuevo la habitual dignidad de su modo—, debo legalmente pagar la deuda de gratitud que le debo a Wilfred de Ivanhoe. Yo soy, perdonad la rudeza con que os he ofrecido el homenaje de mi raza, yo soy la infeliz judía por quien vuestro esposo expuso la vida con tantas probabilidades en contra en el cercado de Templestowe.

—Damisela —dijo Rowena—, en aquel día Wilfred de Ivanhoe no hizo más que devolver en escasa medida el precio de vuestra incesante caridad para con él cuando estaba herido y en desgracia. Hablad, ¿hay algo más en que él o yo podamos serviros?

—En nada —dijo Rebeca con calma—, a no ser que le queráis transmitir mi agradecido adiós.

—Entonces, ¿abandonáis Inglaterra? —dijo Rowena, apenas recuperada de la sorpresa de tan extraordinaria visita.

—La abandono, señora, antes de que acabe la mañana. Mi padre tiene un hermano que goza del favor de Mohammed Boabdil, rey de Granada. Allí acudimos,

seguros de gozar de la paz y protección que el Islam otorga a los de nuestra raza a cambio de un impuesto.

—¿No estáis igualmente protegidos en Inglaterra? Mi esposo goza del favor del rey. El mismo rey es justo y generoso.

—Señora —dijo Rebeca—, no lo dudo. Pero las gentes de Inglaterra son una raza orgullosa, en constante disputa con sus vecinos o entre ellas, y siempre dispuestas a hundir la espada en el vientre del prójimo. Éste no es refugio seguro para los hijos de mi pueblo. Efraim es una paloma sin corazón. Isacar un miserable sobrecargado de trabajo, un ganapán, agobiado por dos pesados fardos. En una tierra de guerra y sangre, rodeada de enemigos hostiles y dividida en su interior por facciones enemigas, Israel no puede esperar descanso en su larga peregrinación.

—Pero, vos, doncella —dijo Rowena—, con toda seguridad no tenéis nada que temer. Aquélla que estuvo a la cabecera del lecho del enfermo Ivanhoe —continuó, levantándose con entusiasmo— no tiene nada que temer en Inglaterra, donde sajones y normandos disputarán para dirimir quién de ellos le honra más.

—Vuestro discurso ha sido bello, señora —decía Rebeca—, y más todavía su intención; pero no puede ser… Nos separa una inmensidad. Nuestra educación, nuestra fe nos prohíben a ambos cruzarlas. Adiós…, sin embargo, antes de partir, concededme una petición. El velo de novia cubre vuestra cara, dignaos levantarlo para que pueda contemplar las facciones de las cuales tan alto habla la fama.

—Casi no vale la pena de ser contempladas —dijo Rowena—. Pero esperando que mi visitante hará lo mismo, levanto mi velo.

Se despojó del velo y, en parte por ser consciente de su propia belleza y en parte por pudor, enrojeció con tal intensidad que sus mejillas, frente, cuello y pecho se tiñeron de rosa. También se ruborizó Rebeca, pero fue algo momentáneo y, dominado por más altas emociones, el rubor pasó sobre sus facciones como la nube carmesí que cambia de color cuando el sol se hunde en el horizonte.

—Señora, el rostro que os habéis dignado mostrarme permanecerá mucho tiempo en mi memoria. Reinan en él la gentileza y la bondad, y si hay en él un ápice de orgullo y de vanidad mundanos, ¿cómo podremos reprochar al que está hecho de tierra que conserve su color original? Mucho, mucho tiempo recordaré vuestras facciones y bendigo a Dios por dejar a mi noble libertador unido a…

Se detuvo súbitamente con los ojos llenos de lágrimas. Las enjugó a toda prisa y contestó a las ansiosas preguntas de Rowena:

—Me encuentro bien, señora… Pero mi corazón sufre cuando me acuerdo de Torquilstone y de las lizas de Templestowe. Adiós. Sólo me queda por cumplir la más trivial de mis obligaciones. Aceptad este cofrecillo y no os asombréis de su contenido.

Rowena abrió el cofrecillo revestido de plata y pudo ver una gargantilla o collar, acompañado de unos pendientes de diamantes, sin duda de inmenso valor.

—Es imposible —dijo, devolviendo el cofrecillo—. No me atrevo a aceptar un

obsequio de tanto valor.

—A pesar de todo, guardadlo, señora —replicó Rebeca—. Tenéis poder, rango, autoridad, influencia; nosotros tenemos la riqueza que es el origen de nuestra fuerza y de nuestra debilidad. El valor de estas bagatelas multiplicado por diez conseguiría menos que vuestro menor deseo. Por lo tanto, para vos el obsequio es de poco valor, y para mí, ya que de él me desprendo, tiene todavía menos. No permitáis que piense que consideráis tan miserable y mezquina a mi nación como la considera la gente común. ¿Creéis que valoro estos fragmentos brillantes de una piedra por encima de mi libertad? ¿O que mi padre se atreve a compararlos al honor de su única hija? Aceptadlo, señora, para mí carecen de valor. Nunca más llevaré joyas.

—Entonces, ¿no sois feliz? —preguntó Rowena, conmovida con el tono con que había pronunciado estas últimas palabras—. ¡Oh, quedaos con nosotros, los consejos de nuestros eclesiásticos os librarán de los errores de vuestra ley y yo seré vuestra hermana!

—No, señora —contestó Rebeca, con la misma suave melancolía, tranquila y habitual de su voz y comportamiento—. Esto no es posible. No puedo cambiar la fe de mis padres como si se tratara de un vestido inadecuado para el clima en que deseo vivir. Además, señora, no seré desgraciada. Aquél a quien dedicaré mi vida futura será mi consuelo si cumplo su voluntad.

—Entonces, ¿tenéis conventos y pensáis retiraros a uno de ellos? —preguntó Rowena.

—No, señora —dijo la judía—. Pero entre nuestra gente, desde los tiempos de Abraham hasta nuestros días, ha habido mujeres que han dedicado su vida y sus pensamientos al cielo y sus acciones a actos de piedad para con sus semejantes, atendiendo a los enfermos, alimentando al hambriento y socorriendo al desvalido. Rebeca será una de ellas. Decidle esto a vuestro señor si por casualidad se interesara por el destino de aquella cuya vida salvó.

La voz de Rebeca se hizo involuntariamente trémula y adquirió una ternura que quizá delató más que lo que ella hubiera querido revelar. Se apresuró a despedirse de Rowena.

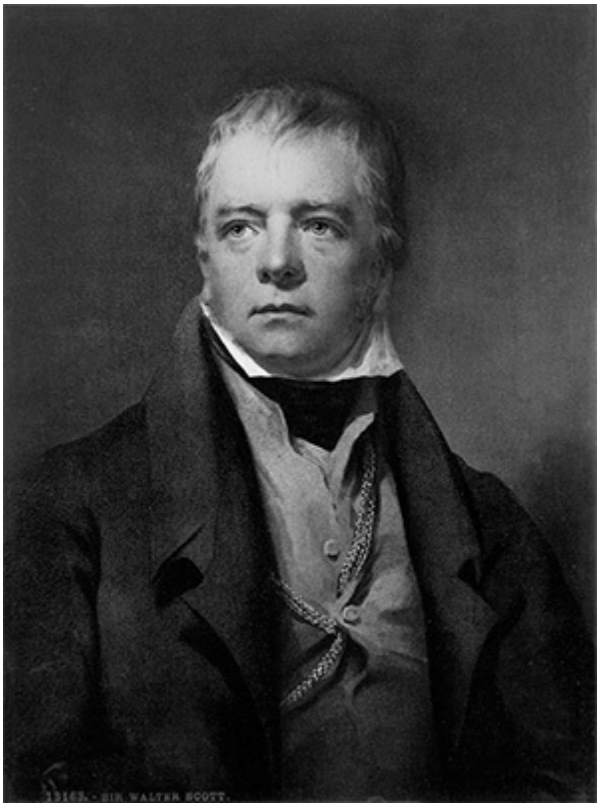
—Adiós —decía—. Quiera Aquél que creó a ambos, judíos y cristianos, derramar sobre vos sus mejores bendiciones. La embarcación que ha de llevarnos levará anclas antes de que lleguemos al puerto.

Se deslizó fuera del aposento, dejando a Rowena tan sorprendida como si una visión la hubiera visitado. La bella sajona relató la singular entrevista a su esposo, en cuyo ánimo causó profunda impresión. Vivió mucho tiempo, y felizmente, con Rowena, porque se sentían mutuamente atraídos desde muy temprana edad, y aumentaba su cariño el recuerdo de los obstáculos que habían tenido que vencer para unirse. Sin embargo, sería dar muestras de excesiva curiosidad preguntar si el recuerdo de la hermosura y magnanimidad de Rebeca no acudía a la mente de Ivanhoe con más frecuencia que la que la bella descendiente de Alfredo *el Grande*

hubiera deseado o aprobado.

Ivanhoe se distinguió en el servicio del rey Ricardo y fue merecedor de muchas muestras del favor real. Hubiera podido subir todavía más alto de no haber sido por la muerte prematura del heroico Corazón de León ante el castillo de Chaluz, cerca de Limoges. Con la vida de un generoso, pero temerario y romántico monarca, acabaron también todos los proyectos que su ambición y generosidad habían alimentado. Pueden aplicársele, con pocas alteraciones, los versos que Johnson compuso para Carlos de Suecia:

Su suerte le destinó a quedar varado
en una playa extranjera,
una fortaleza insignificante
de condición modesta;
su nombre, al ser pronunciada, demudó al mundo,
quedó para que sirviera de moraleja
o para ornamentar un RELATO.



WALTER SCOTT (Edimburgo, 15 de agosto de 1771 – Abbotsford House, Melrose, Escocia, 21 de septiembre de 1832).

Walter Scott nace en 1771 en Edimburgo, ciudad en la que, para ser fiel a la tradición familiar, estudia derecho y ocupa distintos puestos en la carrera judicial. Durante su juventud queda cautivado por el romanticismo y la literatura popular de su país.

Consecuencia de esta fascinación son sus traducciones anónimas de las baladas de Gottfried August Bürger, y de Goetz von Berlichingen de Goethe, ambas publicadas en 1796, y los tres volúmenes recopilatorios titulados *Poemas de la frontera escocesa*, de 1802.

Entre 1805 y 1815, años en los que se convierte en impresor y editor, adquiere una enorme notoriedad como poeta gracias a *Canto del último trovador*, y otras obras como *Marmión, La dama del lago, Matilde de Rokeby* y *El lord de las islas*. La figura de lord Byron, eclipsa, sin embargo, el talento de Scott como poeta, por lo que abandona el género y se dedica en cuerpo y alma a otro del que se considera fundador, la novela histórica.

Fruto de este giro en su carrera es *Waverley*, publicada en 1814, la primera de una larga serie de obras entre las que se hallan *Guy Manering* (1815), *El anticuario* (1816), *Rob Roy* (1818) y *El corazón de Mid-Lothian* (1818), entre otras, y que incluye varias novelas de temática escocesa. En 1819 abandona los paisajes de su tierra natal para profundizar en la historia inglesa del siglo XII en *Ivanhoe*, a la que siguieron títulos como *La pastora de Lammermoor* o *La desposada*, *Cuentos de*

fuentes benedictinas y *El pirata*, y otros de distinto escenario como *Quentin Durward* de 1823 y *El talismán* de 1825.

Durante esta época de su carrera alcanzó gran fama y obtuvo el título de baronet, pasando a ser Sir Walter Scott. En esta época organizó la visita del rey Jorge IV a Escocia (1822); Scott había preparado un espectacular boato para representar a Jorge como una reencarnación algo rechoncha de «Gentil príncipe Carlos». Esta visita puso de moda el tartán y los kilts, haciendo de ellos símbolos de la identidad nacional escocesa.

La actividad literaria de Scott no se ciñe tan sólo a su propia obra de creación, también hay que señalar que funda revistas literarias, escribe una biografía de Napoleón y edita las obras de John Dryden y Jonathan Swift, así como de otros autores de su tiempo. En torno a la segunda década del siglo XIX, época en la que el escocés aún publica con enorme ímpetu, las novelas se venden a un precio todavía lejos del alcance de muchos lectores. En este sentido, Scott, según Caudwell (1970), es uno de los primeros autores en ganar dinero en el oficio, y puede considerársele, junto con Richardson, como precursor de Dickens, Thackeray y Tennyson, si bien continúa siendo, al igual que Homero o Shakespeare, el honorable siervo de una nueva clase dominante, el mercado, que acaba por convertirse en un tirano más exigente que cualquier mecenas de la época isabelina.

Los últimos años de la vida de Walter Scott se ven ensombrecidos a causa de la bancarrota de su socio, el editor John Ballantyne, y de la casa editorial de Archibald Constable, de modo que, a partir de 1826, se ve obligado a vender parte de los derechos de sus obras y a escribir a destajo hasta su fallecimiento en 1832 para saldar sus deudas y las de sus socios.

Por entonces su salud le estaba fallando, y finalmente murió en Abbotsford en 1832. Sus novelas siguieron vendiéndose, y canceló sus deudas desde la tumba. Fue enterrado en la abadía de Dryburgh donde muy cerca, de manera apropiada, puede encontrarse una gran estatua de William Wallace, una de las figuras históricas escocesas más románticas. Scott, que sufre en primera persona los sinsabores de los editores piratas de los Estados Unidos, también sabe que sus obras se han convertido, sobre todo gracias a mediación de potentes casas editoriales francesas, en un fenómeno mediático y financiero, al que ningún país europeo será ajeno.

Scott fue el responsable de dos de las principales tendencias que se han prolongado hasta hoy. Primero, básicamente él inventó la novela histórica moderna; y un enorme número de imitadores (e imitadores de imitadores) aparecieron en el siglo XIX. En segundo lugar, sus novelas escocesas continuaron la labor del ciclo de Ossian, de James Macpherson, para rehabilitar ante la opinión pública la cultura de las Tierras Altas Escocesas, después de permanecer en las sombras durante años, debido a la desconfianza sureña hacia los bandidos de las colinas y rebeliones jacobitas. Como

entusiasta presidente de la Celtic Society of Edinburgh contribuyó a la reinvención de la cultura escocesa. Debe señalarse, sin embargo, que Scott era un escocés de las Tierras Bajas, y que sus recreaciones de las Tierras Altas eran un poco extravagantes. Su organización de la visita del rey Jorge IV a Escocia en 1822 fue un acontecimiento crucial, llevando a los sastres escoceses a inventar muchos tartanes de los diversos clanes.

Pero, tras ser uno de los novelistas más populares del siglo XIX, Scott tuvo un fuerte declive en su popularidad después de la Primera Guerra Mundial. Edward Morgan Forster marcó el camino crítico en su clásico Aspects of the Novel (1927), donde fue atacado como un escritor trivial, que escribía novelas pesadas y carentes de pasión (aunque reconocía que «sabía contar una historia; poseía esa facultad primitiva de mantener al lector en suspense y jugar con su curiosidad»).

Scott también sufrió al crecer el aprecio por escritores del Realismo, como sucedió con Jane Austen. En el siglo XIX se la consideraba una entretenida «novelista para mujeres»; pero en el siglo XX se revalorizó su obra, comenzando a ser considerada como quizá la mejor escritora inglesa de las primeras décadas del siglo XIX. Al alzarse la estrella de Jane Austen, declinó la de Scott, aunque, paradójicamente, había sido uno de los pocos escritores masculinos de su tiempo que reconocieron su genio. Pero Virginia Woolf, defensora de Jane Austen, decía que «los verdaderos románticos pueden trasportarnos de la tierra a los cielos, y Scott, gran maestro de la novela romántica, utiliza plenamente esa libertad», pese a sus convenciones o su pereza.

Notas

[1] El juego de palabras del bufón Wamba tiene su origen en la diferente etimología del nombre del animal vivo y el de su carne destinada al consumo, la primera de raíz normanda y sajona la segunda. (N. del T.). <<

[2] Estos guardas se llamaban en sajón *Cnichts*, de donde probablemente se deriva la palabra inglesa *Knight*. Eran una especie de criados militares, libres o vasallos, pero siempre superiores a los demás que componían la servidumbre. <<

[3] Batalla célebre en la historia de Inglaterra, de cuyas resultas consolidaron los normandos su poder y quedaron sometidos los sajones. <<

[4] Ninguna expresión era diferenciada del lenguaje popular con tanto cuidado como las referentes a la caza. Las piezas a cobrar cambiaban de nombre casi en cada temporada, de año en año, se tratara de animal de pelo o de pluma. Además existían centenares de términos convencionales cuyo conocimiento implicaba el carácter de una de las más preciadas características de los caballeros. El lector puede consultar el libro que escribiera Diana Bemers. El origen de esta ciencia se atribuía al célebre Tristán, famoso por sus trágicos amores con la bella Isolda. Como quiera que los normandos se reservaban estrictamente los placeres de la caza, todos los términos de esta especie de jerga eran extraídos del idioma francés. (N. del A.). <<

[5] Antigua moneda bizantina. (N. del T.). <<

[6] El manejo del palo era una práctica muy habitual en la antigua Inglaterra. <<

[7] Juego de palabras: «Miller» significa «molinero» (N. del T.). <<

[8] *Beau-seant* era el mote de la bandera de los Templarios, la cual era medio blanca y medio negra, en señal de que aquella Orden se mostraba tan benigna y favorable a los Cristianos como formidable y terrible a los Sarracenos. <<

[9] Alusión a uno de los milagros que los antiguos Cronicones ingleses atribuían a San Dunstan. <<

[10] Henry’s Hisrt. edit. 1805, vol. VII, pág. 346. (N. del A.). <<

[11] Los toques del cuerno y de la trompa de caza no se expresaban entonces con notas de música sino con palabras, y así se hallan en los libros de montería de aquel tiempo. <<

[12] Reginaid Fitzurse, William de Tracy, Hugh de Morville y Richard Brito eran caballeros de la corte de Enrique II y fueron los que, instigados por ciertas apasionadas expresiones de su soberano, mataron al famoso Thomas Becket después canonizado. (N. del A.). <<

[13] Las casas de los caballeros Templarios se llamaban preceptorios, y preceptor el superior de cada una de ellas. Como los caballeros de la Orden de San Juan (que después fue de Malta) se llamaban Comendadores, sus casas se llamaban encomiendas; pero ambos títulos se daban indistintamente a unas y a otras. <<